Brumas

Jorge Lara

© J.M. Lara
Depósito Legal: V-2985-2021

www.dondenadienada.com
ele.jota@hotmail.com

Pintura portada: “Brumas” T. Mixta J. Lara (frag)

Diseño y composición: Miriam Nocelli

El autor aclara que, por tratarse de una obra de ficción, en primer lugar no comparte necesariamente lo que sus personajes puedan pensar, decir o hacer. Y que, por supuesto, cualquier similitud con hechos o personas reales sería fruto de la más absoluta casualidad.

Definir la vida como una sucesión de puertas que se abren y se cierran podría haber sido excusa fácil para consolarse. Pero si algo estaba lejos de sus coordenadas era buscar excusas de ningún tipo. Como sucediera en el obligado salto desde Junín al Desván, las características de lo ocurrido justificaban sobradamente el símil. Lo habían expulsado del mundo que proyectara, e iba con las llaves en la mano para entrar a otro. No, no forzaba figuras caprichosas. Describía, con la concreción y simpleza de siempre, lo que cualquiera podía comprobar: En el 147 de la Calle Pringles acababa de detener el coche y despertar a su fatigado amigo en el asiento de atrás. Mientras intercambiaban el corto diálogo de preguntas y respuestas cargó sus bolsos, se despidieron, e inició la deriva por el pasillo hasta el departamento tres.

Lugar que sólo una semana antes constituía la prueba del domicilio propio en la demanda ante el Juez de menores. Alquilado con ese fin, sin saber que el fin se le impondría, de la forma contradictoria y brutal arrastrada como un desmoronamiento desde el pasado viernes, último de Noviembre. El corrosivo ácido de la traición, el horror de un engaño que se revelaba interminable al repensar los años transcurridos, la confusa sensación de ignorar con quién los había vivido. Sumado a la imposibilidad de exigir alguna explicación, por terrible que fuera, para llevarse una verdad, una al menos, antes de dejar definitivamente aquel infierno. Pero hasta eso le negaron en la repentina y cobarde huida, supuesto adelantamiento de vacaciones, hacia un destino que nadie conocía, y que él persiguió por todo el País obsesionado con la necesidad de cerrar limpiamente –absurdo calificativo– esa maldita puerta.

No obstante ahora, cerrando esta otra, comprobaba sorprendido que en vez del derrumbamiento esperado el hálito era de bienvenida. Aquellas paredes le decían que tenía una casa, un mundo propio a estrenar. Lo perdido quedaba afuera. Allí podría revisar hasta el hartazgo sus causas. Lo acompañarían en el aislamiento que precisaba para hacerlo. Los amigos entenderían y lo dejarían tranquilo.

Los dos huéspedes también tendrían que entenderlo o aguantarse. La casa se cuidaba sola y lo cuidaría a él. No debía preocuparse por ella hasta hallarse en condiciones de enfrentarlo como un horizonte común. No hace falta creer en tamaña locuacidad de las paredes. Sólo está compartiendo con nosotros sus sensaciones. Aunque esa traducción que su mente le dictaba resultaba más inesperada aún. ¿Entonces la bendita frase de las puertas, usada con Marcelo, no fue una socorrida imagen para tranquilizarlo? Por supuesto que lo fue, o eso creía. Estaba hecho mierda el pobre. Aquel viaje de locos lo sepultó en la angustia que debería haberse comido él solo. Ojalá al menos le ayudara a pensar que podía ocurrir esto. Que el loco principal se hallara igual de extrañado, ante la subyacente verdad de una metáfora de circunstancias.

¿Provocan las palabras una realidad, o es esta quien las usa para anticipadamente expresarse? Sospechaba que, fuera como fuera, el estado de incredulidad ante ese vuelco anímico tan difícil de explicar lo acompañaría de ahora en adelante, con la misma solicitud y persistencia que su amigo en los cientos de kilómetros recorridos. Bueno, aquí los trayectos serían más cortos. Acababa de subir, en dos silenciosos viajes, el equipaje arrastrado en la frustrada búsqueda. Y ya se manifestaba el nuevo otro que bajaba con él la escalera, preguntándole por qué frustrada. ¿Acaso no había encontrado lo mismo que habría encontrado de encontrarla a ella? ¿No había marcado y remarcado sobre el parabrisas, durante doce interminables horas de conducción nocturna, la respuesta que nadie más le daría? Sí, parece que iba a resultar largo y entretenido el soliloquio. Mejor se reforzaba un poco, porque soportar a este mensajero de sus enanitos, y las cambiantes actitudes que le endosaría, pondrían a prueba su capacidad para asimilarlas. Sin más vueltas, se imponía un sosegado desayuno con sus álteres.

Calculó que se iría acostumbrando al peloteo dentro de la burbuja que iba construyendo. Y a improvisar, como un payaso mudo y triste, si desde el exterior pretendían interrumpirlo. Por lo pronto la Negra y Ariel seguían durmiendo. Mejor para los tres. Levantó lo justo la puerta de la cocina para que no arrastrara y buscó en la armariada. Perfecto, habían sobrevivido tres pancitos criollos a la marabunta. Los cortó por la mitad, aspersándoles con los dedos unas gotas de agua.

Vuelta y vuelta sobre la plancha que ya estaba al fuego parecerían del día. Después la pava –sólo funcionaba una hornalla–, y hasta calentarse el agua tendría listo el mate. Un chorrito de aceite, una pizca de sal sobre los criollitos, las piernas estiradas sobre la mesa, y el primer sorbo de mate acompañando la crujiente delicia. Había echado de menos las tortillas cordobesas durante el viaje. Qué asco de país, no saben lo que se pierden. Al igual que esta ceremonia al empezar cada día, solo y repasando lo soñado o lo por venir. Aunque su porvenir se resintiera de los sueños tachados mientras llegaba tan despierto –es un decir– al mencionado rito. No obstante, como descubriera en Junín, en tanto fuera dueño de iniciar así cada jornada continuaría siendo el único dueño de su vida.

Debería hallar, decidir, las herramientas más adecuadas para el trabajo de revisión y reflexión que le esperaba. Su manera de afrontar lo acaecido era, justamente, enfrentándolo, hundiéndose en ello, llámese duelo, masoquismo depresivo, o clarificación de ideas para renacer. Pero la calma voz que lo dirigía susurraba advertencias: Eso será mañana, o pasado mañana. Ahora debés descansar, apenas has dormido en esta semana y se te cierran los ojos. Calmado el vacío y el sabor ceniciento de la noche al volante portaba el mate del estribo, subiendo con pesadez la escalera rumbo a su pieza. Quitarse aquella ropa fue como quitarse muchas cosas de encima. Respaldado aún, con la almohada doblada, encendió un cigarrillo alternando chupadas a la bombilla, hasta que el ruidito le advirtió que también convenía apagar el pucho y dejarse ir entre las sábanas.

¿Hacia dónde...? ¿Qué importaba...? Estaba, dolorosamente libre, en su hogar y su mundo. ¿No era eso lo transmitido, lo descubierto y paradójicamente disfrutado? Todo lo demás, puertas, Jorge. Llorarás todavía escuchando el sonido de las que se cerraron contra tu voluntad y las ilusiones despertadas. Pero vivirás como sólo vos las que vayás abriendo. Sí, dejate ir al sueño, a los nuevos y desconocidos sueños, dale alas al soñador que no te abandona. Jugá con ganas lo que esta triste autonomía te da. Lo que te esperaba aquí era tu vida, el futuro. Y ya te has dormido, lo estás soñando.

Por las escalinatas del Instituto Goethe descendía el público que había asistido a la actuación jazzística de los hermanos López Ruiz. Las opiniones y críticas se entrecruzaban con el característico estilo que las innovaciones solían provocar. Los puristas, tanto del jazz como del folklore autóctono, arremetían contra la fusión, en algunos casos tachándola de experimento comercial foráneo, e incluso penetración ideológica. Los más sensatos recordaban que precisamente el jazz no es que ondeara banderitas azules y blancas. Y que la música, como todo arte, se alimentaba históricamente de esa búsqueda sin fronteras. Otra cosa era que, como en lo recién escuchado, se hallaran aún en los primeros intentos, y el resultado chirriara un poco porque el difícil ensamblaje no acababa de producirse. En definitiva cuestión de gustos, sensaciones, y un voto de paciencia, hasta ver cómo evolucionaban los arriesgados intérpretes.

El grupo que amablemente evaluaba así el espectáculo bajaba por Chacabuco hasta la esquina con el Bulevar Junín, eligiendo para seguir la charla el nuevo establecimiento que ostentaba en su cartel de entrada una salchicha enorme, con patas y cabeza de perro. Claro, el nombre era La Salchicha Loca, y sus acompañantes volvieron loco a Sigfrido –promotor de la sugerencia de recalar allí–, con todo tipo de alusiones a sus nada subliminales obsesiones. Valientemente se defendió el acusado, aludiendo a la comodidad de los cincuenta metros recorridos desde el teatro, y desafiándolos a que siguieran diciendo pavadas cuando hubieran probado lo que el bar ofrecía. Silvestre, además de apoyarlo en la elección conocía a uno de los mozos, y logró que les sirvieran la impresionante degustación que rato después ornamentaba la mesa. En el centro una enorme fuente de papas fritas, y extendida en tablas la completa variedad de salchichas del local, con cuencos de mostaza, chucrut, ketchup, y dos o tres preparados más impronunciables. Por supuesto, alrededor de ello y según el pedido de cada uno, jarras de cerveza en todos los tonos y sabores. Triunfo absoluto del arquitecto porque hasta Zúcker, nacido en Viena, elogiaba la calidad del menú y las bebidas.

Los comentarios y bromas fueron decreciendo en el ataque gastronómico, hasta dar paso al tema que realmente los congregaba. Odisea del amigo enclaustrado podríamos llamarle. Noches atrás se habían reunido en el departamento de Marcelo, y éste los impuso de la más o menos completa historia, desbarranque, y posterior aventura compartida en la frustrada persecución por ríos, montañas, y mar. Ante el atribulado estado que se hallaban al finalizar el relato Zúcker propuso, muy sensatamente, que en lugar de ese vendaval de exclamaciones, preguntas, y denuestos, se concedieran un cuarto intermedio y volvieran a juntarse más calmados. También ahí fue Sigfrido quien señaló la excusa que les daba el próximo concierto en el Goethe, estirando después todo lo que quisieran la charla. Pety señaló la conveniencia de que mientras tanto dos o tres de ellos –por separado, claro– realizaran una corta visita a Pringles, para testear la temperatura del asunto. Y él fue quien reabrió allí la conversación, discutiendo el lapso de tiempo que otorgaban a las últimas etapas.

–Creo que es bastante menos. Se les han amontonado los hechos y pierden perspectiva. Por ahí a mí me pasa igual, pero ante la casualidad con el alquiler de Pringles noté que era casi exactamente un año. Decime vos la fecha, Marcelo, porque sería otro de esos datos tan especiales en el energúmeno. Sin embargo estoy casi seguro que fue en Noviembre del 70 cuando agarró la piecita esa a veinte metros de acá. ¿Casualidades curiosas, no...?

Marcelo confirmó –él había firmado como garante– el alquiler de esta casa el seis de noviembre pasado. Y Sigfrido recordaba, con gesto asombrado, que sí, en esa misma fecha del año anterior encontró lo de Junín. Zúcker abrió los brazos, manifestando que a él no le sorprendía.

–Estoy convencido que la historia de Jorge podría rastrearse en cuadrículas similares y números precisos. En general, y por la carta que diseñé, lo primero que aparece como muy marcado son tres etapas de siete años cada una, finalizadas prácticamente al llegar a Junín.

–No me dan los números, Profe –Pety, aunque mitad en broma, lo atacaba siempre–. Tres por siete es veintiuno, y él cumplía veintitrés al mes y pico de alquilar la pieza.

–Correcto, omití un dato que él me dio al preguntarle: A los dos años lo salvaron de morir, con una traqueotomía de urgencia. Yo había

notado algo extraño, como un recomienzo, una nueva oportunidad que su sino le concedía. No te enojés conmigo, estos estudios son siempre hipotéticos e interpretados desde una continuidad. Diría que esa diferencia de dos años valida los cálculos hechos antes.

–Ponele, lo has arreglado bien. Contanos ahora la película de este año y sus casualitos números. Ya sabemos que el tres y el siete son cabalísticos. Pero el mencionado seis es el del demonio, ¿no?

–Olvidate, el único Dios o Demonio es el que cada cual produce dentro suyo. Y Jorge con sus enanitos se lleva la mar de bien. No obstante, sí, veamos: Un año exacto, dividido en dos semestres exactos. Y no pienso que Jorge adivine nada. Simplemente calcula sus tiempos y ciñe sus energías a ellos. Llamale intuición, voluntad, o como quieras. La cosa es que pagó y decidió que seis meses en Junín era lo que necesitaba para eso que definió, mirá vos, como renacimiento definitivo y reunificación de sus yoes. Cosa esta última que sólo él entiende y conoce en toda su profundidad. Pero, bueno, al cumplirse los seis meses Yanpol se descalibra y lo echa de Junín. Anécdota conocida y charlada de sobra. Sin embargo a todos nos sorprendió la tranquilidad con que lo afrontó. Y, por supuesto, el inmediato y casual encuentro con la aventura del Desván, que solucionó en horas el conflicto.

–Yo diría que le trajo otros, y no sé si peores.

–Sí, Pety, sí... –Marcelo oscilaba conciliador–. No fue una lluvia de bendiciones precisamente. Y el paralelo devenir en casa de Graciela tampoco. Pero fijate que es cierto que, nuevamente, de ambos lados lo echaron. No me gusta hablar de destino, por más cuadriculado que se halle en el tiempo. No obstante...

–Sólo me gustaría agregar –Zúcker hacía señas de que sería breve– que siendo alguien tan ordenado, logra transmitir a lo que le acontece esa característica. ¿De qué le sirve...? Pienso que como preparación interior. Una manera de llegar al momento justo con las fuerzas necesarias.

–Ya que hablás de fuerzas –Marcelo volvía a lo que le preocupaba–, ¿cómo lo han visto ustedes?

–Por favor, se ruegan opiniones compasivas –Estela se adelantó a los otros–. No por Jorge, que ni está ni le molestaría. Es por mi chico, que necesita respirar con normalidad. Como allá no quiere ir por no verla a la Sultana...

–¡Que mal amigo, che! –Sigfrido le apuntaba con media salchicha–. Lo que tenés es culpa, no preocupación.

–Para nada, eso lo soluciona mandándome a mí –Estela ponía cara de resignada–. Como durante el viaje de ellos dos la que iba a Pringles por si había novedades era yo, y ya me tratan como a una más, se aprovecha. En cualquier momento les pido la piecita chica de arriba –notó el gesto de Pety–. Y vos no seas mal pensado, querés.

–Lo que soy es envidioso. Me encantaría que me enviaran una enfermerita así a consolarme.

–¿A vos...? En todo caso iría a consolar a la pobre mujer que volvió, insensatamente, a buscarte. Mirá que tuvo tiempo para reflexionar, y ni por esas. ¿Cuánto fue...?

–Más de cuatro años –Pety asentía, algo más serio.

–Y digo yo –intervino Silvestre–: ¿No podría ocurrir algo así con la Gracielita...? En menos tiempo, claro. Retornando enamorada a los brazos de su Príncipe.

–A las piernas más bien –ahora Pety negaba–. Porque la pateadura sería segura y merecida.

–Vos no la pateaste a María Eugenia –acotó Estela.

–No tenía los motivos que éste sí tiene. Eugenia fue absolutamente clara y honesta, tanto al proponer la prórroga como al volver. Las dudas que tuve se referían a mí, que soy un desastre. Pero ella sigue siendo la que conocí, y eso es lo que me mantiene feliz a su lado. Miren, para mí el único misterio en lo que pasó con Graciela son las causas para que fingiera tanto. Entiendo la mentira ante un peligro, o consecuencias graves.

–¿Y no ves eso en la denuncia contra sus padres en el Juzgado de Menores?

–¡No, querida, no lo veo! Peleame a mí si querés, pero no la defendás a esa hija de puta. Ella fue quien repetidamente pidió que lo hicieran, y embretó a Jorge y tu novio en los mil trámites y manganetas para la jugada. ¡Acabala con el miedo a la libertad y el decaimiento síquico de la niña! La otra noche Carlitos mencionaba su inesperada deserción. ¡Deserción las pelotas! Sólo se quedó del lado que siempre había estado. Si hubiera sentido ese miedo, con haberlo llamado a Jorge asunto concluido. Le explicaba que estaba arrepentida de haberle requerido algo que la superaba, que por el momento no se atrevía a dar ese paso y mejor lo dejaban. Dos años y medio llorándole

que la sacara de allí para vivir juntos. Un llantito más diciendo que se cagaba y listo. Pero no, a quien evidentemente llamó fue a su Mamá. Dándole hora y lugar exactos para que obstaculizara la cosa y la salvara de que se le viera el culo. Inútil por otra parte, ya que por lo que cuenta Marcelo se le vio en colores.

–Che, Pety –Silvestre parecía que rompería a llorar en cualquier momento–, yo hace un mes hubiera matado por esa mina. Y ahora... ¿Vos creés que ella sabía de esa mierda que le habían preparado en la casa?

–Te entiendo, Carlitos. Ahora la matarías a ella. No ganaríamos nada, pero yo también. ¡Claro que lo sabía! Esa gente estaba convocada allí antes que saliera a juntarse con ellos en lo del abogado. Andá a saber desde cuándo tendrían preparada aquella función para el momento apropiado. Y apostaría sin temor que colaboró en los guiones. Lo que demostró es que es igual de sucia y estúpida que la puta vieja. Y tampoco creo en su muy conveniente interpretación de niña dopada. Lo siento, Marcelo. Se aprovechó de la conmoción de ustedes. Era tan absurdo, tan irreal –y te juro que los comprendo–, que cualquier signo extraño en su comportamiento los llevó a considerar eso. Aunque por lo que mencionás de las progresivas reacciones de Jorge, me atrevo a conjeturar que él pensó lo mismo que yo.

–Puede ser –Marcelo asentía frunciendo los labios–. Algo así expuso cuando le recriminé que no aceptara lo que ella le pedía al final.

–¡Lo hubiera envuelto en la basura que le ofrecía! Decime que eran ciertas las acusaciones de ellos, que sos un degenerado y un mentiroso, así te perdono y me voy con vos. ¡Sólo alguien más imbécil que ella hubiera aceptado esa condición absurda! Para que la decepcionada Princesa se diera el gusto de echarlo, porque no deseaba seguir con alguien así.

–Sí, fueron casi exactamente sus palabras al explicarlo. Sólo que me pareció muy duro, increíble en realidad.

–Fijate que ahora, al escucharlos revisar aquello –Estela tamborileaba sobre la mesa–, recordé algo que me dijo Jorge cuando le pregunté el otro día, por variar el punto de mira, qué sentía en la casa. Porque aquello es un despelote y no entiendo su pasividad. Respondió, sin que se le moviera un pelo, que Pringles era lo mismo que había sido Graciela: Más una potencialidad que un presente. Voy juntando hilos, sin embargo me escandalizó un poco esa frialdad.

–Ya te dije, mi amor –Marcelo le apretaba la mano–, que la verdad no es ni fría ni caliente. En este caso la verdad de lo que él piensa, más allá que lo consideremos justo o equivocado.

–Pero él no era así. No me dio más razones, no agregó nada.

–No hay nada que agregar a una valoración tan concreta. Que por otra parte comparto. Creo que se ha cansado de explicar aquello que no lo requiere. Ya sé: Hay gente que no entiende, gente que no quiere entender, y algunos, como nosotros a veces, que no prestamos la debida atención a lo hecho o dicho.

–Me anoto a lo tuyo, Marcelo –Sig los había seguido, concentrado en el vaivén de ideas–. Yo, después de la pelotera, sólo hablé con él anteayer. Y pienso que sí, que ha decidido no gastar más pólvora en chimangos. Algo difícil y arriesgado, considerando la nula voluntad general a razonar, y la obsesiva tendencia a marear la perdiz para no aceptar lo que estaba claro desde un principio. Con lo cual recojo también lo dicho por Pety: En cuanto no funcione la sintética transparencia usará las piernas. Para huir, o para chutear a quien pretenda marearlo. Recuérdenme que hablemos de la casa. El símil que usó tiene bastante tela que cortar. Y estoy de acuerdo con Estela en que es un desastre y no sé si le conviene.

–¿Saben qué estaba pensando, che? –Silvestre llevaba rato dando vueltas con el dedo sobre el borde de su copa–. Que es una joda creer que conocés a alguien a quien sólo ves en los recreos.

–¿Estás diciendo que Jorge era el jueguito de sus recreos? –aunque lo preguntó Estela, Pety también le apuntaba con el dedo.

–¿Por qué no...? Una conducta seria y obediente en el aula, para mantener las calificaciones necesarias, y un ratito de despendole al sonar el timbre, para ganarse al rebelde. Total son dos horitas divertidas, tres o cuatro veces por semana. Del resto, que es su vida en serio, no sabemos nada.

–O sea lo que decía él –Estela señalaba a Pety–, fingiendo, posiblemente actuando en los dos casos.

–Exacto: y tampoco te escandalicés ahora –intervino Marcelo–. Es el comportamiento normal de los normales. La norma grabada a fuego en la educación recibida. Con casos más difíciles de entender y que te confunden, porque hay quienes tienen más necesidad de hacerse ver, o mayores aptitudes actorales. En definitiva: Unos mienten mejor que otros.

–¿A los demás o a sí mismos?

–Esa opción no existe –siguió Marcelo–. Al mentirle a alguien

ya nos estamos engañando. Falsear la realidad es negarse a aceptarla, a vivirla. Entrar a un engaño que te encierra, y marca como un metrónomo la necesidad de seguir mintiendo.

–Bien, no negaré que de alguna forma mintiera. Pero me parece muy cruel la imagen que le estamos dando.

–Dale vos una más suave, y buen provecho –Pety la miraba casi con lástima.

–¿Te vas a poner igual de desagradable que aquel otro?

–Soy mucho más desagradable que él. Me lo he ganado a pulso y no permitiré que me desbanque. Aunque ahora al que le tengo miedo es al Profe Zúcker, tan callado y encima haciendo unos garabatos imposibles de descifrar en esa servilleta.

–Sólo son notas –el aludido se explicaba–. Me tiene altamente preocupado la opacidad del asunto cuando intento entrar en él.

–¿La opacidad...? –Pety abría los ojos inquisitivo–. Supongo que te referís a tu bola de cristal. ¿Ven por qué me daba miedo el silencio de este hombre?

–Soy un brujo moderno –Zúcker sonreía–. Ya no usamos esos artilugios. El esoterismo no desecha la reflexión, es más racional de lo que muchos creen. De ahí que necesite toda la información que ustedes me están dando. Las palabras son signos. Y la manera en que cada cual desarrolla su discurso, como están haciendo, aporta señales a veces definitivas. Vos, Estela, estudiás en sicología el valor de lo dicho, y cómo se dice, más allá de lo que piensa haber dicho el enunciante. Entre lo tuyo y lo mío, sólo técnicas distintas de interpretación. Y en cuanto a lo de la opacidad, preferiría no tocarlo todavía a espera de lo que aún me aportarán. Si les interesa prometo hacerlo después. Incluso se me había ocurrido que cerráramos la noche en la librería, donde tengo sillones mucho más cómodos, con una copa, café, mate, o lo que gusten. Sí, Pety..., también hay ginebra. Y me interesa lo de la casa de Jorge que mencionaba Sigfrido, porque quizás tenga que ver en esa oscuridad.

–Tenés razón, che –el arquitecto empezaba a levantarse–, mejor seguimos bien instalados en tus sillones. A ver si alguien me explica qué sucede con aquella bendita vivienda. Llamen al mozo y vamos, yo quiero mate, Zúcker.

CATCH 21

Ese veintiuno de Septiembre casi era un entrar reculando lo de él. Hacer la marcha inversa de lo que podía imaginar. Y además, de lo que había estado haciendo todo el día. Ahora ni entraba ni salía. Propiamente no podía considerarse en puridad ninguna de las dos cosas. Era más bien una forma de entrar-saliendo, o de salir-entrando... Pero sin necesidad de convertir en una realidad exasperante la huida de encontrarse con la puerta. Que seguramente estaría cerrada.

Incluso se le ocurrió dibujar, a lo largo de la pared del pasillo, una huida similar que lo asediaba: Primero, el mapa. Como esos pequeños mapas de los libros de historia de Malet, si no recordaba mal, en los que se relataban los avances y retrocesos de los imperios, o las batallas entre los Pedos y los Mersas. Al fin y al cabo era también el croquis de una batalla. Claro que sin ganadores. Porque de cosas como éstas no hay quien saque ganancia.

Pero bueno, peores frisos se han visto. Digamos una criptografía, o algo así, con los personajes siempre tomados de perfil, en el mejor estilo egipcio. Además con un pedazo de carbón no se pueden pedir maravillas de profundidad. Y menos con lo descascaradas que están las paredes por la lluvia.

Primera pausa filosófica: el plomazo se detiene a pensar por qué tendrían esa forma de dibujar, como oliendo mierda, o como si llevaran bandejas inexistentes a todos lados. A lo mejor porque eran personajes taimados, inseguros, y no hacían nunca las cosas de frente. Las cabezas en punta. Cabezas de aves de rapiña, de perros. No, de los perros más valía olvidarse.

Mejor dibujaba una chica, con un redondel pequeñito. Después un triángulo para el cuerpo. Dos prolongaciones, que se pueden rematar con

unas botas puntudas. Y otras dos, llenas de dedos. Una valija grande... No, dos valijas. Una casa... Con las ventanas cerradas, para que no puedan verla desde adentro. Tiene chimenea, pero no le sale humo. Lo más grande de la casa parece ser la puerta del garaje. Delante de la cual está parada la chica. Bueno, no está parada, está agachada, en posición de levantar las valijas y salir corriendo.

Tendría que buscar un bollo de papel, o un trapo, para borrar y reducir un poco el tamaño de las maletas. Son demasiado pesadas. Y los brazos no se pueden hacer más fuertes. Bueno, con el pañuelo. Ahora más pelo, con las puntas flotando. Hay mucho viento. O es que se va. El auto... Otra vez el pañuelo: cuadrado es muy lento. En cambio si se le redondea el techo queda más aerodinámico. La banderita parece una pancarta. Fuera, no es cuestión que vaya llamando la atención de todo el mundo. Además si el taxi está ocupado no tiene por qué verse.

Una gorra para el chofer. Casi, casi, un maquinista. Se siente tentado de ponerle chimenea al taxi. Y ésta sí, con el humo que se va hacia atrás en espirales. Pero se trataría de un viaje muy largo. Puede dibujarlo al final. Y meter en el compartimento de la chica un apuesto caballero, que fuma y le ha pasado el brazo por los hombros. ¡Ayjuna..., un descarrilamiento!

No, el taxi no..., el pintor. Acaba de llevarse con los talones, y posteriormente con el culo y buena parte de la espalda, diversas estructuras y residuos, tanto inorgánicos como de los otros. Hecho producido al tropezar con el primer cantero, siempre como quien mira desde la calle. Aunque, por suerte, no miraba nadie. Escoriaciones varias, pero superficiales. Y que no alteran en absoluto la voluntad de capilla veintiunina. Lo que sí agregan es un tic, no menos voluntarioso, que consiste en una rotación de cuello a cada paso, en la dirección que debería haber mirado el oculto y dolorido ojo.

Continuando el mural aparece un río con muchas curvas. En ciertas partes semidesbordado, como corresponde al día. Las riberas cubiertas de yuyos, que en algunas partes les disputan la altura a los paredones del cauce. De este lado un veredón. El embaldosado se sugiere con eses prolongadas.

Al fin y al cabo en Copacabana y Alicante los hacen igual. Y más detalles sería barroquismo. Además lo que quiere es llegar a la avenida, paralela al veredón y al río. Y a lo que contiene la avenida, claro.

Pero primero las hileras de árboles que cercan al río. Tendrían que encontrarse carbones de distintos tonos para colorear. Aunque pasando así la mano por algunos sectores queda más artístico, más... ssfumatto. En papel sería una aguada. Acá le podemos llamar una carbonada, sin demasiado riesgo de asociaciones gastronómicas, porque ni es momento ni alcanzarían las manos. Men artística in córpore vacuo. Amén. Amén de un cigarrillo, que hay que llevar colgando de los labios. Porque entre el pañuelo, las esfumadas, y el trazo nervioso y ligero, que es como deben ser este tipo de trazos, imagínese don Leonardo..., con perdón.

Bueno, y ahora el coche... Ya casi al final de la costanera, un poco antes del puente. Y a pesar que no es lo normal, las barreras del ferrocarril bien en alto. Como una guardia de sables a la salida de la pareja. No..., esto todavía no. Nada de yetas, ni simbolismos baratos. El taxi, algo esfumado también, con unas líneas de puntos que se van perdiendo entre la polvareda que ha dejado atrás. Sí, de acuerdo, el camino es de asfalto, pero lo mismo levanta polvo. No va a levantar alquitrán para demostrar que viene rajando.

Hace el coche como si tuviera bisagras, embocando el comienzo de la Veinticuatro de Septiembre. Si no habría que dibujar un montón de autitos, y parecería una procesión... O una carrera de Turismo Carretera. O la caravana final al cementerio... Todo junto: el carbón, el pañuelo, y el cigarrillo, en una sola mano, para poder hacer los cuernitos con la otra. ¡Qué imaginación más deprimente, che...!

La joda es que, dibujando el auto doblado, la parte de atrás, que es donde viene la protagonista, queda como si quisiera seguir de largo. Por eso de la inercia, ¿no...? Es que este mambo del surrealismo da para todo. Por ejemplo: si lo estuviera haciendo Picasso, o Dalí, ya tendríamos acá a uno de esos coleccionistas yanquis, con la pala excavadora y un baúl de dólares. ¡Minga de dólares...! ¡No se lo quita nadie, el mural es suyo! Sí..., creételo

vos. Ahí nomás aparece el cerdo del propietario, con un par de libracos debajo del brazo, y diciendo que la pared del pasillo no entra en el contrato de arrendamiento urbano, y por lo tanto el inquilino no tiene derecho, etc...

Calmate, Tanguito... Nadie va a querer comprar ese enchastre descascarado. En todo caso mañana habrá junta de las dos vecinas, asegurando que debe tratarse de una forma nueva, en clave, de poner Montoneros carajo, o viva el papo, que también se estila mucho y es por lo menos igual de subversivo. Y en lugar de la excavadora y los dólares, lo que habrá será manguera en mano. Con lo cual verdadera aguada, sobreviviente y orgullosa, de una ruedita por allá, una valija por acá, y una cabellera al viento que baja y se pierde. Va a terminar siendo autóctono y folklórico el fato, qué te dije...?

Ya que estamos hay que pintar la placita, para hacer más real el aproximamiento. La chica va mirando con los ojos grandes por la ventanilla. El chofer silba. Marchando un pentagrama ondulado que sale de adelante. Es un chofer alegre, un taxista cordobés, de esos que entienden. De los que a veces prestan el auto, y se fingen asaltados después por si acaso. Salud, camañeros. Toda pintura es también un homenaje.

Al muchachito podés dibujarlo esperando, sentado en la vereda. Pero claro, eso sería sumentirismo. Y el estilo de la carbonada era otro, ¿no...? Entonces esa parte la pintamos vista desde arriba. Y ahí sí, lo ponés pura cabeza, fumando en la terraza del departamento tres, lejano y abismado. O sea fuera de la mágica detención de ese coche en la puerta. Con las ruedas traseras medio en el aire aún, por la frenada. El coche, por supuesto. Esas frenadas tipo acordeón, que hacen en las historietas.

La chica tampoco lo ve a él, pero ya entra al pasillo con los brazos en alto. ¿Ah, sí...? ¿Y las valijas...? El chofer será muy piola, pero no un cochero de la edad media. Y menos acá... Al guaso se le está mezclando un poco aquello de la Cenicienta. Sin embargo lo de la chica con los brazos en alto le ha gustado y no lo borra. Simplemente le hace otro par para agarrar las valijas. Total..., el autor es dueño. Y si se mira por el lado que después

les van a faltar manos para abrazarse y demás yerbas... Sin contar para defenderse, para laburar, para arreglar la casa a su medida, para hacer gestos mientras charlan, para agarrar las mochilas y fugarse a la mierda, para... ¡Pará, eléctrico...!

No... No que parés con el vuelo. En eso también cada uno es dueño. Que parés con el retroceso. Porque por más que te afirmés sobre la punta de los pies, que hagás fuerza con la cintura y los riñones; por más que hagás fuerza con las ganas de que no sea así, lo que tenés contra la espalda es la madera de tu puerta. Ya no te podés seguir volviendo.

En realidad, lo que tenés que hacer es volverte. Y entrar. Salir de la pintura..., del relato. De la marcha atrás. Y la calentura que te agarra no es por eso. Sino porque el dibujo te quedó en la parte que la chica todavía está allá... En el otro extremo del pasillo, en el portal de entrada, con uno, o dos bultos de carga. Con dos, o cuatro brazos, pero allá... Y no hay lugar para continuarlo.

Buéh..., según dicen algunos es mejor que no haya final. O no uno solo al menos. Ya sabemos, a vos te da rabia y empujón inútil. Estas paredes no se corren. Qué le vas a hacer, Dalí. Ahora sólo te queda comprobar lo de la llave bajo el zócalo, y sobrevivir del lado de adentro. Carbón es lo que sobra. Mañana..., o cualquier día de estos, podrás dibujar la versión definitiva en la pared de enfrente. Caminando hacia adelante.

Transcurrían los días. Como debe ser, uno detrás del otro. En los primeros durmió mil horas. Lo necesitaba o se lo concedía. De a ratos bajaba, sonámbulo observador recorriendo sus predios. Los amigos, en discreta comparecencia, se turnaban para controlar que siguiera existiendo. Existir sí, ¿qué esperaban...? Son los aburridos de ceguera y miseria quienes deberían tirarse al río. Él distaba de aburrirse deambulando por su campito. No negaría que la cosecha de ese año también estaba lejos de haber sido la esperada. Pero aunque silencioso y tambaleante continuaba pisando un terreno absolutamente suyo. No tenía ganas de hablar, eso era todo. Prefería aquel lenguaje gestual, el enriquecedor recurso de la mímica, tan preciso para quien bien entiende, y tan ahorrativo de saliva y energías.

Claro que lo del buen entendedor chocaba, o al menos incomodaba a su pareja de huéspedes. En sus descensos al hábitat compartido no paraban de endosarle nutridos noticiarios sobre amigos, examigos, enemigos, y clientela del pasado. Debían creer que atiborrándolo de historias que le importaban un carajo abrirían sus compuertas. Y al no suceder aquello se empecinaban en provocarlo con la original frasecita de los ratones y la lengua. ¿Era indispensable tanta pelotudez...? No, ni eso les decía. Aprovechaba la contracción cejijunta de la reacción para fingir que reflexionaba sobre el asunto, asomando después la sonrosada punta entre los labios, hasta comprobar con la yema de dos dedos, suspiro de alivio mediante, que no, todavía estaba ahí. Ante lo cual la Sultana insistía, maternal y comprensiva ella, que se dejara de tonterías porque parecía el Harpo. No, no subía de nivel la cosa. Y menos hubiera servido informarle que dicha calificación ya estaba registrada por él mismo, tiempo ha.

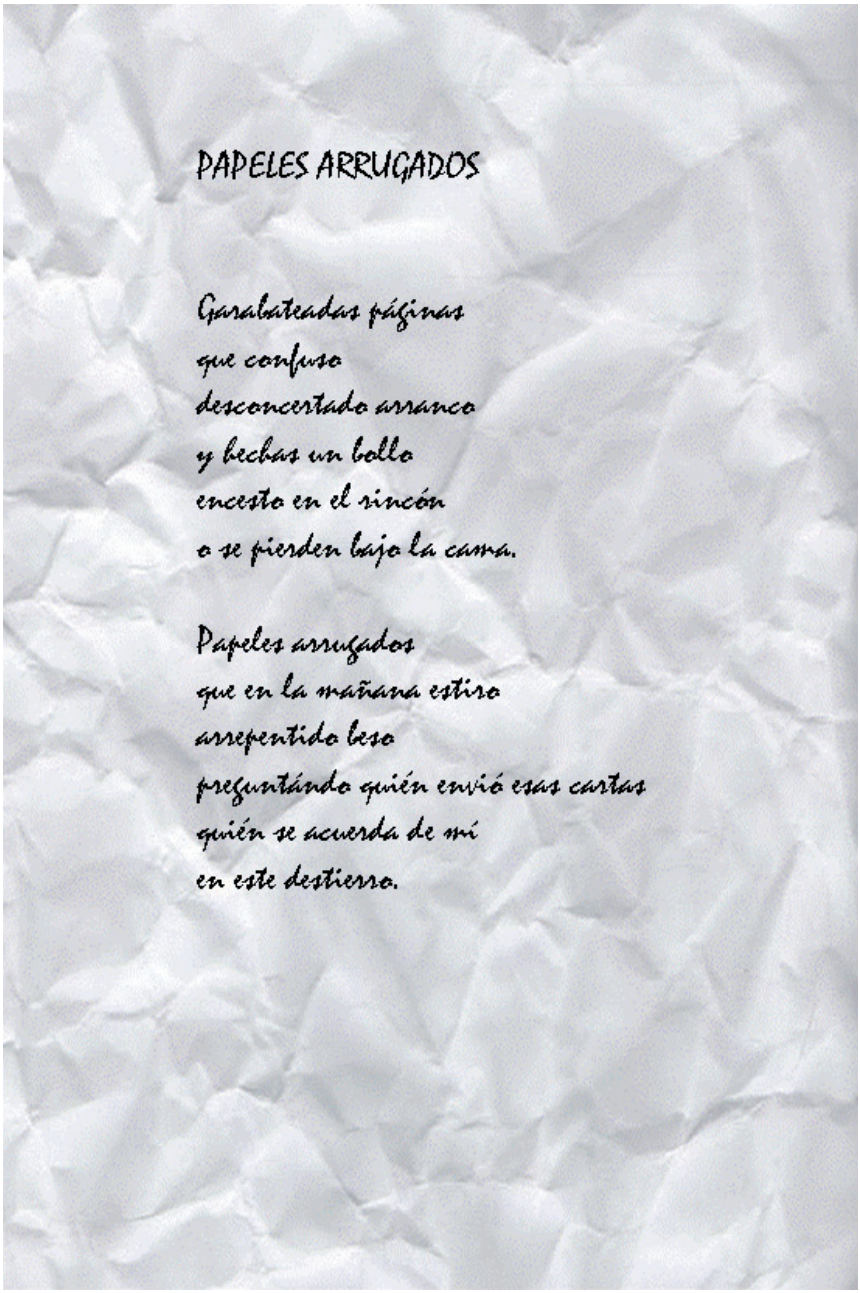
Pety, mucho más concreto y radical, le cuestionaba qué hacían esos dos allí, cuando era evidente que necesitaba estar solo. Vaya pregunta. Para qué desglosarle que, tras el nefasto y anunciado hundimiento del Desván, la Negra se hubiera quedado literalmente en la calle. Sí, quizás algo merecido, considerando la pertinaz y negativa

conducta exhibida. Como el narigón marcaba, hubiera sido el momento ideal para tirar cada uno por su lado y dejarse de boludeces. Pero él no pudo hacerlo. Decidió darle una oportunidad más, esperando que sin la premura del alojamiento fuera capaz de replantearse la dirección a seguir. Él tenía entonces la cabeza a pleno en los líos del Tribunal de Menores y lo que sucediera con Graciela. Calculaban en dos meses al menos la duración del conflicto. Interregno suficiente para que la Sultana revisara sus problemas y les buscara solución. Y le alegró que Ariel se anotara, porque teniendo compañía para sus salidas y delirios lo dejaría en paz. Claro que nadie previó la rapidez y brutalidad con que explotaría el trámite de libertad planeado. Para qué volver a aquello.

Y cómo explicarle ahora a Pety que esas dos personas eran meros fantasmas, ni más ni menos molestos que los otros que lo acompañaban. Que mientras se hallara flotando en aquel territorio intermedio, todo resbalaba casi sin sonido en el acolchado cinturón de distancia con que se cubría. Que posiblemente el fantasma fuera él. Muy controlada forma de estar y no estar al mismo tiempo. Póngale, che, los espíritus se habían adueñado de Pringles. Algo que le preocupaba tanto como que saliera el sol o lloviera. Y no sólo malos vientos soplaban, también eso: Lluvias. Todas las lluvias de Diciembre vaciaban sobre ellos su furia acuática. ¿Parte buena...? Devolvían su color original a la escalera y las baldosas del patio. ¿Parte no tan buena, y medio peripatética...? Los resbalones, las habitaciones alfombradas de periódicos y pisadas barrosas, Ariel y Sully con trapos en la cabeza, la vela que se les apagaba, y arrastrando las patas como jubilados.

El jubilado de arriba contemplaba extasiado las gotas contra la ventana, y avariciosamente se guardaba las palabras. Mentiría si dijera que brotaban dóciles al escribir. No era así. Y, sorprendentemente, el insulto que a veces bajaba por sus dedos se convertía en lastimeros reclamos. Dedujo que verbalizar en letra era versear, verificar la debilidad de quien trasunta. Transformar en otro asunto lo sentido. ¡Qué porquería, che! Definitivamente, el traductor que lo expresaba era un poco cobarde. Más vergonzante fingidor que traidor. Un diplomático declamador de mansedumbres quejumbrosas. Metáforas huyendo de

la simple, tan simple verdad. Ese estado intermedio necesitaría mucho papel hasta alcanzarla. ¿Mentía, entonces...? Tampoco se atrevería a asegurarlo. Prudentemente paliaba, al trasladar, lo que enunciado con decidida claridad lo habría destrozado. Algo más adelante conoció en la Sociedad de Escritores a un Prócer –no iremos a creer que sólo en el Desván pululaban– quien incansablemente repetía: "El escritor es un mentiroso, que dice la verdad." Y se dio cuenta que el golpeteo de la lluvia le decía algo similar, aunque en morse. Menos da una piedra y todo suma. Un estoico el guaso.



PAPELES ARRUGADOS

Garabateadas páginas
que confuso
desconcertado arranco
y hechas un bollo
encesto en el rincón
o se pierden bajo la cama.

Papeles arrugados
que en la mañana estiro
arrepentido beso
preguntándo quién envió esas cartas
quién se acuerda de mí
en este destierro.

Camino a la librería no es que decayera el talante crítico, o revisionista, de los conjurados. Muy por el contrario brotaban cual manantial despiadadas invectivas contra el ruinoso estado en que se hallaba la vivienda del ermitaño, a casi un mes de ser habitada. Belicosos aún por la batalla reseñada, sólo cambiaban de área conflictiva. Y no coincidía en absoluto aquel abandono con las costumbres del héroe. Como tampoco lo ayudaría vivir en un pozo, si necesitaba salir de otro. Coincidimos con ellos en que, después de la buena noticia que constituía el techo propio, entrar a Pringles planteaba dudas sobre su Titular. Sólo el legendario personaje conocido como la Pelada de la Cañada reivindicaría tan pelado hábitat.

Ya de entrada zaguán y living abofeteaban, merced al horrible empapelado gris-verdoso que ostentaba rasgadas combas y ampollas por doquier. Y si no se veía tan desangelado como al principio, era debido al amontonamiento sísmico de muebles, cajas, cajones, mantas y demás, que gracias a Estela y Marcelo llegaron desde el altillo de Zúcker o el Desván. Digamos que como aporte futuro se les sospechaba una beneficiosa utilidad. Pero apilados hasta el techo y casi impidiendo el paso... Las dos habitaciones de abajo –las mejores y más amplias– les habían tocado a la Sultana y Ariel. Aunque Pety matizaba con sarcasmo que en eso no buscaran generosidad, sino el evidente deseo de mantenerlos alejados y enclaustrarse en las piecitas de arriba. Pero el detalle residía en que, con los trastos diseminados de estos dos, aquello podía pasar perfectamente por la sala de espera de cualquier Estación del Norte, ausentes sólo las jaulas con gallinas. Sin embargo los catres de campaña con sus colchonetas, las valijas, atados de ropa y bultos, cumplían con ventajas el símil. La puerta del baño, hinchada de humedad y vencida al igual que todas las otras, marcaba en el piso los arrastrones. De la pintura en aberturas y paredes mejor abstenerse, porque el gris de unas y supuesto blanco de las otras era un muestrario de manchones y resquebrajaduras. Marcelo explicaba que, según versión de la dueña, llevaba alrededor de tres años

deshabitado aquello. Cuestión que no dispensaba la pasividad de sus actuales ocupantes. En todo caso variaba la calificación, ya que por la altura de los techos también podría haber sido un Hospicio en ruinas.

El interior del baño, salvo las grietas por encima del azulejado sólo proclamaba suciedad. Concretando, sanitarios y desagües funcionaban. En cambio la cocina, punto obligado de reunión y angustias estomacales, atentaba en su principal artefacto contra el uso. Era tanta la grasa y mugre acumulada, que empecinadamente negaba el encendido del horno y dos fuegos superiores. Ariel especulaba con que los anteriores inquilinos la dejaron allí ante la imposibilidad de arrancarla. Y por lo visto, como para ellos la hornalla superviviente les permitía calentar el agua de los mates, o cocinar cuando tenían qué, bendecían al destino que aprieta pero no ahoga. Concretando otra vez: El ataque con productos de limpieza adecuados no figuraba en sus aspiraciones. A lo mejor planeaban reclamar algún subsidio especial –suspiraba Estela–, presentando el inmueble como Certificado de Pobreza.

Sigfrido añadía que hasta la radio portátil de Ariel se solidarizaba. Porque con las pilas al límite apenas cubría un metro y medio de audición, distorsionando en hawaiano estilo incluso las guitarras de los Chalchaleros. Aseguraba que la solución sería proveerse de un linyera que cobrara entradas en la puerta. "¡Pasen y vean!: Por mil mangos múltiple función de Almas en Conflicto, neorrealismo cordobés. La bancarrota imparable de su generación joven. En blanco y gris por supus. El blanco bastante sucio, eso sí. ¡No se lo pierdan!: Actores no profesionales y decorados naturales. Y si suben a las habitaciones de arriba encontrarán al Hombre que volvió de la muerte. Monólogo interior, que no levanta ampollas pero desperdiga hojas por el piso. Anímese, Don Bonifacio. Cuando regrese a su hogar chapará a besos a la Patrona y los chicos. Hasta su Suegra le va a parecer linda. ¡Por mil mangos, mil, oferta de temporada!"

En una de esas juntaban guita, aunque fuera para reconectar la luz. Porque en cuanto oscurecía, la marchita con el plato y cubriendo la llama con la mano era más bien deprimente. Sin contar que la

existencia de velas también menguaba, provocando verdadera lucha de clases. Ya que si a uno no le gustaba nada que le cortaran la lectura en la cama, el otro reclamaba con nítida justicia su derecho a saber si evacuaba adentro o afuera. Más allá que ciertas cosas no son lo mismo a oscuras, como cualquiera comprenderá. No, no se podía hablar en general de un ambiente que predispusiera al optimismo. Silvestre festejaba las ironías de la descripción. No obstante se lo notaba pensativo y preocupado, cuchicheando de vez en cuando con Estela. El conocimiento que tenía de Ariel y la Negra, por la convivencia en el Desván, tampoco a él lo llevaba a ver mejoras.

Sabían que, como proyecto, había guardado las proporciones de un futuro castillo, almenado y feliz. La intención de pintar, arreglar, y transformar, seguramente existió. Pero ahora daba la impresión de viejos huesos amontonados, junto a la voluntad occisa del Señor de las tinieblas en sus habitaciones de la terraza. Cierto es que en la más pequeña había provocado un claro entre libros, carpetas, y más mantas, para embutir una mesita chica y un par de sillas. Otras dos, y el colchón regalado por Silvia, en la mayor que le servía de dormitorio. Pety, mientras los demás mateaban y pintaban el panorama, curioseaba vaso en mano por las estanterías. Pero al llegar la charla ahí se apoyó contra una de ellas, para contarles que en su visita tuvo oportunidad de espiar los papeles aprovechando que aquel bajara al baño, y reconocía su inutilidad para calificarlos literariamente. Mas lo encontrado sólo hablaba de aterradoras quiromancias, un niño infeliz tras la persiana, feroces inventarios para las hormigas del otoño, una canción gris que derrumbaba, la inexistencia de los pájaros, y multitud de lindezas por el estilo. Todo, como imaginarían, formando parte del plan de recuperación nacional emprendido. La teoría subyacente era: Hay que tocar fondo. Y no con los pies, nada de eso. Por lo visto se tumbaría de jeta, se arrastraría masticando mierda hasta pudrirse los dientes. Sí, señor, para estoicismo y masacre del alma, lo suyo. Bandera a media asta. Hasta que medie nueva orden, huelga de esperanzas y alegría por tiempo indeterminado. Más vale, no se le ocurriera aparecer a la fulana y lo encontrara existiendo. Sobreviviente y gracias. O náufrago, que sonaba mucho mejor. Total, contarle las costillas no resultaría difícil. La dieta de criollitos y yerbeado garantizaba el matiz realista.

–Decime una cosa vos, Marcelo, que contás con información privilegiada: ¿Algo sacó al final, de la puta aventura del Desván, no?

Porque si alquiló la casa y pensaba aguantarla tendría cómo, calculo.

–Sí, conseguimos que Barroso cumpliera con lo establecido en el contrato –Marcelo, siempre discreto, no detalló más–. No obstante, lo primero acordado con Ariel y Sully fue que deberían hacerse cargo cada uno de un mes de alquiler. Medida justa y liviana, considerando que así sólo se comprometían a un pago cada noventa días. Y para que nos riamos todos juntos, les aclaro que lo aceptaron entusiasmadísimos.

–O sea que el próximo desembolso... –Pety se mordía los labios furioso y negaba mirando al techo.

–Si me permiten –Estela levantó la mano–. Y para que no haya dudas sobre la confianza que les tiene a aquellos, confieso que a mí me dio los cuarenta mil pesos de esa cuota.

–¿Por qué...? –Sigfrido no entendía nada.

–A fin de mes él se irá unos días, y a mí me toca pasarme por allá preguntando si ya tienen el recibo. Suponiendo respuesta negativa, deberé mostrarles que pago yo y Jorge queda en deuda conmigo. Hasta ahí, y sin más comentarios, las instrucciones.

–Me parece inteligente y práctico –Zúcker entrecerraba los ojos asintiendo–. Sabe con qué bueyes ara. Conservando esa aparente igualdad precaria los obliga a mostrar hasta qué punto se van a hacer los opas. Si vieran que puede pagar, con las excusas y lloriqueos de siempre se acomodarían a que los mantenga.

–¿Y qué está haciendo...?

–No, Pety... De esta forma renegará, por irse entrampando en deudas con los amigos. Y la Sultana sabe que no le gusta nada. Hablo de ella, porque al chico tampoco lo conozco.

–Es un boludito ilustrado, de buena familia –Marcelo transmitía lo necesario–. En su etapa de rebeldía independiente, que no le va a durar ni dos meses. Los atractivos del Desván, o los que podría conglomerar Jorge, vamos viendo, ya lo reseñó Pety, que se hallan detenidos hasta nueva orden. Y tampoco creo que el sueldito que le den en esa revista alcance, aún juntando lo de tres meses, para uno de alquiler allá.

–Sí, me convenciste –Pety continuaba respaldado en la estantería, soltando sus punzantes dardos–. Seguro que en los mil yiros diarios y nocturnos por los bares que hacen con la Negra, cuidan sus monedas pensando en cumplir responsablemente lo acordado.

–Él ni así, porque la revista se fundió –Sigfrido manejaba la actualidad ciudadana–. Esos proyectos de amarillismo teñidos de rosa, con el así lo vi y te lo cuento, pierden envión y anunciantes enseguida. Apostaría que su libertinaje se le acaba antes del plazo que dijo Marcelo. Esperaba un Pringles de fiesta continua, y choca diariamente con este de hambrunas y capa caída. Ahora que lo pienso...: ¿Estela, vos que frecuentás el mausoleo, es Jorge quien se encarga de las vituallas?

–Negativo total. Si no aportan ellos lo que rasquen por donde sea, sólo agua y techo. No me consta, pero supongo que a falta de alimentación comunitaria se irá a dar una vuelta y comer por ahí. Este New Jorge no es el que conocíamos.

–¿Y qué te creés –Pety le cortaba la sutil crítica–, que el cuatrojos no excursionará a casa de sus padres, para almuerzos o cenas? La Sultana no hace falta aclararlo. Siempre ha mangueado en cada mesa para que le paguen un sándwich o cosas más contundentes. ¿Has visto, o te ha dicho él, que solidariamente le traigan algo...?

–Esperen, che, es absurdo discutir esto –Marcelo los cortó–. Si mal no recuerdo lo que nos interesaba era dilucidar cómo están, y por qué están las cosas así.

–Muy bien, Doctor –Zúcker se reintegraba–. Coincido, el chico se irá solo, esperemos que sin añadir problemas. Ahora, Sully no es de las que sueltan así nomás. Y menos tratándose de Jorge. Aparte que desaparecida su odiada rival...

–Ya sé, le toca a la reportera oficial –Estela se reía, visiblemente contenta del protagonismo–. Que expone oficiosamente la privilegiada versión del chismoso jefe, conocido por Ariel. No saben cómo disfruta sacando el cuero. En este caso a la susodicha pretendienta. Punto uno: Sonrisitas o llantos, y aproximaciones insinuantes sin resultado positivo. Verbalmente el asediado ni siquiera contesta. Diríase que no registra nada, fuera de su reconcentrado y obsesivo duelo. Ahora, y siempre visión textual del anteojudo, ella ha entendido que una operación comando al colchón de arriba, acabaría de inmediato con sus huesitos rodando escalera abajo. Asegura nuestro informante que los zombis de las películas de terror son Jerry Lewis al lado de Jorge. Creo que o está muy jodido en serio, o es un actor extraordinario.

–Parece mentira, Nena... –Pety se le burlaba–. Fardás con que lo conocés, y se te escapa que sean las dos cosas. Siempre fue un farsante. No me mirés así, Marcelo, yo también lo quiero mucho. Si no, ni por esta ginebrita tan buena estaría acá con ustedes, tratando de quitarle opacidad al asunto. Que ya veremos lo que dice el Profe. Pero sí, con ese tarado he pasado momentos geniales y me he divertido como con nadie. Escuchame, Estela, seríamos mezquinos si dudáramos del sufrimiento que arrastra. E igualmente insultaríamos su inteligencia al no comprender que, a su manera, claro, también se divierte, o entretiene al menos, con la táctica asumida. Te olvidás que los recogió allá la barrosa noche en que se desmoronó el Desván. No es de los que abandonan a un compañero en situaciones como esa, por idiota y dañino que haya sido. Bueno, lo otro también se pudrió, y deseando enterrarse solo hasta la resurrección, se encuentra con esos dos apóstoles que niegan hasta el canto de los gallos. No, Sigfrido, ya sé –bloqueó el gesto del otro–, pero es incapaz de echar a nadie, sin causas más justas que su particular necesidad o conveniencia. Mi opinión es que los forzará a mostrar la hilacha, o a desgastarse solos. ¿Qué decís, Zúcker? ¿Ha mejorado la luz de las estrellas sobre la carta del capricorniano?

–Eso tendré que hacerlo con calma otra vez, porque entendiendo sus movimientos el resto es sólo escenografía, y puede cambiar de repente. Sí, me ha ayudado visualizar en qué condiciones pueden actuar sus acompañantes. Ojalá mi desconocimiento de los detalles fuera la causa de la oscuridad mencionada, y su alcance en el tiempo. Ya les contaré.

–No, esperá che..., estás ocultando cosas –Pety acababa de ponerse la campera, en actitud de charla terminada, pero se volvió hacia él–. No me gusta eso del tiempo.

–Es que en serio confío que al pasarlo en limpio el estudio varíe. Ya me quedé bastante culposo al vaticinar en el Desván, aunque indirectamente, lo que sucedería. Por supuesto, mi lengua larga no condiciona los hechos. Sin embargo, tratándose de un amigo tan cercano jode tirarle humo por encima. Nunca sabremos cuánta energía hay, incluso en las visiones.

–Dejá de dar vueltas, che –el narigón se le había parado al lado–. Quiero irme con la baraja de lo que tengamos completa. Luego, cada mano mostrará su importancia. Ponelo boca arriba, dale.

–Ya les dije que me preocupaba. Porque tratamos las consecuencias de algo terminado. Y yo –en mis estudios concretamente–, no percibo, no encuentro ninguna señal de cosa finalizada. Por eso quiero rehacerlo, podría tratarse de un error mío. Esos cortes en una historia dejan improntas perfectamente visibles, como subrayando y separando lo pasado de lo por venir. No me salió así, repito. De una manera muy confusa, neblinosa diría, es como si faltara..., no sé, bastante todavía, para el verdadero final y la libertad que hoy busca. Tal vez se trate solamente del proceso interior, la trabajosa lentitud de abandonar un sueño muerto. Pero no lo sé, y no me quiero apresurar. Iré a visitarlo algún día. A cargarme con lo que él y la casa me transmitan. Perdonen esta ambigüedad, ustedes que tan precisos han sido. Los brujos también metemos la pata, y seguido a veces. Ojalá con la próxima ginebra brindemos por mi equivocación, Pety.

–Bueno, a mí los mates me gustaron –Sigfrido también se levantaba, seguido de los otros–. Lo demás es intentar entender lo que vemos, o lo que vaya sucediendo. Deseo que podamos hacerlo mucho tiempo, y Jorge nos acompañe. Vos aplicate en lo tuyo, hacé bien los deberes, ya te tomaremos examen.

En ese transcurrir de noches y días hasta la lluvia se retiró dejando paso a los preparativos del verano. Él también preparaba cosas. La mochila y el bolso, uno sobre cada silla, así lo atestiguaban. Sólo faltaba que aquello se pusiera en marcha. Bueno, un poco de respeto, porque aquello era Estela, respondiendo a su reclamo telefónico y en coloquio con Ariel y la Sultana que ya se iban en su habitual salida matutina. Nadie piense en deportivas actitudes de mantenimiento físico. Aunque de esto último bastante había. Anticipando los horarios de comida y cena excursionaban al Centro en mendicante pesca de invitaciones. Los réditos del Desván todavía durarían un tiempo.

En cuanto oyó la puerta de calle y los pasos de Estela en la escalera se asomó a indicarle que no hacía falta, ya bajaba él. Recopiló algunos enseres de cocina, dejó una nota sobre la mesa: Suerte chicos, pórtense bien, en unos días vuelvo. Y sacó de entre los muebles apilados en el living la carpa, el calentador a gas, y otro bolso grande ya listo para la ocasión. La ayudó a guardar todo en el coche antes de pegarse una carrera hacia la panadería y volver con un par de bolsas repletas. Circulando con paciencia por el tráfico mañanero silbó observando cómo se le subía el vestido al manejar, y ella le lanzó un manotazo antes de reacomodarse con dificultad.

–Me parece que la abstinencia a que has condenado a esa pobre mujer se te vuelve en contra.

–Fue una súbita apreciación estética, disculpe Usted. Funciono por impulsos. Y esa pobre mujer hace mucho que se condenó sola.

–¿Entonces por qué la tenés en tu casa...? Sí, ya sé que nadie más lo haría –Jorge abrió los brazos ante el círculo vicioso de la pregunta–. ¿Pero no pensás que así es peor? Andá a saber lo que imagina ella.

–Sully siempre imaginará lo que se le antoje, generalmente lo más desatinado. Y lo rellenará de mierda diez minutos después. No conoce otra forma. Pero tampoco sabe vivir debajo de un puente. Así que, por ahora, y para ella, no es lo peor.

–¿Y para vos...? Si al menos mostraran voluntad de ayudarte adecentando la casa, o se encargaran de pagar la reconexión eléctrica...

Ya empieza a hacer calor, les vendría bien una heladera digo yo. Con lo que manguean por ahí les habría alcanzado de sobra, es una décima parte del alquiler. Otra cosa de la que se olvidarán.

–¿Y entonces...? ¿Para qué queremos una heladera, tan vacía como sus cabezas? Sí, cariño, entre los dos pueden juntar guita, pero no inteligencia. Necesitan alguien que piense y resuelva todo por ellos. Difícil encontrar a esa persona hoy por hoy. Así que no me regalés el frigorífico todavía.

–Entiendo que estés harto de jugar ese papel. Por eso creo que sería mejor echarlos. Dejate de piedad boluda. ¿O te sirven para escapar de algo?

–¡Bien por la chiquita de piernas hermosas! Empezás a acercarte a la profesión que estudiás. Por supuesto que me sirven. El caldo oscuro y despelotado del sweet home me ayuda a bracear con menor esfuerzo del que me costaría estando solo. No, ni preguntés, es obvio que no lo hice a propósito. Me encontré con ello al despertar de la puta pesadilla. Y corrijo lo de haber despertado. Porque ni lo estoy ni lo deseo aún. Ya llegará, todo llega. Y veremos qué hago en ese momento. Lo que te dije de los impulsos es cierto. Llegan cuando quieren y se apagan cuando quieren. Me arreglo con eso. Y con la inútil presencia de estos dos, por supuesto. Es como una ley acuática de gravedad que me mantiene a flote. Sí, también en mis piecitas de arriba, o sentado horas en la terraza. Con la casa a mi entera disposición me agarraría lo mismo que a ustedes les molestó. Entraría automáticamente a limpiar, ordenar, clasificar, mejorar en definitiva el decorado. Y me estaría equivocando. Porque no he llegado ahí, a ese punto. Traicionaría mi realidad.

–Sin embargo te distraerías.

–No deseo distraerme. Ya le expliqué a tu novio que dis-traer es llevarte lejos de vos mismo. Cuando pretendo todo lo contrario: Bucear en ese charco cenagoso hasta drenarlo.

–¿Y los ratos que forzosamente pasás con ellos no serían una distracción?

–Para ello tendría que variar la composición del caldo. Y en cambio suma en sus aspectos negativos. Son el engaño, la desidia, la hipocresía, la idiotez, la exposición continua recordándome que con nombres o rostros distintos eso siempre estará ahí, acechando. Me refuerzan al constatar la debilidad con que colaboré en la destrucción

de los sueños. No tengo ni idea a donde me llevará este subir y bajar, escaparme y volver, enfrentarlos, y quizás sí, finalmente echarlos. Andá a saber. Me quedaré en Pringles, eso seguro. Pero quién y cómo será el nuevo inquilino es algo que se halla en proceso de microscopio, retortas, probeta, explosiones reactivas...

–El chico enojado y dolido rompiendo cosas en el laboratorio. Bueno, es tu laboratorio y tus experimentos. No obstante noto que por ahí te culpás excesivamente. ¿Cuál fue tu colaboración en lo que pasó?

–La de cerrar los ojos, ante las innumerables señales recibidas en dos años y medio –prácticamente lo escupió de un tirón, evidenciando cuan masticado estaba aquello.

–Despacito, no sé si es verdad. Comentaste más de una vez tus dudas sobre la fuerza real que tuviera ella en circunstancias especiales. Eras vos quien insistía en la negativa influencia de su formación. Que al fin y al cabo es lo que se impuso a la hora de decidir.

–Hasta ahí de acuerdo. Sin embargo me refiero a haber creído en sus propósitos de escapar a dicha influencia, sus declaraciones de amor hacia mí y la vida que proyectábamos.

–¿Y cómo no ibas a creer, consciente de lo que le hacían y las amenazas de internamiento siquiátrico? Todos lo veíamos entonces. ¿Deberíamos culparnos también? Jorge..., se asustó. Y va a sufrir las consecuencias de esa cobardía tanto o más que vos.

–Problema suyo y de la decisión tomada. ¡Que se joda!

–¡Epa...! ¿Realmente pensás así?

–Nena, ella por lo menos tuvo la opción de elegir. En cambio yo debí comerme el infernal engaño que evidenció. Y rastrearla como un perro, convencido que merecía alguna explicación. Es una más, de las mil preguntas que me torturan: ¿Qué sentía por mí...? ¿Qué era para ella, más allá de un entretenimiento, un loquito que la adoraba? Dejémonos en serio de pelotudeces: En lugar de la farsa con el Juez de Menores, no le hubiera costado tanto decirme que se lo había pensado mejor y a ambos nos convenía cortar una relación así de complicada. Por supuesto, yo me habría hecho mierda igualmente. No obstante hubiera sido, cuanto menos, un humano respeto a la dedicación que le entregaba. Fijate que hablo en términos de piedad casi. Muy poco y nada debió quererme, para actuar de esa manera. Para negarme sus razones, los motivos de esa canallada. Pero no, como me conocía, y ella sí que tuvo absoluta demostración de cómo era y cuánto la amaba,

eligió cargarme con esta búsqueda obsesiva de razones y sinrazones. Sutil manera de reinar aún en lo horroroso, en el brutal silencio de espanto que me envuelve.

–La seguís queriendo.

–Siempre querré, y con agradecimiento, a aquella que para mí fue; lo que me despertó y compartimos, lo que fingido o real por su parte vivimos. Si proyecté a Nubedil, si la imaginé por su casi perfecta actuación, se lo debo. Otra cosa es que Graciela se me muriera al mostrar su verdadera cara.

–Sí, calculo que, variando la soberbia de la madrastra, prefirió romper el espejo donde se reflejaba una ella con posibles alas de libertad.

–¿Y yo qué...? ¿Me empaché de manzanas ficticias? ¿Besaba el reflejo de un dibujo en el vaho? Yo no rompí ningún espejo. Nunca he negado la realidad, ni se me dio la oportunidad de verificarla y decidir. Me encontré de golpe mirando el vacío. Rellenando ahora papeles, me pregunto si instancias, formularios inútiles, tratando de averiguar qué hubo allí antes. Pasando del mutismo alienado a una verborragia incoherente que el lápiz extiende sin fin. Atravesando todos los estados de la idiotez, ensimismada y autocompasiva, para llegar –algún día llegaré, espero–, a la prescindente imbecilidad de un escéptico cacareante. Incluso alternando, ya ves, con este derrame oral que tampoco preveía. Pequeñas cuotas de lucidez, amistosamente generadas en el trayecto hacia la anhelada soledad. Pero que duelen el doble. Porque el alma raspa con dientes de pedernal en la herida que no cicatriza, rebalsándome de sangre magullada y negra.

–Está bien..., está bien, Jorge. De todas formas ya hemos llegado a la zona del retiro espiritual. Lo que no sé es por qué elegiste el Dique Los Molinos, con lo tranquilo y solo que hubieras estado en la cabañita de Carlos Paz.

–A mí no me preguntés. El arranque dijo que para acá y listo. Borrá lo desbaratado del discurso errático que llevo encima. No, ahora bajá hasta el puentecito ese, y seguí el camino que sube a la derecha.

–Ok. Jefe. Pero no borro nada. Al contrario, no te imaginás lo feliz que estoy de volverte a escuchar. Ojalá a vos te haya hecho aunque sea la mitad de bien que a mí. ¿Le metemos hasta el lago...?

–Sí, enfilá en dirección a la arboleda aquella. Esa es la Bahía del Polaco –ella lo miró–. No, no esperés historias trucu, no sé por qué se llama así. En esta belleza lo único macabro soy yo.

–¿Puedo ayudarte a armar la carpa?

–¡Ni en pedo! Vos lo que querés es seguirme tirando de la lengua. Dame el bidón de agua y rajate. Sí, pará de revisar, tengo de todo. Dentro de dos días, solucionado lo del alquiler, me venís a buscar.

Estela, obediente, lo abrazó y besó protestando por los empujones con que la subía al coche. Un par de horas después la estridente bandada de loras parecía burlarse del extraño aquel que, sentado contra un tronco al lado de su carpa, escribía con mano temblorosa sobre el grueso cuaderno, pero con la mirada perdida en el agua.

Cuando volvió le pidió a Estela que lo dejara ahí mismo y se fuera. Prefería que, al igual que en la partida, no supieran ni dónde ni cómo y menos con quién viajara. Amontonó sus cosas en el portal techado que daba a la calle, y en tres recorridas del largo pasillo ya las tenía junto a su puerta. Al abrir se encontró con una chica y un chico, de alrededor de diecisiete años, acompañados por Ariel. La piba apenas saludó y se fue, pero el otro y el flaco se empeñaron en ayudarlo con los bultos. Alta excitación del anteojudo que pugnaba por arrancarle la mochila. "¿Te fijaste en la pendeja? ¿A que tiene unos ojos divinos para romperle el culo?" Ariel el rompedor, no se lo pierdan. En el boliche también le huían como la piba recién. Ahora comprendía su apuro y el recelo con que bajaba los ojos. Que, por cierto, sí que eran de un hermoso color miel. "Este es Hugo, primo de ella. Son vecinos. Pasá y mirá bien, te esperan unas cuantas sorpresas."

Había captado un olor especial, y apoyado en la arcada del living un palo largo con plumero atado en la punta. Eso mismo, de techos y rincones desaparecidas las telarañas, y hasta un poco más ordenado el desbarajuste de cajas y muebles, presidido ahora por aquella mesita adelantada que ostentaba sobre primorosa lata vacía gordo velón rojo. Efecto que la noche convertiría en luz ambiental. Increíble, pero habían movido el culo. No tan increíble el alboroto que Ariel armaba, tratando que se enterara de todo y consiguiendo lo contrario. De cualquier manera visualizaba una labor de limpieza incipiente. Y por las puertas abiertas de las habitaciones algo parecido, con mesa y velón correspondiente a cada una, detalle repetido en la cocina. Sully, sobradamente enterada de su llegada por las exclamaciones del otro, fingió sorpresa sin dejar de preparar el mate. "¡Bueno..., regresa de lejanas playas el bronceado viajero! Usted no se preocupe, Patroncito, en los momentos álgidos puede abandonar la nave, que la eficaz y sufrida marinería se encargará de todo –esto último deslizando sobre la mesa el cumplimentado recibo del alquiler–. ¡Así, cualquiera!" Por suerte para ella la ambigüedad del discurso se mantenía exactamente en los límites de la verosimilitud. No obstante Jorge calculó que, si lograba mantener la expresión de supina y total

ignorancia, en cualquier momento se atribuiría el hecho. Y por suerte para su ubicación en lo sucedido la presencia de Silvestre sentado a la mesa, batallando con un par de botellas vacías en las que fijaba velas normales, aportaba clarificadora luz natural sobre los antinaturales cambios producidos.

Abrazó a Carlitos guiñándole un ojo, mientras preguntaba en general quién era Hugo, porque le sonaba su cara. La canchera ama de casa, tras distinguirlo con el primer mate cebado lo puso al tanto. Se trataba de aquel empleado del turquerío de la calle San Martín, donde fueron a buscar la tela para los manteles del Desván. El que tan amablemente se desviviera, al informarle ella del cultural proyecto y sus precarios medios económicos, llevándolos hasta el depósito frente al Mercado para revolver entre las ofertas. Lo recordó de inmediato. Realmente el pendejo entonces lo había sorprendido, peleando con la Encargada y consiguiendo que les hicieran un descuento al hallar lo apropiado. Y ahora resultaba ser vecino y miembro de la estirpe Giovanni que, por lo que le contaban hablando los tres al mismo tiempo, varias generaciones atrás se establecieran en ese manzano provenientes de su Sicilia natal. La vieja historia de tantos inmigrantes, mezclados y emparentados, que adquirieron terrenos, levantaron casas, huertas, y gallineros, y con el tiempo tuvieron que vender a Constructoras a cambio de viviendas mejor estructuradas. Incluso eran parientes lejanos de la dueña de los tres departamentos del 147. Ya se sabe, unos alzaron más la cabeza y las cuentas bancarias, y otros decentemente continuaban trabajando. Los Giovanni que los rodeaban pertenecían al sector laburante. Saliendo a la calle, Hugo con sus padres y tres hermanos más vivían en la casa de la derecha. El hermano de su padre en la de la izquierda. Dos primos varones y tres mujeres, ojitos de miel una de ellas. En el departamento Uno otras dos Tías, una casada y varios hijos. Por avatares de todo tipo el resto de la familia se encontraba algo más lejos, aunque en el mismo barrio.

Bien, desglosaba mentalmente Jorge, parte de la dicharachera exaltación se debía al reciente contacto con el vecindario, que les permitiría manguear hielo y variadas prestaciones adjuntas. Pero no, no terminarían ahí los adelantos de la tropa. Ariel no cesaba de tironearle la camiseta insistiendo que faltaba la sorpresa mayor. Frenado en su

cometido porque la Sultana imponía el vehemente recital acerca de su lampazo empapado en kerosene –el olor que sintiera al entrar–, con orgullosa exhibición de bíceps incluida y obligada inspección de patio, baño, embaldosados brillantes en general. El Flaco intentó imputarse el actual funcionamiento de horno y hornallas rebeldes, con quienes bravíamente luchara. Pero Silvestre, que imitaba a Jorge en su silenciosa gesticulación, levantó de al lado de su silla productos específicos al parecer, mas destornillador y cepillo metálico, relativizando la chantada con humilde sonrisa. Era cierto, los afiches entrevistos en alguna pared eran los que quitaran del Mini-golf y él se llevó. Igual que el perchero a la entrada, y seguramente la idea de distribuir unas cuantas sillas, o aprovechar la vajilla que se enmohecía en las cajas, por no hablar de los improvisados candelabros.

El Rompedor, mermada su importancia desatascadora, continuaba en su afán de que lo acompañara, porque tenía que conocer a Ruperto. No, ya estaba bien, che, deseaba pegarse un baño aunque se perdiera al poseedor de nombre tan espectacular. Ya había cubierto su cupo de miradas apreciativas y sociabilidad. Pero la Negra lo fulminaba con cara de no ves que el chico te quiere mostrar lo que hemos hecho, no seas tan desagradable. No le molestaba en absoluto serlo. Sólo que el otro chico, el llamado Hugo, apoyaba con timidez y algo de miedo la moción, ya que parecía que se trataba de ir a su casa. Ruperto era hermano suyo, y ni siquiera tendría que hablar con nadie porque ahora no estaba. ¿Qué versiones le habrían dado al pobre para que se dirigiera a él tan asustado? ¿Y si no está el hermano qué es lo que iba a conocer? Silvestre temblando de la risa se le puso al lado diciendo que tranquilo, que valía la pena y sería un momento nada más. Sully los empujó hasta la puerta recomendando que se portaran bien –de lo más maternal, ya lo dijimos, la señora del lampazo–, y a la vuelta quizás les diera de comer. Eso sí que sería una sorpresa, murmuraba para sus adentros el arrastrado, avergonzado del allanamiento en patota a que lo encaminaban. En el pasillo Ariel señaló la pared en lo alto, indicando que esa era la ventana del Ruperto, porque en la piecita que se encerraba al fondo –igual que hacía él, le indicó sentencioso– antes no había. Genial la comparación, con un agujero a lo troglodita y a

cuatro metros. Aparte de la supuesta ventilación, una ventana se abre para mirar hacia afuera. Como el Coso este no fuera una jirafa...

Pues no, su animalidad aparentemente consistía en pintar y estudiar Bellas Artes. Cuando Hugo los hizo pasar comprendió que allí estarían acostumbrados a las visitas guiadas, porque la madre apenas saludó desde la cocina mientras atravesaban el patio en dirección a la celda del artista. Ya en ese camino se apreciaba lo venidero. Manchas y salpicones de pintura trepaban por las paredes, que daban la sensación de haber servido para secar todos los pinceles del país. Hasta como mural abstracto resultaba un tanto recargado. Pero ya frente a la habitación el arcoíris caía a baldazos, mezclaba grafitis, figuras de comic, planetas en erupción, embarcaciones, lujuria tropical, y tormentas de pomos desechados. Daba por aceptado como regla general que los artistas plásticos solían ser un poco desordenados. Pero aunque había una sola cama debían cohabitar allí varios, y seguramente habrían mantenido una violenta pelea esa misma mañana. Al entrar, Hugo sin inmutarse pateaba discos, revistas, o libros, para hacerles lugar. Afiches superpuestos de Vampirelas, Einstein, Jayne Mansfield, Perón, grupos de rock, Drácula, Krishnamurti, Evita, por nombrar algunos, amenazaban despegarse entre brochazos multicolores y escritos extraños. El oleaje combinado alcanzaba la maltrecha biblioteca, el caballete, las pilas de revistas, el tocadiscos, las carátulas, y hasta la ropa que asomaba por debajo de la cama. No era posible determinar con visos de lógica si limpiaba la espátula y los pinceles con la colcha, o se cubría con el harapiento trapo de estos menesteres. Lo indudable era que sí, ese muchacho pintaba. Jorge, intentando no se le notara la rigidez con que evitaba todo contacto de seguro teñido, rechazó pretextando apuro la invitación de Hugo a sentarse –¿además dónde, sin quedar pegado?–, inquiriendo con los ojos a qué habían ido ahí. Tras lo cual y triunfalmente Ariel señaló el cable añadido, que saliendo del tocadiscos trepaba por la pared hasta el invicto agujero de arriba. ¡Oh, dioses del Averno, comenzaba a iluminarse el misterio! Realmente lo único medianamente claro entre tamaña exposición creativa.

Hugo prometió poner en marcha la cosa para cuando hubieran regresado al hogar. Una vez allí y subidos a la terraza realizaron

visual seguimiento del cableado, grapado bajo las salientes de los techos hasta el alero propio en el rincón del patio, donde colgaba un viejo parlante de radio junto a la inútil campanita del timbre. Y en ese momento expandía por la casa, con la metálica sonoridad que era de esperar, un disco de Santana. Todo junto: Chepito Areas, dándole a timbales y tumbadora, anunciaba que Pringles ya tenía música. Y desde abajo los gritos de la Sultana añadían que también comida.

¿Querrán despertarme...?

Choco con las paredes
de toda la casa
resbalo absorto en el rocío de la terraza
tropiezo con los escalones
me arañan las puertas
y las ventanas abiertas
hasta la soga de la ropa
intenta ahorcarme.
Frente al espejo
sólo curo a ese bobo que desconozco
e insulto por lo bajo.

Mientras el fulgor de tu ausencia
me acompañe y enceguezca
la cinta adhesiva y los moretones
bailarán su fiesta.

El panorama extendido sobre la mesa de la cocina le recordó la dieta de esos días en carpa: Criollitos, queso, y fiambres cortajeados. Concedió que hubiera sido mucho esperar una comida elaborada. Silvestre los habría motivado, pero de ahí a hacer milagros... Y al menos sumaban a la merienda cena un platito de maní, otro de aceitunas, y dos botellas de vino. De cualquier manera se lanzó a la contienda, porque si no perdía como en la guerra. Algo de la decepción inicial debió notar Sully, ya que procedió a abrir las puertas de la alacena ilustrando su contenido. Gracias a la mesura con que masticaba no se atragantó. Aquello era un muestrario surtido de latas de conserva, flanqueadas por paquetes de harina, café, yerba, velas, arroz, y hasta cajas de espirales. Punto explicado por la estacional arremetida de belicosos mosquitos a los que había que tratar de usted, y así y todo se comportaban como verdaderos vampiros.

Jorge calibraba, numeraba, pesaba la materia emergente, especulando a quién habrían asaltado. No lo defraudaron en su capacidad imaginativa. Parece que el tal Ruperto –sí, el mismo que expandía colores y ahora música–, apiadado también ante sus lamentos de hambre y miseria proletaria, los condujo hacia operativos de revolucionaria expropiación al capitalismo con los que él se solazaba de vez en cuando. Resultando que a la vueltita nomás, sobre la avenida, un cincuentón viudo, dueño de la funeraria, había habilitado lo que antes fuera garaje convirtiéndolo en una mezcla de kiosco y almacén pequeño. Como además alquilaba su teléfono, ubicado al fondo del local, la variedad de excusas para acudir allí aumentaban. Generalmente de las llamadas se ocupaba la Sultana, dándole toda la conversación posible al hombre. A Ariel le bailaban las gafas imitando las caras del guaso cuando la veía llegar. "Dale, Negra, hacele una demostración a Jorge de cómo te apoyás en el mostrador para pedirle al fiado. Tendrías que verla. Se pone la blusita esa escotada, le suelta el do de pecho, y el pobre sólo atina a amontonar lo que le cantemos. No hay problema, chicos, lo que ustedes quieran. Si lo dejáramos nos lo trae a casa. Cualquier día de estos, cuando vaya a hablar por teléfono le cierra la puerta y se cobra en especie."

El corcho que le rebotó en la cabeza lo obligó a parar la joda, pasando a matizar que para no excederse con el funebrero y mantener el crédito, en cuanto chapaban unos mangos se pasaban a amortizar la deuda. "Ojo, que tampoco es tan grande, porque la mayoría de provisiones son producto del afane. Mientras Sully lo lleva a una punta, por un paquete de yerba o lo que sea, Ruperto y yo chicoteamos al bolso. Los cigarrillos –primera gaveta vertical a mano izquierda– ya se nos tiran solos encima, aunque a veces hay que cambiar de marca merced a giros imprevistos. Mirá, ahí te hemos guardado seis etiquetas de Colorado, doble mérito por la altura y el riesgo." Recibió y agradeció los puchos, advirtiéndoles que fueran con más cuidado. Por ciego que aquel estuviera con la Negra, si le vaciaban el negocio acabaría por darse cuenta.

Lo tranquilizaron diciendo que no eran tan tontos. En realidad casi todo lo expuesto ahí pertenecía a otra jurisdicción. Joder, aquello se convertía en una película de la mafia. El Padrone Ruperto los había guiado, para requisas de mayor cuantía, a la tienda de Panizzo. Por lo visto, o lo contado, era un señor almacén mucho más grande que el otro, y sólo quedaba a un par de cuadras por la 25 de Mayo, ofreciendo apreciables ventajas logísticas ya que tenía varias y anchas columnas, estanterías repletas por ambos lados, a más de alimentos apilados cada tanto. Y sus dueños, un par de viejos pachorrientos y charlatanes, atendían tras el largo mostrador en ele. Papilla especial para cualquiera de ellos, que les sacaban tema sobre hijos, nueras y yernos, o lo que se terciara, mientras el agente libre fingiendo búsquedas específicas por los vericuetos cargaba a lo bestia. "Pero no te preocupés Jorge, ya has visto que sólo traemos lo necesario. Y además vamos en los horarios que el Ruperto sabe que no hay nadie."

Si consideraban dentro de lo estrictamente necesario las almejas chilenas, las aceitunas rellenas, los palmitos y el vino tres cuartos... Pero para qué meterse en andurriales. La verdad es que le daba igual lo que hicieran. Empezaba a sentir el cansancio de tanta charla. Quería pegarse una ducha y acostarse. Al correr la silla chocó con el Flaco, que alertado de sus intenciones se ofrecía repentinamente para ayudarlo a subir sus cosas. Claro, era posible que arriba también hubieran andado limpiando y quisiera controlar los efectos causados.

Carlitos se levantó con ellos y tocándose el oído lo alertaba de algo. Sonrió agradecido, era un bicho fino a veces el Silvestre. Le acababa de servir en bandeja la forma de evitar el amontonamiento. Frenó la arremetida de Ariel –ya con la mochila en sus manos–, advirtiéndole que si aquel punteo guitarrístico de Samba pa todos continuaba dale que dale, como desde hacía media hora, aparte de acabar odiando a Santana la púa del tocadiscos se iría a la mierda. El anteojudo se llevó las manos a la cabeza y salió carpiendo hacia el reducto de la música funcional.

Ya en sus habitaciones comprobó que efectivamente aspiraban a una relativa decencia. Aparte cada una albergaba su vela gorda y otras dos embotelladas. Pero el detalle de importancia se hallaba en la más chica: Contra la pared se apilaban alrededor de diez resmas de papel sin desenvolver siquiera, y sobre el escritorio una flamante máquina de escribir. Flamante para él, por supuesto, porque se trataba de una antediluviana Underwood de las que exigen energía de pianista en las falanges. No obstante la reliquia lo había inmovilizado en su perspectiva. Silvestre lo enteró de que ayudando al Ariel en el desmontaje de las oficinas en la revista finiquitada calcularon lo bien que le vendrían a él aquellos elementos. Y le enseñaba los carretes y cintas de repuesto junto al limpiatipos. “El traslado era al galpón de uno de los dueños, que parecía ese basural que encontramos en el Minigolf, ¿te acordás...? Distraerles estas cositas no creo que fuera propiamente un robo. Yo te entiendo, Jorge, por mí no te hagás problemas. Sé que no estás para tirar cohetes. Por eso vengo muy de vez en cuando y no rompo las pelotas. Sin embargo alguien debía empujar un poco a estos dos. No le ven el intríngulis a la oportunidad que tienen aunque se lo ampliés en pantalla gigante. Espero que no te haya molestado lo que hicimos. Y no me refiero a los otros afanes en los negocios de por acá. En eso no tuve nada que ver, aunque también les avisé que controlaran la manganeta. Pienso que los chicos de al lado son buena gente y tratan de ayudar lo mejor que pueden. El Pintor está relocazo, pero el hermano, el Huguito, es divino. Ojalá estos no se manden cagadas con ellos. Lo que no entiendo es de dónde sacaron guita para pagar el alquiler –notó el cabeceo negativo de Jorge, que estaba sacando ropa para después del baño–. ¡Esperá...! ¿No fueron

ellos? La Negra me dijo... –achicaba los ojos con bronca–. Mirá, mejor me voy ya mismo, porque si no voy a matar a alguien."

Cuando bajaron Ariel ya se había reintegrado a la cocina y esperaba inquisitivo las reacciones a la visita del piso superior. Ahora sonaban los Fleetwood Mac. Silvestre sólo alzó la mano desde el patio, gritando algo en veloz despedida. La Sultana sentenciaba con su acostumbrado gesto despectivo: "Este chico anda más tarado que antes aún. Viene hecho una seda, todo chistes y sonrisas, y de golpe, como si le hubiera picado una culebra, desaparece a las carreras. Decí que estamos nosotros, que si no..." Pormenorizar sobre efectos y conductas, o discutir con ellos, no figuraba ya en sus pretensiones. Agradeció, sin más comentarios, el aporte mecánico a su escritura. De cualquier manera, se hallaban tan agrandados y exultantes que no sabía si le daban pena o bronca como a Carlitos. No entendía de qué, cómo ni dónde, pero no paraban de reseñar planes desbocados en un porvenir brillante. Por más kerosene que le metieran hasta a los azulejos era incapaz de imaginar siquiera un brillo que los incluyera. No aceptarían jamás la opacidad de los engaños en que se enredaban. Como decía Silvestre, no visualizarían ni a palos el abismo que los separaba. Especialmente ella, que lo había cavado sin descanso durante los meses del Desván. ¿Creía acaso que con una fregada de mocho y el robo de tropecientas latas lo rellenaba? ¿Cuánto de lo soportado y sufrido por él apreciaba? ¿Tan difícil le resultaba concluir, tras la destrucción a que se dedicara, que era imposible volver a mirarse como antes? ¿Que él tampoco caminaba como antes, y mucho menos quería otros pasos a su lado? Obvio, muchachito, no podrías salirle ahora con esos macabrismos a la sin par Sultana de la blusita desprendida. A la sensualísima dueña del lampazo, que no dejaba de parpadear y repetirle lo churro que a pesar de todo estaba con ese bronceado.

Cuestión que entusiasmaba al Ariel en su burlona verborragia, insinuando que aquellas miraditas presagiaban el final del recreo oscurantista: "¡Ay, sí Pichi...! El look caribeño que te has traído mata mil, ¿viste? ¿No te ibas a bañar...? ¡Dale, el pueblo quiere saber si estás así de quemadito por todas partes!" La Negra, aunque auscultando de reojo había enrojecido y contraatacaba furiosa: "¡Vos callate, pelotudo

–hay que reconocer que cuando decía pelotudo el insulto parecía recién sacado del horno–, que andás como un gallo desplumado por la terraza exhibiendo los huesos a ver si las vecinitas pican. Y no te dan ni cinco de alpiste. Por no hablar de las serenatas nocturnas. Vos esperate –advertía a Jorge– y vas a verlo subir con la guitarra. Como las otras tienen el dormitorio ahí nomás éste, que es tan disimulado, se amura en el rincón y meta ras-ras con las coplas del pajeador pervertido. Cualquiera de estas noches la Vieja le va a tirar un baldazo de agua por la tapia. En realidad le haría un favor doble, por la calentura y por los mosquitos, que se dan una festichola de navidad chupándole la poca sangre que le queda. Miralo bien, parece una fábrica de ronchas."

El Flaco aplaudía y silbaba sin abandonar. "Por lo menos a mí me pican. Porque tendré poca sangre pero dulce. No amarga, como la de alguna india cueruda que conozco, a la que en este momento le está haciendo mucha más falta que a mí el balde de agua fría." El intercambio de pedradas dialécticas se mantuvo hasta que por algún gesto de ella, o súbita comprensión de él, decidió que le entraba sueño y se retiró a sus aposentos dejándoles cancha libre. Como avisó que pasaría por el baño, Jorge encendió un cigarrillo a la espera de ducharse alguno de esos días. Él sí veía con transparencia las absurdas jugadas de aproximación de la Sultana, que en su registro más ronco disculpaba al otro.

–No le tomés en cuenta las tonterías que suelta. Ya sabés que siempre fue un charlatán sin medida. Y creo que el pobre nos envidia un poco –debió creer asimismo que la tos y carraspeos de Jorge respondían a un mal paso del humo por la garganta.

–No pluralicés, Sully –sí, algo se le había atragantado, pero ya no tosía–. Hace mucho que dejó de existir un nosotros. Y por otra parte tampoco veo qué me podría envidiar a mí. Las personas que decían quererme me han cagado hasta el punto de no poder respirar en la montaña de mierda que estoy hundido –el anterior rubor de ella había virado hacia la palidez absoluta–. No, no creo que envidie ese récord. Y tampoco el que me ande entrampando en deudas con los pocos amigos que solidariamente aguantan. Ahora mismo Estela y cuarenta mil pesos más –lo remarcó para anular todas las ambigüedades de esa noche–. O sea que, considerando la probada continuidad de cagadas y promesas incumplidas, no me auguro un panorama de aire limpio. Por

eso quiero lavarme, aunque sea por fuera, y tratar de dormir buscando un sueño que me libere de tanta inmundicia.

Por supuesto, ella en tanto recogía y lavaba silenciosa ya estaba llorando. Jorge no. El agua que lo recorría era fría y lo relajaba. Sin contar que en su cabeza la imagen que saltaba, como una repetida y extrañamente prometedora llamada, era la de la máquina de escribir. Una invitación, o un desafío, que le metiera raros cosquilleos desde que la encontró allá arriba. Esperame, chiquita, ahora mismo voy, le dijo mientras se secaba con parsimonia. Y un rato después acababa de pasar su primer poema en limpio, con toda la sensación de que algunos pasos venían solos. De acuerdo, funcionaba a impulsos como expusiera a Estela. Los puntos subrayados a la Sultana fueron necesaria y convenientemente eso. E inconscientemente tuvo la seguridad que el que lo llevó hasta esa inicial hoja mecanografiada era igual de decisivo. Bien, sólo faltaba que algún sueño se lo confirmara.

–Jorge, vos no estás bien.

–¡Galileo en Pringles! Aunque el negro era Otelo, ¿no...?

–Te lo digo en serio –Amadeo componía su más doctoral actitud compasiva–. Mirás para cualquier lado cuando te hablo, hacés gestos extraños, no has prestado ninguna atención a mis comentarios sobre tus escritos... Y es una lástima, porque estoy convencido que por fin hallaste un estilo propio.

–La alegría me inmoviliza, al escuchar que mi estilo sea esa amargura de chico enrabietado.

–Llamalo como se te dé la gana, pero es lo único rescatable de tu estado actual. Dentro del desbarajuste de papeles apenas he podido seguir los pocos pasados a máquina. Tengo que traerme los lentes. Volveré más adelante, quiero que los leamos juntos. Y también espero que andés menos... ¿No te estarás metiendo porquerías no?

–Me las estoy sacando, y es lo que vos elogiás. A menos que considerés una porquería mis mates, que hace un rato también alababas.

–No sé, che, vos no eras así. Parece mentira que tengás una casa tan linda y tan grande y tampoco le des bola, o sigás manteniendo a esa...

–¡No, por favor, la cantinela de moda no!

–Es lo que te advertimos hace un año ya.

–Para ser un literato te falla la memoria literal. Los presagios de todos ustedes no iban desencaminados con ella, pero se equivocaron tupido conmigo. Los vaticinios eran que me dejaría en pelotas. Sí, Negrito, lo hizo casi todo mal. Sin embargo quien está en pelotas es ella. Al boludito a victimar, que alquilaba una piecita de mierda, acabás de aplaudirle la casa que ahora tiene. Así que cuidate con las advertencias porque estás meando fuera del tarro. Soy el mismo que conociste, o quizás todavía no conocés, sólo que hundido en la miseria por aquella maravillosa niña –vaya ceguera de los augures– en la que ninguno advertimos nada. Y dejame en paz, no quiero tocar eso. Bastante castigo arrastro con esta montaña de basura lloriqueante, prendido a full con el puto tema.

–No, ya veo que preferís andar por ahí hablando solo, como cuando te encontré esta tarde en la barranca.

–Te dije que estaba conversando con las hormigas de ese tronco. Eso no es hablar solo me parece.

–Sí, mejor me voy. Te dejo con tus hormigas y tus papeles. Haceme caso, seguí pasándolos en limpio, al menos serás un poeta loco.

Refrescante el Amadeo. Pero entendió que no lo acompañaría hasta abajo, algo es algo. Había escuchado voces en la cocina, tendrían visita aquellos, o volverían con los vecinos de algún operativo. Mejor se quedaba allí. Ya se ladraría cínicamente éste con la Sultana, ambos convencidos que el parásito inútil era el otro, ambos una escuela de fabulaciones y rencor gratuito. Conseguían que el loco se sintiera un loco bueno. Porque en definitiva él no odiaba a nadie. Durante aquel maldito viaje de persecución sí, la violencia lo desgarraba. Sin embargo después se apagó ese último sentimiento. Entró al abandono, a la casa, libre de lo que muy lejos quedaba. Los sonidos de Pringles eran apagados, y tan lejanos como sus propios movimientos. La orden interna parecía comandar eso. Todo lo que ocurriera en el ensimismado viaje actual había sucedido ya. Una pesadilla en espiral, perteneciente a la categoría de lo asimilado e irrevocable.

Él mismo era un ente ajeno asomado a la ventana, el observador a quien le repiten los hechos como pasándole un algodón frío por la frente. Ya no había nada por lo que luchar en aquella historia. Los enemigos de una situación puntual habían decidido expulsarlo. Bueno, ellos se quedaban allí y él aquí. ¿Cuál era el problema...? Que no había deseado esta libertad y en esas condiciones. Que no tenía la menor idea sobre qué hacer, condenado a libre destierro. Y en aquel flujo de incertidumbre llevaba semanas ya. Cualquier cosa enfrentada respondía a patrones de conducta automatizados. Comer, dormir, darse cuenta de golpe que había salido a caminar, o estar escribiendo a tirones, eran asuntos que lo sobrenadaban. Los cruzamientos fantasmales y esporádicas respuestas, con Ariel o la Negra, eran como decir buenas tardes a un vecino o alguien de la calle. Sí, controlaba por seguridad el pago del alquiler, huyendo a veces para comprobar que la burbuja viajaba con él. De qué estaba hecha esa burbuja, cómo, hasta dónde y cuándo rodaría, era algo que le pertenecía pero no dominaba.

¿Estás seguro de eso...? ¿Has dejado de confiar en tus funcionamientos internos? Se entiende la decisión de haber guardado la peligrosa confianza en una gaveta con llave. Pero hasta el punto de desconocerte sería una imprudencia. Vas descubriendo señales de reafirmación, no lo negués. Las fuerzas, las verdades asentadas en Junín, siguen estando a tu lado. Los enanitos que fiel y solidariamente componen tu todo mental también. Llamemos por su nombre las cosas: Esa supuesta burbuja no es más que un muy complejo y conveniente estado febril. Tu amigo el Doctor –que debe saber de eso– ya viste como se entregaba al proceso cuando le tocó. Si ellos, los pocos amigos que realmente te estiman y respetan el aislamiento no lo ven tan claro, es porque el mercurio de un termómetro ni se movería. No obstante la fiebre de la burbuja es de mil pares de huevos.

Perdón por el símil callejero. Pero las consecuencias de tanta falsedad, y del desamor escondido bajo el fingido amor, te han infectado con sus podridos huevecillos, que resbalan y revientan en tu interior. Ese padecimiento intoxica, muchacho. Y vos no sos de los que recurren a la farmacopea del atontado olvido. No querés olvidar sino saber. Nada de antibióticos que oculten lo propio y lo ajeno, que maten y entierren lo malo y lo bueno. Empeñado en lo contrario, vos desenterrás. Intentás revisar hasta el huesito más pelado que tal vez desdeñaras antes. Colocar cada cosa en su lugar, para decidir en conciencia lo que no repetirías. Todos tus anticuerpos pelean noche y día, tratando de servirte esos elementos de futura construcción. La temperatura en que hervís es lógica, y además la adecuada. Aunque produzca esa impresión –real por otra parte– de animal herido con su cueva a cuestas.

Exacto, ponele, el hombre natural que mide en su cueva con rayas, manos superpuestas, o figuras impresas en la memoria, el mundo que lo rodea. El que te rodeaba en tu caso. Maneras de contarse, invocar o exorcizar. La simple magia de armar el rompecabezas que lo exalta y abruma. Fijate qué bien, con la luz titilante de las velas. Con el descubierto y cercano medio de la escritura. Hablando con tus papeles como decía el Negro. Escuchándolos, agregás vos. Con la misma melancolía del atardecer, u observando el anaranjado círculo de

la luna subiendo por los techos. La del silencio obstinado que te lleva a sentarte y aflojar una o dos frases con el lápiz, tal vez las últimas masticadas, que quedaron sueltas en el hilo general de pensamientos. Y poco después ya no tenés forma de saber qué estás diciendo. Cerrando con una línea y con rabia el misterio. Automáticamente obligado a continuar, abriendo uno más, o varios, en otras hojas. Dejándote ir en ese juego de pequeños acertijos encadenados. Comprobando que no siempre tienen mucho que ver entre sí, o que se discuten, se contradicen. Funcionando como la codificación secreta de una cerradura de seguridad, en la que hay que ir marcando, oyendo con cuidado, resolviendo el orden y los giros precisos para que finalmente se abra. Levantándote de noche, con la linterna en la mano, a buscar el párrafo inacabado y agregarle las anodinas palabras que provocaron el salto. Porque si no te dormirías inquieto, con el temor de olvidarlas o que al día siguiente hubieran perdido su valor. Y en la mañana encontrar ese escrito como si otro te lo hubiera dejado allí, desconociendo la idea o la forma en que se redondea. Extrañeza aumentada desde que empezaste a pasarlos a máquina, coincidiendo con el desayuno que ahora hacías arriba. Descansado traductor que corregía, agregaba, limpiaba, sin la enfermiza compulsión del que, por ejemplo en el Dique, llenó un cuaderno entero de garabatos apenas legibles, que algo o alguien le dictaban montado sobre sus orejas.

No te sorprenderás a esta altura de tus parcelamientos esquizoides. Haber escogido, o encontrado, la fragmentación que define al poema, ha sido la inducción correcta para esas cartas desde el naufragio. Ellas comportan los mil pedazos flotantes de aquello que se hundió, el resquebrajado tapiz que debés completar. Por eso dicen de tantas formas distintas la misma cosa. O quizás lo que variaba, y crecía, era la comprensión de cada hecho. Enfrentando el anhelado y nuevo horizonte. Porque de repente nudos enteros de sensaciones desaparecían en una sola línea. Decidiendo el espacio en que dibujabas el ciclo, la respiración de un poema, resolvías en este campo lo imposible de resolver en el otro. Y no, no se trataba de una cuestión matemática, de perfecto resultado al final de cada ejercicio. Es menos claro, pero más profundo. Como la visión periférica, que no mira nada en especial pero ve todo. Los escritos, esa delirante discusión con vos mismo, que

aparece y desaparece cuando se le da la gana, es la suma de claves que te permitirán en adelante dejar las puertas abiertas. Bajo la liviana forma de quejosas poesías avanza, en una conducción remota, algo que te va liberando del ahogo. El encadenamiento de signos, verdades, sorprendentes respuestas a la invocación primera, se daba solo. La solución de cada paso viajaba en el siguiente. Lo vas viendo con mayor claridad, aunque sin salir todavía de la protectora cueva.

¿Importa lo que dice Amadeo? ¿Tu negativa, considerando que no tienen más valor que la descarga y la revisión tal vez logradas? Dejemos hablar al tiempo. Por lo pronto vas saliendo de la oscuridad, y te sentís confortablemente instalado al hacerlo de esa manera. Quién te dice que tras las dudas de todo este año, sobre el terreno creativo en que te moverías, este no es otro de los mensajes recibidos. Paradójicamente, quienes te negaron la historia deseada te han regalado otra que nadie te podrá quitar. Reíte tranquilo, nadie mira. Y quienes lo hicieran están tan lejos de la realidad vivida, de la figura que el primitivo pintor plasma en la cueva, que creerán ver una pareja enredada en la ambigüedad de ciertos trazos. Desde afuera, desde la distancia de lo ajeno, son tan parecidos los encuentros y las despedidas...

Jorge debía haber aplicado aquello de que los últimos serían los primeros. Mas o menos por ahí arrancaron los divagues que tenían al cuarteto descansando en la cocina. Esto merced a la bolsiqueada previa del nombrado, que les arrancó todas las monedas que llevaban encima con destino a la primera ferretería que encontrara. Claro que su paseo en estos menesteres ubicaba como la primera una no muy cercana, la de los hermanos Atea en Avenida Patria, dado que Norberto, uno de ellos, fuera compañero suyo en la secundaria. Por suerte los nombres, ignorados por los contertulios, no se agregaron al cabalístico salpicón de referencias y discusiones en que se hallaban. Porque lo de Patria tal vez se hubiera desestimado, pero que el oportuno apellido fuera Atea...

Resulta, para ir entrando en materia, que el despliegue monotemático de Ricardo giraba sin cesar en torno a lo bíblico y sus promotores, aislándolo temporalmente de las clásicas epopeyas antiguas en que solía delirar. Causa fundamental: Su aún reciente pero finiquitado romance con Saúl, el marinero que lo recogió en el Desván. Esto último también causa de las soeces risotadas convocadas por él mismo al precisar que, salvo en el Desván, daba fe de haber sido recontracogido en varios puntos geográficos y de todas las maneras posibles. Lagrimitas nostálgicas y densos suspiros se agregaban a la teatral mímica, negando lo burlesco y desenfadado de la crónica.

–O sea que ahora todo serán aleluyas y deo gratias –la Sultana alzaba coherentemente sus ojos al cielo. Al cielo raso, no olvidemos que estaban en la cocina–. No sé, che, creo que te prefería con los griegos o los Persas. Era más divertido.

–Qué querés que le haga, éste era un estudioso de la gran sinagoga. Y según los días desmontaba cada versículo o los seguía a muerte. Lo del Deus que dijiste recién por ejemplo. Por lo visto ni eso era propio. El término Dios es la pronunciación de Zeus en griego. La madre del Siddhartha Gautama –los ojos de Silvestre se achicaban–, Buda, Carlitos, eso te sonará más. Esa señora, según la leyenda, lo habría concebido sin participación humana en el asunto. Buda caminó sobre las aguas, multiplicó la escasa comida para sus oyentes... Ya me

iré acordando de más cosas, pero el fato es que los hebreos copiaron todo lo que venía de siglos o milenios atrás.

–Sí, papito, pero el copyright lo registraron ellos y andá a discutírselo –Ariel trazaba una raya con el dedo sobre la mesa.

–Sin embargo el Saúl, que es judiazo, discute hasta las inexistentes razones históricas de lo que reclamaron y les dieron.

–Eso es otra cosa, Ricardo –la Negra, echada hacia atrás, distribuía sapiencia–. Se llama política internacional, razones geoestratégicas... Israel es la base perfecta del Imperio en medio de los principales productores de petróleo.

–Es lo que mi amado violador decía. No obstante, en uno de sus últimos arranques se estaba preparando para ir de colono a joder los palestinos, que un rato antes eran las pobres víctimas de sus hermanos. No fue sólo por eso que se acabó, pero es que no había forma de entenderlo, che.

–¿Te creés que ellos se entienden, o se han entendido alguna vez mejor? –apostrofó la Sultana.

–¡Ni por puta! Aquel me leía todas las noches El Libro, como le dicen ellos, subrayando los engaños, traiciones y guerras intestinas que tuvieron siempre. Gran enemigo los Filisteos, decía: Filis-Teos, o sea hijos de Dios, evidentemente tribus de su mismo pueblo. Pero es que el Patriarca Saúl intentaba matar a su yerno David, éste sacar de en medio a su hijo Salomón, los hermanos de Josué, creo que era, lo tiran a un pozo porque al padre le gustaba demasiado. ¿Ese es el libro que nos muestra el recto camino?

–Ya sé que yo soy el más bruto –Silvestre se disculpaba–, pero te diría que sí, que lo seguimos al pie de la letra. Judíos o no judíos hacemos lo mismo todo el tiempo.

–No es por nada chicos –Sully miraba el reloj–, pero temo que a nuestro patriarca lo hayan tirado a un pozo, o alguna Dalila le esté cortando el pelo. Hace más de media hora que se fue a buscar una ferretería.

Oportuna pausa en las herejías de esa mesa, donde no había nadie capaz de multiplicar los panes, problema que con el aumento de población empezaba a hacerse notar. Nosotros sabemos que, de haber encontrado a su amigo, la demora de Jorge sería lógica. Aunque resulte menos comprensible el hecho en sí de hallarse en dicha actividad,

rompiendo un tanto el aislamiento de su burbuja. Y a renglón seguido preguntarse también qué hacía Ricardo Camargo allí. Bien, necesariamente volvemos al día anterior y vemos subir a Carlitos por la escalera, oteando con extrema prudencia el recibimiento del Jefe, que con calma curiosidad responde al saludo y espera. El mensaje transmitido fue que había hallado a Ricardo en semi comatoso estado de bajón existencial y amoroso, y se pusieron mutuamente al día de las tristes novedades. Tras lo cual Camargo pugnaba por hermanarse con Jorge, por aquello de que las penas compartidas se disuelven antes. La furibunda mirada de éste dejó claro que no ansiaba dicha compartición. Pero Silvestre dijo que ya le había adelantado eso al otro y lo aceptaba, aunque insistía en lo bien que a él le haría, para alejarse de otras tentaciones, convivir en ese ambiente, ayudando en lo que hiciera falta sin molestarlo para nada. Agregaba Carlitos su convicción de que realmente lo necesitaba, y que allí, lejos de chupe y drogas, se portaría bien. A Jorge le enternecía su buena voluntad.

–¿Vos qué harías?

–Creo que probaría. Hay que echarle una mano, no es tan fuerte como vos.

–Sí, poneme talco ahora. Está bien, traelo, pero vos te hacés responsable.

Salió pegando saltos, y antes de mediodía los escuchó entrar. Cumplieron con no acercarse siquiera a la escalera y él tampoco se asomó. Mentalmente, por el ir y venir de las voces, ruido de puertas y demás, los seguía en la pormenorizada revisión del hábitat. Poco después parecían estar trasladando cosas y conversando animadamente. Los dejó y continuó con su trabajo de mecanógrafo que lo absorbía. Era desde todo punto de vista comprensible que intentaran adecuar el living a sus necesidades, hallándose las otras habitaciones tomadas. Cuando regresaron Ariel y la Sultana el bullicio fue mayor. Sin embargo, y a pesar de exclamaciones y novedades, notó que no se interrumpía la fase laboral. Incluso daba la sensación, ya que a quien más se escuchaba era al Camargo, que los cagaba a pedos por no haber adecentado un poco eso antes. De todas formas, hasta que lo llamaron para comer algo, no se movió de arriba.

Ricardo en cuanto lo vio corrió a abrazarlo. Ni las lágrimas ni las reverencias de manos juntas eran fingidas. Para no ser menos, Jorge le calzó una patada en el culo, y se dejó llevar por Silvestre hacia el área atacada. El living tenía sobre la pared de fondo dos sillones individuales, con mesa en el rincón para cada uno. En las paredes laterales los dos sillones de tres cuerpos. Otra vez, como en el Desván, sirviendo de camas se suponía. Y tres mesas en triángulo al medio, con los dos sillones individuales restantes de espaldas a la entrada. Habían respetado la decoración de las velas gruesas, una en el medio y dos en los rincones. Una mezcla de sala de estar y camarote alternativo. Claro que para eso el patio estaba repleto de sillas plegadas, cajas, y más mesas.

Los nuevos marineros relativizaban esto, recitando a dúo el pronóstico del tiempo que no incluía lluvias. Y tras eso, la detallada planificación con que pensaban transformar su vivienda. Ariel por lo menos cabeceaba, entre admirativo y permisivo. La Negra ni salía de la cocina, singularmente afanosa en la composición de algo comestible con lo afanado. Silvestre mencionaba las ideas, requiriendo su aprobación. Ricardo hablaba de limpieza a fondo y pintura. Para esto último le pediría a su hermano, que trabajaba en eso, implementos, y todos los tachos sobrantes de distintas obras. Jorge recibía el alud mientras comían, y se encogía de hombros sonriendo como resignado. Recién esa noche, mientras fumaba en la terraza antes de acostarse, concluyó que sí, que ese loquero cambiante empezaba a apuntar hacia lo que siempre pensó que sería su casa cuando la tuviera. A la mañana siguiente, tras el desayuno, desmontó la puerta de entrada. Lo que cierra y abre un mundo es esencial. Ricardo, que saltó junto a Carlitos para ayudar, fue quien dijo que generalmente se dejaban para el final, pero estaba bien: Los últimos serían los primeros.

NUBEDIL

Sí, ya lo sé, Nubedil: También nosotros somos una mentira. Lo que más odio. Porque la mentira es el fracaso del hombre en su intento de decirse. Toda su experimentada realidad, todas sus pequeñas verdades acumuladas, son desmenuzadas en esa imposibilidad. Lo somos, porque ya no existimos más que en las palabras. Signos, garabatos, voces trémulas que lloran lo nunca alcanzado. Todo una enorme, esclerosada, mentira. ¿Pero qué no lo es aquí...? ¿Llamarías de otra forma al recuerdo? Tanto como te busco en él, yo me encuentro. Sin embargo los trazos con que lo hago, apasionados y torpes, nunca conseguirán volcarte real. Esta máquina no devuelve el tiempo. Apenas permite revisarlo, con amor, furia, o desconsuelo. ¿Te uso, para afirmarme en el camino que debimos recorrer juntos? Seguramente. Y me gustaría creer que hacés lo mismo, en el que hayas elegido. Sobrevivir a cualquier fracaso es explicarse, lo más honestamente posible, qué parte nos correspondió en el hundimiento de lo anhelado. No, claro, no reconoceremos los mismos huecos, las mismas causas, ni el rumbo, tal vez opuesto, en el que las órdenes de achicar aguas chocaban con las de desplegar velas al viento.

Si es mentira tratar de saber, de saberse, de evocar lo que amé y sigo amando, entonces el inmenso trabajo de reconstrucción de este día de Septiembre sería el engaño en que me escondo, y no la luz que me guía. Cronómetro en mano ya esas veinticuatro horas recordantes son un imposible, que la ficción permite en su atrevimiento literario. Cuestión que no nos atañe. Por lo vivido, y lo definitivamente perdido, navega muy lejos de nuestro naufragio. Que se preocupen por ello, si alguna vez sucede, los que con curiosidad recogieran la demencial bitácora. Y fijate que, contradicción de contradicciones, lo asumirían como cierto. Su contrato de espectadores les exige creer. Milenariamente engañados, se engañan por método, con vocación de conversos.

Ellos viven, a través de nuestro invento, la verdad de los hechos idos. Arañan los cristales desde afuera con uñas largas y negras. Sus miradas

de perro nos cercarán. Darán vueltas y vueltas estudiando el círculo de cortezas sangrantes, lamiendo su savia. Necesitan nuestro dolor, Nubedil, para apagar la luz por las noches y amortajarse en las traidoras sábanas, benditas de aceitoso aburrimiento, siempre listos para darle de comer a la maquinaria que los exprime. Para ellos es imprescindible nuestra vigilia. Y no nos engañemos..., para nosotros también lo es. ¿Dónde descansaríamos si no el calor de los enfebrecidos párpados…?

Sin la idea de lo imposible, imaginada o cierta, no vale la pena vivir. Es nuestra explicación y la excusa de ellos. Por eso sentimos, vos también lo sentís a tu manera, que el final debe ser la redonda nada. Podría serlo... Aún me flota y me pervive la eterna duda: No sé qué sucedió, qué sucederá, en este final del día sin fin. Pero sí sé que no admitirían la redondez, el desafío de la locura. Supongo que necesitan vernos caer después de tanto salto y vorágine. Necesitan apoyarse en nuestros desechos para continuar andando. No aguantarían el olor a mieles descompuestas, desprendiendo flores desde nuestras intercambiadas venas. Pero tampoco olvidemos que hasta el largo de un cuerpo destrozado puede servir de puente, hallar el otro lado, el extremo de enfrente, en esta rivera de odios.

Sí, todo muy bien, maravilloso, no lo negaremos. ¡Qué alegría, María, el despuntar del día! Dale, pasen en limpio ahora cómo se transforma aquel desolado paisaje lunar, en este hormiguero de exhibicionistas. No, si a nosotros nos importa un pito –perdón por el resbalón semántico, pero decir pepino habría sido casi peor–. Precisemos que la acusación provenía de la Sultana, y con ese chasquido despreciativo viniendo a significar que ella no se asustaba por tan poca cosa, pero un mínimo de decencia tampoco estaría mal. Ariel se defendía con que lo suyo no eran exactamente calzoncillos sino un short viejo, y Jorge tenía malla, algo ceñida pero malla al fin. "¡Me cago en la diferencia!" Dictamen concretísimo de la perturbada señora, poco dispuesta a considerar que algo más de treinta grados a la sombra, sumados a la sensación térmica del esfuerzo, justificaran aquel despendole. Ricardo acababa de atarse un trapo en la cabeza, y le preguntaba en pictórica pose si no parecían La Fragua de Vulcano. A nuestro entender fue mucho más grosera la carcajada de ella, que el carnal espectáculo de los cuatro trabajadores en taparrabos.

Antes de eso, uno de los muchos conflictos suscitados fue el de la invasión y expolio del territorio que tanto Ariel como ella suponían intocable. "¿Che, a dónde se llevan las mantas? ¡Y dejen de meternos sillas y cajas por todos lados!" "Estamos de reformas, disculpen las molestias." "No les disculpamos nada. ¿Se han vuelto locos o qué?" La posterior proclama expositiva del Camargo provocó giro orgulloso de Carlitos, alzando las cejas levantadas hacia Jorge, que apenas relojeaba pero ya sabemos. "Miren che, para trabajar necesitamos el patio. Y el lugar donde debería estar guardado todo esto hay que ponerlo en condiciones primero. Así que pueden ayudar, o seguir protestando y rascándose el culo como hasta ahora. Mientras no se haya arreglado la cocina y el trastero de abajo de la escalera se la aguantan. En el mes y medio que llevan acá, podrían haberlo hecho de sobra. El Señor me lo dio, el Señor me lo quita, alabado sea su santo nombre en vano."

Quitando la deformada letanía, los arrestos y la parada con que actuaba dejaban claro que había sido hijo de un militar.

Seguramente dichas posturas impresionaron con temor, o admiración, su niñez. Y tanto Silvestre como Jorge comprendían la terapia que aquella actividad incesante supondría para sus dos o tres primeros días de carencia. Justamente la delegación de mando que Jorge le pasó, tras bosquejar el plan de tareas imprescindible, funcionaba como un plus de responsabilidad, que no dejaba mucho espacio para recaídas síquicas. En realidad eran tantas las cosas por hacer, y las mil ideas que iban surgiendo, que difícilmente se aburriera como para pensar en otros estímulos. Habían dispuesto, a ambos lados del patio, sendas filas de mesas donde apoyar las puertas que iban sacando, cepillando y lijando, hasta quitarles la hinchazón por humedad que causaba arrastrones y marcas por el piso, además de reparar o aceitar los goznes y ajustar las cristaleras que la mitad tenían. Ariel había entendido culposamente la demanda y colaboraba lo mejor que podía. De la Sultana esperar justos revisionismos sería un disparate. No obstante, y ya con trapo húmedo y silla en mano, les anoticiaba de la importante merma de trabajo que ella dispensaría, limpiando los vidrios antes que ellos las arrancaran de su lugar. El anteojudo, que traicionaría a la madre con tal de anotarse puntos, le hizo señas de calma: "¿Jorge, cómo le explicarías a esta mujer que laburar el doble no es un adelanto?" El aludido, sin levantar la cabeza recurrió a su encogimiento de hombros, y continuó devastando con el filo del cepillo el bajo de la puerta que le tocaba. Fue Silvestre quien jocosamente ubicó a aquella en la cuestión: "Negrita, por favor, si después de esa limpieza nos ponemos a clavetear las varillas flojas, o masillar el sostén, espatulando y lijando por los dos lados, más vale que habrá que fregar los cristales de nuevo."

El bufido con que tiró el trapo a la mierda, preanunció el lloriqueo de que la trataban como a una inútil, y una serie de lamentos que se perdieron junto a ella en la cocina. Jorge fue hasta allí a rellenar la botella de agua, y revisando la despensa comprobó que no existían muchas probabilidades de comida elaborada, problema acuciante en jornadas de faena.

–A ver, Sully, tranquilizate, el manduque es fundamental. Estamos en economía de guerra, habrá que adecuarse. Pan todavía queda, así que cortalo en rodajas y tostalo apenas por los dos lados. Echale después el aceite o lo que sea de esas latas, distribuyendo por encima la caballa, anchoas, atún, sardinas... Armá bandejas de

canapés, digamos. Cada cual decidirá si se sienta a comer, o picotea y sigue.

–Pero eso da una sed del carajo. ¿Qué van a beber, agua...?

–Todavía sigue siendo gratis y lo más sano que conocemos. Sobre todo con este calor y sudando a lo potro. Sí, ya te vi que mirabas las dos botellas de vino. Al que las abra le corto la cabeza. Tentarlo ahora a Ricardo no sería el mejor apoyo para su intento de limpieza. Y una cosa, los dos mates que están ahí, en lugar de volcarlos en la basura hacelo sobre papel de diario y poné la yerba a secar en la terraza.

–Eso no es tuyo sino de un tango.

–¿Ves que para algo sirven? Por las tardes preparás una olla de mate cocido, y lo tomamos caliente o frío. Una infusión suave al fin y al cabo.

–¿No pensarán en serio morfar por las noches lo que sugirió Carlitos, no...?

–¿Por qué no? Si la mujer esa, la cocinera, es inquilina de la pensión de la madre y se conocen, separará de lo que sobre del bar aquello que considere restos potables.

–¡Pero éste le ha dicho que es para unos perros grandes que tenemos! ¡Qué potable ni potable!

–Considerando nuestra animalidad es una mentira piadosa. De todas formas, ¿pensás que ella se lo ha creído? Aparte que la Vieja de Carlitos le contará el ragú que pasamos.

–Me sigue pareciendo una inmundicia. Y no pienso ni acercarme a la mesa cuando lo traiga.

–Está bien. Una porción menos a repartir. Con el funebrero no les conviene seguir aumentando la deuda. Y Ariel me comentó que debe sospechar de los acompañantes, porque ya no se deja distraer con tus bamboleos. Así que les diría que se cuiden el doble de manotear o... Bueno, calculo que ganar guita laburando es tema tabú, incluso para mí por ahora. Con lo cual queda manyar lo que caiga o pasar hambre. Se aplaudirá cualquier solución que halles. Dale con los pancitos antes que la negrada desfallezca.

Cruel penuria la alimenticia. Aunque en aquellas jornadas el anteojudo les recordaba que a veces hasta el peor dolor de muelas se olvida con una buena patada en los huevos. Esto último mirando el

invento musical que colgaba en el patio. Jorge, ya lo consignamos, no había visto siquiera al Ruperto. Pero la expedición al Matto Grosso de su habitación en el fondo, y sobre todo la simple lectura sicoanalítica de lo que les llegaba por el altavoz, eran suficientes para componer un cuadro nada tranquilizador. A pesar de discretos pedidos a través de Hugo, no habían conseguido una miserable nota por las mañanas. Por lo visto ni con poleas hubiera levantado el brazo hasta el tocadiscos antes de mediodía. Lo malo es que cuando lo hacía, en plena siesta o por las noches, demostraba un exquisito sentido del contrapunto. O sea que a la hora que cualquiera pretende leer o descansar largaba a todo trapo La Cantata de Iquique, o las aguardentosas canciones del Patxi Andión por ejemplo.

–¡Puta que lo parió...! Ya es la tercera vez que pone al gallego este que desayuna con clavos. Dale con su Rogelio, y ese uno dos y tres para el rastro es –Silvestre salía al patio enloquecido–. ¿Qué es eso del rastro, quién se ha perdido?

–No seas inculto, che –la Negra, también con los ojos a media asta, intentaba no sumar quilombo–. Viene a ser lo mismo en Madrid que el Mercado de las Pulgas en París.

–¡Gracias, ahora lo he entendido! ¿Y para qué venden las pulgas esos mugrientos?

–Un mercadito, Carlos –Ricardo le frenaba el pataleo descalzo–. Una feria artesanal y de cosas usadas.

–¡Joder con las letritas reivindicativas del coso este! ¿Nadie le ha dicho al tarado del pintor que podría poner otra cosa y en otros horarios?

Lo cierto es que no. Dada la buena voluntad demostrada al ofrecer la conexión para proveerlos de música, no se atrevían a ese desagradecido gesto. Consideración que venían pagando cara. Jorge, desde arriba y desde bastante adentro aún de su aislamiento mental, registraba en lejanía el fenómeno. La idea le había parecido inteligente y práctica. Consideraba que la parte más trabajosa recaería sobre el hermano de Hugo. Claro que, asentaría después, eso pensando que aquel se comportaría como él hubiera hecho. O sea consultando con los beneficiarios el tipo de música preferido y los horarios en que más falta les haría. Evidentemente el tal Ruperto no aspiraba como él al premio Nobel de buenudismo. En todo caso, fue comprobando, al de sádico

mayor de la cuadra, que se divertía con sus poco inocentes travesuras. Porque el humor cambiante, y los caprichosos momentos en que atacaba sus vinilos, los estaban convirtiendo en una tribu de exaltados sonámbulos. Y más desde que se agregaran Ricardo y Silvestre, con el consiguiente cansancio de las duras tareas. Acabadas estas, leer o intentar el sueño resultaba imposible. Sobre todo porque le encantaba iniciar las emisiones de madrugada con Janis Joplin gritando su Cry Baby. Sí, sólo ese fragmento, a veces repetido o simplemente rayado, y de inmediato Hugo del Carril, con su hibridez relamida salmodiando la marcha peronista, tema con el que también cerraba generalmente la programación.

La Negra decía que no había tenido bastante de Perón y Evita de chica, para encontrarse de nuevo con ese martirio. Aumentado terroríficamente en plena madrugada, hasta dejarlos con los pelos de punta, en esa hora que las pesadillas buscan imágenes de espanto en el recuerdo. Ahí, exactamente ahí, aparecía Yoko Ono a grito pelado por toda la casa, con su agudísimo chillar de rata, desde los discos que el mamón de su marido le producía. Por suerte después caía el insigne rockero español Miguel Ríos, destrozando de melosura el Himno a la Alegría del Ludwig Van. Por suerte para Beethoven, entiéndase por ser sordo, estar muerto, y no tener que escucharlo. Incluso si por un descuido del inconsciente lograban dormirse entre disco y disco, invariablemente los sueños giraban en torno a accidentadas carreras de fórmula uno, terremotos, descarrilamiento de trenes, sirenas de los bomberos, Hiroshima, películas de horror, y Woodstock a diez mil vatios con Jimmy Hendrix metiéndoles su puta guitarra hasta los intestinos.

Acabarían odiando, además de a estas bestias, a Cream, Black Sabbath, los Who, y un largo etcétera. No hubo grupo amado que se salvara del rencor auditivo. Por las noches chocaban en la cocina, fumando y preguntándose qué hacer. Ricardo y la Negra optaban por ponerse a lavar la ropa atrasada. Aquello era su mama el que lo aguante. A Ariel le supuraban los oídos por tapárselos con lo primero que encontraba. Y la noche que decidieron llenar el patio de velas y seguir trabajando resignados, el disc–jockey, como si los estuviera espiando, cortó de repente la transmisión, emputeciéndoles el posible retorno a la cama, porque temblaban de sólo pensar en

cerrar los ojos. Lo de este tipo era terrorismo, con premeditación y alevosía. Increíble que estando al lado del aparato, las mil veces que la púa se enganchaba, no lo advirtiera. Con lo cual ese and your K, and your K, and your K..., podía continuar horas. Sabían que se metía pastillas de todos los colores. ¿Pero eso quería decir que se dormía y no lo notaba? ¿Que manchando enfáticamente telas y paredes le daban el clima justo? Cuando Jorge se los encontraba en el desayuno, ojerosos y discutiendo por enésima vez el asunto, tenía ganas de pegarles por pasivos y pelotudos.

¿Ellos también tendrían ganas de pegarle a alguien? Por lo pronto desestimaban tocar el timbre de la casa, y malquistarse con los padres de su torturador. Además que éste tampoco lo oiría si no oía la púa saltando. Lo que venían repitiendo era salir a la calle a buscar piedras, y ensayar puntería desde el pasillo, hasta acertarle al ventanuco anunciando los desperfectos de sonido. Noches de mucho trajín aquellas, juntando proyectiles en una caja al lado de la puerta para las excursiones de voleo, ya que los discos rayados parecían ser todos, o la mugre acumulada en la púa mucha y expectante. Descontando las veces que el malvado se fugaba a cualquier parte, dejando en marcha la cosa y la puerta del bulín con candado. Hipótesis de Silvestre, que jugándose la osamenta y la denuncia de violador de domicilios, fue haciendo equilibrio por lo alto de las tapias y techos circundantes, sin acertar con los pedruscos en la pieza a oscuras.

Jorge se preguntaba si sólo él veía en cada cuadrícula la exacta pintura del mundo. Aquellos infelices se habían currado la instalación por las cornisas y aportado el maltrecho parlante. Llevaban semanas padeciendo el infortunio que les endosaba el demente de los pinceles. Bromeaban amargados sobre esto, se cagaban en el puto destino, dedicaban horas a insultarlo por lo bajo y renegar del antes promisorio invento. Se arriesgaban a causar algún estropicio y aumentar problemas con las pedreas de advertencia. Al fin y al cabo, apenas lograban que cambiara hacia algo peor y más rayado. Jugaban, como Carlitos, con su integridad física y la posible denuncia de andar por los techos en plena noche. Harían cualquier cosa menos un planteo directo y serio que mejorara o acabara con el asunto. Le habían dado al neurótico de turno su parcela de poder. Títeres esclavizados,

incapaces de tijeretear los hilos y liberarse. Consciente de que cuando se quejaban delante de él era para traspasarle la responsabilidad de una decisión, miraba sorprendido hacia el parlante como si recién lo viera, y se reía sin abandonar lo que estuviera haciendo. Que se pudrieran de pasividad y cobardía si querían. Por ahora le sobraban tapones interiores para maldades de tan poca monta.

Acumulación de cansancio, o telepatía inducida por ciertas miradas que le enviaba, Carlitos se le aproximó en un aparte.

–Jorge, perdoná, ¿pero vos te enojarías si arranco esa mierda que nos está volviendo locos?

–Yo ni la puse ni me importa. ¿Por qué me iba a enojar?

–No sé, che, es tu casa. No haría algo así sin consultarte antes. Es que de verdad...

–Fijate allá, en la caja de los clavos –además de herramientas se había traído de la ferretería una caja enorme, con divisiones, llena de tuercas, tornillos, y clavos de todos los tamaños–. Debajo de la llave inglesa hay un par de pilas chicas.

–¿Y eso para qué? –Silvestre intentaba unir lo oído con lo preguntado.

–Para la radio del Flaco, que se le agotaron. Si vas a cortar el suministro melódico... Pero ojo, mientras yo esté abajo sólo me ponen la emisora de música clásica.

–¡Sos grande, Jorge...!

En un visto y no visto pasó con la escalera hacia el rincón de la tortura, y a los dos minutos figuraban en el repecho de la ventana el altavoz con un cacho de cable colgando y las pilas, a la espera del regreso de Ariel que estaba en una de sus habituales giras con la Sultana. No sería gran cosa, reflexionaba Jorge, pero de vez en cuando alguno abre un poco los ojos y da medio paso adelante.

–Esperate, que falta el especial.

Con Mariela, la chica de la panadería, se conocían desde el año 65 o 66, cuando él estaba de novio con Susana y apareció como ayudante circunstancial en el carromato de La Lácteo. A Polo, el hermano de Susy y lechero de la zona se le había enfermado el pibe conchabado, y se quejaba por la sobrecarga de trabajo que eso le significaría, dado que sería imposible conseguir otro por tan poco tiempo y tan baja paga. Jorge se ofreció a tomar su lugar hasta que el otro se repusiera, y a las cinco de la mañana lo tenían ahí como clavo de mesa. Por supuesto, el agradecido y sorprendidísimo Polo le iba contando a todo el mundo lo de su cuñadito, un chico bien y estudiante de abogacía, al que no se le caía ningún anillo por saltar del carro en marcha repartiendo los pesados cajones o barras de hielo, y además negándose a que le pagara. Más de una vez en la panadería, que ahora tenía en la esquina de su casa, los esperaban con un café con leche y facturas recién sacadas, para que desayunaran allí tras descargar el habitual pedido. Mariela en particular lo mimaba, dándole antes de partir un cañoncito que rellenaba con dulce de leche. Al reencontrase como vecinos, después de tantos años, si lo atendía ella no lo dejaba irse sin el cañón de propina.

–Me vas a hacer engordar, Mary.

–Mal no te vendría, estás escuálido –él le mostraba sus bíceps e hinchaba el pecho disintiendo–. Sí, sí, muy bronceado y borombombón, pero un par de kilitos más... Tendrías que haberte casado con la Susy vos.

–Te diré que tengo en vista una panadera que...

–Dejá de charlarme. ¿Querés algo más?

–No sé si pedírtelo, soy muy tímido.

–¡Que me entere yo, y se lo voy a contar al novio! –la dueña, con las manos en la cintura, los retaba–. Esta endulzándote los cañoncitos y vos verseándola.

–Sí que escribe versos, Doña Petra. Mire lo que son las cosas: De lechero a poeta.

–¿Y vos cómo lo sabés? Creo que sí me voy a enterar de algo yo.

–Me lo ha contado él. No nos corte así el rollito. Sólo somos buenos amigos, como dicen en el Radiolandia.

–Ya veo que no me quieren acá, y encima me cobran. Volveré, aunque sin millones. Muchas gracias igual –se iba saludando con la mitad del cañoncito en alto y esas pequeñas alegrías que el tiempo guardaba.

En la casa Ricardo ya había despertado a Silvestre –con los otros dos el acuerdo era dejarlos que se levantaran cuando quisieran–, así que se puso a preparar mate. Los criollitos recién horneados hubiera sido pecaminoso tostarlos. Fue cortándolos por la mitad en orden sobre la bandeja –platos sólo tenían los pocos que él llevara a Junín, pero del boliche se trajeron una docena de bandejas–, con el cuchillo y la margarina al lado. Miraba concentrado en derredor, calculando lo que habría que hacer allí. Cuando entró Carlitos le indicó que trajera lápiz y cuaderno. Prefería ir anotando lo que se les ocurriera. Ricardo alabó el olorcito del pan y luego golosamente el mate recibido.

–Entre lo de anoche y estos desayunos me quedo acá para siempre.

–¿Qué pasó anoche...? –Silvestre iba de uno a otro, fingiendo preocupación–. No vengás ahora con que me has traicionado con el dueño de casa.

–Cosas nuestras, che –Ricardo alzaba la cabeza, divertido por el equívoco–. ¿Somos libres o no somos libres?

–Si quieren ligar un mate vamos a lo que de verdad interesa –les cortó las chanzas Jorge–. ¿Han pensado algo?

–Yo un poquito nomás –dijo Silvestre con la boca llena–, como me dejan solo... Creo que tenemos un exceso de mesas.

–¡Buena idea! –Jorge lo señalaba–. Alcanzame el cuaderno.

–¿Qué idea? Sólo dije que son muchas. Y miraba anoche las del living, un poco altas para los sillones, ¿no?

–¡Mejor todavía, por ahí puede ir la cosa! Hoy vamos a laburar las puertas de un solo lado del patio, y en el otro a serruchar patas –dibujaba círculos en la hoja, anotando medidas y pidiéndoles calma–. Cinco en el living, o sea diez, de las redondas, claro.

–¿Cómo diez? –Camargo escuchaba atento, pero Silvestre no podía–. ¿Dónde las vas a meter?

–Si te callás vamos más rápido. Las montamos. Mirá: A cinco les dejás las patas de diez centímetros, a las otras cinco de treinta. Estas las superponés con las patas en el exacto medio de las otras, y desde el tablero de abajo se atornillan. Tranquilos, que no he terminado. Las cuadradas nos van a servir acá. Toda esa pared, debajo de la mesada y la pileta, tiene más de un metro de alto, inútil por ahora. Encargate vos, Ricardo, de medirlo bien. Recortando patas y el borde de los tableros ajustamos un estante a lo largo, creando dos espacios iguales. Hacerle puertas lo veo más difícil, pero de últimas improvisamos un cortinado con los manteles, otra cosa que nos sobra.

–Me parece un tanto loco, pero lo veo –Camargo ya estaba midiendo y apuntando–. Un boludo normal habría tirado todas las mesas a la basura, y se gastaría un platal en mesitas chiche para delante y carpintería acá.

–Yo soy un boludo anormal y sin guita, que después babea cada vez que contempla lo que hizo a su gusto y gratis. ¿Cómo está lo de las pinturas que podías traer, Ricardo?

–Sólo hay que ir a buscarlas al galponcito de atrás en casa. Mi hermano me dijo que arramblara con todos los restos si quería. Y que si después necesitábamos comprar, a él se la dan casi a precio de costo. ¿Tenés ya algo en mente?

–Las paredes en general de blanco, quiero luz. O sea que en el zaguán y living habrá que arrancar ese empapelado horrible y limpiar bien antes. Poné a aquellos dos con eso. Esto es lo único que pide un tono más sufrido, digamos en la gama de los ocres. Confío en que vos mezclando lo hallarás. Y, si te atrevés, me encantaría meterle con esponja, hacer aguas, quitarle uniformidad como una especie de estuco.

–¡Puta si me atrevo! Vas a tener un friso pompeyano en la cocina. Y en el techo, más claro, haré un círculo chico al medio, un punto de fuga como si se abovedara. Dejame a mí. ¿Cuándo buscamos la pintura?

–Calmate, Sansón. Voy a llamar a Estela, para traerla en su auto cuando pueda. De todas formas es mucho lo que nos falta y muchas tareas conjuntas, tratemos de no enloquecernos. Vos Carlitos ponete con las mesas del living, nosotros seguiremos con las puertas.

–Ahora que lo decís, ¿las puertas también irán blancas? Va a parecer un hospital, che.

–Menos la de calle y la cocina, que ya veremos, sí. Y para darles juego podríamos ribetear en verde las molduras, cruzando en los paneles grandes dos o tres rayas oblicuas del mismo color, de unos diez centímetros de ancho más o menos. ¿Mejor así...? Dale, chapá el serrucho y dejate de incordiar.

Mientras él acomodaba en la cocina, descolgaron las puertas en proceso y separaron las diez mesas redondas. Silvestre no dejaba de pellizcar al otro para que le contara qué era lo que dijo antes, pero Ricardo se hacía el opa misterioso. Carlitos sabía que las dos últimas noches Jorge se lo había llevado a dormir arriba, sobre las mantas que usaba de diván, previendo los coletazos de la recuperación. En la primera sólo tuvo molestias nerviosas, y un calambre alternado pero constante en las piernas que le impedía dormir. Mitad consecuencia, pensaba Jorge, del duro trajín que llevaban. Logró calmarlo charlando un rato, e indicándole que bebiera un trago de agua cada vez que se despertara. La prueba del avance es que durante el día ni se acordaba, e incluso lo notaban entusiasmado acelerando las tareas. Demasiado acelerado, también es cierto, para el cansancio que arrastraban al oscurecer. Debía estar en el punto mental de crisis, intentando borrarlo con esa actividad incesante. Lo obligó a una larga ducha, se fijó que comiera bien, pero ya cuando fumaban recostados notó que temblaba. Al preguntarle qué pasaba, la temerosa respuesta fue que le subía desde abajo un frío espantoso y las piernas no le respondían. Le habría preocupado más si captaba fiebre, pero al tocarle la frente comprendió que sudaba tensión y miedo. Así que lo tapó de cintura para arriba, ordenando que cerrara los ojos o mirara al techo, mientras él arreglaba aquello. Primero se arrodilló a masajearle la planta de los pies, que tampoco parecían más fríos de lo normal.

–¿Qué hacés? –la voz le salía entrecortada.

–Ver si tenés cosquillas, quedate quieto.

–¡Si no me puedo mover, no las siento!

–Ya las vas a sentir –estaba lejos de aquella seguridad impostada, pero intentaría todo antes de cargarlo en hombros y llevarlo al hospital. Alternaba el fuerte masaje con flexiones de una y otra pierna hacia la cintura.

–¿Y ahora...?

–Estamos pedaleando, poco a poco. Andar en bicicleta es algo que no se olvida –lo escuchó sollozar–. ¿Por qué llorás, mariconazo? Yo le escapo a la plañidera aquella y ahora venís vos.

–Mi Viejo me enseñó a andar en bici y decía eso. ¡Ay...!

–Muy bien. Como verás, si te retuerzo un dedo te llegan las noticias. Acá están todas las terminaciones nerviosas y sí que las sentís. Dejá que te manosee un rato.

–¿Tengo olor a patas?

–Espantoso. Pero con la crema esta de masajes voy consiguiendo que huela a huevos podridos –Ricardo aunque intentaba seguirlo no paraba de llorar. Quizás tuviera importancia la mención hecha recién–. Vos cuidaste a tu padre hasta el fin, ¿cierto?

–Todo el tiempo. La tarde en que murió me llamó y me dijo que ya estaba, que le subía el frío desde los pies y no sentía el cuerpo –esto también estaba, suspiró Jorge, el miedo a no ser capaz de resistirlo trajo imágenes.

–La enfermedad del pobre se hallaba en la sangre. La tuya ahora sólo en la cabeza, despreocupate. Decime si te duele lo que hago.

–¡Me estás tocando el culo!

–Ya te gustaría a vos. Alzá un poquito la cabeza y mirá, sigo con la planta de los pies –aquel comprobó sorprendido que era cierto–. Respirá como te enseñé anoche, en uno y ocho, soltando bien despacio –durante un rato volvió a mezclar masaje y flexiones, captando resistencia si empujaba de más.

–Te vas a cansar de hacerme pedalear, Jorge. Mirá la noche que te estoy dando.

–Mirá vos otra vez para acá –Ricardo se quedó estupefacto. Jorge estaba de pie, con los brazos cruzados, y el movimiento de pedaleo lo hacía solo.

–¡No me di cuenta!

–Llevás diez minutos dándole a tu bici –era mentira, serían uno o dos, pero suficiente sin embargo para confirmar que fue un cuadro de ansiedad. Jorge avanzó estirando los brazos, consciente que desplomaría las piernas como hizo–. Mavé, chico asustado, flexioná con las plantas apoyadas en el colchón. Perfecto, ahora estiralas –lo tapó bien y se arrodilló detrás de su cabeza, sosteniendo con un masaje muy suave el peso del cerebro.

–¿Y esto...? Jorge, sos un despelote, sabés hacer de todo.

–Callate la boca o te dejo tirado. No, pibe, ojalá..., no sé hacer nada, pero quiero hacerlo y a veces sale. Creo que este tipo de manipulación lo vi en una película.

–Lo que no sabés es mentir. Dejate de películas. La forma en que me has dado vuelta todo no se aprende en el cine.

–Bueno..., a lo mejor no fue en una película. ¿Importa acaso? Busco equilibrarte. Ya no tenés por qué sentir miedo. Cruzaste en bici la meta. Estás del otro lado de una prueba pelotuda.

–No me lo merezco, Jorge –sus lágrimas eran totalmente reposadas, hasta la voz anunciaba que se quedaría dormido en cualquier momento–. Hice muchas cagadas, me porté mal con vos.

–Es verdad –sentía con inefable claridad la división de los antes inquietos lóbulos en la yema de sus dedos.

–¿Por qué me ayudás así? ¿Por qué dejaste que viniera? Soy un tarado sin remedio.

–También es verdad. Por eso te voy a hacer trabajar como un burro, hasta que me pagués todas esas mierdas. Dale, ponete ahora en posición fetal. Y tratá de ser un feto que se deja de joder. Voy a tener que empezar de nuevo con lo que estaba leyendo. Así que continuá con la respiración lenta, contá hasta cien y ahí cambiala a uno por cuatro. Si volvés a abrir la jeta te tiro un zapatillazo desde allá.

Calculó que no había llegado ni a cuarenta. Apenas ronroneaba en sueños, y un hilillo de baba se mezclaba a las lágrimas vertidas. Resignado dejó el libro, apagando la vela con los dedos para que no lo despertara el soplido.

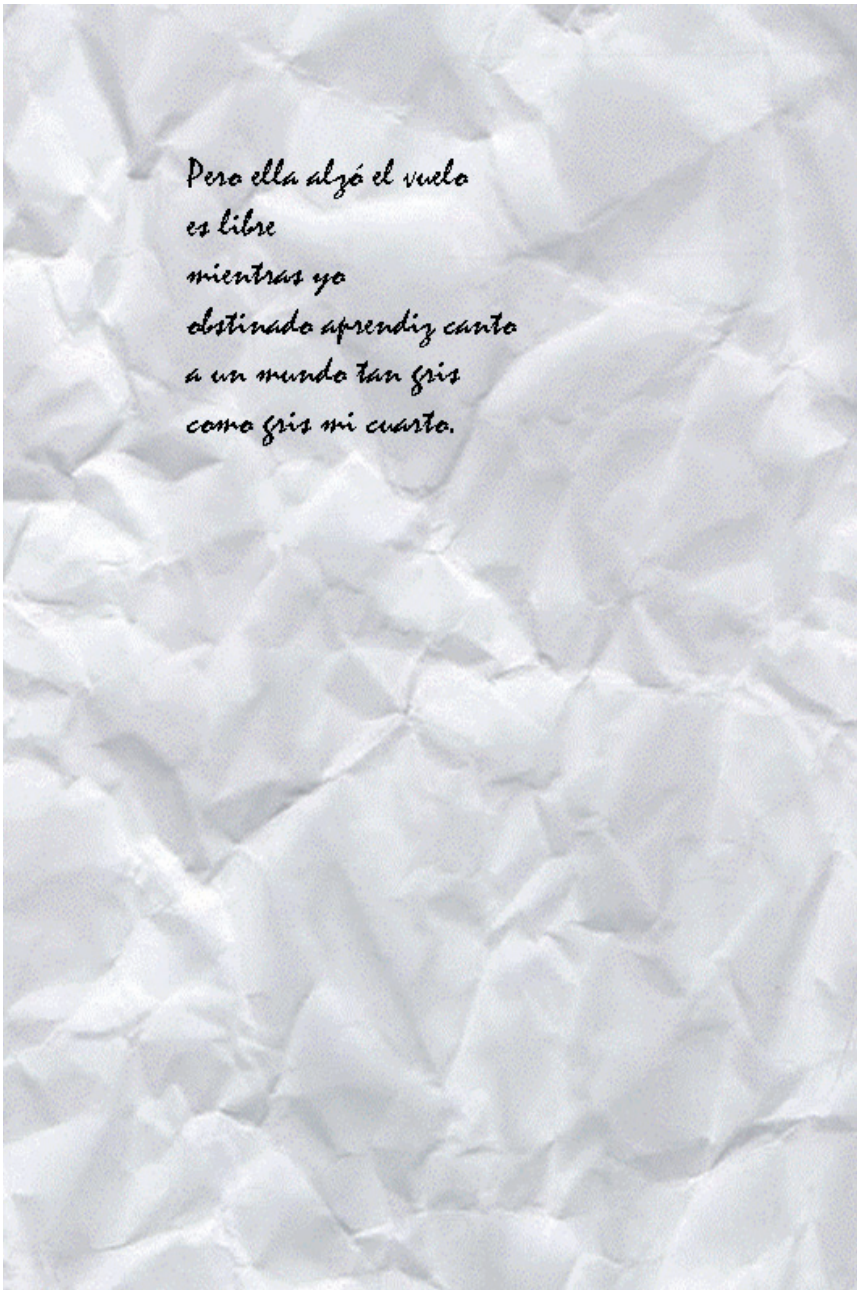
CANCION GRIS

En este cuarto gris
rebota una canción en la ventana
una paloma en realidad
que no cesa de arrullar su sombra
también gris
picoteando migajas de cemento.

Ni ella ni yo
entonamos correctamente
esa melodía tan triste
ninguno de los dos sabemos cantarla.

El ritmo es gris
como sus plumas
y el humo de mi cigarro
es más lenta que sus zureos
y más rápida que mi penoso ánimo.

Sólo armonizamos en soledad.


Pero ella alzó el vuelo
es libre
mientras yo
obstinado aprendiz canto
a un mundo tan gris
como gris mi cuarto.

Unas horas después del mate y los cálculos en el cuaderno la casa volvía a ser el hervidero de esos últimos días. Ariel y Sully bramaron como fieras al levantarse, porque aquellos ipso facto agregaron en sus piezas los sillones y todo lo que sobraba delante. La invitación a descargarse que les hizo Ricardo tampoco pareció consolarlos. Esta implicaba que tras desayunar, con espátulas, cuchillos, o lo que prefirieran, podían acometer contra el empapelado. Las risotadas desde el patio festejaban cada exclamación de bronca, al arrancar tiras enteras y cubrirse de la amplia variedad de arenilla, pelusas, y bicherío acumulado. Iban y volvían del baño lavándose los enrojecidos ojos, hasta descubrir gloriosamente la conveniencia de unos lentes de sol y los turbantes de toalla. Hugo, que aparecía cada tanto, se había agregado al trabajo de Silvestre, conmocionado por esa rareza de mesas empotradas. Sin embargo conmoción verdadera fue la de Estela al llegar, y desde la mitad del pasillo descubrir que faltaba la puerta de entrada. Por un momento temió seguir avanzando. ¿Qué habría sucedido allí? Hacía más de una semana que no venía, pero... Además salía como una humareda demasiado espesa. Respiró hondo y apretó el paso, porque esos ruidos y voces...

Ya ver al Flaco y la Sultana –bastante árabe por cierto con eso en la cabeza– le fue cambiando la perspectiva. Era increíble, pero estaban trabajando. Sólo que la sorpresa definitiva la esperaba al doblar hacia el patio y ser recibida por aquella manada de salvajes semidesnudos, que de repente se pusieron a bailotear obscenamente a su alrededor. Peor aún: se arrodillaban aullando con claras intenciones de lametearle las piernas. Cosa explicable por el provocador vestidito que llevaba. Y definitivamente comprensible porque el aroma del paquete que también llevaba, la precedía casi más provocativamente aún. A pesar del polvo tragado, Sully debió olfatear la causa subyacente del jolgorio canino, y corrió a rescatarla de las hambrientas fauces que ya trepaban hacia más arriba. Tuvo que sacarla a tirones porque, aunque muy risueñamente asustada, no se defendía con el rigor que las circunstancias aconsejaban.

"¡Dejen en paz a la pobre chica, animales! Vení, querida, están bestializados con el laburo." Sin demasiado disimulo, lo que de verdad rescataba era la fragante bandeja, transportándola fuera del alcance de los obreros. Porque Estela había asentido a la demanda de Hugo, el único con pantalones y camisa, ofreciéndole la visita guiada por el recinto, y especialmente hacia el prototipo de mesa livinesca que acababan de ajustar con Silvestre. En principio la miró, como intentando entender qué era eso. Pero entre las explicaciones del chico –"abajo es para poner revistas o cosas así"– y su progresiva composición de lugar, prorrumpió en palmoteos y risas.

–¡Jorge, esto es cosa tuya, no hay duda! Reciclaje y diseño, del troglodita más imaginativo que conozco. Esperá que le cuente a Sigfrido y vas a ver.

–Me había olvidado de él –Jorge aprobaba orgulloso–. Tenés razón. Decile que venga, tiene la sesera y la experiencia que a nosotros nos falta.

–Además se va a volver loco. No sabés cómo se quejaba del abandono en que tenían la casa. Y Marcelo también se pondrá chocho. ¿Qué ha pasado acá...?

–No lo sé, cariño. Estos dos vinieron y revolucionaron la tarantela. Todo el mérito es de ellos.

Ricardo y Carlitos se hacían los desentendidos, pero flotaban de reojo. Hugo se señalaba tímidamente con un dedo, deseando que aquellas pestañas parpadearan también en su dirección. El enamoramiento que se había agarrado con Estela, en las dos o tres veces que la viera allí, era impresionante. Por supuesto, ella lo percibió a la primera inmovilidad causada, y enternecida lo abrazaba y besuqueaba, frenando burlas y la incomodidad de él. Trataba de consolarlo, repitiéndole que era el hermanito que le hubiera gustado tener. Distaba de ser la posición que aquel deseaba, y probablemente se hallara reflexionando sobre el maldito tabú del incesto, pero más cerca del objeto adorado se sentía, y algo es algo. Los otros también se acercaban, enamoradísimos, sólo que a la puerta de la cocina, en cuyo interior Sully había destapado la fuente de empanadas. Jorge dispuso que volviera a cubrirla, para disfrutarlas juntos en cuanto volvieran, y con una botella de vino porque ya se podía festejar. Después le pidió las llaves del coche a Estela y partieron con Ricardo a buscar la pintura.

La casa del otro quedaba relativamente cerca, pero así y todo, y a pesar que cubrieron con plásticos asientos y maletero, necesitaron dos viajes para traer todo lo que había. Entonces sí repartieron equitativamente el condumio, mas los acostumbrados pancitos con lo que cayera, y hasta aceitunas. Jorge los dejó peleando en la cocina, y se sentó a comer en la escalera para charlar a solas con Estela, excitadísima por los cambios producidos.

–Qué lindo verlos así. Ya hablé por teléfono con Sigfrido, y me dijo que esta misma tarde vendría.

–¿Fueron a lo del Funebrero?

–Sí, la Negra y yo solas, no te preocupés. Me contó que les tenías penado el seguir robando. Divino el tipo, las aceitunas nos las regaló él.

–No me extraña. ¿Seguro que no le sacaron nada más?

–Bueno –se reía hablando bajito–, Sully hacía bromas sobre que andaban secando la yerba al sol, y también nos dio un paquete. Creo que él sí le va a meter un manotazo en cualquier momento a la Sultana.

–Grave imprudencia si se atreve.

–Bah, dejala, la pobre se la rebusca a su manera. Pero a vos te ha chapado miedo. Cuando vio que subía a chusmear en tu pieza me rogó que bajara la carpeta, porque se moría de curiosidad por ver lo que estabas escribiendo.

–¿Todavía no la conocés? ¿Cómo sabía lo de la carpeta?

–Bueno, no seas malo, ¿a vos qué te importa? Me gustó lo que leímos. Es triste, pero... Según ella cada vez escribís mejor. Sólo que piensa que el crecimiento definitivo se dará cuando te saqués a Nubedil de encima.

–Falta saber si yo quiero, o necesito escribir de otra cosa.

–El ermitaño melancólico que morfaba comida para perros. No veas la cara con que describía Sully esa nueva manganeta de Pringles.

–Con gestos de princesa mora, o sin ellos, te diré que desde la segunda noche se anotó al convite. Y hay que pegarle en los dedos para que no arrebate lo ajeno. La mina que nos separa eso ha entendido perfectamente de qué se trata. Le di a Silvestre mi ollita de camping con tapa ajustable, y anoche nos mandó unos restos de buseca que habrías disfrutado vos también.

–Yo siempre me comía las sobras en la Pizzería de mi Viejo cuando recogía, y él me cagaba a pedos pero se reía. No sé, me parece

otra locura más de ustedes, bastante práctica por otra parte. Supongo que me extrañaba, por innecesaria, en tu caso.

–No sabría decirte, che, todavía funciono con un noventa por ciento de autismo. Sin embargo ese rebusque de linyeras siento que es lo más adecuado al clima y el ritmo con que se está dando todo. Ya te expliqué que funciono en base a arrestos intuitivos.

–Entonces no seas egoísta, invitanos al Banquete de los Pordioseros. Buñuel en Pringles.

–Por mí cuando quieran. Eso sí, es a medianoche. Hay que esperar que la amiga de Silvestre haya terminado con las cenas.

–Te aviso. De todas maneras traeremos vino y algo para acompañar.

–Buena idea. Pero, hablando de manduque, picoteá un poco al menos. Es una mierda esto de comer solo.

–No estás solo, por eso me quedé –le apoyaba mimosa la cabeza en el hombro–. También llamé a Marcelo y me esperará con algo preparado. Esa maravilla de novio que me endosaste, hasta cocina bien cuando quiere.

–No digás boludeces. Lo que tienen se lo han facturado ustedes, y yo me meo de feliz cuando los veo.

–Yo también estoy feliz, pero no son boludeces. Ya hablaremos de eso. Mejor me voy, porque seguís oliendo tan rico...

Lo besó, saludó desde el patio a los otros y salió corriendo. Ellos todavía tomaron un café y fumaron un rato prolongando el descanso. Después subieron a la terraza los tachos y botes de pintura, para no excederse en la invasión habitacional, y taparon el conjunto con los plásticos traídos. A media tarde ya tenían cuatro puertas listas y las cinco mesas dobles del living. Ricardo pormenorizó con Hugo y Carlitos las exactas medidas a recortar de las mesas cuadradas, cuidando la difícil tarea de convertirlas en el apetecido estante bajo la mesada de la cocina. Ariel, trepado a la escalera, luchaba con el empapelado sobreviviente en el alto de las paredes, mientras la Sultana troceaba y guardaba en bolsas de arpillera lo arrancado. Esto porque Jorge expuso su idea de buscar un calefón a leña, aunque fuera usado, advirtiendo que cualquier elemento combustible, papel, cartones, o restos de madera, debía guardarse para su uso en el momento necesario.

Ariel le preguntaba si además de español no sería gitano en una de esas. Por supuesto, el otro se encogía de hombros y muy castizo respondía: "¡Vete tú a saber! Allí nuestra proverbial sabiduría aconseja no decir nunca que de este agua no he de beber, o este Cura no es mi padre." "¡Ole tu grasia, Niño!" Apostrofaba a los gritos Sully, emputecida cortando tiras del prostituto papel. No obstante para gritos, lo que se dice gritos, los pegados por Sigfrido que acababa de llegar, negándose a creer lo que veía. Tras los abrazos y exclamaciones de rigor, Jorge le clavó un dedo en la espalda al Camargo, buen entendedor, quien se le apencó al visitante llevándolo por toda la mansión en obras, explicando cada detalle de lo hecho y por hacer. Como previera Estela, sus comentarios sobre la marcianada de las mesitas homosexuales –ambos calificativos suyos, claro–, pasaron por varias etapas dubitativas, hasta lograr el elogio nada despreciable de arte póvero. Coincidió con la Negra en las cargadas por la maniática conservación de material quemante, asegurando que en un holocausto mundial Jorge sobreviviría más tiempo que las cucarachas.

En cambio con las labores en la cocina fue inmisericorde. "Vamos a dejar que se dé el gusto con esa obsesión de cortarle las patas a las pobres mesas. Pero ni borracho les permito la mersada de colgar cortinas ahí. De eso me encargo yo. Y si lo ven todo arañado es porque me habría discutido. Para algo tengo gente de la construcción que me debe mil favores. Acá carpintero, rieles, y puertas corredizas. Si vos te vas a matar mezclando tonos, y componiendo un friso de aguas –dirigiéndose a Ricardo–, no le vamos a meter las cortinitas de Doña Rosa. Ah, y el calefón, que me parece buena idea, creo haber visto uno en los galpones del Contratista que me guarda cosas. En cuanto a vos... Sí, a vos te digo, dejá de hacerte el aplicado lijador ausente. No te creás que con tus sacrificados aires de pobreza vas a impedir que construyamos un asadorcito en la terraza. Desde tu visita a Salsipuedes me quedé con la duda si te había salido de casualidad tan bueno aquello, o serías capaz de repetirlo."

–Era la carne, Sig –Jorge negaba sin levantar la cabeza–. De tus amigos, el carnicero debía ser quien más te quería.

–Claro... El clima de esta casa se debe al cemento con que la construyeron. Mirá, desgraciado, he estado sufriendo como un boludo desde que vine la primera vez. Ahora, que parece ponerse en

movimiento, ni con ácido sulfúrico me echás. ¿Qué pasa conmigo...? ¿Soy el único del que no aceptás ayuda? –alzaba la voz guiñándole el ojo–. Marcelo y Estela te pueden prestar guita para el alquiler, pero yo hablo de traer un albañil y te hacés el fruncido. Porque el hueco en el forjado, para pasar el caño de tiraje del calefón, tendrá que hacerlo alguien que sepa, y el asador también. ¡Ni abrás la boca! Vamos, Ricardo, seguime mostrando las pirulas del tarado este. Con vos sí se puede hablar.

Jorge sonreía, algo avergonzado por el retraimiento que persistía y con el que no quería luchar. Duró bastante el paseo de reconocimiento. Escuchaba, con disimulado placer, el contagioso entusiasmo del arquitecto. Creyó que hablaba hasta de conseguir una moqueta espesa para el living, ya que Ricardo le contó la pintura laqueada con que pensaba trabajar las mesas para inclinarlas hacia el estilo de los sillones. Y de cierto forjado, parte de un balcón derruido, que también había visto en aquellos galpones de desguace, como soporte ideal para el tocadiscos, en el ángulo donde la pared curva del zaguán encontraba la ventana al patio. Le sorprendió comprobar que visualizaba el mismo lugar imaginado por él, contando con sacar los bafles al patio bajo el resguardo de la saliente que cobijara el maldito parlante peronista. Pidió ayuda a Silvestre para colocar la puerta terminada. Y hasta que se fue Sigfrido lo acompañó, intentando compensar y transmitirle la alegría recibida. Al despedirse, el otro lo abrazó.

–Me vas a dejar que colabore en esto, ¿no...? Estábamos todos muy preocupados, Jorge. Dejanos que hagamos algo por tenerte otra vez como antes. ¿De acuerdo...?

–De acuerdo, Sig. Aunque yo siempre los tuve ahí, eso no cambia. Pero, por favor, no permitan que me engañe. Es verdad que empiezo a salir, muy poco a poco. Sin embargo, y no me preguntés por qué, siento que el pozo es más hondo y oscuro de lo esperado. La libertad que busco, ese respirar nuevo y natural, no depende sólo de mi voluntad, o la tan generosa de ustedes. Ya veremos qué sucede. Por ahora compartamos todo lo bueno que surja y podamos hacer. Pero en serio, no me empujen a creer que ya he salido.

A pesar del sombrero de ala ancha y agujereado con que se presentó Sigfrido, tan afecto a las coreografías adecuadas, o las alpargatas deshilachadas que mostraba Estela –un centímetro más que alzara sus piernas sobre el borde de la mesa y a Hugo le daba un colapso, con el cruel agregado de ser atendido por el maldito beneficiario de aquellas–, decíamos que no obstante ello, el apelativo propuesto por Marcelo de Beggars Banquet fue bastante discutido. Algunos tal vez por desconocimiento del referente, o no gustar de los Rolling; pero en general porque cada cual quería imponer su particular visión del evento. Así que Silvestre sugería Los Perros de la Tabla Redonda. Denominación aprobada por Sigfrido, considerando aquello más cerca de Camelot que de otros míticos lugares. Sólo que Bruni prefería Los Perreros y no Los Perros. "Es menos ofensivo y más cierto." Sin desechar la cantata de fervorosos aullidos con que fue saludado el vaciamiento de las bolsas, en honor a ella y su generosa contribución alimentaria.

En efecto, aquella simpática joven de ensortijada cabellera, había requerido de Carlitos satisfiera su curiosidad sobre los protegidos. Obviando que existían otras satisfacciones en curso, dado el juego de susurros y toqueteos que se llevaban con el promotor de la idea. Ricardo bromeaba con que teniendo a Sigfrido y una Brunilda, sólo les faltaba algún Tanhausser para convertir en ópera la cena. Aunque, todavía impregnado de bíblicas resonancias, y prescindiendo de que el número no fuera exacto, efectuaba separación y repartida de lo desparramado al centro entre bendiciones y aleluyas: "Comed y tragad sin aprensión alguna, que estos no son ni mi carne ni mis huesos. Hacedlo con el mismo amor que nos ha sido dado y la fruición acostumbrada. Contagiemos a nuestros invitados, pero que no propaguen la buena nueva, porque causaríamos gran perjuicio a nuestro ruludo ángel de la guarda. Un brindis por ella y amén, porque ya veo que si no me van a dejar sin nada."

Desde varias sesiones atrás era evidente que la Bruni se tomaba el ímprobo trabajo de cortajear y separar zonas tocadas,

llegándoles una especie de salpicón muy bien clasificado en bolsitas individuales, a más de la olla aportada que siempre estaba repleta de locro o algún guisote similar. Jorge le advirtió –y ella se encogía de hombros restándole importancia– que no cocinara de más para provocar esas apetitosas sobras, porque si el dueño la calaba tendría problemas. Pety expresaba admirado, que si aquello era el rastrojo de los mendigos, empezaba a desconfiar cada vez más de las pulcras enseñanzas recibidas. La Sultana, muy señora de la casa, instruía a los comparecientes sobre su falta de extrañeza ante semejantes fenómenos: "Vivir a la vera de nuestro ahora tan callado Conductor, implica acostumbrarse a la protectora presencia de sus Manes." Ricardo solventó el gesto interrogativo de Hugo y Bruni, aclarando que se refería a los espíritus de la casa. Cosa que a ella al menos le hizo alzar los ojos con aprensión hacia las paredes y el techo. Estela, riendo, le decía que se jodiera por curiosa, no sabía donde se había metido. Como para ilustrarlo, Sigfrido protestaba ante el acaparamiento que hacía Camargo de un par de provocativas ancas de rana, exigiendo por solidaridad gremial que compartiera el lujurioso vicio. De cualquier manera Sully estaba lanzada con sus experiencias metafísicas, y los impuso de una serie de anécdotas ocurridas en Junín, entre increíbles y desopilantes, con luces que se apagaban o encendían según el humor de Jorge, la guitarra colgada que sonaba sola, el gato que desolló a Yanpol, o la historia de la bolita negra que pasó a mostrarles. Prudentemente sólo mencionó del Desván el milagroso requerimiento que los llevó allí en el exacto instante que se quedaban sin techo ni trabajo. Dando por supuesto que la misma aparición de esa casa respondía a los influjos de Acrópol. Quien, quizás por no alterar la tranquilidad de su amo, inmovilizara a ella y Ariel hasta unos días atrás. Aspecto confirmado mediante convencidísimos cabeceos por el anteojudo.

–¿Pero vos hablás con ese..., Espíritu? –de puro nerviosa debió escapársele la pregunta a Bruni, porque no parecía hallarse muy dispuesta a aceptar la contestación.

–Digamos que de alguna forma recibo sus mensajes –humildemente canchera la Negra–. Es una cuestión de nivel mental, ¿viste? No, percibir no es hablar directamente. No me atrevería a llamarlo así.

–Pero vos, Jorge –Sigfrido cuando quería podía resultar más maligno que Pety aún–, sí que conversás con tus Enanitos, ¿no?

–Bueno..., es como decía ella –Jorge, divertidamente serio–, cuestión de niveles. Por encontrarme tan bajo en esa escala, más o menos nos entendemos con mis pigmeos.

Para que no le siguiera pellizcando el brazo, Silvestre giraba su dedo índice hacia Bruni significando que paciencia, ya la iría poniendo al tanto. Estela también oprimía el brazo de su novio, pero para calmarlo. Ya el afán de protagonismo inmerecido de aquella loca le incomodaba. Sin embargo que excusara el desinterés mostrado por ambos hacia el estado de la vivienda, culpando de ello a los altos designios, o sea indirectamente a la voluntad de Jorge, era para tirarles algo por la cabeza. Lo miraba a éste, preguntándose cómo lograba abstraerse hasta el punto de seguir comiendo tan feliz. Disponía como en un cuadro las costillas del asado requeridas con exclusividad, calculando las papas fritas que acompañarían a cada pieza, y con la punta de los dedos se llevaba unas y otras a la boca, apilando los brillantes huesos a un lado, antes de volver a componer el dibujo y la ceremonia. Verdaderamente una ceremonia, oficiada en placentero silencio y para sí mismo. ¿Dónde estaría en realidad? ¿Veía y escuchaba lo de alrededor?

Difícil consignar lo que hubiera pensado Marcelo, o cualquiera de los otros, de tener acceso a las visiones de Jorge mientras repelaba golosamente las costillas. Era muy consciente de estar jugando con el imaginario en su voluntario apartamiento. No obstante hay vuelos que asustarían a la mayoría. Por ejemplo ese de ser un chacal entre varios más, desgarrando sin disputa, por el tamaño de la presa encontrada, los todavía sanguinolentos restos. Algo no planteado en absoluto, sino encontrado también en la ensoñación habitual y continua. Como las frases de muchos de sus poemas, estos retazos casi oníricos y en movimiento sabía que decían algo que con el tiempo descifraría. Tal vez sólo entraba en una ancestral memoria. O se hermanaba con la libre y salvaje fauna, reconociendo básicos instintos. Si no hubiera sido por el especial sabor de la grasa chamuscada, la sensación de sangre aún tibia chorreándole por las fauces habría resultado más plena y dominante. Sonrió concluyendo que sí, que en muchos aspectos llevaba tiempo devorando un cadáver. Limpiando como en viejos ritos la carnalidad

del enemigo que lo persiguiera. Comiéndose el inexistente corazón de lo perdido. ¿Acabaría alguna vez esa cruenta guerra...? Esa noche no. En todo caso se interrumpiría, como acababa de conseguir Estela, golpeando la mesa en su dirección.

–¿Dónde estabas, Jorge...?

–En..., Kenia creo. Por la altura digo, pero no estoy seguro –la forma en que lo miraban todos era para foto de concurso.

–Pety te ha preguntado dos veces ya qué opinás sobre los préstamos con intereses.

–¿Me van a cobrar intereses...? –sabía que no se trataba de eso, pero deseaba ganar tiempo hasta adivinar de qué estarían hablando.

–No digás boludeces –ese era Pety, se lo dejaría claro enseguida–. Pero es que estos otros discuten que sea una mierda, y el origen de buena parte de nuestras desgracias.

–Más vale que es una mierda. Prestar es una ayuda, pero con la condición de devolver más de lo recibido inaugura el negocio y la esclavitud.

–¿Por qué esclavitud? –lógico, tenía que ser Ariel uno de los discordantes–. Pagás lo convenido y se acabó.

–No, fijate que no se acabó. Por el contrario, ahí empezó la martingala. Descubierta la ganancia por prestar a alguien que necesita algo, surge la maravillosa idea: Convenciendo a la gente de que necesita todo lo que le digamos, la cadena de préstamos ya no se detiene, y nos enriquecemos a su costa, convirtiéndolos en nuestros esclavos. Chapá un diario, la radio, o la tele, atendé los anuncios, y mañana vas al Banco a pedir un crédito.

–Es lo que les estaba diciendo –Pety movía la cabeza desconsolado–. Históricamente los hebreos tenían prohibido prestar con interés a los de su pueblo. Sí, ya sé, a todos los demás los sangraban. Y seguirán preguntando por qué los perseguían y echaban. Pero éste y su compinche me tratan de racista.

–Es la acusación convenida, para evitar el coherente análisis de la cosa –entró Marcelo–. Y todos se anotan a ella. Sin pensar, claro. ¿Para qué semejante esfuerzo? Porque no existiendo raza judía, dejémonos de tópicos vulgares e incultos, es imposible que haya racismo.

–¿Cómo que no hay raza judía? –Bruni se mostraba realmente confusa.

–Judío se llama a quien profesa la religión judía. La creencia religiosa no compone una raza. ¿Son los católicos una raza, o los mahometanos? Hace miles de años que aquellas tribus, no razas, se dispersaron y se mezclaron por todo el mundo. Usan ese verso como excusa tapa bocas con los que no se molestan por conocer la historia ni pensar seriamente. Pety lo estaba explicando muy bien al hablar de aquellos pueblos trashumantes, muchos ni siquiera de religión judía, que extendieron el negocio del bajalablá-bajalablá –como dice él– vendiendo lo que otros producían y engañando a diestra y siniestra. Quizás por consecuencia del territorio ingrato o difícil, climas poco favorables, condicionamientos físicos y también mentales, que pudieron llevarlos a la creación del comercio de intermediarios, encareciendo para siempre el valor real de las cosas. Imposible definir con exactitud las causas precisas. Pero lo que él puntualizaba era justamente que se trató de los antiguos fenicios, griegos, egipcios, mundo árabe en general, persas, italianos del sur, armenios, kurdos, turcos... Ya sabés, acá les decimos turcos o judíos a todos y listo. Esos primitivos comerciantes fueron quienes inventaron y extendieron el préstamo de usura y las letras de cambio, dando paso a la maldición de los Bancos. En eso estaba cuando lo interrumpieron.

–Gracias, Doctor –Pety se sacaba un imaginario sombrero–. Usted es mucho más fino que yo para decir las cosas. Aparte que le deben tener miedo, porque no lo muerden como a mí. Que al fin y al cabo sólo estaba protestando porque esa tribu tan especial de los bajalablá, que no es raza como muy bien explicó, juntara sus costumbres y ambiciones de poder con el disfraz de una religión inventada, como todas a las que les robaron por cierto, y ese enfermo libro de instrucciones sea el que nos sigue gobernando hasta en la forma de mear. Dos mil años de mentiras, tan fáciles de comprobar, y todos calladitos, o diciendo amén y aleluya. Supongo que querrán ejemplos. Porque tengo tantos como versículos hay en el gran libro de las contradicciones y engaños de vendedor con víbora al cuello.

–Además de eso, que me parece interesante e instructivo –Sigfrido alzaba un dedo con fingida timidez–, lo que yo querría, si no es mucho pedir, es un cafecito. Para acompañar la dulce repostería que hemos traído, che.

–No sé si nos queda –Sully miraba preocupada a Jorge.

–Tranquilos, yo pensé en eso –Bruni, gloriosa, sacaba un paquete mediado de su bolso.

–Sos un ángel de verdad, Nena –Jorge se había levantado y le acariciaba los rulos–. Dame, ahora mismo lo preparo yo.

–No, dejá que lo hacemos nosotras –Estela también se había parado–, mientras recogemos y limpiamos todo esto. Ustedes, los hombres, váyanse al living, que es lo que toca en una sobremesa elegante.

–Sí, claro –Silvestre se negaba–. Para que después nos traten de machistas y explotadores.

–Lo vamos a decir lo mismo –la Sultana lo relajaba–. Otro verso injusto como el del racismo. Pero no, Estela, al café que lo prepare Jorge, es una de las cosas que hace muy bien.

–No me hagás llorar de emoción, Negrita –el aludido ya estaba en su tarea.

–Bueno, pero que sea rápido y andate –la Bruni estaba tentada de la risa–. Porque la excusa de los tipos al living es la que siempre usamos, para hablar de lo que delante de ustedes no soltaríamos ni con torturas. Y yo me quiero enterar de esas otras cosas que hacés tan bien.

Jorge obedeció apurando el trámite y recomendando el punto exacto de cocción, porque si se lo quemaban las mataba. Ni loco se quedaba con aquellas brujas, que ya se palmoteaban y empezaban a secretear, enrojecidas pero absolutamente compinchadas. Intentando no escuchar nada, huyó cobardemente a la primera tertulia livinesca de Pringles.

Al incorporarse a la reunión en la sala de adelante eligió como suyo el sofá que, de espaldas a la puerta de entrada, estaba a la derecha. Lo arrinconó tras el saliente de la arcada, y acercó una de las mesitas del centro al alcance también del de Sigfrido y Marcelo que dejaban sitio al medio para cuando viniera Estela. Cruzándose de piernas confirmó, interiormente, la maniobra suspendida en el tiempo. Las bolsas de la compra a un costado y aquellos pantalones cortos lo evidenciaban. Tal vez se debía a que lo primero entrevisto fueran las paredes descascaradas y llenas de arañazos por el empapelado arrancado. La condición de espacio en obras. Alrededor de quince años atrás una atracción irresistible.

La zona del barrio que les tocó, cuando sus padres compraron el modesto chalet, ostentaba más baldíos y descampados que casas. Aquí y allá se cavaban cimientos y construían viviendas similares. Encargado de hacer todos los mandados, en sus regresos robaba minutos para adentrarse fascinado en ellas. Buscaba siempre cualquier habitación ya techada, generalmente con las maderas del encofrado y los hierros aún a la vista. Apoyaba sus cargadas bolsas contra las de cemento o arena desperdigadas, apilaba ladrillos en un rincón y se arrellanaba –igual o mejor que ahora– sobre el mullido sillón imaginario, vagando sus ojos a través de las aberturas practicadas –sus puertas y ventanas–, como suya era la ornamentada chimenea y los leños crepitantes, la cama aún tibia donde durmiera antes del frugal desayuno de algo caliente y pan. Quizás una mesa, un par de sillas, lo que necesitaba era tan poco... Cuando su corta aventura resultaba premiada por un fuerte viento o lluvia, el placer podía adormilarlo. A nada ni nadie temía allí. Era el dueño absoluto de aquel refugio y de su vida. Seguramente se soñaba con estos pantalones largos y una casa así, aunque ya Junín lo había devuelto a lo que ese niño proyectara. Algo que sin duda acompañaba su acción de volver a agarrar las bolsas, y con paso ligero retornar entonces a lo que nunca fue su hogar. ¿Hacía esto con tristeza, con ansiedad, desesperación por que llegara? No recordaba que fuera así. Había estado donde sabía que iba a estar. Ni el reloj ni los años significaban nada ante esa

seguridad. Lo que imagina el niño, mezclado a lo que ve, es una sola y misma cosa. Los adultos no entienden tamaña calidad del juego. Por eso dejan de jugar, a veces tan pronto. Se los come el tiempo y lo que mal llaman realidad. Otras cosas se les mezclan, y son tantas y tan falsas que mejor no nombrarlas. En puridad lo que pierden no es la imaginación, sino al niño que quizás fueron.

Jorge lo conservaba, sentado en sus rodillas y hablándole al oído. "Si llegué, si llegamos hasta aquí sin apurar un solo paso, porque ya lo habíamos visto y sabíamos que llegaría, sigamos igual, los locos son los otros." Por suerte esta vez no hubo preguntas, sino la entrada de las tres mujeres con el café y las bandejas de masitas. Porque cambiar Kenia por el Barrio de Residencial América, o los pantalones cortos y el sillón de ladrillos... Justamente la provisión de sillones del Desván se mostró perfecta para el número de contertulios. Habría faltado uno, pero Carlitos, caballerosa y apretadamente subido al posabrazos del de Bruni, se negaba a buscar un almohadón e ir al piso. Era tan grata la imagen que componían reunidos allí –¿para él, para el niño, para ambos...?–. Tan cálido el clima de las velas, con la precisa luz que sus pasadizos agradecían... Tan funcionales en su arte póvero las mesitas. Dejó que bajara y se escondiera por ahí su fiel acompañante, mientras desconectaba los tapones interiores. Por los rostros y algunas risas dedujo que aquello tampoco escapaba al mundo evocado, o en una de esas invocado.

Aparentemente Ricardo recogió el testigo de la arremetida de Pety, prolongando el tema dentro de las furias uterinas de su marinero. En aquel momento relataba la violencia que le producía particularmente lo de las lentejas, deduciendo de ello que arrastraba problemas familiares al respecto. "¿De las lentejas? –preguntaba Hugo–. ¿Por qué..., y qué es eso de las lentejas?" No debió gustarle mucho, pero fue Marcelo quien casi al pie de la letra recitó la bíblica anécdota. Insistiendo Camargo en los denuestos de su Saúl, porque aquello era una burla a las leyes sociales y familiares hebreas, ya que se lo daba como hecho consumado y aceptado, sin más comentarios. ¿Cómo iban a aceptar que un derecho ancestral como la primogenitura fuera comprado, y de una manera tan descaradamente absurda? ¿Acaso crecía de golpe el hermano menor? ¿Los padres podían estar

de acuerdo? Era escribir una ley, y de inmediato aclarar que te la podías saltar por dos mangos, sin rechazos ni castigo. Pety abría los brazos, porque le daban la razón a sus planteos. Silvestre interpolaba que, siendo así, también podía haber esperado que el Viejo tuviera hambre, y con unas lentejitas convertirse en Padre para hacer ñaca-ñaca con la Madre. Claro, Sigfrido varió el ejemplo, pasándole el plato a la Madre, para que el hijo cogiera a gusto con el Padre. Hugo, que se había quedado pensando, preguntó a Marcelo si le gustaban las lentejas. Pero Estela rápidamente contestó que no, ni siquiera las que ella amorosamente le cocinaba. Jorge se reía, porque su amigo miraba a la novia tratando de entender a qué venía eso, ya que ni le gustaban ni las odiaba especialmente.

Ariel y Bruni coincidían en sus protestas sobre el bajón moral de la conversación, porque todas aquellas insinuaciones incestuosas...

–¿Ah, sí..., los inmorales e incestuosos somos nosotros? –Pety aprovechó para lanzarse otra vez al ruedo–. ¿Y qué me dicen de las hijas de Noé, o quien fuera? Como en la historia bíblica de la lotería de navidad los números sólo se concedían a las embarazadas, y a estas por lo visto no se las cogía nadie, emborracharon al padre y meta fornicio hasta que se les hinchó el bombo. Nadie pensará que las preñó a todas de una sola vez. Busquen, como decía Ricardo que decía su belicoso Saúl, una palabra donde se las condene o castigue. Nada por aquí, nada por allá, de últimas lo único es que no les tocó el gordo. Y no estoy hablando de los atributos paternos. Negro sobre blanco, chicos, en el Libro de los Libros. Y no acabaríamos nunca. La tal Judith, que se encama con el Rey invasor y luego lo degüella. Ni puta ni asesina, el fin justifica los medios. ¿Les suena...? David manda a su General al muere, para cogerse en paz a la adúltera esposa. Ningún problema, el hijo producido es Salomón –otro que se cogía hasta los perros– y aleluya aleluya aunque no sea la tuya. Salomé se manda el famoso striptease a cambio de la cabeza del bautizador. Díganme que no se trata de un decálogo de recomendaciones delictivas y siniestras. Maquiavelo es una nena tímida a su lado.

Jorge, retenido voluptuosamente entre los velos de Salomé, se perdió el milagro de que Sully y Marcelo hablaran casi amigablemente, e incluso ella asintiendo saliera veloz y regresara con uno de sus

fascículos de pintura abierto en la página central, invitando a todos, por indicación del Médico, a contemplar por turno y detenidamente la reproducción. En tanto se producía esto, Marcelo relataba la mañana entera pasada en la Capilla Sixtina dañando sus cervicales. Donde, lejos de premiarse con el fresco central de la creación, sintió que la tomadura de pelo, merced a lecturas y críticas escuchadas, era tan grande como la magnífica obra de Miguel Ángel. Porque de ninguna manera apreciaba que los dedos del creador y su primer hombre expresaran la transferencia de energía insinuada hasta en propagandas de pilas y baterías.

–Si se fijan bien, la mano del Adán, o como se llamara aquel detallado muchachote desnudo, está laxa, más bien aceptando resignado la elección. Y tiene que ser una elección, porque a su alrededor hay otros chicos con toallones en la cabeza, e igual de exhibidos en su desnudez. ¡Aquello era un casting...! Por no hablar de prostíbulo masculino, o los baños romanos de la época, en que ciertos señores pasaban a buscar sus placeres. También se ha escrito largamente sobre las costumbres y preferencias amatorias del Buonarotti, tan parecido al barbado flotante que parece decir: Este para mí. Antes de empezar a gritarme hereje, recuerden que el texto religioso habla de creación del primer hombre de la nada. ¿Qué hacían en la nada esos cinco atractivos efebos? Recuerden asimismo que a Eva, la primera mujer, la armó tiempo después de una costilla de Adán. ¿Puede dejar de ver alguien la mujer que vuela bajo el brazo del supuesto creador? ¿Qué pasa..., traía ya un modelo en borrador? Y nada borrosamente se aprecia la mirada de odio y celos con que ella observa al muchacho elegido. Revísenlo con cuidado, aporten la interpretación que cada cual quiera, pero pago en dólares a quien pueda demostrar racionalmente que eso es la creación del hombre.

–Yo sólo lo había visto en reproducciones como esta –Sigfrido no había parado en todo el tiempo de gemir cómicamente e intercambiar gestos procaces con Ricardo–, y reconozco que obnubilado por Adán y sus Adanitos, a más de la admiración como obra de arte, deseché siempre la historieta bíblica. Supongo que Miguel Ángel les coló esa maravilla al cardenalato completo –que compartirían con él los gustos y los modelos–, convenciéndolos que ellos podrían convencer al populacho de lo que les diera la gana. Y ojo, es lo que hasta hoy sucede y exhiben con magnos beneficios. Cuatro taraditos como

nosotros discordando de la falacia, ya sabés por dónde se lo pasan.

–Lo que yo pienso –la Sultana, como dueña de la ilustración, no quedaría fuera del dictamen– es que nos olvidamos que al fin y al cabo se trata de la muy personal interpretación de un artista. Que lo vendió muy bien a sus patrones, como vos decís, pero es el único responsable de los errores respecto al texto.

–De acuerdo a eso, parecería que estamos obligados a tragar que La Iglesia diga que es lo que no es. Sigo creyendo que se trata de estupidez nuestra. –Pety se salía de la vaina–. ¿Pero qué pasa cuando pintores y escultores reproducen al pie de la letra lo dicho en los evangelios, con una mentira que se cae sola y a pedazos?

–¿Podés demostrarlo...? –la Negra lo desafiaba, más despreciativa que curiosa.

–¡Claro que puedo! Y ni siquiera va a hacer falta buscar en tu enciclopedia. Marcelo, vos que gozás de respeto unánime, decime si históricamente la existencia de Jesús es algo comprobado.

–No, definitivamente no. Salvo en el Nuevo Testamento, no hay la menor constancia de ello. Y sabrás que los mismos judíos niegan tanto el que fuera hijo de Dios como lo de su concepción virginal. Lo consideran sólo un profeta más. Es posible que alguien, con ese nombre u otro, predicara buena parte de lo que nos ha llegado. Sí, ya te veo la cara, más que posible es seguro que por eso lo hiciera matar su propio pueblo, a pesar que los romanos no querían.

–Muy bien, se agradece. Aprovecho para dejar sentado que admiro a quien fuera el que se arriesgó a esa suerte, por decir las verdades que sentía, con el propósito de enseñarnos a vivir algo mejor. No estaría mal que recuerden esto, cuando desmonte la patraña que ellos construyeron. La que durante dos mil años dos millones de artistas plásticos repiten sin vergüenza, y cuelga en cada casa y todos los museos. Sí, corderitos, la crucifixión. Siempre pintada y esculpida sobre las precisas instrucciones de los cuatro evangelistas, que tampoco es que coincidan demasiado. Última aclaración colateral: No se menciona en ningún momento el menor hecho sobrenatural o milagro. ¿De acuerdo...? Ahora vamos a seguir nosotros esas mismas instrucciones –de una de las bandejas de cartón había recortado dos tiras confeccionando la cruz–. Así, horizontal sobre el piso, lo acostaron y clavaron una mano a cada extremo del travesaño. Y los pies, uno sobre el otro, atravesando los empeines. Atroz, pero es lo

que ellos dicen. Un hueco en tierra para poner vertical la cruz. Pero atención, ese es el asunto: Unos cuantos soldados empujarían de atrás para levantarla, y otros, quizás tirando con sogas desde adelante. No existían las grúas, así que los tirones y sacudones serían de órdago –vio a Jorge negando con la cabeza agachada, y Marcelo que decía ¡Ay...!–. Bueno..., qué alegría entre tanto horror y tristeza. Dos que lo están viendo, o ya lo habían visto. Entre la violencia del movimiento, el peso de su cuerpo, y eso que llaman inercia y ley de gravedad, antes de terminar de enderezar el madero habría volado de jeta al piso hecho un amasijo de sangre, con restos desgarrados de manos y pies colgando de la cruz. Totalmente imposible otra cosa. A ver: Un Médico, un Pintor, y un Arquitecto, mas unas cuantas cabezas surtidas, algunas en funcionamiento, para discutírmelo. No, ya sé, a mí también me espanta. Sin embargo lo que debería espantarnos es la voluntaria ceguera con que oímos y vemos eso. Porque no sólo no lo contemplaron los malísimos redactores de la morbosa mentira, sino que añadieron conversación con el ladrón de la derecha, luego con el de la izquierda, más tarde con la madre y los discípulos, después quejándose contra el cielo, quizás pensando: A ver si encima llueve, qué nochecita llevo. También a sus guardianes porque tenía sed, para sumar la maldad de meterle una esponja con vinagre en la boca. No sé si me he dejado algo de lo que de ninguna forma pudo hacer. Bueno, sí, faltaba el lanzazo en el pecho para comprobar si había muerto o no. Una obra maestra del disparate, buscando el más nauseabundo efectismo. Que, una vez probado que no pudo suceder de esa forma, hay que concluir que no sucedió. ¿Tendríamos que creer que el resto de lo narrado sí...? Veo que prefieren salir por otro lado. Bien, no hace falta que insistan, los artistas hacen lo que les piden, cobran y chau. ¡Esos son artistas, carajo! Y los que se arrodillan y lloran y se persignan ante un fraude tan evidente somos nosotros. Dejémonos de joder, che. Nos merecemos la miseria de vida a que nos han condenado esos pésimos escritores, y la extraordinaria capacidad con que nos esclavizan. Yo abandono la proclama, es tarde y mañana tengo que ir a misa.

Se cruzaban bromas, discretos aplausos, y comentarios como los de Bruni, asegurando que tenía un quilombo en el bocho, pero nunca había aprendido tantas cosas en una sola noche. Que quería seguir aprendiendo, aunque en otras cuestiones, se notaba por la rapidez

con que Carlitos y ella aprontaban su marcha. Sigfrido, comprensivo, se ofreció a llevarlos. Marcelo acercaría a Pety, y la Negra ya había reclutado a Hugo y Ariel para retirar tazas y ordenar aquello. Jorge abrazó al Narigón diciéndole que, a propósito o no, lo había salvado del programa de preguntas y respuestas que le hubiera caído encima tras lo de Acrópol y los enanitos. Pety restaba importancia a la maniobra, confesando que por un amigo en fase autista era capaz de calentarse el pico y no parar. Flamearon besos, propósitos de repetirlo más seguido, y alegría general por aquella inauguración de un promisorio espacio común.

Jorge casi corrió hacia arriba, con las manos que se le movían solas en busca de papel y birome. Hacía rato que frases, absolutamente alejadas del tema en ebullición y todavía confusas, pedían su acostumbrado garabatear antes del sueño. Ya vacía la casa, cada cual soplaba sus cirios y se acostaba. Ricardo, tras hacerlo, parpadeó como sorprendido. Ahora estaba totalmente oscuro su dormitorio en el living. Pero habría jurado que, en el momento de apagar la vela, en el sillón de Jorge había un niño dormido.

Es verdad
hablo solo
estos papeles quejosos son eso
los ensucio con frases cortas
porque el abogo es veloz
y más aún el silencio
que lo persigue.
Escuchar los fantasmas
de lo que fuimos
ensordece de pavor los dedos
que obedientes transcriben
cada risa tuya
o pretenden contar
la falsedad de los besos.

Volcar tanta tortura es saber
que también entonces
hablaba solo.

"¡Fogmí, fogmí..., fogmidable...!" Era el estribillo que canturreaba Sigfrido, franceseando a lo Montand, o más bien Piaff según Ariel, en sus paseos arriba y abajo de la casa. Llevaba loco al albañil que había traído, porque en cuanto lo dejaba en paz instalando el calefón, ya se estaba asomando desde la punta de la terraza para marcarle vaya a saber qué ocurrencia del asador. El aparato, casi nuevo, lo había conseguido Jorge a través de su ex-condiscípulo ferretero. Decidieron la instalación en el ángulo techado entre la ventana del baño y la cocina, agujereando para subir los tubos de tiraje y sujetarlos a la pared exterior de las piezas de arriba. Silvestre ayudaba al hombre, que también era plomero, y lo consolaba diciendo que sí, que el Sig era un hincha pelotas, pero siempre aprendías a su lado. Descontando que el arquitecto, consciente de ello se autoparodiaba exagerando jocosamente las indicaciones: "En hache, Nenitos, en hache. Quiero un asador simplecito pero pulsudo. Que no tenga excusas el dueño de casa para no invitarnos seguido. Y acordate de colocar ladrillos refractarios en la parte superior."

Con ge o con erre el trasiego de la casa era veramente formidable. Listas ya todas las puertas, ventanas, y banderolas, esperaban su turno de pintura a la priorización de las paredes. Minimizando gastos las exteriores de patio y terraza sólo se blanquearían a la cal. Jorge se encargaba de ello hasta los dos metros, en tanto Ariel, por su altura y largo de brazos pintaba el resto subido a la escalera. Ricardo en la cocina repartía las mezclas logradas, como base del futuro estuco veneciano que prometiera. Mientras la Sultana, esquivando salpicaduras varias, mantenía mojados los pisos para facilitar la posterior limpieza. Los tres Buonarottis de brochas y pinceletas exponían en sus cuerpos un muestrario de sudor y tonalidades, salvando apenas las pelambreras merced a los jacarandosos turbantes. La retirada de Sigfrido hacia sus ocupaciones, silenciosamente aplaudida por los dos trabajadores, prácticamente coincidió con la llegada de Amadeo.

El Negro miraba y volvía a mirar incrédulo el espectáculo. Como le sucediera a Estela días atrás dudaba de sus sentidos. Tan

preparado que venía a levantar ánimos, y reprochar el malsano efecto de abandonarse al sufrimiento, y se encontraba de repente con otra casa y otros habitantes. Sin embargo la dirección era esa. Y aunque había algún desconocido la del lampazo era Sully, y el delgado pero musculoso árabe que estiraba brochazos sobre la pared parecía su melancólico poeta. Se recompuso altivamente y saludó, como quien aprueba que al fin siguieran sus consejos. Asimilando la escasa repercusión obtenida, aclaró con displicencia que esta vez sí se había traído los lentes, y si no lo ensuciaban en la trayectoria, ni existían prohibiciones expresas, subiría al gabinete creativo a cumplir con la pertinente revisión de lo producido. Tomó como afirmativos los cabeceos y encogimiento de hombros, gambeteando sin mayores consecuencias las posibles manchas o resbalones, hasta instalarse en crítica pose frente a la carpeta que reposaba junto a la máquina de escribir.

Bastante rato después Jorge ensalzaba mentalmente la paciencia del Negro ante la despelotada correspondencia del naufragio. Tardó en comprobar, por las voces llegadas desde la cocina, que aquellas cavernosas directrices asimismo provenían de él. Confirmado al pasar la Sultana, recaudando las monedas de cada uno para ciertas compras imprescindibles, y regresar con bananas, ajos y especias. Habemus mixtura de sancocho peruano y fritangas cubanas, pronosticó el Flaco. Y Ricardo se agregó veloz a la pintura exterior, alegando que con aquel olorcito matador en la cocina no podía continuar. Lo invitaron, pero el obrero de Sigfrido se excusó, porque la patrona lo esperaba en casa para comer. Ya volvería a la tarde o el día siguiente según dispusieran los jefes. Alabable prudencia la del hombre. Trabajaba comodísimo allí, sin embargo con los floripondios del arquitecto tenía bastante. El pibe que le ayudaba era divino, se lo hubiera llevado de aprendiz porque lo seguía al salto y siempre haciendo bromas y sonriente. También le gustaba el dueño, un tipo callado que ante cualquier consulta respondía lo justo, derechito viejo y respetuoso. Bueno, el flaco de anteojos hablaba por los dos, parecía un programa de esos de la radio, sólo que le entendía menos de la mitad. Bah, en realidad todos parecían buena gente. Aunque el tarado que enchastraba las paredes de la cocina tampoco paraba de gritar huevadas sobre animales extraños, santos o Reyes de la antigüedad,

y un montón de historias más raras aún. Encima se le hacía que era igual de movedizo que el tal Sigfrido. Mejor no se lo contaba a su mujer, porque empezarían las cargadas y miraditas de reojo. A ver si todavía terminaban haciéndole mala fama. Y de la morocha aquella tampoco le hablaría por si acaso. Estaba buenona, y amable con él, no obstante en los tiroteos con los otros se le notaba un genio de hamacate y no te soltés. No, ni loco se quedaba a morfar lo que estuviera cocinando ese negro tan feo y malencarado, aunque olía pulenta. Gracias, chicos, otra vez será, y todos amigos.

No se había equivocado Ariel. La base de arroz a la cubana, con tiras de plátano fritas, llevaba guarnición de arvejas y caballa, en una salsita que ahuyentaría mosquitos por varias noches. Sabores fuertes y la cantidad precisa para recuperar fuerzas. Silvestre también se había ido. Venía sólo de vez en cuando, porque la madre lo necesitaba en la peluquería dado el plus de trabajo que las fiestas traían. Por lo visto parte de la clientela comenzaba a quejarse cuando no estaba él. Ya lo veían estos otros como el Coiffeur más famoso de la Ciudad. Y el Lobito de lo más agrandado, aunque le preguntaba a Marcelo qué dieta vitamínica sería aconsejable. Bueno, se perdía la comilona amadeica y el paralelo meloneo literario a su Boss. Cuestión que era el tema mientras cocinaban, e iba creciendo ahora en la insistencia del Negro.

–Ayúdenme a convencerlo, porque este boludo se sigue haciendo el humilde. Lo ideal sería que esta tarde se venga conmigo a la despedida del año en la Sociedad de Escritores. Normalmente se hace en estas fechas, porque más adelante entre las reuniones de empresa y las familiares se complica la asistencia. Y le vendría bien escuchar otras opiniones, dado que las nuestras las toma como paños tibios para el pobrecito infeliz.

–De todas formas contale lo que me decías antes a mí –la Sultana servía los platos tratando de armarlos todos igual–. Yo también pienso que es un material interesante, pero por lo visto he perdido credibilidad. Nada que ver con los almibarados poemas de Junín.

–Entonces será eso lo que te ha hecho perder credibilidad –el Negro no iba a desperdiciar la oportunidad–. Porque entonces decías lo contrario y me discutías a muerte.

Genial, mientras se atacaran entre ellos lo dejarían comer tranquilo. Qué humildad ni leches agrias, aquel amontonamiento de disparates no era poesía. Aunque tanto Ariel como Amadeo le replicaban por qué entonces lo estructuraba de esa forma tan particular. Te dieron en el ojo, macho. Era cierto. Tal vez no como pretensión literaria, sin embargo la comodidad de frases cortas, lamentos o voces truncas más bien, permitían esa continuidad espaciada, agregar incluso la discordancia, el brusco cambio de sentido con que se rebelaba. Resultaba imposible, e inútil, explicarles esto, siendo el primero que no lo entendía del todo. Sí, claro, desde que empezó a pasarlos en limpio ese diseño caprichoso le gustó. Y en algunos, muy pocos, debía reconocer que le atraía la idea de considerarlos dentro de ese universo especial que es la poesía. El Negro ahora alababa la riesgosa elección de un lenguaje tan crudo y directo, desdeñando los recursos que el vuelo lírico o las metáforas ofrecían. ¡Pero si él no había elegido nada! En todo caso dejarse llevar por el zamarreo de aquella revisión, hociqueando una y mil veces en el mismo charco. Repitiéndose, con la furia de quien no quisiera hacerlo, y no obstante los cambios de visión, la momentánea lucidez de un grito se imponían, llevándolo a cerrar, a tachar lo antes escuchado o dicho, lo escrito como un autómata obediente.

Justo eso preguntaba Amadeo. ¿Cuál era el método, y en qué se basaba para nombrar el final de un poema? Puntualizando que donde él hablaba de tachar en realidad estaba subrayando, encendiendo una luz que iluminaba hacia arriba. Que a él le había sucedido, como un irresistible impulso, la automática necesidad de leerlo otra vez desde el principio. Encontrando, y no sabía cómo ni por qué, una extraña emoción, el placer de descubrir algo escondido hasta entonces.

–Jorge no esconde nada, Amadeo –Camargo, señalando a Jorge con el tenedor, aprovechaba para robarle una tira de plátano–. Él busca todo el tiempo, quiere saber. Eso es lo que a veces vemos y otras no. Con respecto a lo que le preguntabas, un pintor compatriota suyo decía que los cuadros no se terminan, se abandonan. Pero éste los abandona diciendo por qué. Ese es el fósforo, la llamarada que te tira para atrás y hacia arriba, gozando lo que ya estaba. Su poesía es narrativa, de ideas, sentenciosa. Tiene finales que son casi epigramas.

Y el lector normal de este género se asoma al texto esperando vuelos floridos, la conveniente mezcla de metáforas y descripciones. Todo muy disfrutable, pero que en él raramente aparece. Demasiado crudo y directo decís vos. ¿De qué otra manera si no...? Su estilo es él, o al revés. Y ya que estoy de citas te recordaría a Hemingway, aconsejando que si querés que vean una montaña pongás a un hombre subiéndola. La montaña de Jorge es la suma de falsedades y miserias en que desapareció un sueño. Intuitivamente adscripto a lo de Papá Doc, no se molesta en describir la infinita gama de arbustos, las tropecientas flores de las laderas, los distintos árboles, o la composición geológica del plegamiento. Lo que descubrís al volver sobre sus pasos, o sobre tu demasiado rápida lectura, es la brutal belleza, o la conmovedora sensibilidad que mueve en vos la sufrida andadura de otro caminante. Es mucho más difícil esto. Pocos logran transmitir tantas imágenes sin nombrarlas. Supongo que en su desesperada persecución de la verdad que lo ayude a no internarse más en esa fronda, toda metáfora se le asemeja a la mentira que en definitiva es. La Negra y vos han marcado un montón de valores que comparto. Por eso pienso que sí, que valdría la pena afirmarlo en un camino que, diga lo que diga él, también ha escogido. Ya sé, Jorge, que en este momento no es lo que más te importa. Sin embargo negarse a un don, que además te está ayudando, no coincide con tu inteligencia. Mi amado Saúl decía que a quien Dios se lo dé San Pedro se lo bendiga. Claro que el muy bruto se refería a su poronga.

–Miren, che –Jorge ya estaba con su café y un cigarrillo–, si con eso me van a dejar en paz, prometo asistir a la puta reunión de la Sade, y dejarme franelear por los próceres y sus musas.

–Si pensás en los personajotes de tu clientela del Desván, olvidate –Amadeo negaba moviendo el dedo–. Ni aparecen por allí. Esos se sienten muy por encima de nuestras proletarias aficiones. Lo que sí vamos a encontrar, y por la malaria percibida al preparar la comida creo tan interesante como que te lean, es un nutridísimo buffet. Yo siempre me llevo un bolso grande, y entre lo que manoteo o distribuimos al final paso unos cuantos días surtido.

–¡Dale, Jorge..., no te hagás rogar! –Ariel entusiasmadísimo con la idea–. Seguro que hay sandwichitos de miga y pelotudeces de esas. Llevá ese de cuero que tenés, y si cae alguna botella mejor.

–De acuerdo. Ustedes hagan lo que quieran, pero yo me decreto siesta y descanso para el sacrificio. Aprovechen ahora para soltar lo que de verdad piensan. Me haré famoso como el poeta novel que rastrillaba las mesas. La suerte está echada, pasame a buscar nomás.

Durante la caminata al Centro aquel plomazo no paraba de hacerle recomendaciones. Era un manual de protocolo con acento peruano y pinta de zulú muerto de hambre. ¿Qué se pensaba...? ¿Que entraría escupiendo y sacándose los mocos? Llevaba años preguntándose qué rasgo específico suyo provocaría esa adopción inmediata, surtiéndolo de instructores, hermanos mayores, o amas de llaves. Y lo peor consistía en que, con Amadeo al menos, no le habría servido de nada enseñarle un diploma que lo doctorara en exquisitez social y diplomática. A las dos cuadras se le habría borrado la información y empezaría otra vez. Mejor dejarlo, quien necesitaba ese prólogo era él. A medida que recitaba cada advertencia, enderezaba de gravedad su flacura y el rostro iba cobrando más altivez aún de la acostumbrada. Pisando el amplio local, ubicado en el fondo de una galería comercial sobre la Avenida Sarmiento, ya era Amadeo Urrutia, significara lo que significara eso para él y los demás. ¿Y este chico que te acompaña quién es? Simpática expresión de recibimiento, en la abuela curiosa que le metía un par de cariñosos besos en las mejillas.

Resignación, pibe. Mientras compongás esa cara de muchachito bueno y perdido es lo que te espera. Y si encima aquel maldito te presenta a todo el mundo como el poeta joven más promisorio de Córdoba... Bueno, lo de joven funcionaba porque aquello parecía un cementerio de elefantes. Y en cuanto a prometer tampoco costaba nada, otra cosa sería cumplir. Borrando lo de gente rara, con pinta de escritores como quien dice. O sea que también él venía nervioso y pensando tonterías. Contra lo informado por el Negro a mediodía sí que registraba gente conocida del Desván. Fundamentalmente mujeres. Por lo visto eran los tipos quienes, en cuanto sacaban un poemario a tocata de bolsillo, se alejaban de la masa popular. De todas formas comprobaba que al haberse afeitado nadie lo relacionaba con aquel otro Jorge. Mejor, porque lo aprovechó para alejarse de su mentor requerido por distintos grupos. Evidentemente Amadeo gozaba de un prestigio y autoridad que iba más allá de lo exótico. Lo trataban con respeto, disputándose su compañía y escuchando con atención lo que

dijera. Se alegró por él. Como poeta lo merecía, y humanamente debía compensar la difícil vida que arrastraba.

Los vasos de vino circulaban por la sala, entre encuentros, saludos, y novedades. La abuela de la entrada le pidió ayuda para ir abriendo los paquetes de bizcochos y sándwiches. Pertinente acercamiento al plan B. Dejó a un costado de la mesa su bolso, en el que podría haber metido hasta la máquina de escribir, cuidando de colocar siempre por encima la carpeta, para cubrir lo que accidentalmente caía allí. Le dijo a la mujer que sólo preparara las bandejas y él haría el resto. Poco después parecía uno de los anfitriones, surtiendo a la concurrencia con la efectividad que su experiencia le daba. Extasiada la Señora, y él eligiendo y depositando con disimulo las provisiones. En un rato habría llenado el bolso, y balanceaba la loca idea de un mutis veloz, excusándose a posteriori con el Negro porque se aburría. Pero éste, quizás sospechando la jugada, acababa de detenerlo y le presentaba a Dante Lozano, de quien le hablara anteriormente indicando que era muy buen cuentista y una de las opiniones literarias a tomar en cuenta. Debía haber hecho algo similar con éste, porque cambiadas las primeras frases dijo que sentía mucha curiosidad por leer algo suyo, y Amadeo reclamó que trajera su carpeta. No tuvo más remedio que obedecer, sin embargo en aquel momento se le antojó inútil, un gesto amable pero sin sentido. Cosa confirmada cuando, no bien entregársela, una pareja de recién llegados tiraron de Lozano hacia otro grupo que le hacía señas con los brazos. El hombre lo miró intentando excusarse, y su primera reacción fue ir tras él a recuperar sus papeles, no obstante el Negro lo detuvo con gesto de que no se preocupara, así estaba bien.

Sentía vergüenza y quería patearlo a Amadeo, pero ya le estaba presentando otras dos señoras inquirientes sobre si ése era su famoso protegido. Faltaba que le pellizcaran la barbilla, o pidieran que recitara algo. Por suerte se conformaban con sonreír comprensivas, ante los comentarios del protector, que desnudaba su introversión sufriente de rebelde enamorado. Ya verán sus poemas, les decía, algo oscuros y quizás un poco fuertes, pero de un lenguaje urbano, incontaminado... Podría haber expuesto que escribía a lo bruto y terminaría más rápido.

Claro que ellas preferían escucharlo así. Y también observarlo así, con caras de vaca madre. Lo salvó que iban a empezar los discursos, y la mayoría buscaba donde sentarse. Se escabulló recogiendo bandejas y vasos para devolverlos a la mesa de la salita adyacente, aceptando la colaboración de un voluntarioso señor que se le apencó. Con disimulo ocultó y cerró su bolso bajo dicha mesa, calculando que sí, que al final resultaría fácil terminar de llenarlo. Momento en el cual los aplausos indicaron que se abría la sesión.

Una hora después los atentados al pudor continuaban sucediéndose. Tras el discurso del Presidente, la mayoría despedía el año leyendo textos propios. Todo un consuelo para la vergüenza sentida. La que no alababa la divina gracia de ser madre, bendecía la de ser madre numerosa, o aleluyaban rimas a la vieja parra, que su sombra cernía sobre el patio de la casa. Los hombres, para no ser menos, inauguraron las clases de historia y geografía. Un tipo de enormes bigotes y chalina sobre los hombros, atacó un serial de odas a las sierras cordobesas. A partir de allí versos al piquillín, los cantos rodados del Río Suquía, y por supuesto a los Padres de la Patria. Densas tiradas de exclamaciones, brazos por el aire, nombres y referencias mitológicas. Todo el Parnaso revuelto, mas el diccionario de minerales y fenómenos atmosféricos. Parecía mentira, pero ciento cincuenta años después el tema seguía siendo San Martín, Belgrano, las valerosas niñas de Ayohuma, y el heroico tamborilero de Tacuarí. Pensó recordarles a Cabral, pero temió que saltara alguno para reivindicarlo hojas en mano. Eso cuando no se la agarraban con la nieta virgen en sus quince años. Aunque a renglón seguido declamaran: ¡Juventud, juventud, dónde vas enloquecida y suicida! Tuvo que taparse la boca para no contestar que a arreglarle lo de la virginidad a tu nieta, Gilún.

Ni borracho les enseñaba lo suyo a esa gente. Ahora más que nunca deseaba rajarse, y ya le devolvería Amadeo la carpeta. La joda es que tendría que atravesar el salón por en medio de todos. Y sacarse de encima al tipo que le ayudó y durante las lecturas le daba datos de quienes participaban, o consultaba su opinión al respecto. Parecía buen guaso. Probablemente, notando sus contenidas reacciones, trataba de hacérselo más llevadero. Tendría unos cincuenta años, era Escribano,

y reconocía que para él la poesía sólo consistía en un pasatiempo de ratos libres. Lo tocó en el brazo para que prestara atención a la mujer que leía ahora, una de las que le presentara Amadeo. Es cierto que declamaba como el resto. Sin embargo mencionaba las calles, los tachos de basura, decía hombre y mujer con una especie de crudeza suave. Y también con delicadeza confesaba que sus buenos sentimientos frecuentemente le olían a naranjas podridas. Bueno, una que se soltaba un poco más, que no andaba buscando objetos para dedicarles su poesía. Elías, así se llamaba el Escribano, coincidía en considerarla una de las pocas voces con idioma propio que hallaría ahí esa noche.

La otra vino casi de inmediato. Todos aplaudieron a Lozano en cuanto se levantó. Le extrañó oír que era el Secretario de la Sociedad. Aunque rondaría los cuarenta no se había puesto corbata, ni lucía el envaramiento de ocasión percibido en los otros cargos. Incluso esperó hasta el final para intervenir reclamado por la asistencia. Táctica quizás, pero no se le notaba. Improvisó un corto brindis por la entidad, pasando a leer como una continuación de la charla. Tenía la campechanía socarrona de un cura de parroquia pequeña, austero en gris y negro tanto en su ropa como en las palabras que vertía con calma. A Jorge le gustó ese hablar cansino, la vitalidad paciente de sus gestos, intercalando secretas bromas y sonriendo por la travesura. Con diez centímetros más podría haber sido el profesor encarnado por Mastroiani en Los Compañeros. Ostentaba la misma perseverancia humilde y decidida. Leyó un par de poemas y un cuento corto. Pero al fin y al cabo transformaba todo en prosa poética, deteniéndose implacablemente en detalles que realzaban lo no mencionado, como escapando al tema central. Sí, escribía como él era y como se vestía, en blanco gris y negro, aprovechando las sombras para hacer surgir mil figuras por contraste. Recordó lo que dijera Ricardo. No, a él le faltaba mucho aún para lograr eso, si alguna vez lo lograba. Era necesaria mucha contención para decir las cosas sin nombrarlas. Sobre todo sin nombrarse, como si sucedieran a otro y en otra parte.

Cuando terminó lo aplaudió entusiasmado. Iría a felicitarlo y contarle lo sentido. Se detuvo porque Lozano, sin mediar más que

un agradecimiento de cabeza, acababa de levantar su carpeta del escritorio. Se disculpó con humor, porque se trataba de un material apenas ojeado y hojeado, pero tenía la convicción que valdría la pena presentarlo esa noche. Prudentemente se abstuvo de señalarlo o pedirle que leyera él. Debió haber notado su expresión de pánico. Volvió a pedir perdón por los posibles errores de una primera lectura, y con la misma tranquilidad de antes fue pasando hojas como dándose tiempo a encontrar el tono. Jorge sentía que le salía fuego hasta por las orejas. Ese minúsculo espacio de silencio se le alargaba infinitamente, suponiendo que todos lo estarían mirando por sobre el hombro. En realidad, salvo dos o tres que lo relacionaron de inmediato, el resto seguía con la vista clavada en los parsimoniosos movimientos del Secretario. Por supuesto, entre los que lo alcahueteaban visualmente estaba el Negro, en su peor expresión de estatua clueca y orgullo patriarcal. ¿Se consideraría racismo si lo estrangulaba? No, claro, no podía hacerlo y escuchar al mismo tiempo.

En un principio fue casi la misma sensación de familiar desconocimiento que lo asaltaba al pasarlos a máquina. Aumentado por la manera pausada de pronunciar y separar los versos, como si fueran las líneas quienes se detenían, o diríase que se contenían en la más marcada así descripción de sentimientos. Volvía a usar el claroscuro, que aquí restallaba en un fulgor, como dijera Amadeo, de dolor. Pero le costaba analizarlo, porque la tristeza de lo que oía era tan densa, tan específicamente un sufrir sin límites, que lo sobresaltaba la idea de no haber experimentado aquello al escribirlo. Su propio texto se le mostraba nuevo, más verdadero y netamente humano que el resentimiento del cual naciera. Esa poesía no sería suya nunca más. Y por extraño que resultara, en lugar de molestarle le agradaba. Deseó que aquel hombre continuara leyendo una tras otra hasta arrebatárselas por completo. Quizás así le arrebatara también lo otro. Un vaciamiento de limpidez, anestésico, le inundaba el pecho. Estaba tan confuso y entregado que rompió a aplaudir cuando Lozano dio por terminada la lectura.

El otro le ayudó a disimular la metedura de pata, inclinando la cabeza en su dirección y alcanzándole la carpeta por encima de quienes los separaban. Obviamente giraron también los aplausos.

Por ser Dante quien cerró la función, la rueda de elogios y preguntas le cayó encima. Alguien le hacía notar que no estaba nada mal para ser la primera vez. No, claro, pero tampoco hubiera estado mal saber qué contestar, o qué cara poner ante ciertas observaciones que le sonaban a marciano básico. Afortunadamente la mayoría no parecía esperar respuesta. Y por otra parte, tanto Amadeo como el Escribano aparentaban poseer un conocimiento profundísimo de sus motivaciones y estilo. Sobre todo el Negro, más vale, relatando por enésima vez su descubrimiento y los denodados esfuerzos que le había costado llevarlo hasta allí. "Es conveniente que se aleje un poco de mi influencia y escuche otras opiniones más autorizadas. Ya es hora que empiece a volar por sí solo."

Precisamente de eso tenía ganas. Pero no sería la mejor noche para sus huidas exitosas. Elías lo sujetaba por el brazo y comentaba con Marga Paz –la de las naranjas–, lo sorprendido que se había quedado al comprobar que esos poemas eran de él. Jorge se miró de arriba abajo y luego lo miró al otro, buscando la mejor forma de entender eso y sus anteriores afirmaciones. Pero el tal Elías, bastante achispadito, lo tranquilizaba sonriendo, y se lanzó a perorar sobre la extraordinaria fuerza vital de esta nueva generación que los arrollaba. Pavada de segundo mentor le había caído. La cosa iba de lenguaje desenfadado, decodificación de la palabra y los signos pregnantes, reencuentro con las sensaciones puras, y sobre todo transustanciación del ritmo. Aquello del ritmo parecía obsesionarlo, la entera sensualidad que los erizara estaba ahí. Jorge se imaginaba percutiendo salvajemente un tam-tam, a medida que la exposición del otro subía por el pentagrama. Notando paralelamente que lo que bajaba era el vino. Y la relación entre ambas causas no sería casual.

Para colmo Marga debía padecer una especie de horror vacuis, porque en cuanto les veía liquidar las copas ya estaba botella en mano procediendo a rellenarlas. De la misma edad que Dante, resultaba plácidamente atractiva dada la dulzura que nadaba en sus ojos. Su comportamiento, también como el de Lozano, poseía una vivacidad contenida, expresada con algún gesto o frase apasionados, para de inmediato volver al recogimiento de manos juntas. Daban la impresión de haberse escapado de un convento y estar descubriendo,

con un vago sentimiento de culpa, sus impulsos más rebeldes, aparte de la voluntad de reír e intervenir en los asuntos terrenales. Jorge, aprovechando que a todos se les había aflojado la lengua, les comentó sus impresiones, así como la de que en sus poemas afloraba esa mezcla aparentemente contradictoria. Para él sonaban a letras de rock con música de valsecito criollo. Enseguida comprendió que no había sido demasiado feliz la comparación. Pero por lo visto nadie esperaba sutilezas de él, y por el contrario lo aceptaron riendo y agregando que sí, que ellos mismos se sentían un poco así, oscilando entre dos generaciones muy distintas y las evidentes influencias de cada una.

Pero bueno, todo esto sucedía más tarde, por la invitación de Elías a continuar la charla en un bar. Antes tuvo que apretar manos, recibir besos, y escuchar unas cuantas profecías y consideraciones más sobre sus escritos. "Tomalo con pinzas, son unos adulones." Le recomendaba Lozano al oído. "Me gusta lo que he visto. No obstante, trabajá. La depuración de un estilo tan arriesgado sólo se logra con eso." En las advertencias, aunque dentro de otro campo, Amadeo también hizo su aporte: "Cuidado con el compadre que te has echado –miraba de reojo al Escribano–, lo veo muy entusiasmado y a vos en el limbo. Claro que, por si el dato te interesa, tiene guita para regalar." La punzante ironía le dio bronca, pero sobre todo porque, de tan abstraído con lo otro, realmente era un boludo en su limbo incapaz de palpar lo evidente. Ahora repasaba la insistencia de las preguntas, o sus afirmaciones sobre el entrecruzamiento de destinos que los habían juntado esa noche. No, no se lo sacaría de encima así nomás. Intentó escandalizarlo, permitiendo que viera cómo agregaba un par de botellas de vino a lo escamoteado cuando fue a buscar el bolso. Sin embargo se le dio vuelta la tortilla, porque aquél estaba tan embalado que debió luchar para convencerlo de que arriesgaban el operativo, si se empeñaba en colaborar metiéndose otras él en los bolsillos de la chaqueta.

Y después del bar más difícil aún, ya que se ofreció gentilmente a llevarlos en su coche. Por si acaso se zambulló atrás, junto a Marga y Dante, mandando al Negro de copiloto. De cualquier manera comprendió que Elías daría las vueltas necesarias para que él fuera el último. Por lo tanto no tuvo más remedio que invitarlo a conocer la

casa y tomarse la última copa juntos. Por suerte la Sultana, Ricardo, y Ariel lo esperaban, y además de arramblar felices con las provisiones agasajaban al visitante. Harta suerte, porque la ambientación con velas... Sólo le faltaba quemar incienso, buscar un tam-tam, o ponerse a comer uvas voluptuosamente. Por primera vez las disculpas de Sully y los otros, con respecto a la iluminación o el pobre aspecto de la vivienda, le resultaban al menos convenientes. Aprovechó para unirse a ellos en la descripción de la mala época que pasaban. Mas dijeran lo que dijeran el muy entonado Escribano se reía, asegurando que no tenían de qué preocuparse porque Jorge era un iluminado. Mirando los cirios titilantes el trío feliz parecía ir captando por donde venía la cosa.

Hacía rato, y ya antes de subir al coche, que se la había agarrado con eso. Lozano y Marga lo observaban alucinados, escuchando como lo acusaba de ángel camuflado y lindezas por el estilo, preguntándose tal vez cómo había llegado ahí. No había demasiado que entender. El vino soltaba las lenguas, y por la manera de conducir era el más damnificado en ese aspecto. Por designios angélicos o lo que fuera, tuvieron la suerte de no chocar. Jorge iba agarrado del respaldar, esperando el instante en que los detuviera una farola o se subieran a cualquier vereda. Ante los consejos sobre la velocidad excesiva de algunas maniobras, la respuesta se unía al disparatado discurso. No había nada que temer mientras él se hallara arriba del coche, su energía los protegía. Jorge apretaba los ojos deseando que fuera cierto, porque acababan de pasarle raspando a un ómnibus y el chofer los miraba con cara de vendetta. El Escribano ni se enteraba. Una parte de sus sentidos, seguramente la menor, se hallaba ocupada en zigzaguear entre esos bultos con ruedas que osadamente disputaban su pista de carreras. La otra continuaba explicando, detalladamente, con frecuentes giros de cabeza y gestos manuales, que a pesar de no ser más que un simple iniciado en la profundidad de lo esotérico, podía percibir de inmediato cuando se hallaba ante un ser especial. Y Jorge, sin lugar a dudas lo era.

Mientras distribuía a los asustados viajeros se prodigó en una ensalada de astrología, principios cabalísticos y otras ramas de lo paranormal que, de no ser por los frenazos, curvas chirriantes, y

semáforos en rojo saltados, hasta podría haber sido interesante. Sobre todo para Amadeo que, al igual que Zúcker, era un apasionado de esa temática. Sin embargo, entre el alcohol y los zangoloteos, la cara del Negro mostraba un verde más bien peligroso y de próximas consecuencias. Así que optó por la discreción, regalándole a Jorge el resto de informaciones. O sea que varias cuadras antes de su domicilio dijo que ahí le quedaba bien, saludó y saltó del coche casi en movimiento.

Pues sí, muchacho, todo lo que le sucedía no eran más que pruebas. Su destino le marcaba eso para ayudarlo a crecer. Ricardo agachaba la cabeza por los susurros de la Sultana. Aquellos desgraciados se la estaban pasando en grande. ¿Podían explicarle por qué algunas maricas culturosas, o la Emperatriz por ejemplo, para tirarse un lance necesitaban convertir primero al objeto de su deseo en un héroe mitológico? Claudio haría un par de horas que habría puesto las cartas sobre la mesa, y ahora estarían charlando como amigos o se habría marchado. Claro que Claudio era más joven y aguantaba mejor la bebida. En cambio éste había perdido la medida del ridículo. Sudaba profusamente de puro excitado y le costaba mantener la ilación. En sus esfuerzos por quitarse la corbata, lo único conseguido fue transformarla en un colgajo ladeado sobre la chaqueta, bajo la cual asomaba el faldón de la camisa. El mechón lateral de pelo con que atravesaba parte de la calva también se le había desmadejado y pendía por encima de la oreja izquierda. Algo tan molesto que Jorge estaba tentado de acomodárselo, debiendo frenarse ante la interpretación que aquel pudiera dar a semejante gesto.

El pobre no advertía que ya había superado los límites razonables del encuentro de esa noche. Y lo que antes fuera una ayuda –para Jorge– de sus contertulios, también entraba a rebasar aquella denominación. Ricardo no tanto, porque apercibido del fato contribuía sólo lo justo y con prudencia. En cambio la Negra y el Arielito jugaban una partida que cada vez sonaba más clara. Mientras se trató de elogios literarios y vergonzosas exaltaciones del héroe glosaban en conjunto, como quien apenas acompaña humorísticamente los desvaríos expuestos. No obstante, llevaban buen rato intercalando cada vez que podían la precariedad reinante, y Sully acababa de soltar por segunda

vez que ni siquiera sabían si podrían afrontar la próxima mensualidad del alquiler. Vista la potencialidad económica del enamorado, aquellos hijos de puta lo estaban vendiendo en rodajas. Si Elías, que parecía no registrar demasiado la seriedad de los datos, hubiera dicho que se encargaba de pagar la cuota, siempre que Jorge pelara la cosa a su alcance, lo más probable es que ellos se hubieran abalanzado a bajarle los pantalones.

Comprendió qué y hasta dónde podía esperar algo de esas sanguijuelas. Pensando que era cierto, que en diez o quince días se hallaría ante la tercera mensualidad, comprendió también cómo lo haría esta vez. Sus estúpidos escrúpulos, y la decisión de dejar que las cosas se dieran solas, podían juntarse en ese acto, proveyendo signos definitivos. Sólo faltaban detalles, que también vendrían solos. Aquella miseria egoísta y mendicante lo había despertado. Tenía que despertarlo al Escribano, que en diez minutos más, por alcohol y otras cosas, se le caería muy literalmente encima. Calculando lo que ocurriría si se levantaba, le pidió que por favor le alcanzara la carpeta. Gracias a su previsión logró saltar, agarrarlo del brazo, y apoyarlo contra la pared antes que se derrumbara.

–¡Estás muy pálido, che...! ¿Seguro que te sentís bien? Será mejor que salgamos y te dé el fresco. Has chupado demasiado.

Elías se dejó conducir, trastabillando y acomodándose la ropa. Recién ahí pareció percibir la fuerza del mareo y también el papel desastroso exhibido. Empezó a disculparse con todos y a decir que sí, que era muy tarde y quizás hubiera bebido un poco de más. Pero estaba contentísimo de haberlo conocido, tenían que juntarse a charlar mucho más en serio y con sus poemas delante. Le iba a hacer la carta astral, para que viera que no eran tonterías lo dicho. Que no lo juzgara por los arrebatos de entusiasmo producidos. Prepararía una cena en su casa y le avisaría, antes de fin de año o en los primeros días del próximo. Jorge, mientras lo ayudaba a subir al coche, le dijo que de acuerdo, si preparaba la cena él llevaría sus poesías.

Adentro las risas y comentarios jocosos acompañaban la retirada de cosas hacia la cocina. Cuando salió del baño y se dirigía a la escalera, Sully lo detuvo y los otros también se asomaron.

–Supongo que habrán quedado para la cena íntima que decía, ¿no...? Es muy buen partido tu admirador –increíble cómo se le ensanchaba el rostro de alegría al imaginarlo entrando en su mundo.

–Sí, ya me avisará la fecha.

–Y..., hablando de fechas –qué gatuna y sarcástica se sentía–, vos prepará tus zapatitos para esa noche. Porque algo le pedirás a los Reyes Magos, digo yo. ¿Lo has pensado ya?

–También. Voy a pedirles una paciencia nueva. Porque la que tengo es boludísima y se me está acabando –al menos hasta que cerró la puerta de su habitación no volvió a escuchar risas.

21 : 09 : 72
21 : 01 : 58

El grito ese que aparece en cualquier esquina como deteniendo el pasaje normal. Aunque no es un grito propiamente dicho. Es un aullido, un gemido ahogado. Y más que en una esquina es en el puente. De todas formas, para el sobresalto y la relación de ideas se juntaron varias cosas. Primero estuvo el otro llamado, el ácido lamento del estómago, la necesidad de compensar lo bebido con Dieguito masticando algo. La parada consecuente, hecha con la mayor buena voluntad a comer un par de empanadas en La Chacha, fue para evitar que el mareo siguiera su sinuoso curso.

Y acá la culpa fue del mozo, tan simpático y catamarqueño él, que sugirió acompañarlas con un tinto porque saldrían calentitas y picantes. Realmente fue así y mataban de buenas. Pero ya con el pico caliente los vasos también fueron dos, y de un vino casi más espeso que las empanadas. El resultado fue que mejoró el sabor pastoso que traía, pero las susodichas naufragaron y el asustado navegante comprobó que la mar picada no amainaba.

Entrando al puente, una parejita que venía en dirección contraria le disipó un tanto la niebla. Él era casi un niño. Ella, probablemente de la misma edad, demasiado Ella. Con el mismo cabello rubio caído sobre la frente. Los ojos apenas delineados, sabedores que quien los cruzara se volvería a mirarla. Ese brillo en el caminar cadencioso, demasiado gimnástico aún, y sin embargo con la rotunda sensualidad de lo atrevido. Apoyando con seguridad la felina punta de los pies. Rodeada, apresada por el abrazo del chico, orgulloso de la exhibida posesión. Tras girarse a observarlos se tomó de la baranda y apoyó la cintura en ella por si acaso. Era antes de los aullidos, pero ya de lleno en la rencorosa envidia. Ese mocoso de mierda poseía, casi con desdén, la imagen que él había perdido. Y no lo consolaba intuir que también la perdería. Que quizás ya la compartía, sin sospecharlo siquiera,

con otros amiguitos de ella, que usando el mismo desapego y posesividad fugaz se franelearían con ella a escondidas. Maligna y resentidamente podía imaginarla en las habitaciones oscuras de la siesta, asomada con el cuerpo encorvado tras una puerta, quebrada y sosteniéndose con los brazos para soportar el peso del que se le echaba encima y la empujaba. Nunca de frente al rostro enamorado, saboreando el beso y la caricia. No, siempre de espaldas, sumisamente obedeciendo, vigilando, acuciante y sacudida. Podía verla en todo caso de perfil, arrodillada, la boca y las manos inexpertas y serviles, la expresión del ya está, con la que no acaba más que su tarea de objeto. Cree verlo, dentro del amargo tumulto que le da vueltas y sube hasta la garganta. Pero no debería. En realidad no quiere. Vuelve a estar confuso. No era eso lo que quería ver. Lo que pasa es que el tormento y la tormenta a sotavento... Seguro, por eso creyó ver lo ya visto y sabido. Como un relámpago en la negrura del lejano cielo. Como el puente que atraviesa sin llegar jamás a su final. Otra vez en un puente. En transición, peligro, inestabilidad sobre todo. Sin contar el agua negra, el desbordado río que corre por debajo.

A los perros tampoco los vio. Pero allí estaban. Los delataron sus gemidos. Ellos siempre están, aportando esa inmovilidad fotográfica en el resto de nebulosa que envolvía el puente. Ahí, en la parte más bruna, en el resguardo entre la curva de la baranda y el cono de sombra del foco amarillo. En el mismo rincón donde el viejo linyera se ha detenido a mear, sin molestarse por los bocinazos que lo saludan. Sin importarle tampoco el indeciso navegante que pasa a su lado. El puente es su territorio. Y en él se vuelve despacioso, abrochándose la bragueta con indiferencia y cansancio. No confundirse, el del naufragio se limita a mirar de soslayo, y ni por asomo se toca la bragueta. Sabe de sobra, aunque no por sobrio, que esas cosas no se hacen en la calle.

Y menos lo que hacen los perros al final del puente, donde recomienza la ciudad. Bueno, en realidad donde empieza la otra ciudad. Entre tantas cosas que separan los puentes están las distintas ciudades de cada ciudad. Aquí, después del Puente del Molino Centenario empieza la de él a solas. Aquí empieza la numeración de la Avenida 24 de Septiembre. Eso supone. Igual que supone que el nombre del puente sea ese porque él le llama así. En cuanto al correcto nombre de la Avenida, no tiene la más puta idea de dónde

le viene. Pero calcula que no habrá ninguna relación con que hoy fuera 21 de Septiembre. O en una de esas sí. Con lo cual faltarían tres días para algo, que tampoco puede imaginar pero hay que tener en cuenta. Por lo cabalístico del numerito, tan freudiano además. Y porque sería domingo, jornada de hacer planes a partir del lunes: Dejar de fumar, dietas, hacer más deporte, las vidas nuevas, los trabajos postergados, las vacaciones ídem. El día del hombre nuevo, después de los decretados y plomizos días del viejo señor que nadie ha visto. Bueno, en fin, adelantándose al lunes aquí comienza la ciudad del solo.

Los otros puentes, las otras ciudades tropezadas, también lo han visto solo, con alguna aislada compañía pero naufragando solo. Y en ésta, la suya, comienza con mal pie. Por culpa de los perros, en plena y enloquecida faena. Ya se sabe que lo de enloquecida es bastante relativo. Es una forma de revestir... Joder, lo de vestir también es más que relativo e inexacto. Lo que quería decir el marinero de tierra nada firme, sobre el faenamiento de los putos perros, era una forma de describir lo furioso de la acción apenas de cintura para abajo. ¿Lo llamaremos cintura en los cánidos...? No se sabe, pero el asunto es que las cabezas y esos malditos rostros... ¿Los llamaremos rostros? Los llamaremos como nos salga de las boyas. Esos remalditos hocicos parecen estar, o están, en otra cosa. En cualquier otro lejano e inasible lugar. Vigilando, con las lenguas fuera, el horizonte.

El mismo horizonte que distraídamente preferiría otear el navegante. El que pasa y no los mira. No los quiere mirar, aunque los ve. Sabe que están ahí, burlándose en silencio de su paso y sus recuerdos. Sabe que ellos sí lo miran. Que cogen, cochina y esforzadamente, mientras lo miran. Con esa condenada mirada triste. Como si quisieran aclarar que ellos no tienen nada que ver en el asunto. Ni en ése, ni en el de él. Que el fato vino barajado así y no pudieron elegir. Que, si por ellos fuera, ni siquiera estarían ahí. Ni en la ciudad, ni en el puente, ni en sus recuerdos. Que en todo caso se pegarían una olida y hasta luego. ¿Pero quién distingue, con semejante vendaval interno, el supuesto pedido de perdón de los ojos sumisos, de la irónica y velada mirada del que miente...?

Quizás por eso no quiere mirarlos. No quiere decidir, ni juzgar, ni saber. Ya está bien de botines que muerden. Puta con el mareo. Ya está

bien de motines a bordo. Y de latigazos que se enredan en las patas. Y sin embargo no puede dejarlos a la deriva. No lo dejan zarpar. No puede olvidar la indiferencia con que se desentienden de ellos mismos. Le repugna el cosquilloso placer que les chorrea por las comisuras. Mientras apuntan a la oscuridad de la arboleda y al desenfrenado río. Apuntan hacia el quiosquero de la esquina, y el esta vez desagradable olor de los choripanes. Disparan contra su idiotez bamboleante que los regurgita hacia dentro. Dejando colgar la blancuzca baba, la de ellos, hacia el piso. Hacia cualquier lado, huyendo del gesto amoroso que la llevaría a la boca anhelante del compañero, que la dejaría caer contra el cansado lomo al menos.

Se pasa la mano por la frente, por los ojos, buscando borrar y huir de aquello. Quisiera caminar más rápido. Alejarse de la pared y cruzar corriendo las calles. Pero aunque torpemente lo intente, y en parte lo consiga, no hay tregua a la visión. Los aullidos siguen. El perro gime, tras haber resollado su biológica gimnasia. La perra ni siquiera eso. Ella se ha aprendido de memoria los alrededores, los paseantes beodos y pretendidamente ciegos, ha husmeado los sudores propios y ajenos. Sólo espera el alivio, el abandono de ese peso en su espalda. Y entonces trata de irse. Momento elegido por el dolor para castigarlos. Ahora sí, aquí se detiene, trastabillando, el caminante. Quizás sigue, pero los está mirando sin disimulo. Disfrutando al desearles, al saberlos atados, abotonados por la maligna sabiduría llamada divina. Enganchados, a pesar que continúen la farsa del desconocimiento mutuo. Hagan lo que hagan no pueden esconder, no pueden negar la sagrada hinchazón que los aprisiona. No pueden obviar el ardor, el lastre del secuaz colgando de esa parte y tironeando en sentido opuesto.

Quizás no sea el mismo estrangulamiento en oleadas que a algunos les provoca su vista, pero es dolor. Alternadamente se arrastran. Pugnan por retornar a su individualidad, a medias satisfecha. Los siglos no les han enseñado la imposibilidad de lograrlo. La sabia evolución natural tampoco. No han aprendido que la indiferencia ata, mientras la pasión libera. Que la fingida pretensión de distancia cerrará su nudo, justamente por el estúpido deseo de cortarlo. El navegante delira, pero no tanto como para pensar en pecado, en flagelos por concupiscencia. El fatum es más salvaje, más natural

y de esta movediza tierra. No se trata de que todos deberían verlos así, humillados, colgando de su culpa. Es que ellos deberían verse, sufrir hasta el fondo de sus conciencias la pena de no haberse querido ver lo suficiente. Aprender a sentir, con todo el cuerpo y la mente, o no sentir. Prefiere negar que esté pensando en perros. No es del todo así, o al menos no le importa. En cualquier caso se reconoce tan animal como ellos, y otro discurso sería imbécil.

También sabe que, imbécil o no, con todo esto no ha conseguido, ni mucho menos, que desaparezcan. A lo sumo, de puro animal, logra cierta forma de calma. Una muy cierta y brutal venganza contra los fantasmas de su revuelto río. Durante un rato, apenas algunas cuadras, alcanza a relevar la otra imagen, tan lejana y difusa, tan inclinada y perdida en la bruma. La que lo asalta implacablemente al llegar a los oscuros predios del pasillo de entrada a eso que llama su casa.

Y aquí, otra vez, quienes lo asaltan son ellos. Los oye resollar, con las asquerosas cabezas vueltas hacia cualquier lado. Seguramente con los ojos húmedos y mirando en su dirección. Antes de llegar casi arrastrando los pies y abrir la puerta número tres –otra vez ese número–, los habrá visto. De alguna manera los habrá visto pasar entre sus piernas. Y al cerrarla empujando detrás de sí sabrá que su saliva, su aleteante baba, le morderá los párpados, impidiéndole la tranquilidad del aislamiento. Arañando desde fuera la madera, como un aullido de silencio.

En Pringles la Navidad era invisible a los ojos. Premisa no escrita de nuestro desterrado Principito, pero fomentada ante sus súbditos, invitándolos a reencontrarse con sus respectivas familias en los acostumbrados y alimenticios festejos, permitiéndole la ansiada soledad. Logrolo y alegrose. Mas ese vacío intermitente hasta fin de año no contaba con la obsesiva insistencia de Sigfrido, empeñado en estrenar el asador. "Sólo una reunión de amigos, che, para hacer pinta con lo realizado. No me frustrés." Por supuesto, ellos hubieran preferido hacerlo el primero de Enero con torta, velitas, y el declarado anhelo de que ese año le resultara menos funesto que el anterior. La estrategia usada surgió en cónclave tras las advertencias de Pety y Marcelo, quienes aseguraban que para entonces el aludido habría chapado su carpa y no lo encontraría ni Interpol hasta después de Reyes.

Nos consta que él leyó con transparencia la jugada, pero se sentía incapaz de decir que no. Así que la mañana del 26 de Diciembre, fecha elegida, avisó que trabajarían sólo hasta mediodía, cuestión de hallarse frescos y decentemente acicalados para el acontecimiento en la terraza. La aparición de Amadeo, que quería enterarse de lo sucedido noches atrás, lo benefició al ser incluido entre los participantes a la comilona. Con el hambre que pasaba el Negro, Jorge ni lo dudó. Y no es que aquel lo agradeciera con la debida discreción. Por el contrario aumentó la marejada de insinuaciones y peloteos al exponer que el tal Elías era un solterón, judío, de buenísima posición. Y que, aunque se sabía su pertenencia al gremio, siempre llevó sus asuntos en la mayor de las reservas, hasta el punto de no conocérsele ninguna historia concreta. Algo como para deducir, por el comportamiento mostrado, que el flechazo era bravo. Jorge ya estaba pensando atiborrarle de pimienta el primer chinchulín que le pasara. No obstante el puto zulú seguía machacando lo conveniente que resultaría dicha amistad, dada la situación caótica que atravesaban. Si ya lo tenían calentito meta dardos con el tema, se entenderá la gracia que le hacía escucharlos discurrir sobre la vertiginosa decadencia del macho, y los sutiles caminos de la prostitución disfrazada de necesidad. Sobre todo la

Sultana, preguntándose cariacontecida si el aparente voto de castidad no ocultaría una traumática pérdida de pólvora, justificando el cambio de carril. Para no descarrilarla a trompadas levantó su pulgar, asintiendo como quien agradece tan sana reflexión. Gambito que le permitió retirarse a meditar a sus aposentos, y que se empacharan de boludez si querían.

Después de reparadora siesta bajó a bañarse y afeitarse. Bruni y Silvestre llegaron temprano para ayudar en lo que hiciera falta. En poco rato al menos la casa estaba limpia y todos, incluso Hugo también cambiadito, revisaban detalles y parloteaban. Ariel, desde el zaguán, les silbó para que espiaran por la ventanita de la puerta. Del cochazo detenido en la vereda bajaba Sigfrido y una morocha espectacular, con cabellera casi tan ensortijada como la de Bruni. Silvestre lo llamaba a Jorge por si sabía quién era. Pero Sully soltó una carcajada desdeñosa, asegurando que se trataba de un travesti. Ninguna mujer se balancearía tan sexi, ni se taparía la cara con aquellos anteojazos de sol. A la mitad del camino volvieron hacia el coche a buscar algo, y Hugo aportaba que si los travestis tenían ese culo y esas piernas era para pensárselo. Ariel aprovechó para apoyar a su cómplice, asegurando que él conocía el ambiente y sí, había muchos que explotaban la firmeza de formas masculinas ganando en la comparación. Al ver que Jorge también se había asomado un momento, y el morocho o morocha llevaba en sus manos un ancho paquete, la Sultana canturreó que Sigfrido traía doble regalo. "Por lo visto tus amigos, enterados del giro radical, van a ofrecerte entrada de ida y vuelta." "¡Eso, eso, engrase y revancha! Tenés que prepararte bien para la cena con el Escribano." Un maestro del humor aquel flaco de mierda.

Jorge, enjabonado y afeitado a medias, compuso cara de resignación y volvió al baño. Los otros también se alejaron, dejando a la Negra para recibirlos, no los fueran a descubrir chusmeando. Pero Silvestre lo había seguido, preocupado.

–Jorge..., ¿es un travesti? No me gusta lo que te dicen estos.

–No les des bola –al acabar se cacheteaba con loción–. Es mi rubia favorita.

Hugo, pegado al otro, con el dedo en la sien le preguntaba quién estaba peor en esa casa, y si resultaría contagioso. Comprensible temor, dado lo sucedido en la puerta justo cuando ellos dos se reintegraban, añadiendo nuevos bemoles a sus dudas. Sully acababa de recibir el paquete –una torta con instrucciones de ser rápidamente escondida en la cocina–, y el motivo de las morbosas especulaciones se quitaba los lentes, arrancando con la otra mano su espesa cabellera, a la vez que sacudía la cabeza para reacomodar la propia.

–¡Sí que es rubia...! –exclamó boquiabierto Hugo, mientras Silvia lo observaba extrañada–. ¡No, no..., el que lo dijo fue él! –señalaba imprecisamente hacia atrás–. ¡Fue Jorge quien dijo que Usted..., que era su rubia favorita!

–¡Mi amor...! ¿Dónde está?

Apartando los brazos que indicaban se lanzó en su busca. En cuanto a brazos Sigfrido, notando cómo le temblaban a Sully, recuperó la torta y la llevó él mismo a su destino. Carlitos, totalmente repuesto y orgulloso, instruía a Hugo y Bruni confirmándoles que sí, que era esa misma, la de la Comedia en prime time de los viernes por la tele, y también la de la famosa película. Claro que ellos lo que querían saber era qué hacía allí y además... Bueno, el además se les cortó como innecesario al girar, exigiendo Bruni que por favor alguien cerrara la puerta del baño, porque ya casi no les quedaba ropa que arrancarse. Ariel corrió a la demanda, aunque más preocupado por obtener un buen plano, sólo que la pierna de alguno de los dos pecadores acababa de impulsar el portazo. Carlitos se desquitó de la confusión sufrida antes tratando al anteojudo de pajero, y exhortándolo a que siguiera fardando ahora de sus conocimientos travestiles. "O vos, Negra, que lo veías tan elemental –se detuvo, mirando alrededor–. ¿Dónde se metió Sully...?" Hugo, que ya se consideraba el señalador oficial apuntó a la puerta de calle: "Debe haber ido a comprar algo, porque salió recién, muy apurada." Ariel dijo que la iba a buscar y también rajó.

Sigfrido la palmeó a Bruni y los invitó a sentarse un rato en la cocina, cuestión de no molestar a los enamorados. Fue un alivio para Silvestre que él resumiera la historia, y les recordara que Silvia había anunciado su regreso en Navidad. "En lugar de ayudar en el boliche lo ayudará a nuestro amigo con el asado. Y se va a quedar

unos cuantos días. Así que tómense vacaciones, o piensen en trabajar sin él. Disculpen la martingala de la peluca y todo eso, pero en este momento Silvia es muy fácil de reconocer y les convertirían la casa en un loquero." A tenor de esto último Carlitos observó que no confiaba para nada en que la Sultana, o el mismo Ariel, que conocían a los periodistas y podían sacar tajada, mantuvieran la boca cerrada. El arquitecto reconoció que lo había pensado y charlaría con Jorge después. Se les agregó Ricardo que traía un sol de noche –telúrica denominación de los faroles a gas–, para mejorar la iluminación en la terraza y no andar peleando con las velas al aire libre. Mientras lo interiorizaban de las novedades vieron pasar hacia arriba a la pareja. Jorge le decía a ella que con esa ropita, además de muy provocativa ponerse a preparar el fuego... Silvia protestaba que la valija la tenía en el coche, pero se conformaría con cualquier cosa que él le diera. "Quiero vestirme de Jorge." Por supuesto, eran chicos amables y saludaron con los brazos en alto como si subieran la escalinata del avión. Ricardo lo cacheteaba a Hugo, intentando que dejara de torcer el cuello en su seguimiento visual.

Prácticamente a continuación arribaron Pety y Zúcker, cargando unas cajas de discos del librero y un paquete del narigón. Otra vez el noticiario, por suerte cada vez más sintético, y ahora la recorrida de muestreo, puesto que Zúcker no había venido nunca y el otro sólo una vez al principio. Amadeo también hizo su entrada y se incorporó al paseo. Pety se desmarcó enseguida porque deseaba comprobar lo oído, ya que apenas recordaba a Silvia de la época de los desfiles. No obstante el Sig, maestro de ceremonias del asunto, recomendó que se asomara apenas desde la escalera, porque si ella había empezado a probarse ropa... Puteando y haciendo gestos lascivos bajó aquel, confirmando que en la terraza no había nadie, y en la cerrada habitación del maldito sordos ruidos y risitas resonaban. Quiso el destino que la ardiente proclama fuera recibida también por Ariel y la Sultana, que no paraba de refregarse inútilmente la cara. Aunque en parte se diluyera, porque detrás de ellos avanzaban Estela y Marcelo, reclamando colaboración para traer el resto de carne del coche.

Desplegada ésta en bandejas sobre la mesada Bruni comandaba las operaciones. Pidió a las otras dos que se encargaran de salarla y ella prepararía el chimichurri, para lo cual trajera los elementos esenciales. Como escucharon pasos en la terraza rompieron a aplaudir. Rápida explicación a los nuevos, mientras Camargo se llevaba a Hugo, Carlitos y Ariel, para subir todas las mesas y sillas necesarias, tras mostrarles lo pintadito e impecable que había quedado el trastero de donde las sacaban, incidiendo Silvestre en el recurso de bisagras inventado, que convertía en plegables las mesas sobrantes. Zúcker estaba contentísimo de lo visto, y tan anhelante como los otros de lo que faltaba por ver, así que el grupo partió hacia la zona alta. Hugo, que fue el primero en trepar cargando sillas, bajaba tartamudeando. Estela lo miraba furiosa, resolviendo que amores eran los de antes. Claro que al verlo a Marcelo corriendo detrás de los otros, abandonó sus labores culinarias y se entregó a las de control. Sully alcanzó a decirle con gesto amargo: "Es al pedo querida, aparece una rubia gordita y los babosos estos pierden el norte."

Pobre Sultana, pensaba Estela. Ella sí que había perdido toda orientación en el mapa y tenía la balsa llena de agujeros. A pesar de prevenciones y tonterías aquella chica le gustó en cuanto Jorge se la presentó. Era cierto que con ese pantaloncito de fútbol, y la camisa apenas anudada en la cintura, lo único que no había que forzar era la imaginación. Sin embargo anadeaba graciosamente y a propósito sobre las zapatillas varios números más grandes. Se la notaba tan alegre, tan contenta de estar allí, y que Jorge compartiera sus amigos con ella... Él, como un patrón comprensivo la había dejado en olor de multitud. Así que contestaba preguntas, agradecía los piropos, inquiría a su vez detalles para reconocerlos. Cosa en la que ayudaba Sigfrido, y entonces se tiraba encima de Marcelo, o Pety, besándolos y diciendo cuánto los envidiaba por estar siempre cerca de él. A ella la agarró, se la llevó a un costado, murmurando en su oído: "Así que sos Estela. Dale, haceme feliz, decime que vos también estás un poquito celosa." "¿Un poquito...? –le cabeceaba juguetona la imponente pechera–. ¡Te odio! Ya me advirtió Sully que eras una puta y una gordita." "¡A que sí...!" E hinchaba el tórax, asunto peligroso para los botones. Las risotadas y bailoteos con que iban del brazo hacia Jorge pusieron a más de uno al borde del infarto.

El sacrificado Asador avisó que en un ratito podrían empezar a traer la carne. Se veía a la pareja tan agradablemente involucrada en la labor conjunta, que a instancias de Sigfrido volvieron a bajar. Anochecía y los otros habían llevado al living copas y botellas para amenizar la espera. Zúcker y Amadeo, que no habían parado de entrar y salir de las piecitas de arriba demoraron en integrarse. Salvo Ariel, Estela, Bruni y la Negra, atareados en la cocina, el resto se había acomodado en los sillones de adelante a charlar. El anteojudo, que estaba cortando las costillas, repetía que eso era imposible. ¿Con media Argentina oliéndole las bombachitas, tenía que venir a quitárselas allí? La Sultana lo arreglaba, calificándola de boludita caprichosa. Bruni decía que no fuera mala, que a lo mejor... Y ahí se cortó, porque la vieron bajar, probablemente a buscar lo que ya estuviera listo para poner al fuego.

–No, che..., no me hagan esto –Silvia se quejaba–. Yo quiero enterarme de lo que decían.

–Creo que estás demasiado acostumbrada a que hablen de vos –la Negra sardónica y sin mirarla–. Pero hay más temas, ¿sabés? –Silvia, cortada en su intención de confraternizar, frunció la nariz sin decir nada. Pero Estela, a pesar del furibundo gesto de Sully, no se aguantó.

–Sí, claro que hablábamos de vos. Comprendenos, es un poco difícil de entender, como decía éste, que abandonés los mimos de la fama conseguida para venir acá y...

–Yo soy de acá, Estela. Y no estoy diciendo sólo de Córdoba, que también. Soy de esta casa y su dueño, casi tanto como cualquiera de ustedes. Y a la hora de entender, lo que no entiendo es que lo desmerezcan a él. Hace un par de años lo conocí, y me gustó. Mucho. Dejémoslo ahí, es un dato. Pero después tuve la suerte de convivir y trabajar con él durante seis meses. Pensá que Jorge era el Jefe, el que dirigía todo lo que hicimos. Y lo recordaremos siempre como el mejor compañero de laburo que nos ha tocado. Aprendimos un montón, jugamos, nos divertimos. Y otro detalle importante es que gracias al éxito de sus montajes, surgieron las ofertas y contratos para que Claudia esté triunfando en Europa, y yo la haya pegado en Buenos Aires.

–¿Y a él no le cayó nada, che? –Bruni la seguía, excitada con la historia, más completa que lo reseñado por Sigfrido.

–Tantas ofertas como a nosotras. Tratamos de entusiasmarlo. Pero nos explicó que no era lo que necesitaba en aquel momento. Andaba loco buscando un bulín, y quería dedicar un buen tiempo a pensar y organizar su vida. Aparte que irse de Córdoba hubiera sido perderla a Graciela, imaginate. A nadie se nos hubiera ocurrido entonces que... No, mejor dejemos también eso –Estela, viendo que levantaba la bandeja lista, le pidió a Ariel que la subiera en su lugar.

–¿Pero ustedes nunca habían...?

–No, Estela. Nos teníamos ganas, y medio bromeábamos con eso. Pero a mí no me gusta invadir espacios, y estaba Claudia, que llevaba una relación vieja y linda con él. Por supuesto, el noviazgo con Graciela. Y el fato con Norma, que fue la que lo ayudó hasta que consiguió la piecita en Junín.

–No entiendo –Bruni levantaba la mano para detenerla–. ¿Y Graciela sabía lo de ellas?

–¡Claro que lo sabía! Graciela desfiló casi tres meses con el grupo. ¿Por qué te creés que nos maravillaba tanto esa pareja? ¡Ella planteaba con más libertad aún que él las cosas! Pero, bueno, yo tenía miedo de complicar aquella amistad tan hermosa. Y encima estaba terminando mi carrera.

–¿Qué estudiabas?

–Sicología. Me recibí antes de irme a la Capital –Estela se había puesto los puños en la cintura, y le sacaba la lengua enojada–. Confieso que pensé que en medio de la actividad que me esperaba se me pasaría la obsesión con este desgraciado.

–Admiradores y tipos interesantes no te habrán faltado.

–Claro, ya sé... La rubia tonta, en las nubes de verse en los diarios, va saltando del descapotable al yate de apolíneos millonarios, deseosos de salir en la foto y decir que se han cogido a la Planas. ¿Sabés que no? Les regalo, envueltos en celofán, a todos esos tiparracos, miserables, soberbios y aburridos. Se olvidan que yo ya llevaba cinco años en las pasarelas, bregando con la misma fauna. No necesitaba la famita esta, que se acabará en algún momento, para creerme que soy lo que no soy.

–No, che, esperá –Estela le acariciaba el brazo–, nosotras no hemos dicho eso.

–¿Y entonces, las extrañezas de que haya venido a qué se deben? Mirá, Estela, yo me he divertido siempre haciéndome eso: La

rubia tonta. Me sirve para soltar lo que se me ocurra, y sobre todo para escapar de golpe moviendo el culo. A nadie le sorprende.

–Bueno... –Estela la señalaba sonriendo–, Jorge, a su manera, también...

–¿Vas entendiendo...? No pretendo convencerlas que me he portado como una monja. Nunca, ni antes ni ahora. Quizás sea culpa de la imagen que vendo, o tengo mala suerte, sin embargo las pocas experiencias vividas se acaban casi antes de empezar y me dejan amarguita. No, me equivoqué al valorarlo a Jorge como algo que desaparecería. Por eso volví a buscarlo al Desván. Estaba cagada, no sabía qué pasaría. Pero él no es de los que cambian. Y mirá que estaba jodido en esos días. Creo que comprendimos lo fundamental: Ninguno de los dos pretende marcar con un hierro caliente el culo del otro, ni atarle una soga al cuello. Nos gustamos, nos queremos, disfrutamos como locos cuando estamos juntos. Discutimos, nos ayudamos... Bah, les estoy largando una explicación innecesaria, sólo porque jode cómo me miraban, porque lo que anhelo es que me sientan como una más entre los que lo amamos, que nos unamos para darle el apoyo que hoy necesita en el jodido bajón que atraviesa. ¿Al fin y al cabo, por qué tanta sorpresa...? Sin que sea famoso, ni millonario, todos ustedes están aquí, a su lado. Por algo será, ¿no...?

–Bueno... –demasiado rato callada llevaba la Sultana–, yo, porque él me lo ha pedido.

–Uyy..., ya van dos –Silvia dejó caer la cabeza, con los labios apretados.

–Es cierto, Negra –Estela la reconvino–. Podías ser un poco menos desagradable, y más honesta. Marcelo y yo estábamos esa noche, y Jorge no te pidió que te quedaras. Donde te quedabas era en la calle, y por eso te ofreció, que no es lo mismo, a vos y este otro, vivir acá, con la condición de pagar un mes de alquiler cada uno.

–Yo no veo la diferencia.

–Supongo que tampoco ves que el no pagar, no cumplir con lo acordado, lo esté perjudicando. Nosotros lo queremos, y no nos importa ayudarlo hasta que levante cabeza. ¿Pero te pidió que te quedaras gratis, y rezumando esa mala onda que salpicás, a costa de los problemas que a él se le acumulen?

–Mirá, esa sí que es una pregunta que viene bien ahora –no levantaba casi la frente de la carne que condimentaba, pero

increíblemente sonreía triunfal–. Ustedes, ya que lo quieren tanto y con tan buena onda, deberían evitar que vaya a la cena íntima con el maricón que se levantó en la Sade. No es tonto para conseguir amigos el chico. No obstante a mí me preocupa lo que vaya a hacer, para sacarle los cuarenta mil mangos de la cuota a su enamorado.

–¿Son todavía tuyos los dientes que tenés? –el ruido al tirar la bandeja en la mesa, y el tono de Silvia, restallaron en la cocina–. Porque si soltás una sola idiotez más, vas a tener que recogerlos del piso –Ariel saltó de la silla para interponerse, pero el brazo de ella también parecía a punto de saltar desde la posición retrasada en que lo había puesto–. ¡Mirá, Nene, si vas a defender a tu mamá quitate los anteojos, así los mando a los dos juntos al dentista!

En el avance de la rubia hacia ellos daba la impresión de haber crecido medio metro. Ariel disminuyó en la misma proporción, tal vez por la huida agachado, pasando por detrás de la Sultana y rodeando la mesa para alcanzar a salvo la puerta. Sully, desorbitada, levantó la palma en señal de paz, y giró con el pincel del chimichurri, lacando el matambre como si preparara un fondo para Goya. Estela se había agarrado desde atrás a la cintura de Silvia, conteniéndola, a riesgo de que le tocara a ella también. Pero ésta, con los ojos como llamas, la abrazó, y le pidió a Bruni que subiera la otra fuente, porque si iba ella Jorge se lo notaría, y no deseaba aguarle la fiesta. Después le dijo a Estela que la acompañara al living, necesitaba beber algo, calmarse, y fumar un pucho.

Marcelo les hizo lugar a su lado. Sospechó que habría sucedido algo, pero por prudencia, y para no interrumpir la disertación de Zúcker, se abstuvo de preguntar. Estela le sacó los cigarrillos, encendió uno y se lo pasó a Silvia, llenando también una copa de cerveza para compartir. Sigfrido le había pedido al Profe, ya que acababa de inspeccionar el hábitat, que redefiniera lo de aquella oscuridad que no entendía. Y el otro expuso que encontraba a Jorge en lucha, en un proceso bastante directo consigo mismo. Sumado a lo que alcanzó a leer, y lo contado por Amadeo, pensaba que intuitivamente había puesto en marcha una vía en la que se hallaba cómodo, reflexiva y creativamente. Por otro lado la casa era mucho más de lo que esperaba. Y le alegraba el vuelco positivo que Ricardo y Silvestre promovieran. De los otros

aseguraba que no estaban realmente allí, y tampoco tenían la menor posibilidad de dañarlo. Funcionaban como una especie de contrapeso, todavía necesario en su retracción. Y, aunque sonara poco compasivo, ese lastre se iba a hundir y desaparecer en muy poco tiempo.

–Sin embargo lo borroso sigue estando. Lo discutíamos arriba con el Negro –éste asentía cabizbajo–. Es altamente expresivo el cambio de clima entre cada una de sus dos habitaciones. La luz, algo tumultuosa, de la pieza donde escribe y pasa en limpio su trabajo, desaparecía en cuanto entrábamos al dormitorio, aunque muchas veces surjan ahí los textos. Quiero decir que no se trata de auras de distinta actividad. Es mucho más raro, les invitaría a comprobarlo. Se respira dificultosamente, como en el fondo de un pozo. Y no, tampoco, no es tanto como eso, perdonen la confusión en esta forma de buscar cómo explicarlo. Sería más bien un túnel, tenebroso y tan largo como para no distinguir el final. Hay algo más en esa habitación, no me atrevo a decir alguien, que está y no está con él. Una retención más fuerte que los pasos que va dando. Nosotros vemos y valoramos la pulcritud de su lucha, el inteligente y reconcentrado esfuerzo con que separa cada piedra. Pero parece anunciar un derrumbamiento repentino, inutilizando en gran parte lo hecho. Está pasando, o va a pasar algo, que alargará ese túnel y la llegada de la libertad, de esa luz final. Es más, aseguraría que él también lo presiente. Sabe que saldrá, y yo estoy igual de convencido, eso es otra cosa. No obstante, ese algo innombrable es un obstáculo que lo hará bastante más difícil y duro de lo que concebíamos. Me falta un detalle, no puedo precisarlo con justeza, a mí también se me escapa. Si encontrara la palabra, el cuerpo astral de ese Numen oculto...

–Perdón, Maestro, ¿no se le escapará porque, como la famosa carta robada o desaparecida, está sobre el escritorio? –todos se volvieron, desconcertados, hacia Silvia, que hablaba fija en su copa–. ¿No será Nubedil ese cuerpo astral...?

–En realidad..., tiene todos los números para serlo. ¡Qué par de atarantados! –el librero lo miraba a Amadeo–. Fijate que lo hemos visto repetido cada dos hojas. Y de tan simple y expuesto no lo consideramos. Escuchame, querida, ¿él te ha dicho algo al respecto?

–No, y tampoco he tenido tiempo de ver sus papeles. Sólo sé lo que Sigfrido me cuenta por teléfono. Pero al escucharlo a usted ahora, se me ocurrió que no podría tener otro nombre lo que sobrevuela en

su habitación. Ese personaje ha sufrido tanto como Jorge la ruptura del triángulo que componían. Su modelo carnal ha estado a punto de borrarla, al reconocer en su cobardía que el reflejo proyectado era falso. Y la lucha de él, en su revisión minuciosa, la pone en peligro.

–Como bruja sos más peligrosa que en bikini –Estela la empujaba bromeando, pero estaba seria– ¿De verdad pensás que esa es la oscuridad, el enemigo de Jorge...?

–No, la oscuridad es lo que no sabemos, las consecuencias que puede provocar esa lucha común. Porque, aunque desesperada, pelea por lo mismo, no es su enemigo. Ama a su creador y no quiere perderlo. Es posible que, igual que él dudó y buscó a Graciela en ese final retorcidamente absurdo, Nubedil desee recuperarla, salvarla, convencerla de que si pudo fingir tan bien, quizás podría alcanzarse a sí misma y al amor en la verdad. Una opción loca, propia del mundo transparente en que se halla, pero que todos nosotros, y muy probablemente Jorge, ya hemos descartado. La otra opción, bastante más racional, sería desencarnarse por completo de ella, liberarse a sí misma y acompañar a su dueño, de la forma y en los caminos que él elija. Si lo pensás un poco, Estela, la explicación sicoanalítica no diferiría demasiado. Jorge, como autor del neologismo y la idealizada imagen, va y viene denodadamente entre ambos sentimientos. Por eso creo que da igual plantearlo de una u otra forma. La borrosa zona que desconocemos, esa larga retención que menciona Zúcker, debe estar causada por la puja de energías que, aunque buscan prácticamente lo mismo, no siempre lo hacen de la misma forma. Ya sabés que movemos hechos, y hasta personas, por el despiole en que inconsciente e involuntariamente batallamos. Sí, Maestro, yo también presiento que le va a costar mucho limpiar ese conflicto. No obstante creo que el elaborado rumbo de él y Nubedil será finalmente paralelo. Cuánto dure, y cuántas pruebas deba afrontar, no lo sé. Confiemos en él y estemos cerca para ayudarlo. Ahora sálvenme de sus iras, porque me había pedido que los fuera haciendo subir, y entre unas cosas y otras...

Si la intervención de esa cabecita rubia tan bien amueblada –elogio que el orgulloso Sigfrido proclamaba– los había dejado patas para arriba, había que ver los saltos y bailes de Marcelo y Pety, cuando Estela les comentó lo de la cocina. Y se entenderá asimismo que las protestas y acusaciones de Jorge, por estar torpedeando con las demoras

su ímprobo trabajo, no fueran tomadas como él esperaba. De cualquier manera, amenazaba con degollar al primero que criticara el punto de la carne. Secretamente contento por otra parte, del protagonismo que le robaba su bella acompañante. En la mesa al lado de la parrilla iban cortajeando trozos variados, que Silvia repartía consultando preferencias. Resaltemos que con la Negra y Ariel se prodigaba igual de atenta. Y ambos respondían en el mismo tono. Allí no había pasado nada. Una suerte, pensaba Estela, que en determinado momento visualizó lo que sí habría pasado. Bruni, también más calmada, alababa el método de servicio porque así, siempre caliente y de a poco, comían más a gusto y el doble. Es de suponer que el murmullo de gruñidos satisfechos expresaba algo similar, evitándole los aplausos al Asador, que odiaba tanto como los cánticos de feliz cumpleaños.

Omitieron ambas cosas, pero no la ceremonia de los regalos, cuando ya no quedaban ni las brasas en la parrilla. El vino también bajaba, en pilas de botellas vacías a un costado y la subida de los brindis, iniciada con el aplauso a los esforzados trabajadores que le estaban cambiando la cara a la casa. Carlitos lo extendió al Arquitecto, que les obsequiara el estrenado asador, a más de múltiples soluciones a las marcianadas del Jefe y Ricardo. Pety desplegó el paquete con los libros del Cuarteto de Alejandría, y Zúcker una ristra de cajas con todos los discos de las Cantatas de Bach. Marcelo aprovechó para clamar por la necesaria y poco cara conexión de luz, comentando que Estela ya tenía en vista la heladera para ese momento. Metidos en homenaje todos recordaron que Bruni les venía manteniendo vivo el estómago, y con eso merecía más que un aplauso. El Negro carraspeó mientras sacaba del bolsillo unos papeles, anunciando que se trataba de la invitación para él y un joven escritor al Congreso Nacional de Poesía en Villa Dolores. Esto sería en los primeros días de Enero, y enseñó también los pasajes pagos en avión y las llaves de la casa en el pueblo de aquella abuela tan simpática de la Sociedad de Escritores que, como estaba vacía, podrían usar.

Al subir las escaleras Silvia con la torta en brazos, Sigfrido aclaró que la había hecho ella, y que el desusado tamaño se debía a que él le avisó la patota que habría y lo tragones que eran. Al medio ostentaba un corazón de chocolate punteado de frutillas. No obstante

el regalo creció al marcar los pasos hasta la mesa bailando de esa seductora forma, y cantando en el mejor estilo Marylin: My Heart belong to Daddy. Por suerte se la arrebataron antes que, casi llorando en serio, susurrara el da-da-da repetido y se sentara gatuna en las piernas de Papito, quien después del beso que le metió sólo imploraba por un café y manoteaba los cigarrillos. Bruni y la Sultana cortaban a toda velocidad porciones, para que los otros masticaran algo y dejaran de rechinar los dientes. Estela trajo la cafetera, haciéndole señas a Jorge que bajara a esa chica de ahí, porque el espectáculo podía degenerar en cualquier momento. Pety –tenía que ser él, claro– le gritó que se la llevara a donde fuera, pero lejos, antes que se les fundieran los plomos a todos. Que ya los había basureado bastante abajo, con la lección de esoterismo, como para amenazarlos ahora con la de erotismo. "Sí, Papi, secuestrame, llevame lejos en serio, dale..." Jorge asentía, acomodándola con suavidad en la silla de al lado, y prometiendo que en cuanto acabara su torta y el café huirían a algún lado.

Sigfrido se les acercó y puso en manos de él un manojo de llaves. "Para ustedes mi ranchito de Salsipuedes, calculo que sabrás llegar. Allá pasarán estos días tranquilos, sin que los moleste ni encuentre nadie." Jorge fue a armar su bolso sonriendo. La jugada se había dado con total naturalidad. Ariel y Sully se miraban con un deje de frustración. Media hora después, ya en el coche de ella, Silvia con la cabeza apoyada en su hombro mientras Jorge manejaba, le preguntó si estaba seguro que iban bien.

–Claro, Muñeca, conozco el camino de memoria.

–Pero por acá no se va a Salsipuedes.

–Eso es para los oídos indiscretos, nuestro destino es Carlos Paz. Las llaves que nos dieron son de allá.

–Llevame a donde quieras, no voy a pedir socorro.

En el trayecto a Carlos Paz apenas hablaron. Silvia ronroneaba apoyada en su hombro al borde de quedarse dormida. Le contó que los dos días festivos pasados con su familia fueron intensos, para compensar la huida anunciada. Al llegar al final de la calle asfaltada en la urbanización, Jorge le señaló que ese era el chalet de Marcelo, y gran parte del bosque que se extendía desde allí también. Un camino de tierra prolongaba la calle y otro más estrecho se abría a la izquierda hacia la cabaña y el lago. No bien adentrarse en él frenó de repente y retrocedió unos metros despacio. Ella se incorporó, observándolo de reojo. Notó que movía la cabeza negando, y continuaba a marcha lenta con las luces largas encendidas. Aunque estrecho y serpenteante, el sendero permitía perfectamente el paso del coche sin riesgo de arañazos. Antes de la mitad volvió a suspirar ralentizando, cosa que provocó la reacción de ella.

–Sos imposible. Sigfrido me lo había advertido, pero no me lo podía creer.

–¡Quien no se lo puede creer soy yo! Y después la etiqueta de loco me la endosan a mí. ¿Has visto esos dos postes...?

–Jorge, son postes de madera, en medio de los arbustos y mil troncos de madera. ¡La pregunta es cómo los has visto vos, y de noche!

–O sea que lo sabías.

–¡Pero ni así lo noté! ¿Qué tenés en la cabeza..., un radar? A ver, ojos de halcón, decime lo que estás pensando.

–¿Y qué voy a estar pensando? Que probablemente falte uno y... Mirá, ahí lo tenés. El próximo estará pegado a la cabaña –detuvo el coche al llegar y apagó las luces tras comprobarlo–. Detalles tontos si querés, pero bajan dos cables hasta la conexión. Dame datos: ¿Ha pasado media hora?

–¡Yo que sé...! Al lado tuyo sólo le pido al tiempo que no pase nunca –abrazada, casi colgada a su espalda, lo seguía en su revisión–. ¿Qué importa eso?

–Esperate y vas a ver. Es lo que calcularán que tardaríamos.

–¿Y qué te esperás, una bomba de relojería?

–Algo así. Ya me parecía que había una llave nueva, de cerradura de seguridad. Pero como el llavero tenía también las del chalet...

Al recibirlas supuso que le daban todas para que pudiera esconder en las cocheras del patio el auto de Silvia, evitando rastros inútiles. Miraba en redondo. Aún en la oscuridad se percibían los trabajos efectuados. Los añosos troncos de la construcción se habían reparado y tratado a fondo. Las dos ventanas lucían un enrejado discreto pero fuerte, y la puerta, aunque nadie más lo habría notado, era nueva, con un farolito encima que hablaba del puto arquitecto. Abrió e hizo pasar delante a Silvia quien, para regocijo de él, lo primero que hizo fue pulsar la llave de luz a su izquierda. Bien, ella no había venido nunca –o eso creía–, y quizás actuara automáticamente, pero el repiqueteo de un teléfono distaba millas de lo que podía esperarse en una rústica cabaña de pesca. Silvia, al verlo caminar puteando hacia el aparato, comprendió lo de la media hora y se llevó las manos a la frente.

–¡Te voy a matar...! –hasta sin línea telefónica lo hubieran oído desde Córdoba.

–¿Por qué a mí...? –la voz de Estela temblaba de la risa–. Siempre me ponen en el medio. Aquel otro se ha escondido en su pieza, porque no quería escucharte ni de lejos.

–¡Está bien, corrijo: Los voy a matar a los tres! ¿A que el mariconazo de Sigfrido también se ha escondido?

–Ese se fue a su casa. Pero lloriqueaba imaginándote allá. Y yo lo único que hice fue limpiar y sugerir los artefactos indispensables. Todo lo demás lo planearon ellos dos. Bueno, la idea es más vieja. Iba a ser el regalo de bodas. Pero al hablarlo después con el Sig decidimos que de todas formas el lugar era tuyo. Y lo del teléfono se le ocurrió a Marcelo. Ya que se trataba en general de derivación de líneas desde su casa, supuso que no te vendría mal. Por si te preocupan los gastos –se detuvo para respirar al parecer–, quiso que te recordara que ni siquiera él ve jamás las facturas que liquidan sus administradores.

–Por ahora sólo me preocupa el corazón, que está a punto de estallar, por lo que voy viendo y lo que me falta descubrir –realmente era un disparatado sueño, convertido en realidad–. ¿Vas a decirme que abra algún cajón en especial...?

–Bueno, ya que lo sugerís, el de ese escritorio tan rococó que te han puesto creo que guarda algunos papelorios interesantes –Jorge se lo señalaba a Silvia, que cumplía calladita, y le alcanzó una carpeta con su nombre, conteniendo la escritura que lo convertía en propietario de la vivienda, mas el boscoso terreno hasta la ribera del lago.

–¿Se van a arriesgar a visitarnos, o esperarán que se me pase?

–No osaríamos interrumpir tu luna de miel. Pero además, y por el bien de todos, habremos de esperar los tres. Porque mañana salimos para Mallorca a visitar mis..., bueno, digamos suegros. O sea que hasta fines de Enero... ¿Te alcanzará para bajar la adrenalina?

–No estoy seguro. Guardaré la justa para estrangularlos. Por favor, chicos, disfruten mucho, los voy a extrañar. Y de paso podrías pedirle perdón de mi parte a Enrique, por este robo a mano armada de su cabañita de pesca.

–No has leído bien los papeles, es una donación familiar en pleno. Andá a saber las mentiras que mi noviecito les contará a sus padres sobre vos, pero por lo visto te estiman como si fueras bueno. En serio, todo eso ya era tuyo, Jorge, nadie le ha dado tanta vida. Físicamente o no, siempre estaremos allí con vos. Cortemos, te lo ruego, voy a empezar a llorar como una boluda. Hasta la vuelta, Señor del bosque.

–Hasta entonces, cariño. Andá, llorá y abrazá por mí y por vos a aquel hijo de puta.

–Chau, no creo que necesités la misma recomendación con esa muñeca de... –el llanto y el click fueron simultáneos.

Silvia iba y venía fascinada por el recinto. Jorge abrió la puerta del baño, sólo para cerciorarse que también aquello era una instalación nueva, como la cocinita empotrada, la pileta y mesada, las alacenas, la cama, el refrigerador… Sólo dejaron aquellos sillones que amaba y la estufa a leña. Ella revisaba el contenido de heladera y armariada, informando que les habían dejado provisiones como para aguantar un largo asedio.

–Cambiá la cara, che. No te quejarás del regalito. Estaban tan entusiasmados… Yo, desde allá me entero de todo. Como mis gastos los cubre la Productora pasamos horas charlando por teléfono con el Sig.

Hace un mes que se pusieron con esto, cuando empezaste a levantar cabeza. Vení, acostate, han sido demasiadas emociones juntas.

–No sé si obedecer, insinuaste que me aguarda un largo asedio –se quitaba despacio la ropa, fingiendo tímidos temores.

–Es que escuché lo de la adrenalina –Silvia dejó sólo la luz baja de un velador, mientras se despojaba del short–, y pensé que tal vez te convendría quemar un poco. Para descansar mejor, claro –se abrió la camisa avanzando, y él hundió allí la cabeza–. ¡Uy, mi bebé tiene hambre! Haceme un lugarcito, cielo. ¿La adrenalina esa está muy…, alta? No, no hace falta que contestés, con la boca llena es de mala educación, y veo que sí. ¿Te importa que deje esa lucecita? Quiero verte cada vez que me despierte.

–Lo malo es que yo también te veré, y vos hasta dormida sos una provocación malsana.

–¿Dónde está lo malo...? Además creo que voy a dormir así, encima tuyo. No, eso no..., si intentás apartarme grito, te lo juro. Dejame que te aah…, dejá que te asedie. Mmm..., sí, mi amor, seguite defendiendo así de despacito. Y no parés de comer, que me encanta.

Imaginar la nada
parecía un lujoso juego
cuando creía
tenerlo todo.

Es duro despertar
mirarme las vacías manos
y descubrir que reinabas
en ese mundo sin asideros
reconocerme
en el transparente muñeco de trapo
que atravesó tantos días
en tus juegos
o quizás ninguno.

Saber del abismo.
La imparable caída
en el abismo.

En el amanecer de una noche gloriosamente agitada, no se atrevió a canturrear el cover que lo acompañaba desde que saltó de la cama. Bah, no fue propiamente un salto, sino un lento y subrepticio deslizarse esquivando el brazo que, tan dormido como su dueña, lo seguía intentando evitar el abandono. Levantó la mano, que había quedado colgando fuera del lecho, la besó y la apoyó sobre la almohada, cubriendo después a Silvia con la sábana, porque pensaba abrir las ventanas y que entraran gorjeos y olores a saludarlos. Con el mayor sigilo puso la pava y la plancha al fuego mientras iba cebando el mate. A pesar que Bruni les envolviera generosas porciones de torta cortajeó pequeñas rebanadas de pan. Enseguida el aliento de las tostadas se unía al más fresco de los pinos. "Mmm, no sé lo que estás haciendo, pero ya me gusta." Silvia, con los ojos semicerrados se había sentado en la cama. Jorge volvía a preguntarse por qué le resultaba tan atractiva desde siempre la figura de una mujer así, sosteniendo bajo las axilas el cobertor. Aunque tratándose de ella, hasta con una sotana lo distraería de lo que estuviera haciendo. Qué hermosa y tierna era. Toda su fogosidad se transformaba en algo mucho más bello tras el primer beso.

–Si preferís torta decilo. Porque estoy preparando un desayuno hispano-argentino. A los pancitos les pongo aceite y sal, es más sano y para mi gusto se conjugan perfectamente con los mates.

–Quiero lo que vos me des, Papi. Porque me atenderás aquí, ¿no?

–Por supuesto. Aunque dicho de esa forma suena un tanto incestuoso.

–Despreocupate, no me vas a pervertir. Yo ya viví una etapa incestuosa con mi hermano.

–¡Qué envidia! Me hubiera encantado tener una hermanita como vos.

–En cambio él lo que quería era un hermanito –Jorge tomaba el primer mate apoyado de espaldas contra la mesada, y ella hablaba muy despacio aún recostada sobre el almohadón–. Mis padres se lo habían anunciado cuando cumplía un año, pero aparecí yo. Digamos que, más allá de los comentarios y advertencias, eligió quedarse con la

primera versión. O sea que yo fui Sil a secas, suficientemente ambiguo como para que durante bastante tiempo resultara el compañero que deseaba. Vivíamos en Alta Gracia entonces. Pasarse el día jugando en el fondo, la calle, o los campitos aledaños, era normal y sin peligro para la patota de chicos del barrio. Yo uno más en la patota, te advierto. Y no es que tuviera dudas sobre mi sexo o me considerara un varón. Pero las cocinitas, las muñecas, y esa cosa de juntarnos a reparo meta risitas y tonterías, perdían puntos a lo loco con lo que disfrutaba jugando a las bolitas, tirando piedras, luchando a lo Sandokán, o pateando la pelota, que no lo hacía tan mal no vayás a creer. En los partidos a las cabecitas ganaba casi siempre. ¿Ah, a vos también te gustaba cabecear...? Es más difícil, pero cuando aprendés a ponerla donde querés, qué maravilla, ¿no? ¡Che, esto también es una maravilla! Tenés razón, la mezcla de sabores es rica y como energética. Sí, dale, pintame los labios como hacés vos con el aceite del plato. Pero ahora un besito resbaloso, antes que te refugiés de nuevo allá lejos. Mirá que sos arisco.

–Por la mañana, con los mates que me corresponden, lo que soy es independiente. Además no quería interrumpirte. Trataba de imaginarte en plan chico travieso.

–Más bien salvaje y mugriento. Mis Viejos hacían lo imposible por convencerme que por ahí no iba la cosa. Que era muy linda la camaradería y el compinchismo que tuvimos desde chiquitos con mi hermano, pero yo era una nena, y tendría que irme portando como tal. Se les quemaba el asunto, porque como ambos trabajaban yo tiraba los vestidos y polleritas, me calzaba unos pantalones como él y rajábamos al baldío, o agarrábamos la honda, las bicis, y nos íbamos a cazar torcazas o robar fruta en las quintas de los gringos. No hay comparación, para aventuras de infancia lo de ustedes es mucho más divertido. Y como mi hermano era medio capo de la barra nunca tuve problemas, ni se negaban a dejarme participar. Aparte, las pocas veces que aparecía alguno nuevo, o uno de ellos se retobaba conmigo, él me decía: Pegale un bollo, Sil. Y yo se lo calzaba de una nomás. Nada de cachetazos o empujones, una buena trompada, y si era en la nariz mejor. Acabada la discusión. Claro, me había enseñado a pelear y yo era una fiera. Calculá cuando ya de más grandes se metió a aprender karate, me anoté como un chumbazo y terminé cinturón negro, aunque él se cansó y abandonó al año. Gracias, sí, abrazada saben mucho

mejor. Y si me das el pancito en la boca ya es vicio. Enviciame, Papi. ¿Sos consciente del peligro…?

–¿Y vos sos consciente de la velocidad con que puedo saltar hasta allá? Ni soñés que me vas a dejar a medias con el relato.

–Bueno, de acuerdo, quedate y sigo: No pensés que tenía confusión de roles ni nada por el estilo. Ya te dije que me sabía mujer y pertenecía también a la barra de mis amigas, pero fue una niñez en la que saltaba de una a otra cosa según lo que me apeteciera más en cada momento. Claro, se cortó con lo que ahora considero como lógico, la llegada del desarrollo alrededor de los once años. Fui algo precoz para menstruar y para… Bueno, los pechos me crecieron en un mes. No te riás..., fue algo que no me esperaba. Ninguno lo esperábamos, y ya cualquier roce, cualquier encontronazo los incomodaba o me hacía daño, sin contar las miraditas y bromas. Así que lo acepté. Era el paso a otra edad y otra condición vital. Mi hermano se reía y me decía que qué le íbamos a hacer. Todavía compartíamos habitación, y yo venía apreciando un par de cosas extrañas en él. Una era que por las noches, después de apagar la luz, lo notaba tapado hasta la cabeza y con unas sacudidas y murmullos raros antes de dormirse. La otra, que me hacía gracia, la forma en que me espiaba al desvestirme y ponerme el camisón. Acostumbrada a que nos dijéramos todo le pregunté. Y respondió que lo que pasaba era que yo tenía unas tetas muy lindas. Entonces sonreí orgullosa y se las enseñé. Me pidió que se las dejara tocar, o besar, y cuando lo hizo bajó la mano y comenzó a masturbarse. Yo no sabía lo que era, aunque después me explicó que las chicas también lo hacían metiéndose el dedo. Cosa que probé y dejé enseguida, porque me parecía medio asqueroso, y no veía por ningún lado la cosquilla que él lograba. Ahora, su miembro sí que me pareció algo nuevo y atractivo. Mil veces había visto orinar a los otros chicos, que por tenerme como a uno más no se cuidaban. Pero aquel pajarito que nos diferenciaba no era más que eso, algo que ellos tenían y yo no. En cambio aquello, que a él se le hacía grande y duro al masajearlo, era otra cosa. Deduje que me llamaba la atención como a él mis pechos. Máxime cuando al final le venía el gustito como él decía, y soltaba aquella especie de leche, derrumbándose a dormir del placer. Imaginate, a la segunda vez puse como condición que si él me tocaba yo también. "Pero vos no sabés hacerlo." "Enseñame, entonces." O sea que él me chupeteaba y acariciaba y yo lo masturbaba. Supongo

que por la inexperiencia, y lo contentos que estábamos los dos, con esa continuación de nuestros juegos y la complicidad, lo mantuvimos así. Ni a él se le ocurrió tocar mi sexo, ni a mí besar o chupar el suyo. Lo recuerdo como un placer, sin nada más por mi parte que no fuera la satisfacción de darle lo que en esos momentos ansiaba, y la felicidad de que casi siempre me dijera al final, cuando cada uno se despedía hacia su cama: "Gracias, Sil, tenés los pechitos más ricos del mundo, y lo otro lo hacés tan bien..." Me dormía chocha, pensando que al fin y al cabo él no debía saber si había otros más ricos, pero sí estaba segura que lo que yo le hacía, apretándolo con ganas, estaría muy bien, porque a veces le saltaban las gotitas por todos lados y teníamos que limpiar. También eso se acabó, claro, porque se puso de noviecito con la Chuny, una de mis amigas, y me explicó que sería traicionarla. Era y sigue siendo muy bueno y muy serio mi hermano. Calculé que con la Chuny se juntaban más cosas, y también que ambos estarían probando gustos nuevos. Poco después ya tuvo su habitación aparte y, salvo bromas que hacemos recordándolo no hubo ni necesitamos nunca nada más. Se casó con la Chuny, más vale, ya te dije que va en serio siempre. Y la otra noche, bastante chupaditos todos, en un aparte ella se mataba de risa, porque evidentemente él se lo había contado: "Calculen que éste ahora declarara a los de la revista Gente que te comía las lolas y vos le hacías pajas. Tapa a todo color de Silvia Planas y su hermano el degenerado. Cacho de escandalazo, Nena."

–No sé a vos, cariño, pero a mí me han dado unas ganas repentinas de correr hasta el lago y pegarme un chapuzón –Jorge evitaba mostrarse de perfil mientras sacaba dos toallones del baño–. ¿Te anotás?

–Con vos me anoto a un bombardeo. ¿Hace falta que busque la malla?

–Ahí abajo estamos solos y es temprano –le tiró el toallón más grande–. Lo que prefieras.

–Eso te lo cuento cuando salgamos más frescos. Porque no podía dejar de imaginar lo que habría pasado con vos como hermanito.

Unas horas después andaban cruzando las barrancas y montes que bordean el lago. Silvia, adueñada de sus pantaloncitos cortos, se los puso por encima de una malla enteriza. Él cargaba un bolso con fruta y el sombrero que le regalara Graciela.

–¿Para qué ese sombrero? El sol está divino, todavía no pega tan fuerte.

–Siempre me han gustado, y las gorras también. Pero en este caso lo traigo para que te lo encasquetés, con el pelo recogido, si nos cruzamos con alguien. Es imposible que no te miren, pero sumado a los lentes y la cabeza un poco agachada… No creo que en las filmaciones permitieran que te cubrieras.

–No, lo intenté alguna vez por cambiar un poco, y siempre se negaron.

–Normal, aunque una suerte ahora. Si además aflojás los hombros, y caminás como si estuvieras cansada, la famosa rubia desaparece.

–¿De dónde sacás tantas cosas?

–De acá –se pegaba con un dedo en la frente.

–Sabés muy bien lo que te estoy preguntando. Y tampoco te voy a creer el próximo esquive.

–No hace falta que creás nada. Con que me des bola es suficiente.

–Eso sí responde por completo a lo que deseaba saber. Debés haberlo repetido infinidad de veces. Y no soy tan indiscreta como para continuar buscando. Empecé a sospecharlo cuando dirigías al grupo en los desfiles.

–Me reafirmo constantemente en que sos una rubia peligrosa.

–Pero tu favorita. ¿O no...?

–Ahora más que antes.

–Intentaré mantenerme. Decime una cosa: ¿De verdad no viste la película?

–No, lo siento. Y la serie tampoco. Ni tengo ni quiero televisión. Te prefiero en vivo.

–De eso ya no albergo dudas. Y artísticamente no te has perdido nada. Lo decía porque la bikini que usé es la de la noche que nos conocimos. Me la quedé y pensé que captarías el guiño, ese pequeño homenaje.

–Bueno, creo que la hubiera reconocido. Pasé miedo esa vez, ¿sabés?

–Te parecerá extraño, pero yo no. Claudia ya me había hablado de vos. Y cuando nos contó, toda excitada, que estabas ahí, en cada pasada te relojeaba. ¿Vos sabés cómo mirás?

–De pedo sé lo que veo. Y ojo con las espinitas esas –señalando unas hierbas que ella apartaba–, que después arden.

–Ya..., las espinitas. Fue una pregunta estúpida. Y decirte lo nerviosa y lo caliente que me pusiste, supongo que también lo sería.

–¡Nena..., esa sí que es una espinita retroactiva!

–¿Y por qué te creés que me enloquecí y bailaba de esa forma? Pero no, aunque noté cómo se ponían los tipos no tuve ningún miedo. ¿Sabés qué sentía? Que si se armaba lío habrías saltado a defenderme. Que, espalda contra espalda, hubiéramos tumbado a todo el Club.

–Mucha confianza la tuya. Sí, estaba con los nervios de punta y supongo que habría intervenido, pero esos gringos me achuraban y a vos...

–No hablés macanas. Si algo aprendí de chica, y luego en un par de situaciones sonsas, es que los hombres son puro pedo y arranque. Si te ven segura, y ya les has metido la primera en la nariz, se van al mazo.

–Según qué situación y según qué hombres. Pero acepto la sorpresa si esa piña se las calza la supuesta muñeca inflable.

–¡Gracias por el símil, me subís la autoestima! –Silvia abría la boca en o fija y separaba los brazos como si fuera de goma. Realmente era divertida y muy buena representando.

–Haceme de nuevo eso cuando volvamos, y te desinflo.

–¿Me lo prometés...? –tuvo que pegarle un cachete en el culo para que volviera a caminar normal–. A ver, sí, es cierto que entonces me rayé un poco, fue como una intuición de esto que ahora me da tanta seguridad a tu lado, algo muy raro. Pero cuando el Sig me contó el remazo que armaste a la salida del Night-club aquel el año pasado, comprendí que no me había equivocado. ¡Qué bronca tenía! Si hubiera demorado cinco minutos antes de irme...

–Definitivamente sos salvaje en serio vos, eh.

–Ponele, cosas que te quedan por haber sido tan muchachera. Y quizás un exceso de confianza por saberme defender. Pero es que me violenta, me jode la prepotencia, la estupidez de los que no saben jugar. Piden, como vos decías, la muñeca inflable, que provoquemos, y entonces reaccionan como animales ofendidos.

–Es una mezcla de temor y deseo.

–¿Pero por qué el temor?

–Porque a mayor atracción más miedo de no ser capaces de satisfacerlas, mantener el rasgo de predador invencible.

–Borremos el verso de víctima y depredador, o sexo débil y sexo fuerte. ¿Quién puede estar seguro de darle al otro lo que necesita? Al fin y al cabo ese es el juego del amor. Explorar, irse conociendo, aprender juntos. Hasta en la relación de una sola noche debería ser así. Ya sé que me harán fama de comehombres, pero te juro que huyo de esas experiencias. ¿Qué les pasa a los tipos...?

–Lo mismo que a las mujeres. A todos nos robaron la naturalidad, y nos marcaron esos roles puro verso que mencionaste recién. ¿Cómo jugar de verdad, si te imponen la mentira? Tomá, ponételo que viene gente –le alcanzaba el sombrero y un par de mandarinas.

–No veo a nadie –de todas formas obedeció recogiéndose el pelo.

–He escuchado ruido por allá arriba. Si aparecen ponete a pelarlas, te ayudará a no levantar la cabeza.

Silvia volvió a pensar en la increíble cantidad de detalles que manejaba, por inmerso que estuviera en otras cosas. Funcionaba como un animal perseguido. O no, era mejor que eso: Quizás como el animal libre que todos éramos, antes que nos civilizaran con el miedo y las mentiras. Porque su olfato y su oído no lo habían engañado. Un grupo de gente joven descendía hacia ellos, y por la actividad sugerida todo se limitó a saludos y alguna mirada aprobatoria. Cuando se perdían en dirección al lago, Jorge dobló hacia la arboleda indicándole que ya podían volver, no era conveniente pasarse de esfuerzo en el primer día. Atacaron la fruta hasta vaciar el bolso. Ella se colgó el sombrero a la espalda y le preguntó si no tendría algún fútbol allá. Tenía ganas de jugar a más cosas con él. Lo desafiaba, diciendo que en media hora de deporte se conoce más a alguien que charlando un año entero. Jorge aprobaba sonriendo. No sabía si encontrarían alguna pelota en el chalet de Marcelo, sin embargo elementos de tenis seguro que sí, y una cancha de cemento al lado de la piscina.

–¡Genial, me encanta el tenis! En Buenos Aires juego dos o tres mañanas a la semana.

–Trataré de hacerte de sparring. No es un deporte que pueda permitirme seguido. Pero como mantenimiento y diversión me parece ideal.

–¡Te voy a destrozar...! Ya que tenés todo pensado, ¿qué pasa con el que gane?

–Prepara la cena.

–¿Y el otro...?

–Se la come.

–¿A quien la prepara?

–¡Oh, santos de la raqueta, me olvidé con quien estoy! Pero, de todas formas... Bueno, creo que sigue sin importarme el tanteador. ¡No, no –ella saltaba y gritaba vivas–, te juro que no quise decir eso que estás pensando!

Los días transcurrían en una cámara acolchada de alegría y compañerismo. Silvia al igual que él se negaba a mirar el reloj. Con mucha más serenidad de la esperada confesaba cuánto extrañaría esas vacaciones tan especiales. Aunque amenazaba con repetirlas cada vez que sus compromisos se lo permitieran. Era consciente de estar viviendo en lo profesional el pico más alto, y que lo único que la mantendría en ese mundo al mermar el globo de la novedad, podría ser un crecimiento actoral, o proyectos realmente interesantes. Claudia y ella habían hablado mucho sobre esto, coincidiendo en aprovechar la oportunidad con calma, administrando seriamente lo ganado para retirarse en el momento justo, y establecerse por su cuenta lejos de aquella locura. Reconocía lo atractivo que resultaba y las afortunadas circunstancias, el maravilloso juego de representar y además verse en lo realizado, las explosiones del ego con el lisonjero sucedáneo de la fama. No obstante, y por la experiencia ganada en las pasarelas, esto último habían conseguido ponerlo en su lugar. A ninguna de las dos las satisfacía ya esa continuada obligación de asistir a todas las fiestas convenientes, estrenos, funciones, entrevistas, sesiones de fotos y demás. De acuerdo, formaban parte del negocio y había que hacerlo. Pero su negocio –sonreía al nombrarlo así– era vivirlo como una oportuna inversión sin dejarse devorar por el sube y baja, retornando después a lo que verdaderamente les gustaba.

Le contó que Claudia se hallaba aún de gira por Europa, reclamada por los modistos más prestigiosos y las revistas especializadas. Pero paralelamente realizaba todos los cursos que podía sobre técnicas alternativas de curación y masajes terapéuticos. Lo que antes fuera un proyecto común apenas esbozado iba tomando forma. En conversaciones un tanto delirantes soñaban con montar un gabinete de sicología –a cargo de Silvia–, y el tratamiento físico de las tensiones y problemas en la salita de al lado, con Claudia en esas funciones. Incluso se prometieron –y Jorge la escuchaba fascinado– controlar el número de pacientes en el cupo justo que no las estresara. Resultaba increíble que personas como ellas, en un medio donde reina la trivialidad, y generalmente devora a sus protagonistas, fueran

capaces de establecer y mantener semejante ubicuidad de miras. Se alegraba por las dos y por la suerte de haberlas conocido. Dentro del caudal de frustraciones y desengaños un oleaje refrescante. Claro que Silvia le complicaba la expresada admiración: "¿Acaso te creés que en esa suerte no has intervenido? Claudia te atribuye a vos el punto de partida de sus reflexiones sobre todo esto. A las compañeras nos contaba cómo te conoció, y la extrañeza que la descolocó ante la postura y las razones con que rechazaste a aquel promotor de la Capital. Un cantante jovencito al que le ofrecían el oro y el moro en Buenos Aires, diciendo que sin su grupo no iba a ninguna parte, y mucho menos a cantar lo que le ordenaran. Obviando otras cuestiones, que también nos detallaba en demasía, las conversaciones con vos la marcaron, y yo de puro envidiosa supongo que me quedé con algo."

Jorge prefería atribuirse sólo el papel de pajarito casual, que quizás hubiera despertado con sus trinos lo que ya existía. Ella lo acusaba de modestia boba, y le metía una andanada de besos como para que dijera que sí a lo que fuera. Mimoseo que a veces los revoltijaba, y otras los impulsaba a acciones físicas menos pecaminosas. Sirva como ejemplo lo realizado en casa de Marcelo, donde hallaron bolas y raquetas de tenis, pero tanto la pista como la pileta en un estado total de abandono. Su sorpresa fue que Silvia reaccionara en el mismo sentido, inmediatamente dispuesta a solucionarlo. Se pasaron esa tarde hablando de mil cosas, mientras limpiaban y llenaban la piscina, barriendo y recogiendo después en tachos el mundo de hojas y ramas secas que colapsaba la cancha. También ella cambiaba de mano el rastrillo, o alternaba el tipo de flexiones al amontonar y guardar, convirtiendo el imprescindible trabajo en parte de la preparación física. Que serviría para el día siguiente, porque acabaron cuando bajaba el sol. Y se la veía cansada, sudorosa, pero encantada de compartir lo que se les cruzara. Había mucho más en esa mujercita de lo que su tópica y explotada imagen difundía.

Cuando volvían de la mano hacia la cabaña ella le hizo notar que un perro los venía siguiendo.

–Es el Ringo, un viejo amigo de alguna casa de esta urbanización, que nos debe haber escuchado allá. Hace un año que nos conocimos y pensé que me habría olvidado. Calculo que no se acerca

más por vos. Yo le conté que a lo mejor volvía con una rubiecita, pero habrá captado el matiz diferencial, es muy inteligente –ella se volvió hacia el picho y palmeándose los muslos lo llamó. Con lo cual, y tras lametear a ambos, los acompañó de lo más saltarín.

–Ya es amigo mío también. Ahora, con respecto a lo otro, te aclaro que prefería no tocar el tema de Graciela a menos que vos lo sacaras, por si te molestaba.

–Te lo agradezco. Estas fechas hasta en las buenas épocas me han deprimido. Y no estoy en una de las mejores. Comprendí que me ayudarías a estacionar en Pringles ese monográfico, que a mí me sirve pero conviene dejarlo reposar. No, la generosidad de las vacaciones que me has regalado superan con mucho lo imaginado al verte llegar. Estoy tan lleno de lo que ambos vamos generando y descubriendo, que no puedo ni quiero pensar en nada más hasta que te vayas. Es muy linda esta nueva amistad, tan libre y tan completa.

–Es que me extrañó comprobar que no habías traído tus papeles ni escribías. Sentía un poco de culpa.

–No, mi amor, culpas no. Fue mi decisión venir acá y abrir este paréntesis. Todo proceso tiene sus etapas. Es posible, ya te dije, que el mío precisara de una así. Y vos la estás convirtiendo en una relectura externa de lo que siempre deseé. Seguime contagiando, por favor. Sos un virus benigno que está poniendo en marcha mis apalizadas defensas.

–Si se trata de eso preparate, porque a mí la fiebre, ya habrás notado, me sube a cada rato. Más vale que de verdad tengás muchas defensas.

Era el tono que los rodeaba día y noche. Jugaban horas por las mañanas al tenis, bañándose y descansando después en la piscina. O colgaban un par de hamacas al lado de la cabaña, leyendo y dormitando a la siesta. El perro debió acostumbrarse a los nuevos horarios, y en lugar de arañar la puerta temprano aparecía por allá a primera hora de la tarde. También habían encontrado un balón de vóley, ideal según ella por ser más liviano que los de fútbol. Así que se turnaban para patear y atajar, o lo mantenían de uno a otro en el aire cabeceando. Cosa que volvía loco al Ringo pugnando por participar. El pobre debía pensar que esos putos malabaristas lo hacían a propósito para impedir que se las quitara, y arremetía a saltos contra ellos logrando que a veces se les

cayera. Momento en que debían perseguirlo, porque aunque no conseguía atraparla en la boca por el tamaño, se la llevaba empujando entre los árboles. Al final los tres se perdían circunvalando el lago, y el nuevo paseante comprensivamente repartía jugueteos y requerimientos, con el fin de evitarles celos o cansarlos. Los seguía incluso cuando nadaban cada tanto, y si la pelota se iba al agua competía con ellos en buscarla. Se supone que Jorge y él, por caballerosidad, dejaban ganar las más de las veces a Silvia. Sin embargo las energías de la semidesnuda amazona nos hacen dudar. Los amos del perro se preguntarían a dónde iría aquel loco para retornar así de exhausto por la noche.

Oscuras horas en que la incansable pareja bajaba a retozar y filosofar tras la cena, en la estrecha playita de sus dominios. Se decían que el Paraíso debió ser algo más o menos así. Estela había mencionado una luna de miel. ¿Acaso ese florecimiento, de una relación sin ataduras ni promesas, no sería la luna de miel de la libre y verdadera amistad entre dos personas que se quieren? Misteriosamente a ninguno de los dos los apenó la llegada del último día. Estaban tan bien que sólo se trataba del paso del tiempo. Sus vidas continuaban, y sabían que dado el caso cualquiera de ellos correría a buscar al otro si lo necesitaba. No, no son cosas que sucedan con frecuencia, pero ellos lo encontraron y supieron aprovecharlo.

El único pedido de Silvia fue que se despidieran de Carlos Paz con un paseo por la ciudad y la invitara a tomar algo allí. Confiaba en que supieran cómo pasar inadvertidos, y si no tampoco le importaba. Así que se prepararon para cumplimentar una pareja de turistas normal. Ella eligió una blusa prudente y un traje oscuro de chaqueta y pantalón. Entregada como en las habituales sesiones de maquillaje se mordía por dentro, pero no hizo la menor pregunta. Jorge le acomodó y retocó su peluca negra, sombreó también las cejas, y con un par de líneas en los labios los disminuyó increíblemente. Sólo le costó colocarse los lentes de contacto casi negros, porque jamás los había usado de ningún tipo. Bueno, una vez que aprendió sólo sería como llevar gafas de sol por la noche. Él apenas variaba al omitir su ropa vaquera, sin embargo...

–Che, esa campera de cuero... No, no, esperá, los pantalones y la camisa también. ¿No es la ropa que llevabas en Río Cuarto?

–Elemental, Señorita Watson. Cuando abra mi oficina de Detective Privado creo que la buscaré como ayudante. ¿O te pensás que sos la única que hace guiños y homenajes al pasado?

–¿De verdad vas a hacer eso...? –la mención detectivesca le había transformado los ojos en faroles–. ¡Seríamos mejores que Mike Hammer! Avisame y dejo la consulta de sicología.

–¿Por qué...? Es cuestión de minimizar la clientela como ustedes planeaban. Además nos los pasaríamos por turno, atención integral, ¿no te parece?

Tuvo que jurarle repetidas veces que sólo se había tratado de una broma, sospechando que aquella chiflada llamaría de inmediato a Claudia para entusiasmarla con el anexo. Realmente la pareja que daba vueltas entre el bullicio de la ciudad serrana, chupeteando golosamente sus respectivos helados, era apenas una más en plena temporada vacacional. Silvia insistía en que le mostrara lo que había sido su teatro de operaciones cuando tenía el grupo de rock. A pesar que Jorge se lo advirtiera, la frustró esa casona familiar donde años atrás estuviera el Night-club. Para compensar la llevó a la Confitería Central, escenario en que se conocieron con Claudia. Hizo el pedido y buscaron la mesa de entonces, sentándola a ella en el mismo sitio.

–En el respaldo de tu silla estaba la camperita de flecos que le afané para actuar. Reconstrucción completa. Mirá que sos fetiche. Y no creás que no me di cuenta cuando te guardaste mi pantaloncito de fútbol.

Silvia bajó la cabeza avergonzada, porque la camiseta con el diez también. Aunque recordaba haberlo hecho mientras él rebuscaba de espaldas en aquel maletín de donde sacara las lentillas. No obstante le diría que su ojo trasero funcionaba perfectamente, así que lo desestimó. El mozo acababa de traer el baldecito de hielo con la botella de vino blanco y las copas. Jorge accedió a narrar las especiales circunstancias de aquella noche. Ella escuchaba y asentía satisfecha, pero aclaró que prefería la versión mucho más glamurosa y mágica de su amiga. Brindaron por la magia que los reuniera, abandonándose a una charla relajada que Silvia interrumpió de repente con un carraspeo, indicando que el camuflaje parecía no haber sido suficiente. Hacía rato que una mujer joven los observaba desde la barra, y por

fin se había decidido y avanzaba hacia ellos. Jorge, sin volverse, la tranquilizó.

–No pasa nada. En todo caso le firmás el autógrafo, pidiendo que no te denuncie –ella asintió, conviniendo que sería lo mejor. La intrusa se detuvo en medio de ambos con gesto de fingida sorpresa.

–¿Jorge..., sos vos? ¡Qué elegante y churro estás!

–¡Nunci, querida, qué alegría verte! –comprendió que los caprichos de la fama ya no respetaban nada–. Vos también estás espléndida.

–Callate, adulón, no sabés lo que me costó quitarme esos kilos –se le reían de contento hasta las pestañas–. Muy linda la maternidad, pero... ¿Interrumpo algo, es tu...?

–No, es mi médica, estamos de sesión libre –hizo señas al mozo para que trajera otra copa–. Sentate y acompañanos. La Doctora Celia Palmieri, Nunci..., bueno, un apellido bien gringo también, que nunca recuerdo.

–Encantada, Doctora –más que mirarla la radiografiaba–. ¿Pero qué es eso que dijo éste de las sesiones?

–Soy Sicóloga, y estoy haciendo un trabajo sobre la dependencia afectiva de los hombres en las relaciones íntimas. Una paciente y amiga me recomendó a Jorge, porque atravesaba una severa fase depresiva. Alternamos lugares abiertos, para que se vaya soltando sin sentir presión. Es como devolverle al sicoanálisis su factor conversacional –esa chica era un portento, acababa de improvisar a la velocidad de la luz, y en un tono grave que además distaría millas de la reconocible voz televisiva.

–Es verdad –Nunci lo miraba compungida–, me enteré que estabas a punto de casarte y se pudrió todo. Aunque no te veo tan destrozado. Tenga cuidado Celia, este Señor es de los que se recuperan rápido. Por lo pronto ha elegido muy bien con quien curarse.

–Yo no elegí nada, che –ya que le tocaba el papel de víctima lo cumpliría–. Soy el ratoncito blanco con que esta bella mujer experimenta.

–¡Pobre..., el ratoncito con el que todas queríamos jugar! Y vos te dejabas querer, decí la verdad.

–Perdonen –intervino Silvia con seriedad profesional–, pero ahora soy yo la que se ha perdido. ¿Qué significa todas? ¿Ustedes dos eran novios?

–Noo..., su novia era una viuda millonaria que vivía acá. Y le daba soga con las fans, supongo que para tenerlo calmado. Aunque, si le soy sincera, aquella mujer era un minón. La aborrecíamos.

–Jorge –la Doctora lo miraba un tanto enojada–, supongo que esta historia me la tendrás que contar bien. Porque es posible que rastreemos sus efectos en tu proceso actual.

–Como usted quiera, Celia. Lo que pasa es que yo era muy joven, y fue una época bastante loca. Además...

–Mirá Celia –Nunci ya la tuteaba, convencida de la complicidad que las unía– sí que era muy loco y muy lindo todo. Imaginate, rock and roll, el cantante que nos queríamos comer a pedacitos, dieciséis años... ¡Qué querés!

–Y entonces... –se ve que Silvia ya no podía contenerse y rompió a reír– sacaban número para llevárselo a la cama.

–¡Ojalá...! –Jorge se anotó al despiporre– Podría contarle de una que me metía al vivero del padre en el fondo de la casa –Nunci lloraba de la risa y pidió que le volviera a llenar la copa–. No sabe la vergüenza, con el pelo de los dos lleno de hierbajos, y nos encontramos con la hermana que entraba a guardar su moto.

–¡Sí, desgraciado..., te voy a dar yo vergüenza! ¡Y a ella también! –Silvia giró la cabeza sorprendida–. No, hablo de mi hermanita, que era una india motorizada. Yo, de puro boluda y por hacer algo le pedí que lo llevara hasta lo de Mirta, la novia esa o lo que fuera, que sí se lo manyaba a fuego lento, por evitarle demoras y problemas. ¿A que ya sabe lo que pasó...? –Silvia negaba apretando las quijadas–. Pues que hubo parada técnica, y desde entonces Estela y su paciente huían en moto, vaya a saber dónde, en cuanto acababan las actuaciones. Bah, una que otra vez le ganábamos de mano. Pero estos dos se habían agarrado un enganchón que todavía les dura.

–No exagerés, Gringa. Aquello fue hace años. Ha pasado el tiempo y ella es muy feliz ahora con Marcelo –a pesar de las lentillas el brillo de los ojos de Silvia fulguraba, probablemente montando imágenes y frases de la noche del asado.

–Mirá, de vos no puedo asegurarlo, pero ella es mi hermana menor y la conozco de sobra, aparte que lo reconoce. Sólo te pido que la tratés bien, no la hagás sufrir. Le envidio la pareja tan sensata y genial que han armado. Ojalá los demás nos animáramos a ser tan libres. ¿Sabés que han viajado a España, no?

–Sí, me lo habían comentado.

–Bueno, te lo digo en serio, no la rechacés. Por encima de todo vos seguirás siendo el amor de su vida –se volvió hacia Silvia–. Es lo malo de este infeliz, no hay forma de olvidarlo. Por eso te dije que tuvieras cuidado. Puta, entre lo que chupé antes y este vino empiezo a soltar más sonseras que de costumbre. Dame un beso, muñecón –le calzó un morreo que no había alcohol que lo excusara–. Los dejo con su..., terapia. Y, por cierto, Celia, ¿vos has vivido en Carlos Paz? –ella nuevamente negaba con la cabeza–. Porque creía haberte visto, o a lo mejor me recordás a alguien. Nada, che, no me den bola, los dejo en paz. Pásenlo bien, chicos.

–Se tomó su tiempo para el besito la tetuda –con humor pero bramaba Silvia, siguiéndola con los ojos mientras salía del bar–. ¿Viste dónde te los ponía...? Sí, ya sé que los habrás tenido mucho más a mano como quien dice –Jorge cabeceaba ahogado de la risa–. ¡No, no quiero saber nada más de la Anunciatta esta! Jodete con los nombres que les ponen los italianos a sus hijas. Será por eso que les crecen tanto en compensación las... ¡Acabala con las risitas, querés!

–Bueno, a la otra la llamaron Estela. ¿No es tan feo, no? Ni anda exhibiendo particularidades.

–Seguime provocando nomás. Yo subyugada con la cándida Estelita, y resulta que continúa sacando turno. Me los estoy imaginando en la moto y me agarra una cosa... –él cerraba los ojos extasiado–. ¡O sea que sí, lo hacían en la moto! Claro, ella dejaba resbalar hacia atrás ese culito, vos bien agarrado para no caerte, frenada de golpe y... Y ya no hay tiempo para alquilar una acá, pero no, esa no te la perdono.

La caminata de regreso a la cabaña fue una algarada de bromas, amenazas, y reconvenciones. Jorge asegurándole que no había vuelto a haber nada entre ellos. Que serían fiebres de la Nunci y las trasladaba. Silvia reconociendo que al fin y al cabo quién era ella para amonestarlos. Pásenlo bien, chicos, copiémosle a la hermana. ¿Pero cómo se quitaba la obsesión que le había agarrado con la moto...? No, no hubo manera de evitar la bajada hasta la playita, donde ella recordaba un tronco caído que cumpliría el símil erótico. Hasta el ronroneo del motor tuvo que imitar él, para que la reconstrucción resultara exacta y complaciente. Arduo trabajo el de sus amores y terapias con la muy motivada Doctora. Al amanecer desayunaron sin

haber casi dormido. Encontraron a Sigfrido en el Aeropuerto, donde ella tuvo que resignarse al asalto, porque hubo de renunciar a todo disfraz. La resignación de Jorge se refería al intenso odio suscitado con los asistentes a la fervorosa despedida. Cuando Sigfrido lo dejó en Pringles notó que aún flotaba en aquella isla construida con su rubia favorita. Bienvenido otra vez al mar bravío, se dijo. También en las tormentas, o sólo después de ellas, encontraremos el horizonte. Se miró atenta y apreciativamente en el espejo. De acuerdo, te ha hecho bien el tenis y todo ese ejercicio. A seguir remando Ulises, ya aparecerá tu Itaca.

Las consideraciones expuestas a Silvia no respondían al deseo de halagarla. En las jornadas de trabajo a su regreso el efecto beneficioso era evidente. Notaba mayor claridad, aunque difusa todavía, dentro del meditativo ensimismamiento, y también una elasticidad armónica para ese salir y entrar que el resto de actividades pedían. Ciertamente era más anímico que otra cosa, sabía que no debía confiarse en ese repentino cambio de perspectiva. No tenía el resultado, la cifra exacta del problema en las manos. Sin embargo sí la capacidad de enfrentarlo con la tranquilidad de una partida sin plazos perentorios, un juego no siempre divertido que se iría definiendo por sí solo. Para evitar tropezones o saltos a destiempo optó por mantener, sobre todo exteriormente, la misma carcaza protectora. Se acercaban hechos que despejarían dudas tontas y casilleros inútiles.

Prácticamente estaba acabada la pintura mural externa y una primera mano de las aberturas. Hizo que entre tanto llevaran a la terraza un par de caballetes, porque deseaba probar con cuidado las rayas transversales y el perfilado sobre una puerta, antes de darlo por bueno y extenderlo al resto. Pero primero se puso a ayudarles en el parchado y preparado de las paredes dañadas de zaguán y living. En plena tarea llegó Amadeo –tan serio y Pater Noster como siempre– retándolo porque parecía olvidarse que a la mañana siguiente saldrían para Villa Dolores. Intentó calmarlo asegurando que ya tenía listo el equipaje. Pero la bronca del otro era porque se había enterado que a la noche iría a cenar con el Escribano.

–Negrito, fuiste vos quien me recomendó que lo tratara muy bien.

–Mirá, Jorge... –buscaba armar un espacio elocuente en la pausa–. No sé si te conviene ir a esa cena. Lo noté demasiado entusiasmado.

–¿Y qué querés que haga...? Mañana se vence el plazo del alquiler de Enero –se volvió hacia sus ayudantes–. ¿Ariel, la Negra y vos tienen el dinero para pagarlo?

–¿De dónde vamos a...?

–¡Ya está! –lo cortó con la mano en alto–. Entiendo que es un

no. Y tampoco creo que vos, Amadeo, me vayás a solucionar eso. Así que ya veré cómo me las arreglo. ¿A qué hora sale el avión?

–A las diez de la mañana –el rostro del Negro se tintaba de rojo.

–Muy bien, allá estaré. Andá nomás y despreocupate. Lo que tenga que ser será. Permiso, me voy a laburar arriba, comprenderás que necesito pensar a solas.

Silvestre, Camargo, y el Flaco, pegaban la nariz a las reparaciones. Amadeo, tras unos minutos de indecisión, se marchó sin saludar siquiera. En cuanto se cerró la puerta Carlitos giró hacia los otros dos.

–Che, esto es una mierda. No me gusta un carajo el mambo en que se va a meter Jorge.

–Es grandecito ya, ¿no...? –Ariel volvía a la pose irónica sobre el manoseado tema–. Él sabrá por qué lo hace –Silvestre apretando la espátula lo encaró.

–¡Y vos también lo sabés! La Sultana y vos lo han mandado al frente. Iban a compartir el alquiler un mes cada uno.

–Dejate de joder, Carlitos, no tenemos un mango.

–¿Y cómo hacen entonces para andar de bares todas las noches? Sí, ya sé: Vos con lo que les sacás a tus Viejos y tus hermanos. Y la Negra con sus visitas día por medio al Armenio, donde además carga la maconia para consumir y trapichear. Yo no me chupo el dedo, Ariel. Con la cuarta parte de lo que les pasa por las manos habrían cumplido por lo menos con un mes. Se están aprovechando de la bondad y la paciencia de este otro.

–Yo no me meto con la guita que maneje Sully. Ella sabrá. Y al fin y al cabo el dueño de casa es él.

–Es al pedo. De tanto andar como un perro atrás de ella le has copiado esa forma de no contestar nunca, escapando por cualquier lado. No hace falta que lo digás, el boludo soy yo.

–Bueno..., lo cierto es que te estás metiendo en lo que no te importa. Tendrías que dejar que cada cual se arregle con sus problemas. Yo, por lo pronto, no veo que sea tan grave.

–No, claro... Mientras otros los mantengan viven de arriba. Que se jodan los boludos. Sí, tenés razón, me he metido donde no debo, y estoy evitando problemas necesarios –Silvestre soltó las herramientas

y buscó su ropa–. Lo siento Ricardo, vos hacé lo que quieras, pero me parece que les estamos engordando el culo a dos hijos de puta.

–¡Ojo con lo que decís! –se envaró Ariel.

–Mejor que tengás ojo vos, porque un poquito más que me suba la espuma y no te va a conocer ni tu madre.

–Calmate, Carlitos –el Flaco lo había entendido, y volvía a lijar como si la cosa no fuera con él, pero por si acaso Camargo se interpuso–. Estamos ayudándole a Jorge.

–Me parece que no. Y de todas formas él conmigo podrá contar siempre. Pensalo bien, lo que hicimos es que no se notara tanto el desprecio de los chantas que aloja gratis. Mi segunda boludez fue quererlo hacer recapacitar a éste. Alguien que, pudiendo tener un amigo como Jorge, prefiere ser el cómplice de la otra bosta. A mí, mientras estén estos dos acá, no me ven más. Si alguna vez me encuentro con Jorge seguro que lo entenderá. Es un buenudo, pero chapa la realidad mucho mejor que todos nosotros juntos. Chau, Ricardo, y cuidate.

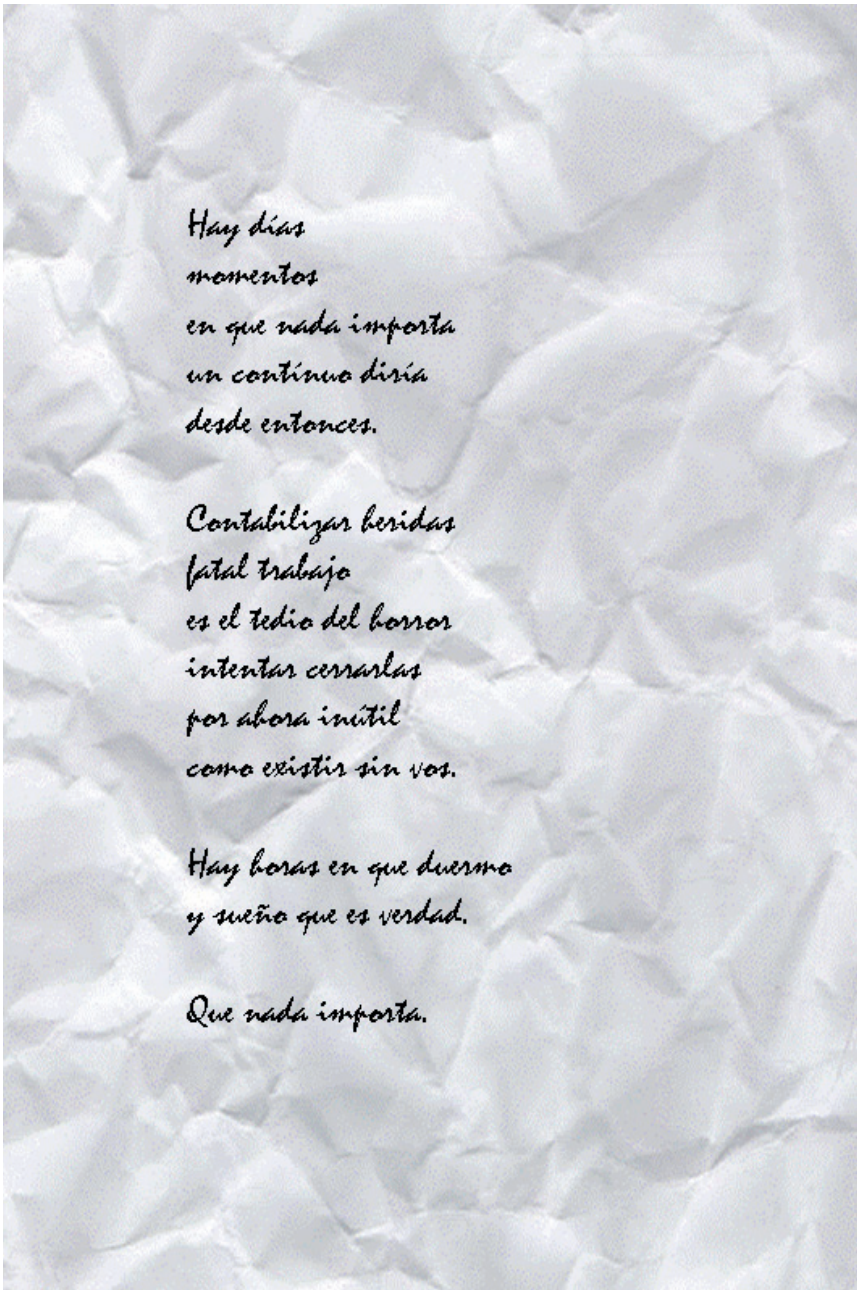
Tras su partida Ariel entró a rezongar, pero Ricardo le dijo que se callara porque no estaba tan desencaminado lo del otro. Además Jorge los llamaba para que opinaran sobre lo hecho. Por supuesto, Ariel lo alababa como suprema obra de arte. Ricardo aprobaba el resultado, afirmando que se encargaría de hacerlo en todas las otras, e ir liquidando lo que faltaba. No iba a conocer la casa cuando volviera de Villa Dolores. Lo dejaron que se dedicara al aseo personal y los preparativos. La Sultana acababa de llegar de uno de sus paseos, así que clamaron por mate y algo que masticar, previendo que tampoco volverían a ver las bolsas de comida nocturna. Noticia que, bien mechada de imaginativos agregados, fue transmitida de inmediato por el anteojudo. Ricardo se dedicaba a acopiar, mirando el techo de la cocina que no estaba finalizado. No obstante ella, que ya venía con los ojos a media asta, se lanzó por bulerías.

–Lo de siempre, no sé por qué te extrañás. Es más fácil echarnos a nosotros la culpa de todo. Fundamentalmente a mí, la mala de la película. Como soy pobre y morocha me tocó ese numerito. Vos, porque no te acordás de lo que pasaba en El Desván. Si venían periodistas, fotógrafos, entrevistas, filmaciones, o la cena en la revista que trabajabas, me daban una patada en el culo y Jorge por aquí, Jorge por allá. Yo no existo. Fijate lo que le habría costado al asqueroso

del Amadeo incluirme en este viaje. Con la cantidad de personajotes importantes que habrá, mas todas las comilonas y chupe a gogó. Decime si Jorge lo insinuó siquiera, sabiendo cuánto me gustaría.

–Pará el carro, Negra, no lo metás a Jorge ahí –sin mayor aspereza, pero Ricardo la señalaba–. En ninguna de las cosas que has dicho tuvo nada que ver. En todo caso puteá y protestale a quienes deciden. Y a lo mejor te explican las causas, que seguramente no querrás oír. El Congreso de Villa Dolores es de poetas, y vos sos versera pero no poeta. Jorge sí lo es. Y nos consta que no le pidió a nadie que leyera siquiera lo que escribe. Es Amadeo quien anda atrás de su poesía. Y de él, por supuesto. Pero tampoco podemos culparlo de eso digo yo. ¿Por qué no le armás todo este drama a tu amiga del alma y el cuerpo, la Amalia Ruderman? Esa es poeta y seguro que estará allá porque no se pierde una. Andate ahora mismo a buscarla, se pegan una buena lengüeteada, y después le pedís que te lleve. Imaginate la alegría que le darías al puto Negro cuando se encontraran en las recepciones.

Inútil precisar que, a pesar de la mala leche en el gesto, no hubo respuesta. A menos que se tomara como eso el feroz abandono de la cocina. Ricardo continuó él los mates, comentando irónico que en una de esas se iba a intentar lo de la Amalia. El oscilante chupamedias le reía la gracia, empeñado también con los pancitos y galletas que quedaban. Jorge, aparentemente ajeno a lo sucedido y el mar de fondo, entró a tomar uno y enseguida se fue a terminar de arreglarse. Más allá de su poderosa intuición –es difícil creer que hubiera previsto lo de Silvestre–, lo cierto es que avanzaban hechos y se movían piezas en las casillas. La siguiente, y sí considerada, fue la presencia de Elías llamando a la puerta. No lo hizo esperar, estrechó su mano y partieron. Ariel y Sully murmuraban tras la ventanita, espiando la charla por el pasillo mientras se dirigían al coche y la cena prometida en su honor.



Hay días
momentos
en que nada importa
un continuo diría
desde entonces.

Contabilizar heridas
fatal trabajo
es el tedio del horror
intentar cerrarlas
por ahora inútil
como existir sin vos.

Hay horas en que duermo
y sueño que es verdad.

Que nada importa.

Diez menos cuarto de la mañana, Aeropuerto de Pajas Blancas, hilera de estacionamiento, del auto de Sigfrido descienden éste, la Sultana, y Ricardo y Ariel cargando los dos bolsos de Jorge. A quien ven salir unos metros más adelante del coche del Escribano. Elías lo abraza, le desea suerte, y apenas los saluda porque están esperándolo en el Despacho. También alza el brazo hacia Amadeo, ebúrnea y tempranera esfinge en la puerta del Edificio Central. Rápida gestión del trámite por los pasajeros, y grupo en marcha hasta la baja alambrada que ahora los separa. Pocas palabras, más bien casi ninguna. Sully agradecida de haber traído los lentes de sol porque le cuesta mantener los ojos abiertos, y el martilleo doloroso en la cabeza no le ayuda a comprender qué está haciendo a esa hora de la madrugada allí. Junta con esfuerzo retazos quizás precisos: Si ha venido con él es que durmió allá. Parpadeo de sorpresa, o peor, confirmación que... Sin embargo Jorge se le está acercando con algo que saca del bolsillo interior de la campera. Inconfundible, es un fajo de billetes, que enrolla y apunta a metérselo por el escote. No obstante duda, parece pensárselo mejor, y se lo da al Sig que está al lado, pidiéndole que ya que los llevará de vuelta a casa vaya acompañado de ella, conocedora de dónde vive la dueña, y pague el alquiler.

Cabeceo aprobatorio del Arquitecto, miradas basculantes de los otros, particularmente la Negra, que ahora tiene problemas para mantener secos los ojos. De todas formas han puesto la escalerita rodante, y los bardos bracean antes de atravesar la puerta del aparato. El estruendo de las hélices del destartalado cuatrimotor del ejército, que cubriría el recorrido en esa zona de las sierras, tapan cualquier cosa que se dijera o gritara. Jorge pensó que un par de días atrás cumplía sus veinticuatro años, pero el armatoste ese le llevaría diez por lo menos. Cruzó los dedos rogando que ambos continuaran festejando aniversarios. Después de los tirones y sacudidas del despegue, con el periódico y los zumos que les alcanzó la azafata, Amadeo le preguntó si aquel dinero se lo había dado Elías. El encogimiento de hombros sugería un sí. El Negro hizo una mueca, como si estuviera demasiado amarga la bebida, y se puso a mirar por la ventanilla.

Evidentemente su compañero, casi cubierto por el diario, no daba la impresión de querer contar ni explicar nada. No había nada que contar. La realidad era mentira. Hablar de lo sucedido no la alteraría. Sólo él sabía que ya en el viaje al Cerro de las Rosas guardaba aquella cantidad en sus bolsillos. Tampoco serviría mencionar, pasado el susto, la conducción suicida de su anfitrión. Sí sería un dato interesante, como lo fue para él, la reacción que le provocó. Si su agasajador estaba nervioso por la imaginada perspectiva, o ya había empinado el codo para ponerse a tono, o ambas cosas aparentemente, él no tenía ganas de beneficiar a los camilleros con esa guita cuando levantaran su cadáver en cualquier esquina tras el choque. Por lo tanto sacó cuentas: Lo habían visto salir con él de Pringles. O sea que podía quedarse por ahí dando vueltas, meterse a un cine, volver bien tarde. El resultado que buscaba se daría igual.

–Escuchame, Elías, eso que hay en la próxima esquina es un semáforo en rojo. Agradecería que te detuvieras, así tengo tiempo de bajarme –por supuesto, el otro paró junto al cordón alzando las dos manos asustado–. No, querido, el que está cagado soy yo. Ni por una cena con Marilyn me arriesgaría de esta forma. No sé qué te pasa a vos en cuanto te ponés al volante, pero si querés que siga hasta tu casa conducís decentemente o salto en marcha. ¿Lo has entendido, no...? ¿Preferís que me vaya ahora?

Sólo a pie habrían hecho más lento el camino. Tuvo tiempo el cuidadoso conductor de pergeñar una reseña que Hércules u Odiseo habrían envidiado. Lejos de ofenderse o recapacitar ante la radical postura de su efebo, le había servido para reafirmarse en el extraordinario ejemplar de hombre que llevaba al lado. Sí, a Jorge también le daba vergüenza escucharlo. No obstante, mientras se olvidara de zigzaguear a lo loco y cruzar las bocacalles como si estuvieran solos en la ciudad, podía soltar todas las pelotudeces que quisiera. Por lo visto, y no sabía con qué datos, había confeccionado su carta astral. En realidad, el pormenorizado escrutinio no distaba demasiado de la retahíla de sandeces seudo esotéricas lanzadas la noche que se conocieron. Pasaba de ángel a gigante, de Ave Fénix a Profeta de las letras... En resumen, mejor obviarlo, desfilaba como un centauro por todas las mitologías, sin desdeñar la encarnación en la joven promesa que ahora habitaba. Dedujo que preguntar qué

promesas se hacía interiormente aquel no sería oportuno dentro del auto. Aparte de la extrañeza que le causó verlo parar delante de un bar en plena Rafael Núñez. "Por favor, esperame un ratito acá y consumí lo que quieras. Voy primero a acostar a mi madre, para que cenemos tranquilos. Enseguida vuelvo."

Era el Monza, un boliche de gente tuerca, con las banquetas y mesas erguidas sobre resortes, ejes, y diferenciales. Las paredes tapizadas en un acolchado de bratina negra. Pidió una cerveza y la mezcló con naranja. El morocho del mostrador lo relojeaba. Calculó que estarían acostumbrados a atender los elegidos que dejaba allí mientras acomodaba el nidito de amor. Por suerte el volumen de la música no permitía escuchar lo que hablaba con los mozos. De todas formas la biaba astrológica todavía le retumbaba. Ya que dedicaban tanto tiempo y estudio, ¿por qué no consultaban si el objeto de sus afanes les daría bola...? Dime, Círculo Mágico: ¿Le gustaré en slip y pantuflas? ¿Además de las mujeres le atraen los maricones viejos? No, Jorgito, parala con eso. Les importa un carajo lo que vos podás pensar o sentir. Cada uno teje, con lo que tiene más a mano, la telaraña en que confían enredarte. El mareo de los elogios, la cena con velas, el vino, y oh, ¿me dejás que toque eso? ¿Preferís que vayamos a mi habitación? Pobre tipo. ¿Cuál de los dos...? Al fin y al cabo su telaraña consistía en aceptar una invitación a cenar, dejar que pasara convenientemente el tiempo, y exhibir delante de aquellas basuras el supuesto acto consumado. No pretendés hacerle daño, pero también lo estás utilizando. Sólo que sabés que, en el improbable caso que surgiera una limpia amistad, después se lo contarías y tal vez sonrieran juntos. Autoconsolado el buen chico.

Poco después entraban casi en puntas de pie al parque de la lujosa casona. El sigilo y las recomendaciones le provocaron la sensación de estarse colando allí con la sirvienta, aprovechando el descanso de los Señores. A ver si al final era un bluff y trabajaba allí de Mayordomo. Si daban la vuelta al espacioso jardín, entraban por la cocina, y le preparaba en amoroso silencio un sabroso sándwich de pavita, regado con el vino sobrante de la cena. Lo malo sería cuando más tarde quisiera introducirlo subrepticiamente en su cuartucho bajo la escalera. Mas no, éste, dentro de sus precauciones, parecía

un Mayordomo audaz: Puerta principal, corredor alfombrado. La mesa estaba servida en el comedor, con labrada cubertería y copas de Murano. Luz tenue, bandejas de plata tapadas, el vino en una canastita de mimbre y arropado en su servilleta. Poco acostumbrado, pero no echó a faltar nada.

Contradictoria mentira. Extrañaba los delirios nigrománticos ante el quizás protocolario cambio de conversación, tan tópico y desabrido como los entrantes. Una descripción, en voz grave y baja, de su trabajo. La monotonía insalvable de repetir cien veces por día las mismas fórmulas, el tedioso articulado y las preguntas rituales. Jorge trató de recordarle que era su profesión. Y él contestaba que sí, lo que había estudiado, reconociendo lo bien remunerado y la posición social que le daba. No obstante hacía mucho que sólo veía pasar los años, aburridos y grises, intentando saber qué había hecho con su vida. Qué había hecho para llamarla vida. Las imágenes del coche le volvieron, porque ya en aquellos momentos notó algo así. Dedujo, como en tantos otros casos, que alguien lanzado al abismo de esa forma, sólo podía estar buscando que le sucediera algo por fin. Sin precisarlo hasta ese punto es de lo que quejosamente hablaba. No, corrigió su primera impresión, al fin y al cabo esta vertiente era mucho más honesta que la telaraña. Propiciaba un acercamiento humano, daba pie a opinar y discutir, encaminarlo con preguntas hacia eso que se conoce como amistad. Intentar ayudarlo a encontrar, aunque fuera en pequeños giros, caminos, actividades realmente personales que lo rescataran. Se alegró ante la posibilidad de aportar algo, despertarlo un poco, contagiarle esperanzas. Pero fue otro despertar lo que les cayó encima.

Comprendió de repente lo que Elías había tratado de evitar y temía. La irrupción fantasmal de la madre, que a Jorge lo paralizó de frío, hasta que logró reaccionar y aflojar la quijada para sacarse el tenedor de entre los dientes. Fantasmal por lo inesperado de su entrada, por el ridículo vestido largo que no terminaba de cubrirle el camisón, y por el exagerado maquillaje que la convertía en una arrugada y semidespeinada muñeca de cera. Con el terrorífico final del aperitivo, la anciana se había ataviado para el banquete del que su hijo la excluía. Protestaba por esto, mientras acercaba su sillón a un extremo de la mesa. Costaba entenderla, porque mezclaba sus

reproches con fragmentadas historias de su Praga natal. Devuelta a su lugar, servía los platos narrando las persecuciones de la guerra, el horror de aquellas jornadas amontonadas con el hambre y el miedo. Apuntaba sus cubiertos hacia el hombre que agachaba la cabeza, discurriendo de lejanos pasaportes, de barcos atestados y un niño escuálido en brazos. De los sacrificios que le había costado mantener los estudios de Elí, lo tímido y enfermizo que fuera siempre. Superponiendo a las historias quejas porque no la sacaba nunca ni le presentaba sus amistades. Lo enojada que estaba, ya que le había hecho preparar toda esa cena y luego le mintió. La mandó a acostar, con la excusa de una llamada telefónica en que le avisaban de ciertos inconvenientes y que no vendría nadie.

El Escribano probó a agarrarla de un brazo y llevarla de regreso a su habitación. Pero la Vieja empezó a gritar que tenía hambre, y que además ya le había dicho que no le gustaba que trajera desconocidos a casa. Que no pensaba moverse de allí, dejando que les robaran los cubiertos y las estatuitas. Siempre se aprovechaban de él para eso, y para sacarle dinero. Porque era muy tonto y a la única que trataba mal era a su madre. Jorge, disimulando su incomodidad se levantó hacia el tocadiscos, quizás un poco de música... Elías, al verlo abandonar la silla se abalanzó, pero a mitad de camino detuvo el ademán tembloroso de las manos y retornó a decirle algo en voz baja a la anciana, que negaba con la cabeza y se aferraba al sillón. Al sentarse otra vez el invitado ambos lo aguardaban frente a sus platos. Ella, algo más serena, explicaba la confección de esa salsa de verduras, removiéndola con un cucharón brillante de mango torneado. Jorge atrajo la botella, y antes de servirse le preguntó galante si quería. El otro, tenso el cuello y los ojos muy abiertos, hizo señas de que no. Sin embargo la mujer se le había adelantado aprobando, porque en ocasiones como esa hacía una excepción y tomaba un poco. Nuevas advertencias y discusiones.

El violín de Isaac Stern parecía provenir de la casa vecina. Un Nocturno de Chopin bastante conocido. Sin embargo Jorge, por matizar el ambiente, le preguntó al otro si sabía el título de la composición. La cara del Escribano osciló, hasta descubrir que el aparato se hallaba en funcionamiento. Evidentemente una consulta sobre la latitud polar

de San Francisco no lo habría hallado más desprevenido. Inició un movimiento como para ir a buscar la carátula, pero una vez de pie se apoyó en el respaldo de la silla y volvió a sentarse, observando a Jorge con la fijeza de un búho. "No..., no sé de quién es. Creo que es un disco que me regalaron. ¿Mmm, vos...?" Por suerte los interrumpió la madre, que dirigiéndose al extraño recomendaba que no le pusiera tanta mayonesa a las chauchas porque de noche le caería mal. A su hijo siempre le hacía mal la mayonesa de noche. El otro intervino preguntándole si no le molestaba la ausencia de carne en el menú. Esa mañana no había conseguido la que quería, y por la tarde ya no tuvo tiempo de comprar. Jorge fingió extrañarse ante el comentario como si no hubiera notado la falta, pasando a elogiar la ensalada por la delicada mezcla de sabores. Con lo cual Elías lo invitó a servirse más porque la había hecho él especialmente. Esto zafándose de la madre que le tironeaba de la manga, repitiendo que no se le ocurriera comprar carne. Ya le había dicho que en esas fechas, al menos en su casa no. Él le sostuvo la mano, cubriéndola cariñosamente con las suyas para calmarla, y explicándole en un tono muy suave que ese muchacho era un poeta joven de grandes valores. Que escribía de una forma sublime, y después, si ella quería les leería algo. "¿No es cierto...?" Amplió la presentación recordando una frase que le quedó grabada, y de la cual quizás él pudiera revelar el significado y cómo le surgiera. Sin embargo la anciana, al ver que el poeta se servía más ensalada, levantó el tarro de mayonesa y se lo llevaba a la cocina.

El Escribano casi tiró la silla al perseguirla. La alcanzó un poco antes de la puerta y la trajo de vuelta, abrazándola e insistiendo en la importancia del visitante y la belleza de sus creaciones. Ellos eran de un Pueblo muy sensible a la belleza. La madre hasta hacía unos años pintaba en sus ratos libres, y muy bien por cierto. Ya le enseñarían algunos de sus cuadritos. Sin dejar de perorar, ni rodearla amorosamente mientras recuperaban sus lugares en la mesa, le devolvía la mayonesa al más grande de los escritores jóvenes del País. Éste, conmovido por el gesto, se ofreció a leerles algo si lo deseaban. Llegados a ese punto, con sólo una insinuación se habría mandado un salto mortal desde el aparador, bailado el pericón, o se pondría a realizar malabarismos con la fruta. No tenían más que pedirlo. Total, el riesgo de salirse de tono era inexistente. Pero por lo visto él

también lo era como animador. La Vieja había saltado de las verduras al panorama de penurias sufridas antes, durante, y después de la guerra. No había vuelto nunca, ni quería volver a aquel infierno. A ella no le iban a hacer creer que las cosas habían cambiado. Esta tierra sí que era buena, aunque la gente no se la merecía. Todos tan vagos y tan sinvergüenzas, nadie quiere trabajar. "¿Usted en qué trabaja?" Sorprendido, inició un gesto impreciso. El otro tenía el cuello y las sienes mojadas de transpiración. En la calva se le acentuaba la grasitud enrojecida. Tras la disputa de la mayonesa el largo mechón de cobertura se le despeinó como la otra noche, y colgaba deshilachado y gris junto a la oreja izquierda.

"Elí debería casarse, ¿no cree...? Yo le he dicho mil veces que ya tiene edad suficiente. No pensará que le voy a durar toda la vida. Y una mujer en la casa siempre hace falta." "Cierto, che. ¿Por qué no te has casado todavía?" Captaba la crueldad de seguirle semejante juego a la madre, pero algo debía decir y ahí valía todo. "Mamá, usted sabe que no puede comer crema chantilly, deje eso." "¿Ve...? Me persigue y no me deja hacer nada. Antes no era así. La culpa es de esas amistades que tiene, siempre aprovechándose de él. Y son tan torpes... Usted parece distinto. ¿Es verdad que escribe?" "No le hagás caso, no sabe lo que dice. Mire la hora que es, Mamá, y todavía levantada. ¿Qué preferís, Jorge, té o café? Yo voy a tomar té, por el estómago, ¿sabés?" "Si estuviera su padre todo sería muy distinto. Pero él no pudo acompañarnos aquella noche, y después de la guerra no volvimos a tener noticias." El automático del tocadiscos no funcionaba bien y la púa llevaba rato arrastrando sin que lo hubieran advertido. Ahora se estaban peleando por la cantidad de azúcar. Jorge se levantó a solucionar lo del aparato y preguntó dónde estaba el baño, necesitaba respirar. Aún pudo escuchar a la anciana retomando advertencias sobre las estatuitas de marfil y los cubiertos.

Cuando regresó no estaba ninguno de los dos. Sintió la tentación de guardarse algunas cucharas en el bolso, o la parejita de Mandarines. Revolviendo su café encendió un cigarrillo. Desde adentro llegaban las voces confundidas en un solo susurro, y de vez en cuando algo como un gemido, o quizás los muelles de la cama. Luego nada más y una puerta que cerraban con llave. Lo imaginó retocándose la

fachada y armando explicaciones y disculpas. Pero cuando apareció estaba igual. Incluso algo más pálido y aplastado. Lo acompañó en silencio hasta los mullidos sillones, junto al ventanal que daba al jardín. No parecía tener fuerzas ni siquiera para la intrascendente charla de antes. Él, por darle un pie, le preguntó cuántos años tenía la madre. Respondió que creía que iba a cumplir ochenta y cinco, volviendo a caer en un mutismo absoluto. Daba vueltas sin cesar a una cajita de fósforos que había en la mesita baja y en la que tenía perdida la mirada.

–Elías, vos no estás bien y lo comprendo. ¿Qué te parece si me llevás a casa? A mi vuelta tendremos mejores oportunidades de charlar –el otro alzó en etapas la cabeza con los ojos enrojecidos.

–Ni siquiera puedo hacer eso. En esta situación no me atrevo a dejar sola a mi madre, y es tan tarde que ni taxis encontrarás ya. No entiendo lo que ha sucedido, creo que he hecho todo tan mal... –tiritaba de excitación y miedo–. Perdoname, te suplico que no pensés mal. Podés quedarte y dormir en la habitación de huéspedes –lo miró como dispuesto a arrodillarse para que le creyera–. Te juro que nadie te va a molestar para nada. Sí, sé que me he portado como un estúpido, y vos sos tan distinto a lo que...

–No hace falta que te torturés, ni que empecés de nuevo a ponerme alitas y discos radiantes en la coronilla. Intento ser buena persona, pero ni de lejos todo eso que me otorgás.

–Pero es lo que veo. Desde que te conocí me siento confundido. Tratá de comprenderme –se retorcía las manos balbuceando–, no sé explicarlo ni hacerme disculpar. He echado todo a perder.

–Mirá Elías, salvo lo tarado que te ponés conduciendo no hay nada que disculpar. Tenemos gustos distintos, cosa que no debe interferir en la amistad. Despejemos malentendidos. Si de verdad creés que soy inteligente sabrás que no he venido engañado. Confié en que charlando relajados podríamos aclararlo y punto.

–Sí..., supongo que durante la cena... Pero ya viste cómo se desarrolló todo, y lo absurda que resulta ahora cualquier explicación. ¿De verdad sabías que yo...?

–Digamos que lo intuía. Y no elijo a mis amigos por su rol sexual, postura ideológica, o coeficiente intelectual. Y mucho menos –hizo girar el brazo señalando la casa– por el hecho de que sean ricos

o pobres. No quiero –se lanzó a reír– ni tus cucharitas de plata ni tu dinero.

–¡No, esperá, olvidate de lo que dijo mi madre! –había estrujado de tal forma la caja de fósforos que sembró el piso con ellos–. Pero quisiera ayudarte. Lo que contaban la otra noche sobre la mala época que están pasando, y que se les venía encima el alquiler...

–A ver che, igual que hace un rato tu madre dijo cosas que vos no hubieras mencionado, aquellos boludos hicieron algo similar. De acuerdo, yo arrastro una bolsa de problemas, pero el económico es el menor y no me importa. No suelo trasladar la responsabilidad de mis decisiones o conductas a los amigos. Así que te agradezco, pero no volvás a sacar ese tema. Hay un favor que sí me podés hacer. ¿Me dejás usar el teléfono?

–Por supuesto. ¿Pero a esta hora?

–Mis sufridas amistades saben lo inoportuno que suelo ser. Tengo que avisarle a uno de ellos para que pase por casa y me lleve los bolsos al aeropuerto. El avión sale a las diez.

–Despreocupate, te acercaré yo con tiempo. A las siete de la mañana viene la asistenta que se encarga de Mamá y la casa. Le dejaré una nota para que nos despierte a esa hora con el desayuno preparado. Hablá tranquilo, voy a calentarme el té. ¿Te traigo café? –Jorge afirmó camino del teléfono, adivinando la puteada que le largaría Sigfrido.

Hasta que acabó con las instrucciones y bromas mutuas, el otro, con las tazas humeantes sobre la mesita, repasaba concentrado la carpeta de poemas. Se quedaron aún bastante rato, hablando y pormenorizando sobre los escritos, con frecuentes intermedios sobre la vida de cada uno. El milagro de las tormentas dicen que es la calma que las sucede. El desayuno fue más claro y limpio todavía. Difícil predecir cuánto quedaría de aquello. No obstante ambos parecían sensatamente satisfechos del encuentro, a pesar del tumultuoso comienzo. Y la despedida en el aeropuerto dejó, como en las buenas películas, un amable final abierto. Ahora la azafata acababa de indicarles que se fueran ajustando los cinturones, porque de un momento a otro aterrizarían.

Una mañana radiante, los oídos buscando desalojar el zumbido, aire nuevo en los pulmones. Un apretón de manos. Sumido

en sus recuentos creyó volver a la despedida, pero se trataba de un recibimiento. La voz de Amadeo lo situó del todo en el pequeño aeropuerto de Villa Dolores, y le informaba que ese Señor era Fernández Alvar, el Organizador del Congreso de Poetas.

Amadeo creyó conveniente irlo relacionando con la gente de allí para que asistiera más relajado al evento. Por eso, y de acuerdo con Fernández Alvar, arribaron un par de días antes. Perfecto pensó él, más vacaciones. La casa del pueblo de Adelaida Burgos Zopetti, aquella abuela de la Sade, estaba abandonada y totalmente vacía. También prefirieron eso a un hotel, o tener que adaptarse al funcionamiento de quien los alojara. Además era como estar en Pringles, porque tampoco tenía luz. Traían velas, y de inmediato pegaron una buena barrida, abriendo puertas y ventanas para ventilar. La hija del Jefazo los acercó hasta allí en coche, y tras revisar aquella desolación hizo otro viaje con una amiga, trayendo colchonetas, sábanas, almohadas, y una serie de utensilios que consideraron imprescindibles. Algo rellenita pero linda mina, Gloria los seguía empeñada en ayudar. La ex-compañera de estudios, que llegó a visitarla en el mismo avión de ellos, también, aunque menos alborotadora y simpática. Se llamaba María Teresa, trabajaba como Secretaria en un Juzgado de Córdoba, delgada y con anteojos. No hay fotos.

Bromeando incrédulas ante la felicidad con que se instalaban, avisaron que volverían más tarde porque las comidas las harían en su casa. Cordialidad, buena atención, y un clima espléndido. Todo lo demás se había quedado del otro lado de las montañas. Ya solos, en cuanto acabaron la limpieza salieron a inspeccionar el fondo, un terreno inmenso con frutales que sobrevivían a duras penas, entre los viejos surcos de la quinta cubierta ahora de maleza. El Negro andaba juntando higos y moras en una de las cacerolas prestadas. Jorge encontró una lona que desplegó sobre la alta gramilla, y logró conectar la manguera colgada en la tapia. Se desnudaron, refrescándose como chicos bajo el chorro grueso de la improvisada ducha, y se tendieron al sol hasta que los gritos y las palmas de las chicas los despertaron.

Aquello no difería demasiado de otros pueblos serranos. Quizás más grande y menos turístico, por suerte, con una bien delimitada división entre la zona de los chalets y el Centro, antiguo y señorial. A dos cuadras de la plaza estaba el hogar de los Fernández

Alvar. Avisados de su presencia compartieron mesa con el núcleo de organizadores y Peretti, el más famoso poeta de allí según Amadeo. Tras las presentaciones y aclaraciones de rigor la charla se centró en lo literario. Jorge, como sucedería a lo largo del Congreso, mientras el Negro se hallara cerca podía limitarse a un par de gestos o alguna frase corta. Nadie parecía extrañarse, y además cuando preguntaban sólo estaban esperando el hueco para lanzar su discurso y opiniones. Conocedor de su mentor y de la arraigada costumbre de esa gente, vivida ya en las tertulias de Córdoba o el Desván, supo que no le costaría nada mantener su papel de jovencito tímido y callado. También como en aquellas ocasiones, en tanto se trataba de problemática creativa, estilos, nombres, distintos gustos y autores preferidos, disfrutaba escuchando o tomando nota de lecturas convenientes.

Sin embargo, aunque interesante e instructiva, la conversación derivó a los postres hacia las dificultades que entrañaba organizar y mantener un simposio nacional de aquella naturaleza. La lucha con otras ciudades y provincias por conservar la sede, las pugnas de distintas facciones, incluso dentro de la Sociedad de Escritores, enfrentamientos intestinos manipulados y dirigidos buscando desgastarlos. Más allá de la comprensible preocupación tras diez años de estarlo realizando, notó cómo se caía en política y comadreo, sacando a relucir nombres e historias personales que desconocía, o prevenciones sobre algunos de los participantes que acudirían. Las siempre miserables y pequeñas intrigas de cuartel, en las que el Negro participaba de lleno. Dedujo que el adelantamiento de fechas también respondía a eso, y no le gustaba hallarse en medio. A dos días de abrir el Encuentro, y en lugar de centrarse en los resultados humanos y literarios que arrojara, se discutían las influencias a mover para el nombramiento oficial de Villa Dolores como Capital Nacional de la Poesía. Convertirla en eso por la limpieza y calidad con que se hiciera, no figuraba en el orden del día. Las actitudes, los intereses en juego, eran de cualquier tipo menos literarios. Maldita la gracia que le hacía seguir allí. Sólo pensaba en cómo escapar de esa ridícula reunión de pequeños conspiradores en el domicilio del caudillejo regional.

Notó esperanzado cómo uno de ellos, que curiosamente apenas intervenía, le hacía un gesto con las cejas en dirección a la puerta,

donde habían aparecido las chicas y también lo miraban. El tipo era casi el único que no se había presentado con dos apellidos, caprichosa modalidad que le llamó la atención desde que llegara. Muy por el contrario, había dicho que él era el Turco Bajle, un médico aficionado a las letras pero sin pretensiones. Y que como era grandote y con voz de trueno, lo metieron de prepo a Relaciones Públicas y Presentador Oficial de los actos. Ya entonces le agradó por su humor y campechanía, tan desmarcada de las poses circundantes. Gloria se había acercado a cuchichear con el padre, que sonriendo aprobaba, y acto seguido pidió a Bajle que las acompañara, porque deseaban salvar a ese pobre chico de asuntos tan serios pero tan aburridos. Ya tendría tiempo de unirse al ejército local, pero ahora se lo llevarían a conocer la loca vida de la Ciudad. Inútil reseñar la candidez avergonzada con que se dejó arrastrar el muchachito, que respetuosamente saludó y las siguió con obedientes pasos.

Nada más salir le preguntaron si había traído malla. Les contestó que sí, pero estaba con su equipaje. Rajaron para allá, dejando a Bajle en su domicilio para que hiciera lo mismo, y poco después se hallaban en el río tendidos a la sombra de los sauces. Tanto Gloria como el Turco le tomaban el pelo, por la expresión de velorio resignado que se le había puesto allá. "Digerilo con filosofía. Para mi Viejo y la mayoría de aquellas personas lo que hacen es muy importante. Tal vez lo vean como lo más importante que harán en sus vidas. Laburaban y politiqueaban todo el año en pos de esa semana de protagonismo. Si la perdían, después de una década sintiéndose los pioneros culturales del centro del País, se quedarían vacíos y aplastados, tendrían que retornar a la mediocre existencia de pueblo que creían superada. Discutible, ya sé, pero no es más que eso. Y es cierto que el presupuesto logrado de la Municipalidad ni siquiera les alcanza para el alojamiento de los participantes. El resto sale de unos pocos anunciantes y sus propios bolsillos. Qué querés, son felices a su manera. Algún día imprimirían –o eso les han prometido– una antología de los Encuentros, con la introducción histórica que los nombrará, y además sus poemas figurarían junto a los de dos o tres monstruos consagrados con quienes saldrían en la foto."

–Estos dos hacen buena pareja –le decía después el Turco a Gloria, señalando a Jorge y María Teresa que en la orilla tanteaban

el agua–. A tu amiga tampoco hay manera de sacarle una palabra ni con sacacorchos.

–Es más rara que un perro verde la Tere. Sin embargo la noté excitada cuando les llevamos las cosas allá, aparte que enseguida se quitó los lentes y los enterró en el bolso. Y te aclaro que no ve un carajo sin ellos. Se me hace que no era por el Negro.

–¿Vos has visto que se le separe más de diez centímetros? Será ciega y muda, pero no boluda. A lo mejor por señas se entienden.

–Tampoco sé qué decirte de él. Puede que esté nervioso. Es su primera vez en algo así. Pero tendrías que haberlo visto cuando llegamos a mediodía. Pasó derechito a la cocina, a ofrecerle a mi Vieja esa olla con higos y moras que habían juntado. Le metió dos besos, creo que es costumbre gallega, y entró a preguntarle cosas sobre las empanadas que estaba friendo. La dejó flancito. Tené en cuenta que fue ella quien nos sugirió que lo rescatáramos del mitin. No paraba de decirme lo buen mozo y tiernito que era.

–¡Están hablando de mí...! –le informaba a su sombra, llegada tan silenciosamente como él.

–De mi mamá en realidad, buscándome novio.

–No, che, para mí los amigos, aunque recientes son intocables. Jamás le escupiría el asado a este Señor –Gloria miraba asustada al Turco, éste a Jorge, y María Teresa a los tres.

–Creo que lo prefiero callado –reaccionó Bajle–. Dame el dato que a nosotros se nos escapa, porque me has dejado...

–El dato es que soy un infeliz que capta, muerto de envidia, cualquier onda de felicidad por oculta que esté. Y ustedes dos irradian eso, con lo cual después uno va sumando detallitos y... Pero no, olvídense, con lo ocupada que está la gente en lo que cree importante, no se pueden fijar en algo tan intrascendente como el amor. Eso lo buscan en el diccionario de sinónimos cuando hacen poesía.

–No quiero leer lo que escribís, me da miedo –dijo Gloria, algo más tranquila en su desconcierto.

–A mí también. No obstante lo necesito para superarlo.

–De lo otro ya hablaremos, dejá que nos baje el caldo que acabás de mover –Bajle, pensativo y prudente–. No obstante, con los años que llevo en este tinglado, sos el primer nuevito que habla y se comporta así. Decime una cosa: ¿Por qué has venido?

–No lo sé... Porque Amadeo me tenía las bolas de sombrero. Porque, hundido en mis confrontaciones me dejo llevar, a la espera de esas casualidades que a veces te iluminan el rincón descuidado. Ya saben, ese despertar repentino que tras horas, o meses de rebotar contra la misma pared, te entrega la solución. Por curiosidad, también. Y me refiero a la de descubrir qué pueda hacer yo con lo no previsto ni buscado.

–Sí, sí..., cualquier cosa, menos tus poemas. ¿No venís a mostrarlos?

–No. No los he escrito como eso, ni para eso. Sería feliz de volverme tan ignorado y desconocido como llegué.

–Lo siento, pero esa parte ya la perdiste. El Negro se ha encargado, y lo seguirá haciendo, de que todos conozcamos tu historia. ¿Sí o no, Gloria...?

–En colores –ella asentía sonriendo–. Y, según le agarra, también en blanco y negro. Descuidate y nos pasará la versión en dibujos animados.

–Yo, el gato que se lleva todos los tortazos, o el coyote bizco.

–El coyote no era bizco –contribución puntual de María Teresa.

–Porque ese no estaba enamorado, sólo se quería comer su presa.

–Sos un caso complicado, che –el Turco se levantó y tiró de él–. Creo que tenemos mucho de qué hablar. Pero eso después, iremos a cenar y bailar a las afueras. Ahora vamos a bañarnos, por lo menos yo necesito refrescar las ideas.

Jugaron con una pelota de plástico en el río, nadaron, y remolonearon en la orilla, antes de ir cada uno a cambiarse a su casa. Evidentemente ellos dos tenían lugares alejados para sus encuentros. Al que fueron reunía en un corto espacio el Restaurante y el Hotel con Night-club abajo. Durante la cena le contaron cómo estaba el asunto. Llevaban casi un año de relación. O sea que hablar sólo de una explosión momentánea no tenía sentido. Se querían y necesitaban cada vez más. Proyectaban con verdadera ilusión irse a vivir juntos. Y claro, ahí es donde se amontonaban los nudos. Él estaba casado y con dos hijos. Reconocía que su esposa era una buena mujer, a la que no podía culpar de ninguna forma por aquello. Más que desgaste en su pareja, lo que había era la sorpresa, la complementación hallada

con Gloria. ¿Cómo asumirlo, como vivir esa realidad sin hacerle daño a nadie? Aparte que a ninguno de los dos les gustaba la idea de irse de Villa Dolores. Era su mundo, su familia, sus amigos, toda su historia personal estaba allí. Pero imaginate a mi Viejo, decía Gloria, totalmente desprestigiado ante la opinión pública por su única hija. O huían como criminales, o se enfrentaban a un escándalo de dramáticas proporciones, que posiblemente al final los echara de todas maneras. ¿Acaso tendríamos que sentir vergüenza por querernos? preguntaban desconsolados.

–De lo que deberíamos avergonzarnos todos –Jorge llevaba rato removiendo el café– es de repetir este y un millón de problemas similares desde hace miles de años, aceptando interiormente las normativas que los crean. A diferencia del resto de animales y naturaleza en general, el hombre no evoluciona en sí mismo. No responde a la experiencia modificando, solucionando las causas. Quizás en estos días escuchemos unos cuantos poemas de amor. ¿Pero alguien sabe de qué está hablando, sabe lo que dice? Se discutirá de sintaxis, hallazgos gramaticales, riqueza metafórica, rimas con las primas, encabalgamientos –en una de esas también con las primas–, ponencias exquisitas sobre el inmanente flujo de las musas, mesas redondas sobre el poeta y las zapatillas deportivas... Pero del amor, oh el amor, sólo se dirá que es ciego y maravilloso.

–¿Acaso no es así...? –María Teresa le señalaba que ya estaba bien de darle a la cucharita, y afirmaba como indiscutible la frase–. Mirá lo que les pasa a ellos.

–Lo que seguirá pasando mientras nos comportemos como ciegos vocacionales. No, tranquila, vos sos miope de fábrica –no sólo a ella, también a los otros los iba a chicotear. Pero le gustaba esa gente, no podía limitarse a componer cara de comprensivo y compasivo–. A ver, Gloria, que estás con el problema clavado en el tablero: Supongamos, y es lo que les deseo, que acaben por irse a vivir en pareja donde sea. Lo primero que harás será prometerle fidelidad eterna a este Señor, y él hará lo propio con vos. ¿Me equivoco...?

–Bueno, si nos queremos... –la respuesta, completada a dúo, estaba pendiente del tipo que acababa de encender su cigarro.

–¿Y me equivoco al pensar que las culpas, remordimientos, y problemáticas adyacentes, vienen de que vos les prometiste a tus padres y a tu sociedad ser una chica decente –significado que sus

normas definen muy taxativamente–, tanto como vienen de que él le prometió lo mismo a su esposa? Por favor, no se enojen. ¿Pero por qué prometer lo imposible de cumplir? ¿Acaso el amor que sentís por él borra en vos para siempre tu capacidad de sentirte atraída y quizás enamorarte de otra persona? Ojo lo que contestan, porque llevan rato quejándose y demostrando que sucede. Tómense su tiempo, es pulsuda la cuestión –pegó un par de golpecitos en la mesa–. Aparte dijeron que después de cenar se escaparían al hotel, mientras nosotros bailábamos abajo. No le quitemos al amor sus tiempos más hermosos. Tenemos por delante una semana para charlar a fondo del tema, y que me odien también a fondo por tocarles las pelotas. No se preocupen, estoy acostumbrado, sólo que a veces a algunos les sirve.

–Sos un sicópata –Gloria bromeaba, pero con los labios fruncidos–, con una aguja en la mano y pinchando globos. ¿Tenías que ponerme a mí como ejemplo de casquivana? ¿Por qué no averiguás del turco este, que ha sido un fatero toda su vida?

–Porque esa relectura es de ustedes dos, cariño.

–Es cierto, Jorge, yo también lo he pensado, pero me lo borro enseguida. No sé, no sabemos hacerlo de otra forma –llamaba al mozo para pagar, mordiéndose en una media sonrisa–. Y estoy de acuerdo con lo que ella decía antes: Creo que prefiero no enterarme de lo que escribís.

–No te perdés nada. Fantasmagorías enquilombadas, todavía estoy llorando en una confusión prima hermana de la de ustedes. Tengo los globos y la aguja, pero no encuentro el valor, o las razones justas, para desprenderme de la historia en que floto.

Se fueron, a la vez ansiosos y petardeados. Creyó que la flaca lo cagaría a pedos por no haber sido más diplomático y positivo. Pero se dejaba llevar al oscuro bailongo, en resignada actitud de que le hubiera tocado el sicópata. Volviendo a sus características comunes apenas hablaban. No obstante su resignación debía ser de martirologio, porque el abandono con que se le colgó del cuello, y la creciente progresión en la humedad de los besos, vaticinaban algún tipo de sacrificio pagano. Debía ir por ahí la cosa, ya que sus muy entrecortadas frases lo trataban de maldito y distante, para luego decirle que lo adoraba. Había una cierta variedad en los extremos: Demonio pero dulce, animal raro que la ahogaba... Bah, que presentarla

a la lectura de poemas... Ahora, en lo de sentarla a beber algo, como pausa en los sillones, sí que complicaba el libreto, porque llevarse el vaso a los labios o fumar, con ella prácticamente encima... Omitió salir a los jardines, dudando sobre lo que ocurriría, y siguieron bailando, o como hubiera que llamarle a aquello, hasta que volvieron los amantes y regresaron al pueblo. Despedida algo fogosa en la puerta, con carraspeos de fondo. Al entrar se alegró de haber separado, cuando vino a buscar la malla, su colchoneta en otra habitación. El Negro ya dormía, y él no tenía ganas de conversaciones o preguntas a esa hora.

Tenía bastante con las suyas. No sabía a qué atenerse con María Teresa. Por algunas frases, y el comportamiento en general, le recordaba algunas minas del Opus que había tratado. Esa provocación continua, con el brazo aferrado al freno de mano, para hacer que se estrellaran de cabeza los galanes en el momento justo. Era sólo una sensación, como un aviso, sin embargo no dejaba de titilar por más entregada que ella pareciera. No le gustaba la idea de estarla prejuzgando así. Descontando que no existía, por su parte al menos, una atracción que se pudiera frustrar. Decidió dejar que ella marcara los pasos. Era una compañía agradable, que además le ayudaría a mantener alejadas otras situaciones tan frecuentes en esos eventos. ¿Sería utilizarla? Seguramente. No obstante, ambos se hallaban de vacaciones, disfrutando la casualidad de un encuentro que acabaría con el final del Congreso. Que María Teresa lo utilizara a él como mejor quisiera. Ojalá fueran capaces de vivir esos días, gozando lo que cada uno deseara. Particularmente no esperaba nada, y todo lo que a ella le pareciera bien a él también. Dale, abogadita, jugá tu partida, soy un deportista medio atontado, pero haré lo imposible por mantenerme a tu nivel. ¿Estás más tranquilo, culposo vocacional? No, sigo creyendo que es un juego un poco raro el suyo. ¿Y eso no te va a dejar dormir? Pregunta inútil, porque ya se había dormido.

Cuando se levantó, Amadeo andaba como si le hubiera tocado la lotería. Le recitaba los nombres de toda la gente que vendría, los numerosos actos programados, la prometida asistencia de periodistas de Córdoba y la Capital Federal cubriendo el hecho cultural. Apoyado en el marco del baño, mientras Jorge se lavaba y afeitaba, intentaba contagiarle su excitación. Habían preparado un salón para exponer

poesías ilustradas. Puteaba por no haberlo sabido con tiempo, y aprovechar que el Camargo estaba en Pringles. Hubiera sido un bombazo, por la empatía creativa que tenían ambos, caerse con tres o cuatro enmarcados. Le insistía asimismo sobre la conveniencia de ir juntos esa tarde a lo de Peretti, porque habría un par más de poetisas de la zona, y estaría bien que fuera mostrando sus cosas. Por suerte esto también lo escucharon las abnegadas samaritanas, portadoras de un termazo de café con leche y masitas para el desayuno. Estaban en todo esas chicas. Claro que lo primero fue amargarle los planes al Negro, diciendo que sería una guarangada, después de haber comprometido al pobre Bajle para que los llevara por ahí.

De a ratos intercambiaban información, sin embargo el entusiasmo de ellas era una aplanadora. Hasta María Teresa inventaba a toda marcha, o seguía el argumento convenido con Gloria, relatando pormenores del día anterior y el recorrido previsto para la fecha. Irían a mostrarle el Dique, visitarían Nono, y algunos lugares más que sólo el Turco conocía bien, pero aseguraba que les gustarían. Amadeo se reía a las carcajadas, entregado al torbellino de Gloria. Al fin y al cabo era la hija del Jefe, ni borracho le discutiría. Sí que relojeaba a Jorge, tratando de averiguar si era con ella la cosa. Convenido o no, ambas jugueteaban con él, manteniendo las dudas. Cuando apareció el Turco a buscarlos acercaron al Negro hasta el Centro y partieron.

Además de las naturales bellezas de la zona y lo entretenido del viaje, la densidad de la jornada, mientras estuvieron los cuatro, descansó en la charla sobre lo planteado el día anterior. Gloria y Bajle parecían haberlo meditado más de lo que esperaba, resultando increíblemente armónico y distendido discutir cada detalle, hasta llegar a sus primeras causas. Sólo con Marcelo recordaba conversaciones tan largas, y respetuosamente atentas a lo que el otro pudiera aportar. Eran conscientes de no estar solucionando el grueso problema al que se enfrentaban. Ninguno se engañaba al respecto. Sin embargo, la suma de elementos analizados se postulaban como herramientas, para mejor construir lo que viniera. En definitiva, como él mismo dijera, un proceso similar al que accidentalmente lo llevara allí. La búsqueda de una relativa libertad sin lastres, permitiendo encender otra vez la luz de la esperanza.

Tras el recorrido turístico y las detenciones en uno que otro bar, pasado mediodía los dejaron a María Teresa y él junto a un riachuelo donde, por ser domingo, acampaban algunas familias lo suficientemente dispersas como para no alterar su comodidad. La pareja huyó, pidiendo entre risas que no los extrañaran. Con la cantidad de víveres traídos, Jorge pensó que sólo extrañaría las siestas que se hacía al estar pupudo. Pero ni eso, Tere, de lo más comprensiva, juró cuidar su sueño, y pegada a su lado lo imitó. La anterior trasnochada reclamaba un descanso intermedio, considerando que al día siguiente empezaría el Congreso, y deberían estar en forma para aguantarlo. Al Turco lo habían comprometido para esa tarde, en la revisión de pormenores sobre la programación diseñada. Así que cerraron la escapada grupal volviendo al pueblo antes que cayera el sol. Gloria había detenido a su compañero al retornar a buscarlos, porque la manera en que la flaca –que en malla era otra cosa– despertaba a Jorge, subida encima suyo, debía estar provocando varios despertares. Jorge también calibró esto –conciso y adecuado el verbo–, haciendo disimuladas señas a quienes los espiaban, en solicitud de rescate. No era el lugar ni el momento para semejante asedio. Y sin embargo continuaba la sensación que a esa chica lo que la excitaba era justamente eso. Ya en la plaza, en tren de separarse hasta la cena, lo arrinconó contra el respaldo de un banco, logrando que aquel calibre se le enganchara en el vestido. Él la separó, prácticamente la desmontó, y tirando de su mano le dijo vamos, y arrancó hacia la esquina.

–No, no..., eso no –dijo ella–. Yo no soy mujer de una noche –a la frase sólo le faltaba el agua bendita para ser Opus total. Desgraciadamente no se había equivocado. ¿Qué sentido tendría aclararle que les quedaban seis noches, no una?

–Me gustan las chicas que saben lo que quieren. Pero me temo que tu sentido de la orientación te ha fallado. Si te fijás bien, el rumbo hacia mi pecaminoso refugio queda exactamente hacia el lado contrario. Yo te llevaba ahí –señaló la heladería a unos metros–, para que me invitaras a un cucurucho de chocolate Laponia. Soy hombre de un solo gusto, y nunca lo traiciono. Dale, mujer de las mil noches, comamos algo dulce y frío, para alejar amargas tentaciones.

Como la reunión era en su casa, Gloria se había quedado dando vueltas por ahí, evitando llegar con el Turco. Declaradamente

morbosa, y tras lo del río, había seguido las incidencias desde el borde de la fuente. Notando que Jorge fumaba afuera mientras Teresa compraba, se le fue al humo.

–¡Che, Jorge, no seás tan decentito, apretá un poco el acelerador! Ella lo está necesitando. Creí que te la llevabas al bulín.

–María Teresa también lo pensó. Pero no me dedico a correr carreras. Y menos con un copiloto asustado, que me lee el código de circulación.

–¡No me digás que te salió con alguna de sus tilingadas! ¡Es más boluda que las arañas! No le des bola, siempre fue así de desubicada. Sin embargo habrás notado que lo que quiere es otra cosa.

–Mirá, cariño, vos también habrás notado que a mí me gustan las cosas claras y el chocolate Laponia. Si desea algo de mí no tiene más que pedirlo, y ya veremos. Sólo que quien suelta tilingadas, como vos decís, tendrá que acostumbrarse a comérselas.

Con el mencionado y exquisito helado en sus manos, suspendieron amablemente las mutuas apreciaciones sobre la amiga que, muy contenta, traía para los tres. Él, también satisfecho, porque su inseparable burbuja llevaba todo el fin de semana intentando precisar la mejor casilla para las piezas encontradas. Muy bien, desplazada ya la objeción de ser el único que jugaba. La pareja también se beneficiaba del agradable uso mutuo, y él preveía la enorme ayuda que significarían en la Convención. Por otra parte la Flaquita vivía su emocionante aventura con el delincuente elegido en vacaciones. Genial, opusita mía, no te me separés, porque serás un impagable escudo. Mové los peones como se te dé la gana. Desde mañana la partida estará llena de público, perfecto para amagar avances y enroques. Yo, ya ves, helado y dulce como el contenido del cucurucho. ¿Te gustan las tablas?

NUBEDIL

Sin la imaginación el hombre se limita, Nubedil. Por eso insisto en que nuestra supuesta mentira tiene sus valores: Nadie nos puede imponer el negro o el naranja. Esta escala la construimos nosotros. Es egoísta, arbitrariamente nuestra. ¿Nos la quitarán, si llegan? Ponele, qué le vamos a hacer. Qué importa…, si es otra cosa que perdimos. Y al pensarlo rectifico: Ya ni la mentira es nuestra. Resignadamente sabemos que podría pasar a sus bolsillos. Que harán lo que quieran con ella. Encuadernada, resumida, censurada, sufrirá del mal de estanterías atestadas. Como a una enferma la desnudarán, la analizarán. Se le irán cayendo las hojas. Limpiarán con ellas zonas secretas de la revuelta memoria. Arrancarán de tu frente el ilusionado neologismo, e irá a parar a alguna línea de cosméticos. O a los cristales de cualquier boutique.

Pero no entristezcas. También cabe que una mano nos regale a otra, hechos barquitos de papel o marcadores de lectura. Y señalizaremos fechas, capítulos preferidos, angustias pretéritas... Dormiremos en otro libro, que no haya sido capaz de contener tantas mentiras. Y en algún lugar, por qué no, habrá un loco, con lápiz o guitarra en mano, que dolido de noche y soledad improvisará su propio lamento y nos hará música. Nos hallará palpitantes y dormidos, esperándolo. Rescatará la canción de aquel único instante, acurrucada y silente en mi pecho. El enamorado arruyo desde el cual se proyectó tanta verdad insolente. Porque afirmo y ratifico la existencia: Nuestra mentira es cierta. Al igual que nuestra certidumbre, vive y bebe de la duda. Porque es el confuso y desesperado saber que aún hoy me alcanza un vaso, de tibia melancolía, en cada despertar.

"Como decía Marilyn, una vez adentro no es tan terrible." Apócrifo o auténtico el precepto, ese era Pablito Marcos, abrazándose a Jorge para la foto en las escalinatas del Municipio. Pues sí, Norma Jean, bastante mejor de lo esperado, gracias al grupo joven que fueron componiendo. Como experto conocedor del terreno los llevó a alternar comidas y actos oficiales con frecuentes escapadas al río, donde los juegos y chapuzones se enriquecían con verdaderas tertulias campestres. Por la noche sucedía otro tanto en la plaza o el vestíbulo de los hoteles. No bien terminaba lo programado se armaban guitarreadas y largas charlas, mostrando y criticando los trabajos de cada uno, la experiencia de grupos o talleres en distintas partes, proyectando colaboraciones e intercambios. También juntaban los coches disponibles y se iban a bailar al Night-club de referencia. Por supuesto, Gloria y él comprometían delante de los otros a Bajle como anfitrión del sector juvenil, propiciando la coartada perfecta. Según decía María Teresa aquellos lo iban a extrañar cuando se fuera.

En realidad a los otros las conferencias, debates, y mesas redondas, no les resultaban tan soporíferas como a él. Su vocación los encaminaba por ese rumbo con una seriedad especial. Ni siquiera lo discutió, entendiendo la distinta línea de partida. Su método –él lo llamaba la Fugazza Piresol– consistía en mezclarse de entrada con personajotes locales y externos, lograr que registraran su presencia, y en cuanto empezaba la cosa demorarse en la búsqueda de asiento, eligiendo siempre uno bien atrás y en el extremo de la fila. Si la monotonía, el absurdo, o lo ininteligible de lo escuchado lo rebalsaba, con mucho cuidado y en el instante preciso desaparecía. Con María Teresa, firme como un granadero a su costado, preparó un supuesto mareo de la fémina y su caballerosa compañía, ante el albur de chocarse con según quién en la huida. Afortunadamente nunca hizo falta. En lo demás no había tiempo de aburrirse. Todos comían y bebían como condenados a muerte. Tras un ágape en el salón social o el Ayuntamiento saltaban al asado en la Escuela, la merienda en la Biblioteca, otro salpicón en el Círculo de Prensa, o parvas de empanadas y vino en casa de Peretti.

Así todos los días. Imposible negar que aquello tenía su parte buena. Con Marga, la mujer que conociera junto a Lozano, pudieron hablar más extenso y tranquilos que aquella noche. Le agradó enterarse que Lozano no asistía normalmente a estos eventos.

Así que, salvo ella y el Negro, el único cordobés conocido era Marquitos, trayendo la fuerza revolucionaria de sus poemas y la alegría de sus diecisiete años. Le envidiaba sanamente ambas cosas. Hubiera querido escribir con el dominio poético que aquel tenía. En cambio la Amalia Ruderman –es cierto, otra de Córdoba–, siempre de pesca, se dedicó a la segunda parte. Ya esa tarde le estaban usando la habitación y la colchoneta para emplearse líricamente. Y por la cara que traía después la Taxi Loco debió ser con absoluto empuje creador.

–¿Taxi Loco...? –María Teresa no entendía nada–. ¿Por qué le dicen así?

–Porque levanta lo que encuentre, y se traga todas las paradas. No me mirés así, cito textual de la Enciclopedia Cordobesa sobre Monstruos y Afines. Es tu ciudad, querida. Yo, galleguito y gracias.

Sin desmedro de las aptitudes de la Taxi habría que dejar constancia que, luego de lo gastronómico y las reyertas políticas, ese era el deporte favorito allí. Los lances y atraques en verso hubieran merecido un medallero final. Por lo visto la situación vacacional e intensa de los congresos es altamente libidinosa. Ya sabemos que a él no le afectaba, dada la beneficiosa compañía y el aura de sufrido convaleciente que también lo arropaba. Amadeo lo estaba convirtiendo en el héroe romántico de las jornadas. Tenía un extraño morbo ser el jovencito que canta a su Nubedil perdida. Leda y Augusto Rojas, dos hermanos tucumanos sumados al grupo, se burlaban de aquella corona de poeta triste, recomendándole la aprovechara en un libro. "Escribir es olvidar. Siempre y cuando sea eso lo que querés." Añadía Leda, pinchándole el orzuelo. Intentó explicarles que no, no quería olvidar sino entender. Escribía sólo por eso, llamaran como llamaran a lo producido.

Tendría que haber impreso en tarjetas las cuatro frases con que respondía o se defendía, para evitar esa vergüenza de repetirse

que empezaba a hacerlo dudar. No, no mentía, pero iba dejando de ser tan cierto como al principio. Las razones con que lo empujaban sabía que cada vez lo aproximaban más a esa cifra final intuida. Aquella parte del proceso cumplía con lo esperado. No obstante había otra, con la que se cagaba a chirlos solo. Un miedo sordo lo inmovilizaba al pensar que debería leer sus lo que fueran en público. Por mucha estrategia de escapista que ostentara interiormente, tendría que pagar el boleto convenido. De eso no se salvaba nadie. En momentos de lúcida soberbia se decía que bueno, qué pasa, lo haría como le saliera, y que le tiraran tomates o magnolias cumplido el trámite. ¿Sabés que no te cree nadie, Marlo Blando...? Tiritás de sólo pensar en ello. Los estás escuchando cómo demuelen hasta a Neruda, cuando se ponen semióticos y semánticos. A ratos te convencen con esa impiedad capaz de hallar el ripio, o el trucaje de espléndidas pero livianas metáforas, cuando el discurso decae o la inspiración tropieza. ¿Sin embargo, no era que no te importaba nada, porque nada pretendías? ¿Y entonces qué es lo que te vuelve loco al agarrar la carpeta en tu pieza? Porque pasás hojas buscando, y de golpe la tapa te avisa que se acabó, que deberías empezar de nuevo, con más paciencia y menos nerviosismo. Claro que entonces tus engendros se asocian al tembleque, giran escondiendo el rostro y te dicen: No, che, conmigo no, probá con otro. Y de nuevo la tapa del final, y la bronca, porque habías compuesto la sonrisita desdeñosa para convencerte de martingalas sonsas. Como aquella de que no escribirás mejor que nadie, pero sí más corto. Te han cazado, Nene. Volvés a experimentar el viejo cagazo pre-examen. Toda tu pretendida distancia se ve acorralada al imaginarte con tus niños en brazos sobre el escenario.

Tanto Amadeo como los hermanos Rojas o el mismo Bajle, cuando les confiaba sus inquietudes, minimizaban la cosa objetando que daba demasiada importancia a lo oído. Debía entender que en la mayoría de los casos trataban de ser más papistas que el Papa, buscando mostrar sus estudios o su experiencia, a veces reales, pero nada más. “Esperate a escucharlos cuando lean sus poemas y vas a ver –le decía el Turco–. Lo que tenemos acá son cuarenta profesores de literatura, veinte jubilados, y cuatro o cinco poetas. Sacá cuentas noche por noche, y decime después si le erré por mucho. Calmate,

no te dejés correr con la vaina. Son puro apronte teórico, necesitan escupirle a las estatuas para sentirse grandes. Y luego se aplauden entre ellos unos cuchillitos que no sirven ni para limpiarse las uñas. Ahora te asustan y mañana te decepcionarán. Te sentís tan unido a los papeles que te están salvando, que quisieras evitarles la saliva de los de afuera. Eso ya lo había comprendido en nuestras charlas. Pero ni se van a atrever ni les llegaría, despreocupate. Aunque, de todas formas, como yo soy el que los va anunciando, si decidís borrarte me hacés una seña y listo. Quedaría como un olvido mío nomás. La joda es que al día siguiente no podríamos repetir el truco."

Dentro de la programación estaba incluido en la segunda jornada. Seguía sin la menor idea sobre qué leer. Bueno, asistió a la de esa noche, confiando en imponerse del clima para bajar la ansiedad. Observaba con curiosidad los rostros de los otros que escuchaban. Sí, no había más remedio que tragarse la inflamada y declamativa verba de los pesos pesados. Bastante parecido a lo presenciado en ocasiones anteriores, incluso en la reunión de la Sade. Hombres y mujeres, que por distintas causas y distintas historias coincidían en lo de arrastrar papeles como él. Algunas pepitas relucientes junto al lungo material de desecho. Sumido en la vorágine de las fervorosas charlas compartidas olvidaba su realidad. Tendría que enseñarse a sí mismo la tarjeta. Recordar que esas hojas no eran material de discusión poética, motivo de dudas literarias o hallazgos formales. Sólo se trataba de cartas que ya no tenía a quien enviar. Una larga y dura correspondencia consigo mismo, desglosando hasta el vómito las sinrazones del engaño padecido.

A la noche siguiente, sentado en el teatro mientras los demás leían, pasaba sus dedos por cada una de ellas con la carpeta abierta sobre las piernas. De a ratos conseguía alzar la vista y escuchar, igual de indeciso pero más tranquilo. Entraba o no en el llamado de las variadas voces, quizás tan angustiadas como la suya, que soportaban el consuelo de los aplausos, también tan obligados y automáticos como el de él. Le gustó la entonación de Leda, su desinhibido acento tucumano, en brevísimos y sencillos poemas. O aquel muchacho rosarino, de apellido Ibáñez, violento y cortante. Otra vez Marga,

metiendo asfalto y suciedad cotidiana en la aparente beatitud de sus visiones. Sí, algunos justificaban la ceremonia compartida, entregaban con nobleza sus sentimientos. Pero el resto le dispersaba la atención con sus ademanes remotos hacia las bambalinas y el cielorraso. Clamando estentóreamente desde lo sideral, el cosmos hollado, y el sumiso cinturón de estrellas. Odas y más odas a los ríos, los bosques, las montañas, la Quebrada de Humahuaca... No quedaría accidente geográfico ni gesta patria sin su correspondiente soneto, rimadamente equiparados a la flora y fauna de la mitología universal. Una mujer de Catamarca explicaba la génesis de cada poema mediante introducciones kilométricas. Si Graciela estuviera allí, se habrían puesto a parodiarla recitando a dúo. El pinchazo de la idea lo estremeció. Estaba allí porque Graciela ya no estaba. Lo llevaron porque escribía de ella, contra ella, sobre el falseado amor perdido que no existió. Puso al revés la carpeta, usando la parte en blanco para escribir eso, como castigo, como deber a memorizar. Claro que no era un poeta, sino un solo repitiendo porqués y lágrimas de cocodrilo. Hablándole, como si lo pudiera escuchar. Martirizando a los demás con ella, como si tuviera algo suyo que le perteneciera, enseñando en definitiva ese vacío. Renegando con las palabras para echarla, o retenerla, ese despiadado vaivén de no querer tener ganas de las ganas de tenerla. Llenando páginas, como le sucedía ahora, mientras María Teresa espiaba alucinada la ininteligible velocidad de los trazos. Luchas gráficas, mentiras, para no pensar que pensaba en ella. Hundido en una fiebre demencial que le costó cortar a Amadeo, sentado en la fila de adelante, golpeándole el borde de la carpeta para advertirle que le tocaba a él.

Bajle acababa de decir su nombre. Tendría que haberle hecho la seña convenida, pero era tarde. La gente lo miraba mientras intentaba llegar al pasillo sin pisar a nadie. Algunos sonreían con benevolencia. Y enseguida pasaron a hacerlo sin disimulo al notar que Tere lo perseguía chistando, para alcanzarle la carpeta olvidada sobre el asiento. Aturdido y molesto por la inoportuna interrupción volvió a guardar los cigarrillos, enterrando en un bolsillo el que debió quitarse de la boca. La amabilidad de los aplausos que lo acompañaron mientras subía no menguaban la sensación de ridículo. Bajle, oculto

por el cortinado lateral, le hacía gestos de que no se preocupara, todo estaba perfecto. Claro, perfectísimo... Sólo que no tenía ni idea de lo que iba a leer, y no estaba seguro que fuera lo peor.

Para ganar tiempo aflojó y subió un poco el micrófono. Después abrió el cartapacio sobre el brazo derecho. Fue pasando hojas, histérico, sin encontrar nada que mereciera la pena. Literalmente la pena. Esto no es poesía, volvió a pensar, son las borrosas cartas de un idiota desesperado. ¡Qué pobreza estarnos leyendo la correspondencia! El murmullo sobresaltado de la gente, seguido de un súbito silencio, le obligó a levantar la cabeza y comprender, por el eco que aún sonaba en los altavoces, que había pensado en voz alta. No tenía más remedio que seguir. Al fin y al cabo era la verdad, su confusa y torpe verdad. Delante estaba abierta la Canción Gris. Largó con ella, sabiendo que a partir de ahí no tendría importancia dónde fueran cayendo sus dedos. Daba lo mismo un texto que otro, o los apuntes recién tomados. La única persona que podía otorgarles valor o despreciarlos no estaba allí. Nada supliría esa ausencia. Y estaba bien decirlo, desenmascararse. No pretenderlo como un brindis, cuando sólo se trataba de exhibicionismo onanista porque en casa hace más frío. Quitarse en público la vergüenza del tormento y el placer sufrido en las escondidas horas. Ese dudoso placer, logrado a fuerza de remover fantasmas. No era más que otro invocador de irrealidad buscando el imposible consuelo. Ahora consciente, hablaba y leía, dejando que una y otra cosa fluyeran en un todo encadenado y ronco. La sensación que mandaba era la que había empezado a garabatear en su asiento, vaciando sobre las cabezas ese primer impulso, mitad confesión, mitad descubrimiento del mundo al que llegaba, y que era lo único que les podía dar. Porque estaba solo y aterrado, quería estar solo. Por favor, déjenme marchar.

En la súbita detención, agotado, vio cómo el Turco corría hacia él y lo abrazaba emocionado. Incrédulo notó que también en las primeras filas empezaban a levantarse y aplaudir con los ojos húmedos. Asustado pensó que si seguían así lo contagiarían. Ya se había dado bastante manija personal y encima eso. Comprendió que Bajle, como hiciera la otra vez Lozano, lo había reservado para cerrar el acto.

Su famosa aureola sería de atracción final. Porque el teatro entero estaba de pie, aplaudiendo y gritando. Bajó tanteando los escalones. Amadeo lloraba a moco tendido. Nunca lo había visto llorar. Claro que al mismo tiempo le presentaba a quienes se aproximaban a felicitarlo, elogiando lo original y personalísimo de su lectura. Marquitos y Gloria apartaban a codazos la gente por el pasillo para llegar a él. Ella y María Teresa le metían labios hasta en la nuca. Marquitos le pegó una trompada en el hombro, exponiendo a voz en cuello que no, lo de este hijo de puta no es mera cuestión de originalidad, sino la diferencia entre escribir poesía y sentirla como un mundo vivo dentro suyo. Le encantaba la vehemencia de Pablo, pero sospechaba que los otros se hallaban mucho más cerca de la verdad. La abuela Adelaida, aparte de mencionar el orgullo de tenerlos en su casa, proclamaba que era un rapsoda nato. "Sí, sus poemas rebosan esa cosa dramática y directa que tiene, pero leídos por él cobran un sentido tan profundo que te ahogás de dolor a su lado. Algo que muy pocos poetas tienen. Este chico es un descubrimiento."

Genial, dedujo, tal vez triunfara como galán de radioteatro, haciendo llorar a las señoras mientras lavaban los platos a la siesta. ¡Fuerte ese aplauso para la voz de platino del Encuentro! Medalla y diploma recordatorios a la revelación actoral más joven. Leda, como si le leyera el pensamiento, reía negando con la cabeza, y le señalaba al Negro que unos metros más allá, en el hall, recibía más felicitaciones que él mismo y hablaba hasta por los codos. No necesitaba escucharlo para saber lo que estaría diciendo. Por suerte enseguida se desparramaron en grupos, dirigiéndose al Club donde los esperaba la cena. La reseña de actividades mencionada antes continuó con muy pocas variantes hasta el final. La principal, el hecho de hallarse rodeado permanentemente. Ya no podía pasar y desaparecer sin llamar la atención. Pero resultó menos pesado de lo que creía, porque la mezcla de sorpresa y compasión despertada hizo que se volcaran con él de una manera mucho más humana. Aprendió que con un par de preguntas les abría el cauce, y acabó siendo el paño de lágrimas de hombres y mujeres que, como razonara al escucharlos leer, soportaban penurias pocas veces confesadas o compartidas así. Le dedicaban libros y plaquetas de todo el País, se llevó invitaciones, direcciones,

pedidos de colaboración para periódicos y revistas literarias. Gloria y el Turco prometieron visita en cuanto hicieran una escapada a Córdoba. Pasado el absurdo miedo, Villa Dolores fue una Fiesta. La recordaría como eso, y como el impulso oportuno y necesario para salir de su encierro.

La tarde en que se iban, esta vez en ómnibus, recogieron, limpiaron, y devolvieron lo prestado. María Teresa lo acompañó en la revisada final, arrinconándolo con una fogosidad que el olor de multitud constante impidiera por lo general. Jorge la acarició despacio, separándola para intentar cerrar y marcharse. No obstante, las intenciones de ella no parecían desear lo mismo. Realmente se encontraba cansado, pero también de esos arranques y en esos momentos. Logró suavizar los besos, tomándola de la cintura.

–Cariño, no quisiera perder el ómnibus.

–Falta más de una hora, entremos.

–Jamás me aprovecharía de un instante de debilidad tuyo. No soy hombre de diez minutos. Vivís en Córdoba y mi dirección está en la lista del padre de Gloria.

–No seás así, tenemos tiempo.

–Eso es verdad, nos alcanza para que te pague yo el helado de despedida. Vamos, querida.

Cuando ya habían cargado los bultos y se subió al colectivo, Gloria encontró un banco donde treparse y besarlo por la ventanilla de la que descolgaba la cabeza. Después de ella lo hizo María Teresa, sólo que al separarse le gritó que no quería volver a verlo en su vida. Si no hubiera sido porque el chofer, justo en ese instante apagó el motor para comprobar algo, aquello sólo se hubiera oído en cincuenta metros a la redonda. Hasta el conductor lo miraba y se reía. El Turco y demás aplaudían gritando que estaba loca. Como saludo de despedida no estaba mal, aunque ahora se cubriera la boca avergonzada. El bocinazo de partida podría tomarse como respuesta adecuada. Jorge acomodó la campera entre el asiento y la ventanilla, y se recostó con una placidez cuasi beatífica. Mejor cerraba los ojos y fingía dormir. No tenía ganas de la charleta que se armaría con el resto de congresales que regresaban.

Fueron horas de reposar contemplando caminos y montañas. No se quejaría, pero ya estaba bien de vacaciones. Volvía recargado y convencido que algo se iba abriendo delante suyo. Le costaba definir el qué, pero lo sentía. Por lo pronto, tras el cansancio, lo asaltaban unas melancólicas ganas de Estación Terminal de madrugada, camino por el puente hacia Pringles, puerta conocida, y soledad aún ensimismada. La vida está ahí muchacho, esperando que la tomés en tus manos. Mirá las luces de Córdoba, ya falta poco.

Y entonces una voz dijo: Háganse las brumas. Y tras la sentenciosa frase el verbo se hizo palpitante carne y lo habitó. Con lo cual, aquella claridad trabajosamente lograda se pobló otra vez de fantasmales sombras. No, él todavía no podía saberlo, pero el pasadizo entrevisto iba a derrumbarse. Como dolida y confusamente presagiara Zúcker, abandonar el laberinto no sería fácil, ni corto. Tampoco comprensibles o esperadas las causas de esto. Dudando inclusive si quienes lo protagonizaron dominaban los hechos, o sólo fueron arrastrados por ellos.

Jorge, ajeno a esta clarinada, dormitaba y reflexionaba en el largo viaje de regreso sobre las perspectivas halladas. Y ya de madrugada, junto al Negro dejaban atrás la Terminal de Autobuses. Diez o quince cuadras hasta su casa y otras tantas después para el otro, que vivía casi en San Vicente. No pararon de hablar hasta despedirse en el pasillo de Pringles. Calmo y mesurado, pero inusualmente comunicativo. Trasladando conclusiones y propósitos macerados en las otorgadas vacaciones. Veía delante suyo cómo el iniciado método de recomposición se asimilaba a la accidental y quizás inconsciente forma en que lo llevara a cabo. Comprendía el valor de exorcismo prestado por la escritura. La progresiva desaparición, en un borroso distanciamiento, de Graciela. Construyendo en dialogante, o monologante compañía, la nubedil imagen, que por ser suya lo seguiría en la liberadora búsqueda de un futuro, desprovisto de mentiras y rencores. Amadeo, satisfecho del papel jugado en la transformación aprobaba, sugiriendo la posibilidad de extenderse también en prosa, ya que tal vez la historia lo pidiera en algunos casos. Convengamos que, aunque resumido en su esencia, el panorama se mostraba prometedor. Y no es que Jorge propusiera brindis o tirara bengalas, ya lo conocemos. Entró a la casa, saludándola en silencio. Serenamente serio se alegraba de las costumbres de sus huéspedes, que aún andarían por ahí cerrando bares, y pasó como un meteoro hacia su refugio en la terraza, no dejando señales de la llegada.

En la mañana lo aterrador del desmoronamiento crecía, por la belleza con que lo sepultaba. Entreabrió los ojos, dudando si era eso –un verdadero despertar–, o el paso a otras imágenes del onírico universo nocturno. Sí, debía estar soñando todavía, porque no lo cubrían las sábanas sino el desnudo cuerpo de Graciela. Reconozcamos que, a pesar de haberlo relatado antes, sólo él podría expresar la caótica mezcla de pavor, desconcierto, y turbia sensualidad, que poblaba aquello. El inacabable cuestionamiento de sus sentidos. ¿Era positivamente un sueño, interrumpido por otro que indescifrablemente se repetía? ¿Una pesadilla cruel, altamente libidinosa? ¿La postrera ruptura de lo concebible...? Sin embargo ese fantasma que lo asaltaba desde el absurdo tenía la brumosa voz y la adorada carnalidad de ella. ¿Cómo resistirse entonces a la desesperada ofrenda, a sus lágrimas y súplicas de que la perdonara? Había sido cobarde, decía. Se quedó sin fuerzas, cayó en las trampas que la madre tendiera, y después le resultó imposible contactar con él. Pero había aprendido la lección, supo cuánto lo amaba, no podía vivir sin él, sin tenerlo así, como ahora, abrazados y dentro suyo para siempre. Todas las promesas y declaraciones de amor fueron removidas junto a sus cuerpos. Eso eran ellos, y nadie se los podría quitar. Seguiría escapándose para venir a verlo, hasta que en unos meses cumpliera la mayoría de edad y se quedara definitivamente allí.

La locura, la furia oscilante del encuentro, la multiplicada sucesión del placer, fue mermando sus palabras. Besaba ardiente la piel recuperada cuando se durmió, vencida por el cansancio. Pero el agotamiento de él renegaba del sueño. Se levantó, sigiloso, mientras la observaba y se restregaba los ojos, acumulando nuevas preguntas sin respuesta. ¿Con los mil datos y trucos que le había enseñado, no pudo comunicarse con él? ¿Qué pasó, aquel día y después? ¿Dónde estuvieron? ¿Por qué no mencionó una palabra de eso...? Con la prisa por escapar ni siquiera recogió su ropa. Bajó, se metió al baño, rogó al chorro helado de la ducha lo despertara en serio, le tradujera el misterio. ¿Por qué precisamente ese día, y a esa hora? ¿Acaso no lo notarían en su casa? Podría haber sido en cualquiera de los anteriores, topándose con su ausencia. Algo faltaba, algo fallaba y le golpeaba intermitentemente la nuca. Por supuesto, lo primero su propio

comportamiento. La seguía amando, era incapaz de sustraerse a la violenta emoción de tenerla otra vez en sus brazos. Contribuyó, absolutamente entregado, a la ceremonia que hacía añicos lo que hasta unas horas antes lo liberaba de dudas. Era como si hubiera vuelto al fatídico Noviembre, y empezara a remover otra vez los signos de interrogación.

Demasiado confuso y enredado sólo atinó a huir antes que bajara. En la pieza de Ariel manoteó la ropa que estaba a la vista y se fue. Era un fantoche en chancletas, con los pantalones que se le caían, y sólo un blazer por encima. Ya había asustado a la vecina al llegar a la vereda, pero en la panadería tuvo que aguantar las risas de Mary, que lo echó tras fiarle el paquete de cigarrillos, fósforos, y un cuarto de pan criollo. Esto último para disimular. Como si entre la pinta y esa cara de alucinado pudiera engañar a alguien. También al kiosquero de frente al Colegio le mangueó el diario, prometiendo venir a pagarle después. Cosa que hubiera tenido sentido si supiera para qué quería el periódico. Además de chaplinesco estaba ido total. El consuelo interior le murmuraba que su orientalísimo karma era dejarse llevar por los impulsos y las circunstancias. Y créanlo o no le ayudó el codificado mensaje de sus enanitos. ¿No venía funcionando así sin problemas? Bah, con problemas pero cruzando el río. Entonces seguí así, muchacho. No hay que cambiar de caballo en mitad de la correntada.

Muy bien, la circunstancia actual se llamaba Graciela revenida. Que con un poco de suerte a su vuelta ya sería ida. No estarían mal unos mates revisando aquel galimatías. Los pancitos que llevaba estaban recién sacados del horno. La joda fue que, no bien entrar a la cocina, los aplausos por el olor de la bolsa –ahí estaban Ariel, Sully, y extrañamente Amadeo– añadieron significativa mirada hacia el baño, donde ella se estaba arreglando. La siguiente sorpresa fue que el diario desplegado sobre la mesa no era el que aún llevaba en el bolsillo del saco. Abierto en la página central de cultura, con su foto leyendo en Villa Dolores, y al pie el comentario sobre el Congreso, con la lista de participantes cordobeses que lo incluía. Entusiasmados y oleaginosos aquellos consignaron que ese era de Graciela. El martilleo

en la nuca se detuvo, dando paso a la cifra oculta, y al calor que le subía incontenible.

Ahora sí tenía una secuenciación coherente. Todo lo ridículo y mareado que quisieran, pero continuaba siendo capaz de sumar dos mas dos: En casa de los Aprile el canillita depositaba el periódico sobre el felpudo a primera hora. La hija mayor lo recogió para ilustrarse el desayuno, y a toda velocidad llegó a Pringles, donde aquellos imbéciles le abrieron la puerta. El idiota que faltaba se la encontró, enamoradísima, nombrando la oscuridad. Ahora también lo aferraba sísmicamente pero por la espalda, ronroneando perfumada y gatuna. Deseó que, con el objeto denunciante enfrente, al menos le dijera: Te vi ahí, supe lo que habrías leído, y también que no te librarías así nomás de mí. ¿Por qué no un poco de humor –el que siempre había tenido–, rescatando la verdad? Tal vez eso lo hubiera conmovido, hubiera frenado la temblorosa reacción. Sin embargo actuaba como si eso no estuviera ahí, como si jamás lo hubiera visto ni supiera de qué se trataba. La dulce niña apenas tenía ojos para él y se le escondía mimosa en el pecho. No obstante, su caballero medieval la fue llevando hacia la puerta, con un agrio discurso en el que se mezclaba la comedia del arte, el melodrama isabelino, y los peores exabruptos de cordobés básico. En síntesis, y para no repetir –como ya acotamos– lo narrado en otra parte, la echó, rogando no volviera más.

Trepidante y cuasi trágica escena, casera versión muy libre de La Bella y La Bestia. Donde era la Bestia quien prácticamente pateaba a la doncella al exterior, y ésta la que suplicaba y sollozaba camino al destierro. También podía tratarse de la Princesa y el Mendigo, con las raras variantes comprobadas. Nulo éxito de público. Ya que si bien los espectadores compartieron los criollitos y el mate que el Monstruo cebó, no aplaudieron su actuación, e incluso lo trataron de tarado sin remedio. Cosa que no discutió y en la que se reafirmaba. Sabía quién era, y ahora también sabía, aunque sin llamarlo todavía así, que un largo y tenebroso camino le esperaba. Hubiera deseado que la bestial violencia usada, realmente bloqueara los desmoronamientos. Pero engañarse no era lo suyo. Ni los sabrosos mates, ni las horas de reposo tras el terremoto, cambiarían el tumulto que lo recorría. Como tampoco detendrían lo que ya se había puesto en marcha. Al igual que

tantas otras veces quería equivocarse. Sonriendo con tristeza decidió que dejarse llevar seguiría siendo, por el momento, la única opción en sus manos.

Las de Graciela se movían en otra frecuencia, imposible de medir o juzgar al no contar aquí con su testimonio. Bueno, tenemos los hechos, que no siempre hablan con suficiente claridad. Consignemos entonces que, a pesar del radical desalojo y los llantos, al día siguiente regresó en cortísima escapada. Tan sólo para comunicarle que lo entendía y estaba dispuesta a que se sentaran a hablar. Porque era cierto, con todo lo sucedido tenía derecho a reaccionar de esa forma. "Sé lo que habrás sufrido, y todo lo que te imaginarás. Pero debés saber que yo también lo he pasado muy mal, y que cuando digo que estoy decidida a no perderte es porque te quiero. Fui muy tonta y muy débil, pero eso ya pasó. Este tiempo me ha servido para recapacitar. Dame la oportunidad de demostrártelo. Te contaré cómo están las cosas, y todo lo que necesites saber. Ahora no puedo decirte más, tengo que encontrarme con mi Viejo en el Centro. Pero para mañana preparé una buena coartada de dos o tres horas. Esperame en el Paseo Sobremonte a las siete de la tarde. Aunque no fueras, yo seguiré viniendo. No tengo ni quiero otra vida sin vos. Andá, por favor. Te amo."

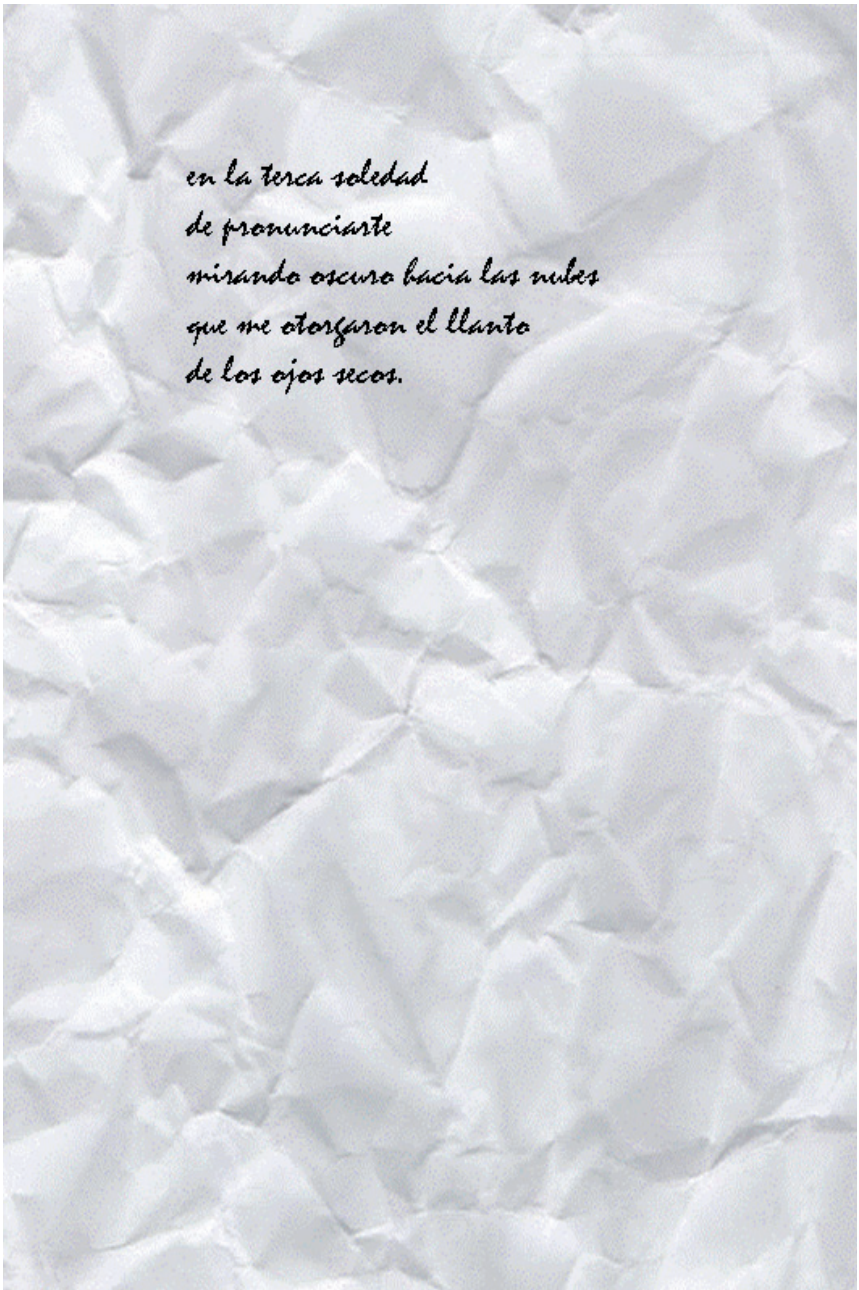
Era la hija de un pescador empedernido. Conocía perfectamente la carnada ideal para cada especie. Y él pertenecía a la de los que quieren saber. Lo besó y salió corriendo. Incluso a mitad de pasillo su figura parecía esfumarse, en una neblina similar a la que la envolvía cuando lo despertara. Consciente o no de lo que ocurriría, había traído las brumas.

LAS LLUVIAS DE NUBEDIL

Yo llueva
el rencor truena
relámpagos avisan
-siempre tarde-
la estremecedora descarga
del rayo mortal en la fría mirada
agujereando el techo de lo imposible
que gotea de espanto.

Diluvio angustias
todo el granizo
del amor mentido
golpea inmisericorde
las espaldas
de nuestra historia.

Llueva desposeído
más tormentos que tormentas
me precipito en el vértigo


en la terca soledad
de pronunciarte
mirando oscuro hacia las nubes
que me otorgaron el llanto
de los ojos secos.

Asistiendo a aquella cita aceptaba la ruptura de la triste tranquilidad ganada. Porque aceptó que algo podía suceder. En buena parte fue también por el afán de averiguar. Por conocer de una maldita vez lo que había pasado, y la exacta participación de ella. Lo traicionó la mordiente curiosidad. O quizás el orgullo, y la pena, de verla suplicando. Poco importa ahora. El error, si cabe llamarlo así, fue su traición al tiempo transcurrido. Traicionar el recuerdo del amor traicionado, por la atracción de saber. Que a la postre fue asimismo traicionada. Nunca sabría por qué una cosa y la otra. Las traiciones se pagan. Sólo que la forma de pagarla, más agravante que consuelo, fue tan peculiar y retorcida como todo lo anterior. Incluyendo esos aspectos, de alta densidad emotiva, que solemos llamar los buenos momentos.

Piensa que podría contarlo de un tirón. Porque fue eso, un tirón en su musculada paciencia, un prolongado desgarro. Un solo acontecimiento repetido, con poquísimas variaciones. Si es que las hubo. El desesperado encuentro físico sumado, o restado, a los desencuentros de las palabras y las intenciones. Empezó a notarlo allí. La esperó, preguntándose qué esperaba sentado en el Paseo Sobremonte. Ella llegó puntual, emulando la agitación de otras escapadas. Mal comienzo, no se parecía en nada a aquella tibieza descontrolada. Estaba fría la piedra del banco sobre el que se abrazaron. Ella también rezumaba frío. Puede que de miedo, de oscuras distancias por transitar. Él mismo se sentía calculadamente frío. Y la catarata de preguntas acumuladas desprendía un rocío helado sobre las temblorosas espaldas.

No tuvieron con qué calentarse las manos esa vez. Puede que ella confiara en hallarlo inclinado sobre una fogata de restos aún crepitantes, dispuesto a acunarle el regreso. Pero a él le quemaban los interrogantes. Y sólo ansiaba que ella le ayudara a exhumarlos. Sabía que tras esa ceremonia, por cruenta que resultara, podría enfrentar lo que fuera. Lo que no imaginó fue que la catarata deviniera hilo de agua, apenas filtración de vieja cañería. Tacañería pobre de gota a gota, imprecisa y monótona. Porque lo que empezó fue el tartamudeo de los Tan, y los Tanto. Había estado Tan confusa. Tan acorralada por los

acontecimientos y los padres. Había dudado Tanto. No había sabido qué hacer. La habían amenazado Tanto, y arrastrado a Tantos errores...

Si parece ambiguo es porque lo fue. Jamás una frase precisa, un nombre, una descripción, un detalle concreto sobre lo que importaba. Y al menor intento de repreguntar, para convertir los Tantos en algo comprensible, comprobable, para que tuvieran un cuerpo que leer, surgían las manos girando en vacío, el llanto, la expresión extrañada y triste de qué puede importar eso, fue todo Tan...

En la pausa creada por los sollozos decidió no volver a interrumpirla. Se respaldó en el banco con un pie en el borde, la apoyó entre el hombro y el pecho, y dejó que los dedos recorrieran lentamente la pequeña cabeza. Tendría que dejarla hablar. Sólo escucharla y nada más. Escuchar –aún estremecida– que había sido Tan débil y Tan cobarde. Escuchar, con los ojos perdidos en la copa de los árboles, que además había sido Tan tonta al no comprender. Le había resultado imposible pensar con claridad. Y mucho más aún encontrar una forma de comunicarse con él. Fumaba callado, dejando que la mirada buscara por su cuenta, entre las figuras del humo, lo que las palabras no decían. Otra manera, tan útil o tan inútil como cualquiera de las que había usado hasta entonces para tratar de entenderla.

El agua de la fuente también se repetía, en su programa de arcos y saltos. Alternaba vestimenta y estados de ánimo según la iluminación. Había parejas en casi todos los bancos de alrededor. ¿Se entenderían entre ellos? ¿Lo intentaban, les preocuparía...? ¿O el trasvase de temperaturas, caricias, y fluidos, bastaba? ¿Por qué a él no le bastaba con poderla abrazar otra vez? ¿Qué importancia tenía precisar lo que hubiera tras los Tan y los Tanto? ¿En qué los ayudaba saber, por ejemplo, el nombre de los lugares a que la hubieran llevado, tras el montaje de Noviembre...? Pero no, sin soltarla encendió otro cigarrillo. No, por ahí no. Estaba mal hecha la pregunta. Lo correcto sería preguntarse en qué los ayudaba no saberlo. En qué la ayudaría a ella no decirlo. O por qué volvía a asegurar que en esos meses no encontró forma de contactar con él. Olvidar o mentir tampoco ayudaba. No especificar cuál fue la confusión, para despejarla entre ambos. Cuáles las dudas, y por qué. Qué fue lo que no había comprendido, o comprendido tarde. Claro, nombrar

correctamente los hechos sirve para desmontar los pasos efectuados. Los chorros de agua se detuvieron de repente en el aire, como si un disparo los hubiera alcanzado. La iluminación se fue desvaneciendo. En un par de minutos, tras los últimos chapoteos, la plaza quedó en silencio y alumbrada sólo por los faroles que la bordeaban. Era un mecanismo horario, no una metáfora. Pero podría haberlo sido.

Si ella hubiera querido saber cualquier cosa, la más peregrina, sobre lo que él había pensado o hecho durante ese tiempo, estaba dispuesto hasta a dibujarle gráficos. Se lo dijo. Insistió en la importancia de comprender que ninguno de los dos era el mismo ya. Se percibían enseguida las marcas y las consecuencias. Por eso las causas importaban. Deberían aclarar de dónde venían, antes de decidir a dónde querían ir. Pero ella lo interrumpió, alegando que lo conocía demasiado. O al menos lo suficiente, como para saber de sobra lo que había hecho y pensaba. Para ella no había cambiado, encontró al que esperaba encontrar. Titubeó ante la lógica, antes de reaccionar. Muy bien, tenía razón, él en ningún momento había modificado su conducta. Cuestión que no alteraba el planteo. Porque ella sí se había portado como una extraña. Era fundamental entender los por qué. Además de las intrusiones conocidas algo había sucedido en su interior, antes y después, para que se hallaran así. Punto donde volvieron a girar las manos, y los gestos, y las lágrimas... Y los Tantos Tan, imposibles de rellenar.

También ahí es donde él resolvió no insistir en viejos y dolorosos papeles. Había tenido suficiente con las Inquisiciones. En un instante lo supo. Era demasiado parecido todo. La actitud, las palabras, el clima de exagerada confusión... Otra vez un pasado, inmediato ahora, amenazaba con su oscuridad y sus contradicciones el desarrollo de un poco posible futuro. No, esta vez no. Que pasara lo que tuviera que pasar. Que hablara de lo que quisiera y callara lo que quisiera. Algo era indiscutible, ahora habitaban hasta físicamente en mundos distintos y distantes. Dijeran lo que dijeran, ambos desconocían la verdadera realidad del otro. Y el espacio de los encuentros era eso, un espacio temporal y ficticio, que desaparecería a plazo fijo. Los seis meses que a ella le faltaban para cumplir la mayoría de edad. Más de lo que él hubiera deseado, pero al menos un dato concreto. El único aportado por ella como límite de los problemas, ignorando que era la fecha de

caducidad de Tanta ambigüedad. Hasta entonces que lo afrontara como se le diera la gana. Inclusive que marcara las reglas de juego del terreno intermedio. Intentaría discutir o preguntar lo mínimo. La propuesta era de ella, también lo serían las formas y los resultados. Total, fueran los que fueran éstos, a partir del 21 de septiembre habría una sola realidad, en la que no cabían los Tan-Tan, ni los silencios tapados con lágrimas. A esa casa y a él no había otra forma de habitarlos. Quizás por eso estaba solo. Seguramente por eso, y aunque a veces escocía un poco, lo prefería.

Si no una metáfora, los juegos de agua de la fuente habían sido una perfecta ilustración de lo que iba sintiendo. Además del fondo sobre el que escalonaba sus reflexiones mientras la oía.

–... y las salidas, que siguen siendo muy controladas, porque mi Vieja no se termina de creer que yo ni siquiera hable ya de lo nuestro. Esta es la primera vez que se queda en casa, y el encargado de venirnos a buscar al cine es mi padre. También es cierto que tenemos visita de Monte, y que fue Marisa quien los convenció. Claro, no pueden sospechar porque la idea no fue mía. Ahora soy yo quien le tiene la vela. Fijate lo que son las cosas: Marisa con noviecitos, y yo encargada de cuidarlos. Está cagadísima de que me quiera tomar la revancha. No sabés lo contentos que se pusieron cuando les dije que no me interesaba la película y prefería irme a dar una vuelta.

–¿No te venderá...?

–No le conviene. Ya hay cosas con las que la tengo bien agarrada. Además está cambiando mucho. Y no se puede ni imaginar que te viniera a ver a vos. Lo tengo todo bien armado. De ahora en adelante va a ser muy distinto. Vos dejame a mí. Los he convencido que lo único que me interesa es aprobar limpito este curso. Por otra parte es cierto, estoy estudiando como loca, no me voy a descuidar en eso. Cuando me venga, en Septiembre, ya estaré a punto de recibirme, y habré preparado el ingreso a la Universidad. Me voy a anotar en Medicina. ¿Sabías que vas a tener una mujercita médica?

–Ni siquiera lo de la mujercita.

–Andá, sonso... Ya sé que no me tenés confianza. Pero no importa. Voy a hacer que vuelvas a creer en mí, tenemos tiempo. Al principio me costará más, porque allá todavía no se atreven a soltarme soga. Pero aunque sea una vez por semana conseguiré rajarme, y en un mes o dos ya vendré más seguido. Quiero aclimatarme a la casa, para que la

vayamos arreglando a nuestro gusto. Tengo un montón de ideas. No paro de pensar en todo lo que haremos. Nos vamos a desquitar y recuperar el tiempo perdido. Vos ocupate sólo de quererme y tener paciencia. Antes que nos demos cuenta ya estaremos viviendo juntos. ¿No es una locura...?

–Es exactamente eso. Sería bueno que te lo tomaras con más calma.

–No puedo. Nunca en mi vida había tenido todo tan claro. Quiero vivir con vos, para siempre. Es lo que más deseo en el mundo. Y no me importa lo que haya que hacer para conseguirlo. Nadie nos va a separar esta vez.

–La frase me suena –se rascaba preocupado la cabeza–. ¿A quién se la habré escuchado antes?

–Olvidate de lo de antes. Ya no importa –qué bien, a ella no le importaba–. Ahora estamos juntos de nuevo. Y te lo digo en serio, no podrán con nosotros, porque yo me encargaré de que no puedan. Los vamos a dejar culo para arriba. Iré trayendo de a poco las cosas que nos interesen. Los discos, las fotos, zapatos, ropa, libros, todo eso. Calculá que para tenerme contenta me compran lo que les pida. Hasta un coche me han prometido. Ya estuvimos visitando concesionarias con mi Viejo. Le he echado el ojo al último modelo de Dodge, que tiene un buen portaequipajes. Hará falta para el día que cargue todo y me largue. Y después lo tendremos para meter la carpa y fugarnos en vacaciones. ¿Si entonces trabajás cuándo tendrías las vacaciones? ¿A fines de diciembre, no...? –él movió afirmativamente la cabeza, sin dejar de observar la fuente–. Para que sea enseguida. ¿Te acordás que decías que era lo primero que tendríamos que hacer al estar juntos, irnos por ahí en carpa? ¿Y que no volveríamos hasta haber hablado de todo lo que hiciera falta, y estar calmaditos y de acuerdo?

–Mi memoria está muy bien. Lo que no entiendo es quién te ha vendido a vos esa seguridad de que por cumplir los dieciocho vas a dejar de ser quien sos, y hablar claro por ejemplo. Esto parece el cuento de la Lechera. En serio, relajate, estás delirando.

–Sos un mufa, pero no conseguirás quitarme el entusiasmo. Vamos a hacerlo, ya verás. Vos anotá llevar vitaminas, seguro que las necesitamos. De las provisiones me encargo yo. No sabés cómo está engordando la libreta de ahorros. Y lo que va a engordar hasta Septiembre. Ellos se creen que están pagando nuestra separación, y lo que hacen es preparar la dote. Tendrías que sentirte orgulloso.

Tu cotización en Bolsa, por ausencia, sigue siendo la más firme del mercado.

–No imaginás cuánto me reconforta eso. Voy a la par del Dodge Mil Quinientos, no...? Por cierto... ¿De qué color?

–Rojo.

–Muy apropiado.

–Me pareció el que elegiría una chica caprichosa en vías de liberación sentimental –cuando quería era una luz–. A mi Viejo le gustó la idea. Está convencido que lo acepto a regañadientes, y se pasa el día explicándome que ya iré entendiendo lo útil que es tener un coche propio, la seguridad, la independencia que te da... Encima yo al principio me negaba, porque después dejarían que me lo quitara Marisa. Y entonces, claro, decidió que los papeles irían a mí nombre. Así que no tuve más remedio que ceder. A veces me da pena. Creo que siente vergüenza por todo lo que hicieron. Algo así me dio a entender un día que hablamos, aunque muy por encima, del asunto. Y también que en adelante, con lo que yo decida sobre mi vida cuente con él, dejándola aparte a mi madre.

–Graciela...

–No, ya sé... No pienso decirle nada. No soy tan tonta. A él lo único que le preocupa es que no deje los estudios. Con mi madre ya ni se hablan. No sabés lo que es mi casa. Bueno, sí que lo sabés más o menos. Pero ahora sin peleas ni discusiones siquiera. Y tampoco la deja que pise más por el negocio. A mí sí. Hasta que empiece las clases me ha dicho que las mañanas que tenga ganas vaya a la oficina, a echarles una mano con la administración y los Bancos. Le gustaría que trabaje con ellos, para que también tenga independencia económica. Creo que es una buena idea. Además por la excusa que me daría para escapar al control de la Bruja. Incluso como alternativa para después. Nosotros necesitaríamos que yo también trabaje, si quiero pagarme los estudios. Y al fin y al cabo es el negocio familiar. No sé, es muy pronto aún, pero me encargaré de ir preparando el camino y después veremos. Supongo que no se metería para nada con nosotros. Mi Vieja es otra cosa. Pero ella no me importa. Con un poco de suerte revienta cuando me vaya. Está hecha un espectáculo. Lo mismo le dan ataques de risa, sin motivo, que de llanto. O se encierra en el baño, y pega unos alaridos... Hasta a la Bijou, cuando anda muy empastillada, le ha metido alguna patada. Yo me mantengo robótica y a distancia. Lo único que tengo que conseguir es que afloje la vigilancia, que no pueda recelar nada. Continuamente trata de probarme. Busca

que salte, que diga algo, pero yo me hago la retardada. Tiene que llegar a creer que, fuera del estudio, me da lo mismo todo. Se supone que yo también sigo tragando tres o cuatro pastillas por día.

–Eso también me recuerda algo. ¿Así que pastillas...? ¿De qué son?

–Qué se yo... Pero no, no te preocupés, nunca las tomo en serio. Sólo que después obedezco en todo, miro al piso o las paredes cuando me hablan, y contesto sólo con la cabeza, o como si estuviera rezando.

–¡Que lo parió...! Te juro que esa película yo la he visto. ¿Vos no...?

–Acabala con las tonterías. Estamos hablando de lo bien que lo vamos a pasar. Y por cierto, ahora casi todas las comidas las hago yo. Eso no te lo había contado. Ya sabés que a mi Vieja le revienta cocinar. La dejo que se aproveche, y he aprendido más que la Petrona. No le iba a decir enseñame a cocinar que dentro de poco me hará falta. Vas a engordar de prepo. Parecés león de circo pobre, pura melena y bolas.

–Gracias, mi amor. Vos también estás muy linda. Eso seguro que no te parece una tontería.

–Era una joda. Para ver si cambiás un poco la cara. Sabés que me gustás así. Acá sería un escándalo, pero la semana que viene te lo voy a demostrar. Además me agacho y veo todo blanco. Te voy a gastar cuando te agarre por mi cuenta. Más te vale que me tengan controlada. Tenés estos meses para ponerte fuerte, yo sé lo que te digo. Mirá si te querré que me aguanto ante las tentaciones apolíneas que trae mi vieja. Ahora está hinchando con el Danielito Portman. ¿Te acordás del Danielito, el hijo del Doctor Portman? Que ella siempre me hacía gancho para meterse en la jai society. No es al único que trae por casa, pero sí al que más bola le doy, para que ella me deje tranquila. Es un chico inofensivo. Aparte que como conoce toda la historia trata de ayudarme. Charlamos bastante, porque él también tiene sus problemas. Quiere irse a Israel, a hacer la revolución en un kibutz de esos. Imaginate los viejos, que ya lo veían al frente de la empresa. Así que nos consolamos mutuamente.

–Puedo imaginarlo.

–Salí, es feísimo... Pero en serio, es buen muchacho. A ninguno de los dos nos interesa más que tener un amigo con quien poder hablar. Y las familias chochas, porque nos imaginan sentando cabeza. Espero que algún día lo conozcas. Me parece que ustedes se entenderían. Además siempre le regalan entradas para todos los espectáculos. Imaginate poder

ir gratis al cine, al teatro, a los recitales... De eso también nos vamos a desquitar. Vos ya sos bohemio viejo, pero a mí tenés que llevarme a todos lados hasta que me canse. Aunque con vos no me voy a cansar nunca. Mi amor, no sabés cómo sueño con ese momento. Las ganas que tengo de estar a tu lado hasta la madrugada por los bares, en las guitarreadas con tus amigos, volviendo despacito a casa... ¡Uy, pensé en volver a casa! ¿Qué hora es...? A ver si acaba la película antes que llegue, y ya está mi viejo en la salida. Acompañame, por favor, no quiero que nos separemos todavía. Dale, aunque sea hasta una cuadra antes de Cinerama.

Obedeció. Es la mejor manera de designar su comportamiento. La acompañó pisando con cuidado, porque era como si no conociera esas calles. La otra metáfora, del terreno neutral, cobraba proporciones físicas. Se despidieron con un beso larguísimo y ella salió corriendo. También corriendo volvió sobre sus pasos, para colgarse de su cuello y besarlo otra vez, antes de perderse en la Galería. Neutral o no, ella se desplazaba perfectamente allí. Evidentemente era su terreno. Él se quedó mirando las columnas, las vidrieras de los negocios, oscuras en su mayoría. La calle semi vacía. Se fijó que habían abierto un nuevo local nocturno en la vereda de enfrente. Se llamaba Camelot. Como tantas cosas en momentos así le pareció un nombre que proporcionaba claves. Traía la referencia a mundos imaginarios. Él se hallaba en uno de ellos.

Desde que volvió ella lo sentía. Había algo de irreal, de ficción quebradiza, en ese retorno. Precisamente, pensaba, había creído despertarse con el sueño de su presencia invadiendo la húmeda soledad de un sueño en el que la evocaba. Quizás todavía no se había despertado. Seguía siendo un sueño. Al menos las horas pasadas mantenían inalterable esa sensación. Todo transcurría bajo otra luz. O mejor dicho, bajo otra penumbra. La misma que lo envolvía en la calle que intentaba abandonar con esfuerzo. La que rodeaba el letrero de Camelot y traía lejanos cuernos de caza, el rechinar de cadenas y puentes levadizos, avisando del peligro de trasponer ciertas murallas. Aunque él ya estaba adentro, había aceptado el invisible y movedizo suelo que pisaba.

Se fue silbando bajito. Le aguardaban jornadas de callada lucha. Estaba otra vez en la aventura que creyó acabada. Tenía por delante un paisaje a medias conocido, cuya densidad era la de la niebla, la del vapor

que sube desde el mantillo en los bosques. Esa bruma húmeda, que con los primeros rayos de sol, o los últimos, traza planos y más planos entre los árboles, sugiriendo espejos que se traspasan, criaturas mitológicas, fondos oceánicos, donde la vida es otra. Donde hay que moverse con infinito cuidado, porque una rama que se quiebra, el asustado grito de un pájaro, incluso el mero hecho de hablarse a uno mismo, preguntar qué estás haciendo, o una radical entrada de luz, acabaría con todo.

Habían inaugurado la época de las brumas. Todos sus encuentros seguirían teniendo ese clima de ficción, de cosa en la que no se cree del todo, pero de la que tampoco se puede, o se quiere salir. El universo de los cuentos infantiles, poblado de personajes inverosímiles y situaciones absurdas. En el que nadie osa discutir cómo puede ser, o por qué. Donde se supone que el placer consiste en abandonarse a lo caprichoso de sus leyes, a las soluciones mágicas que todo lo pueden. Donde los Monstruos y las Ninfas intercambian constantemente sus papeles. Donde la Princesa, prisionera en la más custodiada torre del castillo, es quien arrostra todo tipo de peligros, para ir a ver a su Caballero doblemente encantado. Digamos que encantado de verla. Pero además sufre un encantamiento temporal, que aconseja guerrear sólo en determinadas lides, hasta que el triunfo de un definitivo beso, o el vencimiento de las invernales fechas, o ambas cosas superpuestas, lo liberen de la opresiva y represiva presa de la autocensura. No, ni estaba suficientemente claro, ni era una buena historia. Pero podría haberlo sido.

Y él había decidido que la única forma de tratar con aquello, se llamara fábula o cuento, sueño o pesadilla, sería siguiendo cada cual sus propias reglas. Que los hechos marcaran las conductas. Estaba harto de luchar en el vacío. Por qué no dejarla que se enfrentara al reto y las promesas declamadas. Él se había enfrentado desolado a la ausencia, y ahora lo hacía inseguro con su presencia. La amaba, tampoco eso había cambiado. Resignarse a la figura de amante, que debe oír impertérrito las mentiras de su querida, fijaba esta verdad. Pero ya no creía en ella, ni deseaba convertirla en su compañera como antes. Justamente mientras la escuchaba, tan transparente en su discurso, sus contradicciones y silencios fijos, se sorprendió calibrando el inmenso favor que le hicieran al abortar lo del Juez de Menores. ¿Cuánto hubiera tardado en explotar la

verdad de la aberración cometida? ¿A cuántas concesiones imperdonables lo hubiera arrastrado el amor y la responsabilidad asumida? Pety diría que era un desgraciado con suerte.

Notó la sonrisa al pensar en su amigo, recordando que otro de ellos, Claudio, le había mandado decir con Silvestre que se pasara por Junín. Sospechó de qué se trataría. Mejoraban sus pasos, o quizás reconocía viejos territorios, incansablemente recorridos en otras épocas. Se alegró de la protección que le había dado su burbuja, al mantenerlo en la distancia conseguida. Sí, carajo, seguía queriendo a esa chiquilla. Difícilmente lograra ayudarla, pero no le negaría la oportunidad, el capricho de jugar aquel tramposo juego. A pesar de lo inamovible le gustaba jugar con ella. ¿Se estaba convenciendo de que existía alguna posibilidad? ¡Oh, el azaroso mundo del amor! Mejor no contestarse por ahora. Mejor mirar con nostalgia aquella entrada en el 354, y empezar a subir las escaleras.

Desde la oscuridad del zaguán observaba el pasillo, la baranda de hierro, el patio con alguna ropa aún tendida. Del baño salía Enzo, envuelto en una robe, evidentemente sabedor de la visita porque corrió a abrazarlo. Despejó de inmediato su extrañeza por el silencio reinante. La Alejandrovna se había ido a vivir a la casa de su novio, el Jefe de Sección que tenía en Gas del Estado. Yanpol sólo aparecía muy de vez cuando por allí, y últimamente hablaba de vender aquello a una Constructora. "No te lo vas a creer, pero la fijación le agarró en cuanto empezaste con el Desván. Ze queda en la puta rúa –lo imitaba burlón–, y al día ziguiente eztá al frente y vive en el mejor Café-concert de la Ciudad. Yo quiero ezo. Así que la idea era vender las casas de arriba y abajo, comprar Elodía, y arreglarse vivienda al fondo." "Decile que si quiere le mando la Negra para que lo ayude." El risueño gesto de terror de Enzo daba a entender que no trasladaría la sugerencia. El asunto es que allí sobrevivían Emi, Claudio, y él. La Gata Verde se hallaba en vías de lento Kaput. El resto de habitaciones cerradas. Nunca se volvieron a alquilar. Aclaró que Dany dormía en este momento en su pieza porque Claudio prefería que hablaran a solas. Lo acompañó y luego llamó en la del fondo.

No se había equivocado en cuanto al tema convocante. En realidad, el que ya había tratado Claudio ese mediodía con la Sultana. El conflicto latente era la relación creada con el chico. El provisorio acuerdo de cuidárselo, mientras ella conseguía trabajo y se independizaba cumplía un año, y no había la menor esperanza de solución. Por el contrario cada vez trasnochaba más, yéndose la mitad de las noches con el que la manoteara, jeteaba a todo el mundo, o de repente invitaba ella con la guita que le daba el Armenio, aparte de traficar la maconia o la coca que le sacaba. Iba barranca abajo y sin frenos. Así que decidió el ultimátum: O se llevaba ya mismo al Dany, o le firmaban los papeles para adoptarlo.

Le explicó a Jorge, lagrimeando, que el pibe hacía rato que le llamaba Papá Claudio. De la misma forma que él se acostumbrara a presentarlo como su hijo. Algo con lo que ambos comenzaron jugando,

y ya era tan real como la filial relación construida. La madre no sabe, no contesta, y el padre desaparecido en combate. ¿Qué otra cosa podía hacer...? En cualquier momento un capricho –por otra parte lógico y legal– los separaría. Sufría mientras esperaba eso y sufriría más después. Mejor liquidarlo de una. Él lo pasaría mal, ¿pero y Dany...? Prefería no imaginar siquiera el quilombazo que se le armaría en el bocho. Aceptaba que él no era el mejor ejemplo para un niño, pero se había cuidado muchísimo delante suyo, y el cariño de esa convivencia era patente en la alegría y felicidad que irradiaba el pendejo, a punto ya de cumplir los cinco años.

Le juraba que buscó los términos más discretos y razonables al planteárselo a ella. Le habló del amor que sentía por Dany, y que el centro del asunto era no perjudicarlo, darle la vida que evidentemente sus padres no le daban. "Al pedo, ya la conocés, es incapaz de seguir una idea, responder moderadamente sobre lo que se le expone. Entró a llorar y gritar que le quería quitar su hijo. Todos estábamos en su contra. Por supuesto, vos y yo los primeros. En lugar de contestar o pensar se larga a acusar a los demás. Por lo visto, menos ella, es culpable hasta Gardel de la vida que lleva. Se me fue a la mierda toda la prudencia y consideraciones. Me jode un huevo que con todo lo que has hecho y seguís haciendo por ella, se pase días y noches embarrándote hasta las cejas. Le recordé que a los dos días de haberse metido a tu pieza ya andaba contando mentiras por ahí, y que yo fui uno de los que te avisó. O sea que la acabara con los delirios de mujer engañada. Todos los engaños y traiciones a lo acordado fueron suyos. A partir de entonces si la aguantaste fue por lástima y no otra cosa. Desaprovechó la única oportunidad de una amistad sincera que intentaba ayudarla. Y podía berrear e inundarme la pieza, pero era hora que oliera su propia mierda. Porque seguía teniendo techo y comida gracias a esa compasión que tan mal pagaba."

"Y con respecto a lo otro, le dije que quien ostensiblemente se había quitado al hijo de encima fue ella, endosándome a mí, con más mentiras y promesas, su tenencia y manutención. Nada menos que un año después se acordaba de aullar pelotudeces. Si yo no le hacía este planteo Daniel cumple el Servicio Militar viviendo todavía conmigo. Claro..., la Tía Claudio le cuida al chico, se lo viste, educa y alimenta,

y ella aparece a visitarlo una vez al mes, porque vos la obligabas, que eso también lo sé. No, che, esa sí que vive de Puta Madre, su profesión. Y te lo quería contar, porque cuando se lo lleve te lo va a querer meter en casa, especulando con que no te atrevas a negarte. Ojo, porque te convertiría en la niñera. Ella no va a dejar de irse de joda."

–Perdón..., una pregunta –hasta ahí Jorge no había abierto la boca más que para los mates o fumar–: ¿El planteo, para que fuera legal, debía ser a los dos padres, no?

–¿Al Bebe...? Ese... –se volvió de donde estaba cebando y lo miró sorprendido–. Yo a vos quiero tenerte siempre de amigo. Joder, Jorge, enceguecido con la loca aquella no se me había ocurrido. Mirá que sos filoso cuando querés. Arreglado el paquete. Creo que puedo encontrar un teléfono suyo. Y aunque se va a poner como una fiera a mí me respeta. ¿Qué pasa, tenés apuro?

–Llevo un día un poco pesado, sí. Dame el del estribo y rajo. Te agradezco que me advirtieras.

Cuando llegó a Pringles, sentados en la vereda estaban Hugo, la prima, y un chico alto que no conocía. Saludó, disponiéndose a encarar el pasillo, pero Hugo lo retuvo del brazo, rogándole que se quedara un momento porque quería decirle algo. ¿Qué pasaba, habían decretado jornada oficial de conversaciones con él? Iba a pretextar algo, pero el otro, bastante nervioso, ya le estaba contando la buenísima mala nueva. Esa tarde su prima lo llamó para preguntarle si sabía qué era ese quilombo en el departamento tres. Desde una de las ventanas de su casa veía la terraza, y allí se hallaba Ariel con otros más gritando barbaridades y tirando muebles o algo así al patio. Según Hugo, que salió corriendo, estaban borrachazos o mambeados, puteaban contra él, contra la casa, pateaban y golpeaban las mesas y sillas que quedaron allí tras el asado, y las revoleaban abajo. La Sultana y él les gritaron si estaban locos. Y el Flaco, sin parar de tirar cosas, dale con que estaba harto de laburar allí sin que nadie le diera bola, que se fueran todos a la puta que los parió, y él también se iba a ir de esa porquería, nadie lo explotaría más. Como escuchó que Hugo le decía a la Negra que iría a buscar a sus primos y hermanos, pareció entender que se le complicaría la cosa y, aunque sin dejar de insultar, bajó con los amigos y entró a juntar sus pertenencias en un baúl que se llevaron al coche que tenían en la puerta. Lo que a él le jodió, y lo

decía compungido, fue notar que cargaba también con la Garibaldina de Jorge, esa militar tan linda.

–No te preocupés, hace rato que le tenía tirado el ojo. Me la pedía prestada cada dos por tres. Se ve que no quiere tener que pedírmela más.

–¡Pero eso es robar! Vos lo dejabas vivir gratis en tu casa y...

–Ya está, Hugo, olvidate. Se fue. Menos bulto, más claridad.

–No, esperá... Allá adentro hay un despelote en el patio. ¿Querés que te ayudemos?

–No, Huguito, mañana a lo mejor. Vengo de un par de batacazos hoy, sólo quiero acostarme. Gracias, sos un amigo –también tocaban agradecimientos en línea.

No obstante preverlo, la ojerosa salida de Sully de la cocina le atacó la poca paciencia que le quedaba.

–Sí, ya sé, Sully. Hugo me paró en la vereda y me contó la salvajada. Pero he conseguido esquivar los restos y creo que puedo llegar a la escalera.

–Jorge..., yo no he tenido nada que ver.

–Eso espero. Mezclar porros y anfetas a veces provocan esas cosas hasta en los cerebros vacíos.

–Yo quería hablar con vos, porque...

–Negativo, Negrita, entendeme, hoy no. Sea lo que sea te digo ya que no. Ahorrame problemas, venía cargado y encima me encuentro esto –empezó a subir.

–¿Pero..., qué vas a hacer?

–¿Qué...? –se volvió hacia ella incrédulo–. Acostarme, si me dejan. ¿Qué preguntás, che?

–No..., es que Ariel se ha ido y...

–Tenés razón, habría que brindar –pasó a la cocina y se llenó una copa de vino, retomando la postergada ascensión–. Me la beberé a la mala salud de un hijo de puta y su manera de pagar los favores.

–¿De verdad no te importa lo que ha pasado?

–¡Claro que me importa! Es un buen recordatorio de que no hubiera sucedido si estuviera solo.

–De todas formas –los sollozos apenas la dejaban hablar–, yo también tengo problemas y... Prometeme que mañana hablaremos. Me hace falta, Jorge.

–Por supuesto, che, te prometo lo que quieras. Es tan fácil prometer cosas. Mañana, o pasado, ya veremos. Buenas noches, Mami –la otra se quedó inmóvil por la manera en que añadió el cariñoso apelativo. No tenía por qué tomarlo como ironía, pero podría haberlo sido.

En cuanto el primer gris azulado solfeó a través de la pequeña ventana se vistió y abandonó sin ruidos la casa. Calculaba que a lo largo del día la Sultana recibiría datos nuevos de singular importancia. Cosa que quizás resolviera aquello, evitándole discusiones tontas. Paseando en la fresca soledad matutina enfiló las barrancas de Juniors en dirección al refugio de Amadeo. Por cortado que estuviera yerba tendría, y él portaba media docena de pancitos criollos, o sea que lo compensaría del abrupto despertar ocupándose del desayuno, porque el Negro cebando era peruano.

Más oh, sorpresa, el oscuro perfil de naipe –como jocosamente le decía Claudio– estaba con puertas y ventanas abiertas limpiando todo. Mucho peor, también plumereando libros, revistas y carpetas, con sus valijas abiertas en un rincón. Jorge no dejó por ello de cumplir su alimenticia tarea, aunque puteándose interiormente por lo oportuno que era realizando visitas. Sí, señor, los dueños de aquello le acababan de avisar que lo necesitarían para un hijo, y en dos o tres días debería buscarse la vida por otro lado. ¿Tenía algo en vista...? ¡Qué mierda iba a tener algo en vista aquel seco peligroso! Plena época de vacaciones, con sus caritativos mecenas –si es que le quedaba alguno– de viaje. La situación pintaba fulera. Por suerte su pertinaz arrogancia permitió que disfrutaran el sabroso empeño de su pupilo con el desayuno, hablando de uno y mil temas suficientemente alejados de la penosa perspectiva. Y después se negó a que lo ayudara, porque prefería hacerlo solo y meditando. De esa forma enfrentaba siempre estos contratiempos, que acababan por solucionarse. Parcela que Jorge entendía perfectamente, compartiendo incluso la difícil serenidad. Por supuesto, él ya sabía que si el otro no hallaba nada le ofrecería irse a Pringles. De cualquier manera todavía no lo mencionó, por si sonaba la flauta. Y cuando se fue contraía los hombros, ante la filípica que le endosaría Sigfrido.

Era el siguiente en su plan de la jornada, diagramada para no volver hasta el otro día con mejores perspectivas. Decisión celebrada por el arquitecto, que de inmediato lo subió al coche y rajaron a

Salsipuedes. También se hallaba de vacaciones, y preguntándose qué sería de la vida del maldito amigo que le tocara en el reparto. Por tratarse de lo más reciente Jorge le contó de Amadeo. "¡Sólo te faltaba meter a ése allí! ¿Por qué no buscás también un casalito de cocodrilos? De hienas y víboras estás servido. ¿Qué te creés, que va a buscar algo? Aunque no hubieras ido esta mañana, te caería con las valijas en cualquier momento. ¡Sobre boludo, ingenuo!" Bien, era lo previsto, y por eso lo largó rápido. "De acuerdo en la calificación final, pero nunca desagradecido. Acordate que desde que me vio jodido no paró hasta sacarme. Y en general me ha servido más de lo que esperaba. Si ahora me necesita no lo voy a dejar en la estacada." "Como quieras, hay aspectos en los que no tenés arreglo. Quitame la bronca, dale, vamos por orden en tus misteriosas y artísticas aventuras. ¿Qué pasó con el galán que te llevó al aeropuerto?"

Jorge echó mano de todos sus recursos histriónicos representando, dentro de las limitaciones del auto, las peripecias de aquella noche. Cuando llegó a la fantasmal aparición de la madre, su paranoia con la cubertería y objetos de valor, o las batallas con el tarro de mayonesa, Sigfrido alternaba carcajadas y momentos de pesar, poniéndose en el lugar del pobre Elías. A su vez le contó lo confundida y hecha bosta que se hallaba Sully, particularmente porque el dinero se lo diera a él. "Tenés que quitarte esas alimañas de encima." Entonces Jorge lo puso al tanto de lo hablado con Claudio, motivo de esta huida, y la burrada de Ariel. Como ya habían llegado, el otro cabeceó, a medias esperanzado, y le dijo que mientras preparaba unos tallarines lo entretuviera con lo sucedido en Villa Dolores, porque al ver su foto en el periódico calculó que habría sido interesante.

Tuvo que esforzarse, porque la mención de la foto lo empujaba a saltarse el orden pedido. Pero el tiempo de acomodar, servirse unas cervezas, y el entusiasmo del otro con lo que estaba preparando, lo calmaron lo suficiente para reseñar las fases positivas del Congreso. Las intervenciones de Sigfrido, preguntas específicas y demás, lograron que la comida transcurriera dentro del agradable marco que el anfitrión merecía. Sin embargo, cuando tomaban el café en la galería, cómodamente instalados en las reposeras, llegó el momento de relatar la tempestuosa entrada al mundo de sueños y pesadillas

que lo recibiera a su regreso. El arquitecto casi tira la taza en el salto que pegó, y no había manera de detenerlo en sus idas y venidas por la veranda, gritando como un poseído. Entró, se puso la malla, y lo arrastró bajando al río, porque necesitaba hundirse en el agua, nadar, lo que fuera, antes de preguntarle si era cierto lo que acababa de oír.

El resto del día fue un interminable especular, ambos sumidos en la misma sensación de incomprensible derrota, sobre qué motivos había para esa demoníaca conspiración en contra de lo racional y admisible. Concluyendo que esto sólo ella podía saberlo, y sin demasiadas garantías. Caminaron por la tarde, perdiéndose en la boscosa zona, conscientes de que aquella fronda era una avenida despejada, en comparación a sus trabajadas reflexiones. Pasó la cena, y el volverse a tirar sobre las hamacas, con las luces apagadas, sin buscar exprofeso los símiles que se amontonaban.

–En definitiva –Sigfrido sólo intentaba distinguir las vigas del techo–, ¿creés en lo que dice?

–Ni con la mejor voluntad podría hacerlo. Pasado lo pasado es imposible. Aunque más triste y desesperada, dice lo mismo que antes. Asegura lo mismo que antes, promete lo mismo que antes. Y no te da el más insignificante dato, que ilustre cómo y por qué se derrumbó aquello.

–¿Para qué querés esos datos, Jorge? ¿De qué te servirían ahora?

–Yo también me lo preguntaba ayer, escuchándola.

–¿Y la respuesta fue...?

–Que a alguien le servía no mostrarlos. Juzgamos si es necesario o no el querer saber. Cuando la pregunta correcta es por qué ella, obstinadamente, los oculta. Me conoce, Sig, y acumula suficientes pruebas de que si descubre una sola punta del hilo, quizás yo lograra ovillar la madeja completa.

–¿Vas a aguantar lo que te tire, especulando con el descuido en que se le escape esa hilacha?

–Para ser honesto, te diría que es la esperanza con que me excuso. En parte es cierto. Pero sobre todo esconde la debilidad que me agarra al tenerla delante. Ya no confío en ella, ni guardo el menor deseo de una vida en común. Sin embargo llega, y sé que sigo amando a esa criatura. Sólo quiero abrazarla, besarla, acariciarla, llenarme de su piel y su cuerpo, hundirme en ella y que pase cualquier cosa...

–¡Está bien, está bien..., acabala, no necesito más detalles! Bastante tengo con la sádica de Silvia, que debe ser quien inventó aquello de contar las cosas con pelos y señales. Mi teléfono es negro, pero se pone más rojo que yo cada vez que me llama. No quiero oír una palabra más de lo que hacés con ella ni con nadie. Soy muy amigo tuyo, pero es una provocación malsana, entendeme.

Para los dos fue un respiro la humorística protesta. Dio pie para que Jorge se extendiera en el tardío agradecimiento por la sorpresa que se llevó al llegar a la cabaña del lago. Sigfrido volcó todo un anecdotario sobre lo que fuera la idea inicial, y cómo cada vez disfrutaban más añadiendo algo e imaginando su cara cuando lo descubriera. También, y merced a las alborotadas llamadas de Silvia que estoicamente aguantaba, elogiaron la escondida inteligencia y versatilidad de aquella mina. Jorge reconocía el motor vital que le había devuelto. Y el otro ironizaba, aunque enternecido, lo bien que les había hecho a los dos atreverse a ser tan naturales y libres. A la mañana siguiente, en el desayuno, continuaban comparando, o completando, las versiones de uno y otra. Sin expresarlo, habían decidido no volver al derrumbamiento en los pasadizos. Sólo cuando lo dejó, en la puerta de Pringles, el arquitecto le deseó suerte, pidiendo que lo tuviera al tanto.

Había otro coche allí, que a Jorge le sonaba. Entró con temor, pero no, era de Amalia, la Taxi Loco, que junto a la Sultana doblaba y guardaba ropa en los bolsos. También eso se repetía, pensó. Algunos terremotos provocan consecuencias indescifrables. La otra tarde el animal del Ariel, la mañana de su visita Amadeo en plan Krishnamurti, y ahora Sully. Por lo visto la amiga, previamente instruida, abandonó las tareas diciendo que la esperaba en el auto sin ningún apuro. Jorge, apoyado en la puerta de la habitación, contemplaba la esperanzadora maniobra.

–¿Esto es lo que parece...? –intentó sonar relajado.

–Sí, por fin se van a cumplir tus deseos de quedarte solo. Agradecele a tu amigo Claudio. Pobre, a él también lo he tratado muy mal. Quería que le diéramos a Daniel en adopción y debió hablarle al Bebe supongo. Porque aquél, tarado como es, ensilló el potro y se viene desde La Rioja, con el rebenque en la mano, para llevarnos de vuelta

al rancho. Con los quilombos que tenés no quise añadirte otro y elegí esperarlo en Junín.

–Bueno, algo forzada, pero reconciliación familiar al fin.

–No digás pavadas. Si no se hubiera dado así, con el chico de por medio, ni con una escopeta me saca de acá. Sí, ya sé, vos en cualquier momento me ibas a echar. Pero hubiera conseguido cualquier cosa cerca, para poder verte al menos. No sé cómo voy a hacer para vivir sin vos. Creí que esto tardaría unos días en atacarme, la lucidez repentina de los condenados a muerte, ¿viste...? Sin embargo no he podido dormir, revisando un año que se me ha hecho tan corto.

–No obstante...

–No, mi amor, por favor, no digás nada. ¿Para qué...? ¿Qué es lo que cambiaría? Hice todo mal, Claudio tiene razón. Y vos, con tu puta sinceridad, también me lo advertiste. Mis fábulas, mis delirios, mis vicios... No soporté la evidencia de que habías dejado de amarme, aunque fuera de esa manera tuya, lateral y reservada a las compañeras de viaje. Quería castigarte, castigarme, destrozar todo alrededor. Coincidirás en que rompiendo soy mejor que construyendo. No busqués razones, Jorge. Yo tampoco las tengo. Ya inventaré algo si lo necesito, pero a nosotros no nos sirve. Te juro que al venir aquí tenía intenciones, incluso al ver lo sucedido con Graciela pensé acercarme a ayudarte. Sí, hasta soñé las pelotudeces que te imaginarás. Y sería fácil excusarme por la cobardía que me agarró, aduciendo la distancia que interpusiste con todos y con todo. No, sirva como despedida, jamás fuiste culpable de mis porquerías. Me refugio en todo eso porque no sé qué hacer con vos, con mi hijo, conmigo misma. Cualquier verso, cualquier elemento que me atonte es bienvenido. Sin embargo estar acá, de la estúpida forma en que estaba, seguirá siendo en mi recuerdo algo hermoso, porque estabas vos. Puede que tenga razón Claudio en que me aguantabas por lástima. ¿Pero sabés una cosa? El amor con que recibías, o me dabas un mate, se te derramaba por los ojos. Ahora mismo lo noto en la pose que mantenés. Sí, prendé un cigarrillo, te hace falta. ¿Ves...? No te lo pedí, pero sabías que yo también lo necesitaba y me lo pasaste. Quizás se trate de que ya no me querés, pero me seguís amando, esos artilugios del idioma que tan bien usás en tu poesía. Me amás porque sos incapaz de dejar de amar, hasta a quien menos se lo merece como yo. ¿Cómo podría devolverte eso...? Decime, te lo ruego, ¿qué podría hacer para no desaparecer de tu memoria

en cuanto atraviese esa puerta? Pedir que me perdonés es imbécil, lo sabemos. ¿Pero es que no habrá algo que...?

–Fijate que sí –a su pesar Jorge sonreía, para frenar el escozor en los ojos–. Se me acaba de ocurrir una martingala perfecta: Con la guita, que ambos sabemos que tenés, podrías pagar la conexión eléctrica. Esperá, no me empecés a odiar de nuevo –ella lo observaba cejijunta–. Creo que también coincidiremos en que yo cumplo mis promesas –la Negra cabeceaba, aún indecisa–. Muy bien: Te prometo que pondré en la cocina un cartelito que diga: La Sultana iluminó Pringles. ¿Qué tal...?

–Sos el hijo de puta más adorable que he conocido. Pero acabás de recordarme algo que tampoco me deja dormir. Decime la verdad: ¿Te acostaste con aquel asqueroso para que te diera el dinero del alquiler?

–No, lo siento, pero no hizo falta. Parece que para él también soy un hijo de puta, no necesariamente prostituible.

–¡Uff..., gracias! No me lo habría perdonado nunca.

–¿Esos bocinazos son de tu amiga?

–¡Cierto..., le dije que me controlara la hora! ¿Me ayudás a llevar los bolsos?

–Con tal de que te vayas hago cualquier cosa.

–No te pasés de hijo de puta, no me tentés... Vamos, mi amor, rápido, que se me acaban las fuerzas –realmente casi corrieron hasta el auto, y metieron todo a empujones entre el baúl y el asiento de atrás. Sully se volvió y lo abrazó–. Con tal de que me vaya me darás un beso, ¿no...?

Es probable que ninguno de los dos lo previera tan largo y tan cálido. Hasta que doblaron en la avenida, Jorge estuvo fijamente clavado en el rostro que lo saludaba desde la luneta trasera. También entró rápido y mirando a todos lados, mientras se restregaba el extraño escozor en la nariz y más arriba. Tal vez no fueran meses, sino algunos días, o muchas horas, pero había querido a esa mujer, y así la recordaría.

Estas otras horas, de nueva y deseada soledad, transcurrieron en mil quehaceres automáticos de bienvenida. A pesar de los tumultos que sobrevolaban, durmió como un bendito. Y en la ceremonia del desayuno con criollitos, plancha, y cebado del solidario y solitario

mate, silbaba melodías sin nombre. En plena faena de limpiar y acomodar, lo sorprendió el sonido del timbre. Otra vez apretó los ojos, pidiendo que no, que no viniera todavía. Sólo que al acercarse a abrir la ventanita de la puerta comprendió dónde estaba lo extraño. Y no llegó a contestarse, porque la cara del otro lado, feísima como siempre, era de la Amalia Ruderman.

–Hola, Jorge... Perdoná, pero estoy cumpliendo el encargo. Sully me dio la plata ayer para que pagara la conexión eléctrica. Y como tengo amigos en Luz y Fuerza fui a primera hora, rompiendo las bolas hasta que me prometieron hacerlo de inmediato. Vine a comprobar y quedarme tranquila.

–Bueno, si el timbre sonó... –el maleducado de siempre no hizo ni amago de abrir la puerta, cuestión que ella pareció entender enseguida.

–Ya está..., genial. Era eso nomás, te dejo con tus cosas. Ya nos vemos, chau.

–Chau, Nena, y gracias.

Por lo menos le dio las gracias. En algunos aspectos mejoraba. Bueno, como organizado no hace falta aclarar. Ya andaba, pieza por pieza, anotando la cantidad de bombitas imprescindible, las pantallas y veladores que harían falta, porque no le gustaban las bombillas peladas, la revisión del cableado y los enchufes... Ah, y el cartelito, que lo haría con Ricardo, no podía olvidarse del cartelito.

Lo que siguió fue una larga y densa repetición de lo entrevisto en el Paseo Sobremonte. Quisiera reconstruirlo como realmente sucedió. Y debo hacerlo yo. Nadie más podría equivocarse Tanto y Tan inexplicablemente. Pienso que el orden, la progresión de los hechos, puede ayudar a entenderlos. Pero aquí –y no se trata del único obstáculo–, empiezo a resbalar hacia la confusión. Las imágenes aparecen como si fueran las de un álbum deshojado que he recogido bajo el viento. Se funden unas con otras, se escalonan sin concierto. Tengo que discernir su arbitrariedad por el marco de fondo, por la ropa que llevábamos, o no llevábamos puesta, por el tipo de luz con que están iluminadas. En ocasiones por alguna palabra, que pocas veces define con precisión la fecha, el instante...

Puedo vernos, por ejemplo, atravesando el puente de la 24 de Septiembre, en dirección al boulevard donde tomaría el taxi para regresar a su dulce hogar. Supongo sería una de las contadas ocasiones en que me dejó acompañarla al irse. No hay más datos. Lo siento. Y nadie imagina cuánto. También la veo esperándome, en el vestíbulo de Broccio, a la salida del laburo que acababa de conseguir. Bien al principio debió ser, porque a pesar de la hora aún era de día. Y seguramente la primera vez que aparecía por allá, porque todavía no la conocían. El boludo de Geller, que venía del Depósito, antes de llegar a mi mesa ya había desgranado todo su catálogo de gestos y comentarios.

–¡Ché, Miranda..., ahí afuera te busca un Minonazo!

–¿A mí...?

–¡Sí, a vos...! Si fuera a mí, en un mes no vuelvo. Con razón andás así de flaco y llegás tarde todos los días. Nos tenés que pasar la receta.

–Es fácil: Me gustan más las mujeres que el trabajo. Y dejá de gritar, que estaré flaco pero no sordo. Ahora voy.

–No, aguantá... –me empujó de nuevo hacia la silla–, no salgás todavía, que están bajando los del Departamento Técnico, y quiero ver cómo se matan cuando empiecen a errarle a los últimos escalones. ¡Señor Ponce, Almagro..., vengan, no se la pierdan! ¡Yo sé lo que les digo!

Evidentemente la última parte de la arenga no me estaba destinada. Era tan chupamedias y chismoso el hijo de puta que arrastró hasta a los Jefes al mostrador de entrada. La otra mitad de la Empresa fue convocada por la telefonista, y yo prefería no imaginarme en qué términos. De todas formas mejor tomarlo con calma. Era divertido, parecía las salidas del colegio, cuando a algún condiscípulo lo venía a buscar la hermana. Aunque fuera un feto cochambroso, chueca y llena de granos, nos peleábamos por pasar cerca como lobos en celo.

Claro que Graciela nunca tuvo granos, y en cuanto al resto... De acuerdo, no puedo ser imparcial en eso, pero me costó encontrar la otra manga de la chaqueta al atravesar la puerta batiente. Cuando se lo proponía podía ser un espectáculo. Y estaba claro que esta vez se lo había propuesto. Llevaba un vestido violeta, cortísimo, y de una tela que parecía danzar en torno a ella, aunque sin despegarse por suerte cuando se movía. Sólo ese vestido costaba más de lo que cualquiera de nosotros ganaba en un mes. No, ojo, la apreciación no es mía. Yo podía sentir lo del movimiento, y saber que le quedaba como para justificar de sobra el alboroto que había a la entrada. Pero soy incapaz de valorar esos detalles, o distinguir las joyas de la bisutería. Para mí, en la indumentaria, está bien todo aquello que ayude a realzar el contenido. Me da igual que sea una camiseta de tres mangos, o un conjunto de cuarenta mil. Es más, me quedo con la camiseta y gastamos la diferencia festejando. Según Cristina, eso es porque soy un animal insensible como todos los hombres. Cristina es la Cajera de Broccio. Otra a la que le quedaba genial cualquier cosa, y a quien nunca pude ver en camiseta. O mejor aún, sin ella.

–Sos un animal, Miranda –además leía el pensamiento la Cristinita–. No sé qué hace esa chica con vos.

–Si yo te contara...

–¿Ves que sos un animal...? Todos ustedes son iguales. Parece que no tuvieran otra cosa en la cabeza. Pobrecita...

–¿Por qué pobrecita...? Recién dijiste que llevaba encima un sueldo nuestro.

–¿Un sueldo nomás...? Eso era el vestido. Entre la carterita, el cinto, y las botas, había otro tanto. Sin contar las pulseras o la cadenita que llevaba al cuello, que ya serían sueldos de Directivo.

–¡Que lo parió..., te olvidaste de las medias! Ah, y el reloj... ¿De qué marca era el reloj...?

–No sé, era muy chiquito, pero de oro también. Y sería un panty lo que tenía, bruto. Con un vestido tan corto no podés usar medias. ¿No ves que ni de eso se dan cuenta ustedes?

–Ponele, yo soy un bruto. Pero todavía no me explicaste lo de pobrecita.

–Qué sé yo... Parecía tan triste hasta que te vio. Se la nota muy enamorada. Supongo que irás en serio, no...?

–Tan en serio que por las noches lloro.

–No te hagás el gracioso. Una chica así no te la vas a encontrar todos los días. Es preciosa, tiene estilo, y además debe ser jovencita, no...?

–Demasiado.

–¡Qué más querés...! Pendeja, metida, y encima con guita. ¿Cómo te llevás con la familia?

–No me llevo.

–¡Ah...!

Se comprende que esa charla fue posterior. Cristina, desde su ventanilla, la había diseccionado. A mí se contentó con juzgarme sumariamente, y confinarme en el grupo de los que no saben lo que tienen. Cada tanto me lo recordaba. Por eso guardo tan fresco lo que rodea la aparición en Broccio de aquella figura, que iba siendo cada vez más ella y menos Graciela. No, ¿qué digo...? Cada vez era más Graciela. Aunque no me guste nada la idea, era así. Quien nos iba abandonando, o la abandonaba a ella era Nubedil.

Físicamente el único cambio es que estaba más delgada. Y quizás también el color del pelo, que se le había oscurecido un poco. Por lo bajo, pero le silbé al acercarme. Agradeció el cumplido con un mullido beso, o fueron dos a lo mejor, que además de los carraspeos y toses in situ, significaron mi calvario en los meses siguientes. En cuanto alguna de las secretarias o mecanógrafas pasaba cerca de mi escritorio, les advertían que respiraran con naturalidad, porque si no me tiraría a hacerles el boca a boca. Me llamaban Limpieza Faringea, El Beso de la Muerte, El Pulmotor de Broccio ¡Guarda, que ahí viene Respiración Artificial! En cierta medida esa popularidad inesperada me

ayudó, porque volcó hacia el humor y la condescendencia resignada mi absoluta falta de contracción al espíritu que se suponía en un trabajador ejemplar. Igual que Cristina pensaba que era un buen tipo, pero nunca sería un buen novio, mis Jefes aceptaban que rendía a la perfección, apuntando al dorso que jamás sería un buen empleado. Otro de mis sinos. Hay cosas peores. Estar dándole vueltas a esto es una de ellas.

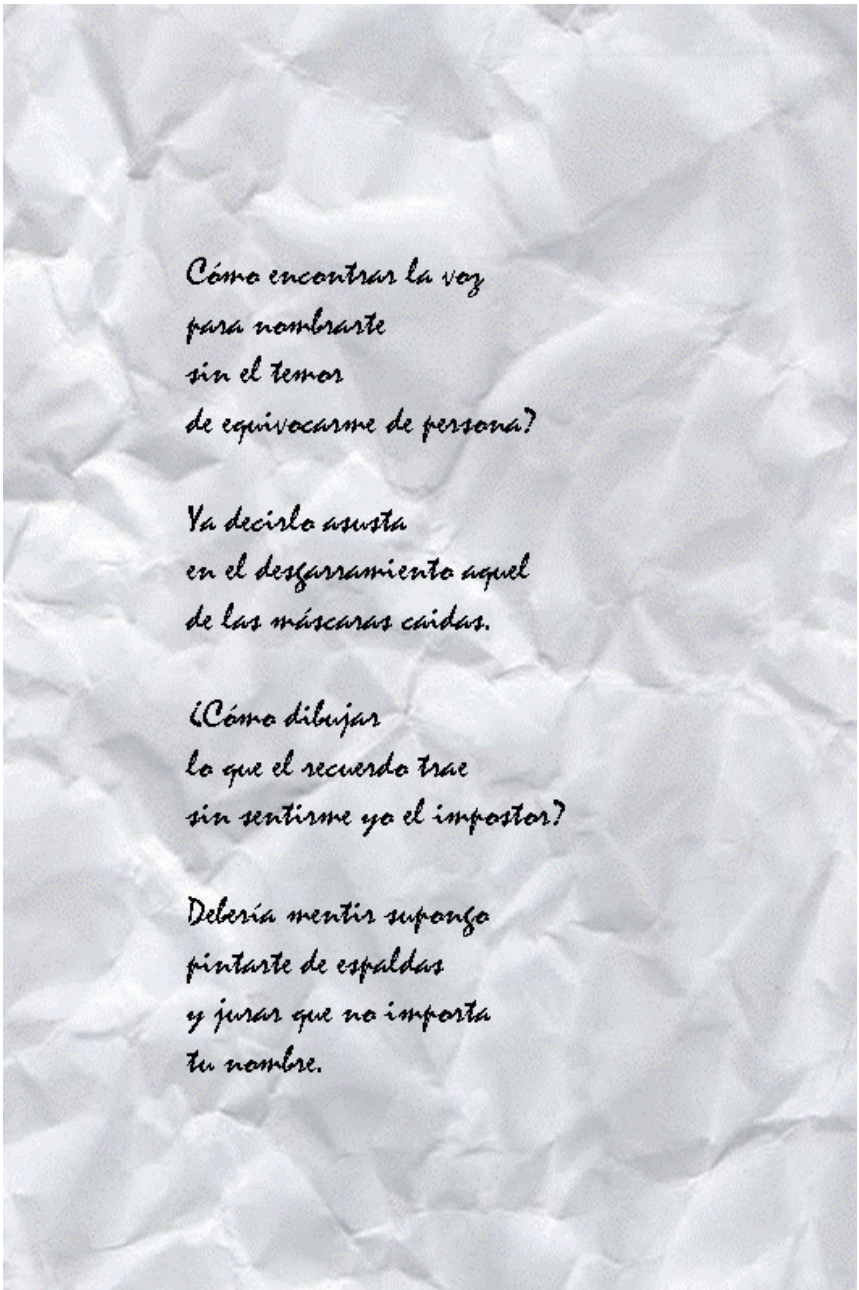
Porque si bien recuerdo lo narrado, no hay forma de dar un paso adelante en lo que nosotros hicimos. Calculo que habría sido de lo más normal chapar un taxi y salir cagando para casa. El animal era yo, sin embargo quien marcó el territorio fue ella. Así que el animalito laburante levitaba de orgullo mal contenido ante la conmoción provocada. Éramos dos exhibicionistas hiperexcitados, o sea que lo del taxi se imponía, y creo que hubo carreras de ese tipo. No obstante imposible asegurar que entonces fuera así, y tampoco que nos hayamos quedado por allá. Más de una vez me fue a buscar a la salida, para dar una vuelta juntos y volverse. Al fin y al cabo vivía a menos de ocho cuadras y podía permitirse esas escapadas. Quizás fuera una de ellas. Creo que le pregunté a dónde iba tan arreglada. Y contestó que lo había hecho sólo por mí. Para gustarme, y porque estaba celosa de la cantidad de mujeres que había allí.

La explicación se correspondía con ella. Lo que ya no cuadraba tanto era que hubiera podido hacerlo sin llamar la atención en su casa. Pero entonces alegaría que no había nadie, o que ella regresaría antes. Todas suposiciones, claro. Porque saber ahora qué era lo que pensaba y qué lo que decía, en una época que casi no decía nada... Me amarga tanto esta impotencia que quisiera inventar algo para rellenarla, para mitigarla. Duele aceptar que no se recuerda lo vivido, porque entonces es que no se vivió. Y por fuerza que haga buscando, vuelvo una y otra vez a su imagen, hermosa y detenida.

A lo mejor para certificar que a esa imagen le faltaba la picardía en los ojos de otras ocasiones similares. Se la notaba complacida de ella misma y de mi orgullo. Pero no decía con la alegría de antes: "No tenés novia, Gorosito..." No, ahora sonreía con aceptación. Como si en ese ambiente de oficinistas no pudiera ser de otra manera. Asumiendo la admiración de las diferencias. Ofreciéndome lo inalcanzable. Sólo que yo

nunca deseé esa parte de su belleza. La que amaba y quería compartir era la otra, la que latía bajo su alegría. Aquella fresca hermosura, que podría haberme ayudado a revivir. La que nos habría salvado a ambos.

Eso debe ser lo que la memoria oculta. El lento y progresivo ahogo de la alegría. Nada sobrevivió a aquellos encuentros. Apretamos a fondo la ambigüedad de las excusas, la pasión jadeante, y el vértigo de lo que se ha ido confundiendo con el tiempo. No hay respiración asistida que valga cuando el amor se hunde en el silencio.



Cómo encontrar la voz
para nombrarte
sin el temor
de equivocarme de persona?

Ya decirlo asusta
en el desgarramiento aquel
de las máscaras caídas.

¿Cómo dibujar
lo que el recuerdo trae
sin sentirme yo el impostor?

Debería mentir supongo
pintarte de espaldas
y jurar que no importa
tu nombre.

> El 27 será un día capicúa / todos los 27 de este año / lo serán.
> ¿Y los otros / trescientos cincuenta y pico / con qué excusa me levanto...?

"No me digan, che, el ánimo del Chico era portentoso. Y como puede verse sus poemas también. Espero no traicionar un secreto al revelarles que éste se llamaba Un 27 del 72. Enigmático título, sobre tan profunda y vitalista reflexión. Muy, pero muy enamorado debía estar el mariconazo de Amadeo, para elogiar la producción literaria de aquellos meses como lo hizo. Conociendo lo farsante y buen actor que es mi amigo, obviaremos la repercusión habida en el dichoso Congreso de Villa Dolores. Extraña época, de extrañísimos y no siempre justificados acontecimientos en general. La casa los vivía, y a veces los sufría, como fiel reflejo del acontecer de su dueño. Bueno, se supone que siempre debería ser así. Y comprenderán que no incluya como tormento a la Silvita Planas más que para nosotros, o sea los de afuera."

Nosotros añadimos, innecesariamente, que la cariñosa voz es de Pety, quien continúa sus reflexiones tras la última visita: "Menos fácil de explicar es cómo hacía para ser una casa tranquila. Aunque el vuelo de ciertos pajarracos ayudaba. Esa atmósfera se respiraba, y ya no había que aguantar a la Esfinge Sully, divagando sobre las protectoras influencias de Acrópol. Pero más allá de los Manes Rectores es cierto que Pringles irradiaba buena onda, como apostolaba Carlitos Silvestre, totalmente imbuido del lenguaje y las hierbas del tiempo. En fin, considerando las marejadas que a veces se movían entre sus paredes, el mérito del departamento tres era grande. Principal y tormentoso maremoto la reaparición de Graciela. No obstante venían más olas, en su mayoría provocadas, o relacionadas con el poético viaje. Un verdadero entrecruzamiento de causas y efectos. Y de personajes causados por las causas. O efectos causados por las personas afectadas. Y nuevos afectos, afectados tanto por los efectos como por las causas y las personas."

Si no se había tomado un tripy, será que el estilo criticado resultó más contagioso de lo predecible. Cuando llegó, en horas de la tarde, Silvestre y Jorge trabajaban en la revisión de cables y colocación de lámparas. Pero antes, esa misma mañana, el segundo visitaba el Estudio Contable donde estuviera empleado años atrás. Los sucesivos pagos del alquiler iban mermando el discreto capital con que contaba. Por lo tanto se imponía conseguir un rebusque para mantenerlo. A uno de los antiguos jefes se lo había encontrado en el boliche cuando hicieron lo de Doña Rosa. El otro se alegró al verlo en lo que consideraba un buen negocio. Sin embargo ya entonces Jorge le advirtió que no era definitivo, y quizás lo buscaría más adelante para que le recomendara alguna colocación sin demasiadas pretensiones. Ahora con los tres, bromeaban nostalgiosos y repetía su necesidad. Le hablaron de un colega bien situado en la empresa constructora más importante de la ciudad. Se pondrían en contacto con él, porque últimamente andaban tomando gente para las oficinas. Que les llamara esa misma tarde a ver si ya había noticias.

Se fue sintiendo que las habría. Enterado de lo sucedido con Carlitos, su siguiente detención fue en la peluquería, también cerrada por vacaciones, pero con un recibimiento tan alegre que lo emocionó. La madre lo hizo pasar, y lo primero que le enseñaron, en un tablero de corcho ubicado en el pasillo entre la zona de trabajo y la vivienda, fue el recorte de su foto en el diario. Tuvo que reseñarles los últimos acontecimientos, dividiendo Silvestre las exclamaciones de gozo por los benéficos abandonos, y la consternación por no saber cómo tomar lo de Graciela. De todas formas pasaron a su búsqueda de empleo, y que le vendría bien un compinche para dejar instalado todo lo eléctrico, antes que un horario fijo lo limitara. La mujer casi empujó a Carlitos, advirtiéndole que no volviera hasta haber puesto aquello en condiciones.

Fueron juntos a comprar apliques, pantallas, y veladores, pataconeando después hasta la ferretería de su ex-condiscípulo, donde cargaron el material específico que faltaba. Silvestre le informó sobre la deserción de Ricardo, a quien había llamado su hermano, el pintor de obra, porque chapó una serie de chalets nuevos, ofreciéndole laburo y buena guita. La cagada era que el Pasto Seco –así apodaban

al hermano por lo que chupaba– no era la mejor compañía para quien estaba en tren de cuidarse. "Olvidate, Jorge, ya está bebiendo y emporrándose como antes. No sé si se mete algo más, espero que no. Pero al menos en el trato sigue tan genial como cuando arreglábamos la casa. Prometió acercarse por allá en cuanto aflojara un poco el biabón este."

Después de comer y descansar un rato se pusieron a la tarea, comprobando si no habían dañado nada en las reparaciones. Pety llegó justo en una pausa para matear. El desbordante entusiasmo de Silvestre liberó a Jorge de buena parte del obligado noticiario, y aprovechó asimismo para hacerse un viaje hasta la Estación de Servicio, donde estaba el teléfono público. Algunas de las opiniones del narigón, que revisaba la vivienda de arriba abajo, ya han caído por ahí. Lo que mientras tanto cayó era alto, flaco y negro. Jorge entró, le vio la cara, y supo que se cumplía lo profetizado por Sigfrido, aunque las centellas de los negrísimos ojos de Pety al oír los lamentos no estaban incluidas en la profecía. Decidió que había que actuar con rapidez.

–A ver, Amadeo, acaban de comunicarme que tengo casi con seguridad empleo. Parece que puede andar entre los cuarenta y cinco o cincuenta mil mangos. O sea que cubriendo el alquiler, ómnibus y puchos, quedaría lo justo para morfar apretando la cosa. Calculo que al principio, lo que más me va a costar es adaptarme a esa puta división de cuatro horas por la mañana y otras tantas por la tarde. No sé con qué ánimo pueda ocuparme de la casa. Entonces vamos a voltear los dos pájaros de un hondazo. Mi propuesta es que te instalés en la pieza que ocupaba Ariel, encargándote de la comida, limpieza y compras. Confío en tu experiencia para administrar el magro presupuesto, y si falta algo me lo decís y ya veremos. ¿Estás de acuerdo?

–¿Por qué vas a pagar vos solo el alquiler? ¿Cómo hacías con los otros? –ninguno de los tres comprendía, ante semejante oferta, el envaramiento retumbante de quien dos minutos antes lloriqueaba su destino.

–Negro, sabés muy bien cómo lo habíamos acordado, y que no se cumplió nunca.

–Yo no soy la Sultana –fue imposible evitar las carcajadas.

–Salta a la vista, Amadeo. Sos mucho más feo, y espero que mejor ama de casa. Lo que te propongo es por eso.

–Yo no quiero limosnas –no, no se lo iba a poner fácil–. Me decís cuánto es la mensualidad y yo pago la mitad.

–¿Pero..., qué ataque te ha dado de repente? Hemos hablado mil veces sobre lo que pago. Dejate de huevadas, querés. No tenés un mango, no tenés trabajo, ¿de dónde ibas a sacar la guita?

–Eso son cosas mías. No quiero que después nadie me pueda echar nada en cara.

–¡Uyy, qué quilombazo cargás en el bocho! Lo siento, pero mentalmente estás peor que la Sultana. Escuchame bien: Sabiendo que no tenés de dónde rascar, intento no meterte presión económica. Así que decime si estás de acuerdo con lo que planteé al principio y listo.

–Estoy de acuerdo, pero pagando la mitad del alquiler.

–¡Otorgado! –lo que no se puede no se puede, y además es imposible–. Señores, ustedes son testigos que acabo de subalquilar esa pieza a Onassis, quien se encargará del mantenimiento integral de la vivienda, pagando además veinte mil pesos por mes. ¿Estás contento ahora...?

–No tengo llave.

–No tenías llave. Tomá... Y bienvenido al caro hogar.

–¿Jorge..., me vas a volver a discutir que cuando no tenés problemas te los buscás? –Pety no esperó para intervenir, el bufido y la retirada del Negro, aparentemente a buscar sus cosas–. Este tipo no te va a pagar un centavo, porque ni lo tiene ni ha pensado en serio hacerlo. Ahora nos reímos de su estúpida soberbia. Pero hay que ser muy hijo de puta para comportarse así, y mentirle a alguien que te está abriendo su corazón y su casa. Ponele que le llamemos demencia traumática, o como se te dé la gana. Estás confundiendo agradecimiento con pelotudez. Porque el día que esos ataques te llenen el tarro, y lo echés, el malvado serás vos. A mí no hace falta que me echés, me voy solo. Con la escenita de recién ya tuve bastante.

Jorge lo acompañó hasta la calle, reconociendo lo acertado que estaba. Y no se trataba de hallarse confundido sino, como él le decía, de una manera de ser que mantenía, a pesar de saber cómo terminarían sus intentos. Silvestre, menos radical, sí que estaba confuso e incrédulo. Era incapaz de entender lo sucedido, y al igual que Jorge optaba por desear que no se repitiera, consciente de que en

el rol designado aquél podía cumplir con lo que allí necesitarían. En días subsiguientes el Negro vino a ayudar y fueron arreglando la pieza. Además de lo esencial, con bloques de cemento y tablones conformaron estanterías hasta mediar dos paredes de libros. Este era su capital más importante. El resto de pertenencias podía transportarlas en un par de bolsos. Así que ese mismo fin de semana se hallaba totalmente instalado.

Jorge también, en Broccio S.A. Tal como pensara, le costó agarrarle la mano al horario discontinuo. De la oficina, lo que allí denominaban trabajar, prefería ni hablar. Basura monótona para peleles aburridos. El desafío personal consistía en no dejarse atrapar por la enfermedad del sistema. No llevarse ni una imagen al abandonar el edificio del Bulevar Las Heras. Él les vendía unas horas, aportando responsablemente hasta donde le dejaran, pero nada más. No quería verse como la mayoría, arrastrando chismes, frustraciones y miserias, furiosos por el trato recibido, o asustados ante la posibilidad de perderlo. Y, por supuesto, tampoco estaría en su tiempo libre mirando el reloj, porque uy, mañana hay que levantarse temprano. Sí, claro, los dueños del asunto querían eso, esclavos disciplinados, temerosos y obedientes, sin otra vida que el trabajo. Mire usted, Señor Jefe, su tía se va a acostar temprano para rendir fresquito al día siguiente. Con él al menos, si pretendían un robot les entregaría un zombi.

Amadeo, tan trabajador él, se horrorizaba ante sus teorías. Lo perseguía con recomendaciones cuando se quedaba leyendo o escribiendo hasta tarde. Incluso lo cagaba a pedos si volvía de madrugada en las pocas salidas que entonces hacía. Continuamente vaticinaba enfermedades y despidos.

–Tenés que cuidarte, Jorgito. Tanto trasnochar y..., las otras cosas. Sos joven, pero...

–Sí, abuelita, no se preocupe. Mire, estoy tomando leche, ¿vio...?

–Pero hay que dormir, descansar más. Si no, mañana en el trabajo...

–Acabala, Negro. Si por ahí noto que se me cierran los ojos, me escapo al baño y pego una cabezadita. O me acerco a la cocina y le pido al ordenanza que me tire con un café doble.

–Tampoco es bueno tomar tanto café.

–¡Carajo, che, si te diera bola me encierro en un Convento! ¡Dejame vivir, querés! Andá, seguí con tus cosas, enseguida me acuesto. En serio, un puchito más y apago la luz. Te lo prometo.

Era una madre aquel desgraciado. Como si no hubiera tenido bastante con la puta que lo parió. En fin, paciencia, ya vendrán tiempos peores.

21 : 09 : 72
21 : 35 : 04

Así y todo antes de cerrar miró hacia atrás. No, no lo siguen los perros. Están adentro. Pobre..., tan jovencito y aullidium tremens. La culpa es de ese pendejo de mierda. No, el de la parejita del puente no. El Diego de los huevos y sus historias. Demasiadas historias, demasiados brindis para un día así. Se impone un buen café. Un café tamaño baño. O meterse a la cama y que se vaya todo al carajo. Total la fiesta de la primavera enferma gracias al médico se ha prolongado hasta el lunes, así que tres días enteritos para ventilar el bolero. Bueno, un poco bolerístico ha sido, pero lo que tenés que ventilar es el balero. Y no pensés en ventiladores, porque algo más que dé vueltas y...

Menos mal que habías decidido jornada de reflexión vos. Remanso. Tachón. Descanso, incomunicación total, y todo eso... Porque si te llegabas a proponer hacer relaciones púbicas... Joder con la dislexia, no aparece en cualquier lado la muy puta. A tachar, a tachar, hasta enterrarnos en la mar. Qué feo que cantaba el Paco, otro aguardentoso en las movedizas aguas. Y hablando de pintura marina un consejo de amigo: Ni se te ocurra acostarte, porque el maelstrom de Pope va a ser una tormentita de palangana en comparación. ¿Por qué te creés que estás tan agarrado a la pared? ¿Para supervisar posibles descascarados? Haceme el favor... Dale, che, portate como un hombre. Estás en tu casa, se supone que pasando revista a la situación. Muy bien, el gesto sería ese. A ver... Todo se halla en el mismo estado de despelote organizado que lo dejaste. ¿Y cómo iba a estar...? Ojo con lo que contestás. Porque confluimos en la evidencia de que ni ha venido ni iba a venir nadie en tu ausencia a arreglarlo. Qué cagada de feliz y solitaria vida, ¿no...?

Bueno, no sumemos cagadum al delirium. El asunto es que te espera triple trabajo. Pero eso será mañana, o pasado. Ahora a encender

todas las luces, que esto es un maullido. Tachón, boludo, maullido es lo de los perros de afuera que están adentro. Aunque maullar maullan los chats y no los chiens. Cochons, qué chamuyo gabacho chinchado de chés. Debe descender del chino. ¿Un chino descendiendo...? Vos sí que venís en bajada. No, no era descender, era encender las luces, para que la casa no sea un museo de sombras chinescas con forma de perro. ¡Ya está, lo agarré, eso..., un mausoleo penumbrero! Pero en seguida lo cambiamos. Ahora mismo, en cuanto esté iluminadito...

Sin embargo lo del chino... ¿En qué se parece un chino...? Claro..., el chiste boludazo que me contó Dieguito. Era buenísimo. Sólo que no empezaba así. Y no, no era tan bueno. A mí no me hizo demasiada gracia. En realidad me reí por con permiso. A tachar de nuevo. Esto de la dispepsia tampoco tiene gracia. Se me mezclan todo el tiempo los chinos y las palabras. Aunque algo de gracia provee, porque la dispepsia también viene del vino. Jé, qué sutil está el tremens. ¿Dónde estaba...? El tremens acá adentro, ya sabemos. Dónde estaba yo es lo que pregunto. Por ahora tironeando, como un poseso sin seso, de la puerta que da al patio, en lugar de meterle un patadón. ¿Y por qué habería de aplicarle el puntapié, si se puede ingerir...? Porque siempre la abrís así, bestiún. Aparte que abre hacia fuera, claro. Menos relaje, eh, que lo caté enseguida. Sólo le estaba ajustando el picaporte. Mirá qué bien me salió esa: pica-porte. Y tiene pinta de hacerse la difícil. Pero yo como si nada: Pica-porte, mani-vela, mani-nija. ¿Velas...? ¿Era eso..., iba a buscar velas para el museo? Che, no me confundan, manga de alborotados. Yo chupo, y los enanitos se ponen en pedo. No hacen más que pasarme sonseras. ¡Ya pagamos la convención, atrasados! Bah, fue la Negra, pero da lo mismo, hay luz enérgica, no necesitamos velas para este barco oscuro.

Dejate de velas, querés... Era el café lo que tenías que buscar. Ah sí, es verdad, pero después vino otra cosa y... Joder, se debe haber ido. Parece mentira lo rápido que vienen y se van. No somos nada. De cualquier manera si se quedó el café será por algo, digo yo. Falta saber dónde y listo. Pero aún así tanta neblina y tanto silencio... Esto sigue pareciendo un caudillo lleno de muertos. Claro que para poner música tendría que volverme hasta el zaguán. Con lo derechito que iba llegando a la cocina. Y hasta podríamos haber convertido el café en algo más que una dispepsia, antes que se vaya. Eh,

eh..., no me gusta ni bosta el podríamos. Nada de pluralizar. Estamos bien singular y solito el yo conmigo. Bueno, calmate, Jasón. De acuerdo, visto de esa forma... Entrevisto será, porque acá no se ve ni lo que se habla. Empezá desde la entrada, como tiene que ser. El orden lo primero, y a prender todas las luces.

Encendé el veladorcito también. Sí, dale, aunque ya esté la del techo. Si dijimos todas las luces tendrán que ser todas las luces. Así que volvete allá. ¿Es una luz, no...? No seás vago, ya sé que de cuarenta nada más. Pero aquí se han aburrido las diferencias. ¡Viva el socialismo, carajo! Ajá, con que abolidas, ¿no...? ¿Y entonces por qué el velador de la pieza de arriba ostenta bombita de cien y éste sólo de cuarenta? ¿Porque en aquella leés vos y acá tirás tus huéspedas? ¿No considerás cultas a tus mamacitas? ¿No tienen derecho a leer? ¿A ellas no se les cansa la vista...? ¡Y callate lo que estás pensando, degenerado! Que lo parió, será cierto nomás, no hay peor caña que la del mismo pelo. ¿Che, no veo que estoy medio mareado? Un poco de consideración autónoma. ¿Sabés qué te digo...? Que la coherencia praxilógica no se mide en kilovatios. ¡Tomá..., lo cagué a mí! Soy una feria para estas cosas. ¿O sí se medirá también en vatios...?

Basta, Eisenstein, soluciones, no problemas. Veamos: Por decreto los dos veladores, el de arriba y el de abajo, permanecerán apagados. Se quedarán en el mausoleo de las eternas sombras. Según dicen, los muertos son todos iguales. ¡Bravíssimo...! ¡Sa-la-món, Sa-la-món, te grita la afición! No, ésta no queda así. Lo que tiene que cantar la hinchada es Sa-lo-món. Claro, pobre, al ser la hinchada es normal que se le trabe la luenga. Se trabucaron con el salame por aquello de que el tipo decidía a tajos las cosas. Construía atajos en las disputas de las madres. ¿Era él, no...? Porque el del nudo Gordito creo que era otro. Alfonso el Manso, si no me falla la maromia. Aunque ese es el que coapilaba las indias y las manumetía por encomienda. Otro adelantado en tajos el sabio de las cantatas. Hay chistes peores. No muchos, pero los hay. Por ejemplo el del chino, que empieza con un rollito de primavera para convertirse en un cerdo agridulce. ¿Cómo me iba a chicotear a mí aquel infeliz, y justo hoy, con esa porquería de la primavera? A él lo tendría que tachar. Dejá que me concentre, ya van a ver. Aunque eso cuando baje. Porque subir las escaleras y concentrarme, las dos cosas juntas en este momento...

¡Ya lo tengo...! Esto de la piromtecnia no falla. ¡Alejandro el Manco! También conocido como el Manco de La Pinta. Se habrá caído de la calavera en la batalla naval y se lo hizo pomada supongo. No creo que lo perdiera por descuidado, le habrían puesto Alfonso el Distraído. Y vos bajá despacio, que la historia no perdona con los apodos, y esta escalera tampoco. Parece de las mecánicas cómo se mueve. ¿O será un terremoto sísmico? Eso me faltaba. Sí, terremoto... Un bruto pedo mísmico es lo que hay. ¿No ibas a preparar café, vos...?

Esperá, arrodillate y pedile perdón a la historia. No era ninguno de los Alfonsos. Que te arrodillés, chantún, no que te sentés en el piso. Era un escritor el del brazo. Ahora sí. Y lo perdió porque se lo cortaron. ¡Qué obsesión con los tajos! Extremadamente peligrosas para las extremidades estas guerras. No obstante la cosa es que el brazo que le coartaron debió ser el de la espada. Porque el de la pluma y la palabra lo siguió usando tupidito. Y desde entonces se cambió a las manchas. Normal que terminara loco. Claro que en esa época las manchas jodidas eran las del honor, o las del alma, que te las limpiaban a la brasa los de la Tintorería La Inquisición. O las de herrumbre producidas por la armadura, que es como le dicen los andaluces al espíritu inflexible. Y encima escribir de todo eso tecleando con una sola mano. Lo que yo digo, un laburo de locos. No como este deambular, más de caballo que de caballero, por las baldosas de un patio lleno de horas al cuete. O seasé el arrastrado guerrear de un tarado que con todos sus miembros sanos, no contemos la cabeza, sólo mira, y borrosamente, su ridícula demencia. Sáquenle la foto, lo largué de una y sin tachones. Mejor me quedo un ratito así. No era sólo la escalera. Este piso traidor también se ha contagiado. Déjenme respirar hasta que amaine el temblor. Enseguida vuelvo.

Dispuestos a hacer balance de las operaciones llevadas a cabo, digamos que al comienzo derrochábamos una voluntad palpable, apasionadamente palpable, de ponernos al día. Casi todas las semanas concedías una aparición, y de inmediato desaparecíamos bajo las sábanas. Habría que precisar, como dato revelador y constante, que la forma en que hacíamos el amor daba la impresión de ser más una despedida que un encuentro. Agotadora manera de destruir una esperanza. Agotadora hoy la tarea de reunir sus partes. Querer aislarlas y resumir un progreso, si lo hubo, hacia alguna parte. Me declaro incapaz. No sé si puedo recordar siquiera una vez en particular que albergara esa forma. Ubicarla en su transcurrir, y detallar entonces cómo nos desnudábamos, como nos besábamos en las pausas, ponderar si avanzaba la calma o el desaliento. A diferencia de algunos antes y después mencionados, que se beneficiaban de concretos datos externos, aquí había una misma y menguante luz, emitida por los cuerpos, produciendo todas las variantes del placer y la desesperación, en una sola e interminable secuencia de empecinados amantes luchando contra ellos mismos, mientras los vaciaba el tiempo.

Supongo que pasaba los días mirando hacia la puerta por donde debías entrar. En realidad las horas del día que el trabajo me dejaba. Daba vueltas por la casa, leía, escuchaba música, me ponía con mis papeles, pero siempre con un ojo en tu llegada. Y entonces, tras el ruido de la llave, te encontraba callada, observando con expresión entre curiosa y atemorizada un espacio en el que no sé lo que veías. Iba hacia vos, te recibía también callado contra mi pecho, y nos dejábamos comer minuciosa, lentamente, por la emoción que expresaban las manos en el pelo, por los ojos que subían y bajaban y se cerraban como si escurrieran lágrimas, pero sin ellas. Te apretaba deseando que de verdad fuera la última vez, la definitiva, que ya no tuvieras que irte nunca más. O nunca más volvieras. Escuchaba el quejido de tus vértebras, pero no te soltaba. Me arañabas despacio, me desprendías los primeros botones de la camisa. Besaba tu boca, te mordía la barbilla, el cuello, te alzaba en vilo y hundía los labios en tus pechos. Te llevaba así, entre gemidos y tirones de pelo hasta la escalera, hasta nuestro refugio acolchado en la pequeña habitación de arriba.

No siempre dormía allí, ahora también lo hacía en el dormitorio grande de abajo. Pero fue en esa cama, en ese sueño, donde te metiste tras mi regreso de Villa Dolores. Y seguimos soñando allí, fuera del mundo, aislados de los otros circunstanciales habitantes de Pringles, la larga vigilia de los encuentros. Además te gustaba esa habitación. Toda nuestra historia estaba en sus paredes. Y no se trata de una metáfora. Evidentemente esos dos cuartos en la terraza fueron añadidos con posterioridad. Los ventanucos eran pequeños, y las puertas se hicieron con listones gruesos, sujetos por dentro con otros en zeta. Desde el primer momento los asimilé como mi refugio ideal. Exteriormente los blanqueamos como abajo y barnicé las puertas para mantener el estilo de rusticidad. Pero la más grande –contagiado quizás de la experimentación de Ricardo en la cocina– sirvió para que, recogiendo sobras y mezclas desechadas, fuera jugando cada día a manchar, salpicar, y distribuir caprichosamente en sus paredes –mantuve blanco el techo–, un abigarrado fondo que cambiaba y evolucionaba como mi ánimo. Nadie más participó en esto, ni permití siquiera que opinaran. Confieso que, de una manera bastante distraída, obtenía cada vez el placer de irme acercando a la atmósfera que mejor representaba lo que en mi burbuja sucedía. Debió ser natural por lo tanto que una mañana necesitara comprar aquel tacho de pintura negra. Al fin y al cabo era mi color y el de Acrópol. Resultara lo que resultara no podía deprimirme, porque ya había alcanzado las cotas más altas de ese estado. O sea que hasta podría actuar de revulsivo.

La visión lograda hasta entonces semejaba el entrar a un bosque con las últimas horas de luz. Muy apropiado, me decía. Mil senderos, formas y figuras extrañas, ojos vigilantes, y hasta alguna ardilla, pululaban en la salvaje fronda. Instintivamente diluí el negro, buscando que los brochazos cubrieran pero no taparan. Una vez seco me sorprendió que realmente sucediera así. Al no ser aplicado como una capa uniforme el tono general mantenía la densidad de aquel bosque mental, acentuando lo justo su oscuridad. Los comentarios de quienes fueron accediendo al fenómeno se comprenderá que no coincidieran en absoluto con mi satisfacción de muralista. Sólo Ricardo cabeceaba, pensativo, y me preguntaba cuál sería el próximo paso.

Ni siquiera se me había ocurrido que existiera algún tipo de continuación. No obstante, pocos días después, en el arrebato por anotar algo me descubrí con una tiza en la mano. O sea que encontré lo útil de un pizarrón cuádruple para el torrente de autoconmiseración que me desbordaba. La frase será una porquería, pero como pintura realista es vital y generosa. Al menos la forma en que se miraban los visitantes entre ellos, tras torcerse el cuello siguiendo las notas desperdigadas, y abandonaban la pieza con riesgo de caer por la barandilla, me lo hace pensar. Soy un artista a contracorriente. Lo segundo es seguro. Me afirmo en el rechazo. Expresiones tales como: ¿Por qué no te ponés a escribir en serio y dejás en paz las paredes?, definieron mi vocación.

El germen de los poemarios de Nubedil estuvo ahí. En esa habitación y su desplegado cuaderno de notas. La performance me animó a pegar el duplicado de un par de poesías con las que estaba particularmente contento. Marcelo, divertido y solidario, trajo fotos de paisajes andinos, selváticas ruinas mayas, y playas caribeñas con el mar turquesa. Yo seleccionaba y añadía. El penumbroso fondo admitía y encuadraba lo que le tiraran. No es de extrañar que una tarde sacara del baúl la caja de nuestras fotos. Gracias a la manía de tu Viejo y su máquina alemana, contábamos con una cronología casi perfecta de los inocentes años. Preparé un engrudo suave y las fui distribuyendo hasta en el techo. Los Beatles pidieron un lugar preferente, al igual que las pocas sacadas en el Desván.

Cómo negarme al voluntarioso aporte de Hugo y esos grabados que hacía con punta roma sobre el papel de aluminio que envolvía alfajores y chocolates, o en las tapas selladas de los envases de café. Normal, a partir de ahí no recuerdo el orden exacto en que sucedió, pero toda la habitación se fue convirtiendo en un solo mural colectivo. El primer cambio del diseño definitivo, la zona base, la había impuesto yo tras entrar a Broccio y encontrar la fotocopiadora del subsuelo, y la de los planos en la Oficina Técnica. Aprovechando que necesitaban horas extras para actualizar el archivo, me ofrecí como voluntario un par de fines de semana. Ellos chochos y yo también. En esa relativa soledad me escapaba hacia las máquinas, copiando todas las fotos y ampliando algunas, para reemplazar ventajosamente los originales, ya que me permitían pegarlas por completo, superponerles textos, etc.

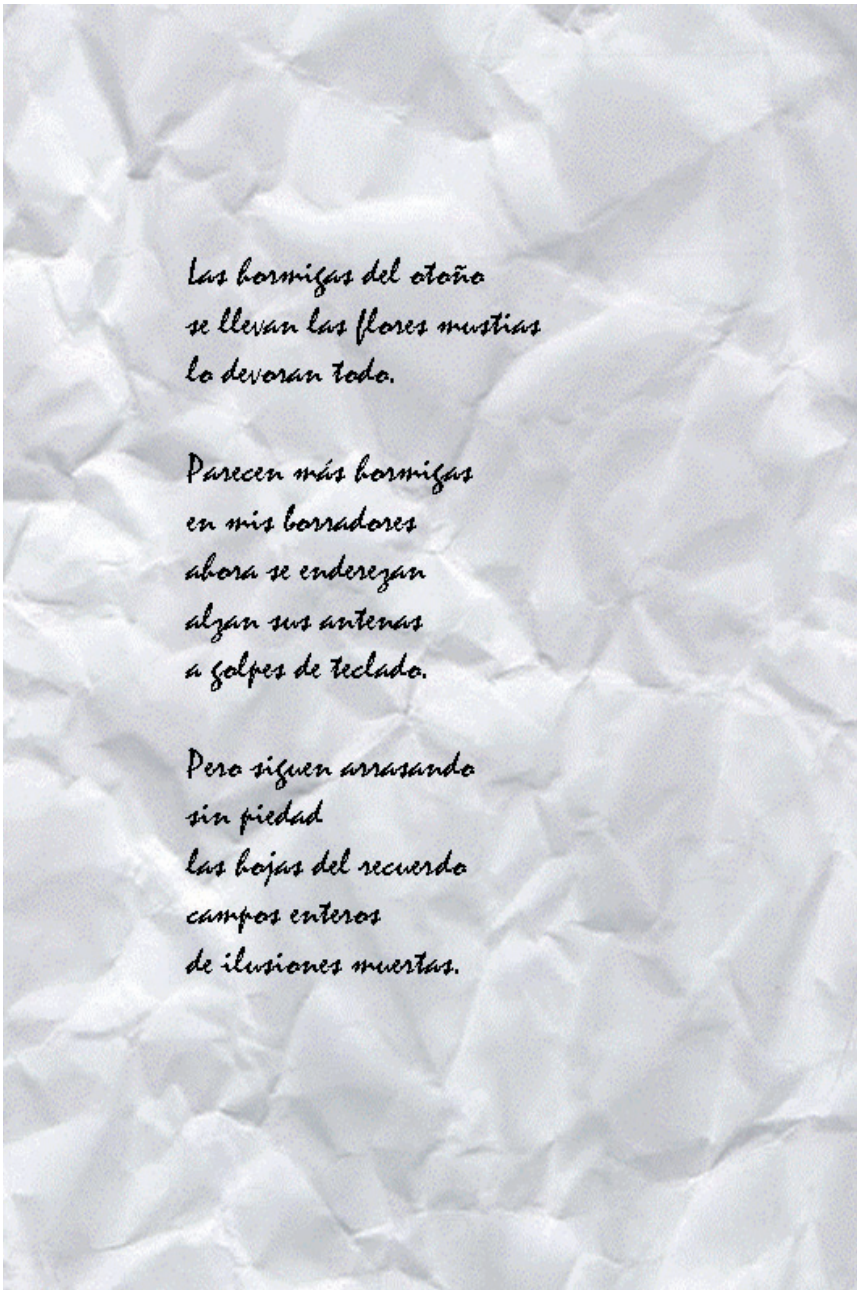
A los relieves y collages logrados se sumó Camargo, armado de pinceles finos, plumilla y tintas varias, y fue imbricando fragmentos de mis poemas bajo la forma de caminos, encuadre de fotos, espirales, oleajes, silueteados... Como pasa siempre cuando me aparto, la celda que debía ser retiro se convierte en el centro obligado de reunión. Con lo grande que era la casa todos querían tomar mate allí. Parecían visitas guiadas. Pasen y vean el mural de Jorge. Mentira, ni eso, nadie se conformaba con ver. Ricardo agregó sus lápices de aceite y empezó a colorear zonas, dibujar enjambres de mariposas, pequeños sátiros confundidos saltando y chocando con nuestras innumerables reproducciones. Después y a lo grande un afiebrado centauro acropolíneo, con el que te enfrentabas nada más entrar, asentado en tres planos desde el ángulo en que se juntaban techo y paredes, en diagonal a la puerta y lanzando como flechas laberintos de letras. Supuestamente para defenderse de las miríadas de hilos flotantes con que las Nubediles intentaban envolverlo. Tuve que expulsarlo bíblicamente. A Ricardo, con el Centauro no me metía. Y pedirle por favor que explayara sus mitologías en las paredes del patio o donde fuera, pero que ya estaba bien, si lo veía subir con algo en las manos lo tiraría por la escalera. La joda es que mientras tanto, aprovechando la distracción, Silvestre había claveteado unas ramas de sauce y Hugo un calcetín viejo. Bueno, el calcetín sirvió para guardar lápices y biromes. La única rama que pude sacar, sin lastimar el collage, la usé para mantenerlos alejados de ahí en más. Por suerte, porque Pety ya venía con fotos de Trotsky y Rosa Luxemburgo.

Ahora que lo pienso, sos la única que nunca intentó participar del progresivo mural. No sé si considerarlo extraño o normal. No tiene sentido especular con lo que habrías hecho en otro momento. En este tiempo, cuando la lujuria menguaba, te dejabas absorber por él. Te sentabas, envuelta en la sábana contra la puerta, o te arrodillabas en la cama a mirarlo. A veces seguías con el dedo nuestros perfiles, o el último texto incorporado, como si acariciaras algo lejano. Dijiste que sólo yo podía hacer algo así. Insistí en que todos habíamos puesto algo, pero no me dejaste terminar. "Ya lo sé, pero eso no importa. Esto sos vos. Sin vos se caería a pedazos. Nadie más puede amar de esta manera. Sí, estamos nosotros, en realidad está todo el mundo acá dentro. Hay un calor tan lindo... No sabés lo que es cerrar esa puerta y sentir que una también... No, claro, lo que vos sentís es que estás en tu habitación, y no te importa

tener que salir después. En tu piecita de Junín pasaba igual. No tenías nada, y no faltaba nada. Aunque hiciera frío se quedaba afuera. No, vos no lo sabés. Sos capaz de hacer esta maravilla, que yo de vergonzosa no me atrevería. Esperá, entendeme, es genial, esto es..., de locos. Pero a mí me habría dado vergüenza pegar mis fotos en la pared, y menos en el techo. O las tuyas... Verte hacia cualquier lado que mirara, multiplicarte, escribirte, hablarte, acostarme, apagar la luz sabiendo que seguís ahí... No, vos estás tan hermosamente chiflado que podés vivir así. Pero ese mundo que has puesto acá, el que llevás siempre encima, no es el de los demás. Yo quisiera alcanzarlo. Quisiera amarte de la misma manera, pero lo miro y tengo miedo de perderte, de salir y no saber volver, de no tener jamás esa fuerza para amarlo todo. Abrazame, por favor, no dejés que me vaya."

Sin embargo a continuación te ibas. Te tenías que ir, claro. Esa era la realidad real. Y le quitabas trascendencia a lo dicho prometiendo volver lo antes posible. Afirmando que ya faltaba menos. Que haríamos nuestra toda la casa. Que no te llevara el apunte cuando aflojabas, eran los nervios y la impaciencia. Lo decías con tanta seguridad que era mi turno de sentir miedo. Porque había algo en los hombros, en la forma de moverte, mientras comentabas esto y recogías tus cosas... Algo que no tenías, arrodillada y desnuda llorando contra mi costado. Me daba miedo tener que decidir cuándo mentías, o te equivocabas. Cuál debía ser el rostro para guardar hasta tu próxima visita. Proponías con descaro el último envión lascivo contra la puerta, rememorando aquellos adioses en tu casa. Desafiando el voyeurismo del Centauro. "¿El último...?" Preguntaba yo, hundiéndome con desolada furia en tu cuerpo. "Por hoy, tonto." Respondías en mi oreja, entregada.

Me besabas, me estrujabas en la despedida. Te volvías después para saludar cada tres pasos. Sonreías con tanta confianza. Pero ya había notado qué era el algo de tus hombros, en qué se diferenciaban de tus hombros desnudos. Ahora tenías frío. Caminabas con aplomo, pero con frío. Toda tu figura se iba encogiendo antes de perderse. Al girar allá en el zaguán, embocando la vereda, ya habías desaparecido en un mundo helado y blanco.



Las hormigas del otoño
se llevan las flores mustias
lo devoran todo.

Parecen más hormigas
en mis borradores
ahora se enderezan
alzan sus antenas
a golpes de teclado.

Pero siguen arrasando
sin piedad
las hojas del recuerdo
campos enteros
de ilusiones muertas.

Al regresar Estela y Marcelo de las Europas convocaron cena en su domicilio. O sea que el pretexto del trabajo por esta vez le sirvió a Jorge para cortar, aunque bien tarde, con la parte que le tocaba. Las mil anécdotas que traían ellos colorearon la reunión. Sin embargo el interés seguía cayendo en sus percances y novedades, sopesando la faceta emergente de descreído que ejercía con Graciela. Quien a su vez parecía postularse como la paladina al rescate del asfixiado amor, previamente estrangulado. En la otra zona, también llamada Pringles, el descreído descreía cada vez más de Amadeo, a pesar de sus dotes administrativas, culinarias –nos referimos a la interminable gama de arroces con lo que cayera, no sean mal pensados–, y la impecable limpieza exhibida en el hogar. Una pena de equipo, porque todavía rodaban sincronizados. Ambos pedaleaban a buen ritmo, acudían a los relevos, se turnaban para tirar de acuerdo a las características del terreno, se exigían, se apoyaban... Aquello semejaba el ensamblaje perfecto. Hasta que al Negro se le cruzaba el palito en la rueda, y cagaba fuego la contra reloj. Descontando que siempre se le cruzaba en el peor momento, en plena subida montañosa digamos, como para que no hubiera forma de evitar la guastada. Demasiadas guastadas y resbalones inútiles, para la paciencia del jefe de equipo, que no estaba precisamente sobrado de ella.

Lo ahogaba esa actitud generalizada en que todo era falso, estúpido, vacío... Salvo los presentes –correcta y pertinente salvedad– la mayoría mentía, o se mentían, o ambas cosas. El antiguo circo en marcha. La misma función mil veces repetida, para el mismo público, que sigue agotando las entradas. Y no servía lo de la magia del espectáculo, el niño que llevamos dentro, el miedo, la admiración, la catarsis... Porque sucede que hablaba del circo en el que transitamos cada día, ese en el que se supone que amamos, que luchamos, en el que trabajamos y nos ladramos la vida. El del pobre y triste espectáculo que representamos, alternando los papeles de saltimbanqui, acomodador, payaso, público, o maestro de ceremonias.

Aceptaba el derecho de cada uno a asumir los roles que le vinieran en gana. Pero no ese esfuerzo insensato por mantener a toda

costa la ficción por encima de la realidad. Esa insoportable voluntad de engaño, defendida con uñas y dientes. La desesperada negativa a crecer, protegiendo no al niño, sino al idiota que llevamos dentro. El que juega a ser Superman, se ata un delantal al cogote, y se escracha al saltar desde la terraza. Menos risa, entendamos el discreto y prudente símil. Recordando que, por desgracia, junto a él se escrachan más de quince y más de veinte, gritando viva kriptón, o viva la patria, que viene a ser lo mismo.

Con todo el respeto y consideración al acróbata –sigamos la metáfora–. Al verdadero acróbata que, justamente porque no se cree Superman, estudia y practica con seriedad la gravedad de las leyes de gravedad. Sabe cuándo es necesaria la red, cuándo el cable que lo sujeta por la cintura, y también se preocupa porque lo sepan igual de bien quienes lo vayan a acompañar en el salto. Éste no se engaña ni antes ni después de lo que pase. Pero por cada acróbata de verdad encontramos miles de mentirita. De esos que se ponen mallas ceñidas y muñequeras hasta para ir a los asados. Los que hacen propaganda doctrinal a voz en cuello, reclutan adeptos, cuentan en tecnicolor las hazañas pasadas y venideras, dicen no hay problema, tenemos todo controlado. Y a la primera pirueta de altura se quedan sin dientes, echándole la culpa a que las condiciones, digamos atmosféricas, no estaban dadas.

La joda es que a esta última conclusión es a la que se aferran los boludos que vienen detrás. La vieja excusa, como el circo, sigue funcionando. Es mejor soñar que ver. Claro, confunden soñar con cerrar los ojos. No hay explicación que valga para tanta ceguera voluntaria y autista. Un poco de seriedad, che. No..., no cara de dogmático bulldog, seriedad de razonar a tiempo. Volvamos al ejemplo simple: No se puede estar dentro del circo y creer en la magia. El Mago cree en su habilidad como prestidigitador, en los trucos incansablemente ensayados, en la conveniente puesta en escena, en sus discursos de distracción. Precisamente en lo único que no puede creer es en la magia, porque sabe que sólo es el nombre que se le da al resultado provocado por lo anterior. No se pueden preparar los cajones y las cortinas, y después creer que hay una mujer serruchada. Nadie, medianamente despierto, bajaría a hacerse el domador con los leones del zoológico. Ni intentaría atravesar el patio con una escoba en las manos, y sobre la soga de tender la ropa.

Hasta el más tonto de los payasos ensaya cien veces el cachetazo que lo tirará por los aires. Y siempre sabiendo que la triple vuelta hacia atrás sale de sus piernas, nunca del golpe, en realidad inexistente.

Menuda acumulación y menudo rebote llevaba encima. El descreído reconocía que al pensar en todo esto se le mezclaba la furia y el miedo. Semejante voluntad de engaño, constante y generalizada, no presagiaba nada bueno. Por supuesto, según el campo en que se moviera la metáfora circense, era mayor el miedo o la furia. Aunque en muchos predominaba el aburrimiento. Una perspectiva maravillosa. Acababa de cumplir veinticuatro años y se sentía cansado, desilusionado, viejo, peleado con el mundo. Cuando, a pesar de la marabunta enfrentada, tenía más ganas de vivir que nunca. Sólo que se negaba a hacerlo compartiendo ese carnaval de mentiras. Lo que quería vivir eran las interminables verdades que lo rodeaban. Las veía, las iba conociendo cada vez mejor. Se desesperaba por decirles a los demás que estaban ahí, apenas encubiertas por lo otro. Que valía la pena abrir los ojos y salirse de la cinta transportadora. Pero esa línea no daba tono. Y si lo daba, por la cara con que lo miraban quedaba claro que se había equivocado de número. Por eso trataba de convencerse que ya estaba bien de intentos, que cada cual se comiera lo que cocinaba, no tenía por qué importarle. Intentaba usar la misma anestesia temporal que le iba permitiendo atravesar las brumas. A veces lo conseguía. Si tiene solución por qué preocuparse. Si no la tiene, por qué preocuparse. Los arroces de Amadeo empezaban a dar resultado. Un poco más y meditaría en la posición del loto.

Con ese ejemplar chocó el Colorado Roca cuando fue a proponerle que hicieran juntos un recital de poesía. Por supuesto, Jorge se lo agradeció conmovido, pero sugiriendo que buscara a otro porque no estaba en vena. Juan Carlos Roca pertenecía al grupo de poetas jóvenes, junto a Marquitos, que además de salvarse de la mediocridad general habían sido reclutados por el Negro, con la idea de formar un taller literario. Jorge participaba, aunque no siempre, de las tertulias que se hacían en la casa. Le gustaba el ambiente, eran gente más o menos de su edad, y creativamente se entendían. No obstante, la pomposidad y el envaramiento de Amadeo lo cansaban enseguida. En realidad a los otros

también, por eso terminaban escapándose a la terraza para charlar más relajadamente.

Juan Carlos, además de escribir tocaba la guitarra y cantaba muy bien. Hacía rato que tenía un nombre ganado en Córdoba como cantautor y folklorista. Formaba parte de un movimiento llamado Canto Popular que reunía a lo más representativo, musical e ideológicamente, de toda la provincia. Pero no encajaba en el perfil amadeístico. Grandote, barbudo, pelirrojo, mucho más cerca de un hooligan –reventando la camisa con la panza–, que de los tímidos efebos buscados por el otro. Y en cuanto al recital, continuaba insistiendo. Aunque lo dijera con otras palabras, elogiaba su saber estar en un escenario, su gancho con el público, o su dicción. Jorge comprendió la información que le habían pasado. Buscaba al sensiblero de Nubedil, al tarado que los otros vieran en Villa Dolores, haciéndose el harakiri delante de todo el mundo. Para su sentido del espectáculo eso podía resultar, ser un buen complemento. Amadeo también opinaba que era una idea excelente, y que a él le ayudaría embarcarse en un proyecto que lo distrajera. Eso le faltaba. Entre bruma y bruma ponerse a declamar las coplas del maldolor.

No, no necesitaba pensarlo. Ni le interesaba, ni era la persona que el otro suponía. Quizás unos meses atrás, en el hervidero de sueños del Desván, antes que empezaran a llover piedras... Pero no ahora. No se sentía con fuerzas para iniciar nada de ese tipo. Bastante tenía con aguantar el equilibrio entre el trabajo, los vaivenes de Graciela, y el tropezado día a día en la casa. Intentó que lo entendieran. Y casi lo había conseguido, cuando justamente fue Graciela quien apareció, en vespertino vaivén de surprise, y no se le ocurrió nada mejor que ponerse de parte de ellos. En cuanto se lo contaron reaccionó con aquel entusiasmo que él extrañaba. En media hora los volvió locos a preguntas de cómo sería, dónde lo harían, por qué no habían empezado ya. Le suplicó que aceptara, que ella disfrutaría tanto viéndolo en algo así. Le prometió asistir en primera fila. Sería como un regalo mutuo, una muestra de todo lo que vivirían después. Bromeó sobre las dificultades que le esperaban, por ser la mujer de un astro del espectáculo. Se le tiró encima, lo estrujó, y lo martirizó, hasta que dijo que estaba bien, que lo pensaría, y si finalmente lo hacían se lo dedicaría a ella.

En el árido descreimiento se había colado una gota de aquel febril entusiasmo. En algo tenía razón: Sería totalmente nuevo teniéndola delante, entre el público. Por primera vez compartirían los nervios y la emoción de ese otro mundo. Aunque no confiaba en que resultara tan melosamente fácil. No podía serlo tratándose de ellos. La seguridad con que ella planteaba su asistencia, le sonaba en los oídos con el mismo eco volátil que el resto de sus promesas. Pero en todo caso, y dentro de lo que estaban viviendo, quizás valiera la pena intentarlo. Era cierto, se debían un trabajo paralelo de esa índole, una noche así. Hasta podía ser un comienzo de entendimiento. Una especie de verdadero recomienzo entre ellos.

El Colorado, temiendo que se echara atrás, lo invitó a cenar y conocer El Balcón, la sala que le habían ofrecido. Tras el cierre del Desván quedaban pocos lugares para ese tipo de espectáculos. Sin duda el elegido era el mejor. Se trataba de un caserón antiguo, muy bien adaptado a sus nuevas funciones y ubicado en pleno centro, en el cruce de la Avenida Vélez Sarsfield con el Bulevar Junín. Había sido una de las farmacias más grandes de Córdoba, con laboratorio en el subsuelo. Ahí abajo tenían instalado el auditorio, un escenario cómodo, y suficiente espacio para ubicar buen número de espectadores en las mesas, sin contar los largos bancos adosados a la pared. Al nivel de la calle estaba el bar, con los ambientes divididos por arcadas. Le gustó el clima y la amable sencillez de los dueños. Cuando volvieron del paseo ya estaba metido de lleno en la discutida idea.

Así transcurrían tus visitas. Prácticamente corriendo hacia la habitación de arriba en cuanto llegabas. Tropezando enlazados por la escalera, arrancándonos la ropa a tirones. Cerrando la puerta como si nos persiguiera la muerte. Respirando el por fin cuando terminábamos de desnudarnos y caíamos a la cama. Ya estábamos ahí, las bocas ceñidas, los cuerpos recobrando y transmitiendo el calor guardado. Conteniendo el aliento para mirarnos, descubrir que era cierto. Acariciándonos sin pausa, reconociendo con el tacto y los labios cada tramo de piel siempre perdida y reencontrada. Tratando de satisfacer un hambre que no se acababa.

Y entonces empezaba a vibrar el otro lenguaje, el de los suspiros que rebotaban en el techo y nos envolvían de deseo. El gemido entrecortado que denunciaba la proximidad de un beso. El rumor de los dedos aprisionando al otro, precipitándolo con los ojos cerrados en la confirmación. Entonces se presentaba en su totalidad, aún contenido, el grito. Se repetía, se enfrentaba con la otra boca abierta, agredía en el salto, con las venas del cuello tensas. Competían entre sí los rugidos. Decías con el abandono de una llamada que cae sobre sí misma. Mordía yo, con un suave sisear en tu oído. Clamabas en sordina. Yo mascullaba enloquecido. Ambos sabíamos que ya no era el juego alegre y desenfadado de antes. Ya nunca volvería a sonar como el casi ingenuo contrapunto derrochado en aquellas payadas floridas, que siguen flotando en la memoria. Ahora al contestarme sollozabas: Yo también te quiero, siempre te he querido. No luchábamos por llenar de frases nuevas la expresión de lo sentido. Peleábamos por hacernos creer, por imprimir en el otro lo que arrancábamos al silencio. A veces por clavarle el dolor de lo encontrado. Quizás por eso dije, ahora te odio, mientras te aplastaba contra la almohada, mientras te sujetaba los brazos y avanzaba. No me importa, deletreaba tu boca entreabierta, al tiempo que el vientre subía y me buscaba, y me clavaba y se clavaba repitiendo no me importa, aunque de verdad me odiaras yo te quiero.

Sería mejor pasar sólo las imágenes. El guión además de ser una copia, y reiterativo, es pésimo. Hacerlo cámara en mano, tratando

de encontrar tu rostro cayendo hacia atrás, a punto de decapitarse. Los cabellos fustigando el objetivo, como si la habitación estuviera llena de ventiladores. Un pantallazo desenfocado que nos mostrara caminando y riendo en la pared. Me gustaría recoger algo de mayor consistencia narrativa, pero pasa a toda velocidad un tramo de tu cintura, mis brazos sosteniéndola, o agarrándose de ella. Lo que se ve de mis brazos. Tu perfil mojado, incorporándote, recortado contra el collage. Pero no... Ahí ya estás fumando. Yo quería encuadrar algo de antes. Volver a tu vientre, tan pelusa y suave, cuando todavía oscila entre el arco de la búsqueda y el del placer. O tal vez las piernas. Si pudiera fijarlas. Tomar esa tensión de salto envolvente. La delicadeza firme de su abrazo sobre mis riñones. Atraparlas enganchándose en mis hombros, conteniendo y guiando las acometidas, midiéndoles el ritmo, como un exacto metrónomo del deseo. Verlas pasar en un encadenado lento hacia los costados, delineando la absorbente curva de la cadera, cumpliendo su doble función de almohada y trampa, de desfiladero tembloroso cuando te bebía. Tus piernas mullendo bajo las mías, clavándose sobre las mías, los muslos vibrando y descansando en mis costillas. El experimento voltaico de tus piernas siempre cambiantes. Me horroriza haberlo dicho de esa forma. Sobre todo pudiendo haber mostrado la primera y dulce sensación de acariciarlas. Basta ya de hacer fuerza con los ojos cerrados. Dejemos un rato esa cámara ciega, incapaz de registrar más que fragmentos extraviados, parcelados recortes de dolor incandescente.

No entiendo el por qué de esta impotencia. Tanto esfuerzo para decir tan poco. Sé que podía olerte la liviana grasitud de después en el pelo, cuando reposabas acurrucada en mi cuello. Cuando antes de fumar separados, compartíamos el primer cigarrillo. Y entonces hablábamos. O más precisamente hablabas. Me contabas las novedades desde la anterior visita. Las últimas locuras de tu madre. Las precocidades de tu hermana y sus novios. Las ventajas que ibas sacando de esto, al darse vuelta las labores de vigilancia y chantaje. Yo manoteaba el termo, que siempre tenía preparado para estas ocasiones. Llenaba de café el jarro que nos íbamos pasando y te escuchaba, fumando calladito y recostado contra la pared, como un alumno ejemplar.

El grado de anestesiamiento alcanzado era increíble. Podrías haberme contado lo más fantasioso, lo más brutal, y creo que habría

seguido bebiendo y fumando sin pestañear. De cualquier manera, tu relato no arriesgaba picos, ni escapaba a la mínima variante sobre los temas conocidos. Ya tenías el coche. Tu Viejo estaba gestionando un permiso que te permitiera usarlo, al menos por la ciudad, hasta la mayoría de edad. Enseguida la renovación de votos y promesas. Vos también contabas los días que faltaban. Y a cada uno estabas más segura de tu amor y tus intenciones. Por el contrario tu Vieja empezaba a creer que nuestra historia se había acabado. Te costaba fingirlo, pero sabías que lo estabas haciendo bien. Claro que la prueba más dura consistía en aceptar, al menos externamente, las reuniones y salidas con los pretendientes que ella traía. Bromeabas sobre el casting continuo a que te sometía. Una verdadera selección de buenísimos partidos. En la que por suerte podías elegir a los menos problemáticos y jugar manteniendo las distancias, con la excusa de conocerlos mejor antes de decidirte por uno. Ya que después de una experiencia tan difícil como la que habías tenido...

Puede que yo también sonriera, entre el humo, para animarte a continuar. Por supuesto, dentro de lo incómodo que resultaba –yo no lo ponía en duda–, te ayudaban a pasar el tiempo y distraerte. El último era un chico de tu misma edad, que estudiaba en el Liceo Militar. Muy bueno y respetuoso, aunque el gesto con que lo describías era de boludón. Tu madre decía que era perfecto, y vos, entre carcajadas, coincidías. Jugaba a los naipes, veía televisión, le gustaban las perritas. Todas las horas de permiso que tenía las pasaba en tu casa. Un regalito, decía tu Viejo frunciendo la nariz. Pero estaba enamoradísimo, y siempre llevaba flores y bombones para todos. Aseguraba que eran el uno para el otro. Que le habría gustado conocerte antes. Ese antes se refería a antes de mí, por supuesto. Yo, de puro aplicado, cabeceaba convencidísimo. Me limitaba a seguirte con los ojos, apostar sobre la gota de sudor que caería primero, o con cuál se juntaría antes de hacerlo. Casi siempre acertaba. También cuando empezaba a contar hacia atrás y pensaba: Ahora. Ahora empezará a recoger las cosas y se irá.

Entonces te levantabas, sin prisa, y te ponías a buscar la ropa con aire descuidado. Si te parecía que había sido muy brusco, o me notabas más desamparado que de costumbre, de vez en cuando interrumpías la escena con más besos, o una caída repentina que te retenía otro rato.

Improvisabas preguntas, demandas, confesiones enamoradas, pequeño ovillo susurrante entre mis piernas. Volvías a tener increíblemente aquella ternura y aquella gracia. Jugabas a jugar distraída, con un sexo que más bien pistolita cariñosa. Aunque por ahí se te sobresaltaba en las manos, o te golpeaba las mejillas, mimando menudas advertencias de mirá que me lo tomo en serio y no te vas. Y entonces no te ibas. Te callabas. Ambos guardábamos todas las palabras, las dichas y las ahogadas. Nos enfrentábamos y dejábamos que se abrieran las compuertas de un resbalar pausado, con la terca dedicación de coleccionistas que se lo van aprendiendo.

En estas ocasiones era como si recién llegaras. Pero en serio, con calma. Sabiendo con un poco más de seguridad quiénes éramos y por qué ahí, por qué así. Esas veces confiábamos ingenuamente que todavía. Porque el lerdo avanzar hacía de las suyas y podía distinguir perfectamente tus piernas de las mías. Los muslos tibios y pegados, el pecho contra pecho que se deshacía en besos tan húmedos. Tus ojos, hermosamente abiertos, que me buscaban entre las infaltables, silenciosas lágrimas, diciendo que con todo, a pesar de todo, estabas ahí. Es verdad, esas veces estábamos. Esas eran las del todavía esperanzado. El que quizás los dos soñamos en algún descuidado instante. Aunque tuviéramos infinito cuidado de manifestarlo. Probablemente por eso mordíamos con tanta mordaza el camino del cuello al hombro. Me decías tanta sal en los surcos de la lengua. Me clavabas los pezones contra el torso, con esa ansiedad de traspaso y fundimiento. Por momentos yo te agarraba con tanta desesperación la triste cabeza entre las manos que sentía verdadero pánico. Temía que de seguir apretando la vería reventar, abrirse sin una queja. Lo temía y supongo que ocultamente lo deseaba. Para tenerte por siempre ahí, en esos contados segundos de certeza, desangrándote quieta y abandonada encima mío. Con la misma certeza comprendí que vos también lo deseabas. Pero éramos civilizadamente cobardes, y no nos atrevimos. No tuvimos suficiente fuerza. La habíamos perdido callando y consintiendo. Hasta como vampiros habríamos resultado una estafa al género. Embalsamadores quizás. Disecando gota a gota al otro, eviscerando el amor. Erigiendo ingrávidos túmulos, que dispersaba el viento en el desierto del olvido.

El efecto del proyectado recital fue como si hubieran abierto una compuerta largo tiempo clausurada. Pringles se llenó de notas, libros subrayados, y papeles marcando una primera selección. Separaron poemas propios y del Colorado. La lista de posibles canciones que intercalarían. Pruebas y más pruebas mientras descartaban, funcionando a vino, café, mate y cigarrillos, hasta la madrugada. Si por ahí los ajustes se encasquillaban, Juan Carlos lo arrastraba a la calle. Según él era imprescindible que se ambientara, que retomara el contacto con el mundillo y la gente que asistiría. Lo paseó por todas las Peñas y boliches de la Ciudad. El Gordo era más conocido que la ruda. No había lugar en el que no los invitaran a una copa, o a distintas mesas, acercándole una guitarra para que cantara. Y el otro no se hacía rogar. Enseguida se largaba con dos o tres temas, aprovechando de paso para anunciar el próximo acontecimiento, que nadie debía perderse. Y por supuesto, mención al compañero poeta, con variadísimos elogios y pedido de aplausos, que Jorge debía agradecer copa en alto y sonriendo humildemente, mientras cavilaba por dónde podría escabullirse sin que se notara demasiado.

Como suele decirse, una cosa llevó a la otra. Con la cantidad de gente que le presentaban, y las prolongadas tertulias, Pringles no sólo se llenó de libros. La renovación de personal llevó a la casa a la Gorda Chiche, uno de los amores entre maternales y dislocadamente apasionados de Juan Carlos. Ochenta kilos de amor, maestra rural, cara de madona rubensiana, y un carácter que parecían dos. La parte maternal se extendió, como no podía ser menos, al Compañero Poeta. "Che, este chico pasa hambre. Fijate lo flaco que está..." Amadeo, ofendido, al contraataque con su voz más grave que de costumbre, diciendo que allí nadie pasa hambre. Que no les sobraría el dinero, pero él se encargaba de mantener una dieta suficientemente rica en proteínas. Y por otra parte la gordura, además de ser antiestética, no garantizaba precisamente salud. "Miren quién habla... Otro que tiene que pasar tres veces para hacer sombra. Sí, arroces y pescado... Bonita dieta. Ya me contó Juan Carlos. Dejalo a este anacoreta que se cuide la figura. A vos

te hace falta carne, cosas más contundentes. Yo te voy a preparar unos buenos pucheros de gallina, y ya vas a ver."

Ojo, la Gorda cumplía. Cada vez que venía los llenaba de provisiones, además de los prometidos pucheros y unas tortas gloriosas. Amadeo delante de ella ni probaba la comida, y se encerraba en su pieza hasta que se iba. La guerra era tan fría como Siberia. Jorge lo escuchaba después, en plena noche, atacando lo guardado en la cocina. A veces bajaba, pretextando un desvelo, y se preparaba café para que el otro no comiera solo. Pero entonces el Negro largaba todo, y decía que había ido a acomodar porque siempre quedaba aquello hecho un desastre. Al pobre ni siquiera le había tocado humor en el reparto. Así que era mejor dejarlo y volver a meterse a la cama.

La Gorda en cambio hasta cuando se enojaba rezumaba humor. Era hincha pelotas, pero tenía un corazón acorde con su volumen. Otra cosa que se le había metido en la cabeza era conseguirle mina a Jorge. Además de flaco estaba demasiado solo. O sea que explicarle lo de la historia con Graciela era contraproducente. Decía que para lo único que le servía era para sufrir y escribir esos poemas tan tristes. Sin contar con que su verdadero miedo se dirigía, en oblicuas miradas, hacia la longilínea figura que deambulaba por la casa pretendiendo ignorarla. Y entonces resultaba igual de inútil tratar de tranquilizarla asegurando que no, que no había ningún peligro por ese lado. A él no le gustaban los hombres tan feos. Y además, como decían las estrellas de cine, sólo eran buenos amigos. "Ese no es amigo de nadie. Está acá para chuparte la sangre, y otra cosa si lo dejaras. ¿No ves que lo que le molesta es que nos preocupemos por vos...? Si te viera feliz con una chica te haría la vida imposible." Jorge omitió que por ese lado tampoco había peligro. Sólo se encogió de hombros y siguió con lo que estaba haciendo.

Pero la Gorda no abandonaba. Siempre traía alguna amiga. Por lo general él las alejaba sin problemas, con una conducta apenas amable. Y si eso no era suficiente, sacaba el tema de Graciela y a otra cosa. Hasta que apareció Leticia, apodada Gambarelli por el Colorado, en base a lo fuertota de piernas que estaba. Y no sólo de piernas, también portaba un culo más brasileño que cordobés. Todo en ella era llamativo dentro de su pequeñez. Los ojos cálidos y saltones, la nariz algo aplastada como

los boxeadores, la boca llena, una voz ronca y sensual. Un portento de contradicciones que la hacían atractiva. Y encima pasó las pruebas de rechazo como si oyera llover. Jorge todavía estaba soltando su currículum, cuando ella le preguntó si no quería acompañarla al cine. En el Sombras daban un ciclo de Eisenstein, y necesitaba alguien que le ayudara a comprenderlo, porque le habían dicho que era medio difícil. Un par de horas después, en pleno Octubre, mientras él se inclinaba a susurrarle la metáfora de una de las imágenes, lo agarró por el cuello y le metió un beso que acabó con la película. Al menos el siguiente recuerdo atesorado era el de más besos, y los tropezones con que recorrían la Avenida Olmos, tratando de llegar veloces a casa.

Eso era apostolado laico, y no lo que le enseñaban de chico en la doctrina. Con una cofia blanca en la cabeza el papel de Leticia hubiera resultado más preciso, pero no más eficiente. No usaba cofia, aunque sí guardapolvos, porque cursaba un bachillerato nocturno. Así que ella también llegaba a las escapadas, colgaba el uniforme, y se dedicaba a consolar al descreído. A veces la ropa de Graciela no le dejaba lugar en la percha para su guardapolvos, pero ella ni se inmutaba. Se iba y volvía más tarde, o se quedaba echando una mano a Amadeo. Graciela la miraba con curiosidad, y le preguntaba a Jorge si no se estaría enviciando un poco con eso de las colegialas. Sabemos que la respuesta de ese período era un ahumado encogerse de hombros. La Gambarelli en cambio no hacía preguntas. Parecía sentirse comodísima en una relación en la que nadie daba ni pedía explicaciones. Probablemente sea una apuesta, pensaba Jorge. O la Chiche habría inventado que a él le quedaban meses de vida.

Como fuera, entre ambas ejercían un voluntariado higiénico y gastronómico que amenazaba con cambiarle el status a la casa. Problema menor para él, sumido en los más viejos, y el trabajo agregado del recital. Aunque hubiera preferido que lo dejaran sucio, desarrapado, y solo. También hubiera preferido que el Negro no se empeñara en darle la razón a la Chiche. Él seguía tratándolo igual, incluso con mayor consideración, y le decía que se relajara, que al fin y al cabo los servían como a reyes, les daban de comer, les lavaban la ropa y colaboraban con la limpieza. De qué se iban a quejar, si podían dedicarse con entera libertad a lo suyo. Pero Amadeo no es que tuviera un problema con esta

situación. Bueno, eso aseguraba, con olímpico gesto de indiferencia. “No sé por qué me decís todo esto. A mí no me importa lo que hagás con tu vida. Yo estoy perfectamente. Mis estudios no me dejan tiempo para ocuparme de pequeñeces.”

A joderse por boludo. Eso le pasaba por bienintencionado. Tenía razón el otro, cada uno a lo suyo y listo. Pero ya se sabe, en cuanto creés que estás rodando bien viene lo del palo en la rueda. La escena se abre con Juan Carlos y él trabajando en la cocina. La mesa colmada de libros, papeles, un listado de temas, la guitarra en la silla de al lado. El Colorado que ceba un mate y se vuelve a decirle algo, pero es interrumpido por la brusca entrada de Amadeo, gritando en su gutural estilo incomprensible. Jorge que piensa ya la cagamos, otra vez el Negro con la regla.

–Dale el mate a él, Juanca, que se aclare la garganta. Perdoná, che, pero estábamos con todo esto en la cabeza y no te hemos entendido. Desahogate, que estás entre amigos.

–Estoy hablando muy en serio –realmente era esa la impresión, porque le temblaba la voz–. Así que no empecés con tus bromitas.

Jorge volvió a disculparse y preguntarle qué pasaba. Juan Carlos optó por tomarse él el mate, ya que el Negro no hizo ni ademán de agarrarlo cuando se lo ofrecía.

–No me gustan nada estas intromisiones. Si no voy a tener derecho a la intimidad, agarro y me voy. Me parece que acá hay que poner unas cuantas cosas claras.

–Lo siento, Negro, pero sigo sin entender. Calmate un poco y empezá por el principio. Seguro que lo arreglamos. ¿De verdad no querés un mate...?

–Lo que quiero es respeto, y acá se ha perdido. ¿Quién sacó esos libros?

–Nosotros. Pero no nos desviemos, seguí con lo que decías.

–¿Y quién les dio permiso...?

–¿Qué...?

–Que quién les dio permiso para entrar en mi habitación y sacarlos.

Jorge volvió la cabeza hacia el Colorado, como para preguntarle si había oído bien. El otro se reía abiertamente. A pesar de las apariencias

tenía que ser una broma. Pero Amadeo estaba cada vez más embalado, y debió tomar la falta de respuesta como un incentivo.

–Que quede bien claro: De ahora en adelante, para sacar algo de mi habitación hay que esperar que esté yo y pedirme permiso. No puede ser que vuelva y me encuentre todo revuelto. Y además...

–¡Éh, éh..., estacioná en el cordoncito y apagá el motor! –Jorge había tirado un poco la silla hacia atrás y encendido un cigarrillo–. En primer lugar me gustaría que, a riesgo de tener que rectificar, nos llevaras ahora mismo a tu habitación y nos enseñaras qué es lo que está revuelto. Porque sólo hemos tocado estos libros, que no sé si importa pero vos nos sugeriste para el recital. Aparte que en el lugar de cada uno he dejado un papelito, cosa de volver a colocarlos correctamente. Así que ahora mismo vamos allá, y nos mostrás el supuesto estropicio.

–Esos libros son míos, y los han sacado cuando yo no estaba. Creí que en esta casa no hacía falta echar llave, pero si es necesario...

–En esta casa, salvo la de calle ninguna puerta tiene cerradura. Medio difícil lo de echar llave. Y es una de las cosas buenas, diría yo. Mirá, Pibe..., estoy tratando de no calentarme, aunque lo ponés bastante difícil. Me revienta los huevos que te hayás saltado lo del supuesto desorden, porque es una mentira asquerosa que no podés demostrar. Así que, por favor, decinos que tu enojo es por alguna otra cosa. Lo de los libros no tiene sentido. Esté o no esté yo vos podés entrar donde quieras y sacar lo que quieras. Creo que somos bastante responsables y hay confianza. ¿O no...?

–No sé... –Amadeo seguía cruzado de brazos en la puerta, con el mismo tono y el mismo gesto altivo y ofendido–. Yo ya he dicho lo que tenía que decir. Si para proteger mis cosas tengo que poner cerradura, ya veré lo que hago. Parece que vos no querés entender.

–No te preocupés, haré un esfuerzo –era evidente que lo estaba haciendo, tenía las venas del cuello más tensas que las de la guitarra. Juan Carlos se había apartado a un rincón y le cebaba un mate tras otro–. Mientras tanto, por qué no te vas a tu pieza, pensás un rato, y dentro de quince minutos volvés, a pedirnos disculpas por haber interrumpido nuestro poético trabajo con tus imbecilidades. Espero que vos sí hayas entendido lo que estoy diciendo. Hacete un favor, dame quince minutos para que se me pasen estas ganas de pegarte una patada en la jeta.

–Jorge... Calmate un poco –por primera vez intervenía el Colorado, adoptando el papel de mediador pacífico–. ¿No sería mejor

que le diéramos sus libros...? En todo caso los sacamos de la Biblioteca Pública y listo. No se van a pelear por una boludez así.

–Vamos a ver, Juan Carlos, ¿vos sos pelotudo, o te picó un armario...? Por si acaso te lo desgloso: Éste fue el de la idea del recital, y el que nos señaló los poemas de esos libros para que los usáramos. Pero nosotros tendríamos que buscarlos en una Biblioteca para no violar su intimidad. O esperar que venga y preguntarle si por favor, por favorcito, nos los presta un ratito. Eso de la propiedad privada, ¿no...?

–Y bueno... Es lo que él plantea. Al fin y al cabo está en su derecho.

–Confirmado, sos tan boludo que da pena pasar a lo siguiente. Dígame Señor Intermediador: Visto con la misma justicia y el mismo derecho, ¿qué hace este negro infeliz si tiene ganas de cagar mientras yo estoy en el laburo...? Lo digo porque el cuarto de baño es mío, el papel con el que se tiene que limpiar el culo es mío, el agua que cae al tirar de la cadena la pago yo –la cara del Colorado hubiera servido para la portada de una revista sensacionalista–. Y si por contagio nos ponemos tan hijos de puta como él, lo que come y lo que bebe es mío. Sólo que yo hasta ahora lo llamaba nuestro –aquí lo miró a Amadeo–. ¿Cómo lo llamamos de ahora en adelante, pedazo de huevón...? ¿O todavía tu estúpido orgullo no te permite reconocer hasta dónde has metido la pata?

–No creo que tengamos que discutir esto delante de terceras personas. Por favor dame mis libros, que yo sí sé lo que tengo que hacer, en lugar de estar perdiendo el tiempo.

–Además de imbécil sos ciego. No sé si te acordás, pero la tercera persona ya estaba cuando vos empezaste la discusión. Y hablando de eso, che, cambiale un poco la yerba, dan asco los mates –Jorge echó más hacia atrás la silla hasta respaldarla en la pared, y puso los pies sobre la mesa. Parecía haberse calmado por completo–. ¿Y sabés qué, proyecto atrofiado de Inca...? Me encantaría comprobar si te atrevés a sacarlos de la mesa –el Negro lo miró, pero no se movió de la puerta–. Muy bien, algo que has entendido. Segundo punto: La habitación que reivindicás, dado que hace dos meses que la usás sin haber pagado un puto mango no es tuya, sino mía.

–Si eso es lo que te preocupa, la semana que viene tendrás el dinero.

–No te apurés, que no había terminado. Y aclaro que no me preocupa en absoluto. Ya no me preocupa. Porque vos quizá no lo sepas,

pero estás fuera de esta casa, por no haber pagado jamás lo que vos mismo exigiste pagar. Y en cuanto al altivo arrebato, tan mentiroso y desubicado como lo demás, de traer la guita la semana que viene, seguro que a vos te alegrará mucho que sea cierto. Paso a explicarlo: Tenés quince días para pagar tu imbecilidad y tu orgullo. En caso contrario te quedarás con ambas cosas, y yo con tus libros –Amadeo inició un movimiento, que se frenó al levantarse Jorge–. Con todos tus libros, que no cubren ni por asomo los cuarenta mil mangos que me debés, pero bueno... ¿Qué estabas por hacer? Supongo que darme la llave. Tirala encima de la mesa, es suficiente. ¡He dicho que me des la llave...! Ya sé que te gustaría, pero no pienso meterte la mano en los bolsillos. En todo caso, si me obligás, tendré que darte vuelta hasta que caiga –el Colorado estiró una mano para detenerlo–. No, gracias Juan Carlos, quedate ahí, no necesito ayuda para revolearlo.

Dejó la llave sobre la mesa, y se llevó al Negro a los empujones. Se escuchaba en sordina el rosario de puteadas. Jorge pasó hacia la piecita de abajo de la escalera y salió con un bolso y una valija. Al rato volvió, vació de monedas y billetes la campera que tenía sobre una de las sillas, y con gesto imperioso le dijo al Gordo que le diera lo que tuviera encima. Diez minutos después había terminado de echar al pasillo los bultos con la ropa, el Negro, la guita, y el problema. La cara que traía aconsejaba silencio, pero el Colorado era de los que no miran los carteles.

–Che, Jorge...

–¡Ni se te ocurra...! Detesto toda esta mierda, pero todavía no me he lavado las manos. Así que un poco más me da lo mismo. Y las consecuencias también. No hagás que nos peleemos, ¿eh...?

–Yo no quiero pelear con vos. Pensaba en aquel otro. Ya sé que es un boludo, pero no sé... Pobre Negro, ¿no...? ¿Qué va a hacer ahora, a dónde va a ir...?

–Con la guita que le hemos dado un par de noches de hotel se podrá pagar. Pero esas son las preguntas que habría que hacerse, antes de escupirle a los demás porque te has visto la cara en el espejo. Y en cuanto a vos, si estás muy preocupado la solución es fácil. Salí corriendo, que todavía lo alcanzás, y llevátelo a tu casa. Córdoba está llena de personas que dicen pobre Negro, y que en este momento me mirarían con asco. Pero el único animal que lo ha aguantado tanto tiempo soy yo. Andá, Guevara, llevalo y decile a tu Vieja que un compañero poeta va a

vivir con ustedes. O pasealo por el domicilio de todos tus correligionarios, tan compasivos y concientizados. Mejor aún: Junten dinero y alquilenlé un bulín. ¿Necesitás más ideas, o sólo querías hacerte el buen tipo a mi costa...?

–No sé, Jorge... No es tan fácil. Vos mismo lo has dicho, yo vivo con mi Vieja, y...

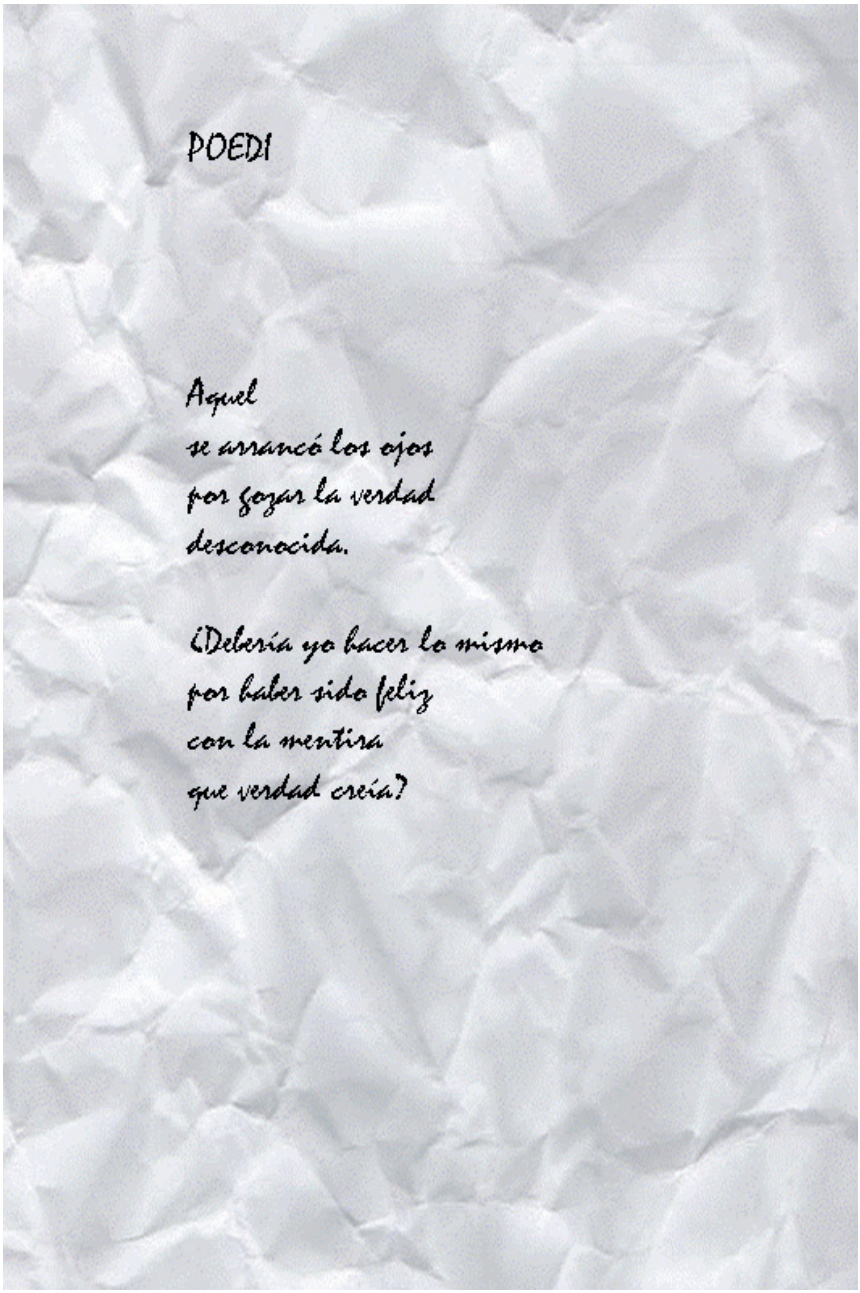
–Sí, todos viven con su Vieja, o tienen hijos, o el presupuesto escaso... Yo debo ser Rockefeller. Mirá Juan Carlos, estoy hasta las pelotas de los que dicen pobre Amadeo, pero vivo con mi Vieja. Revolución o muerte, pero vivo con mi Vieja. El pueblo unido jamás será reunido, porque viven con sus Viejas. Con sus viejas y mierdosas excusas. ¿Estás seguro que te sigue doliendo la suerte del hermano latinoamericano sin techo...? Lo digo porque no te veo correr con la mochila, ni con la mano abierta, en solidaria y caritativa búsqueda.

–Está bien..., olvidate. Me tendría que haber callado. ¿Qué te parece si seguimos con esto otro? Sólo nos quedan un par de semanas, y el tiempo vuela.

–Dame cinco minutos para pegarme una ducha. Creo que me hace falta.

–¿Te da igual que prepare café...? Se me ha dormido el brazo de tanto cebar.

Jorge asintió mientras iba hacia el baño, pensando si era un destino decente ese, de pasarse la vida peleando y echando la gente a patadas. No, no lo era. No podía serlo. Se desnudó a los tirones, sintiendo cómo le quemaba la bronca en el rostro. Un rato después, mirando los azulejos, con el agua fría castigándole la nuca, concluyó que no, no lo catalogaría como un destino decente. Pero era el suyo.


POEDI
Aquel
se arrancó los ojos
por gozar la verdad
desconocida.
¿Debería yo hacer lo mismo
por haber sido feliz
con la mentira
que verdad creía?

Ya dije antes que nada sobrevivió a esos encuentros. Apenas sirvió su inercia para que poco a poco se fueran espaciando. La visita dejó de ser semanal y empezó a caer en cualquier caseta del calendario. Dentro de esa especie de lotería te encontraba, sentada cabizbaja en el umbral, al regreso de alguno de mis desalientos. O te recibía sorpresivamente un mediodía, con el horario de descanso que se escapa, y volvía al trabajo sin saber qué había pasado, puntualmente retrasado y con los ojos enrojecidos. Más de una vez se cruzaron pasos e intenciones, mermando el suplicio. Se balbucearon reproches, excusas, formulismos de trámite, antes de zambullirnos en el borroso transcurrir de los cuerpos que hoy quisiera reconstruir y no puedo.

Sigo considerando increíble el grado de atontamiento al que gloriosamente accedíamos. Yo te recibía, pero ambos compartíamos como lógica esa cuota quincenal de emociones sudorosas, de promesas condicionadas hasta la próxima vez. O hasta esa fecha que empezaba a sonar ridícula. Creo que, por mi parte, había abandonado definitivamente la idea de entender tus planes o tus procedimientos. Hablabas de mayor seguridad, de un espacio y una confianza ganada en tu casa, y resulta que después tenías no se sabe qué problemas insolubles, que te obligaban a cuidarte y desaparecer. Pero daba igual. Me consolaba pensando que mi atontamiento tenía fecha de caducidad. Y mientras tanto aceptaba cualquier cosa que me permitiera tenerte así, aunque fuera muy de vez en cuando.

De verdad que hay casos peores, créanme. Hugo me mostró uno. Y yo, que soy el descreído vocacional, quedé convencido. He dicho convencido, no consolado, ténganlo en cuenta. Era sábado por la noche, mis amigotes avisaron que vendrían tarde a charlar y tomar la copa de últimas. Estela preparaba un examen con compañeras que vivían cerca de casa. Marcelo acudiría después del Teatro, y Silvestre tras un concierto de rock creo. Mi vecinito, sabiendo de la asistencia de Estela no se lo iba a perder. O sea que estaba solo y feliz oyendo música en el living. Día y horario extrañísimos para el suceso, pero sorpresivamente arribó la musa de mis torturas. De punta en blanco, hecha un regalo,

suculentamente inesperada. El destino me la da, el destino me la quita, a lavarse y para arriba. Y en nuestra habitación yacíamos, aplicadamente libando el sabroso néctar que la libido de los dioses propiciara. Cuando hete aquí que apresurados pasos resuenan por la escalera.

–Jorge... –la voz de Hugo entra, agitada, por la ventanita–, ¿se puede...?

Insto a mi chica que se cubra. Gracias a los ya alabados dioses la interrupción llega cuando también lo hacía aquello del segundo cigarrillo, y mi espalda descansaba sobre la pared del Centauro, acolchada con la almohada. O sea que propiamente dicho no interrumpe, o en todo caso es una irrupción de menor cuantía. Venial y vecinal digamos. Invito a Hugo a penetrar –a la habitación se entiende–, con las debidas reservas que los hechos aconsejan. Entra Hugo pues y azorado se detiene, con lo que iba a decir en la boca. Como no alcanzo a ver dicho contenido, aunque la tiene de par en par abierta, lo exhorto a hablar, no sin antes recomendarle que la cierre, como asimismo la puerta, ya que nuestro estado de semidesnudez, agravado por la reciente pérdida de calorías, se halla riesgosamente expuesto a las frías intenciones del céfiro nocturno.

Hugo parece comprender y cierra con el pie. Digo que lo parece, porque sigue sin verbalmente arrancar, y con los ojos en intermitente.

–Bueno... –insisto en ayudarlo–, a Graciela ya la conocés.

–Sssí... Es que yo...

Evidentemente, deduzco, profundo estudioso del alma humana, algo se ha interpuesto entre lo que éste traía en la cabeza al llegar, y lo que ahora tiene. Pienso, en encadenada línea de deducciones, cierto es que a Graciela ya la conocía. Pero igual de cierto que no en esta versión, tirando a impúdica. Por lo tanto sigo la línea de puntos que trazan sus ojos. O mejor dicho la línea que intentan evitar, en su desesperada fijeza hacia mí y por momentos al techo. Bien, comprobación efectuada, enigma resuelto. Hay mujeres, creo haberlo comentado, que con una sábana precariamente recogida bajo las axilas, y las mías son muy precarias y gastadas... Las sábanas, no las axilas. Digo que esas féminas así tapadas, o descubiertas en tanto que sorprendidas, ofrecen un resultado visual que dista de ser tranquilizador, provocando más bien lo contrario. Si además algún pliegue, como era el caso, salvaba, o no salvaba en absoluto, la línea profunda

y llena entre los pechos –los ambos de ella, no entre el mío y el suyo–, terminando de insinuar lo que la apretada tela dibujaba con precisión, resultaba comprensible el momentáneo ahogo del motor de Hugo.

Sabiamente deduje además que esos movimientos que hacía con las manos, de silenciosa percusión con su cuerpo, entrando y saliendo de todos los bolsillos, no sería un lenguaje de codificados signos, sino que se estaría fumando encima. Así que intenté apoyarlo nuevamente.

–¿Tenés fuego...?

El pase dio resultado. La mecánica asociativa lo llevó a encontrar los fósforos, éstos a sacar su etiqueta de puchos, ponerse uno en la boca, encenderlo, y exhalar cual ansiada salvación la primera bocanada. Claro que en parte volvíamos a estar igual. Porque él ahora fumaba, y se iba recomponiendo. Pero yo seguía esperando que hablara y moviendo mi cigarrillo en su dirección.

–¡Ah, perdoná...! ¡Es que hayy...!

Ya sé que no está claro. Yo tampoco pude precisar si lo último había sido interjección o verbo. Supongo que debería calificarse de verjección polisemantizada, o exabrupto accional. Filólogos abstenerse. La causa continuaba siendo la misma, aunque en expansión, y agravada por su demora en el resultado que se espera de la frotación de la cerilla fosfórica, contra la áspera superficie ad-hoc de la caja, y posterior alumbrado o dar lumbre a nuestros cilindros nicotínicos expuestos y expectantes. Bien empleado el plural, ya que a la demanda de fuego se había sumado Graciela, graciosamente inclinada hacia él. Con lo cual se explica la confusión verbal interjectiva. Ya que lo anteriormente entrevisto ahora se ofrecía en un generoso picado de cámara, que los ojos no podían eludir del todo a riesgo de incendiarnos pelos y sábanas. Sin contar que el vértigo de la visión casi lo lleva a suicidarse en una zambullida de no solicitado juego a tres, merced a su tropezón con uno de mis mocasines y subsecuente caída de rodillas a un costado –ágil maniobra taurina, debo reconocer–, desde donde por fin consiguió encender nuestros cigarrillos.

–Se agradece –intervine, tratando de restarle dramatismo a la pirueta–. Pero no era necesaria la reverencia. Con que me hubieras tirado los fósforos...

–¡Ma qué reverencia...! ¡Este puto zapato –por lo visto, y a pesar de lo gloriosamente entrevisto, empezaba a reaccionar con cierto enfado–, casi me mato...!

El muy desagradecido lo único que miraba ahora, y friccionaba con fruición de gesto dolorido, eran sus rodillas. También es verdad que la supuesta causante esta vez se había cubierto hasta la cabeza, y parecía sufrir extrañas convulsiones rítmicas, poco atribuibles a un súbito y merecido enfriamiento. Decidí aprovechar la algo incómoda pausa, y de paso ahogar los sonidos provenientes de bajo las sábanas, llevando aquello a lo que deberían haber sido sus cauces normales.

–No es por nada..., pero me había parecido que venías a decirme algo.

–¡Claro que venía a...! –miró con furia eso que se sacudía peligrosamente a mi costado. Peligrosamente, porque la muy bruta se había cubierto con cigarro y todo. Y faltaba poco para que entre risas y toses tuviéramos que añadir a los bomberos en la ya demasiado poblada habitación– ¿Podés decirle que se calle...? ¡Ya está bien, no...?

–¡Graciela..., sacá la cabeza de ahí! ¡La cabeza, el pucho, y un brazo, nada más! ¡Y te quedás callada y quietecita! Ya está, Hugo. A ver si ahora vos terminás, o empezás a contarme de qué se trata.

–Es que ahí afuera hay un tipo que... –trataba de mantenerse serio, pero a pesar de su arrebato reciente la fuerza que hacía la otra por contenerse lo había tentado y ambos explotaron a reír, tirando humo hasta por las orejas.

–¡Será posible, carajo...! ¡Ahora que me iba a enterar empiezan de nuevo! –me habían contagiado a mí también, pero lo del tipo que mencionó me preocupaba–. O se calman, o me pongo a repartir tortazos. ¿Qué mierda estabas diciendo de un tipo...?

–Que ahí en la calle –Hugo encendió otro cigarrillo para retomar el hilo, intentando no mirar a Graciela–, delante de la puerta, hay un tipo en coche con una pinta bárbara de milico. Me llamó la atención cuando entré a mi casa, y lo espié por la persiana del comedor. No hace más que fumar y mirar hacia acá adentro. Por eso vine cagando a avisarte.

–¡Menos mal que viniste cagando! Llevás un cuarto de hora acá y me lo decís recién ahora... –salté en bolas de la cama, y empecé a

manotear los pantalones– Quédense los dos acá, y ni respiren hasta que vuelva.

–Es el chico que me trajo –Graciela me retuvo por el brazo–. Ése del que te había hablado, el que va al Liceo Militar.

–¿Que es quién...? –la miré sin estar seguro de haberla escuchado bien.

–Sí, ya sé..., tendría que habértelo dicho antes. Se me pasó.

–¿Que se te pasó...? ¿Qué querés decir con que se te pasó?

–Que no pensé que tuviera importancia –ya no se reía, aunque tampoco parecía nerviosa–. No pasa nada, en serio. Es inofensivo.

–Sí..., este país está lleno de milicos inofensivos. Mirá, no me importa una mierda lo inofensivo que sea. Quiero saber qué hace ahí.

–Ya te lo he dicho. ¿Cómo te creés que conseguí salir...? En cambio así nos dieron permiso hasta las tres.

–¿Y te va a esperar hasta que...?

–Hasta que yo salga. No te preocupés. En todo caso dará una vuelta. Me obedece en lo que le pida, y no hace preguntas.

–Che... –Hugo nos miraba con cara de no entender nada–, ¿entonces ese guaso es...?

–El novio de Graciela.

–No seás así, Jorge... No, no es mi novio, Hugo. Es un amigo que...

–Es el novio, no te rompás el bocho. O el cafiolo. Y yo soy el cliente. ¿No ves que te la traen a domicilio y esperan en la puerta...? Haceme un favor, Hugo. Quedate abajo, porque en cualquier momento pueden aparecer los otros, y esta noche no quiero más visitas acá arriba.

Fue un perfecto movimiento de previsión, prevención, y precisión. Hugo bajó corriendo, agradecido de que se le hubiera ordenado abandonar la trinchera, justo cuando parecía que iba a empezar a caer metralla de la gruesa. Encendió la luz de la cocina, puso la pava al fuego, y comenzó a preparar el mate. Antes de cebar el primero escuchó la puerta, y de inmediato entraba Estela, con claras intenciones de seguir hacia arriba al ver que yo no estaba ahí, y con una expresión que supuso similar a la que portara él un rato antes. Entonces le hizo señas de que no, que no subiera. Ella le contestó con otras que venían a significar es importante, vos no has visto lo que he visto yo. Ya sabemos las milésimas de segundo que tardan estas cosas, en comparación a lo difícil de exponerlo concreta

y correctamente. Porque para que él la corrigiera, aclarando que no sólo había visto lo mismo que le preocupara a ella, sino que había entrevisto y visto cosas que no esperaba ver, y tenía información privilegiada a ambos respectos, debería haber realizado tantos movimientos y gestos que la otra probablemente dedujera que se había tomado algo, además del mate que tenía al lado. Así que optó por tironearla del pulóver, indicándole la cocina. Estela no pensó que se hubiera metido algo, pero sí que ahora se lo iba a tragar si no la soltaba. ¿Qué le pasaba a este pendejo boludo...? Seguro que aquel otro estaba con alguno de sus fatos, y el pobre idiota creía que ella a esta altura se iba a asustar. Pero Hugo no la soltaba, y encima le ofrecía un mate. Como si estuviera ahora para ponerse a tomar mates.

–Huguito, por favor, qué tal si me soltás el pulóver... Ya me quedaba bastante grande, y con tanto tironeo lo vas a convertir en una bolsa –le hablaba marcando las palabras, como si deletreara, y mirándolo fijamente a los ojos–. ¡Y no quiero mate! ¡No-quiero-mate-ahora! ¿Entendés...?

–Bueno..., me lo tomo yo, no hay problema. Pero esperá un cacho, porque...

–¡No espero una mierda! ¿Y me vas a soltar de una vez, o no...? Mirá, Hugo –se dio cuenta de la excesiva brusquedad con que le había apartado la mano, y comenzó a hablarle de nuevo como a un niño–, tengo que hablar con Jorge, porque ahí fuera hay un tipo que no me gusta nada. Vos hay cosas que todavía a lo mejor no entendés, pero...

–Es el novio de Graciela.

Estela agachó la cabeza, frunció los ojos, miró hacia la pieza de Jorge, luego giró su vista hacia la entrada y retornó a enfocar la cara de Hugo, pero sin demasiadas garantías. Estaba grogui. Hugo, comprensivo, la agarró del brazo, la metió a la cocina, la sentó, y le puso en la mano izquierda el discutido mate, que ella fue bebiendo como si sorbiera ideas una a una. Cuando la bombilla hizo ruido, se lo devolvió, mientras con el otro brazo señalaba temblorosamente la puerta y decía que no con la cabeza, que probablemente no había entendido bien, él seguro habría dicho otra cosa. Pero éste, que había aguardado pacientemente su turno de actitudes cancheras, se desquitaba moviendo afirmativamente el bocho, y apuntaba hacia el techo con el pulgar de la mano que sostenía el mate, mientras con la otra inclinaba la pava y

volvía a llenarlo. El-novio-de-Graciela, repitió deletreando con cuidado, y mirándola fijamente a los ojos.

Unos cuantos mates después la narración debía estar en su apogeo, porque Hugo bailoteaba alrededor de la mesa, moviendo las manos como si se acomodara unos imaginarios corpiños, representando la caída y sacando desmesuradamente la lengua, mientras ella lo seguía con la boca abierta. Justo entonces llegó Silvestre, desorbitado y patinando en el freno a su carrera.

–¿Dónde está Jorge...? ¡Rápido, che –por supuesto, su brazo izquierdo señalaba ostentosamente hacia la calle–, no tienen ni idea lo que acabo de ver...!

–El novio de Graciela –respuesta cantada a dúo, con caras de sabio aburrimiento y los pulgares hacia arriba, como si estuvieran haciendo dedo en la ruta.

Así que tras entrarlo entre los dos, sentarlo, y enchufarle el debido brebaje de la serenidad, Hugo se dio el gustazo de comenzar de nuevo la representación. Un rato después la cocina echaba humo por todas las rendijas y en todos los sentidos.

–No..., si al final la Gracielita nos va a salir guerrillera –abrió el fuego Carlitos, con los ojos más lobunos que nunca–. Pensar que hay gente que va en cana por mucho menos. Porque no me digan que lo suyo no es Alta Traición y Subversión Apátrida. Joder, con la Nubedil...

–El boludo es el guaso –Hugo lo tenía en el punto de mira–. ¡Cómo se va a quedar ahí, como si tal cosa! Le haya dicho lo que le haya dicho la otra.

–¡Huy, Huguito...! Todavía te tenés que tomar una represa de sopa vos –contraatacó Estela, raramente enojada–. La nena ésta de las tetas preciosas tiene más verso que las obras completas de Neruda. Y esperate unos añitos, o después de parir, para ver dónde se le van los meloncitos.

–Yo la verdad que preferiría vérselos ahora –Silvestre levantaba las cejas como Groucho–. Y en lo posible sin Jorge cerca. Incluso me ofrecería como árbitro, en una evaluación comparativa, si vos y ella... ¡No, no..., era una boludez nomás –Estela había levantado el cenicero–, no te aguantás las bromas vos, éh...! De acuerdo, me anoto a la moción de Hugo. El tipo es un boludazo profundo.

–Claro, es lo que yo digo –siguió éste–. Y andá a saber lo que tiene en la cabeza para pasarse horas ahí, aguantando que la otra salga.

–Por eso no te hagás problemas –lo cortó Silvestre–. Si va al Liceo Militar no tiene nada. Allá los envasan al vacío total. Y se entiende lo de la obediencia, el no hacer preguntas y todo eso. Fijate el nivel de masoquismo: Hoy es sábado. O sea el único día completo que por lo general tienen de permiso. Y el infeliz va, se viste de fiesta, chapa el coche, busca a la novia y la trae acá. A lo que él piense que la trae. Y se queda haciendo guardia, horas extras en su día libre. ¡Andá a cagar... ése se merece lo que le hagan!

–Qué sabés vos lo que le harán después, en compensación –Estela supuraba.

–Sí, bueno... –los otros dos cabecearon, meditándolo–. Pero así y todo...

–Además –realmente embolada y embalada Estelita–, el chico estudia la carrera militar. Y si para ser milico, como ya sabemos es requisito fundamental llevar cuernos, éste sólo estaría haciendo las correspondientes prácticas. Digamos que sería una materia aprobada por adelantado.

–Puta, che –Carlitos se la quedó mirando–, vos sí que trabajás las asociaciones con rapidez. Eso no se me había ocurrido.

–Pues entonces imaginate las del que te dije –continuó ella, señalando otra vez hacia arriba–, que tiene más motivos para hacerlas. Calculá las cuentas que estará sacando. Antes la Vieja no se fiaba ni de su sombra. Y ahora, en cuatro días, permite algo así sin aparentemente sospechar siquiera. Si la chica de los versos maneja tan bien el poemario, qué es lo que falló en el pasado. O quién. Alguien le está tomando el pelo a alguien, digo yo. ¿Ustedes qué piensan...?

Al enterarme después deduje que esa chica cuando quería era un portento de telepatía. Pelos más, pelos menos, casi todo lo que hablaron yo lo había pensado. El único dato que le faltaba era el de mi encasquillado silencio. Tras irse Hugo no había vuelto a abrir la boca. Fue Graciela quien empezó a llenarme de explicaciones y razones convenientes. Todas girando en la conocida ambigüedad, y sus protestas porque era ella la que debía conseguir, de la forma que fuera, el tiempo para vernos. Yo no tenía derecho a juzgarla y mirarla

de esa manera. Quizás lo mejor sería que le alcanzara la ropa, porque no pensaba aguantarlo y...

Y entonces me incliné hacia su ropa, la agarré con las dos manos y la lancé al pasillo por la ventana. Después le arranqué la sábana con que todavía se cubría, e hice lo mismo. No tengo ni idea de cómo la miraba, pero lo seguí haciendo de pies a cabeza. Por supuesto, ella lloraba. De esa forma silenciosa y triste que últimamente nos hermanaba en la confusión. Sin dejar de llorar se arrodilló en la cama, apoyó su cabeza en mi vientre y empezó a besarme y morder, mientras tironeaba hacia abajo de mis pantalones. Es lo último que recuerdo, entre la nublada visión de su cabeza, que otra vez apretaba como para romperla. Es lo último que puedo fijar. Lo último que quiero recordar de aquella noche. Y no me importa.

Al fin solos, yo conmigo, pudo decir Jorge tras la expulsión de Amadeo. Y desde entonces en Pringles hubo quienes se quedaron más o menos tiempo, pero never more cohabitantes. Aunque sutil, practiquísima diferencia. Menos cosas que tirar a la calle cuando uno explota. La Chiche, Leticia, y sobre todo el Gordo Roca, captaron el aviso a la primera. Funcionaban como con vaselina. Sin notarlo llegó la fecha prevista. Nos referimos a la del recital en El Balcón. Abril del 72. A tres años del final de unos sueños y el comienzo de otros. Mejor apartar eso, vayamos a lo práctico. Bien los atriles, las banquetas, los micros, las luces... Sí, muy bien, todo ajustado con dos horas de anticipación. Y hecho así para tener tiempo de ir a buscar a Graciela.

Oh, oh..., no tan bien entonces. ¿Desde cuándo, en la brumosa etapa, había que ir a buscarla...? ¿Y por qué? ¿A dónde hay que ir a buscarla? Fíjese usted, a la casa de una compañera de estudios, donde supuestamente se quedaría para preparar un trabajo difícil de Física. ¿Ah, sí..., de Física nada menos? Pues sí. Mientras no fuera cuántica... Porque después de meses de intrepidez e independencia, justo esa noche tenía que prescindir de la escapada oportuna, de los choferes complacientes, y hasta del dinero para pagarse un taxi por lo visto. Ella expuso que lo hacía para poder irse con él después. La otra chica y la madre eran súper piolas, no habría problemas. Y además le gustaba la idea de que fuera a buscarla. Qué tierno, ¿no...?

Bueno, sin exagerar, che. Tampoco es que a él le desagradara especialmente eso. Simplemente le devolvía tiempos que no quería rememorar. Volvía a sentir aquellos cosquilleos en la nuca. Quizás fueran tonterías. Los nervios lógicos de volver así a un escenario, con todo lo que podía significar para ellos. El miedo a que cualquier insignificancia lo echara a perder. ¿Pero por qué ese miedo...? Ella había dicho que no habría problemas. Y por su parte hasta habían cuidado que el espectáculo se anunciara sólo con el nombre del Colorado. "Estás cagado, Jorgito." Le dijo el otro, mientras lo metía de un empujón al coche. "Mucho hacerte el duro, vos, y ahora te tiemblan las rodillas."

Sonrió, aceptando la cargada. Se la merecía. Respiró hondo, volcó el retrovisor hacia su lado, y pasó inspección. Demasiado arreglado para su gusto, pero Juan Carlos había insistido tanto que acabó poniéndose un saco sobre la camiseta negra, cambió las zapatillas por unos mocasines, y eligió los vaqueros más limpios. Se pasó la mano por el rostro recién afeitado, discreta colonia after-shave, el pelo no tan largo, en el límite justo para Broccio. Aprobó con resignación y fue dándole al Colorado las indicaciones que recibiera de Graciela. La casa estaba en Barrio Pueyrredón, cerca del Deportivo Central Córdoba. Puteó porque el repiqueteo en la nuca empezaba a ser menos cosquilla y más dolor de cabeza. Esas estúpidas aprensiones.

¿Por qué él no podía ser, como cualquier cristiano, alguien que se equivoca setenta veces siete por día, y disfruta de la libertad de reírse de sus presentimientos? Pero no, él nunca se podría reír de eso. Y menos al ver, en la cuadra anterior a la dirección memorizada, aquel Peugeot tan similar al de la Vieja. Por puro instinto le había dicho al otro que hicieran bien despacio ese último trecho. Así que pudo reclinarse en el asiento y controlarlo antes de pasar a su lado. Estaba estacionado en una zona oscura. No pudo distinguir quiénes, pero había gente dentro. Lo que no admitía dudas era la matrícula. Siguieron a la misma marcha y giraron en la esquina, hasta encontrar un bar que tuviera teléfono público. Por cualquier cosa de último momento Graciela le había dado el número de esa gente.

El retumbar en la cabeza podía influir, pero no diría que la voz que lo había atendido fuera de alguien muy piola. Ya fuera la madre o la hija, lo trataron como al secuestrador que está pidiendo rescate. Para completarla, Graciela ni siquiera se sorprendió cuando él le dijo lo del coche. Es más, le contestó que sospechaba que la madre, de alguna manera, se había enterado de lo del recital. ¿Lo sospechaba...? ¿Cómo se sospecha algo así? En esa casa las visiones alcanzaban cotas verdaderamente Olímpicas. Y además sospechaba que, de alguna manera, se había enterado. Ojo, no era una sospecha cualquiera. No Señor. Una intuición de altísimo contraste. Y ya no digamos la de la madre, aquel enteramiento repentino. Sobre todo en alguien que llevaba meses sin enterarse de nada. La hija se fugaba, arreglada como para un desfile de modas, o era trasladada por el miliquito cornudo hasta

la mansión del pecado, y el radar ni pí-pí, ni caca. En cambio ahora saltaban todas las alarmas, y salían a la calle los comandos especiales, ante algo que prácticamente nadie sabía. Definitivamente, lo peligroso es la poesía. Y aunque el símil resulte demasiado fácil, el radar que usaban aquellos seres del Olimpo sería de Alta Infidelidad.

Por supuesto, no mencionó nada de esto. ¿Para qué preguntar cosas que no tendrían respuesta? La rabia, y una angustia dolorosa, le punzaban los oídos. Aquella voz, aparentemente Graciela, le estaba diciendo que lo sentía, que le deseaba mucha suerte. Que hiciera como si ella estuviera en el lugar que seguramente le había guardado. Bueno, los caprichosos dioses mitológicos a veces se desdoblaban. Era una pena que él careciera de la visión apropiada para notarlo. Tendría que meterle imaginación a la cosa. Por lo pronto trató de imaginar que el frío de las voces escuchadas se debía a los aparatos usados por los humanos, tan imperfectos todavía.

Mientras volvían Juan Carlos intentaba distraerlo. Faltaba menos de una hora, y ahora el miedo se le había trasladado a él con la sospecha, no demasiado griega, de que el otro mandara todo a la mierda. Pero Jorge ni lo escuchaba. Entre el dolor de cabeza y las voces del hielo tenía bastante. En cuanto llegaron al Balcón pidió un café y una aspirina. El Gordo, por si acaso, lo hizo bajar al auditorio para tenerlo cerca. Se calmó un poco al ver que elegía una mesita del fondo y se arrellanaba allí, con los pies sobre la silla de al lado. En realidad lo que estaba haciendo era reacomodarse en las brumas, de donde no debería haber salido.

Si hacía un pequeño esfuerzo hasta podía verlo con ironía. El escenario estaba ahí. El clima era casi perfecto. Sólo faltaba el deslumbrón de los reflectores entre bambalinas. Y él, recomponiendo heroicamente el gesto, porque El Espectáculo Debe Continuar. Títulos adecuados sobrarían. Podía ser Falta Una Estrella. O peor, alguna de esas películas de Palito Ortega, saliendo a cantar: Y te vas... Vestida de novia, te vas... Quizás a dúo con Antonio Prieto: Blanca y radiante, la muy puta se váaa... Aunque mejor aún, más hortera y precisa aquella de Raphael, porque la letra diría: Cuando Tú no estás... Y la sala entera se vendría abajo, desbordada de lágrimas y aplausos.

Pero el que se iba a venir abajo era él, con los tortazones de aliento que le pegaba el otro bestia, agregando esa carcajada tipo campesino-look que usaba para las ocasiones de telurismo y obrero de la canción. Sin discusión, éste sí que nadaba en la cosa del espectáculo. No había dejado de pasearse arriba y abajo, a grandes zancadas, preguntando pelotudeces a los técnicos, o dando órdenes totalmente inútiles. Si alguien no se enteraba que era el artista de esa noche, no sería por culpa suya. Y sin el menor complejo. La parte mala de esto era que, en sus comentarios de promoción a los que iban llegando, y a falta de otras ideas, por ahí el tema elegido era su pobre compañero, el poeta despojado, el representante vivo de la clandestinidad del amor. Aquello que él rumiaba con acidez y amargura, el otro lo distribuía como servilletas.

Notó que empezaba a calentarse. Que quizás el Colorado no tuviera la culpa del todo. Pero si seguía así ya se veía haciendo un rollito con los poemas, metiéndoselos por el culo, y empujando con la guitarra por si acaso. Miró el reloj. Faltaban más de quince minutos todavía. Aquel no hacía más que presentarle gente y probar y reprobar los micrófonos. Tenía que huir. Era lo más conveniente. Se levantó, apoyó la carpeta en uno de los atriles y rajó por la escalera. Entre la gente que llegaba había bastantes conocidos del Desván. Por suerte la mayoría al estar afeitado ni se fijaban en él. Pero el Gordo sí que se fijaba, y había salido poco menos que corriendo atrás suyo. Sosteniéndolo de la chaqueta le preguntaba a dónde iba, qué pensaba hacer, con ojos espantados.

Por favor..., faltaba eso. Parecían chicas de secundario. Persiguiendo a la amiga abandonada por el novio. En cualquier momento juntaría las manos y le suplicaría que no fuera a cometer una locura. Si estuvieran en el baño se dedicaría a esconder todas las hojas de afeitar y le diría que recapacite. "Oh, por Dios, Alejandra Isabel, qué ibas a hacer, a mí no me engañás. ¿Por qué andás con esa mirada, tan aparentemente tranquila? Él no lo merece. Ninguno lo merece. Todos los hombres son iguales." Y que nadie piense que hay menosprecio en la comparación. En ese preciso momento Juan Carlos le estaba diciendo que se lo tomara con calma. Sumamente preocupado, aunque canchero, le aclaraba que no valía la pena. Que todas las mujeres eran iguales.

Jorge, que casi estaba llegando a la puerta a pesar del pesado remolque, se detuvo de golpe. Al girar, el Gordo ya lo había soltado, pero ahora fue él quien le puso una mano en el hombro, sin estar demasiado seguro de lo que iba a hacer con la otra. Juanca sí pareció presentirlo y entrecerró los ojos. Sin embargo se limitó a apretarlo con fuerza, pidiéndole que, por favor, no le hinchara las pelotas, y se encargara de dejar todo a punto. Que él iba a tomar un poco de aire y enseguida volvía. Juan Carlos recompuso el gesto, satisfecho. Falsa alarma. Misión cumplida. Podía volver a lo suyo. Y Jorge también. Un paseíto por el Bulevar quizás le ayudara a desalojar lo que persistía del dolor de cabeza.

Mientras retornaba se dejaba acariciar por la idea de que ese Bulevar fuera Junín. Jugaba con los recuentos, tan increíblemente lejanos, de algo que dormía apenas un año atrás. Todo sucedía así. Con todo pasaría lo mismo. Con los tormentos de la infancia, con las luchas, tal vez con el amor. Páginas que van cayendo. Pasos de un camino superado, y del que debía recorrer. Cortó un racimo de bolitas de Paraíso, y las iba tirando al aire delante suyo para cazarlas de boleo, una vez con cada pie. Malabarista callejero emboca, con nocturnidad y alevosía, arbóreo proyectil por la ventanilla de un coche en circulación por céntrica Avenida. Ojalá esos que lo putearon no fueran al espectáculo. Poco a poco volvía hacia lo que iba a suceder. Adelante, no le importaba. Supuestamente lo haría, ya que estaba allí. También Leticia estaba ahí, en la puerta del Café-concert, mirando hacia todos lados. En cuanto lo vio corrió hacia él. Ya era hora de empezar. Juan Carlos le había contado todo. Y no sólo a ella, sino que lo estaba usando de introducción para morbosear al público. Así que más valía que se apurara. O aquel tarado iba a convertir el recital en un novelón de Migré, salpicado de notas folclóricas.

Tenía razón. La siguió entre la gente hasta la escalera. Bajaron del brazo como si fueran otra pareja que llega. Medida doblemente distractora. La sala estaba a oscuras y temía que el chantún le mandara un foco, gritando compañero agrario del amor, o cualquier otra cosa por el estilo, y punteando La Internacional a ritmo de chacarera. De todas formas, entendió lo boluda que debía ser su imagen, para provocar semejantes situaciones. Al fin y al cabo, no eran más que una

interpretación libre de lo que él dejaba traslucir. Y tendría que aceptar también que si no se había ido, además de responsabilidad con aquel y la palabra dada, era porque cierto calor agradable del asunto le atraía. Por los motivos que cada cual tuviera, aquella gente se preocuparía de él durante un rato. El sótano estaba lleno. Los que llegaban tenían que irse distribuyendo a los costados, porque no quedaban mesas libres.

Bueno, era una ventaja. No estaría solo. No pasaría como otras veces, que debía llorarles a las paredes de Pringles su vergüenza, su cansancio, sus dudas. Sobre todo, y cada vez más, sus certezas. Si quería podía hacerlo ahora delante del micrófono, hacia esas caras que, gracias al cenital que le tocaba, apenas veía. Podía seguir el camino que le había abierto el Colorado. Cerrar la carpeta, olvidarse de los títulos elegidos. Saltarse el lento crescendo del programa y explotar. Dejar que se mezclara a los papeles toda la rabia, todo el escozor que subía junto al sabor tibio de la saliva. Pero no... Ya había habido bastante de eso en Villa Dolores. Actuar sí, plagiarse a sí mismo no. Relajate y gozá dentro de lo que puedas. Tenés un guión, jugá con él. Entonces, mientras se sentaba a horcajadas en la banqueta, pensó en decirles no se crean nada. Somos unos payasos, unos mentirosos de la gran puta. Todos estos versos de Neruda, Prévert, Vallejo, Hernández, son puro verso. Nosotros también. Pensó en burlarse del poeta melancólico, fingiéndose poeta maldito. Los arpegios de fondo del Colorado le daban la entrada. Podía hacerlo. Podía hacer cualquier cosa. Recordó lo que había decidido en la calle. No importaba nada. Pasara lo que pasara, estaría bien. Como tantas otras veces sentía esa seguridad, esa paz que surgía del silencio expectante. Levantó la cabeza, fijando su atención en el centro de aquella oscuridad luminosa. Supo que ya había empezado.

Ya había dicho América, no invoco tu nombre en vano. Y la especie de suspiro tenso que le contestó confirmaba el eco producido sobre las mesas. Ya había saltado al vacío, no habría detención. Juan Carlos cabeceaba entusiasmado y lo seguía. No, no hacía falta salirse de lo planeado. Hasta sus mediocres poemas, los melosos pareados del otro, dirían lo que él hubiera deseado decir. Supo perfectamente lo que invocaba en las Alturas de Machu Pichu. Lo que le gritaba al Padre Polvo, que seguiría en los cielos. Comprendió qué estaba cantando por intermedio de los Cantos al Camino Real de Whitman, de los Vientos del

Pueblo de Hernández. Cómo pronunciaba su lamento, al hacerle coros al Gordo en las canciones que separaban cada texto. La voz de aquél era formidable, estaba en vena, y además le sobraba cancha para adaptarse al clima creado. La sala bullía entregada, no se escuchaba más que el rebote lento, ronco, de su voz, y los medidos compases de la guitarra.

La hora larga que habían calculado pasó de un tirón. Lo notó porque no había más hojas que volver en la carpeta. Delante suyo quedaba tan sólo el Canto a Nubedil, pensado para cerrar. Lo cubrió con la mano, y le hizo señas al otro para que largara el tema de Cortez con el que finalizaban. El Gordo no se hizo rogar. Apartó el micrófono y la cantó a capella. Sería chanta, pero sabía manejar todos los efectos. La gente se levantaba de los asientos y aplaudían a rabiar. Como de costumbre fueron espaciando y pidiendo otra. Juan Carlos retornó al micrófono, para hacer alguna de las preparadas, pero al ver que Jorge agarraba la otra guitarra esperó. Volvieron a apagar las luces, los murmullos decrecieron junto al rasgueo de lo que sonaba como un cadencioso blues. El Colorado punteaba, acompañando, hasta entender que buscaba la musicalización ensayada algunas veces para aquel poema de Nubedil. Buena parte del público se unió con las palmas. Jorge levantó la cabeza asintiendo. Ya que las cosas habían salido así, lo mejor sería darles el final debido.

Cantó las estrofas como una balada lastimera y arrastrada, dejando para el estribillo la parte más rítmica, con el apoyo del Gordo en los altos. A pesar de lo improvisado funcionó bien, e incluso se permitieron el lujo de terminarla en un largo contrapunto de skat, rasgueos acelerados, y percusionando con los pies sobre los estuches. De cualquier manera, a él lo que le importaba era otra cosa. Ahora sabía por qué la estaba cantando en lugar de leerla. Y que también lo habría hecho en el caso de asistir Graciela. Sabía que no era el final de un recital poético. Era ponerle el punto final a Nubedil. Terminar lo empezado en Villa Dolores. Convertirla, de una vez por todas, en balada, poema, o lo que fuera. Una historia, por ejemplo. Ahora entendía que, desde los ensayos, había querido que ella estuviera allí para escuchar eso. Para confirmar el hecho con su presencia, con su presente ajeno a lo que decía la canción. Quizás ella, a su manera, también lo había entendido. Y por eso la imposibilidad, o la decisión tomada, tan oscuras y frías. Pero ya

no importaba. Con ella o sin ella la ceremonia se había realizado. Fue lo presentido antes de empezar, en el momento del asalto al micro. El rito tendría para él un valor absoluto. De acuerdo entonces, el sacrificio, la liturgia de esa noche, ya había terminado.

Juan Carlos se le echó encima y lo felicitaba. Todo el ruido de la sala se había desatado al mismo tiempo. Itte Missa Est. Aplausos, besos, opiniones, abrazos, palmadas, chantadas de todo tipo, y algunos comentarios sinceros. Estaba bien. Se sentía bien. Tan bien como después de una ducha tibia, distendido y presto a escuchar lo que le tiraran. En ese momento era doblemente cierto que no le importaba nada. Siguió el juego del Colorado, asegurando que no, que casi no habían tenido tiempo de ensayar. Si hubiera tenido que decir que todos los poemas eran suyos, probablemente lo hubiera hecho sin mayores remordimientos. Una borrachera especial lo llenaba. Aunque sabía que sus efectos desaparecerían al abandonar aquello. Los dueños del local fueron de los primeros en acercarse a congratularlos e invitarlos a cenar la semana siguiente, para programar la repetición del espectáculo y hablar de otros similares. Se limitaba a agradecer y asentir sonriente. No tenía la más puta intención de repetir nada. Y menos de esa forma tan mecánica, tan dolorosamente ritual. Por la situación especial le había servido, pero ya acabó. El valor de esa noche consistía en la decisión tomada. Tenía mucho en qué pensar. Mucho que hacer con sus canciones interiores, antes de agarrar otra vez la guitarra en según qué escenarios de la vida.

NUBEDIL

Por esa desesperada melancolía, por este tumulto de invocaciones y recuerdos para alcanzar aquel universo, dejame que siga inventando estrellas. No me detengas las manos, Nubedil. Ayudame a abrir el pecho, a sacar el asustado lamento que me recorre las entrañas como una nota malgastada. No te crucés en mi camino a sembrar dudas. Necesito soñar para vivirme desterrado. Necesito el descanso, aunque sea momentáneo, de sus fantasmas. Permitime soñar, Nubedil... Yo te dejé hacerlo aquel día, y al menos nació esta música que nos supera. Dejame sobrevolar tus noches. Quiero envenenarme el alma con la verdad de este cántico, que se ha convertido en mi nudo de cáñamo. Quisiera soñar por siempre. No soporto el estar despierto sin tu aliento. Ayudame a no huir del día, vaciar la locura de esta luz por los ojos y las manos temblequeantes. Necesito soñar un poco más, antes de irme en el viento. Quiero dormir alguna vez sin este fiel tormento, latir como si existiera. Entrar a la habitación que te esperaba, para otra cosa que no sea clavarme frente al espejo, contemplando cómo pasa el tiempo. ¿Lo entendés…? Debo, preciso proyectarte hasta el vértigo, para recuperar mis propios sueños. Y no sé hacerlo más que removiendo este cieno de ajados papeles amarillentos.

Acompañame, aunque sea desde tan lejos, en este vuelo de imágenes y deseos. Pura fantasmagoría arrenglonada. Sólo a tu nombre comprometo, el que yo te di. Sin problemas reales. Total para mí la realidad es sueño. Y la vida, como en el tango, una mascarada interminable, en la que siempre figuré de bastonero. Mirá que no te lo pido más... Que en una de esas me agarro la frente y, contra todas las predicciones, lluevo sobre la arena y me fecundo. Mirá que ya estoy cansado de rogar, de ser mi propio mendigo. Que estoy harto de hacer gestos a la nada. Mirá que me estoy mirando, Nubedil... Y hasta me parece que me veo. Cada vez me parece más.

¿Para qué resistirse...? ¿Debo repetir que esto es un sueño, y que no podés hacer nada para arrancarme de él...? Nadie puede hacer nada para

despertarme. Nadie me puede detener esta risa absurda. Podrían atarme a mí, pero no a la carcajada. Nadie sabe que este llanto a gritos es también un ulular de alegría. No lo saben. Nunca, nadie, ni vos siquiera. Nadie impedirá ya que me revuelque por el piso. Nadie me sacará las manos del vientre. Ni siquiera yo puedo contener el desesperado vómito de esta niebla que me envuelve. No hay nadie más aquí. Todo ha desaparecido. Sólo quedamos vos y yo, en este sueño mendaz..., que ahora es solamente mío.

Por eso me río, Nubedil... Porque no puedo llegar a tenerme más lástima, tras comprobar que ya es sólo mío. Que soy la patética sombra de un demente, rebotando de pared a pared, en su celda acolchada de enamorada fantasía. Escupiendo sinrazones contra el techo, gimiendo en susurros que se escapan por los ojos. Pidiendo, contra mi voluntad, que me despierten. Aunque no quiero ceder, no quiero perder otra vez. No quiero abismarme de nuevo en la implacable realidad que nos separa. No ahora que, proyectándola hasta el infinito, me engaño en la convicción de estar borrando su reflejo.

No quiero... Y sin embargo algo dentro de mí suplica a gritos que me despierten. Que me despertés vos, hadita desnuda... Que con tu incierta aparición sacudas las telarañas opresoras de esta noche infernal que me posee. Que me sujetes indefinidamente a tu lado, como el más entregado esclavo. No puedo soportar esta lucidez, tan despiadada y fría. Quisiera despertar. Pero, ya lo sé... Es tarde, Nubedil. Demasiado tarde. Vos, hace rato que no estás. Y yo soy sólo el interminable eco, una pequeña parte, de mi propio y mentiroso sueño.

De todas formas aquella noche del Balcón no fue de las que se resignan a acabar cuando el protagonista quiere. No basta con chán-chán, soltar la guitarra, e inclinar la cabeza ante los aplausos. También hay que pagar el precio de la fama. Algo así es lo que le planteaba Pety, sentado en primera fila junto a María Eugenia, Elena Silvestre, Bruni y Carlitos. En la mesa de al lado Sigfrido, Estela, Marcelo, Hugo, Ricardo y Zúcker. Sólo faltaba la estrella errante. Pobrecita, qué destino. El personaje aludido jamás será aplaudido. En cambio él... Pero no, ni con falsas humoradas negras describiremos su estado. Lo único que ansiaba era convertirse en el personaje eludido. O mejor, el evadido. "Sí, me convenciste –tras las felicitaciones grupales, Pety le soltaba lo del precio a pagar–, haciéndote el misántropo, después de mandarte un espectáculo así. Y ni soñés con esconderte en medio nuestro. No somos tu guardia pretoriana. Mañana es sábado, o sea que tenemos todo el fin de semana para machacarte. Hasta Zúcker estuvo de acuerdo en no interferir con lo que te pueda traer esta noche. Ya nos contarás."

Marcelo y Estela lo abrazaban asintiendo, a más de recomendarle no se acostara muy tarde. Ella mirando alrededor, con claros gestos de duda hacia las variadas perspectivas de lo último. Tenían razón, pero eso no mitigaba el abandono. Casi corrió hasta la mesa en que estaban Chiche y Leticia con otra gente. No mejoraba el asunto. Entre la envoltura carnal, besos y lágrimas de la Gorda, tuvo que oír que ella también se marchaba de inmediato al pueblo, porque la madre estaba enferma. Y el salteño que lo felicitaba al lado de Leticia mostraba marcadísimas intenciones respecto a ella. Así que tocaba ser correcto, discreto, no quemarle el fato, y obedecer los reclamos del Colorado que hacía rato revoleaba brazos llamándolo. Claro, aquel otro se hallaba doblemente a sus anchas: La deserción de Chiche le permitía sacar la caña de pescar con tanta fémina entusiasmada. "Estamos de suerte, Jorgito, nos han dejado solos. Vení, todo el mundo te quiere conocer. Elegí sin miedo."

Para qué entrar en explicaciones. El deseo de huir, la inquietud que lo motivaba, provenía del temor a sus propias reacciones en aquel estado. No obstante, la amistosa cachetada de Pety lo había devuelto

a la realidad. Esta gente no tenía la culpa de sus tormentos interiores, y el Gordo Roca menos. Ojalá siempre cualquier artista tuviera una oportunidad así de cotejar lo hecho con lo recibido por ellos. Vamos, Pibe, portate bien y dejá de hacerte la Prima Dona. Total se trataba, como ya antes le sucediera con Amadeo, de responder con amabilidad, fingir una pausa como pensando, y el otro rellenaba el formulario, agregaba anécdotas, inventaba historias, o contaba chistes, satisfaciendo de sobra al auditorio. Por lo tanto algo mareado apretaba manos, daba y recibía besos, palmeaba hombros, y mantenía las comisuras estiradas. Afortunadamente la mayoría hablaban sobre los poemas, las canciones, y preguntaban autores o detalles de cómo armaron el espectáculo. Lo del mareo porque en cada mesa el brindis era obligado y casi nunca con lo mismo. Al principio lo necesitaba, tenía la garganta como una lija, y no le importó demasiado. Cuando empezó a notar los efectos ya era tarde, y decidió que tampoco importaba, en casa se tomaría un litro de café y una señora ducha antes de acostarse. El sábado todavía le aguardaba media jornada de trabajo en Broccio. Algunos insistían en que deberían formar un dúo, por lo bien que se entendían a pesar de las notables diferencias. Juan Carlos aplaudía para que lo convencieran, porque pensaba igual, pero su compañero atravesaba una mala época y se le retobaba. La vuelta al ruedo fue larga y densa. Hubo un momento en que creyó que estarían empezando de nuevo e iba a protestar. Pero no, la sensación fue porque la mesa era la que había ocupado Chiche, y en la que seguían una pareja y otra chica, junto a Iván, Guillermo Benazar y Luis, conspicuos representantes de la maricocracia. Estos reclamando a gritos lo perdido que estaba del ambiente desde que dejara El Desván.

Juan Carlos, que le controlaba hasta los parpadeos, acercó una silla, lo sentó, y se fue a sus labores de caza y relaciones públicas despidiendo a los que se iban. El más charleta en la mesa era Luis. Jorge recordó que aquellos siempre lo cargaban porque parecía de otra época, invariablemente con chaqueta y chombas de cuello. Fue quien presentó a los amigos de la Gorda: Daniela, puntana, estudiante de medicina, linda mina. Eduardo, su novio, cara de primer premio. El nombre de la otra lo perdió. Llevaba rato perdiendo cosas. Parece que trabajaba, o era dueña de una Agencia de Viajes. Puntuación en suspenso, habían vuelto a bajar las luces, con lo cual ojos achinados, stop. Y cambio de guión. Por lo visto ahí el tema trascendente había sido su barba. Luis parecía el

más sorprendido. Benazar le guiñó el ojo a Jorge, haciendo claras señas de que le tirara de la lengua.

–Es que el cambio es muy grande, che. Todos estábamos convencidos que eras más o menos de nuestra edad. Pero así...

–Pensó que le tomábamos el pelo –dijo Iván–. Al principio no nos quería creer. Y para colmo en el programa no figura tu nombre –apuntó a aclararles, pero no hizo falta–. No, si ya lo explicó tu compañero. Es la pibita aquella que estuvo en la inauguración, la del berrinche de la Sultana, ¿no...?

–¿Quién es la Sultana...? –Daniela se echó hacia delante al preguntar, con lo que la visión mejoró aunque empeoró el mareo.

–La mujer de Jorge –contestó Luis, como si fuera algo que cualquiera debería saber. El propio Jorge, por ejemplo.

–¿Estás casado...? –la chica avanzaba en su desconcierto, y él también. Que no avanzara más, por favor. Quiso aclarar que no, pero sólo llegó a levantar la mano.

–¡Qué importa si están casados o no están casados! Es su mujer, y tienen un chico –dale, pensó Jorge apretando los ojos, seguime defendiendo nomás.

–Ya estás meando en la vereda de nuevo –lo retó Iván al verle la cara a Jorge–. El chico es de ella y Vázquez Richardson, el pintor. ¿Cierto, Jorge...? –éste, resignado, se agarró al vaso que le ofrecían y cabeceó afirmativamente. Quizás si les preguntara qué les había parecido el recital...

–Pero viven juntos, ¿no? –Luisito obcecado. En esta ocasión pudo mover el dedo negando, aquello empezaba a disparatarse. La China –debía ser china– agachaba las dos rayas oblicuas como avergonzada, o tal vez no entendía nada. Bueno, eran dos, él tampoco entendía a qué venía todo aquello.

–¡Qué lío me están haciendo! –se sumó la puntana pegando en la mesa– Mejor aclará lo del berrinche, Luis –claro, ésta quería sangre sudor y lágrimas.

–Ah, eso fue en la fiesta –intervino Guillermo–, Bueno, en las dos inauguraciones del Café-concert. Aparecía la muñequita de los poemas que, además de dejar bizco a todo el mundo, lo monopolizaba a Jorge. Y entonces Sully parecía una Magdalena, llorando por los rincones.

–Normal, digo yo –ya está, la inquisidora lo había puesto contra el paredón.

–No, che, paren –trató de defenderse ante las miradas de reproche–, dicho de esa forma, sin conocer la verdad de la historia...

–Sí, ya, ya, no te preocupés –Daniela, ahora echada hacia atrás y con los brazos cruzados, dirigía el pelotón de fusilamiento–, podemos imaginarnos la historia. Ustedes, los hombres, son todos iguales.

–Eso sí que no, querida –Iván divertidísimo–. Reivindico las diferencias. Si me prestás tu novio te lo demuestro.

–Gracias –se atajó el aludido, que hasta entonces no había abierto la boca–, pero así estoy muy bien. Demostralo con él, en todo caso. Si no se enoja la Sultana esa.

Y se echó a reír como si hubiera aportado el chiste del año. Daniela le metió un codazo que le cortó la risa en seco. Por la expresión de los otros, debían estar pensando más o menos lo mismo que Jorge. Por qué siempre esos minones eligen a tipos tan pelotudos. Guillermo fue el que empalmó con rapidez la cosa, dirigiéndose a Jorge.

–Che..., y a todo esto, ¿dónde está la Negra? ¿Por qué no ha venido? Hace rato que no la vemos por ningún lado, y es raro que se perdiera esto.

–Intenté decirlo antes. Creo que en varios puntos están meando todos fuera del tarro. Ya no vive en casa.

–¿En serio...?

–Lamento desilusionarlos. Pero creo que estará en La Rioja, con su marido y el chico.

–¡Ooh, te abandonó! –Daniela fingía consternación y juntaba las manos–. ¡Qué desagradecida! Con razón estás así de triste.

–No fue exactamente un abandono –Jorge ya estaba hasta los huevos–. Pero si a vos te hace feliz, por mí...

–No, Daniela, no has entendido. La chica de los poemas que leyó no es Sully –Luis, muy serio, quería poner las cosas en su lugar. Ése sí que no se enteraba de nada–, es... ¿Cómo se llama, Jorge...?

–Graciela –de puro cansado contestó como una máquina.

–No, yo digo la otra. La de la canción... La que tendría que haber venido esta noche –era cierto, a los idiotas los fabrican sin frenos.

–¿Otra...? –segunda demostración del aserto. Aparte que la perra pechugona aquella era de las que no sueltan el bocado–. Diga lo que diga Luis, comprendo que quien vivía con vos ya no quiera vivir con vos. Y que quien tenía que venir no haya venido.

–A ver, chicos... Yo tengo la excusa de haber brindado con mil mezclas distintas recién. Pero los que están hablando pelotudeces, y sin saber un corno son ustedes. Ya me explotaba la cabeza y encima... Bah, qué importa, cada cual se divierte como puede. Por lo visto a lo que vinieron fue a eso. Yo corto y fuera.

La orden era fundamentalmente para si mismo. Conservaba el apagado de sonido de su burbuja. Hasta ellos percibieron que había perdido todo interés en la estúpida discusión. La herencia que le dejó aquella perturbada continuaría girando mucho tiempo. El absurdo podía cambiar de nombres o fechas, pero seguía pululando como toda la atmósfera de ese sótano, como el abigarrado conjunto de voces que le atravesaban la vista sin llegar a entrar. Ahora sí que quería irse. Si hubiera encontrado fuerzas para hacerlo. Pero los brazos y las piernas pesaban toneladas, los cigarrillos estaban tan lejos, sobre la mesa, y el encendedor... Se inclinó por etapas, para no voltear nada, hasta alcanzarlos, y se llevó uno a la boca. Buscó otra vez el encendedor, no lo veía por ningún lado. ¿Se lo habría guardado ya? ¿O se lo habría confiscado la feroz inquisidora? Repitió la lenta maniobra, encendiéndolo con la vela del centro. El humo se mezcló con el del café. ¿El café...? Ah, sí, a la china le acababan de traer un café.

Con lo bien que le vendría a él ahora. Pero tendría que darse vuelta, buscar al mozo, hacer señas estúpidas... Salía humo tan concreto de la taza. ¿Qué decía, humo concreto...? Sacudió la cabeza. No, mejor ni moverla. Un trago caliente. Le hacía falta un trago caliente de ese café. Levantó la vista y se encontró con los ojos de la chinita, que parecían sonreírle. Sólo los ojos. El pelo húmedo –¿húmedo...?– le cubría la mitad del rostro. En fin, ya se sabe, esos orientales, tan cordiales siempre. A ver si era cierto. Estiró el brazo hacia la taza. Ella ya la había levantado y se la alcanzaba. Sí, señor, son cordiales. Y comprensivos. Le cayó realmente bien el café, aunque estaba amargo. Muy gentiles, pero no le ponen azúcar. Agradecido se animó a inclinar la cabeza en dirección a ella, como saludan en las películas de Kawasaki o Kurosawa, y se lo terminó en un par de tragos. La otra contestó de la misma forma y con las manos unidas, sonriendo también con el pedacito visible de los labios. Terrible concesión desde las antípodas. Honolable señol de los equívocos, leconveltido en lapsoda, lequisó y liquidó el líquido. Allí tenel

celemonia del té. Quizás fuela extlaña celemonia coldobesa del café, apuntaría en su libreta. Ahora que la veía mejor le pareció que tenía una linda jeta. La amiga también sonreía –a buena hora–, menos belicosa que antes. No, querida, se acabaron los jueguitos. Si querés sube y baja chapalo a tu novio. El cafecito amargo me ha despejado lo suficiente. Se levantó y gritó hacia Juan Carlos, que seguía de portero con los pocos que quedaban.

–¡Chau, Juanca... Yo me voy!

–¡No, esperá..., que te llevo! Ahora mismo nos vamos –y vino cagando a despedirse con los de la mesa que él acababa de abandonar.

Bien, mejor así. Se puso a recoger los papeles sueltos junto a los atriles, los encarpetó y metió en el portafolios. Después guardó también las guitarras en sus estuches y, como vio que prolongaba la charla allí, le pidió las llaves del auto.

–Voy metiendo esto. Pero si tardás te dejo las llaves en el mostrador y tomo un taxi. Buenos noches, amable público, sigan disfrutando con los chismes.

Tampoco ahí se acabó la heroica gesta del recital. Parece mentira que el famoso descreído fuera capaz de imaginarlo siquiera. Consiguió apresurar la salida del Colorado, pero con el bendito grupo cabalgando a su lado. Iván y Guillermo saludaron de lejos y se perdieron en lontananza. El resto empezó a meterse en el coche. Por supuesto, el Gordo agotados los anzuelos echaría redes sobre la gentil disposición oriental, para no volver con la canasta vacía. "Te dejo a vos y luego acerco a esta gente. ¿No te molesta, cierto...?" Y aunque le molestara, chanta de mierda. Claro, tuvo que dejar a la China de copiloto y hundirse atrás, entre Luis y la puntana, porque el novio subió último. Además de pelotudo imprudente. Podría haber evitado el lascivo apretujamiento de muslos con el degenerado que hacía llorar a las mujeres. Sin mencionar el repentino calor con que ella tomó su mano izquierda, susurrándole a dos centímetros que la perdonara, o algo más o menos así. La aclaración lateral es porque su mano derecha la estaba exprimiendo Luis, recitando a coro las mismas súplicas.

¿Qué le pasaba a esa gente...? ¿O Luis lo sostenía, para evitar que le devolviera cariños a Daniela? Lo miró. ¡Joder..., le estaban cayendo unos lagrimones de la gran puta! Otro que necesitaba un café. Debía tener la mamúa padre. Giró hacia Daniela y el novio, advirtiéndoles que no empezaran a echarle la culpa a él por el llanto del otro. "Si no le han gustado mis poemas, o se siente celoso de Nubedil, es cosa sólo suya. ¡Ni vivo con él, ni es mi esposo! ¿Lo han entendido, o necesitan una declaración jurada y pruebas anales?" Su tono retumbaba en el auto casi tanto como las risas generalizadas. Luis mezclándolo con el lagrimeo. Y para que la cantata fuera completa, más bien profana, Daniela volvía a preguntarle si no la perdonaría nunca, si la odiaba. Respondió que no a lo primero y sí a lo segundo. Por falta de honestidad no lo fusilarían. A renglón seguido, y en confuso estéreo, insistieron en las súplicas de misericordia. Eva les había contado la historia, y comprendían lo desubicados e injustos que fueron. "¿Qué carajo están diciendo? ¿De qué historia me hablan ahora, y quién es esa Eva...?"

–Eva soy yo. Mucho gusto –la sensualísima voz provenía de la China, que acababa de asomarse en el hueco entre los respaldos de adelante.

Ya la extrañeza del dulce timbre cordobés lo sorprendió. Pero aquel primer plano era desasosegante. Si los abría tenía una turquesa en cada ojo. Y el dibujo de la boca un pecado de lujuria. El mamón de Juan Carlos había tardado en decidirse, pero al final eligió bien. Y en ese momento, ya detenidos en la puerta de Pringles, ponía en marcha su martingala de que la noche es joven, no podían irse sin desagraviar cumplidamente a Jorge. Aparte de visitar la excelsa guarida del poeta, y disfrutar unos mates que sólo él preparaba así de exquisitos. Bastante más largo, versos le sobraban al Colorado, agregando su defensa del compañero, en sumarísimo juicio a la Sultana –a quien evidentemente conocía hasta en el bíblico sentido–, tratándola de putón obsesivo, borracha, delirante y pertinaz mentirosa, madre desnaturalizada, drogadicta... Dulce égloga que iba desgranando y ampliando en el living, acomodados en los sillones, tras la huida de Jorge que no deseaba ser cómplice de acusaciones, seguramente verdaderas y merecidas, en ausencia de la titular. Ponerse a defenderla no tenía sentido. La herencia salpicaba a todos. Él metió la cabeza bajo el pico de la cocina y la sacudió como los perros, antes de masajear un rato y secarse con la toalla.

Atrás suyo se había colado el lacrimoso, empecinado en confesarse y mostrar propósitos de enmienda, exponiendo lo que en realidad había querido decirle sobre el espectáculo, antes que se le escapara lo de la Sultana.

–No me importa lo que opinaban aquellos dos. Son un par de locas intelectuales, convencidos que a la poesía hay que entenderla. Todo eso tan florido que largaban estará muy bien para un artículo en el diario. Pero yo te cuento lo que sentí. ¿No ves...? Me vuelve a pasar lo mismo. Normalmente no leo poemas, y es la primera vez que los oigo así. Al principio es verdad que boludeábamos con lo churro que estabas –Jorge resopló–. No, no es para lamerte el ego. Iván dice que la barba te da más personalidad, pero así parecías un ángel. Sólo que después, mientras leías, me empezó a doler acá, como ahora. Todo lo que decías me dolía. Sí, los textos eran preciosos, y las canciones también. Ojo, que de música si entiendo algo, soy Profe. El Colorado me gusta cómo canta. Vos..., es

otra cosa, me emocionás, me hacés llorar. Perdoname, a lo mejor estoy un poco en pedo y no me explico bien. ¿No te enojás porque te diga todas estas tonterías, no...? –Jorge cabeceó negando y hasta le dedicó media sonrisa, preocupado al ver cómo se masajeaba la panza– Uy..., me parece que... ¿Dónde está el baño?

–Ahí adentro, en el dormitorio grande.

Los otros salían de esa zona en dirección a la escalera, comandados por el guía oficial. La China se desmarcó del grupo y preguntó si podía ayudar en algo. Claro, ésta sabiendo que se quedaría intentaba hacer buena letra con el dueño de casa. Asintió, hundido en la preparación de dos mates. Últimamente se comunicaba de lo más bien a cabezazos. Sacó el único paquete de galletas sobreviviente, una bandeja, y le dijo que las desparramara ahí para que parecieran muchas. Antes había escuchado las exclamaciones de Daniela, elogiando la originalidad de las estanterías de la biblioteca, construidas con bloques de cemento y maderas. El exotismo de la pobreza. Ahora resonaban sus gritos en la pieza de arriba, el mural seguramente. Controló la pava al fuego pensando que en definitiva, y dada la hora, casi le convendría no acostarse y pasar derecho al trabajo. Se asomó al patio para advertirle al chiflado aquél que chillaran menos, si no querían que los vecinos les mandaran la cana.

–¿Te encontrás mejor? –a ella sí que la encontraba mejor. El puto Colorado debía tener rayos equis, o aguantaba sin problemas el chupe. A plena luz, sin el abrigo, y con ese vestido atigrado, mandaba a su amiga al descenso.

–Me ayudó mucho el café que te robé.

–Ya había pensado ofrecértelo, pero no me atrevía a hablarte.

–Lo comprendo. El maltratador de indefensas niñas –ella negaba cabizbaja–. Esperá..., ahora que hacés ese gesto, me diste la impresión de no tener ojos ni boca. Ya sé que con las velas, el cabello que te cubría la cara, y el mareíto que yo tenía, pero...

–¿Así...? –escondió los labios, como los niños cuando no quieren comer, y volvió a convertir en dos rayas sus ojos. Él, fascinado, la señalaba aprobando–. Mi abuela dice que ya lo hacía de niña. Todos comentaban lo parecida que era a mi padre, el mismo color de ojos y la boca llena. Era injusto, también quería ser como mi mamá. Era coreana y mi papá andaluz. El pelo todavía no se me había secado –Jorge recordó

la humedad percibida. Bueno, algo captaba–. Por lo visto sigo haciendo eso cuando estoy nerviosa o asustada.

–¿Era, dijiste de tu madre?

–Sí, murió. A los pocos años de llegar acá y montar la Agencia de Viajes. Yo, cordobesa, ya ves. Qué mezcla, ¿no?

–¿Y lo otro...? ¿Estabas nerviosa?

–Y asustada. Todavía... Pero no, a lo mejor después charlamos más tranquilos. Soy bastante rara. A veces me cuesta abrir las compuertas y...

–Dejalo, no importa. Te estoy sometiendo a un interrogatorio. ¿Sabés qué pasa? Me quedé rayado en el coche, no cazo qué historia les contaste a aquellos.

–Lo poco que sé de la tuya. También por eso me enojé. No me mirés así –se reía echando el pelo hacia atrás, más hermosa aún–. Fui al recital porque la Chiche me arrancó de casa. Estaba en la ducha y me sacó a los tirones. Hace tiempo que me habla de vos y quería traerme.

Jorge sintió que le subían los colores de la bronca. Aquella gorda era divina, pero muy pesada. Los salvó la entrada de Juan Carlos, protestando por la demora de los mates y que quisiera robarle la novia.

–Mejor dedicate a la Danielita, que ya la tenés en el tarro. Con un poco de bola que le des larga al guampudo ese, y se te presenta acá a preguntar qué puede hacer para que la perdonés del todo. Yo sé lo que te digo, no para de repetir que está enamorada de la casa. Vos que la conocés, Eva, ¿cómo traducís eso?

Ella se encogió de hombros sin comprometerse, y entre los tres llevaron las cosas al living. Luis ya no lloraba, aparentemente repuesto. Daniela confirmaba la exaltación reseñada, y le sonaba divina hasta la música de jazz que Jorge puso. Eduardo, con cara de orto, consideraba un tanto mersa las pegatinas y dibujos de aquella pieza, jurando que jamás podría dormir con ese horrible minotauro sobre la cama. Que fuera un centauro no modificaba su opinión. Preguntando a continuación qué era un centauro. Pasó al bermellón subido cuando Luis explicó que hombre hasta la cintura, ostentando abajo cuerpo y cosas de caballo. Las risotadas, a las que se unió Daniela, tampoco lo ayudaban, más vale. El Gordo se divertía con ello y estaba en su salsa. Contaba chistes, cantaba, relataba poéticas aventuras, incluyendo por supuesto esa tan

triste de su compañero de actuación. A pesar del repetido topicazo, había que reconocerle que sería capaz de animar un velorio. Los invitados alababan los mates, hacían todo tipo de preguntas, y de vez en cuando les pedían que leyeran más poemas, o repitieran alguna canción a dúo. La Coreana, reclinada en un sillón individual, intervenía muy poco pero se la notaba a gusto.

A eso de las cuatro y media el novio de Daniela dijo que era hora de irse, y entonces el Colorado se ofreció a llevarlos. Seguramente volverían enseguida. Así que Jorge optó por no incomodarlos, decidiendo acostarse en la cucheta de la biblioteca para que ni siquiera lo vieran. Por si acaso puso el despertador a las siete y media, entornó las celosías de la puerta que daba al patio, apagó la luz, y se tiró vestido. Fumó todavía un rato, pensando que dentro de todo el Gordo era un buen tipo. Los escuchó llegar y hablar bajito. Le deseó suerte, entrando ya en la pesada confusión del sueño. Le pareció que apagaban luces, y casi de inmediato escuchó la puerta de calle, y el lejano ronroneo del motor arrancando. Puta, che, al final el pobre no había tenido demasiada suerte. O se irían a la casa de ella. Vaya a saber. Bueno, sería culpa de la noche. Él tampoco aplaudiría la fortuna habida. Lo mejor que podía ocurrirle ahora sería dormirse de una vez. Se dejó llevar por la idea y el cansancio.

La claridad que empezaba a entrar por la banderola lo hizo incorporarse de un salto. Buscó el despertador en el piso, donde lo había dejado. Necesitaba saber si aún estaba a tiempo de salir corriendo. Lo había puesto por ahí, estaba seguro, pero ni flores. El reloj pulsera, entonces. Estaría en la cocina, se lo había quitado nada más llegar al mojarse la cabeza. Fue hasta allá, tratando de estirar los miembros. Se sentía entumecido, y con un ojo que casi no podía abrir. Tuvo que hacerlo con dos dedos para convencerse de lo que veía, o de lo que le parecía ver, al abrir la puerta de la cocina. Olía a pan tostado. En eso el ojo no tenía nada que ver. Literalmente. Pero el mantel en la mesa... Todo tan limpio y ordenado, la manteca y la mermelada, los cubiertos, las servilletas... Y la Coreana, trajinando con todo eso como si estuviera en su casa.

Adivinó que si dieran algún premio por la mayor cara de estúpido, él esa mañana hubiera arrasado con todos. Volvió a tironear del párpado rebelde, y reculando hacia el patio miró en dirección al

living, después hacia las piezas de arriba... No se escuchaba nada, ni se veía nada anormal. Al menos más anormal de lo ya apreciado. Volvió a entrar a la cocina.

–Buenos días, primero, ¿no...? ¿Qué buscás...? –le preguntó ella, sacando las tazas del armario. Él se acordó de repente de su principal preocupación.

–¿Qué hora es?

–Van a dar las siete y cuarto. Puse tu reloj al lado del montgomery, sobre la cama de la pieza que da al baño. Y el despertador te lo saqué yo. Pensaba levantarte cuando tuviera todo listo. Mirá, ahí lo tenés, sobre la mesada –la seguridad de que algo no funcionaba del todo bien persistía. Volvió a mirar hacia el patio. ¿Habría soñado lo de...?

–¿Y Juan Carlos? –no se le ocurría cómo hacer la pregunta sin molestarla, pero salió así. Además de estúpido, bruto.

–Se fue. ¿No lo escuchaste al despedirse? Te gritó desde el patio –el tono grave de su voz no se alteró en lo más mínimo, cosa que lo confundió doblemente.

–Ah, sí... Bueno, no, no lo oí, pero...

–Dejá de tartamudear y desayuná. Que si no se nos va a hacer tarde a los dos. Había pensado cebarte unos mates, pero no me saldrían tan ricos como los tuyos. Y además creo que nos va a venir mejor un café bien cargado. Eso de compartir el café se nos da bien. ¿No te parece...? –él iba y venía hasta la puerta. A pesar del cansancio acumulado no atinaba a sentarse. Ella seguía poniendo la mesa–. Ah, otra cosa: Se acabó el café del tarro. Tomá nota para tus compras, además de las galletas que te liquidamos anoche. Y como el pan estaba medio duro, lo tosté. ¿Qué pasó, te quemaste...?

–No. Eeh..., está muy bien.

Mentira, se había abrasado al pegar el primer mordisco, pero lo notó recién al preguntárselo ella. En realidad le contestaba haciendo tiempo, para encontrar el hilo suelto. Tenía que haberlo. Algo se había perdido, seguro. La sensación era la de estar en un lugar ajeno, en un cuerpo o una escena ajena. Hasta masticaba el pan intentando no hacer ruido. Quizás la falta de sueño distorsionaba todo. Pero no, había más, era... Se llevó la mano al ojo irritado. Ella enseguida le acercó una servilleta, porque como lo hizo sin soltar la tostada se había llenado la ceja de mermelada.

–Tenés un derrame en ese ojo. Supongo que después, con una buena siesta se te pasará. ¿No habrá colirio, o algo así en el botiquín?

–No –contestó él peleando con la mermelada, que había pasado de la ceja al ojo–, pero en la Empresa probablemente consiga. Contreras, mi compañero, también es trasnochador, y siempre lleva de esos frasquitos. La mujer es enfermera.

–¿Jorge, te das cuenta de la cantidad de azúcar que estás echando en la taza...? –ahora era ella quien lo miraba sorprendida–. A ese paso te convendría echar el café en la azucarera.

–Ah, sí... Es cierto, siempre me pongo mucha azúcar. Debe ser por lo amargo que soy, ¿no?

–En inglés resultaría difícil de explicar –dijo ella, soplando su taza–. Porque no creo que seás amargo, pero sí que lo estás. He leído algunas cosas tuyas de las que tenés arriba, por eso lo digo. Uy, ahora que lo pienso: anoche mi café...

–Horrible. Supongo que el doble shock fue lo que me despertó. Ya que te gusta el café amargo, mis poemas... –ella volvía a contraer los labios en ese gesto–. ¿Qué pasa, te he puesto nerviosa? No, no hace falta que digás nada, era la tópica pregunta del inseguro.

–Sí hace falta, y eso es lo que me asusta. Hablás de inseguridad. Yo no la tenía. Siempre he sido arrogante, mandona, ¿sabés? En mis relaciones pongo las cosas claras desde un principio y al que no le guste... Es muy raro lo que me pasa con vos. Me gusta lo que escribís, me gustás vos. Cuando empezaste a cantar, tan desgarrado, quería subir y abrazarte, quitarte ese frío.

–Eso se llama compasión.

–Ponele. Quería abrazarte con pasión –esa mujer lo iba a matar, sentía cualquier cosa menos frío. No pudo evitar echar otra mirada afuera. Seguía aclarando, y no sabía si eso lo alegraba o entristecía.

–¿Tiene que venir alguien...? –la pregunta de ella destilaba resignación e impaciencia a partes iguales–. No hacés más que mirar al patio. Yo no te voy a hacer nada. No queda tiempo. Y cuando entré a la pieza estabas tan dormido que hubiera sido un crimen –hizo una pausa para beber. Luego lo miró, torciendo un poco la cabeza–. Así que ya ves... Te arreglé la casa, es lo menos que podía hacer, tenía que entretenerme. Estuve una hora, o más, con el mural de arriba y leyendo los poemas. Qué hermosa pareja componían. ¿Sabés que hay una historia ahí, no...? Sí, claro que lo sabés. Fue una pregunta idiota. Bueno, y después empecé

a preparar el desayuno. Justo pensaba ir a despertarte, cuando llegaste con esa cara de un paso al más allá que todavía te dura –se levantó hasta la hornalla y acercó la cafetera–. ¿Querés otro café...? Para ver si mejora tu opinión sobre la realidad. ¿O preferís dar parte de enfermo?

–No es mala idea.

–De acuerdo... ¿Cuánta azúcar te pongo?

–Tres cucharadas. Pero me refería a lo del parte de enfermo.

–Sí, debí imaginármelo –sacudió la cabeza–. Te prefiero con cara de obnubilado. Ahora tenés la misma que Juan Carlos, antes que le dijera que me iba a quedar, pero con vos. Esperá... no te muevas. Lo único cierto es que quería que él se fuera. Y esa era la mejor manera de lograrlo, sin que insistiera en llevarme a casa. No acepté del todo lo que me pasaba hasta quedarme sola. Aún no lo sé bien. Miento, sí que lo sé, pero el susto no se me ha ido. ¿Alguna vez sentiste que el corazón golpeaba, como para salirse del pecho?

–Anoche, en el auto, cuando asomaste la cabeza y te presentaste.

–No seás tonto, no me digás esas cosas. Tené en cuenta que yo también estoy pasada de sueño. Y es hora que vayamos levantando vuelo.

–Disculpá, no sé qué cara haya puesto recién –sentía cómo le subía el calor por el rostro–. Pero cosas así no te pasan todas las mañanas. Te juro que no me movería de esta silla. Sería idiota negar el deseo que me está comiendo. Sin embargo, quisiera seguirte mirando y escuchando el día entero. Mis amigos de verdad vendrán hoy posiblemente, y me encantaría que nos encontraran así, entregártelos, disfrutar el orgullo y los celos por cómo te observarían. Ya sé que es mejor y necesario que nos vayamos. Ni vos ni yo somos de los que destruyen las cosas por apresurarlas. Gracias por estar aquí, por haber arreglado la casa, por leer mis papeles y... ¡Por favor, dame ese café! ¡Que lo parió...! Estaba convencido que eras tan chinita callada. Y además, como estuviste todo el tiempo con Juan Carlos...

–¡Genial..., lo dice su compañero de recital! ¿Quién puede abrir la boca con él al lado? –se echó a reír alegremente–. No..., es un buen chico, divertido, amable, canta precioso... Pero también es como si anduviera con el escenario a cuestas, actuando todo el tiempo. A mí me gusta saber con quién estoy –lo miró de una manera tan profunda, que Jorge se agarró a la taza para no saltarle encima–. No te hagás el loco... No lo necesitás. Vos ya tenés algo, quizás demasiadas cosas, que

te llevan loco. En cambio aquél actúa de loco lindo. Anoche, durante el espectáculo, eso se notaba un montón. Yo me anoto a lo que decía Luis, y a lo que sentía. Además de leer o cantar bien, te mezclás con lo que tenés ahí, y vas tirando pedazos de vos mismo en todas direcciones. Es una manera un poco torpe de explicarlo, pero... No sé, puede que esté equivocada. Ahora, al decirlo, y por cómo me mirás, me siento un poco loca yo también. ¡Por favor, Jorge..., no hace falta que te des vuelta de nuevo! No hay nada que pueda venir de afuera. Somos nosotros los que tenemos que salir. Por suerte, o por desgracia, es cierto, y es la realidad. No quiero que te echen del laburo. Dale, pagamos a medias un taxi y te dejo a vos primero. No toqués nada de acá –se levantó y agarró el bolso y el tapado–. Te prometo que, si me invitás a unos mates esta tarde, me encargaré de dejar todo en condiciones.

–¿A mí también...?

–¿Qué...? ¡Ah... –ahora fue ella la que se ruborizó, en medio de la picardía de la sonrisa–. No sé, milagros no puedo prom...

El beso fue lo suficientemente largo como para que el abrigo cayera en varias etapas hasta el piso. Quizás el ruido del bolso, al seguir el mismo camino, fue lo que los devolvió a aquello que ella había llamado la realidad. Dos minutos después corrían en todas direcciones, agarrando lo necesario y cerrando puertas, hasta volverse a besar, ya en el pasillo, componiendo el paso y el gesto de quienes van a enfrentarse responsablemente a sus obligaciones. Él, sabiendo por anticipado que se pasaría la mañana pensando en mil cosas aún sin solución. Pero también en que no había sido tan mala al fin y al cabo la noche. Y que era cierto, aquella coreana, además de estar más loca que él, tenía una boca...

Habría que destacar el comportamiento del Quinteto Real –como los denominaba Chiche– en aquella ocasión. Tanto la noche del espectáculo, como a la hora de elegir el momento adecuado para la visita convenida. Decidieron, incluso con los acompañantes circunstanciales, dar tiempo a que se recuperara el guerrero e ir el domingo. Y aún contando con llave de la casa pulsaron el timbre, esperando pacientemente que abriera. La cara de sonámbulo y el toallón con que se cubría de cintura para abajo confirmaron su prudencia. Sin menospreciar lo anterior, cabe advertir que la lectura realizada por Pety de su estado lo propulsó fuera de la grupal discreción, y fuera asimismo del living donde los otros se estaban acomodando, en altas protestas de que ya estaba bien, que ese recurso de presentarse a buscar las mieles después de cagar todo, alguien se lo tenía que hacer tragar de una vez por todas. Jorge, adormilado y confuso, sólo atinó a llamarlo advirtiendo que no. Pero aquél, ciego de furia, ya había empujado de par en par las puertas del dormitorio.

–¡Mirá, pendeja de mierda…! –hasta ahí llegó, antes que la visión lo congelara.

–Así que vos sos Pety… –también envuelta en un toallón, recién salida del lecho, y con los ojos tan abotargados como Jorge, la Coreana lo observaba divertida–. ¿Y quién se supone que debería ser yo para que me tratés así? ¿Leticia quizás…?

–No…, no, eeh… –a pesar de hallarse despeinada y púdicamente resguardada bajo la toalla, el sereno esplendor de aquella mujer lo enmudecía.

–¿Graciela…? –continuó ayudándolo ella, abriendo los ojos con picardía. Detalle que acabó de fulminarlo.

–Perdón, sí, creí que sería ella quien… –tanto si le seguía mirando esas dos rasgadas perlas azules, como el resto de lo visible y oculto, temió arrodillarse a sus pies. Tragó con esfuerzo e intentó rehacerse–. ¿Cómo sabés…? ¿Desde cuándo lo conocés a éste? ¿Dónde diablos te tenía escondida? –ella rompió a reír, con la mano en el picaporte del baño.

–De a una, Señor Fiscal. Soy amiga de Chiche. Y no, nos conocimos el viernes por la noche. Si no te importa les contamos bien después. Quisiera vestirme decentemente y arreglarme un poco. Esta no es la mejor forma de recibir a los amigos, ¿no creés…?

Pety salió haciendo señas con los brazos de que borrara todo. Algo que no coincidía en absoluto con lo que iba repitiendo cada dos pasos y bramó al estar nuevamente con los otros.

–¡Es un hijo de puta! ¡No saben lo que hay allí adentro! –Jorge, que posiblemente lo esperaba, levantó con resignación la mirada al techo.

–No sé por qué a la gente se le ha dado por calificar tan rudamente a mi progenitora. Qué culpa tendrá ella de que te hayás tirado como un loco a espiar a la pobre chinita.

–¿Pobre…? –el narigón no se atrevía a pegarle, pero tenía ganas.

–Bueno…, sí. ¿A que está rica…? –el otro agachó la cabeza y se mordía–. Y rectifico, no es china, es coreana. En realidad la madre era coreana, ella cordobesa, se llama Eva.

–Esperá, Jorge –Marcelo se incorporó en el sillón–. Eva, coreana… ¿Tiene una Agencia de Turismo?

–Eso me dijo. ¿La conocés?

–Hace años. Es la agente de viajes de toda mi familia. Y vive por ahí, en Nueva Córdoba también. El negocio se llama Tourland –Jorge vio pasar el rótulo, velozmente, por la memoria–. Sí, ese mismo, enfrente de los despachos de Cosme, donde aquella perra se escondió a controlarnos la tarde fatídica –Jorge sujetó el toallón como si se le fuera a caer, y salió con la vista perdida hacia el patio.

–¿Querés decir –Sigfrido fue el primero en reaccionar– que es la dueña del lugar donde empezó toda la podrida?

–Ya había empezado, acordate lo preparado que estaba el circo. Pero sí, es curioso. La Vieja lo usó como punto de partida del final. Y ahora Eva, aún no sabemos cómo, apareció desde allí a salvar a Jorge del vacío que otra vez su Gracielita le endosaba.

–Sé que se burlarán como siempre –intervino Zúcker–, pero tal vez sea hora de comprender cómo funcionan los circuitos en que se mueve nuestro amigo. Las fuerzas negativas lo perturban como a cualquiera, sin embargo su reacción las va doblando hasta provocar cosas de este cariz. Y sin conocer a esa chica, les diría que está llamada a cumplir un papel importante en este proceso y quizás en su vida.

–El papel no lo conozco –Pety retomaba el suyo–, pero a ella la he visto. Y estaría bien que nos explicaras por qué ese rol tan positivo debe ser cumplido por yeguones así. Primero la Silvita, y ahora este bombonazo.

Marcelo estuvo a punto de responderle que la tal Gambarelli estaba lejos de optar a semejantes calificativos, por no hablar de la pobre Sultana. Sin embargo también era cierto que lo del rol positivo… No obstante, si se calló fue porque Eva había entrado justo para oír las últimas frases del narigón.

–Gracias, Pety –era increíble la seguridad que emanaba de aquella mujer–. Tal vez el símil equino sea un tanto excesivo, pero los bombones me encantan –y sonriendo fue a saludar a Marcelo y Estela–. Los vi la otra noche, yo estaba un par de mesas más atrás que ustedes. Menos a este depravado a los demás me los tendrán que presentar.

Fue repartiendo besos y seducción con todos. Apenas llevaba unos jeans y una camiseta oscura pero lucía espléndida. Pety volvió a disculparse por sus comentarios, ligando unas caricias risueñas que lo dejaron chocho. Hugo y Silvestre ponían la cabeza para que a ellos también, y les dio el gusto tratándolos de mimosos. Enseguida notó que habían traído masitas y bebidas, así que preguntó si buscaba copas para empezar con eso o preferían otra cosa. ¿Café, té, mate…? Actuaba con la naturalidad del ama de casa que atiende a sus invitados. Sigfrido le dijo que se llevara las bebidas, para enfriar algunas en la heladera, ya tendrían tiempo de atacarlas. Pero ahora mejor unos mates, así iban entrando en calor y confianza. Recogió las bolsas apuntando que esa era tarea del Jefe, ella pondría la pava al fuego y le prepararía las cosas, en el cebado no competiría con él. Estela y Bruni saltaron a ayudarla, la primera colgándosele del brazo. Ricardo Camargo, que la había estado radiografiando todo el tiempo, les preguntó a los otros si a ellos no les sucedía que les recordara a alguien.

–Hace rato que le estoy dando vueltas. Ese humor tan rápido, la tranquilidad, como distraída, con que se mueve y habla…

–Te has olvidado de una cosa, la ropa que lleva: vaqueros y una chomba negra –Silvestre, convencido de lo que decía, sonreía asombrado.

–¡Dejate de joder, Carlitos! –Pety lo atajó, desechando ideas extrañas–. Esta mina, con cualquier cosa que se hubiera puesto estaría igual de buenísima.

–No es eso, che –dijo Sigfrido y señaló a Silvestre–. Creo que éste tiene razón. ¿Vos qué pensás, Zúcker? –el librero cabeceaba, aprobando la perspicacia de Carlitos.

–Hay bastante para discutir si tienen ganas, pero es difícil negar que parece un alter ego femenino de Jorge –la salsa que se armó hubiera servido para una tonelada de ñoquis.

En la cocina tampoco escaseaba el material. En cuanto la soltó, Estela le buscaba el rostro.

–Eva…, estás temblando. ¿Qué pasa, te hemos puesto nerviosa nosotros? No le des bola al exaltado aquel, es…

–No… Siempre es lindo que te piropeen, o lo defienda así al amigo. Al contrario, el clima con que lo rodean es genial.

–¿Entonces…?

–Soy yo. Me asusta lo que está pasando. Normalmente gestiono con tranquilidad mis relaciones. Sumo, resto, divido, trato que nos vayamos conociendo poco a poco. Por mucho que me guste un tipo evito ahogarlo, que no nos engañemos con falsas expectativas o demandas. Sé que suena frío, pero es lo mejor para disfrutar con calma y que se vaya armando lo que tenga que ser. No quiero que me quiten mi independencia, ni mi libertad. Ni hacérselo yo, por supuesto.

–¡Joder, Mamita, sos un peligro vos para los guasos –Bruni, sin parar de trocear las masitas sobre una bandeja también temblaba, pero de risa–. Los asustados deben ser ellos cuando les soltás esas cosas. ¿A que la mayoría se van cagando?

–Bueno…, sí –aceptaba ella alzando los hombros–, pero lo prefiero. El amor, o la pasión, son cosas muy lindas para echarlas a perder por no respetarnos y pensar.

–Pasámelo en limpio con él –la paró Estela–. Lo de pensar ni pregunto, ¿pero te faltó el respeto?

–¡Les digo que soy yo, no él! Y me pasa desde el viernes: Cuando me bebió el café quería que me tragara entera a mí –las otras dos fruncían el rostro buscando entender–. Sí, ya sé, es un lío. Estaba mareado, por lo que le hicieron beber en las otras mesas, y encima ahí le armaron una batalla boludísima de equívocos. Miró con tantas ganas el café que yo había pedido… A mí ni me veía. Se lo ofrecí, se lo mandó de un trago, y después…

–Dejalo, eso nos lo podemos imaginar –otra vez Estela–. Se vinieron acá y gracias al café ya te veía perfectamente.

–Él dice que sí, pero tampoco me daba bola, porque Juan Carlos me había acaparado y pensó que la cosa era con él. No, al final le dije al Colorado que se fuera y me quedé.

–¡Bueno…, por fin! –Bruni aplaudía.

–Jorge un rato antes se escapó –al oírla Estela afirmaba, conocedora de esos arranques–, y se había acostado. No pongan esas caras, no me atreví. Era tardísimo, empecé a dar vueltas, arreglé todo, le preparé el desayuno…

–¡No me lo puedo creer! –Estela parecía que la iba a sacudir para que reaccionara.

–Él tampoco. Miraba hacia todos lados, no entendía nada, yo no sé qué decirte… Bah, hablamos un rato mientras desayunábamos y le prometí volver a la tarde. Bueno, me dio un beso y nos fuimos a trabajar.

–No sé cuál de los dos está más loco –protestaba Bruni, que ahora preparaba sándwiches con el pan de miga y los fiambres traídos–. Supongo que por la tarde dejaron de hacerse los desentendidos, ¿no?

–Me arrebató en cuanto crucé la puerta –quería reírse pero, aunque satisfecha seguía tensa–. Me había hecho el propósito de obedecer a lo que sentía, pero pasado lo…, bah, ya saben, a última hora pensaba irme a casa. Es una buena forma de conseguir lo que les decía antes. Todo muy bien, pero cada cual en su lugar, ya veríamos después.

–No está mal –Bruni inmersa en lo que hacía ni la miraba–, las cosas claras. ¿Por qué el susto entonces? No me digás que se te adelantó, no me extrañaría, y te echó él.

–¡Peor…! Yo había perdido todas las fuerzas y las ganas de irme. Estábamos charlando, me tenía abrazada en la cama, y me dijo, de lo más dulce y tranquilo, que me entendía y le gustaba mucho como era. Que lo más lindo de la casa era que tenía colchones en todas las habitaciones y deseaba que desayunáramos juntos, para desquitarse de la confusión de esa mañana. Te dejo descansar en paz, mi amor. ¡Me besó para irse arriba! Lo agarré, y aunque me hubiera pegado no lo soltaba más. ¡Es terrible esto! No me he levantado de acá desde que llegué ayer por la tarde. Él trajo los mates esta mañana, y dos cositas a mediodía. Si no hubieran llegado ustedes…

–¡Nena…, ma qué susto ni susto! ¡Lo que ustedes dos tienen es un metejón de cine! ¡Ojalá alguien me asustara así a mí, y me trajera bocaditos a la cama! –Bruni sacaba cervezas de la heladera–. Pónganme copas en una bandeja, voy a llevarles algo a aquellos, porque el que te dije pasó antes hacia arriba mirando los escalones. Péguenle un grito o nos quedamos sin mate.

La que se asomó al patio fue Estela, protestando por la demora y porque el agua iba a hervir. Los ruidos en el techo confirmaron que se daba por enterado. Bruni regresó sacudiendo la cabeza.

–Estos con tal de discutir le sacan punta hasta al obelisco. Ahora están cruzando apuestas sobre quien tiene más méritos, Silvia o vos. Por el momento parece que vas ganando.

–¿Quién es Silvia?

–La Planas, la de la peliculita esa y…

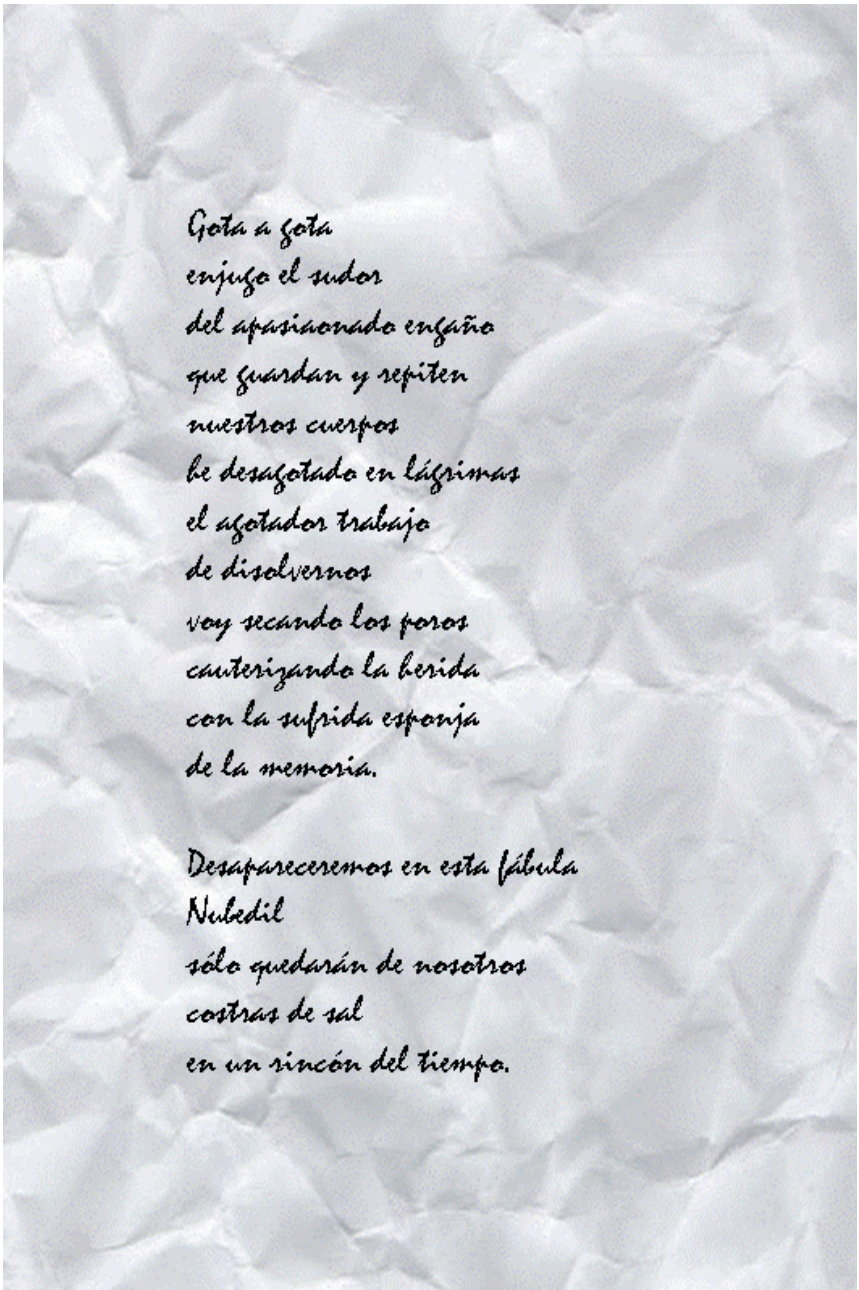
–¿La actriz? –Eva la tocaba a Estela que asentía–. ¡Esa sí que es un yeguón, como dice Pety! ¡Y por el otro lado Graciela! Creo que me va a dar un ataque de celos.

–¿A la chica liberada...? –se burlaba Estela–. ¿A la que lleva un día entero comprobando lo que ambos sienten? Confiá un poco más en vos, Eva. Ese tarado que está bajando la escalera te va a quitar todos los miedos. Tratá de ayudarlo con los suyos, y dejate de tonterías –las tres se habían echado de inmediato sobre lo que faltaba llevar con expresión de laboriosa distracción.

–Sí, ahora salgan corriendo. Seguro que estaban intercambiando recetas. Y no quiero saber qué recetas. Vayan nomás, lleven todo eso para allá, ahora mismo están los mates.

Por discreto cambio de programa, o porque estuvieran en eso, el resto de la tarde fue un intenso intercambio de opiniones y preguntas sobre el espectáculo del viernes. Evidentemente la novedad de la pareja pertenecía al evento, y resultó divertidísimo comprobar cómo giraban, y a veces cambiaban por completo los hechos, según la visión de cada uno. Mientras cebaba, Jorge estaba en su sillón, con la mesita y los artefactos delante. Pero en cuanto pasaron al relax, antes de lanzarse sobre la picada, señaló a Carlitos, Bruni, y Ricardo, para que le dejaran uno de los sillones grandes, y golpeando apenas a su lado miró a Eva. Estela, advertida, sólo la siguió con la vista. Sin embargo los otros debieron notar, extrañados, el súbito cambio en los movimientos de la Coreana. Lejos de la laxitud casi displicente que tan atractiva la hacía, cruzó esos tres metros de distancia como alguien hipnotizado que siente miedo de tropezar. Estela captó que el cariñoso reclamo de Jorge –quien por otra parte se había manifestado abducido por ella–, la ponía a prueba. Aunque intentó otra cosa, prácticamente se derrumbó al sentir cómo la agarraba. No vayás a llorar, idiota, pensaba Estela. Dejate querer y ya está. Jorge,

sin detenerse en la charla con Sigfrido, fue apoyándola sobre su hombro, y con la mano le acariciaba la nuca. Marcelo, igual de aparentemente absorto en la conversación, observó de reojo a su chica y le fue subiendo el brazo para que ella también le rascara la cabeza. Ambos sonrieron por todo lo que había detrás de ese gesto copiado y amorosamente repetido. Estela le clavó un poquito las uñas a ese sinvergüenza, que tanto y tan bien entendía a veces a la gente que quería. Ojalá esos dos supuestos gemelos de enfrente despejaran el brumoso camino en que se hallaban.



Gota a gota
enjugo el sudor
del apasionado engaño
que guardan y repiten
nuestros cuerpos
he desagotado en lágrimas
el agotador trabajo
de disolvernos
voy secando los poros
cauterizando la herida
con la sufrida esponja
de la memoria.

Desapareceremos en esta fábula
Nubedil
sólo quedarán de nosotros
costras de sal
en un rincón del tiempo.

Yo también me preguntaba a veces si estaba esperando que sucediera algo. Algo dentro de sus planes y promesas. O sólo esperaba el cumplimiento del plazo. Máxime cuando el tiempo se acumulaba en blanco, como sucedió tras el recital del Balcón. Entrábamos al invierno. Cerca de un mes sin la menor noticia. Y en una situación como aquella eso es mucho. Ya los dos meses que siguieron a la ruptura habían tenido la densidad de una separación definitiva. Había pasado por la locura, las preguntas, la búsqueda, miles de horas luchando con el vacío, hasta empezarlo a aceptar como el rostro de lo único que tenía y tratar de reconstruirme a partir de él. Por eso cuando reapareció en Enero la cifra me resultó tan falsa. Como en Junín, o el Desván, lo puramente cronológico no coincidía para nada con la realidad. No cabían en ese espacio el sufrimiento, la soledad, la resignación, las trabajadas rampas de salida. Miraba el reloj, los almanaques, y no, no me salían las cuentas.

Ahora se supone que tenía a mi favor una cierta adecuación al fenómeno. Y la decisión de ser paciente y controlado. El hecho invernal también significaba que sólo faltaban tres meses para la fecha dada. Dos terceras partes del tiempo de espera habían quedado atrás. Dicho lo cual se me complicaba la adecuación. Parecía todo lo contrario. Era tan poco lo sucedido y tanto lo que faltaba. Rápidamente, a buscar el equilibrio. A pensar por ejemplo que, bueno..., un mes de ausencia en esas condiciones quizás significara lo definitivo. Una cagada de idea, pero no estaba mal. Era racional, sensatamente lógica, sin falsas expectativas. Ayudaba a la tarea de tomarse con calma el resto. De acuerdo, aceptada y en marcha. También colaboraba, hay que reconocerlo, el entorno que se había ido formando en Pringles. La gente me trataba como al loquito tranquilo que era o trataba de ser. Habían optado por acompañarme en el peregrinaje a la meca florida. Hasta Chiche hacía bromas al respecto y me retaba menos. Encima, para no desentonar, enganché flor de gripe. Con el dictamen vacacional de una semana en cama, y en el dormitorio grande de abajo por el baño y la comodidad para todos. Cigarrillos go fuera, jarabe glú-glú para dentro, antibióticos a go-gó, mantas, libros, fiebre, y la alternada guardia de la troupe que organizaron entre la Gorda y Eva.

No es que clínicamente me sintiera nada bien, pero me hallaba sudorosa y escalofriosamente feliz. Tenía unos sueños de lo más delirantes, para delicia de Ricardo que se pasaba horas escuchando y dibujando sobre este material a los pies de la cama. Graciela estaba en casi todos. En la mayoría existía, como por detrás de lo soñado, un elemento de transitoriedad, de algo aunque sabido no visto, algo sucedido que inevitablemente nos separaba o nos había separado ya. La veía en colores, cosa que provocaba las risotadas de la audiencia, mayoritariamente de acuerdo en que, excepto ciertos enamorados con daltonismo onírico, sólo se sueña en blanco y negro. Aunque después, y ante la duda, Ricardo me robaba sus buenos lingotazos a morro del jarabe. Por comprobar, decía, si estaba ahí el componente lisérgico que generaba nuevos cromatismos. Con él debía esconder hasta las aspirinas. La malaria económica lo llevaba a extremar los experimentos en el drogoting póvero. Hugo juraba haberlo visto chupetear pasta dentífrica muy lejos de las escasas comidas.

En fin, cada cual se coloca con lo que tiene más a mano. Yo me dedicaba a soñar en colores, o atragantarme con el jarabe al verla entrar a Graciela envuelta en su sacón de piel. No, no tenía la menor posibilidad de atribuirlo al estado comatoso o a un sueño. Acababa de levantarme hasta el baño y aún sentía los pies fríos. Era ella, con los dorados tonos de la penumbra en la habitación haciendo que brillara aún más el dorado de su pelo, mientras cerraba la puerta y me miraba en silencio. Cualquier imagen con que la trajera en mis ensoñaciones era derrotada hasta la humillación por su presencia. Manoteé en el cajón de la mesita de luz los cigarrillos. A la mierda con las recomendaciones. Ya que me estaba ahogando, al menos poder echarle la culpa al humo. Parecía como si una mano se me hubiera metido en el pecho y me estuviera estrujando los pulmones. Era tan hermosa. Y la amaba tanto. Hubiera matado por verla siempre así.

No así, por favor entendámonos. No seamos asquerosamente literales, con la excusa de lo literario. No necesariamente en esas condiciones. Y la gripe es lo de menos. Aunque siempre sería mejor que no verla. Pero no, ya comprometido a matar a alguien, que fuera para cambiar ese estado de ahora sí, ahora no, ya veremos si lo vemos. No, yo quería verla siempre allí, sin amenazas oníricas o subliminales,

en colores de realidad y voluntaria permanencia. Que pudiéramos abandonar, traspasar las gripes, los inviernos y las brumas, hacia un sol más limpio y transparente. El sol que tendría Pringles en primavera, llegara o no llegara ella. Claro que me refiero a Graciela. La primavera llegaría seguro. Y el final de la historia también. Lo que estoy diciendo es que mataría por cambiarlo. Y no me importa lo que pensara antes. Un rato antes de su llegada. Todo aquel larguísimo mes previo a su entrada en la habitación. Entonces estaba obligado a pensar así. La vida permite imaginar lo deseado, pero te fuerza a adaptarte a lo real. Podemos luchar para transformarla, siempre hasta cierto punto. Lo que no podemos es matar a todos los que se oponen, destruir lo que no funciona a nuestro ritmo. Además de irracional sería inútil, estúpido. Algo había aprendido después de tantas luchas.

Entre otras cosas que no se puede bailar con alguien que tiene miedo de hacerlo. No se puede obligar a nadie a bailar. Y no es sólo cuestión de gustos musicales. Hay mucho más que nos divide, que nos separa. Hay todo un mundo lleno de putas y oficiales corcheas, de confusas y tradicionales semifusas, de oídos oportunamente tapiados, que nos dificulta el bailar libre, voluntaria, y desinhibidamente, en una pista de cuerpos libres. Aunque parezca no somos tan libres de elegir pareja de baile. En la mayoría de los casos hay que bailar con quien te toca. Y siempre según las reglas, los preceptos, las conveniencias... Además calladitos, como decía la Vieja de Graciela, o apagamos el tocadiscos. A esa podía matar. Con gusto lo habría hecho en su momento. Pero no hubiera cambiado nada. La pobre hija de puta era sólo el último botón en una computadora del universal centro de equivocaciones. Ya se moriría sola, de herrumbre y rencor, y no me importaba. No era ahí donde debía emplear mis fuerzas. Por ahora las usaría para seguir siendo capaz de escuchar mi música. Y tocarla, cantarla con todo el aire de mis bronquios. En primer lugar para no quedarme sordo de rabia. Y después para tocarla a ella, afirmarnos en el momentáneo sueño de no estar soñando, salir del ralentizado cuadro a cuadro con que mi temperatura la recibía esa noche.

Creo que ella lo único que había dicho fue hola. Yo ni siquiera eso. Yo estaba pensando, entre el humo y un mareíto morrocotudo, cómo puede ser que la chica más linda de la fiesta me venga a buscar a este

rincón. A mí, yo que soy nadie, como decía la canción. Al más apartado, rotoso y jodido de los presentes. La chica de la zona alta, la que puede permitirse todas esas ropas y esa belleza, la que avanza flotando entre brazos estirados que no llegan a rozarla siquiera. El sueño y el drama de los de abajo, por no decir del hombre en general. Esa inseguridad ante el espectro de la mujer anhelada. En el que una cosa es imaginarla, dibujarla en las duermevelas, nombrarla en las bravatas entre amigos, y otra verla avanzar con la precisión de un destino hacia nosotros. No importaba el tiempo transcurrido, todo lo vivido y negado y traicionado y largamente sopesado. Cada vez volvía a ser la primera para el niño ansioso y despojado que la contemplaba incrédulo desde mi interior.

No sé si ella era consciente de la existencia de ese niño y de lo que provocaba en él. Sí que lo era, con toda seguridad, del encanto y las ventajas que la envolvían. Se movía dentro de ese halo autocomplaciente, cada vez más acostumbrada a que el mundo fuera así y la tratara de esa manera. Y como sucede con ese tipo de mujeres, esto la volvía aún más atractiva y deseable. Por mi parte, con tanto delirio previo, tanto jarabe, tanta fiebre de ausencia, sin contar la que marcaba el termómetro, me era difícil abandonar este baboseo de chico sorprendido, y regresar al racional y escéptico proyecto de hombre que había estado enumerando meses como quien enhebra las cuentas de un balance, confiando en las frías matemáticas de una lógica, que ahora se volvían agua junto al murmullo de su hola y mi sudor.

Qué puedo decir. Que odiaba su belleza y mi boca abierta, aunque la tuviera cerrada. Sí, creo que sentía algo así. Que la odiaba más a medida que bajaba de su altivez consentida. Y su hermosura crecía, justamente porque se iba despojando de aquella seguridad que la acompañara hasta la puerta. Bajaba sin cesar los imaginarios escalones que nos separaban. Estoy mintiendo, no la odiaba a ella sino a los escalones. A la confusión que me hacía ver escalones donde sólo existían uno o dos pasos, uno o dos gestos de acercamiento. A la falta de claridad mental con que la recibía. No sé cómo llamar lo que sentía. Pero qué importa eso. Ella bajaba, desde una distancia que algo nos imponía. Y lo hacía con el tormento de saberlo. Consciente de sus pasos en una y otra dirección. Pisando con la sonámbula determinación de quien parece querer salir del sueño. O entrar en él. Sufriendo la certeza de su insomnio. Bajaba los ojos y los

brazos, se iba haciendo de carne, humeante y dulce. Se ajaba como quien florece. Y yo mordía las espinas del tiempo. Sangraba de impaciencia porque ese no era el día ni la llegada anhelada y prometida. Era otro ensayo de desgastes, de dudas y arrepentimientos. Tenía que decírselo, enfrentarla al silencio provocado, a las preguntas que alguien debería responder.

Sin embargo se adelantó a ello confesando, entre las habituales lágrimas, que era una cobarde pero no se resignaba a perderme. Que habían vuelto a encerrarla. No sabía cómo, pero parecía que la madre se había enterado que nos veíamos y esa fue la causa del tiempo vacío. Que no tuvo forma de avisarme porque no la dejaban salir ni a la esquina. O sea que en lugar de despejar incógnitas las sumaba. ¿A qué se refería exactamente con la cobardía? ¿Cómo volvía a enterarse la madre de algo que sólo nosotros conocíamos? ¿Encierro absoluto, e imposibilidad de avisarme? Por supuesto, no sabía que Eva y yo la vimos pasar por Maipú en el auto, con un tipo al lado que podía ser el del Liceo o cualquier otro. Y tampoco sabría explicar qué había sucedido con el vigilado encierro, para estar ahora allí tan arreglada y libre.

Pero yo no preguntaría nada. Ya fumaba y la escuchaba como antes de los oníricos disparates. Lo único que se me ocurrió, para detenerla en su descenso de los inacabables escalones, fue advertirle que si seguía se iba a contagiar. Y claro, a pesar de la ronquera sonó tan idiota como lo que era. Es verdad que nos inmovilizó por un instante. A mí, sorprendido de que fuera eso lo que me escapara del pecho. Ella, como si hubiera sido el chasquear de dedos que anula las órdenes previas, llevándola a cubrirse con los brazos mientras sonreía triste y se zambullía encima mío, repitiendo que ojalá, que en ese momento lo que más deseaba era contagiarse para siempre. Que después no pudiera encontrar la forma, ni las fuerzas, para irse de allí. Y creo que en las risas absurdas de ambos –las mías pura tos y mocos–, a través de los besos y las caricias y las frases de infantil terminología médica, florecía la misma desesperación disfrazada de impaciencia febril, de ahogados gritos, del placer que lo borra todo menos la certeza, la implacable certeza de que la vida sigue después del sueño. Que por suerte y por desgracia la vida sigue. Que podemos entregar los cuerpos al contagio. Pero siempre tendrán algo que decir los benditos anticuerpos.

Éramos personas fuertes. Pongámoslo así, queda mejor. Yo superé en el tiempo previsto la gripe. Ella no se contagió. Estuvo algo afiebrada quizás en la seriedad con que retomó sus visitas. Ahora venía al menos un par de veces por semana. Hasta parecía preocupada por los cambios en la casa.

–¿Che, y la Negra...? Hace tiempo que no la veo –un poco lenta registrando ausencias ajenas.

–La eché.

–Suena un poco drástico.

–¿Sí...?

–Y eso suena a no pienso hablar del tema.

–Es que el truquito de ponerme a llorar no es mi estilo.

–Dele, pegue palo nomás, para que no siga preguntando si sucedió lo mismo con Ariel y Amadeo.

–Incumplimiento de contrato. Pactos no respetados. Estupidez y falsedad crónica. Una peste, vea. Parece que eso se contagia con más facilidad que la gripe.

–Claro como el agua, Jefe. Advertencia anotada.

–No pretendía eso. Sólo te contestaba.

–No, si vos no pretendés nada. Pero a la hora de meter guascazos... Se me hace que te vas a quedar solo.

–¡Y lo feliz que sería! Pero me jode la etiqueta esa de los guascazos. Te aseguro que no es nada agradable andar con la espada flamígera corriendo gente.

–¿La espada qué...?

–En llamas. Lo del arcángel en la puerta del paraíso.

–¡Ah...! No está mal el símil. Por lo menos considerás esto un paraíso.

–Ojito lo que decís de la casa.

–Guardá el sable, Verdugón. Dejá de buscar excusas. No estoy segura que sea un paraíso aún, le falta cierto angelito redentor, pero a mí también me gusta.

–Más te vale. A vos y al resto de angelitos, porque hay veces que tengo más acá de los que quisiera.

–Eso último lo disimulás un kilo. Soy corta de vista, no ciega. Debe ser por la espada, debe ser.

Era la máxima alusión que concedía a la inquietante sombra de la Coreana. Incluso las preguntas sobre Sully creo que apuntaban en esa dirección. Nunca la consideró un problema. Para ella, se entiende. Hasta le había agarrado cariño parece. Según Carlitos, la Sultana le garantizaba un control interno que ella no podía ni quería ejercer. Sin embargo ahora, entre despidos y deserciones, el panorama que cada vez encontraba era un muestrario de caras nuevas. Algunas, como la Gorda Chiche, nada disimuladamente en su contra. Hasta el mismo Silvestre, viejo admirador suyo, se permitía ciertas bromas escépticas cuando la veía llegar. "Jorge, escondé esos poemas fúnebres y descorchate unos mates, acaba de hacer su entrada La Gran Esperanza Blanca". Ella entonces bailoteaba como un púgil y también se reía, pero evidentemente no era el clima de seguridad que le hubiera gustado. A pesar de los proyectos y promesas las apuestas no estaban a su favor ni mucho menos. En otro momento habría sido motivo de diversión, un desafío más, pero no era ese momento y lo sabía.

A mí tampoco me alegraba esa especie de piso enjabonado que la recibía. Hubiera querido facilitarle la tarea. Responder lo más coherentemente posible a los pasos que ella marcaba. Hasta llegué a contagiarme algunas veces de su entusiasmo. Yo sí soy de fácil contagio. Volvíamos a jugar a los novios capaces de vencerlo todo. Era tontamente lindo pensarlo, dejar que danzara esa idea en los ensayos semanales. Guardar los poemas tristes, como decía Silvestre, y hacerle la barra a la Gran Esperanza Blanca. Lo que pasa es que estábamos acostumbrados a verla patinar como una finalista olímpica, con total despreocupación y sobre cualquier superficie. A los niños prodigio no se les perdona el paso del tiempo, ni el cambio de circunstancias. Quizás porque se empeñan en seguirlo siendo. Y existen movimientos truncos, pequeños fallos de compás, que nos hacen reaccionar con seriedad crítica donde antes hubiera surgido el aplauso ante la pirueta salvadora. También puede que en mis menguadas fuerzas, mi incapacidad para seguirla en ese guión desconocido, se hallara el desnivel que propiciaba ciertos tropiezos, el desentendimiento que rompía la unidad de los ejercicios.

Cuestión que motivaría discusiones posteriores en el Tribunal: La Chiche había soltado uno de sus ultimátums de limpieza. Era un domingo soleado, hasta cálido para el invierno entrante, así que la

coartada climática se esfumaba y tuve que apropicuarme a su lado para poner en condiciones el chiquero. Desde primera hora la seguí por todas las habitaciones cambiando muebles de lugar, revoleando el plumero, desalojando telarañas y cambiándole baldes mientras ella pasaba el trapo. Paramos un ratito para comer y seguimos con las piezas de arriba y el patio. La guerra de la ropa también me la había ganado, y aunque resistí valientemente terminó por arrancarme hasta las más innombrables prendas, sumergidas en un especial preparado jabonoso del piletón de afuera. "Dejá de protestar y ayudame. Si se achican o se rompen será por tu culpa. No hay tejido que aguante tanta mugre. Traé para acá esas medias, que ya caminan solas, y de los calzoncillos mejor que no hablemos. Ustedes los bohemios son todos igual de roñosos. Andá baldeando la escalera y conseguí otra caja de jabón en polvo, que no hay con qué ablandar esto. Creolina tendría que meterle, y no sé si alcanzaría para las costras que tienen. Sí, exagerada... Ya vas a ver el caldo que sale, tendrías que refregarlo vos para que te enteraras."

Ese era el clima cuando entró Graciela, tan arreglada como siempre. La Gorda rasqueteando con una escoba las baldosas entre los baldazos que yo iba tirando por el patio, ambos cubiertos de polvo y sudor. A su favor que nos besuqueó lo mismo. En su contra, que antes de eso echó un vistazo incrédulo al panorama y se llevó las manos a la cabeza.

–¡Ah, no...! Cuando yo me venga nada de estos primitivismos. Un buen lavarropas y aspiradora, o no firmo el contrato.

–Ya la oíste, Chiche. Dice que prefiere encargarse ella de la ropa. Así que dejale la pileta y sigamos por arriba, que a la terraza también le hace falta una pasadita.

Nuevamente a su favor la rapidez con que recogió el rebote, y que no hiciera nada por defender el pequeño paso en falso. En tiempo récord se puso un pantalón corto mío, una camiseta, y atacó la zona encomendada. En realidad gracias a su ayuda acabamos mucho antes, y hasta nos enganchamos en una guerrilla de agua, cubos contra cacerolas, que dio el enjuague definitivo a nuestros cuerpos y el patio, firmada la tregua con los mates que siguieron a las respectivas duchas.

También la reflexiva discusión fue convocada por Chiche al día siguiente, aprovechando la presencia de Eva, Estela y Marcelo. Me reprochó la dureza con que la había tratado. Reconociendo que ella también sintió algo, como una nota fuera de lugar, un atisbo de seriedad o verdadera advertencia en la chanza. Pero creía que nos pasábamos un poco en la forma de juzgarle hasta la respiración. De acuerdo, en medio de la broma se le había escapado una hilacha de clase, desubicada o no. ¿Y qué...? Lo importante era si después lo entendía y listo. A decir verdad, a mí tampoco me importaba eso. Lo que me había hecho saltar, lo molesto, era más sutil, más automático quizás. Apreciaba demasiado en ella el gracejo espontáneo con que era capaz de largar cualquier barbaridad, como para que me importunara lo dicho. Pero dolía el resbalón inconsciente. Justamente la pérdida, por un instante apenas, del tono con que en otra época lo hubiera soltado. Dejaba de ser ella. Aparecía aquello como un ramalazo de la Graciela que empezaba a asomarse por debajo, o detrás suyo. Denuncias inoportunas, traiciones nerviosas.

Sí, puede que merced a la tensión en que vivíamos esa espera la tuviera siempre bajo el microscopio. Y aceptaba la reconvención de Chiche. Yo también me reprochaba la desconfianza en cuestiones tan nimias. Pero cuando la alarma saltaba, yo saltaba. Algo por dentro me golpeaba en cada tropiezo, cierto o imaginado. Siempre he sido una bestia recelosa. No me acuso ni presumo de esa condición. Cargo con heridas que no sé cerrar, que no se cierran fácilmente. Tampoco sé cómo viviría, cómo sería yo, si se cerraran. Y me gustaría llegar a saberlo. Pero hasta entonces soy el que soy. El que quiere, el que necesita descifrar hasta los movimientos no hechos. Y si me abruma a veces, al notarla, esa incansable práctica, mucho más lo hace la ingrata y repetida constatación de las sospechas transformadas en aciertos. Marcelo, generalmente tan medido, llevaba rato percutiendo con un dedo en la mesa.

–Maravilloso, che. Ya veo que el corporativismo femenino y la sacrosanta caridad católica han entrado a la reunión. Las mismas personas que hace dos o tres días la apostrofaban de tilinguita, mentirosa, o elemento peligroso, ahora hablan de pobre chica algo confundida, quién te dice que no sea verdad lo que manifiesta, en una de esas, a lo mejor... Y todo porque fue capaz de lavar la ropa, o jugar con el agua después y hablar sonseras. Y por supuesto a quien acosamos,

por mantenerse obcecadamente a la defensiva, es a este desgraciado. Del que protestábamos por haberle aceptado el juego y tenerle tanta paciencia. Resulta que por dos tonterías nos agarra a nosotros la sensiblera consideración, y nadie dice lo que realmente habría que haber dicho: Perdonanos, Jorge, ahora te entendemos. Si tras un fregado de calcetines nos ha chapado la pavura de ser injustos con ella, cuánto más debés sentir eso vos –Eva había agachado la cabeza y se pegaba cachetazos en la frente con las dos manos–. Bueno, alguien parece haber captado la verdadera injusticia –Estela le tironeaba de la campera, para aclarar que ella también. Chiche sólo fruncía los labios y evitaba mirar a Jorge–. Y como me estarán odiando les voy a dar más causas. Si la pobre niña tiene resbaladas, y las que pegará todavía, es porque el tramposo juego que ideó le queda demasiado grande.

–Esperá, Marcelo –fue la Gorda quien se animó a debatir–. ¿Por qué no pensar que realmente quiere recuperarlo a Jorge, y ni el clima de acá, ni las respuestas de él la ayudan?

–Otra vez las acusaciones en contra del damnificado. Has dicho pensar, y no veo que lo hagás imparcialmente. ¿Qué manera de recuperar a alguien es negándose a hablar? Mucho intercambio de orgasmos. Cosa en que adivino la fervorosa colaboración de Jorge, y a ella parece no causarle el menor conflicto. ¿Considerás síntoma de amorosa reconquista el no decirle a él la verdad que necesita escuchar de sus labios?

–¿Y por qué te creés que cae en el llanto cada vez...? ¡No se atreve, Marcelo!

–¡Pobre criatura...! ¡Claro que no se atreve! Es tonta, pero no come vidrio. Si reconociera la verdad de todos sus manejos, falsedades y traiciones, se me hace que perdería hasta la oportunidad de las libidinosas cosquillas. Una vez confirmada su verdadera personalidad estaremos de acuerdo en que éste, que tampoco mastica normalmente vidrio, no vuelva a abrirle la puerta.

–¡Eso sí que sería injusto! Porque si ella le dice la verdad...

–El bobo instinto maternal te ciega, Chiche. Un leproso que hubiera conseguido ocultar su enfermedad con todo tipo de trucos, no deja de ser leproso porque, obligadamente, lo revele. Estoy seguro que vos, muy generosa y amistosamente, le aconsejarías que se interne para su quizás posible curación, pero en ningún caso lo aceptarías en tu casa para convivir con él.

–Has puesto un ejemplo muy desagradable. Sos cruel.

–¡Seguro, el cruel soy yo por llamar las cosas por su nombre! Mirá, cariño, yo he vivido esta historia desde bastante cerca. Y como médico te diría que tiene más posibilidades de mejorar al menos un leproso que este clon de su Puta Madre. Sí, lo siento si te sigue pareciendo cruel. Pero el problema de Graciela es haberse formado como una copia, más joven y mucho más atractiva, de la horrorosa bruja que la parió. ¡No, no me interrumpás...! Repito que estuve allí cuando nos mostraron, muy disfrazados, sus asquerosos planes. Se trataba de echarlo a Jorge. Y la forma, por sucia e inventada que fuera, no importaba. Las sinrazones para ello preguntáselas a Graciela, y abrazala cuando se ponga a llorar para no soltar prenda. Quisiera verte a vos en esa circunstancia. Pero el asunto es que ni siquiera con el postrer intento demencial de ella en la puerta Jorge pisó una sola de las trampas. Lo que hizo fue abandonar la casa y a ella asqueado.

–¡O sea que se salieron con la suya!

–¡Qué tardecita llevás, Mami...! Mirá que te cuesta precisar conceptos, che. Una cosa es que yo te eche, con razones o sin ellas. Y muy otra que vos escupás en la alfombrita de la puerta y me digás chau cuando todavía te estoy pidiendo algo. ¡La abandonó él, Chiche! No era eso lo programado. Se tuvieron que tragar todo el circo mal armado, y esconderse vergonzosamente vaya a saber dónde. Sos maestra, leé un poco mejor los hechos. Después de aquello tu niñita inocente deseaba encontrar en las necrológicas del diario el suicidio de alguien por su perdido amor. Y hete aquí que ve la foto de laureado poeta joven, muy libre y pintón el chico, haciendo lo que le gusta en un Congreso Nacional de Escritores.

–Sí, sí..., he visto la foto. Muy linda. Y no me extraña que a ella le removiera cosas.

–Lo de remover, y bastante a fondo tengo entendido, es lo que hizo de inmediato. Igual que su mamá, no sabe perder. Así que decidió que esta vez abandonaría ella, en el momento justo, para vengarse. Claro, para eso debía convencerlo a él que la tenía y se vendría a vivir aquí. Puso la fecha ideal y todo. La joda es que él aguanta estoicamente sus efusiones físicas y sus llantos, pero explicitando en cada visita que no le cree ni los buenos días. Y además se niega a cualquier proyecto común. ¿Qué clase de abandono habría con alguien al que le haría un favor desapareciendo? Está acostumbrada a engañarse, pero brindar porque lo ha liberado de su presencia... Para comprender realmente lo despelotada que anda, sus

sollozos y meteduras de pata, tendrían que haber empezado por ahí. Ve perfectamente que su fingida imagen se destiñe día a día. Que el día fijado es una puerta abierta para él, y un callejón sin salida para ella. La cuenta regresiva, sin el menor avance para sus designios, la lleva loca. No sabe qué hacer para cambiarlo. Prefiero no saber, tampoco yo, qué se le pueda ocurrir en su desesperación. En este momento, removido como vos decís lo que aún pueda sentir por él, es posible que dude hasta de la apuesta que hizo consigo misma. Mala cosa, diría yo, considerando cómo se acerca el final. Creo que vos, Jorge, y vamos a dejarlo acá, podés tratarla como se te dé la gana. Al menos yo no volveré a criticarte. Pero eso sí, tené cuidado, ya viste el tipo de armas que usan los Aprile cuando se ven acorralados. No te quités, ni para los intercambios orgásmicos, el casco y el chaleco antibalas.

Fiel a mi rol de amable anfitrión los había empachado de mate, sin entrar en la cosa. Después los acompañé hasta la puerta, y a Marcelo, en lugar de besarlo como a las chicas, le dediqué un masculino saludo militar, llevando mi mano derecha al imaginario casco. Nadie vio que cuando entraba con la izquierda me tanteaba el pecho, controlando la correcta posición del mencionado chaleco.

21 : 09 : 72
21 : 51 : 32

Levantate che, esa no es postura para un protagonista. Ya están encendidas las luces. ¿Por dónde íbamos...? Descontado que hablaba de mí, aunque pelotudeara con la historia y el salame. Dos prohombres distintos y un solo yo barullero. Entonces... Entonces, nada..., se me escapó. Qué manía con los abandonos. Si seguimos así con un poco de suerte me voy a quedar más solito que la una. Y eso que son ya... ¿Cómo mierda van a ser las diez recién! Tranquilo, acercátelo a la oreja, se habrá parado. No, ruidito hace. Urgente a prender la radio. Te voy a enseñar a vos con el pí-pí del noticiero a andar más rápido. Fíese uno de los relojes suizos. Sí, no me mirés tan esfera luminosa y water proof. Ya sé que todos los relojes son suizos, como las cuentas de nuestros gobernantes. Pero el noticiero que buscamos no es el de política. Que buscábamos, porque... Prioridad primera para primera hora de mañana, dos puntos: Comprarse una radio. O esta resignación de que sean nomás las diez me va a destrozar los nervios. Además de no dejarme llegar a la biblioteca, dado que la otra prioridad café había sido desplazada por la prioridad música, que lo fue a su vez por la búsqueda radio y...

Regreso a la cocina. Tornan a subir las acciones cafeteras, a causa de la puja distractora de las relojeras y cuentas suizas. Añadile un poco de malta, para que esté bien espesito. Aunque con tanto ejercicio ya debo haber sudado medio litro de uva por lo menos. Y en cuanto a lo otro... No, una radio sería meter al enemigo en casa. Le dejo el monopolio a éste de la muñeca. Lisiado, eso es lo que sos, un lisiado. Claro, con una pata más corta que la otra cómo vas a llegar a tiempo a las horas decentes. Pobrecito, olvidate, no pasa nada. Vos no tenés la culpa, el tiempo da siempre los mismos pasos, somos nosotros quienes le pedimos tonterías. Y yo ando mareadito. Lo otro es parte de la función, para no exigirme coherencia. Si no a esta hora, la que sea, ya me habría hecho picadillo entre la angustia y la autocrítica.

¿Cuántas cucharadas le habré puesto...? No me fijé y ahora no se endulza ni a patadones. Eso sí, por lo menos sabe a petróleo y quema, es un consuelo. Genial, el cenicero tampoco está a la vista. Soy un león desordenando. Bueno, tiraremos la ceniza en la taza, dicen que ayuda a despejar. Peor gusto no tendrá, eso seguro. O sea que para el cheque faltan unos diez días. Muy bien, decidido eso también. Cobramos el sueldo y le ponemos una cañita voladora en el culo a Broccio y toda su Suciedad Anónima. El ñorse se toma el piretro, una de fugazza para Miranda per favore. La joda es que el Jefecito Ponce va a pegar un respiro que se le volarán todos los papeles del escritorio. No te alegrés tanto, Gordini, porque se me acaba de ocurrir que a lo mejor me equivoco y le doy un par de toques al programa de liquidación de jornales. Me van a llorar hasta fin de año por lo menos. Pero, bueno, ¿cómo va a ser tan temprano todavía? ¿Y ahora qué hacemos...? Acostarse dijimos que no. Aparte que si tuviera que levantarme de golpe... No, si ya sé que no va a venir nadie. Lo decía pensando que podían darme ganas de ir al baño. No me voy a mear en la cama, ¿no...?

Recapitulemos: Lo que iba a hacer antes era poner un disco, para rematar el silencio occiso del museo. ¿Y entonces por qué me he quedado en la cocina charlando con la taza, si el tocadiscos está en el zaguán? Dale para allá... Yo, a esta parte de la película me da un no sé qué de haberla visto antes. Más borrosa y movediza, pero ya la había visto. Hablando de película, podría masocarme un rato con el bolsón de diapositivas que me legó mi ex. Debe querer que me estrangule de nostalgia. La mayoría ni siquiera sé si llegamos a verlas en su casa. Seguro que ahora no tengo pilas para el visor. Negativo, sí que tengo, me sobraron dos cuando compré para la linterna. No te digo, cuando se trata de joderme la vida todo viene en bajadita y con viento a favor. ¿Y dónde las vemos, acá o en la cocina? Me refería al living, acá por descontado que no. Este es el territorio de idas y venidas conocido como patio. El gastado patio del energúmeno al que antes se le escapaban las palabras y ahora se le escapan las cosas. No hemos abandonado del todo la mamúa, pero ya incorporamos esta especie de rock cafeínico que me lleva eléctrico por toda la casa, con un ojo a media asta y el otro desorbitado. No, no fue un olvido lo de la música, es que me pasé de largo a buscar esto. Esperen, enseguida recuperamos el visor. Pero primero habrá que recoger las diapositivas, que se me acaban de desparramar por el piso.

Si realmente vas a poner un disco tendrías que dejarlas primero sobre la mesita. La telekinesia últimamente no te funciona demasiado bien. Es otra de las cosas que no te funciona demasiado bien. Dale nomás, aprovechate de mi debilidad para ironizar. Lo otro no es que no me funcione, sino que lo estoy usando poco y selectivamente. Así es que..., sobre la mesita. Pero para poner el visor y las diapo tendría que sacar primero esas cartas que están hinchando las bolas desde esta mañana. Sí, por supuesto, podría ponerlos encima. Lo que pasa es que, más allá que pueda o no, me hinchan las bolas. Y no me voy a poner a elegir discos con esa molestia incomodísima ahí. Para colmo en cuclillas. Se convertiría en un martirio de carátulas para adelante, carátulas para atrás. Y al final terminaría sacando cualquiera, que me reventaría del todo los adminículos, porque siempre sería el que menos ganas tengo de escuchar.

Está bien, visor y diapositivas sobre los clásicos. Sólo me faltaría eso, un réquiem, o alguna patética, para terminar de joderla. Además en el suelo ni loco. Con esto del oleaje cargado de electricidad seguro que les meto un pisotón y a pagarle un visor nuevo a la Gorda Chiche, que en esas cosas no perdona. Pero..., ¿te vas a quedar quieto de una vez? Decidite, macho. ¿Sacás las cartas, apoyás el visor y lo otro, o elegís el disco...? Todo al mismo tiempo imposible. Ya sé, ya sé..., tiro esas cartas y listo. ¿Dónde está el tacho, en la cocina...?

¿Y si las dejo y las leo antes de dormir...? ¡No pierda esta única oportunidad! Usted ha sido seleccionado entre miles de personas para acceder a uno de nuestros cursos especialísimos de inglés en cuatro días. ¡Anímese y conviértase en un triunfador! Si envía firmado el talón adjunto antes de 48 horas, obtendrá de inmediato un descuento del diez por ciento (¡10%!) en el precio total del curso. Y además entrará en el sorteo extraordinario de dos pasajes a Inglaterra en kayak. ¡No sea boncha, no se duerma en los laureles! No me digás que no te levanta el ánimo leer estas huevadas antes del apoliye. Ahí, a pesar de lo que digan los refranes, uno se consuela. Y la otra viene sin remitente. Será de alguna admiradora anónima. Aunque considerando el mareíto, y lo organizados que son estos guasos, podría tratarse de los alcohólicos anónimos. Qué toque más discreto sería, ¿no...? Un boletín de suscripción y los estatutos. Además visionarios, porque llegó esta mañana.

De acuerdo, las dejo al lado de la cama. Total tenía que subir lo mismo a buscar las pilas, que están en el vaso de las biromes. ¿Me olvido de algo...? Ya sé, del disco. Podía haberlo puesto mientras pelotudeaba. Con meterme los sobres en el bolsillo ya estaba y me ahorraba otro viaje. Porque no pienso volverme ahora, que superé lo más largo de la escalera.

Contra toda previsión el visor funciona. Ahora la musicovich. No estoy para escuchar jazz, dale con el rock. Manal, Arco Iris, Vox Dei, Almendra... Demasiadas referencias. Los Gatos tampoco, porque se pelearían con los perros. Mejor internacional. Rare Earth, este es genial, pero lo de get ready es como una provocación. ¿Qué tal Focus...? Ma sí, para la bola que le voy a dar. Y me tiro ahí, en el sillón, a ver las fotos. Despacio, Pibe, no va a pasar, pero si aquella llegara, lo primero que vería al entrar sería al pajero mayor de la casa con ella en un ojo, y toda ella aunque otra en el otro. ¡Ni ebrio, ni borracho! ¡La dignidad ante todo! Vamos a verlas a la cocina. Que es a donde pensabas ir de todas formas para acompañar a ese pobre café que se siente tan solo, y tan negro y frío y asqueroso. Pero las luces quedan encendidas. Y el brazo del tocadiscos levantado, para que haya Focus sin parar. ¡Qué luminoso estuve, eh...!

Hmm..., este café te ha salido divino, divino. Quizás si lo calentaras, y distraído con las fotos... No me extraña que andés así. Bueno, lo recaliento. Es verdad, está un poquito cargado de más, pero le he agregado agua. Ya vas a ver que mejora. Uy, mirá ésta: ¡Qué lindo ha salido el guaso, che! Parezco Romeo en la hierba. Creo que es en Santa Fe, en el parque. Y el percherón de rojo que está al lado de la palmera, como habrán adivinado, es la Vieja. Después de tres diapositivas ya no hará falta aclararlo. No nos dejaba salir solos ni en las fotos. Y eso que Don Marcos hacía lo imposible para excluirla. Ponía cara de distraído y de repente zás, nos encuadraba a nosotros y apretaba el disparador. Inútil intento. Al revelarlas siempre se ve la cabeza de la Bruja entrando por algún extremo patinando y en pose. Medalla olímpica en zambullidas fotográficas la muy jodida.

Se mezclaron todas al caerse. Estas son de Bariloche, los juegos en el jardín. Hermoso viaje a pesar de todo. Tiene razón el Durrell, los lugares que se recuerdan mejor son aquellos donde se ha amado. Lo he citado bastante

limpito. O está bajando el mareo, o hay cosas más fuertes. Y no lo digo por el jugo de paraguas que estoy tomando. Máxime comparado con los tazones humeantes que salen acá. Aquellos desayunos en la proveeduría del Manfred, inventándonos una luna de miel más dulce que las increíbles porciones de tarta de chocolate que nos servían. Jugando a perdernos para siempre en la aerosilla del Cerro Catedral, o encontrar el principio del mundo en un claro resplandeciente del Bosque de los Arrayanes. Sí, entonces jugábamos. Con qué poco éramos felices.

De Valeria hay menos, difícil encontrarnos entre las dunas, vea. Esta me la sacó ella, durmiendo en el coche. Bah, fingiendo dormir, la había escuchado llegar. Fue la mañana que nos despedimos del Loco. Quería llevar la cámara y se lo impedí. No hay fotos de los fantasmas. Aunque nosotros, al fin y al cabo... Fijate, los de Focus están repitiendo Olas Danzantes. Se agradece el homenaje, chicos. Pero no es más que eso, un póstumo homenaje a tantas imágenes en celuloide de amores muertos.

O sea que seguimos en el mausoleo. Tomando un café horrendo, mirando diapositivas, fumando, y recitando las inscripciones de las tumbas. Buceando entre peligrosas cargas de profundidad, una vez superada la tormenta del vino. Nadando en un hoy incierto y desesperante que debería acabar de una vez. Dando vueltas alrededor de un mismo y tan lejano sonido. Queriendo detener este otro mareo del pasar fotos que me llevan otra vez a esa calle, cuando sólo quiero y necesito vivir en esta. Cruzando días que ya no existen, en una marcha a contramano forzada, inútil. Suicidamente lenta. Como el lento cambio de las diapositivas con la punta temblorosa de los dedos. Lenta como las manecillas del reloj, que no terminan de superar las diez y cuarto.

Reaccioná, esto se está poniendo imposible. ¿Por qué no largás de una vez esas lápidas transparentes y salís a refrescarte a la terraza? También habría que decidir que Focus, a fuerza de repetirse, está más pesado que vaca en brazos. Muy bien, por lo menos sonreís. Dale, andá y apagá el tocadiscos. Dejemos que el silencio también vuelva a caminar su verdadera senda. Y otra cosa, ¿para qué tantas luces...? Si no hay nada que ver. ¿Qué buscás en este ahogo? Seguir la deriva, a lo largo y ancho de toda la casa. Veamos,

¿te vas a decidir a que sea tu casa, o se la pensás dejar a los fantasmas...? Escuchame, navegante de prestado: ¿Por qué mejor no te vas a tomar algo por ahí? Un café en serio, no esa mierda que tragamos en la cocina. Metele, aprovechá que vas derechito, salgamos a la mar abierta. La noche todavía está linda para dar una vuelta.

Si lo miramos con detenimiento, como dicen que se mira en la borra del café, los sucesos más diversos se fueron aglutinando en el espacio de esos meses. Por otra parte esto aceleró la diversificación. Quiero decir que cada cosa fue siendo en sí misma. El nudo central se iba debilitando, ya no dominaba como antes los hilos de la telaraña. Me atrevería a asegurar que, en ese sentido, desapareció. Cada faceta del hombre merece su atención y su tiempo. Cada actividad, cada necesidad, tiene derecho a un trato independiente. Puede imponer y pedir que se respeten sus prioridades. El error siempre es el mismo, supeditar esto a aquello. Terminarás pagándolo. Importante es todo. La causa mayor del insomnio, de la depresión, es la acumulación de deudas, a veces supuestamente pequeñas, contraídas con nosotros mismos. Otro error es, justamente, no saberlas medir, hinchar unas y minimizar otras. Guardarlas en cajones equivocados. O sacarlas de la realidad, única atmósfera a la que pertenecen. Salirnos nosotros de la realidad, el error más generalizado. Y diseñar entonces necesidades de artificio, culpando a los demás de falta de comprensión, sobre esa materia intangible y viciada.

No digo que lograra entonces ese equilibrio. Ni sé si alguna vez lo tendré. Pero tiendo a ello. Lo vi, lo fui comprendiendo en aquel tiempo de dudas y reordenamientos. En primer término, por orden de actividades, estaba mi empleo en Broccio S.A. El trabajo era necesario. No me gustaba, y no sabía cuánto aguantaría en él. Pero por el momento lo vivía como vivía las brumas, aceptando sus leyes y particularidades a la espera del día en que saliera el sol. Supongo que en esos meses mis jefes y compañeros se beneficiaron de aquel estado de catatonia activa. Hacía cualquier cosa que me pidieran y a un ritmo de apisonadora. Mierda, me decía, esto es lo que hace la mayoría para alienarse y escapar de la basurita interior, y sin un veintiuno de septiembre a la vista. Bienaventurados los brumosos a plazo fijo, porque de ellos será la primavera. No es que supiera lo que iba a hacer, y mucho menos lo que pasaría hasta entonces, pero sí que el sol lo pondría yo, y que habría tenido tiempo de sobra para pensar, y novelar, y proyectar los pasos de ese reiniciado camino, sin falsas sombras.

Mientras tanto había que aprovechar las pocas horas de libertad, potenciando lo verdaderamente mío, lo que debería ir ocupando su lugar en el damero. La música siempre había estado ahí. Desde que llegaba el tocadiscos giraba sin parar. En mi casa la música abraza a los que entran, les advierte de mis neuras y mis últimos amores. Avisa: Señores, en esta casa se quiere vivir. Que no nos dejen, o a veces no sepamos, es otra cosa. También había vuelto a sentir el cosquilleo de tocar en público. Algo que le debía a Juan Carlos. Esa extraña mezcla de desnudez y cobijo. El reencuentro con la necesidad de cerrar los ojos y dejarse ir cantando historias. Gritándolas, o susurrando, apostando por los impulsos repentinos que a veces devienen magia, irrepetible instante de la melodía soñada, puntos de extravío y entrega, gestos de complicidad hacia el monstruo oscuro que te da calor y te devora. Sí, por qué no... Podía ser una alternativa. Aunque todavía no me sentía en condiciones. Había cosas por en medio que debía arreglar. Quizás más adelante. Por el momento escribir me centraba más, me ayudaba a descargar parte de esa limpieza. Y leer. Últimamente leía muchísimo. La biblioteca confiscada a Amadeo era interminable y mi voracidad también. Mundos y mundos, de gente que había necesitado exponer sus geografías y sus problemas, seguramente para comprenderlos, me acercaban a la comprensión de los míos. La casa misma se me acercaba, discreta y pacientemente, tendiendo una compañía de horas que la embellecía.

Todo parecía fluctuar, con un cierto esfuerzo, desde el gris hacia tonalidades aún no definidas, pero nuevas. La gente no se resignaba a mi resignación tabulada, pero ese era su problema. El Colorado aceptó a regañadientes mi negativa a hablar siquiera de otros recitales hasta Octubre al menos. Traté de hacerle entender que las excelentes condiciones objetivas a que se refería, en mi caso no lo eran tanto. Me importaba un carajo el éxito reciente. Él sabía, mejor que nadie, que yo no lo había hecho buscando eso. Y no me ayudaría en nada revivir aquello. Tenía de sobra con las cruces que iba marcando día a día. A la Gorda Chiche esto la ponía frenética. “La tilinguita esa no se merece que estés así. Si de verdad te quisiera, habría aparecido a dar una explicación por lo menos, ¿no...? ¿Qué te creés, que porque dentro de unos meses cumpla los dieciocho va a cambiar? Vos esperás porque sos un cabezón cuadriculado. Necesitás una fecha para reconocer que se acabó todo”.

Yo le daba la razón, claro. En parte porque no estaba demasiado equivocada, y también porque me costaba menos que discutir. Eva no, ella me defendía. En realidad más a Graciela que a mí. No le gustaba que cualquiera se sintiera con derecho a juzgarla sin siquiera conocerla. "No sabemos casi nada del asunto. No sabemos lo que pasa dentro de ella. No sabemos, desde su punto de vista, lo que pasó entre ellos. No sabemos si lo malo conocido de su mundo, le ofrece más garantías que lo supuestamente bueno por conocer en este otro. Lo único seguro es que con cualquier decisión estará renunciando definitivamente a uno de los dos. Mirá, Chiche, nosotras somos mayorcitas. Bueno, vos bastante más mayorcita que yo. Pero hemos corrido algunos grandes premios ya, ¿no? Además tenemos nuestra propia casa, somos independientes... No me parece bien, en estas condiciones, pontificar tan severamente sobre alguien que está en el extremo opuesto. Por cierto, me gustaría verte decidir si el Colorado te pidiera que largués todo y te vayas con él y su guitarra a recorrer bohemiamente el orbe. Ya sé que no hay ningún peligro de que suceda eso. Pero te cagarías en las patas. No, no me vengás con que no hay comparación. Y tampoco me importa lo que me cuenten de ella. Es una pendeja. Una pendeja que está muerta de miedo. Ojalá eso la ayude a saltar. Me temo que no. Y me gustaría equivocarme. Ah, y en cuanto a la postura de este otro, qué querés que te diga... También me gustaría que me tuvieran esa paciencia cuando estoy hecha un lío. Pero sin engañarnos, ni ponerle la coronita de mártir todavía. Porque al lado de la paciencia, y del respeto, y de lo mal que lo está pasando, cosa que también habría que matizar, aunque se ruborice y salga corriendo como ahora... Digamos que se ha quitado lo peor, la responsabilidad final. Y no lo critico. Estoy de acuerdo con él. Es la única forma inteligente y honesta de actuar, tal y como ha sucedido todo. Graciela quizás lo odie por eso, a pesar que fue suya la propuesta. No va a tener más remedio que enfrentarse con ella misma. Crecer a veces es un dolor y otras una alegría. El día D cada uno será lo que es. Eso sí, salga lo que salga, yo el 22 de septiembre me voy por lo menos quince días de vacaciones, sin dejar señas y bien lejos. Anotate, Chiche, yo sé lo que te digo. Te hago un descuento especial para limar diferencias."

Era un aparato la Coreana. Un aparato entrañable y malicioso. El Gordo Roca aprovechaba para laburarme la moral, haciendo hincapié en que sin el recital no la habría conocido. Y mucho menos sin su ayuda,

que me la dejó servida. Calentito se había quedado el bestiún. Y por suerte, gracias a la discreción de ella, sólo conocía la parte más serena y cariñosa de nuestra relación. Porque aquel aparato de rasgados ojos tenía unos mecanismos, y unas compuertas secretas, que te sentaban de culo del calambrazo.

Leticia seguía viniendo de vez en cuando, aunque con menor asiduidad y vehemencia. Fuera lo que fuera aquello que existió al principio entre nosotros, apenas subsistía su actitud de samaritana complaciente, dispuesta a aplacar la sed del eremita. Más elegante no lo puedo poner. De todas formas, su complacencia empezaba a estar mediatizada por lo que conocemos como los tira y afloja de: Si querés algo lo vas a tener que pedir, o ganártelo al menos. Y ya he dicho que yo me hallaba en una fase santiagueña en general. O sea que mientras la fruta cayera del árbol, muy bien. En caso contrario, mal año, che.

Bueno, el asunto es que esa tarde yo llegaba del trabajo. En casa ya había gente. Hugo, Juan Carlos, Leticia, y algún otro de los habituales que ahora no recuerdo. Sé que me pegué un baño, tomamos mate, liquidamos prolijamente las vituallas aportadas, se produjeron las debidas libaciones a una damajuanita de vino que había aparecido no sé de dónde, y por supuesto mechamos todo esto con la exquisita y variada conversación que se nos supone. La tertulia prometía. Pero como yo no había prometido nada salí al baño, y a la vuelta sibilina y silenciosamente enfilé las escaleras hacia mi cuarto. Una cama y un libro me estaban esperando. El libro era La Prisionera, de Proust, que bien merecía la huida. De la cama, y el cigarrillo que encendí tras estirarme bajo las cobijas, sólo complicadas onomatopeyas hablarían en justicia.

Sin embargo debo hablar de Leticia, que escasos minutos después siguió mis pasos. La excusa de partida fue la de reconvenirme, si bien dulcemente y con mohines, por esa actitud de ermitaño hosco y desinteresado de todo, con que últimamente obsequiaba a mis amigos. “Podías ser más amable. Al fin y al cabo la gente viene para estar con vos. Hasta a mí, fijate cómo me tratás. Te estás aprovechando de que te queramos tanto.” Etcétera. Se había puesto de moda pegarme chirlitos en el culo. El nene se está portando mal, pumba, pumba. Y el nene no tiene más remedio que devolver La Prisionera a la mesita de luz, poner

cara de a ver qué es lo que querés realmente, y empezar a valorar la posibilidad de un buen pumba, pumba, con ese culo que se le ha sentado en la cama, a discreta distancia de sus manos pero cálidamente pegado al muslo derecho. Por supuesto, la conversación no menciona estos extremos. Y si yo lo hiciera, el alegato de la acusación se extendería dolidamente hacia que eso ya lo sabía, no creás que no me he dado cuenta, sólo te intereso como un objeto de placer. Siendo contraproducente, como cualquiera sabe en estos casos, defenderse con la desigual estadística de orgasmos mutuos. Porque, pobrecita, ella debía tenerlos contra su voluntad y sólo para satisfacer mi egolatría. Ni hablar, eso no hay que plantearlo nunca. La mujer siempre es una víctima, un objeto sufriente en manos del egoísmo machista. La mujer salta, grita, se contorsiona, te agarra la cabeza y te la hunde en sus recovecos, gime, muerde, araña, patalea, pide más, te pone al borde del infarto, suelta barbaridades que pondrían colorados a un batallón de comandos, pero eso sí, manteniendo impoluta su categoría de esclava de tu concupiscencia, que no ha hecho más que ponerse al servicio del salvaje que la viola.

Con el temario aprendido de memoria no iba a ser yo quien sacara esa bolilla. Si lo que quería era pumba, pumba –y no sé a qué otra cosa podría haber subido–, que se lo trabajara. A mí empezaba a gustarme la idea. Cuando superaba el caprichito de la iniciativa era buena chica. Además de su redondísima carnalidad tenía un punto de perversión, que siempre confundía y estimulaba. Lo malo es que a veces lo usaba en el antes, estirando la ambigüedad, jugando con lo que provocaba en el otro. Y lo peor, que también a veces se quedaba satisfecha con eso, dando por terminado el juego y huyendo a toda prisa del partido. Conmigo lo hizo una vez. Desde entonces, aunque bailara la danza de los siete velos yo no movía un dedo hasta que se metía en la cama. Y bailar no se le daba demasiado bien. Aparte que parecía habérselo tomado como un desafío. Lo de bailar no, lo otro, mi negativa a tocarle la introducción. Así que últimamente se hartaba de lanzar sedales que yo no recogía, pequeñas refregaditas, miradas, y mucha charla insulsa como la de ahora mismo, para terminar marchándose irritada, con o sin portazo. Viendo que este episodio iba por similar camino, intenté abrirle una salida rápida y digna diciendo que tenía sed, y si por favor me podía traer algo. Un rato antes habíamos escuchado que llegaba más gente. La Chiche entre ellos, porque entraba retando a todo el mundo. Podría alcanzarme un vaso

de agua y dar cualquier excusa para quedarse con el grupo. Proust y yo estábamos dispuestos a aceptarlo como un empate ventajoso.

Pero a esta chica no le gustaban los empates. Ni el agua tampoco. Llegó con un tazón de vino como para bañarnos. Y además era para compartir, aclaró, con la sonrisa que debía tener el lobo antes de zamparse a Caperucita. Me pellizqué la pierna, por si me había quedado dormido en el interín. Pero no. Y ella no había tenido tiempo de beber. Al menos no tanto como para ese cambio prometedor. ¿Prometedor...? Aquella loca estaba dispuesta a entregar el partido y lo que hiciera falta. Apenas llegué a probar el vino. Recuerdo cómo se desnudó, porque nunca la había visto tan sensual, tan provocativa y caliente. Y lo de caliente no es el adjetivo algo torpe que normalmente utilizamos. Su cuerpo quemaba cuando se metió bajo las sábanas. Me quemaba a mí, que llevaba rato acostado y cómodamente aclimatado. Así que echale viento, papá.

Deberé corregir también lo del punto de perversión atribuido. O extender ese punto a toda su conducta de aquella noche. Algún hada buena, de rijosas intenciones, había acudido en mi ayuda, tocando con su varita la voluntad de la, hasta unos minutos antes, indecisa visitante. En un principio pensé preguntarle –mientras todavía se trataba de besos y caricias– qué era exactamente lo que había pasado. No hubiera sido lo más oportuno, ya lo sé. Y no lo hice. Pero fue porque no tuve tiempo. Las oleadas del, digamos encuentro amoroso, casi no me permitían ni respirar con la frecuencia necesaria como para controlar la descontrolada pasión de un lobo que ya había tirado las sábanas a la mierda, y subida encima mío me montaba, con la prieta obstinación de quien piensa agotar a su cabalgadura. El aprendiz de yogui que hay en mí me dijo que uno debe saber cuándo rendirse a su jinete. Debe ser paciente para conocer las causas. Y, sobre todo, debe ser dócil a los designios divinos, soportando estoicamente cuando le mandan este tipo de pruebas.

La mesurada conducta siempre tiene premio. Somos una hoja de abedul, un elástico mimbre mecido por el viento del destino. Nada es igual y todo es lo mismo. Lo que está arriba, está abajo. Eso también pasó. Varias veces, creo. Y en medio del terremoto llega la calma. Y llegan las respuestas. Justamente porque lo que estaba abajo, ahora estaba arriba.

No, no se trata de lo que piensan. Seguro que no. Lo que estaba arriba, más precisamente en la puerta de la habitación, era Eva. Acababa de abrirla y apoyada en el marco nos miraba, inclinando la cabeza ora a un lado ora al otro, como para aquilatar lo más objetivamente posible la situación. Su conclusión debió ser que no estaba del todo mal, ya que montando el labio inferior sobre el otro cabeceó afirmativamente, antes de decidirse a hablar.

–Perdonen que no aplauda, pero tengo las manos ocupadas.

La amazona detuvo la carrera bruscamente, y con un ligero estremecimiento giró el torso hacia la voz. Lo del estremecimiento creo que lo puedo explicar. Porque en ese momento le estaba haciendo un trasvase de información genética, en el que la súbita detención y la sorpresa habían obrado como inyectores de reserva. Espero haber mantenido la elegancia, aunque pierda un poco en claridad. Y precisamente, en relación al hecho que total y explosivamente me ocupaba, yo intentaba que, uuhf..., no se mmm, notara demasiado. Aparte que el temblor de ella también podía haber sido por la presencia extraña –a la de Eva me refiero–, o la correntada de aire frío al abrirse la puerta. Yo no la había sentido. Pero, claro, yo estaba abajo. Y aparte de lo que mnñíí casi no se nota, con aquella exuberante humanidad encima las posibilidades de sentir frío eran pocas. De cualquier manera algo trasluciría mi rostro para que Eva, conteniendo notoriamente la risa, cambiara la dirección hablando sólo con ella.

–Como dijiste que le subías vino, porque Jorge estaba trabajando a lo loco, y nosotros ya nos vamos... Bueno..., se me ocurrió dejarles esta botella, que está casi llena, y...

–En fin..., jé, jé –Leticia devolvió la sonrisa tímidamente. Con algo de nerviosismo, pero disfrutando– Ya ves...

Estaba espléndida, desafiante. Incluso sacudió la cabeza hacia atrás, desplazando el larguísimo pelo hacia la espalda desnuda. Ese gesto que nosotros llamamos de sacar pecho, y que en su caso era doblemente expresivo. Porque aunque eran pequeños le brillaban de hinchazón y sudor, y los pezones estaban duros, en franca ostentación guerrera.

–No, si eso no se puede negar. Ya lo creo que veo... –ésta sí que se estaba divirtiendo. Estoy seguro que no se le había escapado el menor detalle, incluyendo mis torpes esfuerzos por disimular–. Y nunca había

visto algo así... Quiero decir así, en..., en vivo y en directo. Debo admitir que es..., excitante, ¿no...? Che, qué pena que me tenga que ir –desde abajo llegaban los gritos de los otros, saludando y diciéndole que se apurara–. Bueno, ahí les dejo el vino –apoyó la botella en el piso y se acomodó el abrigo que se le había deslizado de los hombros–. Disculpen la interrupción, y sigan..., trabajando a lo loco. ¡No, por favor..., no insistan, debo irme! Ya volveré un día de estos.

–Por mí, si querés quedarte... Ya que te excita tanto...

Ahí le fallaron los reflejos a Leticia. Se le fue la mano. No necesitaba algo tan agresivo, ante el buen humor con que se tomó la otra la jugada. Porque el ying y el yang del asunto, la chispa que encendió el cambio, estaba claro que había sido la llegada de la Coreana. Ella fue el hada madrina que, sin saberlo, la empujó a aquella competición posesiva. La carrera no había estado mal, pero la motivación no me gustaba. Y tampoco me gustó que le contestara así. Sólo que las cosas funcionaban a una velocidad que me superaba. Se mire desde donde se mire, no me encontraba en la mejor posición para intervenir. Ya digo que todo sucedía a un ritmo vertiginoso. Al menos para mí que, desde lo del estremecimiento, hubiera pagado por que me dejaran manotear un cigarrillo. Tal vez así me habría recuperado lo suficiente como para invitarlas a que se fueran con la botella de vino a otro lado, y se arrancaran el hígado a mordiscones si querían.

Me hallaba al borde de la quiebra. Exhausto y agobiado por el peso de las circunstancias. Superado por aquel ritmo de ofertas y demandas cruzadas. Mis acciones en bolsa, tras el último subidón, habían sufrido un bastante lógico descenso. Una catastrófica caída en picado podríamos decir, en plena discusión de mercado por parte de las accionistas. Debo agregar que no me importaba en absoluto. En cuanto Eva cerrara la puerta pensaba dar por cerradas también las negociaciones. A veces un buen crack sirve para reformularse la política interna. Y mi yogui de entrecasa opinaba que lo mejor ahora sería plantear la separación de activos, una prudente retirada, y dedicar las próximas horas a discutirlo con la almohada.

Pero mi ocasional agente no pensaba igual. Con una especial sensibilidad para las fluctuaciones, había captado enseguida el descenso

bursátil. Y ya fuera para proteger sus acciones, o impedir la libre especulación de las mías, intervenía enérgicamente en la operación. Sin dejar de batallar verbalmente con la oposición, y como buena amazona, tomó esa postura de los jinetes que consiste en agarrarse con las dos manos al pomo de la silla de montar. Ya sabemos que no había tal silla. Por lo tanto cualquiera podrá entender por qué decía que el vertiginoso ritmo de los hechos me superaba. Y entender también qué fue lo que me hizo abrir tanto los ojos en el momento que ella soltaba la última frase, además de no gustarme lo oído. Aquí no hay elegancia que valga. La muy puta me tenía agarrado de los huevos. Si te movés ahora de ahí, te mato. No, no lo dijo. Todo transcurría entre bastidores, entre los casuales gestos del diálogo. Y tampoco era una presión excesiva. No hacía falta. Más bien tipo sujeción cariñosa. Un ahorcamiento de, tranquilo, cariño, que todavía no hemos terminado. Seguido de un lento balanceo, al paso, tras inclinarse nuevamente sobre mí, en cuanto los puntos suspensivos del innecesario desafío quedaron en el aire.

Yo pensaba, sí, dale nomás a la matraca todo lo disimulado y despacito que quieras. Como escenografía de despedida para aquella otra te debe estar quedando un kilo. Esperá que cierre la puerta y vas a ver. A Eva la divisaba apenas, saliendo de la pieza, entre la cortina de pelo negro de Leticia. Creo que los dos esperábamos el sonido de la puerta. No sé con qué intenciones ella. Ni lo sabré nunca. Porque lo que escuchamos fue a la Coreana diciendo a los de abajo que se fueran nomás, que se quedaría todavía un rato a hacernos compañía. Y al Gordo si por favor podía acercarla él con el auto a la Chiche. Después de eso sí que oímos la puerta. Yo además vi cómo la cerraba. Y cómo apagaba la luz del techo, explicando que el velador era suficiente. Que para algo así, era mucho más..., íntimo. ¿No creen...?

Aclaro en singular lo que veía, porque Leticia no sólo no volvió a girar siquiera la cabeza, sino que además cerró los ojos. Como si de esa forma pudiera borrar lo que había dicho antes y lo sucedido después. Supongo que el amor propio le impidió hacer lo que habría sido correcto. Pedir disculpas por sus manejos y su desubicación, tomarnos en camaradería el vino, y después fugarse las dos juntas para que yo pudiera descansar. No sé si al menos lo pensó, ni qué pasó en ese

momento por su cabeza. No estaba dentro de ella para saberlo. Bueno, un poquito sí estaba, pero casi contra mi voluntad y bastante lejos de la cabeza. Aunque es cierto que empezaba a notar un vigoroso repunte en mis valores bursátiles. Al verla entreabrir los ojos, comprendí que ella también había recibido sobre esto información privilegiada. La duda era cómo la procesaría. Y me niego a describir lo que salía de esos ojos.

De cualquier manera, la verdad es que casi toda mi atención estaba secuestrada por ese segundo plano en el que se movía Eva. No hubiera esperado nunca que hiciera lo que hizo. Y tampoco era capaz de predecir lo que haría. En principio creí que, para poner a prueba los nervios de la Gambarelli, para castigarla por su soberbia, se sentaría cruzada de brazos a observarnos. Aquella debió pensar lo mismo, por la rigidez con que apenas se movía. Yo le notaba la tensión en los muslos, otras zonas, y sobre todo en el cuello. Se le hubiera partido si llegaba a girarlo. Mantenía la cabeza baja, oculto el rostro por la tupida y larga cabellera. No había vuelto a abrir la boca, concentrada en mantener la prescindencia de que había hecho gala antes. En cambio Eva sí que hablaba, y nada en ella indicaba que por el momento se fuera a cruzar de brazos.

Ya había agradecido, algo socarronamente, que la invitáramos a quedarse. Bebió de la taza y volvió a llenarla. Encendió un cigarrillo. Colgó el abrigo detrás de la puerta. Todo sin dejar de observarnos, con los movimientos calmos de quien no tiene apuro y sabe muy bien lo que hace. "Es extraño verlos así, ¿saben...? Es algo que me había imaginado un montón de veces. No con ustedes dos en particular, por supuesto. Esas cosas que se piensan en momentos... Bueno, ya saben a qué me refiero. Y ahora, de golpe..." Esa voz, por favor. Esa forma de decirlo, un poco temblorosa y grave. Nos iba a matar si seguía. Sobre todo a mí, que además la veía. No podía dejar de seguir el brillo pícaro y afiebrado de sus ojos, la manera en que le caía el pelo sobre los hombros desnudos al quitarse el suéter. Todo lo demás que me iba ofreciendo, en movimientos que eran como si se arrancara la ropa, pero tan poco a poco, tan suave y sutil, y silencioso, que parecía no acabar aunque ya hubiera acabado, y estuviera avanzando, con la misma lentitud enloquecedora y felina hacia la cama.

En ese momento dudé de lo cavilado antes en cuanto a la subida de mis acciones. No, de acuerdo, a la cabeza no llegaría, pero estaba sufriendo una hiperinflación que con toda seguridad repercutiría socialmente. De hecho, Leticia se había quedado inmóvil. Parecía estarse pensando muy bien a qué tipo de oscilaciones entregarse. Y ya, en lugar de aferrarme, se sostenía con los brazos en mis caderas. No descarto la influencia que tuvo en su comportamiento la susurrante llegada de Eva a sus espaldas. No puedo ni descartar, ni precisar excesivamente nada a partir de ahí. Lo que pasó, lo que vi, lo que sentí, lo que imaginé y oí, lo que recuerdo, es tan pobre como siempre al traducirlo. Es una pena por la piel, que quisiera volver y volver, y repetir y mejorar y grabar y aprender, y aprender a disfrutar sin tanto desconcierto.

Puede ser esa la palabra, el desconcierto. El sorprendido alborozo con que asumen los sentidos algo que ya estaba en ellos. Quizás la memoria sepultada de tantos juegos reprimidos, tanta inocente y pequeña perversión de exploradores desorientados. Tanta violación de los derechos de violar la resistencia al juego, de entregarse al tanteo de lo que puede ser, de lo que siempre puede ser si nos abandonamos a serlo. Una habitación aislada, un capricho de posesividad, una broma curiosa y desprejuiciada, una provocación orgullosa. Allí estuvimos los tres. Entre la pasividad, la extrañeza, y la decisión de mantener cada uno el rol elegido. Puede que antes, o después, supiéramos, creyéramos saber, cuáles eran nuestros límites y nuestras muy racionales conductas. Puede que volviéramos a creer en los límites, y nos limitáramos a seguirlos. Pero allí, aunque no sin resistencia, fueron desapareciendo, a medida que avanzaba el juego.

Eva debió pensar en darle una lección a la otra, por tonta. Y seguramente a mí, por dejarme ir en mi abulia de machificado objeto. Pero una vez metida en la dirección del improvisado juego, el juego la absorbió. O mejor, ella se dejó absorber por el deseo sentido y provocado. Nosotros jugamos con la ventaja, y la desventaja, de ser llevados. Leticia explotó, literalmente, cuando Eva la abrazó por detrás y la fue volcando por completo encima mío. Yo imaginaba la caricia arrastrada de los senos de Eva sobre su espalda, la mano temblorosa con que recorría su culo, sentía la otra mano aferrada a mi pierna. La escuchaba musitar sobre el distinto cosquilleo que le provocaban los distintos cuerpos. Sentía los

besos asustados, desesperados, de Leticia. Su saliva caliente, su lengua, el llanto desenfrenado y sus gemidos cuando Eva la agarró de los pechos y empujó y empujó encima de ella como para traspasarla, como para traspasarnos a ambos. Pude ver en su rostro, congestionado de gozo y de miedo, la sucesión inacabable de orgasmos que la recorrían. Vi extasiado cómo aparecía sobre sus hombros la furiosa expresión de la Coreana, decidida a someterla por el placer, besándole, casi mordiéndole el cuello, mientras la otra se sacudía en sus espasmos y gritaba que no podía más, y terminaba por girar la cabeza llorando, gimiendo, babeando, como para pedir perdón. Pero al final lo que hizo fue buscarle rabiosamente la boca y la besó, se besaron, primero con torpeza, como dos cachorros que uno no sabe si juegan o pelean. Hasta que los besos fueron más profundos y largos. Y entonces Leticia se dejó caer de costado, separándose de mí, para abrazarla con fuerza acostándola encima suyo, y haciéndola jadear también a ella con sus caricias y movimientos de búsqueda.

Lo que yo hiciera entonces no lo recuerdo exactamente. No destaqué esa noche por mi actividad. Supongo que me uní al indiscriminado rito de labios, y manos, y lenguas, que brincaban de piel a piel, provocando risas y desmayados gritos. Supongo también que podría haberme pasado la noche viéndolas pasar de un orgasmo a otro. No sabiendo qué cuerpo, ni qué boca, era la que ahora decía, o causaba aquello. Pero en un momento dado Eva me detuvo, tiró de mí hacia la cabecera de la cama, y empujándome con suavidad por los hombros volvió a recostarme de espaldas. Después la levantó a ella por la barbilla para que mirara, y muy lentamente se fue sentando encima mío hasta hundirme en su cuerpo. Quizás porque había pasado un rato a la intemperie, o por cómo lo hizo, una ola de deseo y de calor me recorrió todo el cuerpo, obligándome a cerrar los ojos y abandonarme por completo. Sentí cómo bajaba y me besaba los párpados. También noté el incremento en el peso y las embestidas. Antes había escuchado una especie de rugido ronco, en contraste con el ronroneo de la Coreana, que esperaba ese salto. Porque Leticia no la cubrió poco a poco, como hiciera antes ella. Se le tiró encima. La golpeaba con su pelvis y con los puños en la espalda. Se agarraba a sus hombros y la sacudía, nos sacudía. Es difícil narrarlo, porque aquella violencia jadeante nos había contagiado y todo se confunde. Puede que imaginara, más que escuchar, la procacidad con que nos invitaba a gozar, como si fuera una condena dictada por

ella. Puede que fuera a causa de un resbalón, sobre el mojado cuerpo de Eva, que una de sus manos me golpeara el rostro, separándome de los pechos de la Coreana donde estaba libando enloquecido. Puede que todo aquello fuera larguísimo, o muy corto. No lo sé. Recuerdo con claridad la cara de Eva, sus ojos parpadeando por las acometidas, su murmullo entrecortado diciéndome: "Nene, me parece que no te vas a olvidar nunca de esta noche". Para agregar poco después, justo cuando los gritos de Leticia se transformaban en jadeos de placer y nos llevaban hasta más allá de lo esperado. "Yo tampoco la olvidaré, me temo".

Puede que en ese mareo volcánico de sensaciones, cualquier detalle se magnificara hasta el extremo. Que los besos semejaran absorciones infinitas, acolchados abrazos de quienes íbamos cayendo hacia el sueño. Que la respiración menguante sonara como un viento feroz y ardiente del desierto. Que ni las sábanas recuperadas, ni los cuerpos revueltos pesaran tanto, en su búsqueda del entrecruzado descanso. Puede que fuera entonces apenas un crujido leve lo que me sobresaltó. Una vértebra rota, por ejemplo, preferí deducir, moviendo los dedos de los pies para comprobar si la motricidad aún llegaba. Cualquier cosa, me dije, antes que atribuirlo a los ladrillos que suplantaban la pata de la cama desde que ésta se esgunfiara hacía unas semanas. Bueno, cualquier cosa no, y no sé por qué pensé aquello antes que se me vencieran los ojos. Cualquier cosa no, porque también podría tratarse del arrastrón de una puerta. Así que en la última imagen que me detuve con fijeza fue en la puerta de la habitación, repitiéndome con algo parecido al pánico que no, que por favor no se hubiera quedado la Chiche y fuera a aparecer ahora.

No creemos suspensos inútiles. No apareció nadie. En todo caso hubo una desaparición esperada. La de Leticia, a quien no volvimos a ver hasta mucho tiempo después, convertida en una distante y vieja amiga con la que te cruzás por la calle, y siempre se despide diciendo que algún día tendríamos que juntarnos a matear. Tampoco levantemos juicios ni lecciones de conducta. Pasó por Pringles, como tanta otra gente, dando algo de sí, y llevándose quizás otro tanto. Ojalá fuera tan bueno para ella, como para nosotros lo fue. Eva, si se la menciona, siempre mueve la cabeza y sonríe. Pero Eva es otra cosa. Es lo mejor que me pasó en esa época. La calma, la comprensión, y la sorpresa. La amiga y el amor sin

límites. La discreción y el apoyo que necesitaba, cuando todo en derredor temblaba a causa de la más dolorosa espera. No la merecía yo, no sabía ni podía corresponder su entrega. En un tiempo en que no tenía ganas de explicar nada, tuvo la sensatez de no pedirlo. Comprender y aceptar todo eso no fue el menor de sus méritos. Siempre supo cuando estar o no estar. Siempre adivinó, como la primera vez, lo que yo necesitaba. Y mejor aún, no se hizo imprescindible, no trató de llenar ningún hueco. Se movía por la casa sin estridencias, cumpliendo su promesa de ponernos lo más en orden posible a ambos. Sí, era un aparato la Coreana. Supongo que así llamamos en Córdoba a la amistad, cuando empezamos a extrañarla.

Apacible tarde en la mansión. Silvestre y Jorge habían pasado sus buenas dos horas en la biblioteca, separando en estantes distintos los discos de clásica, rock, y jazz, orden alfabético incluido. Eva, en rápida visita, ayudó un rato, realizó su control de insumos básicos, dejó preparada una cafetera, dos suculentos emparedados, besitos, y se marchó. Ya sentados en la cocina ante el café con leche y la petit cena, Jorge elogiaba su discreta eficiencia. Pero Carlitos, entre espasmos de risa, se quejaba.

–Sí, sí, muy rico todo, y ella también. Sin embargo esta agente infiltrada del Mao Che Pum nos va a subvertir el mujeraje. A la Bruni me la ha dado vuelta. Ya te conté que se ha puesto de novia con el Jefe de cocina. Normal, no digo nada, necesita alguien de su edad y más serio que yo. Pero lo ha meloneado al guaso con que a mí me quiere mucho, que son relaciones distintas, y tampoco lo perseguiría a él si tiene algún asunto por ahí. Cagate que el tipo pidió que nos juntáramos a tomar algo, me preguntó muy serio si la quería de verdad, y al final tan amigos y compadres. Ahí viene el pata de lana, le dice a ella si paso por el boliche.

–¿Y estás protestando por eso?

–Bueno..., me usa menos que antes. No, mentira, respetamos los tiempos de cada uno y sin problemas. Pero es un poco raro, ¿no...?

–Sí, ser honestos y amar con libertad es bastante raro. ¿A vos te jode?

–¡No...! Me sorprende, porque... No sé, de golpe se van a la mierda las paredes y el techo donde vivías.

–Cimientos nuevos, Carlitos. Mucho más elásticos y firmes en realidad. Como vos decís, cada cual construye su propia vivienda. Los de afuera son de palo.

–Ahora que lo mencionás, fijate que también lo frenó cuando le propuso que se casaran. Acepta que compartan casa si quiere, pero aclarando que para lo otro ya tendrán tiempo más adelante al conocerse mejor. Están pensando en poner un barcito por su cuenta. La Chiche les encontró un lugar céntrico y barato. A ver si al final será cierto que las cosas podrían ser de otra manera. La Bruni está más divina y feliz que nunca. En serio que venir acá, y las charlas con

la Coreana, le han movido el bocho. Aunque no creás –ponía cara de lobito pensante–, yo sospecho que Estela, con esa cara de soy la más inocente y chiquita del grupo, también aporta lo suyo.

Por lo visto aquel magma de tarados aportaba o enquilombaba a más de uno. Sirva como ejemplo de ambos extremos su jefe, situado en el trimestre final del programa que cursaba. La próxima estación del viaje sería la Primavera, fecha escogida para jubilar la burbuja y abrir sus puertas, dispuesto a jugar los postergados juegos desde su regreso de Villa Dolores. Acababa de empezar la fría temporada que culminaría junto a sus viejos estremecimientos. Así era aquel invierno en Pringles. O así llamaban allí al doble paréntesis helado, en un departamento de altos techos y ni la más baja estufa. Ya antes la Negra lo acusaba de una especial sicopatía por la que no percibía ni el frío ni el calor, y ahora Estela convenía en que sí, un poco autista era en ese aspecto. Magnánima al limitarlo a un sólo asunto. Él se defendía, alegando que sentía perfectamente lo que su cuerpo le comunicaba. Y en esa valoración, al igual que en su hábitat, no entraban periódicos, radios, ni televisión. No era culpa suya que los demás se rigieran de continuo por noticiarios y pronósticos. Lo que mata no es la humedad, sino la interesada y conducida información para alienar más aún a los imbéciles. Nunca insistiremos suficiente en que si tenía amigos no sería por su diplomacia. Aunque es cierto que al verlos tiritar y castañetear los dientes entraba a repartir mantas, convirtiendo las reuniones en un cónclave de comanches.

Dichos elementos le sobraban desde el acopio hecho en Junín. Y encima la Chiche traía remesas, así como almohadones y sábanas. Debía poseer una fábrica, o la llave de los galpones de Unicef. Ante la abundancia, Ricardo vendía algunas cada tanto para costearse las anfetas. Pero la Gorda se enteró, y lo perseguía a gritos amenazando caparlo con el serruchito de cortar el pan. Jorge evitó la operación, procediendo el día siguiente a ordenarle que juntara sus láminas y pinceles y se fuera. Dado su retorno a aquellas costumbres, no pensaba esperar que la cagada fuera tan grande como para sacarlo a patadas. Entendido y hasta la vista. Silvestre y los otros también captaron que, más allá de problemas específicos, necesitaba ventilar el espacio y quedarse solo. Tras el recital se habían vivido un par

de meses tumultuosos y en cierta medida divertidos. Todo tipo de batallas, botellas, y vituallas, hollaban el bullicioso valle, en el que vaya si boyaban los bellos villanos. Por atrás y por en medio holgaban las unificadas huestes de honorables y huerfanitos. Las habitaciones humeaban, avasalladas de humor y hambres varias. Humeaban contra el invierno acechante, y a veces se burlaban del frío, la seriedad, o las progresivas deserciones. Intentaban un mundo entrevisto, fraternal y lúdico. Se lamían a solas, o por parejas, las heridas.

Algunos, queda expuesto, aceptaron el reclamo de aislamiento y se mantuvieron a distancia, alertas a cualquier llamado o las visitas que él hiciera. Leticia sabemos que abandonó su apostolado laico y pasional superada, es un decir, por las circunstancias. El Colorado Roca fue víctima de su coherencia. ¿Parece un cumplido, no? Empecinado relator de chistes repetía aquel de: Si querés perder un amigo, prestale mil mangos. Sin trampa ni cartón: Se puso de novio con una chiquita del Cerro, y como quería hacerle un regalo le pidió mil pesos a Jorge porque andaba cortado. Nunca más se lo vio por allí. Hasta la Chiche, su viejo amor, exponía con amargura que el cantor interpretó a capella su tema negro y oculto. La Gorda también obedeció el mandato de apartamiento temporal, delegando en Eva, por obvias razones, el control de su ahijado. Antes le regaló una señora olla a presión, proponiendo locrazo de despedida. Pero en la gastronómica charla surgió la desopilante comparación con los callos madrileños. Y Jorge, recordando las veces que ayudara a su madre en la preparación, se ofreció a inaugurar la Marmicoc elaborando él mismo aquel plato de invierno. De inmediato las féminas, listado en mano, compraron las patas y orejas de cerdo, el mondongo, los chorizos colorados, garbanzos y demás ingredientes.

La cosa sería en domingo, y el sábado anterior Jorge se puso a prepararlo no bien regresar del trabajo. Hugo, como vecino aleatorio y curioso morfón, se ofreció a ayudarle. Fascinado iba cortando y metiendo a la olla lo que el otro le pasaba. Una vez lleno el recipiente Jorge lo tapó, ajustó la válvula y puso el fuego al máximo. Advirtió que deberían estar atentos al silbido para bajarla al mínimo y que no se recocinara. No obstante, oh juguetón destino, sucedió lo acostumbrado. O no, seamos precisos con el devenir: Ya entonces las apariciones de

Graciela se movían en la caprichosa lotería de lo desacostumbrado. O seasé que llegó ella, y lo que no variaba era la salvaje zambullida en el dormitorio grande. Hugo, consciente de la misión encomendada, chapó un libro y se sentó en el living con la puerta abierta, atento al pitido desde la cocina. No, no era la distancia ideal para esa llamada. Y si la pareja es obvio que en el fragor de la batalla no escucharan otra cosa que a sí mismos, lo del cocinero ayudante resulta menos excusable. Sumemos que el texto lo había absorbido. Así que cuando, repentinamente preocupado, alzó la vista del libro y el culo del asiento para correr hacia allí no es que fuera tarde, sino el momento justo para lanzarse a gritar como un loco.

En la cocina parecía haber una especie de helicóptero, cuyas aspas en veloz rotación eran los chorros de jalea hirviente que despedía la válvula hacia la alacena, heladera, puerta y paredes. Sin dejar de pedir auxilio agarró la escoba y en cuatro patas empujó la puerta, recibiendo salpicaduras a mansalva, pero logró apagar la hornalla, agrediendo en defensa propia las putas hélices de caldo. O sea que le metió un palazo al rotor superior, que más que silbar gorgoteaba como un monstruo. No obstante aquel descabezamiento del urso, por la presión acumulada propulsó el géiser en vertical hacia el techo, colaborando cochinamente con la pintura del Camargo. Ni lo salvó ni lo consoló a Hugo que los aullidos se triplicaran. Pero las mantas multiuso de Jorge consiguieron ahogar al enloquecido ente. Puntualicemos que así y todo, el doble cobertor usado para tapar la olla llegó a pegar un par de saltos aterrando a los asistentes, uno en calzoncillos, la otra con sólo una camiseta por encima, pero eso sí, los tres encharcados de pies a cabeza. El grito de Ipiranga fue de Jorge, suplicando a Hugo que trajera, de su casa o donde fuera, todos los diarios que encontrara.

Media hora más tarde la cocina seguía siendo un desastre. Las paredes chorreaban, el techo lluviosamente goteaba, ellos parecían esos indios del Amazonas con un casquete de pelo embarrado, y caras y cuerpo de un cobrizo amarronado, máscaras gelatinosas. Habían sacado, que no salvado, las sillas y mesa al patio. Al menos evitaban romperse el cráneo con ellas en los continuos resbalones, porque el pantanoso piso era peor que una pista de hielo. A toda marcha

absorbían con las hojas, un bollo, y a encestar en el tacho grande de basura colocado a la entrada. Tiraban en apoyo con las dos manos, como en los tiros libres, de espaldas, o entre las piernas, aplaudiendo o burlándose del tanteador individual. Pasadas las primeras puteadas aquello era un jolgorio de arriesgadas piruetas y carcajadas. Hugo intentaba contar lo encontrado al llegar, y Graciela en paralelo iba representando la enloquecida olla, los ahogados silbidos, y el tentacular ataque. Era impresionante la cantidad de formas que adoptaba, y la inacabable inventiva con que las revestía. Chocaba contra las paredes como el coyote, arrastraba papeles y toallas embebidas afuera sacudiendo la coleta como el Correcaminos, bip-bip. Lanzó el grito de Speedy González y sus mejicanos fraseos, mientras Jorge cantaba el tema a todo pulmón.

Hugo estaba alucinado. Jamás lo había visto así a Jorge, aparte de tampoco conocer ni por las tapas aquella Graciela, espectacularmente payasa y atractiva a pesar de la aceitosa mugre que la cubría. Esa no podía ser la maldita criatura de la historia escuchada. Se reía como el perro afónico de los dibujos animados, bailaba como Betty Boop, cabalgaba las espaldas de Jorge, ordenando ayous Silver a trapazos con la heladera. Los parodiaba y provocaba sin dejar de trabajar, soltando onomatopeyas y pareados delirantes en feroz competencia con el poeta local, que ya se arrastraba enjugando el piso porque, al igual que les sucedía a ellos, los dolores de la imparable risa se manifestaban atroces en abdominales y quijadas. Por fin Jorge decretó la detención, recordando que Graciela se tendría que ir, y sin una buena restregada en el baño eso sería imposible. Le advirtió a Hugo que la madre lo iba a matar cuando viera su estado y el de la ropa. Aparte que también tendría que enjabonarse un par de horas, si quería volver a ser el de antes del maremoto. Añadió que no se preocupara por aquello, esa tarde le daría un repaso, y a la mañana siguiente ya verían con calma y productos adecuados cómo encararlo.

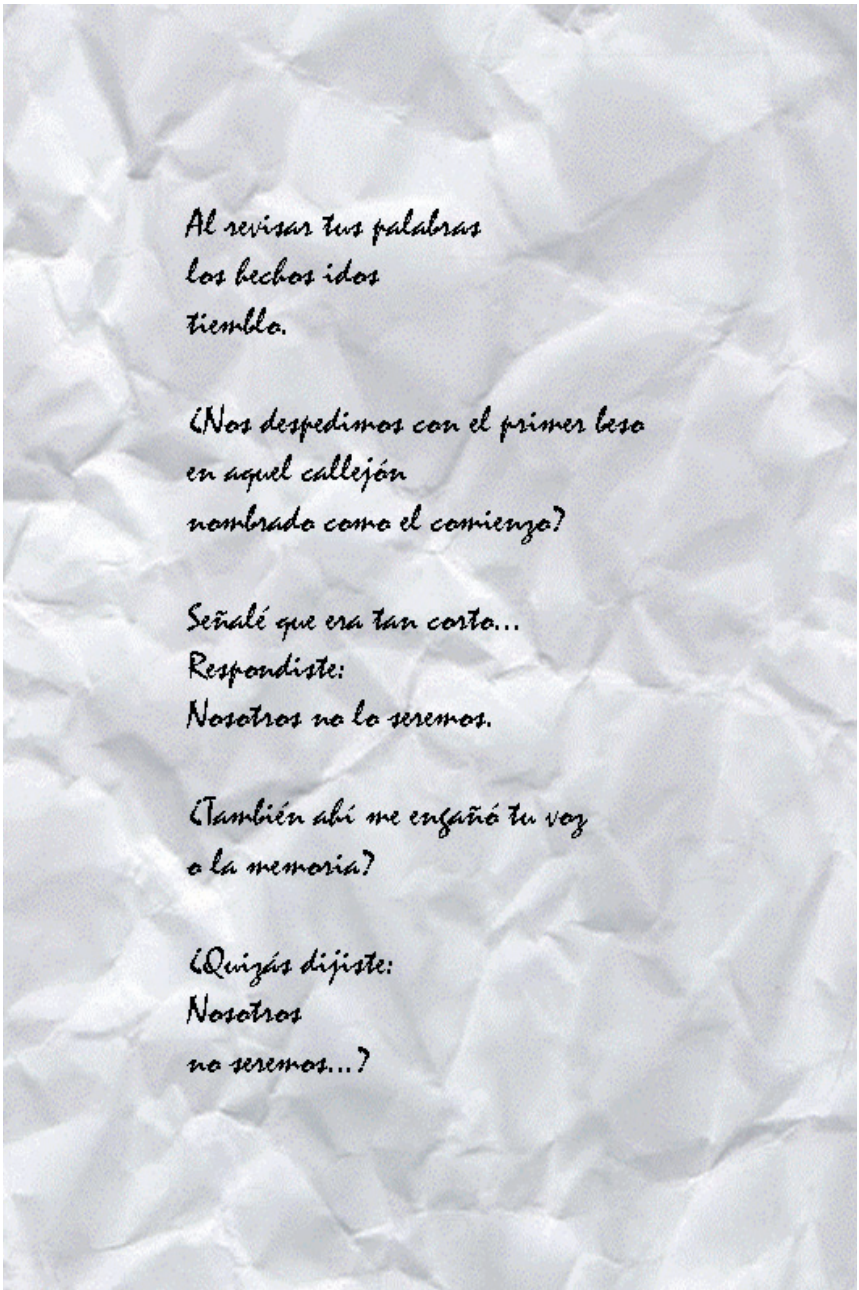
Realmente la labor en la bañadera, una vez solos, fue ardua. Rascándose mutuamente con dos esponjas debían vaciarla y volverla a llenar, avanzando muy poco a poco en los resultados. Descartemos las eróticas demoras que el refregarse producía. Los pelos se resistían al lavado integral. "¿Seborrea, cabellos débiles...? ¡Callos Miranda!"

Clamaba ella. Ni los masajes jabonosos mermaban el sufrimiento muscular por las carcajadas continuas. Parecían dos niños enloquecidos, a los que no se les acabaría nunca la cuerda. Se besaban, empujaban, y burlaban del estropicio en el otro sin pausa. Cuando ella comenzó a vestirse, mirando entre risas el reloj, Jorge aún le avisó, con voz de prócer, que no fuera a contarle a nadie la performance, porque le tiraría abajo el status logrado con tanta seriedad y esfuerzo. La repentina rigidez en la espalda de ella no formaba parte de la sobreactuación previa.

Sin dejar de ponerse la ropa cayó sentada en la cama, y el copioso llanto con que lo observaba tampoco eran las alegres lágrimas de la comicidad. Su supuesta broma los había expulsado del juego en el jardín. La cuerda de los niños, o los muñecos, acababa de romperse. Comprendió la estupidez de la frase. ¿A quién podría contarle ella lo sucedido? ¿Existía acaso él, aquella casa, era real la presencia de ella allí...? ¿Consideraba, esta Graciela que sollozaba, como parte de su vida los acontecimientos en ese ficticio mundo? La que sorprendió a Hugo, y a él lo catapultara hacia los perdidos juegos, era un resbalón del personaje en la gelatina volcada. Lo veía en sus ojos inundados, en la dureza de miembros luchando por levantarse. Lo consiguió, y sólo le dijo: Lo siento. Esa corta y anodina frase antes de salir corriendo, esta vez sin disimulo ni esperarlo. De cualquier manera él, arrodillado, tampoco se podía levantar, ni contener las lágrimas que bajaban hasta sus manos abiertas, de donde se escapaba mucho más que una imagen.

Exacto: Había dicho lo siento. ¿A quién le preguntaría él lo que significaba eso? ¿Sentía el haberse dejado llevar, por lo que quizás en otro tiempo fueran? ¿Se avergonzaba del paso en falso, o de la falsedad de todos los que seguiría dando...? ¿Se había atrevido a jugar y estaba arrepentida...? Rendido por el doble o triple agotamiento, apoyó la cabeza en el borde de la cama aún tibio. Recordó que un par de noches atrás, en las cartas al personaje inventado, aquel con quien más hablaba, había escrito: "Nubedil, somos una mentira. Todo lo es aquí." Las paradojas de la literatura –¿de la vida quizás?– convierten en ficticios respetables y concretos hechos reales, o seres auténticos, otorgando en cambio credibilidad, carnalidad absoluta, a los imaginados. ¿A quién le contaría él mismo aquel salto a los tiempos

idos, la inverosímil felicidad de un equívoco? ¿Cómo explicar lo que renunciaba a explicarse porque el dolor lo aplastaba? No existió el maremoto, ni ellos tres en un limbo de amor y risas. Lo siento –se repetía él ahora–, dentro de la mentira no caben verdades alegres. Y no le serviría de nada el testimonio de Hugo, ni el ímprobo trabajo que les esperaba en la cocina. Boca arriba en la cama, fijo en la blancura del techo, pugnaba por adivinar en la pantalla los pasajes de neblina que aún faltaban. Hasta entonces toda realidad será mentira. Toda la gente de carne y hueso se fue, la ilusión volátil de un par de horas también. Hasta el techo se esfuma al cerrarse sus húmedos párpados. Pringles entero parecía desaparecer, tragado por las brumas.



Al revisar tus palabras
los hechos idos
tiemblo.

¿Nos despedimos con el primer beso
en aquel callejón
nombrado como el comienzo?

Señalé que era tan corto...
Respondiste:
Nosotros no lo seremos.

¿También ahí me engañó tu voz
o la memoria?

¿Quizás dijiste:
Nosotros
no seremos...?

A pesar de la diatriba de Marcelo, con la que estaba bastante de acuerdo, confieso que deseaba con todas mis fuerzas abandonar esa dinámica de presiones sobre ella. Quizás fuera hora de mostrarme algo más positivo. Disculparme por mis reticencias. Explicarle que la acumulación de hechos oscuros, agravados por su silencio, era lo que me mantenía tan lejos y a la defensiva. Que intentaría juzgar un poco menos y ayudar más. Quizás podríamos construir una amistad sana, olvidando apuestas y proyectos difuntos. Dale, relajate, me decía, tratala con el cariño que seguramente necesita. A la vez siguiente la llevé abrazada hasta la cocina. Por algún milagro extraño no había nadie en casa, así que charlaríamos con tranquilidad. Parecía hacerle falta, la noté un tanto seria. A lo mejor desconfiaba de mi actitud, esperándose alguna de las ironías con que la obsequiaba últimamente. Me puse a cebar mate, calculando por dónde empezar. En fin, sólo tenía que hacerle sentir lo que me preocupaba. Carraspeé.

–Estoy embarazada.

No. No era ese el comienzo adecuado. De ninguna forma lo era. ¿Qué estaba diciendo...? Tenía que haberme dejado hablar a mí. O en todo caso decir estoy enfadada, o cansada. Suena parecido. Pero no fue esa la frase, ¿no...?

–¿Qué vamos a hacer...?

Y sigue. No se puede estar callada. Porque para soltar eso, mejor... Al carajo, todo el batallón de intenciones acababa de dar un salto a retaguardia y me alcanzaban con premura el casco, para que retomara la posición que nunca hay que abandonar. ¿Conque seamos prudentes y considerados, eh? ¿Y ella qué...? ¿Se da cuenta del morterazo que acaba de lanzar? ¿A quiénes incluye en el vamos...? Bueno, de eso mejor no hablar, claro. Si no lo hicimos antes no vamos a entrar en precisiones ahora, sonaría a guarangada. Ni de quién se olvidó la pastilla, si es que había pastillitas. Eso tampoco se le pregunta a alguien tan segura de lo que estaba haciendo. No había que preguntar antes. No hay que preguntar ahora. ¿Y entonces, por qué demonios el qué vamos a hacer? Sí, ya..., no debemos preguntar. Sin embargo parecería que hay que

responder. La cara seria y preocupada, aunque no enojada todavía, está esperando.

–Supongo que lo apropiado sería brindar. Lo siento, no hay champán. Habrá que hacerlo con yerba Flor de Lis. ¡Flor de mate, para flor de noticia! Tomá..., está cebado con el especial empeño que la ocasión merece.

–No te riás, que estoy hablando en serio.

No sé por qué dice lo de reírse. De pedo que me alcanzan las fuerzas para encender un cigarro, de dónde las iba a sacar para un gesto tan muscularmente costoso. Los dos fumamos. Ella acompañando el mate del festejo. Yo apoyado en el conocido y retomado rol del que la escucha, y la mira, y expele el humo, y sabe que ya nunca podrá salir de ahí. Oyéndola abogar por la necesaria búsqueda de una solución. "No sé..., un médico que se dedique a estas cosas. Seguro que vos conocerás alguno." Esta chica cuando quiere no es de las que se andan con vueltas. Bueno, por lo visto, y a falta de mejor luz o voluntad de alumbrar las áreas oscuras, me toca por decreto asumir una posición responsable. De acuerdo, futura mamita, allá vamos.

–Yo también estoy hablando muy en serio. ¿No has pensado en tenerlo?

–No empecemos, Jorge. Me estás tomando el pelo. Sabés que sería una locura. Justo ahora, que... No, dale, tenemos que hacer algo, porque...

–A ver, Graciela, más vale que te tranquilicés. Pensá un poquito... Lo que proponés no es legal.

–No tiene por qué pasar nada. Haciendo bien las cosas...

–Haciendo bien las cosas no habrías venido a decirme que estás embarazada.

–Bueno..., sí, claro... Pero es que si no...

–Si no, las gordas evidencias aparecerán por septiembre más o menos. Que es cuando cumplís la mayoría de edad. Todo redondo. ¿Qué te parece...? Vos redondita por la panza, y tus planes también. Porque quién podría impedir que te vayas a vivir con el padre de la criatura. Dejá de chupar en seco y largalo, que yo también quiero un mate. ¿A que no es tan descabellado? ¿Has pensado nombres...? Bueno, ya sé, tendrás que consensuarlo con el progenitor.

Lo que se llama funcionamientos reflejos, y terminología convenientemente ambigua. Con las razonables dudas, innecesarias de mencionar y que ella también tendría, o quizás no. Tampoco sé si es que ya no me creía nada, o por el particular desarrollo de las circunstancias no me importaba lo que hubiera de falso o real en el asunto. Salvo la sorpresa inicial, y mis frustradas buenas intenciones, no percibía cambios en el juego. Vista con distancia, mi postura me parece un bluff de jugador experto, frío, algo arriesgado incluso. Pero entonces sólo tenía enfrente una jugada torpe, mal planteada por el otro. Me sorprendía, pero no me asustaba, no era real. Parafraseando a Graciela puede que esto suene drástico, aunque respondía a la dinámica expuesta. Tal vez pudiera creer en su gravidez, en realidad no lo sé. Pero de ninguna manera sentía la gravedad con que lo presentaba. En una de esas, si se hubiera decidido a hablar de todo lo que llevaba adentro... Y no me refiero al supuesto engendro, sino al trasfondo tácito de su vida en ese tiempo, el que yo debía soslayar mirando al techo. A la fragilidad de sus excusas cuando desaparecía. A la mentira, o relatividad de sus encierros. A su afán de cíclico intrusismo, y el también supuesto y definitivo desembarco final...

En definitiva, yo no estaba dentro de la jugada. Qué tema más jodido, siempre parece que estuviera diciendo otra cosa. Pero no, me refiero a que estaba del otro lado, donde ella me colocó desde el principio. Y entonces no se trataba de creer o no creer. Uno no se plantea así la subida de la apuesta del contrario. Como dice un poeta amigo, en el póker y el amor cuentan más los faroles que las cartas. Y no es drástico sino coherente cuando la partida es de cartas tapadas. Es el instinto, el conocimiento del otro, lo que decide la apuesta y la respuesta. Máxime en mi caso. Porque a mí me daban igual mis cartas y el resultado. Yo no había convocado aquella timba. Ni puesto las condiciones. Mi compromiso era dejarla jugar, y en todo caso hacer interesante el juego. En eso estaba.

Por supuesto, muy otra habría resultado la partida con cartas descubiertas. Mostrándonos y compartiendo los riesgos de cada decisión. Ahí habríamos jugado ambos a suerte y verdad. Cada cual con lo que tiene, lo que sabe, y lo que le toca. Incluso habría sido inteligente por su parte decidir, ante la importancia de la mano, cambiar a tiempo las

reglas. Ponerlas boca arriba. Mostrar el juego largamente oculto, si lo que se pretende es la complicidad del otro. Si sólo hubiera dicho algo razonable y honesto habrían mermado las distancias. Hubiéramos limpiado de lágrimas y tonterías el tapete. Podría haber sido el impulso capaz de provocar hechos transparentes. La amistad por ejemplo, a falta de lo definitivamente perdido. Pero, como siempre, creo que ella también lo intuyó. Y Por eso no lo hizo. Traía su propio guión y no lo alteraría.

–Jorge, tenemos que solucionar esto –tampoco se había alterado por lo que dije–. Nunca me has defraudado cuando te he pedido algo.

–El plural de tenemos no lo entiendo del todo. Pero lo otro es verdad. Si alguien defraudó a alguien no fui yo.

–Por favor... –gesto doliente, pero firme en lo suyo–. He reconocido mil veces que la cobarde fui yo.

–Ojalá sólo se tratara de valentía o miedo. Pero está bien, me sirve. Aunque espero no considerés cobardía la prudencia. Desde ningún punto de vista es aconsejable que yo intervenga en lo que decís. La experiencia me ha enseñado que tengo muy mala suerte cada vez que cumplo tus más vehementes pedidos. Quizás recuerdes que lo del Juez de Menores lo demandaste a gritos, y era un secreto entre vos y yo. Pero tu Mami estuvo en el momento justo y el lugar justo para impedirlo. Después me volviste loco para que hiciera el recital con el Gordo Roca porque querías que lo compartiéramos. Y tu Mami en el lugar justo, el momento justo, etc. Ahora nuevo secreto entre nosotros, y yo llevándote a un médico para solucionar el problema que vos tenés. Sería suicida por mi parte, previendo que la mágica bola de cristal de tu Madre la colocaría a ella y dos policías en el lugar justo, etc. Acusación por corromper a una menor, sin contar que en las declaraciones alguien hablara de violación, y el agravante final de inducir al aborto a la infanta. Diez años no me los quitaría nadie. Con lo bien y feliz que estaba en mi casita, me pudro en la cárcel. Para la familia Aprile éxito total. Si por lo otro ligaste un coche, ahora te caería un yate y chalet en Mar del Plata por lo menos. Y juro que no me consolaría demasiado recibir una carta tuya en prisión, contando que fue una falsa alarma lo del embarazo. ¿Lo comprendés, no...? A lo de la mala suerte me refiero.

–Estás tratando de ofenderme para que desista de mis intenciones de venirme a vivir con vos. Pero no lo vas a conseguir. Nadie prepara unos mates tan ricos.

Pude ver cómo mi capacidad de asombro salía volando por la ventana. Si realmente llevaba algo en la panza no necesitaba ningún médico, con sangre así de fría ya lo habría congelado. Me miraba seria, pero casi con el orgullo de la maestra hacia su más rebelde pero prometedor alumno. Pasó página la profe del temario de examen reciente –¿satisfecha quizás de la inteligencia con que su pupilo pasó la prueba?–, decidiendo que a ese chico había que premiarlo. Si no entiendo lo demencial de la enseñanza establecida, será fácil concluir el boleo mental con que me dejé llevar hasta el dormitorio. Por lo visto después de la amable y civilizada discusión en la cocina se imponía el acostumbrado intermedio carnal, increíblemente tierno aunque salvaje. Se quedó más tiempo de lo normal y partió de noche. Tampoco daba la impresión de preocuparse mucho por el asfixiante control a que la sometían. Aún desnudos y semidormidos volvió a insistir en su grávido libreto, y yo a recordarle el mío. Parecía que estuviéramos discutiendo sobre el horario de la próxima cita. Yo ya fumaba, y veía en sus ojos lo mismo que advirtiera desde un principio. La decisión – si la había– estaba tomada desde antes de venir. Mi participación era una alternativa que debía intentar. Cosa que me sigue aterrando y descarto continuamente para poder dormir. No lo dijo, y preferiría equivocarme. Por el contrario, insistió en que pensaría lo que habíamos hablado, y en los próximos días hallaríamos alguna solución.

Mientras nos vestíamos notó mi palidez supongo. Se sorprendió. Por un momento agachó la cabeza y estuvo a punto de hacer o decir algo. Pero finalmente vino hasta mí, me abrazó, y me dijo que no me preocupara, que ya se arreglaría todo. Yo sólo atiné a preguntarle por qué nos estábamos haciendo eso. Pero ella me tapó la boca a besos y retomó sus protestas sobre mi desconfianza, sus promesas de un futuro ya cercano. No le dije lo que entreveía en el espejo del ropero que nos reflejaba. El horror de contemplarnos como en un negativo al final de una larga y estúpida partida. Levantándonos ambos perdedores al alba, los rostros deformados, calaveras de ceniza, dolorosos y tristes monstruos de un tiempo de sucios naipes boca abajo. Poseedores del orgullo de un fracaso anunciado. Dueños de mil cartas sin nombre. Lectores ciegos de tantas cartas no enviadas.

Qué desastre, che, el derrumbe de esa estantería. Bah, un poco había empezado a caerse ya por su excesivo peso –no hablamos de pesos no comprobados–, y el resto vimos cómo lo dispersabas a patadones. Ese geniecito tuyo... Aunque decía Silvestre que a la pobre no le cabía un verso. Según él aquella historieta parecía la Divina Tragedia, en caracteres rúnicos, viñetas de Barbarella, y con más llamadas al pie que un partido de truco en la sociedad hebraica. O sea que era hora de demolerla. No te calentés, siempre habrá alguien que te acuse de drástico. Pero ego te absolvo. Demasiado que no saltaras hasta el techo el último día. Lo del presunto embarazo era un almohadón de alfileres. Sin alternativas: O te convertías en un erizo domesticado, o le pinchabas el globo. Digamos que se le dio vuelta el cuento, nada más. Convengamos que sí, ella va derecho a lobita feroz. No obstante, pretender vestirte a vos de Caperucito...

De cualquier manera consideremos que te mantuviste en el lugar fijado. Cosa que ella no hizo. Sabías que no lo iba a hacer. Con dudas o sin ellas comprendiste que no volvería. No era algo de lo que pudieran seguir hablando sin tratar cuestiones que no le gustaría desempolvar. Polvo somos y con los polvos nos complicamos. Si era cierto, no se entendía la desubicación del planteo. Si no lo era, menos todavía. ¿Pero al fin y al cabo, qué comportamiento suyo entraría en la categoría de entendible? Probablemente por esa borrosa variable, al principio mantuviste tu conducta de espera. Dos semanas seguidas de la casa al trabajo y del trabajo a casa. En la época del Potro te habrían dado un diploma. Sólo te faltaba el afiche de Evita sobre la cama y afiliarte al partido. Pero se trataba de evitarle la excusa de no haberte encontrado en momentos tan difíciles. Más no podías hacer.

Lo otro era tu porción de mala conciencia, a pesar de todas las lógicas y razonamientos. ¿Y si por un milagrito de aquellos hubieras condenado a vivir a un posible hijo, bajo esta imposible madre...? Qué querés que te digamos, es más fácil que caminara sobre las aguas del lago San Roque. Por hacerlo telúrico, ¿viste...? Bueno, el asunto es que estuviste ahí, por si había que comprobar, o discutir, o solucionar lo

que fuera. Gracielita no, no compareció. Perfecto, te comiste el tiempo y las dudas. Calmate, ya hemos reconocido que no podías hacer otra cosa. Porque ir a la casa de ella, con bombones y un ramo de flores, y preguntarle a la Vieja si no la notaba más gordita y vomitosa a Graciela, no habría sido lo más adecuado. Ni lo más conveniente para tu salud. Aunque todos hubiéramos pagado por verle la cara a la Bruja. Pero, bien, descartado esto debía ser La Gran Desesperanza Blanca quien condescendiera a pasarte el boletín con las últimas noticias. Y esa agencia albergaba fama de no brillar por lo responsable y puntual en sus servicios. En todo caso por lo ambigua y tendenciosa, convengamos. O sea que vos, pobre mass media desconectado y desconcertado, te pudrías calculando en las entrelíneas de la nada si la albondiguita de los recientes titulares se hallaría en corsi o ricorsi. Lo que se dice un corso pobre, de mascaritas remendadas. El carnaval del mal gusto y los despropósitos. Así que al esclavo de la desinformación le quedaba un pelo de entrepierna para romper sus cadenas.

Y el sufrido esclavo decidió que ya estaba bien. Que a la aspirante a madre la siguiera aguantando su puta madre. Que si después de tanto melodrama había vuelto a borrarse, podías considerarlo legalmente abandono de hogar. Tanto como de proyectos, promesas altisonantes, y demás boludeces asimétricas. A la mierda con los pacientes acuerdos y la contemplación escéptica. Aparentemente quedaba cerrado el período de las brumas. Las heridas no, claro. El repetido dolor de no haberse equivocado, tampoco. Era necesario un tratamiento intensivo de soledad, de lamerse sin atenuantes lo vivido, lo con tan buena voluntad permitido. Volver a ubicarse en la búsqueda personal parcialmente interrumpida. No callarse más, ni aceptar mentiras o silencios. Consciente que esa claridad tardaría aún un poco en instalarse, pero la bruma iba aflojando.

Lo primero, y mientras tanto, fue llenar la casa de guirnaldas pesarosas. Ambiente de reflexión y duelo. Aerosol en mano: Toda clase de compañías abstenerse. Suspensión de garantías comunicacionales. Samaritanismo go home. Libertad e independencia de flagelamiento. Ni coreanas, ni amigos refugiados, ni ayudas compasivas. Todos fuera hasta nuevo aviso. Nada de manitas por el pelo. Masoque sí, exhibicionismo no. ¡Qué épocas aquellas, che...! El que sufría, sufría en serio y calladito. No como ahora, que lloramos a dúo y por escrito. Había que reconocerte un estilo. De los resultados ya hablaremos.

Bien, ¿entonces qué...? Antes del cuadro de resultados, punteo de los asientos previos: Cierre de puertas por inventario general. Listo. Balance de valores afectivos y efectivos del ejercicio a Septiembre. Saldo desastroso. El superávit de experiencia vamos a relativizarlo como ganancia. Es cierto que ayuda, pero... Bueno, tendrás que partir casi de cero, renovar el stock de proyectos propios. No te preocupés por todos esos retazos de sueños y esperanzas deshilachadas. Yo que vos los pondría en la mesa de entrada, a precio de costo. Alguien se los llevará aprovechando las rebajas de otoño-invierno. Rematalos, literalmente rematalos.

Sin ironías, lo sabíamos. Y vos también. Una cosa es que no viniera, y otra que no apareciera más. Las mujeres no aguantan esa provocación de final de temporada. Aunque hayás pasado de moda para ellas desean verte liquidando. No vino a la casa, pero surgió una tarde muy gris a la salida de tu trabajo. Atravesó el Parque como un viento ligero de Junio, arrancando las últimas hojas amarillentas, que quizás le pertenecían. A cambio de quince minutos brumosos se llevó los restos de existencia, incluyendo las mencionadas hojas. Se presentó sepia y tardía a reprocharte el frío, la dureza, la falta de savia y coloración mostrada. Trataste de explicarle el fenómeno cuasi meteorológico. Diáfanamente justificar, por su ausencia de nube redentora, tu persistencia de árbol abatido. Mostrarle el trabajo, la eficacia del hielo que los había envuelto. Pero ella sólo oyó lo del trabajo y comentó, con displicencia de mujer independiente, que ahora trabajaba con el padre en su negocio. "Qué bien –le dijiste–, así se entiende mejor. LLevás puesto tu propio equipo de refrigeración industrial."

No le hizo gracia. O eso masculló. Que no había venido a escuchar tus gracias, sino a soltarte las cuatro verdades que merecías. ¿Sería cierto...? Compusiste el correspondiente gesto aterrado, y levantaste los ateridos dedos para ir contando. Empezó por la crueldad con que te habías negado a ayudarla. Oh, Zeus, pensaste, sigue por ahí la cosa. Claro que sí. Fue tu falta de amor, de comprensión y compañerismo, lo que la obligó a buscar desesperadamente, en cualquier otro, la difícil solución. "Decí que a tu pesar tuve suerte, porque conocí, justo en ese momento, a un chico muy bueno." "Normal –acotaste–, suerte de primeriza, ¿no...?" Le faltó escupirte, pero necesitaba seguir contando de ese muchacho tan

bueno, estudiante de medicina, que se portó excelentemente con ella. Incluso, al verla tan mal la había aconsejado en ciertos asuntos y abierto los ojos en otros. "¿Es oculista...?" Le preguntaste. Y ante la andanada de insultos optaste por pedir disculpas, y enfatizar que te alegrabas de esa suerte. Deseando que la mantuviera el resto de su vida. A la suerte, no que la mantuviera el Oculista, aunque... Y que también rogabas para que nunca perdiera la varita mágica, como vos habías perdido la visión del Hada.

Bueno, esa era la cosa. Ya estaba todo solucionado. Dicho así, como un trámite burocrático. Que tal vez lo fue, o pudo serlo. Muerto el perrito, acabadita la rabia. Y sin embargo te lo estaba ladrando con una furia... Sobre todo porque no le habías creído. Vos, siguiendo el tono de trámite, intentaste otra vez hacerle entender que si bien en la primera entrevista quizás habías titubeado un poco, las jornadas siguientes hiciste reglamentaria cola ante ventanilla por si alguien te ponía al tanto de lo ocurrido con el expediente a liquidar. Pero por lo visto, o en realidad lo no visto, la encargada del asunto no volvió a dar señales de vida. Bueno, hasta ese momento, veinte días después, que lo que daba eran señales de muerte.

Por supuesto, aparte de resoplar como si hiciera calor en lugar del frío que los tenía caminando a saltitos bajo la arboleda, contestó que para no perder la costumbre destrozabas e ironizabas todo. Que lo sentía mucho, pero eso terminaba de demostrar que no se había equivocado al meditar en lo inútil de seguirse viendo. ¿Cómo evitar tu pregunta de: "¿Seguirnos qué...?" Repitiéndolo con fuerza, junto a la postrera recomendación de que no se olvidara más de tomar la pastillita. Todo en el tiempo que daba media vuelta y se alejaba. Así te quedaste, con una mano en la boca haciendo bocina y la otra en la oreja, mientras tus gritos se llevaban su figura fuera del Parque Las Heras. Se volatilizaba entre el muy adecuado sepia de la tarde, las también postreras hojas que tras ella caían, los árboles que remedaban tu postura con sus ramas desnudas, y el comienzo del rocío, que no debería haber simbolizado nada más que la noche acercándose. La noche que te llevó, también a vos, hacia el invierno.

Y eso fue todo en realidad. Aunque no, no lo fue. No podría haberlo sido de ninguna manera. Entre nosotros no. Demasiado claro y fácil. Prefería plantearlo así porque en ciertos aspectos es verdad. Los agregados no agregan nada. Yo, que soy el agregado principal, o precisando los términos el principal agregado de la historia, tendría que volverme religioso, rapsoda ciego, versión de segunda mano, y decir creo que..., según cuentan, me parece...

Y no es que esté tratando de ocultar algo. No hay nada que ocultar. Sólo que repetiría lo narrado. Lo otro soy incapaz. No lo recuerdo. Veamos... Trataré de tenerme paciencia: Por supuesto que recuerdo lo que recuerdo y ya he contado. Pero a partir de ahí... Esperen, no seré yo quien niegue que todo pasa. Lo que me estoy cuestionando es la continuación del ya épico fraseo. Si realmente todo queda. Y que me perdone el querido Maestro de los Cantares. A lo peor debo admitir que si cantarlo es fácil ya no lo es tanto contarlo. Y la guitarra la olvidé en casa. Cuántas cosas olvidadas. No sé si colgada en el ropero. Pero me dejé las ganas de guitarrear, de seguir rasgando, punteando, puteando melancólicos tangos de madrugada. Aunque difícilmente deje de ser tanguero. Y menos ahora que se aproxima el chán-chán. Pero necesitaría una buena letra. Apenas eso, qué detalle, la verdad nítida y prosaica. Soportar que algo pasó. Porque si no, no estaría aquí. Reconocer que algo debió quedar entre la tinta las hojas y el tintero. Sufriendo la dificultad de concretar qué. Tropiezo sinuoso que me tiene detenido en una esquina sin atreverme a cruzar, porque no lo encuentro.

Empecemos otra vez. Por el comienzo, como debe ser. La esquina es la de Pringles y 24 de Septiembre, a cincuenta metros de casa. Las doce y cinco en punto. Bueno, ya es una precisión. O dos precisiones. ¿Por qué tanta en la hora? Elemental: Porque debo haber mirado el reloj y eso sí quedó grabado y retorna. Hay cosas que permanecen. Como las manos en los bolsillos por el frío. Consignando la oportuna salvedad de que hace rato que vengo hablando de invierno por la gripe, la limpieza en casa, las mantas, el rápido adiós en el Parque Las Heras... Corrijamos esa metida de pata estacional. Aquel otoño, tras el espectáculo del Balcón, llegó tan

ventoso y helado que mi confusa memoria lo llamó invernal. Tengo un lío en la cabeza que no respeta ni la hermosa melancolía otoñal. Lapsus del desconcierto con que intento rearmar lo brumoso de los hechos.

Bien, ya está aclarado. Y es un arranque, de algo servirá confío. Por ejemplo para negar tajantemente que aquello fuera todo. Parecía que sí. Había cerrado por fin las puertas. Y luego de la despedida del parque volví a abrirlas sin miedo. Retornó la circulación de amigos en un tiempo nuevo. Un aire nuevo para respirar mejor, para alentar viejas búsquedas, pensar con calma. No obstante resultó sólo un paréntesis, el garabato inconcluso de una figura circular. Faltaba el centro, el quid pro quo, el nudo del que cuelgan las veinticuatro horas del final. El jodido nudo que hay que descorrer, bajo amenaza que en caso contrario se torne corredizo, lengua afuera, salto al vacío, eyaculación involuntaria y postrera. La burlona masturbación del recuerdo oculto, con las manos atadas a la espalda. O sea que hay que enfrentarlo y luchar. Justo cuando estaba recuperando la circulación en las piernas. Cuando abandonaba el andar a gatas, y a gatas andaba. Como ahora, otra vez detenido para pensar. Para saber que he llegado a la parte que motiva el esto. Se acabaron las evaluaciones y las excusas. Hay que dedicarse a lo último que pasó. A lo que me pasa ahora. A lo que pasará ya sabemos cuándo, o no pasará nunca.

Aquí es donde nos vimos forzados a admitir que aún no estaba todo. Que a pesar de no recordarlo con la claridad del resto, aquella triste y abrupta despedida de quince minutos no representó el final. No quedamos definitivamente separados por una pregunta en el aire, el viento frío y las hojas que caían, ni por tu media vuelta ofendida que se perdió en la tarde. Sí, habría sido muy fácil. Y yo no estaría detenido aquí. Tratando de cruzar mentalmente esta calle, corporizar la penúltima encrucijada, traer la imagen de sus cicatrices. Exigiendo para eso al máximo la memoria. Desentumeciendo la muñeca que sostenía el reloj. Agregando que era un día feriado. Seguimos avanzando. ¿Qué más...? Lucía el sol. Muy bien, juntándolo al dato de las doce y cinco precisamos que era mediodía. Perdón, Señor Holmes, somos elementales del subdesarrollo. Y deduzco que estábamos caminando. Los dos, más vale. Qué tontería seguir esquivando eso. No, nosotros no esquivábamos nada. Sólo cruzábamos la calle, sin apuro. El calorcito del sol se alternaba

con la sombra de los árboles. Confirmo que eran los árboles de la calle Pringles hacia Sarmiento y después Humberto Primo, en una de las pocas veces que la acompañé. Que me permitió acompañarla hasta cerca de su casa. Por lo menos llegamos hasta el Bulevar Las Heras, antes de Lavalleja y las oficinas de Broccio. No había casi gente en las calles, creo que comentamos algo de un desfile militar en el Centro. Tuvo que ser el veinte de Junio, la jura de la bandera. Sí, había salido por eso, era la coartada parece. Todavía necesitaría excusas, o lo habrá mencionado así. Vaya a saber. No, no estoy haciendo un ejercicio de ambigüedad y suspenso. Cada detalle que traigo es un esfuerzo contra lo que muy bien podría ser un sueño.

Y tampoco fue un sueño. No he dicho eso. Sino que para mi desfalleciente memoria es como si viniera del sueño. Supongo que, al revés de otras veces, no lo esperaba. En serio, juro que no la esperaba. Y que algo debió de haber en su llegada, o en su comportamiento, provocando tanta irrealidad. Porque me dibujo caminando a su lado, pero con esa atmósfera de lo onírico en que no podemos saber quién nos acompaña, o lo que no alcanzamos es a verlo en ningún momento, aunque presuponemos su identidad. Por alguna razón es como si no nos volviéramos hacia el otro en el largo andar. Deduzco que fue largo por las distancias acotadas, no porque hubiera cansancio. Y en cuanto a las miradas, debo suponer que habré sido yo el esquivo. De ella imposible saberlo. Con lo hablado sucede igual. Siempre es posible rellenar un diálogo cuando alguna palabra, o cierta frase, se pierden. Echamos mano del gesto con que se pronunció, o del contexto, e improvisamos aquello que redondee el sentido general de la charla. Pero en esto, y tantas otras cosas, aquel itinerario compartido fue el más literalmente brumoso de los desencuentros convocados. Ni un solo verbo, ni un término específico, dan pie al armado. No ha quedado nada concreto. En todo caso al revés. Apenas una sensación en la que me apoyo para deducir, suponer, borronear de qué se trató, pero más la visita que la charla.

De todas formas lo normal es que habláramos. No haríamos callados tanta distancia y tanto tiempo. Eso sí sería inmediato de recordar. Quizás la que hablaba era ella. Ni siquiera me imagino de qué podría haberlo hecho yo. No tenía nada que decirle. Sin convertir aquello en una discusión me refiero. Y no discutimos. Creo que porque la

actitud de ella era decididamente tranquila. Distante y tranquila. Como si hubiera pasado mucho más tiempo del que realmente había pasado, que no serían más de diez o quince días. ¿Pero, qué es lo que desgranaba con esa serenidad...? ¿En qué estaría pensando yo mientras me hablaba, para no recordar nada? ¿Íbamos del brazo, de la mano...? Juraría que no. No me parece que hubiera más proximidad física que la de dos personas que caminan juntas. Y otra cosa: Para que fuera así, ella primero debe haber ido a casa. No se trataba de una cita. ¿Entonces entró...? ¿Se dio la reconciliación al uso nostro? No, tampoco, eso no podría haberlo olvidado. No era un día más, una vez más. Ya no.

Qué se yo..., ahí podría anotarme un punto de coherente dureza, diciendo que no la dejé entrar y me la llevé de vueltita para sus predios. Sólo que ni yo me lo creo. Lo cierto es que se parece más a un encuentro fortuito de buenos amigos. O de malos amantes si vamos al caso. De todas maneras qué importa. Igual que tampoco importa lo que hiciéramos en casa, si es que hicimos algo. Respetemos en ese particular la discreción de la desmemoria, y supongamos que nos quiere ahorrar monotonías. Casi me inclinaría por otorgarle a ella el protagonismo, ya que fue suya la decisión de ir. Habrá dicho que no tenía demasiado tiempo o algo por el estilo. Y yo me habré dejado llevar, esperando que fuera tan inofensivo todo, y tan incomprensible como ahora lo recuerdo. Parece una broma de mal gusto mencionar que lo recuerdo. Estoy cansado. Esa vez también estaríamos cansados de pelear, o menos ansiosos y más resignados. Pero, bueno, era un clima de no hablemos más de cosas desagradables, ya veremos qué pasa, y mientras tanto... Sí, también me pregunto qué es lo que ya veríamos. O ese mientras tanto sobre qué se asienta, qué es lo que sucedería mientras tanto. No obstante fue algo así, aún lo percibo, totalmente deslavazado. El camino cambiaba de calles y sombras. No sé por qué podía estar Graciela tan serena y dialogante, o monologante. No sé por qué acepté yo acompañarla, con la evidente voluntad de no registrar un pelo de lo que dijera. O quizás esto último sí sea lo más comprensible en aquella especie de defensa pasiva. Vaya mierda de resumen les estoy despachando.

Resignación, démoslo entonces como síntesis de aquel mediodía. Fue el veinte de Junio. Fiesta patria. Jornada militar de descanso para los civiles como nosotros que creían haber acabado con una guerra.

Ella llena de buenas y ambiguas intenciones. Reposada y dialogante, calculo que hablando de cosas que no crearan polémica: Su trabajo en el negocio del padre. La comicidad insulsa de los noviazgos de la hermana. La madre igual de jodida, pero más loca y cansada. El Viejo en progresivo abandono del domicilio conyugal. Nosotros bien, gracias. Eso parecía decir el desenfocado rostro que apenas rescato. Aunque no tenga ni idea en qué podíamos estar bien, ni para qué. Yo sé que no estaba bien. No entendía un corno, y escuchaba menos. Para mí fue un sueño afantasmado, del que sólo guardo el misterio de su inefable serenidad, el sol de un mediodía, y la sombra de los árboles que mantuvieron fresco el itinerario.

Ahora sí, lo siento, pero cumplido el esfuerzo creo que ya está casi todo. Es verdad, sigo convencido de no haber aportado nada, ya que tampoco supe o quise extraerlo entonces. En todo caso fue la realidad que me devolvió a casa después del extenso y anodino caminar. No ha sido más que una demasiado elaborada excusa, otra más, antes de reconocer lo ya anticipado cuando aún brumoso hablé de monstruos entrevistos en el espejo de mi habitación. Eso mismo, un fantasmal intermedio, irritante para quienes esperaban otra cosa, antes de terminar de hablar de ese otoño invernal, con sus despedidas, sus cicatrices, y sus muertos.

NUBEDIL

Hay hechos sin razón, que apenas pueden contarse. ¿Cómo nombrar el fracaso...? ¿Cómo explicar su demoledor ascenso? ¿Cómo lograr que se palpe la sensación de eterna caída? Me esfuerzo, y tampoco hay palabras. Todas usadas para edificar situaciones de novela. Pero esto es cierto. Aunque lo vuelque de la forma en que lo estoy volcando. Aunque recurra al ritmo de la máquina, o golpee con tesón de virtuoso el teclado, para olvidar que soy yo el que se está yendo. Cómo llamarle tan sólo tristeza, resignación, a este ardor de la piel, a esta transpiración en los dedos. Este deseo de cualquier cosa que me llene las horas, para no pensar más, sentirme ajeno. Para evitar la arcada que se asoma a los labios contraídos, en la imposible repugnancia de pronunciarla.

No tengo, no alcanzaré jamás esa palabra. Si fui tan pobre de amor, dónde encontraría la riqueza del signo. Una sola palabra quiero. Una que sintetice, que exprese, tangencial siquiera, la herida abierta por el tiempo, definitivamente ajado. La inutilidad de las manos. La razonada sinrazón, mi penosa voluntad de hierros oxidados. Todas las intenciones quemadas ante la luz de un solo gesto. Quiero esa maldita palabra, para reconocerme en el viento que despedí una madrugada, y ahora busco, y busco, con los ojos secos. Los abro, los cierro, y me enturbia saber que aparecerá cuando sea tarde. Que la pronunciará, con desdén quizás y sin saberlo, el encargado de enumerar mis desaciertos. Que la veré, Nubedil. De alguna forma la veremos. Desapareciendo en los pasos del niño que, con la cabeza gacha, repite los pasos del viejo. Miserable viejo oscuro, ladrón de la sangre. De nuestra sangre, que queda aquí, estéril y desnuda, para futuras autopsias. Derramada en vano, pudriéndose sobre sus mesas, bajo sus picos curvos, hacia sus vientres nunca satisfechos.

Quisiera rescatar esa palabra. Que no la destruyan con la intención añil del entrecomillado, con el concepto frío que la aleja hasta nunca. Por eso la quiero. Porque el dolor es mío, me pertenece. Como me pertenece toda

la inmundicia que la retrata. Yo la despido y reconozco. Es mía esa palabra, la reclamo para siempre. Nadie más tiene derecho. Sólo yo la he crecido. Es mi única realidad. Si me la roban, me roban el aliento.

Quédense con la historia. Hagan lo que quieran con el recuerdo. Pero déjenme la palabra que dice. La voz que gime. El lamento sudoroso de mi impotencia. Por eso es mía: Porque no la tengo. Y no la tengo, de la forma que ningún otro podría desposeerla. Al menos en esto, en la imposibilidad, es sólo mía. No me resigno, pero me alegro. Sutilezas del rencor, que me permito en esta hora de absurdas quejas. Saber que, con respecto a ella, soy la más alta posibilidad de carencia. Invoco este derecho. Quiero estar a solas porque quise. A solas con ella, a quien desconozco y niego. Doy el resto a cambio. Toda palabra Nubedil es sacrificio. Déjenme poseer su ausencia.

Así fue la llegada del propiamente invierno para él. La aceptación del frío en todas sus costuras, junto a la lenta disolución del recuerdo. El ingreso a la nada de la última entrevista. Un merecido ingreso, y quizás el mejor final de tanta sinrazón. El definitivo final de las brumas, aquella tortura en cuotas que los había llagado hasta la laceración. Después del absurdo y vacío paseo comprendió que ya estaba todo dicho, todo lo imposible hecho. De cualquier manera hasta acabar Junio se mantuvo en guardia. Justamente porque no hubiera tenido sentido temía la sorpresa, la nueva interrupción en la tranquilidad que iba ganando paso a paso.

Ya en Julio transitaba la casa como en sus primeros días de Junín. Menos alegre, pero más seguro. A las heladas que caían les hizo un corte de mangas. Bueno, el corte se lo hizo a una mantita peluda en el medio y ahí andaba con su poncho Toro Aislado, como lo saludaba con un ¡Jau! la Coreana. En ese aspecto fue un mes consensuado con la pipa cálida del mate y la siempre discreta calidez de ella. Según lo hallaba cumplía su control de existencias, aceptando ofertas varias de acompañamiento, o yéndose hasta la próxima. Las noches y los fines de semana se alternaba la actividad con lapsos de meditación reconcentrada. Para esto último se aposentaba en el living y ponía la música adecuada. O se quedaba leyendo hasta la hora de dormir, acostándose por lo general vestido. Aquello a su manera funcionaba. En la habitación que ahora hacía de taller y biblioteca empastaba sucesivas hojas de periódico, hasta lograr los improvisados lienzos para manchar y pintar, sin más pretensión que el descubrimiento de juegos nuevos. Todo lo visto y recibido de quienes sabían de eso lo animaba. Ricardo le había dado nociones primarias, y sugerido que se atreviera a trabajar él mismo sus ideas. Recolectaba maderas, cartón, o cualquier desecho, pegando y ensamblándolos de acuerdo a lo que su intuición le marcara. Otras veces agregaba fragmentos de lata, alambre, piedritas, cristales, cuero, o lo que se terciara. Eva, en las veces que lo ayudaba, disfrutaba tanto como él de la experimentación, exhortándolo a seguir. Aquellas pequeñas rutinas, los descubrimientos compartidos, el ambiente de pobreza alegre

con que solucionaban cada una de las privaciones, relegó los tormentos pasados a un segundo plano cada vez más olvidado.

Durante el día, mientras acudía a Broccio, mantenía abiertas las habitaciones de arriba para que el sol las entibiara, y también se enclaustraba allí al volver, con sus papeles y la máquina de escribir. A veces le leía a su China lo escrito y discutían creativamente. Entusiasmados porque además de la poesía, todavía convaleciente, había empezado a borronear cuentos, y eso permitía más interpretaciones y peleas. Aquel Pringles ya era el mundo que había soñado. Quedaba mucho por hacer. Pero en esto residía precisamente la buena noticia.

Agosto añadió sus vientos al rigor de la temperatura. Okey, ya se pasaría, como todo. Una vez afirmado en el camino le daba igual lo largo que fuera. Con respecto a lo sucedido lograba amar, tranquila y comprensivamente, hasta la forma en que habían dosificado su destrucción. Quizás fuera necesario. Supo, con la misma calma, cuánto sufriría aún, y que lo haría sujeto al amor que gota a gota iba perdiendo. Que no se engañaría más. Debería enfrentar la razonable nostalgia, los momentos de torturante melancolía, con esas fuerzas que sacaba y ofrecía cada mañana al sol y a los horizontes que se iban abriendo.

Claro que no todo era tan idealizadamente positivo. Buena parte de esa energía se la arrebataba Broccio e Hijos S.A. Las ocho horas diarias de nulidad improductiva que él y sus compañeros de oficina derrochaban, en el lento papeleo de pasarse unos a otros la consigna de vegetar tras los escritorios. El aburrimiento criminal de saber que eran más de setenta empleados en el edificio, revolviendo lo que quince, mínimamente bien organizados, podrían liquidar de sobra. Paeski, uno de ellos, se llevaba el dedo índice a la boca y le advertía que no se le ocurriera repetir eso cerca de ningún jefe. A lo que él contestaba que ahí estaba lo más jodido. Que lo triste consistía en que, justamente aquellas bestias lo sabían mejor que nadie y no les interesaba cambiarlo. Ese era el funcionamiento óptimo de la maquinaria con tracción a sangre de las oficinas. El embrutecimiento en una rutina de repeticiones sin fin. El Gordo entonces se encogía de hombros y sonreía, como diciendo que no había nada que hacerle. No quedaba demasiado claro si se refería a la situación, o a las reflexiones furibundas de ese tarado que se sentaba

en el escritorio de al lado. También solía hacer un gesto de ya está bien, parala, señalando de paso el reloj de entrada para que fuera ordenando los formularios en el canasto y buscara el sacón, porque se acababa otra jornada.

La advertencia implicaba movete o no te llevo. El Gordo vivía en Barrio Yapeyú, y como le quedaba de paso generalmente lo acercaba hasta su casa. Tenía un Citroën de segunda mano igualito al de Sigfrido. Dicha advertencia estaba justificada. En cuanto llegaba la hora se armaban unos amontonamientos para marcar tarjeta y salir que más valía evitar ubicándose con rapidez y estrategia. Después venía la cola de coches para abandonar el parking de la empresa. Perfectamente sincronizados fueron trotando hacia el enorme baldío usado como estacionamiento. La carrera, subiéndose las solapas, es también porque el viento helado cortaba. Una vez dentro del auto Jorge insiste en que a ver cuándo le va a poner calefacción a esa catramina. Pero el otro, en lugar de mandarlo a la mierda como de costumbre, le palmea la pierna y le dice que no se acomode tanto. Y entonces es cuando señalando por la ventanilla agrega: "Me parece que allá enfrente, en el Parque, es a vos a quien esperan."

Hubiera preferido no hacerlo. Convertirse en un Bartleby cordobés, negándose a levantar siquiera la cabeza. Y mucho menos abandonar el asiento del acompañante aunque vinieran los bomberos. No necesitaba mirar, pero lo hizo por reflejo. No, no necesitaba ese gesto de torsión para comprobarlo. Todo el mundo en Broccio era capaz de identificarla a un kilómetro de distancia. Algunos, entre ellos el Gordo, probablemente a más. No fueron muchas las veces que vino a buscarlo, y de eso hacía meses ya, pero en el imaginario colectivo de la empresa circulaban todo tipo de historias y fantasías sobre el tal Miranda y su Lolita. Para ser precisos las fantasías se referían solamente a ella. La mayoría empezaban con: Si fuera a mí al que viniera a buscar...

Extrañamente en esta ocasión no se la podría acusar de ir provocativa. Envuelta como estaba en un gamulán enorme apenas sobresalían por abajo los vaqueros y unas zapatillas. Aparte que ni siquiera se había movido de su postura expectante en el veredón, justo enfrente de la puerta de salida. Jorge bajó del auto y dejó que Paeski

se fuera. Luchaba por controlar la bronca, la desesperación, y el miedo que le subían por el cuerpo. Tuvo que apartarse y esperar. En ese momento la interminable fila de coches que salían del estacionamiento le imposibilitaba cruzar. Tendría que haber detenido alguno y correr, esquivando a los que venían en la otra dirección. No lo hizo. En realidad hubiera preferido que no acabaran de pasar jamás. Encontrar el tiempo necesario para que ella se desvaneciera, como la visión que seguramente era.

¿Qué estaba haciendo ahí, y por qué ahora...? ¿Para qué...? ¿Qué imaginaba que pudieran arrancarse todavía? Buena pelotudez estarse preguntando cosas que ya se había preguntado cientos de veces en todas las ocasiones anteriores. La canción de moda ese año era: Me voy pero volveré. El truco gastado de la confusión, lo ambiguo, del jugar con el tiempo y los nervios del otro. Dejarlo que se confíe y sorprender. Desengañate, pibe, la sorpresa seguía funcionando, estaba muy bien dosificada. Siempre aparecía cuando ya no la esperaba. No obstante lo repetido también cansa. El tema perdía gancho. ¿Acaso le importaba lo que pudiera decir? Ni siquiera había pasado el tiempo suficiente para hablar como viejos amigos. En unos meses más, tal vez... Pero ahora no. Fuera lo que fuera, ahora no. Si quería jugar que se anotara a un campeonato de bochas. Sentía cómo la rabia le iba ganando a todo lo demás, crispándolo por dentro.

Y encima ese viento de mierda que le llenaba de tierra los ojos. No había forma de distinguir si en el rostro de ella lo que había era una sonrisa, o sólo una mueca nerviosa. Apretó los hombros hacia dentro para combatir el frío, y metió las manos en los bolsillos del montgómery evitando que se abriera. Por momentos los torbellinos de polvo que levantaban los coches, como si lo hicieran a propósito, lo sepultaban en su centro. Genial, otro que tire y pegue, che. Joder con la Señora Empresa Constructora. Todo un oligopolio, con Cementeras, Bancos, Compañías de Seguros, Inmobiliarias y la madre que lo parió, pero no iban a meter una puta capa de asfalto en el aparcamiento ni a la salida. Miseria y Compañía tenían que llamarse. Má qué cocodrilo, estos llevaban pirañas en los bolsillos. Ya que aquella venía a hacerle pasar un mal rato, podían haberle ahorrado la masticada de tierra al menos.

La vio retroceder y bajar los escalones hacia el Parque. Con un poco de suerte la ofendía la espera y se piraba. Sí..., convencido el auditorio. Se estaba resguardando entre los árboles. Caminaba lentísimo en pequeños semicírculos, levantando a intervalos la cabeza en su dirección. Bueno, por suerte también a ella le resultaría incómodo. Cuanto más cabreadita, más rápido sería todo. Seguro alguna pataleta que se le habría quedado en el tintero. Sin problemas, podría aguantarlo. Notó que se iba calmando. Los últimos compañeros que salían del edificio, y algunos jefes, lo saludaban con extrañeza al verlo parado ahí. Aflojó la mandíbula y respiró hondo. Así se hace, sí señor, controlando las tensiones. Controlando un carajo, el párpado izquierdo le tiritaba como la campanilla de un despertador. Buscó los cigarrillos. A ver a quién le echaba la culpa ahora. Junto a la sensación de liviandad en el hombro izquierdo le llegó su propia imagen, tirando el bolso en el asiento trasero del Citroën. Cuando las cosas vienen torcidas... Se palpó los bolsillos, para confirmar que al menos tenía las llaves y dinero.

En fin, a lo mejor todo se resolvía con unos cuantos reproches entrecruzados, alguna ironía, o lagrimitas si es que quedaban y ayudaba el viento. Lo de siempre, más tenso, o más pobre, más fugaz. Sí, que se fugara pronto. Bueno..., ya que se había presentado y es lo que quería, habría que apechugar. Habría que mantener la distancia ganada en esos dos meses. Aprovechó un claro en el tráfico y cruzó la calle. Escupió tierra y se apartó el pelo de la cara antes de llegar a ella. Ahora podía verla bien. Lo que le hiciera pensar en una mueca sonriente era una cinta adhesiva color carne, que le cubría desde el costado inferior de la barbilla hasta arriba del labio. Lo único que faltaba, ese tipo de efectos. Esos agregados infantiles. ¿Cuántos años tenían, che...? Como en los tiempos del colegio, cuando para llamar la atención alguno se caía lleno de esparadrapos y rengueando, o con el brazo colgando de un pañuelo. De acuerdo, argumentos coherentes no es que quedaran muchos. ¿Pero era necesario caer en semejantes ridiculeces...?

Sin embargo un minuto después se abrazaron como si pudiera llevárselos el ventarrón. Ninguno de los dos hablaba. Fueron caminando con lentitud hacia la glorieta. Sus miradas marcaban un sendero paralelo entre las piedras y los ligustros enanos del sendero. No, esa vez no era un juego de apariencias. El estómago se le había contraído

al observar de cerca la sutil costura que bajaba desde el entrecejo hasta el párpado derecho. Se tratara de lo que se tratara era reciente. Aún tenía inflamada esa zona y la mejilla del mismo lado. Carraspeó, porque sentía que la voz le iba a salir con el mismo temblor que le hacía sudar las manos, enterradas en los bolsillos.

–¿Qué te ha pasado...? –de todas formas el tono fue ansioso.

–¿No lo sabés...? –la voz de ella, en cambio, no trasuntaba el menor dramatismo. Tampoco contestó como un reproche ni nada por el estilo. Simplemente parecía extrañarle. Eso lo desubicó más todavía.

–¿Qué querés decir...? ¿Cómo voy a saber yo...?

–Sí, perdoná –Graciela agachó la cabeza, asintiendo–, tenés razón. Siempre me olvido que no leés los periódicos –él frunció el ceño como para preguntar qué tenía eso que ver, pero fue frenado por el gesto de ella con la mano–. Choqué con el auto.

–¡Que lo parió...! –de golpe recapacitó en lo que había escuchado–. ¿Y tan jodido fue como para salir en los diarios?

–Iba con Berti, mi primo, el de Monte Vechio –por un instante se quedó callada–. Él murió.

Ahora sí que la sonrisa era una mueca dolorosa. No supo qué decirle. Había notado que también cojeaba. Le señaló la pierna sin hablar.

–No –suspiró ella–, eso fue una semana antes. Me atropelló un coche, enfrente del A.C.V. –lo miró, manteniendo la misma sonrisa trémula–. No sé si tuve suerte. Sólo es una contusión, bastante fuerte, en la cadera. Pero sin consecuencias, salvo el dolor y la inflamación que desaparecerá pronto. Por lo visto hay cosas de las que una no puede escaparse tan fácilmente. En un mes, dicen los médicos, voy a estar mejor que antes. Me refiero a lo de la cara también. Cirugía estética. No se va a notar nada. ¿Y vos..., cómo andás...?

Estuvo tentado de contestarle que derechito. Agregar que en él los golpes y las cicatrices eran más discretos, y no andaba haciendo bandera por los parques públicos. Pero no era el momento, ni le hubiera salido. En cambio le preguntó si tenía cigarrillos. Ante la negativa sugirió que fueran hasta el kiosco del puente a comprar. Pero ella se tocó la gamba y le dijo que prefería esperarlo ahí. A pesar del temblor inicial del abrazo, y lo que le había contado, seguía hablando sosegada, con

una lentitud que no le conocía. Parecía leer lo que iba diciendo. Segura, cansadamente segura. Esa era la impresión. Como si estuviera bajo los efectos de los calmantes que evidentemente estaría tomando.

Pensaba en esto mientras iba a buscar los cigarrillos. Compró una etiqueta de Colorado, fósforos, y otra de Jockey Club para ella, que es lo que le había visto fumar últimamente. Ese rostro, esa medida voz, hablaban de heridas recientes y personales. Dejaba caer frases, a medias incomprensibles, sobre la dificultad de escapar de algo. Mencionaban la muerte. Concretamente la de Berti, aquel primo pequeño tan humilde y callado que laburaba de mecánico. El de la rama más pobre de la familia. ¿Sería cierto...? Justo tocarle a éste, uno de los pocos que aparentemente no interviniera en el complejo pasado de las inquisiciones. Antes de subir las escalinatas de la glorieta se reprochó lo absurdo, lo rencorosamente sucio de este último pensamiento. Graciela seguía sentada, en la misma posición que la dejó, contra la balaustrada por la que trepaba el entramado de jazmín. Recibió sus cigarrillos y se puso a abrir el paquete sin decir nada. Él tampoco hablaba. La miraba confundido y tratando de entender. Ella se dio cuenta.

–No puedo seguir así... Me estoy volviendo loca –lo dijo con la misma serenidad, casi inexpresiva, de lo anterior.

–Pero... –Jorge apoyó un pie en la bancada. No se decidía a sentarse–. ¿Cómo fue que...?

–Tenía el coche en el taller de Alta Córdoba donde trabajaba Berti. Me avisó que estaba listo, sólo era una revisión general y alineado de dirección creo. Así que fui a buscarlo –encendió un cigarrillo. El pulso sí le temblaba, aunque podía tratarse del frío–. Me acompañó a probarlo y agarramos el camino de Jesús María. Íbamos charlando de lo que le habían hecho, el consumo de nafta, esas tonterías me parece. Ni sé cómo salió el tema de nosotros dos. Puede que fuera por lo que me había pasado la semana anterior. Todo el mundo se siente con derecho a opinar sobre la pobre Gracielita, que no termina de rehacerse. Y aunque haya pasado tanto tiempo la culpa ya sabés quién la tiene.

–¡Presente, señorita! –fue una suerte que no se hubiera sentado, porque así las patadas con que aventaba las piedras que había por el suelo formaban parte de la vuelta al recinto–. No me negarás que es un orgullo seguir formando parte de la historia familiar. ¡A casi un año vista, che! ¡Eso es lo que se dice tenerla larga, y no macanas!

Se volvió hacia ella, que se cubría los oídos con las manos y, aunque miraba el piso, alzaba la voz para contenerlo.

–¡Lo sé, lo sé...! ¿Creés que no lo sé...? ¡La principal responsable de esa porquería soy yo! Ni mi vieja, ni nadie más. ¡Soy yo! ¿Me tenés asco...? ¿Jorge..., me tenés asco...? –ahora volvía a observarlo y hablar con el tono desasido de antes– Pues a mí me doy mucho más asco. Porque yo sé todo lo que vos no sabés. No, no me mirés así. Por mucha fuerza que hagas, sólo te podrías imaginar una parte. No podés, porque nunca llegarías a ser tan cobarde, a tener tanto miedo como yo.

–¿Miedo...? ¿A qué le tenés miedo?

–A ser feliz, supongo. A la libertad. ¿No se llamaba así el libro ese que me leías? ¡Qué sé yo a qué le tengo miedo...! A vos te tengo miedo.

–¿A mí...?

–No, a vos no... A lo que me hacés sentir. Miedo a caerme de ahí. A no saber llegar, no saberte defender.

–Mirá, Graciela..., preocupate de vos. Yo no necesito que me defiendan.

–Sí que lo necesitás. Todos lo necesitamos. Y vos siempre me defendiste, aunque no lo mereciera. En cambio vos sí que te lo merecés. Y yo no lo he hecho. Dejé que te causaran todo el daño que quisieron. No, te he dicho que ya lo sé... No digás nada. El daño jodido es el que te hice yo. Es lo mismo. Y nadie lo sabe como yo. Eso fue lo que me pasó. Calculo que el pobre Bertito sólo repitió lo que tantas veces habría escuchado. Que yo era muy joven, toda una vida por delante, esas boludeces. Y que a él le parecía que había hecho bien en dejarte –sin parar de hablar se aplicó en apagar el cigarrillo contra el piso como si estuviera aplastando una cucaracha–. Entonces, lo único que vi por delante fueron los árboles de la carretera. Sentía una vergüenza horrible por mi silencio. El mismo de cada vez que me decían eso y más cosas. Tenía ganas de gritar. Unas ganas enormes de gritar –levantó la vista–. Cuando abrí los ojos ya estábamos dando vueltas. Es lo único que recuerdo. Y como unos ruidos raros que retumbaban a lo lejos. Aunque parezca increíble lo que me salvó fue el volante. Dicen que lo tenía agarrado con tanta fuerza que ni desmayada me lo podían hacer soltar. A él ya se lo habían llevado... Pero murió antes de llegar al hospital.

–¿Y lo de la pierna...? –Jorge hizo esa pregunta porque no sabía qué decir. Ni sabía si tenía ganas de decir algo. Probablemente sólo intentaba cambiar de tema. Salir de ese remolino que lo estaba chupando hacia abajo.

–Supongo que también fue a propósito –ella aceptó el gambito con naturalidad–. Qué se yo... Creo que ni siquiera iba pensando en nada especial. Lo vi venir con tiempo antes de cruzar. Pero no tuve ganas de detenerme. Hasta me apuré un poco. Sentí una cosa... Un impulso más bien. Como eso que te agarra cuando tenés miedo por la noche y te tapás hasta la cabeza de un solo tirón. Para que se acabe rápido, viste...? –lo seguía con los ojos en su ir y venir a pasos cortos por el espacio que la rodeaba–. En esos momentos pensás que sólo es un salto y ya está. Pero, ¿ves...? El tipo frena y te tira al carajo con el guardabarros, y encima después te amargás al comprender que podías haber quedado una lisiadita de mierda.

–No te entiendo, Graciela... –soltaba el humo como si fuera él quien acabara de salir del accidente.

–Yo tampoco. ¿Creés que si me entendiera haría esas cosas...? Te juro que no las pienso. De verdad, no tengo vocación de suicida. Me da pánico el sólo pensar en lo que he hecho. Pero no vine a impresionarte con mis desventuras.

–Mirá vos... Es una pena. Lo estabas consiguiendo.

–No, Jorge, no es para eso que vine. Se acabaron los chantajes y las vueltas que te he estado dando todo este tiempo. Es lo que hubiera querido decirte la última vez que fui. Pero no supe hacerlo, no tuve el ánimo suficiente. Por eso me castigué no volviendo. Aunque te rías, no verte es el castigo más grande que me podía imponer. Reconozco que no sabía qué hacer. Pero justamente, mientras no lo supiera decidí ahorrarte al menos el que tuvieras que aguantarme así de cobarde y estúpida. Casi siempre iba decidida a hablar, a pedirte que me ayudaras, poniendo de mi parte lo que hiciera falta. Pero en cuanto llegaba sentía que teníamos tan poco tiempo... Necesitaba tanto que me abrazaras, que me protegieras, que me hicieras el amor. Te deseaba tanto y con tanta desesperación. Vos no sabés cómo me siento cuando no estás conmigo. He tratado de luchar contra eso. Luchar contra vos, contra nosotros, negarte. Y mirá lo que... Perdoná –se echó hacia atrás, borrando con una mano el largo desahogo–, no es el momento. Quería contarte sólo esto –se señaló a sí misma–, porque no había más remedio. Y porque es la verdad. No quiero mentir más. Los dos sabemos cuánto te he mentido. Sobre todo últimamente. Pero se acabó. Jorge, no voy a mentirte más.

La pausa les vino bien. A ella para buscar los cigarros que no encontraba por los bolsillos, hasta que ante la seña de Jorge los vio a su lado en el asiento. A él para terminar de calibrar lo escuchado, y callarse que con esas frases se comienza por lo general la próxima mentira. Se le apagaron dos fósforos antes de conseguir darle fuego. Después encendió uno para él, mientras calculaba la conveniencia de prolongar el intermedio. Tenía frío, y también pavor de que siguiera hablando.

–Escuchame, Graciela, ¿no querés que vayamos a un barcito por acá...? Podríamos tomar algo caliente. Un café nos vendría bien. Vos estás tiritando.

–No, gracias... No es el frío. Prefiero no moverme de aquí –lo miró como a un chico al que hay que explicarle todo–. Además me deben estar buscando como locos. Me escapé porque tenía que hablar con vos. En casa están asustadísimos. Me vigilan como nunca y me acompañan hasta al baño. Aproveché un descuido y me descolgué por el techo del garaje. Por eso me duele el doble esta puta pierna.

–¡Che, Nena, y si se aparecen por acá...!

–Jorge... No saben nada de vos. No sos al único que le he mentido. Ya te contaré. Despreocupate, cuando vuelva la armo a gritos. Les digo que estaba harta de tanta vigilancia y me fui a dar una vuelta y comprarme puchos. Con tal que haya vuelto y me meta a la cama se quedarán tranquilos.

Se resignó y se sentó a su lado sin dejar de mirarla. La forma en que lo decía no dejaba lugar a dudas. Era gracioso a su manera aquello. Después de lo sucedido debía tenerlos aterrorizados. Se les habían dado vuelta las cartas. Ahora era ella la que dominaba la escena. Aunque hubiera necesitado la muerte para ese triunfo. Cabeceó en silencio y esperó que continuara. Acababa de decir que no le quedaba tiempo. Bueno, no había más remedio. Se acercaba el final. Graciela se apoyó en él y le buscó la mano en el bolsillo del sacón.

–En serio, no hay el menor peligro de que te relacionen con mi escapada. Y a partir de hoy haré buena letra. Me voy a dedicar a descansar y ponerme en forma. Hasta la primavera. Falta menos de un mes, Jorge...

Él sintió que un peso enorme le caía sobre la nuca. Contra su voluntad pegó un respingo y se separó de ella en el banco.

–Por favor... –Graciela no le había soltado la mano, y ahora se la apretaba con las dos–. Te he dicho que ya no te voy a mentir más. Entiendo lo que sentís. Pero estoy completamente decidida. Creo que siempre lo estuve, aunque hiciera tantas barbaridades. Jorge, ese día me voy a vivir con vos y se terminaron todas las pesadillas para los dos.

–Graciela –se agarró la frente, que ahora le ardía, tratando de no escucharla–, no empecemos otra vez.

–No, no es otra vez. Es la definitiva. Aparte de todas mis cagadas, mientras no cumpla los dieciocho estoy en sus manos y es seguro que intervendrían. Pero el veintiuno de septiembre se les termina la ventaja.

–¿Y vos creés que eso es lo que nos ha separado hasta ahora...?

–Es una de las cosas a las que les tenía miedo. Podrían habernos hecho mucho daño –vio cómo giraba él, inclinándose sobre la baranda, en actitud de tirarse al vacío–. No, no te burlés. Ya he aceptado el que te hice yo. Ni siquiera te pido que me perdones. Yo tampoco me lo perdono. Pero con amor lo superaremos. Tenés que creerme. No tenés más remedio. Jorge... –hizo que la mirara mientras se lo decía–, sos lo único bueno que me ha pasado y no te pienso perder.

–Pero es que ya nos hemos perdido hace mucho –con la excusa de un nuevo cigarrillo logró separarse–. Un poco cada vez que repetíamos esta escena. Estoy muy cansado, Graciela.

–Lo sé... Pero yo tendré fuerza para los dos.

–¡Bárbaro...! –levantó los brazos dirigiendo una imaginaria orquesta–. Ponele música y se lo damos a Roberto Carlos –ahora sí la enfrentó nuevamente–. Pero, decime una cosa, ¿te has visto la facha en el espejo vos, para hablar de fortaleza...?

–Lo que te estoy diciendo desde el principio es que todo eso ya ha pasado. Ahora sé muy bien lo que quiero. Nunca estuve tan segura.

–Yo tampoco... Pero creo que no hablamos de lo mismo.

–Con una diferencia... Vos seguís temblando y yo no. Tratás de herirme, porque tenés miedo de creer en lo que te estoy diciendo. Y lo único que lográs es darme más motivos para afirmarme. Porque si hacés eso es que me querés. Y yo también te quiero. Aunque no haya sabido demostrarlo hasta ahora.

Con el pretexto de que se le estaba helando el culo volvió a levantarse. Sacudió los brazos y las piernas, entumecidos, dándose tiempo, antes de encararla.

–Bueno, puede que hayamos dejado de lado, a lo mejor porque no venía al caso, un pequeño detalle. O no tan pequeño. Como dicen en los teleteatros: El asunto es que..., hay otra mujer.

–No seás tonto... Ya sé que hay, o por lo menos había, más de una. Tengo mis informantes y ojos en la cara –era la primera vez que sonreía con esa franqueza juguetona en todo el tiempo–. Me encontré con Ariel y me contó babeando lo de Silvita, ahora actriz famosa. Mejor que no se entere mi Viejo, no lo sacás de delante de la tele los viernes por la noche. Tardó pero se decidió, yo ya lo sabía. Y sé que las seguirá habiendo. Te quiero y te conozco, por eso no me importa. Vos necesitás amar todo lo que pase cerca tuyo. Porque sos así, porque usás ese amor para cargarte, para seguir queriendo y luchando por cosas nuevas. Dale, che, no me mirés así, que me da vergüenza. No lo descubro ahora. Siempre lo he sabido. Pero suponía que decírtelo sería darte un arma peligrosa.

–Estás loca en serio vos, eh...

–¿Vés...? Ahora sí me gusta cómo me mirás. Pero no, por desgracia todavía no tengo esa locura. El loco sos vos. También lo supe siempre. Sólo que me equivoqué al pensar que lo fácil sería quererte, sin preocuparme si te entendía del todo o no.

–Está clarísimo. ¿Pero me podrías dar una ayudita en lo de la equivocación...?

–Llamalo error, o negativa a ver, lo que prefieras. Jorge, a vos se te entiende desde la primera vez –la voz era más baja y más dulce. Él no quería ni pensarlo, pero era la voz de la Graciela que tanto había amado–. Lo difícil entonces es quererte con todas las consecuencias. Porque tu locura es ser abierto y pedirnos lo mismo a quienes aseguramos quererte. Acostumbrados como estamos a esquivar la mirada, decir lo que conviene, tapiar la casa... Sí, ya ves... Me lo tenía calladito, pero algunas cosas aprendí. Apliqué poco, pero aprendí mucho. Mi amor, ¿cómo querés que te lo diga...? Sólo deseo irme a vivir con vos. Quiero ayudarte a amar, y pelear al lado tuyo. Porque seguirás peleando.

–Ya no. He dejado el boxeo.

–Sí, me imaginaba. Pero no me refería a peleas físicas. Sino a todas las otras cosas que irás dejando para ser libre a tu manera. Para ser lo que deseás. Yo ya no tengo miedo. Al contrario, no veo la hora que llegue ese día y empecemos. ¿A vos no te pasa lo mismo...?

–Es hermoso lo que decís, Chelita... Pero no deseo esa vida en común. Y tampoco te creo.

–Hacía tanto que no me decías Chelita.

–Cierto... Hacía mucho –miró el reloj, incómodo y nervioso–. Se te va a hacer tarde.

–Jorge, mirame... Voy a ir.

–Sí... Seguro.

–Aunque no me creás. Acordate de esto: En el momento que menos lo esperes el próximo veintiuno me tendrás a tu lado. Y esta vez todo será distinto.

–Mirá, Graciela –contuvo un nuevo impulso de bronca que lo había hecho detenerse delante de ella. Las palabras recientes, y los hechos pretéritos, se le agolpaban en la garganta–, dejémonos de macanas. Si de verdad hubieras pensado siquiera en ir no necesitarías tanto aviso y prolegómeno. Como tampoco, a pesar de los versos del peligro, necesitarías el toque romanticón de una fecha clave. Antes o después te vendrías y listo. Como en su día pudiste hacerlo. Lo que pasa es que de vez en cuando te ahoga la mediocridad, y entonces sacás a dar una vuelta los perros. Ya está bien de frases. Me estás dejando un material precioso para escribir la historia. Pero también una herida cada vez más negra. Y no hay antitetánica que valga para ciertos tipos de gangrena. Amputemos de una vez. Apuntemos sin miedo. Seamos claros, señorita: Para usted estará muy bien ventilar de tanto en tanto las telarañas de la buhardilla bohemia. Y dejar su foto sobre la mesita de luz antes de escaparse en puntas de pie. Pero yo hace rato que dejé de masturbarme mirando fotografías.

Parecía escupirle cada cosa que decía. Caminaba, la señalaba, abría y cerraba los puños como si en cualquier momento le fuera a pegar. O como si en cualquier momento pudiera empezar a pegarse a sí mismo. Hablaba, gesticulaba, y fumaba sin parar. Sin embargo ella, por la forma en que lo escuchaba, daba la sensación de una esponja, recogiendo los sobrantes del odio para escurrirlos después. O guardarlos. En cualquier caso, no se alteraba. Sólo lo miraba y asentía.

–De acuerdo, supongo que me lo merezco. Ni siquiera te voy a pedir que me esperés. Tenés motivos y razones de sobra para ponerte así. Pero vine porque te quiero. Porque voy a ir. Y porque necesitaba decírtelo.

–Y yo me quedé para decirte que ni se te ocurra. Para pedirte que, si realmente me has querido alguna vez, te ahorrés las promesas,

las escapadas, y las supuestas buenas intenciones. No vayás, Graciela... Porque te echaría.

–Sabés que no me echarías. Y aunque lo hicieras me quedaría sentada en la puerta hasta que entendieras que esta vez sos vos quien se ha equivocado.

–Está bien... Esto es de locos –suspiró, negando varias veces con la cabeza–. Es una estupidez seguir. No discutamos más. Ya bastante daño nos hemos hecho.

–Yo me encargaré de conseguir que lo olvides.

–¿Ves...? Eso que acabás de decir sí que me lo creo.

–No vas a cambiar nunca... –ahora fue ella quien sacudió la cabeza, sonriendo apenas.

–¡Por supuesto que no...! El cambio es para otro tipo de gente, que siempre se está proponiendo cambiar. El cambio es la vuelta a lo mismo, el comercio de la mentira, el intermediario del miedo, el Gatopardo, ya sabés... Si es cierto que aprendiste algo.

–No sólo eso... Aprendí a amarte. Y el por qué. Te quiero más que a nadie y más que nunca.

–Yo también te quiero. No sé si más que nunca. Pero sí a pesar de todo –la miraba como quien graba en su mente lo que jamás volverá a ver–. Y sólo te deseo que tengas suerte. Que seas muy feliz.

–Lo seré a tu lado. Lo seremos juntos, ya vas a ver.

–Es tarde, Graciela –le dijo él, alargando la mano para ayudarla a levantarse–. Me esperan en casa.

–Sí, claro... Yo también tengo que volver, ya es casi de noche. Jorge... Hasta la primavera.

–Vos, Nena, mucho ojo con los autos... Y tené cuidado al cruzar la calle. Hay cada loco al volante...

–Sos imposible... Hasta pronto, mi amor.

–Adiós, Graciela.

Tras el saludo se quedaron un momento inmóviles y en silencio. Él atrajo con cuidado su cabeza, le peinó el cabello hacia atrás con los dedos y la besó en la frente. Ella alzó el rostro y lo abrazó. En la penumbra apenas se distinguían los perfiles. Hubo un gemido, quizás de dolor, cuando los labios se juntaron. Durante un rato pareció como si el viento se hubiera detenido allí dentro. Después ella bajó por la escalinata que apuntaba a Lavalleja. Renqueaba un poco, y constantemente se

volvía a saludar con la mano hacia el breve destello rojo del cigarrillo. Jorge salió por el otro lado, atravesando el parque con zancadas rápidas. La arboleda ululaba y se agitaba por la renovada furia del viento. La tierra de los remolinos lo obligaba a llevar la cabeza gacha y los ojos entrecerrados. Cada uno derivando hacia puertos distintos. Como en otro tiempo fueran, en la metáfora de Valeria que se le repite siempre, uno por la arena, el otro por el mar.

21 : 09 : 72
22 : 38 : 01

Los focos del coche cambiaron a luz de estacionamiento cuando éste se detuvo ante el semáforo de Viamonte y 24 de Septiembre. La pausa en el tráfico fue aprovechada por un grupo de estudiantes, que cruzaron a la carrera hacia el bar de enfrente del Normal. Sería hora de recreo, o alguna clase a la que había faltado el profesor, cosa frecuente en los turnos de noche.

Al abrirse la puerta del bar el humo y las voces asaltaban la vereda. Los que llegaban intercambiaban saludos y bromas con otros contingentes desparramados por las mesas, entre el amontonamiento de carpetas y guardapolvos. Los dos mozos se multiplicaban para atender los apresurados pedidos. A cada momento una mesa se desocupaba y era tomada por los que, sin dejar de mirar la hora, charlaban junto a la barra. Movimientos ágiles y nerviosos. Casi todo el mundo fumaba, o alternaba el cigarrillo con los de al lado. Los muchachos se quitaban el cabello de la frente con una sacudida de cabeza, las chicas desapersonaban el guardapolvos bajo los libros. Las bandejas depositaban su cargamento de cortados buscando espacio entre los cuadernos. Cerca del fondo habían juntado dos mesas y la actividad era febril. Faltaba poco para el timbre y el machete aún no estaba terminado. Una rubiecita, con el pelo recogido en cola de caballo, era al parecer la encargada de buscar las respuestas en el libro, o preguntar a los compañeros desperdigados. Se las dictaba al chico de lentes sentado a su lado, que se esforzaba por hacer la letra lo más chica posible. La rubia exageraba un tanto sus ademanes. Al sentirse observada fumaba y se reía, mirando de vez en cuando hacia la mesa del rincón, donde estaba el tipo ese.

La única mesa no compartida, pero ahí se acababan las diferencias. Tenía también la taza de café, con el reglamentario pucho apagado en el plato y otro, ya por la mitad, en su mano izquierda. La derecha garabateando de a ratos sobre una agenda de tapas gastadas. Los ojos oscilando entre el

tablero, lleno de quemaduras y raspones, y los estudiantes. Sobre todo hacia ella. Hacia su cabello, sus pecas, la pretendida soltura de sus movimientos. Había imaginado tantas veces a Graciela así, haciendo esos mismos gestos. Con esa frescura contaminada de estereotipos con que la conociera. La había imaginado de esa forma con sus compañeras, preparando machetes para las pruebas o los exámenes, faenando la picardía del secundario. Ese ambiente...

Ese ambiente falso. Estás inventando, y lo sabés muy bien. Te hubiera gustado hallar esa gente en el bar, que mantuvieran el bullicio y la alegría de un día cualquiera. Pero si hay algo que no podés cambiar es el andamiaje de este. Y por vueltas que le des Viamonte está casi desierta, el colegio cerrado... No te esforcés. Es el día del estudiante. Así que si no fuera por esas dos parejas, que no deben tener otro lugar donde meterse, y vos mismo, el único mozo hace rato que habría empezado a recoger para cerrar el boliche. Pena de guión y escenografía. Te estaba saliendo churrinche. Sin embargo no hay chicos, ni chicas, que te sirvan la excusa de sus imágenes. Descontando las murmurantes parejas, el único público que te ha acompañado son los perros.

Que no se ven, es cierto. Aunque te asomaras de golpe a la calle no los verías. Y sin embargo ellos realmente están. Te siguieron hasta tu domicilio, y fueron creciendo junto al ahogo de esperar allí. Continúan ladrando la vergüenza impaciente de esta hora y pico que queda, en las afueras de un bar al que tampoco viene ni vendrá nadie. Este bar que quisiste llenar de fantasmas, para que calmaran el amargo sabor a plástico del café express. Mirás en su interior sin ver nada. Claro, para eso haría falta borra de verdad, que ni por asomo en este producto de maquinita a vapor. Podrías haberle diseñado perfiles adivinatorios con la cucharita. Disimular ante el mozo, que bosteza con frecuencia esperando te des por aludido y abandonés la isla. Los otros ya están pagando. Es injusto tenerlo al pobre tipo aguantando tus ensoñaciones. Hasta el humo del pocillo es mentiroso. Porque al igual que el barroso mejunje de tu casa da asco de frío. Aprovechando que las parejas se van te levantás hacia el mostrador. Estás aún en el horario de los pactos, pero con el mozo no acordaste discreción ni callarte la boca.

–¿Varón, vos tomás de ese café...?

–¡Ni loco! –es al pedo, con el humor cordobés y esa sinceridad sonriente hasta la peor calentura remite.

–Sólo por eso te voy a pagar e irme sin patear las sillas –ambos bromeaban ya, pero el mozo lo llamó antes que saliera.

–Oiga, Jefe, si quiere un cortado pulenta acérquese al Venecia. ¿Lo conoce? –Jorge cabeceó asintiendo–. Pídaselo bien calentito y con mucha crema a la camarera, que además es un bombonazo. Yo voy de vez en cuando por las dos cosas.

Antes de terminarte de acomodar el cuello del sacón en la vereda ya ha apagado todas las luces. Realmente no había derecho. La risa pícara del tipo lo acompañaba como un refresco. Bueno, él también le había hecho un favor con su partida. Hoy te vas a recibir de caminante. ¿Hiciste alguna promesa de pataconeo hasta Alta Gracia? Cierto, disculpá, vos ya no creés en promesas de ninguna clase. ¿Y entonces...? ¿Por qué demorás así el regreso? Mirá que esta es la dirección opuesta, Pringles queda para el otro lado. Ah, bueno, lo del Venecia. Pero chapaste la Avenida Patria, allá arriba se divisa la mole sin terminar del Hospital Córdoba. Y desenfocás los ojos hacia la larga subida, salpicada de luces blancas, rojas, verdes, amarillas intermitentes... De acuerdo, una vueltita pensante antes de encontrar el bar.

Seguís oyendo al mozo. Humor, honestidad, y datos precisos. Ni a propósito te hubiera servido un resumen mejor. Imposible dejar de relacionarlo. Qué receta tan fácil. En lugar de mentiras, llanto, y silencio. La pareja no se habría salvado. Desgraciadamente esa era otra verdad inmutable. Pero quizás una amistad sí, como él le propusiera repetidamente. La extenuante relectura de la historia compartida lo había dejado frente a la síntesis mencionada. El encierro en la burbuja fue eso. Releer, como debería releerse siempre la vida, comprendiendo que seguir superficialmente las líneas de un argumento, atractivo o no, contiene el riesgo por lo general de equivocarse. Él reconoce, con tristeza y vergüenza, que pasó por alto y muy voluntariamente mil detalles que anunciaban cual sería el final. Colaboró, dejándose engañar. Valoró lo positivo como real, considerando accidental y forzado el resto. Hasta que quien pedía que la sacara de allí dijo de aquí no me muevo, no se dedicó a revisar aquellos anuncios.

En la extremadamente larga reconstrucción se golpeaba la cabeza sin cesar. En cada risueño juego, cada discusión, cada diálogo de pretendido

conocimiento, afloraban cargas de profundidad que jamás debería haber desestimado. Por no hablar de la advertencia, el pozo tan profundo y claro a la vez, que culpabilizándose llamó las inquisiciones. Prefirió atribuirlo al mundo en que obligada y reprimida vivía. Error a medias, por no querer creer que perteneciera a él de cuerpo entero. Un mundo en el que se movía cómodamente, ahora lo sabe, el ochenta y cinco por ciento de su tiempo. Números reales. Ya que desde aquel catorce de Abril del Sesenta y nueve hasta la fecha serían tres años y medio. O sea unos mil doscientos días. De los cuales, y exagerando a favor las horas juntos, ellos sumarían doscientos. ¿Iba a cambiar por ese rasposo quince por ciento con el disidente, la aplastante mayoría a que estaba acostumbrada? Quedó visto que no. Suena numéricamente frío, lo sabemos. ¿Eso que llaman democracia también? No obstante sólo ella, en eso tanto como en la delirante acometida de estos nueve meses, podría aportar más cálida, o al menos más real información. Y también ha quedado visto que no lo haría.

Él podía suponer, sospechar, racionalmente hipotetizar, nada más. Como si ahora quisiera explicar lo que sucedía a sus costados, tras las persianas de los silenciosos hogares, cada vez que bajaba de una vereda y subía a la otra. ¿Qué sabía de la vida de esos durmientes, que tampoco saben de su paso junto a sus dormitorios? No, la dueña de la más precisa información tampoco satisfaría ya el relativo misterio. Y en el paseo hasta Venecia su lisiado reloj acababa de marcar las doce de la noche. Eligió una mesa en la acera, bajo los árboles. Deseaba seguir respirando a pulmón pleno el nuevo aire. El también nuevo septiembre lo recibía con su rostro más amable. Bueno, no sólo el rostro, realmente la camarera era un bombón. Hizo el pedido, confesando que se lo habían recomendado. La chica aceptó el cumplido con gesto de que se imaginaba de dónde venía eso. Un rato después disfrutaba el doble placer del exquisito cortado con crema y su tranquila soledad en esa esquina. Bonito el nombre del bar. Con la escasa iluminación de la zona perfectamente podía imaginarse en la ciudad de los Dogos, los canales y puentes. Sí, Dogos, otros perros que con distinto collar también martirizaban a los de a pie.

Con el dulce sabor en los labios se dijo que las sensatas y razonables conclusiones reseñadas no anulaban la otra verdad. Amaba a Graciela. Se

alegraba de un final que liberaba a ambos, pero nunca dejaría de quererla. A pesar de todos los pesares, justamente aquella capacidad de amar nació y se desarrolló junto a ella. Estaría siempre agradecido a lo que despertó en él. Más allá de lo que hubiera por debajo, lo impulsó a jugar y soñar con el ilimitado horizonte que hoy tenía. Era triste que se perdiera, y de qué manera se perdió, la posibilidad de desarrollarlo entre los dos. Pero el horizonte existía y quizás ella llegara a verlo. Cuando le deseó suerte, en aquel parque de las cicatrices, toda su voluntad decía lo mismo. Le apenaba saber que mientras viviera el engaño, hacia dentro y hacia fuera, los choques contra la realidad se seguirían produciendo. Ojalá fueran menos crueles, o pudiera evitarlos. Querer, como la había querido a ella, no dejaba espacio para el rencor. Por eso pronunciaba su amor en el recuerdo que no lo abandonaría.

Tras pagar y elogiar trato y producto supo que no alquilaría góndola para retornar a casa. Tampoco necesitaba llegar para saber que seguiría vacía y primeriza. ¿Fueron nueve meses, no? El parto es inminente. La partida está jugada y la suerte echada. Ya era casi la una. ¿Para qué apurarse ahora...? Sólo faltan un par de cuadras. Quien juró venir ya no existe. Se esparció junto al recuerdo. Se desgranó entre todo lo que hemos ido dejando caer en casa, en las mesas de bar, los puentes, en las calles y las personas, en los papeles, los juegos trampeados, las paredes, y el silencio. Según fuimos aprendiendo el exorcismo es eso.

Pasa relativamente lo mismo con el reflejo en la vidriera de Chitarrini. El que llegue allá tampoco será quien pidió el parte de enfermo. Mirá que sosegado y elástico vas. Lo que queda de esta mañana es apenas una sombra, una especie de sonido familiar que te acompaña. Suena como un blues, un enorme y lento y arrastrado blues, con costuras desflecadas de azul. O, para decirlo en cordobés: un barrilete del pasado. Justo lo que va a remontar el niño que conservás, cuando mañana se asome a saludar al sol en la terraza. Fijate lo que son las cosas: Ya no mirás ansioso desde la esquina el oscuro portal. Enfrentás el largo pasillo con curiosidad. No te importa encontrar o no encontrar algo. Sabrías qué hacer. Sólo tenés ganas de que sea ya. Como decíamos hace un rato, el parto es inminente.

El final de partida también. Partís desde la vereda de enfrente, cruzás la calle. Tuviste que apartarte, lógicamente sobresaltado, ante la pareja de perros que abandonan el portal a la carrera. Después te perdemos de vista al entrar al departamento tres. Cerrás y apagás la luz del pasillo. La calle, apenas iluminada, queda vacía. Los aullidos parecen alejarse. Cualquiera los confundiría con un grito. Con lo que podría ser un grito, o un gemido, o un vagido. O quizás una sirena.

CATCH 21

Ella sale de su casa. Deja apenas entreabierta la puerta del garaje, poniendo el bolso junto a la hoja para evitar que se golpee. Desde allí echa una rápida mirada hacia la puerta principal y vuelve a entrar. Al momento retorna, cargando una valija que le hace inclinar el cuerpo. Cuelga el bolsón en el otro hombro y cierra, manipulando con infinito cuidado la llave. Se queda parada un instante, y luego echa a andar con prisa hacia la esquina.

Hace señas a un taxi y sin esperar la ayuda del chofer se zambulle en el asiento trasero con los bultos. Luego de recorrer varias cuadras, ante la insistencia del conductor, abre los ojos y le da una dirección. Cuando doblan, para bajar por Roque Sáenz Peña, Cofico va quedando atrás y arriba, como si sólo fuera una larga fila de jardines ostentosos y perros perfumados.

El taxi se interna en la ciudad, pero ante una indicación de ella desanda el camino y toma por la avenida de circunvalación paralela al río. Antes de atravesar el puente que da a Veinticuatro de Septiembre deben esperar un rato tras las barreras bajas del ferrocarril.

Cuando consiguen reanudar el viaje, entre bocinazos furiosos y el acostumbrado congestionamiento de tráfico, ella le pide que se detengan a un costado y abre la puerta. Se queda un momento en esa posición, hurgando en la cartera, como buscando el dinero para abonar la tarifa. Tiene los ojos enrojecidos, y la quijada le tiembla con violencia. Finalmente, vuelve a cerrar la portezuela. El chofer, sin hacer preguntas, la mira por el espejito y reanuda la marcha.

Ella sigue buscando algo en la cartera mientras cruzan el puente. Recién levanta la cabeza para observar, con expresión ansiosa, la numeración creciente de la avenida. Ya están al novecientos. Se echa hacia adelante y le hace una indicación al conductor. Este, resignado, maniobra para girar y volverse por Lima, en dirección al puente otra vez.

Pero antes de dos cuadras, al llegar a la plaza, paran. Ella le paga, baja sus cosas y se mete, aturdida, por en medio de los setos. El taxista no parece convencido del final de la aventura. Por si acaso espera todavía un poco. Y de paso se baja a cerrar la puerta de atrás que ha quedado abierta. Al verla sentada cerca de la fuente, con los bultos al lado, vuelve al coche y se va.

Está respaldada en el banco, hurgando otra vez en el bolso, casi con desesperación. Da la impresión que de un momento a otro va a volcar su contenido. Pero al fin extrae el paquete de cigarrillos y se lleva uno a la boca. A pesar del esfuerzo descontrolado no encuentra los fósforos. Se acerca a una pareja que está sentada en el banco de al lado y les pide fuego. Más calmada regresa, arrastrando un poco los pies. Aspira el humo a grandes bocanadas, lo despide sin tragarlo casi. Mira de reojo a la pareja, y algo parecido a una sonrisa atraviesa fugazmente su rostro. Delante suyo pasa un anciano, llevando una niña de la mano. La pequeña se suelta para recoger del suelo una chapita de coca-cola, y al ver que el viejo se ha alejado corre hasta agarrarse de su pantalón, mientras con la otra mano guarda la chapita en un bolsillo del vestido.

Ella se echa hacia atrás el pelo que le había caído sobre la cara. Aplasta el cigarro con la bota y vuelve a sacar la etiqueta. A mitad de camino se arrepiente, la guarda. Aprovechando el impulso de voluntad se levanta, y cargando las cosas atraviesa la plaza por uno de los senderos menos iluminados.

Recorre de un tirón las dos cuadras. Deteniéndose apenas para cambiar de lado la maleta y el bolso. Va mirando todas las puertas. Como si estuvieran llenas de carteles, o respuestas. Desde la calle, el pasillo del 147 se le antoja más oscuro y largo. Deja los bultos en el portal techado donde están los contadores de la luz de los tres departamentos. Se fricciona con fuerza ambos hombros y los brazos. Son veinte, o treinta metros. Unos cuantos pasos, o un camino interminable. Todo y nada al mismo tiempo. Siente unas voces que se aproximan por la vereda. Mira hacia la calle, hacia los árboles, y como en un sueño se vuelve y echa a correr pasillo adentro.

La puerta con el número tres se aproxima a pantallazos, pero ella no avanza. Cuando parece que ya podría tocarla, está aún dejando las maletas en el suelo. Reinicia la carrera, viendo como pasan a su lado las paredes descascaradas, las puertas de los otros dos departamentos...

Vuelve a dejar el bolso y la valija sobre el piso. Vuelve a salir corriendo. Las luces encendidas de la casa están totalmente apagadas, el timbre se estira buscando sus dedos, pero éstos, entumecidos, se hallan soltando la valija en el portal, mientras ella echa desesperadamente a correr, pasillo adentro.

Al llegar a la puerta tendrá que empinarse un poco, como siempre, para levantar el zócalo flojo de la ventana lateral y sacar la llave que la está esperando. Pero primero debe dejar los bultos en el portal y emprender la carrera. El cuerpo, en su velocidad, desdibuja los contornos del pasillo. El cabello flota, con una cadencia valseada, acompañando el oscilar de los extremos del chaleco. Sus saltos se tornan cada vez más largos y lentos. Toda su anatomía se va cargando de ingravidez, y debe hacer esfuerzos intolerables para retomar el piso. Busca aire con la boca dolorosamente abierta, aprieta los dientes, los ojos. Sobre todo al dejar la maleta en el suelo y dar el primer salto. Con el cuerpo inclinado, como una flecha, contra el largo pasillo.

Ahora sí... Las paredes toman su fisonomía cotidiana. La puerta detiene el oscilar, reaparecen los ruidos de la calle. Entonces ella pone la valija y el bolso pegados a la pared derecha del portal. Y friccionándose los brazos emprende, lentamente, el camino junto a la pared, bordeando los canteros. La puerta quiere correr hacia ella, pero es un elemento neutral.

Mira la puerta, pone un dedo sobre el botón del timbre, lo acaricia sin presionar, circularmente. Apoya el rostro contra el vidrio esmerilado de la ventanita. Sobre la niebla de su propio aliento dibuja un óvalo. Con sendas rayas traza los ojos. Después la nariz y un semicírculo-boca, con las puntas hacia abajo. Borra todo de un manotón, y se sienta en el escaloncito de cemento, apoyada de espaldas contra la madera. Desde allí intenta divisar

en el portal el bulto amontonado de sus cosas. Pero aún haciendo un esfuerzo lo único que puede ver, en la semioscuridad del pasillo, es el caminar de su figura. Yendo y viniendo, con lentos pasos pegados a la pared.

Cansada, tira la cabeza hacia atrás y cierra los ojos. Sin abrirlos ve a los perros que, entrelazados en la vereda, resuellan con la insistente monotonía de siempre. Se yergue de un salto. Levanta el zócalo flojo, mira la llave... Deja caer el zócalo, y pega todo su cuerpo a la puerta. Con la palma de las manos va recorriendo la madera, hasta que los brazos quedan extendidos y engarfiados. Entonces abre total y definitivamente la boca. Buscando otra vez el aire para bajar a tierra, para gritar...

El aullido recorre en ecos lo tenebroso del pasillo. Se repite, en cada esfuerzo que hacen los perros por separarse. Finalmente lo consiguen, y salen corriendo doloridos, babeantes, con la lengua afuera. Cada cual hacia una esquina, sin volver la cabeza.

Antes de entrar él había notado la sensación en la nuca. Dejó rodar una mirada a lo largo del pasillo. Apagó la luz exterior. Empujó con fuerza la hoja para que se cerrara, y el apagado ruido lo alcanzó cuando aplastaba el cigarrillo en el cenicero del living.

Tras encender la luz del patio, saluda la ausencia total con que lo reclaman las paredes. Piensa en recontar los muchos pasos del día. Pero desecha la intención, tan absurda como la meticulosa búsqueda de señales especiales allí. El mismo desorden, con olor a tabaco encerrado, lo recibe palmeándole los hombros.

Saca del refrigerador un botellín de cerveza. El trago fresco se le amontona con los otros sabores, ya empastados y rancios. Sube despacioso a la terraza. La oscuridad le hace bien. Sentado en la cornisa, con los pies apoyados en el sobretecho del toldo, apura a sorbos lentos el contenido de la botella, tratando de calmar el picor que le produce cada chupada del cigarro.

Ya ha dejado de sobresaltarse por los entrecortados ruidos que avanzan en la noche. Cualquiera de ellos es igual a los anteriores. E igualmente carece de significado. Sabe que el tiempo transcurre, porque ha

perdido de vista la puntiaguda porción de luna. Ahora debe echar hacia atrás la cabeza para encontrarla. Después de un rato abandona la botella vacía en el techo y entra a su habitación. Saca la ropa que había dejado sobre la cama, estira un poco las sábanas y enciende el velador.

Mientras baja las escaleras va buscando la llave en sus bolsillos. La encuentra sobre la mesa de la cocina. También están las cartas que llegaron esa mañana y al final no subió. Decide dejarlas ahí, para el desayuno. En la biblioteca la máquina de escribir está destapada. La mira con curiosidad, como si perteneciera a otra persona. Después se sienta un momento, y completa la frase que había quedado detenida desde la noche anterior. Con un lápiz encierra el nombre que preside la página, y destaca con subrayados su repetición a lo largo de varios renglones. Pone también a lápiz el nombre en la cubierta de una carpeta manila. Y luego de sacar la hoja de la máquina la guarda allí.

Al dejar la carpeta en la estantería, junto a otras de distintos colores, lo invade desde los pies un gesto cansado. Se pasa las manos por la cara, frente a las carpetas, como si estuviera ante un espejo. Y con la misma mueca, de archivista convencido, va apagando las restantes luces de la casa.

Cuando llega a la puerta de calle, detiene el movimiento de volver a encender la que ilumina el pasillo exterior. Se apoya, agotado, con todo el cuerpo contra la madera. La frente sobre el vidrio de la ventanita, buscando ese contacto fresco. Al separarse, pasa la mano por el cristal esmerilado, tratando de borrar el imaginario dibujo de una cara que se le ríe. Mecánicamente, y con un último esfuerzo, la abre, sabiendo lo que va encontrar del otro lado.

En la vereda están los perros. Siempre ahí los pobres malditos, acechando... Al cerrar la ventana, y echar llave a la puerta, un alarido le recorre la espalda. Lo persigue, mientras termina de cerrar todas las puertas, todas sus puertas, y se va amortajando lentamente por las escaleras hasta hundirse en la cama. El aullido continúa resonando. Algo más apagado ahora, y como dividido en dos que se alejan. Incluso se confunde, en parte, con el muelle crujido que hace el despertador al caer de boca al suelo. Tras la mano que acaba de apagar la última luz.